ZECHARIA SITCHIN

EL 12º PLANETA

EL PRIMER LIBRO DE «CRÓNICAS DE LA TIERRA»

La serie CRÓNICAS DE LA TIERRA se basa en premisas tales como: que la mitología no es una extravagancia, sino la depositaria de recuerdos ancestrales; que la Biblia debe leerse literalmente como un documento histórico-científico; y que las antiguas civilizaciones (mucho más antiguas y esplendorosas de lo que suele creerse) fueron el producto del conocimiento que trajeron a la Tierra los Anunnaki, es decir, «los que descendieron del Cielo a la Tierra».

A partir de los textos antiguos, la arqueología y la mitología, Zecharia Sitchin entreteje el relato de los orígenes de la humanidad y documenta la intervención extraterrestre en la historia de la Tierra. Centrándose en la antigua Sumeria, el autor nos revela con extraordinaria precisión la historia completa del Sistema Solar según la versión de los visitantes procedentes de otro planeta que gira a corta distancia de la Tierra cada 3600 años.

El duodécimo planeta es, sin duda, el libro de referencia obligada sobre los antiguos astronautas ya que en él se nos narra cuándo y cómo llegaron y de qué modo la tecnología y la cultura de estos astronautas influyen en la raza humana desde hace ya cientos de miles de años.

Este primer título de la serie, presenta pruebas antiquísimas de la existencia de otro planeta dentro del Sistema Solar. Se trata del planeta natal de los Anunnaki. De hecho, los datos recientes procedentes de naves espaciales no pilotadas, confirman estas pruebas y ello ha impulsado a los astrónomos a buscar activamente lo que viene denominándose como «el Planeta X».

Zecharia Sitchin

El duodécimo planeta

Crónicas de la Tierra - 1

ePub r1.2
XcUiDi 24.02.15

Título original: *The 12th Planet*
Zecharia Sitchin, 1976
Traducción: Toni Cutanda

Editor digital: XcUiDi
Corrección de erratas: dekisi, heutorez
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar su gratitud a los muchos estudiosos que, a lo largo de más de un siglo, han descubierto, descifrado, traducido y explicado los textos y las reliquias artísticas de la antigüedad en Oriente Próximo; así como a todas las instituciones y personal de estas, gracias a cuya cortesía el autor ha podido acceder a las evidencias textuales y gráficas en las que se basa este libro.

Deseo dar las gracias especialmente a la *Biblioteca Pública de Nueva York* y a su Departamento Oriental; a la *Biblioteca de Investigación* (Sala de Lectura y Sala de Estudios Orientales) *del Museo Británico*, Londres; a la *Biblioteca de Investigación del Seminario Teológico Judío de Nueva York*; y, por su ayuda gráfica, a los fideicomisarios del *Museo Británico* y al tenedor de las *Antigüedades Asirias y Egipcias*; al director del *Vorderasiatisches Museum, Staatliche Museen*, de Berlín Oriental; al *Museo Universitario de Filadelfia*; a la *Reunión des Musées Nationaux de Francia* (Museo del Louvre); al director del *Museo de la Antigüedad de Alepo*; y a la *Administración Aeronáutica y Espacial Nacional de los Estados Unidos*.

NOTA DEL AUTOR

La fuente principal de versículos bíblicos citados en «El Duodécimo Planeta» es el *Antiguo Testamento,* según el texto original hebreo. Hay que tener en cuenta que todas las traducciones consultadas —de las cuales las principales están listadas al final del libro— no son más que eso: traducciones o interpretaciones. En el análisis final, lo que cuenta es lo que dice el original hebreo.

En la versión final citada en *El Duodécimo Planeta*, he comparado entre sí las traducciones disponibles, así como todas estas con la fuente hebrea y los textos/relatos paralelos sumerios y acadios, para llegar a lo que considero que es la interpretación más exacta.

La interpretación de los textos sumerios, asirios, babilonios e hititas ha sido el trabajo de toda una legión de estudiosos durante más de un siglo. Después de descifrar las escrituras y el idioma, hubo que transcribir, transliterar y, por último, traducir. En muchos casos, fue posible elegir entre diferentes traducciones e interpretaciones sólo para verificar antiguas transcripciones y transliteraciones. En otros casos, la perspicacia de algún estudioso contemporáneo pudo arrojar nuevas luces sobre una antigua traducción.

La lista de fuentes de textos de *Oriente Próximo* que se ofrece al final de este libro, va, de esta manera, desde lo más antiguo hasta lo más moderno, y va seguida de las publicaciones eruditas en las que se han encontrado muchas de las contribuciones que han resultado de utilidad para la comprensión de los textos.

ZECHARIA SITCHIN

PRÓLOGO

Ahora que nuestros propios astronautas han alcanzado la superficie de la Luna y que hemos enviado naves no tripuladas a explorar otros planetas, ya no resulta imposible creer que una civilización de otro planeta, más avanzada que la nuestra, fuera capaz de hacer aterrizar a sus astronautas en la Tierra en algún momento de nuestro pasado. Un buen número de autores, algunos de ellos muy populares, han especulado con la idea de que muchos monumentos de la antigüedad, como las pirámides y otras gigantescas esculturas de piedra, fueran forjados por unos supuestos visitantes de otro planeta. Sin embargo, no hay mucho de nuevo en estas intrigantes especulaciones. Incluso los mismos pueblos de la antigüedad creían que seres superiores «de los cielos» —los antiguos dioses— bajaban a la Tierra. Lo que no aporta ninguno de estos autores populares que tratan estos temas son respuestas. Si estos seres vinieron en realidad a la Tierra, ¿cuándo lo hicieron?, ¿cómo llegaron aquí?, ¿de dónde venían?, ¿y qué hicieron aquí durante su estancia?

Lo que nos proponemos es dar respuesta a estos interrogantes. Utilizando el Antiguo Testamento como ancla, y no presentando como evidencia otra cosa que los textos, los dibujos y los objetos que nos dejaron los antiguos pueblos de Oriente Próximo, iremos más allá de estas inquietantes preguntas y de sus provocativas sugerencias. Demostraremos que, ciertamente, la Tierra fue visitada en el pasado por astronautas de otro planeta.

Identificaremos el planeta del cual vinieron estos astronautas. Descifraremos una antigua y sofisticada cosmología que explica mejor que nuestras ciencias actuales cómo vinieron a la existencia la Tierra y otras

partes del Sistema Solar. Pondremos al descubierto los antiguos informes de una colisión celestial, a consecuencia de la cual un planeta intruso vino a ser capturado por la órbita del sol, y mostraremos que todas las religiones de la antigüedad se basaban en el conocimiento y la veneración de este duodécimo miembro de nuestro sistema solar.

Demostraremos que este Duodécimo Planeta fue el hogar materno de los antiguos visitantes de la Tierra. Presentaremos textos y mapas celestes que tratan de los vuelos espaciales a la Tierra, y dejaremos establecido cuándo y por qué vinieron aquí.

Los describiremos, y hablaremos de su aspecto y vestimenta, entreveremos sus naves y sus armas, seguiremos sus actividades en la Tierra, sus amores y sus celos, sus logros y sus luchas. Y también desentrañaremos el secreto de su «inmortalidad».

Nos remontaremos a los dramáticos sucesos que llevaron a la «Creación» del Hombre, y mostraremos los avanzados métodos que utilizaron para llevarla a cabo. Después, seguiremos la enmarañada relación del Hombre con sus dioses, y arrojaremos luz sobre el verdadero significado de los hechos que se nos transmitieron a través de relatos como el del Jardín del Edén, la Torre de Babel, el Diluvio, el nacimiento de la civilización o las tres ramas de la Humanidad. También mostraremos de qué modo el Hombre —dotado por sus hacedores tanto en lo biológico como en lo material— acabó provocando que sus dioses se sintieran obligados con la Tierra.

Mostraremos que el Hombre no está solo, y que las generaciones futuras tendrán otro encuentro con los súbditos del Reino de los Cielos.

1

UN INTERMINABLE COMIENZO

De todas las evidencias que hemos acumulado para apoyar nuestras conclusiones, la prueba número uno es el mismo Hombre. En muchos aspectos, el hombre moderno —el Homo sapiens— es un extraño en la Tierra.

Desde que Charles Darwin conmocionó al mundo de los estudiosos y los teólogos de su tiempo con las evidencias de la evolución, la vida en la Tierra se describe a través del Hombre y los primates, mamíferos y vertebrados, remontándonos hasta formas de vida aún más inferiores y llegar, al fin, miles de millones de años atrás, al punto en el que se presume que comenzó la vida.

Pero, después de llegar a estos comienzos y de haber empezado a contemplar las probabilidades de vida en cualquier otro lugar de nuestro sistema solar o más allá de él, los científicos han comenzado a sentirse intranquilos con respecto a la vida en la Tierra, puesto que, por algún motivo, no parece ser de aquí. Si la vida comenzó a través de una serie de reacciones químicas espontáneas, ¿por qué la vida en la Tierra no tiene más que un único origen, y no una multitud de orígenes posibles? ¿Y por qué toda la materia viva de la Tierra contiene tan escasos elementos químicos de los que abundan en la Tierra, y tantos que son tan extraños en nuestro planeta?

¿Acaso la vida fue importada a la Tierra desde algún otro lugar?

Pero es que, además, la posición del Hombre en la escala evolutiva ha exacerbado aún más el desconcierto.

Encontrando un cráneo roto aquí y una mandíbula allí, los estudiosos creyeron, al principio, que el Hombre tuvo su origen en Asia hace alrededor de 500 000 años. Pero, a medida que se iban encontrando fósiles aún más antiguos, se hizo evidente que los molinos de la evolución molían muchísimo más despacio. Los antepasados simios del hombre se sitúan ahora a unos sorprendentes 25 millones de años de distancia. Los descubrimientos de África Oriental revelan una transición a nb de características humanas (homínidos) hace 14 millones de años. Y fue alrededor de 11 millones de años más tarde cuando aparece el primer simio-hombre digno de la clasificación de Homo.

El primer ser considerado como verdaderamente humano —el «Australopitecus Avanzado»— vivió en las mismas zonas de África hace unos 2 millones de años. Y aún le llevó otro millón de años producir al Homo erectus. Por último, después de otros 900 000 años, apareció el primer Hombre primitivo; se le llamó Neanderthal, por el lugar donde aparecieron por vez primera sus restos.

A pesar de los más de 2 millones de años transcurridos entre el Australopitecus Avanzado y el Neanderthal, las herramientas de ambos grupos —piedras afiladas— eran virtualmente las mismas; y los mismos grupos (por el aspecto que se cree que tenían) hubieran sido difíciles de diferenciar.

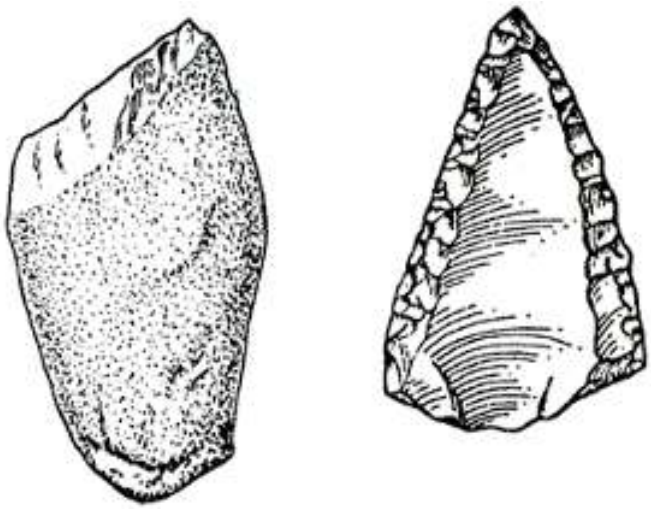


Fig. 1.

Después, súbita e inexplicablemente, hace unos 35 000 años, una nueva raza de Hombres, el Homo sapiens (el «Hombre pensante») aparece como de la nada y barre al hombre de Neanderthal de la faz de la Tierra. Estos Hombres modernos llamados Cro-Magnon se parecían tanto a nosotros que, si se les hubiese vestido con las ropas de nuestros tiempos, hubieran pasado desapercibidos entre las multitudes de cualquier ciudad Europea o Americana. Al principio, se les llamó «hombres de las cavernas» debido al magnífico arte rupestre que dejaron. Pero la verdad es que vagaban por la Tierra libremente, pues sabían cómo construirse refugios y hogares con piedras y pieles de animales dondequiera que fuesen.

Durante millones de años, las herramientas del Hombre no habían sido más que piedras con formas útiles. Sin embargo, el Hombre de Cro-Magnon hacía armas y herramientas especializadas de madera y hueso. Ya no era un «simio desnudo», pues usaba pieles para vestirse. Tenía una sociedad organizada; vivía en clanes, bajo una hegemonía patriarcal. Sus pinturas rupestres tienen impronta artística y la profundidad del sentimiento; sus pinturas y sus esculturas evidencian cierta forma de «religión», en apariencia, el culto de una Diosa Madre que se representaba a veces con el signo de una Luna creciente. También enterraba a sus muertos y, de ahí, que posiblemente tuviera algún tipo de filosofía en lo referente a la vida, la muerte y, quizás, a una vida después de la vida.

Pero, aún con lo misterioso e inexplicable que resulta la aparición del Hombre de Cro-Magnon, el rompecabezas es todavía más complejo, puesto que, con el descubrimiento de otros restos del Hombre moderno (en lugares como Swanscombe, Steinheim y Montmaria), se hace evidente que el Hombre de Cro-Magnon surgió de una rama aún más antigua de Homo sapiens que vivió en Asia occidental y el Norte de África unos 250 000 años antes que él.

La aparición del Hombre moderno sólo 700 000 años después del Homo Erectus y unos 200 000 años antes del Hombre de Neanderthal es absolutamente inverosímil. Es evidente también que la desviación del Homo sapiens con respecto al lento proceso evolutivo es tan pronunciada

que muchos de nuestros rasgos, como el de la capacidad de hablar, no tienen conexión alguna con los primates anteriores.

Una autoridad prominente en este tema, el profesor Theodosius Dobzhansky (*Mankind Evolving*), estaba ciertamente desconcertado por el hecho de que este desarrollo tuviera lugar durante un período en el cual la Tierra estaba atravesando una glaciación, el momento menos propicio para un avance evolutivo. Señalando que el Homo sapiens carecía por completo de algunas de las peculiaridades de los tipos anteriores conocidos, y que tenía algo que nunca antes se había visto, llegó a la conclusión de que «el hombre moderno tiene muchos parientes fósiles colaterales, pero no tiene progenitores; de este modo, la aparición del Homo sapiens se convierte en un enigma».

Entonces, ¿cómo puede ser que los antepasados del Hombre moderno aparecieran hace unos 300 000 años, en lugar de hacerlo dentro de dos o tres millones de años en el futuro, tal como hubiera sucedido en caso de seguir el desarrollo evolutivo? ¿Fuimos importados a la Tierra desde algún otro lugar o, como afirma el Antiguo Testamento y otras fuentes antiguas, fuimos creados por los dioses?

Ahora sabemos dónde comenzó la civilización y cómo se desarrolló, pero la pregunta que sigue sin ser respondida es: ¿Por qué? ¿Por qué apareció la civilización? Pues, como muchos estudiosos admiten hoy con frustración, todos los datos indican que el Hombre debería de estar todavía sin ningún tipo de civilización. No existe ninguna razón obvia por la cual debiéramos estar más civilizados que las tribus primitivas de la selva amazónica o de los lugares más inaccesibles de Nueva Guinea.

Pero, se nos dice, si estos indígenas viven aún como en la Edad de Piedra, es porque han estado aislados. Pero ¿aislados de qué? Si ellos han estado viviendo en el mismo planeta que nosotros, ¿por qué no han adquirido el mismo conocimiento científico y tecnológico que, supuestamente, nosotros hemos desarrollado?

Sin embargo, el verdadero enigma no estriba en el atraso de los hombres de la selva, sino en nuestro avance; pues se reconoce ahora que, en el curso normal de la evolución, el Hombre debería de estar tipificado por los hombres de la selva y no por nosotros. Al Hombre le llevó dos millones de

años avanzar en su «industria de la herramienta», desde la utilización de las piedras tal cual las encontraba, hasta el momento en que se percató de que podía desportillarlas y darles forma para adaptarlas mejor a sus propósitos. ¿Por qué no otros dos millones de años para aprender a utilizar otros materiales, y otros diez millones de años más para dominar las matemáticas, la ingeniería y la astronomía? Y, sin embargo, aquí estamos, menos de 50 000 años después del Hombre de Neanderthal, llevando astronautas a la Luna.

Por tanto, la pregunta obvia es esta: ¿Fuimos realmente nosotros y nuestros antepasados mediterráneos los que desarrollamos tan avanzada civilización?

Aunque el Hombre de Cro-Magnon no construyera rascacielos ni utilizara metales, no hay duda de que la suya fue una civilización repentina y revolucionaria. Su movilidad, su capacidad para construirse refugios, su impulso por vestirse, sus herramientas manufacturadas, su arte, todo ello, compuso una repentina civilización que venía a romper un interminable comienzo de cultura humana que venía alargándose durante millones de años y que avanzaba a un paso sumamente lento y doloroso.

Aunque nuestros estudiosos no puedan explicar la aparición del Homo sapiens y de la civilización del Hombre de Cro-Magnon, al menos no hay duda, por ahora, en cuanto al lugar de origen de esta civilización: Oriente Próximo. Las tierras altas y las cordilleras que se extienden en un semiarco desde los Montes Zagros, en el este (donde, en la actualidad, se encuentra la frontera entre Irán e Iraq), pasando por el Monte Ararat y la cadena montañosa del Tauro, en el norte, para bajar, hacia el oeste y el sur, por las colinas de Siria, Líbano e Israel, están repletas de cavernas donde se han conservado las evidencias de un Hombre más moderno que prehistórico.

Fig. 2.

Una de estas cuevas, la de Shanidar, está situada en el nordeste del semiarco de la civilización. En la actualidad, los feroces kurdos buscan refugio en las cuevas de esta zona tanto para sí mismos como para sus rebaños durante los fríos meses de invierno. Así debió de ser también en una noche invernal de hace 44 000 años, cuando una familia de siete miembros (uno de los cuales era un bebé) buscó refugio en la cueva de Shanidar.

Sus restos —todos ellos fueron aplastados por un desprendimiento de rocas— fueron descubiertos en 1957 por un sobrecogido Ralph Solecki, que había ido a la zona en busca de evidencias del hombre primitivo. Lo que encontró fue mucho más de lo que esperaba. A medida que se iban quitando escombros, se iba haciendo evidente que la cueva había conservado un

registro claro de la vida del Hombre en aquella zona entre unos 100 000 y 13 000 años antes.

Lo que mostró este registro fue tan sorprendente como el descubrimiento mismo. La cultura humana no mostraba ningún progreso sino, incluso, una evidente regresión. Comenzando desde cierto nivel, las generaciones siguientes no mostraban niveles más avanzados sino niveles inferiores de vida civilizada. Y entre el 27 000 y el 11 000 a. C., la regresión y la disminución de la población llevaron al punto de la casi completa ausencia de habitantes en la zona. Se supone que por motivos climáticos, el Hombre casi desapareció de toda esta zona durante 16 000 años.

Y luego, alrededor del 11 000 a. C., el «Hombre pensante» volvió a aparecer con un nuevo vigor y con un inexplicablemente alto nivel cultural.

Fue como si un entrenador invisible, viendo el vacilante partido de la humanidad, hubiera hecho entrar en el campo a todo un equipo de refresco, bien entrenado, para sustituir al equipo exhausto.

A lo largo de los muchos millones de años de su interminable comienzo, el Hombre fue el hijo de la naturaleza; sobrevivía recolectando alimentos que crecían de forma salvaje, cazando animales salvajes, capturando aves salvajes y peces. Pero justo cuando los asentamientos humanos estaban casi desapareciendo, justo cuando estaban abandonando sus hogares, cuando sus logros materiales y artísticos estaban desapareciendo, justo entonces, de pronto, sin motivo aparente y, que se sepa, sin ningún período previo de preparación gradual, el Hombre se hace agricultor.

Haciendo un resumen del trabajo de muchas autoridades eminentes en la materia, R. J. Braidwood y B. Howe (*Prehistoric Investigations in Iraqi Kurdistan*) llegaron a la conclusión de que los estudios genéticos confirman los descubrimientos arqueológicos, y no dejan lugar a dudas de que la agricultura comenzó exactamente allí donde el Hombre pensante había emergido antes con su primera y tosca civilización: en Oriente Próximo. Hasta el momento, no existe duda de que la agricultura se extendió a todo el mundo desde el arco de montañas y tierras altas de Oriente Próximo.

Empleando métodos sofisticados de datación por radiocarbono y de genética de las plantas, muchos estudiosos de diversos campos científicos

concuerdan en que la primera empresa agrícola del Hombre fue el cultivo del trigo y la cebada, probablemente a través de la domesticación de una variedad silvestre de trigo, el Triticum dicoccum. Aceptando que, de algún modo, el Hombre pasara por un proceso gradual de aprendizaje sobre cómo domesticar, hacer crecer y cultivar una planta silvestre, los estudiosos siguen desconcertados por la profusión de otras plantas y cereales básicos para la supervivencia y el progreso humanos que siguieron saliendo de Oriente Próximo. Entre los cereales comestibles, aparecieron en rápida sucesión el mijo, el centeno y la escanda; el lino, que proporcionaba fibras y aceite comestible; y una amplia variedad de arbustos y árboles frutales.

En cada uno de estos casos, la planta fue indudablemente domesticada en Oriente Próximo durante milenios antes de llegar a Europa. Era como si en Oriente Próximo hubiera existido una especie de laboratorio botánico genético, dirigido por una mano invisible, que producía de vez en cuando una nueva planta domesticada.

Los eruditos que han estudiado los orígenes de la vid han llegado a la conclusión de que su cultivo comenzó en las montañas del norte de Mesopotamia, y en Siria y Palestina. Y no es de sorprender. El Antiguo Testamento nos dice que Noé «plantó una viña» (y que incluso se llegó a emborrachar con su vino) después de que el arca se posara sobre el Monte Ararat, cuando las aguas del Diluvio se retiraron. La Biblia, como los eruditos, sitúa así el inicio del cultivo de la vid en las montañas del norte de Mesopotamia.

Manzanas, peras, aceitunas, higos, almendras, pistachos, nueces; todos tuvieron su origen en Oriente Próximo, y desde allí se difundieron a Europa y a otras partes del mundo. Ciertamente, no podemos hacer otra cosa más que recordar que el Antiguo Testamento se adelantó en varios milenios a nuestros eruditos a la hora de identificar esta misma zona como aquella en la que se estableció el primer huerto del mundo: «Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente… Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer».

La localización general del «Edén» era ciertamente conocida para las generaciones bíblicas. Estaba «al oriente» —al este de la Tierra de Israel. Estaba en una tierra regada por cuatro grandes ríos, dos de los cuales eran el

Tigris y el Eufrates. No cabe duda de que el Libro del Génesis sitúa el primer huerto en las tierras altas donde tienen su origen estos ríos, en el nordeste de Mesopotamia. Tanto la Biblia como la ciencia están completamente de acuerdo.

En realidad, si leemos el texto original hebreo del Libro del Génesis, no como un texto teológico sino como un texto científico, nos encontraremos con que también describe con precisión el proceso de domesticación de la planta. La ciencia nos dice que el proceso fue desde las hierbas silvestres hasta los cereales silvestres, para luego llegar hasta los cereales cultivados y seguir con los arbustos y árboles frutales. Y este es exactamente el proceso que se detalla en el primer capítulo del Libro del Génesis.

Y el Señor dijo: «Produzca la tierra hierbas; cereales que por semillas produzcan semillas; árboles frutales que den fruto según su especie, que contengan la semilla en su interior».

Y así fue: La Tierra produjo hierba; cereales que por semillas producían semillas, según su especie; y árboles que dan fruto, que contienen la semilla en su interior, según su especie.

El Libro del Génesis prosigue diciéndonos que el Hombre, expulsado del jardín del Edén, tuvo que trabajar duro para hacer crecer su comida. «Con el sudor de tu rostro comerás el pan», le dijo el Señor a Adán. Y fue después de eso que «fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador». El Hombre, nos dice la Biblia, se hizo pastor poco después de hacerse agricultor.

Los estudiosos están completamente de acuerdo con esta secuencia bíblica de los hechos. Analizando las diversas teorías sobre la domesticación de los animales. F. E. Zeuner (*Domestication of Animáis*) remarca la idea de que el Hombre no pudo haber «adquirido el hábito de la domesticación o de la cría animales en cautividad antes de alcanzar el estadio de la vida en unidades sociales de cierto tamaño». Estos asentamientos o comunidades, un requisito previo para la domesticación de animales, siguieron al cambio que supuso la agricultura.

El primer animal en ser domesticado fue el perro, y no necesariamente como mejor amigo del Hombre sino también, probablemente, como alimento. Se cree que esto pudo suceder alrededor del 9500 a. C. Los primeros restos óseos de perro se han encontrado en Irán, Iraq e Israel.

La oveja fue domesticada más o menos por la misma época; en la cueva de Shanidar se encontraron restos de ovejas de alrededor de 9000 a. C., que demostraban que gran parte de las ovejas jóvenes de cada año se sacrificaban por su carne y por sus pieles. Las cabras, que también dan leche, no tardaron en seguirlas; y los cerdos, y el ganado con cuernos y sin ellos fueron los siguientes en ser domesticados.

En todos estos casos, la domesticación se inició en Oriente Próximo.

Este abrupto cambio en el devenir de los asuntos humanos, ocurrido alrededor del 11000 a. C. en Oriente Próximo (y alrededor de 2000 años después en Europa) ha llevado a los estudiosos a marcar esta época como la del fin de la Edad de Piedra Antigua (el Paleolítico) y el comienzo de una nueva era cultural, la Edad de Piedra Media (el Mesolítico).

El nombre sólo es apropiado si se considera la principal materia prima del Hombre, que sigue siendo la piedra. Sus moradas en las zonas montañosas seguían siendo de piedra, sus comunidades se protegían con muros de piedra y su primera herramienta agrícola —la hoz— estaba hecha de piedra. Honraba y protegía a sus muertos cubriendo y adornando sus tumbas con piedras, y utilizaba la piedra para hacer imágenes de los seres supremos, o «dioses», cuya benigna intervención buscaban. Una de tales imágenes, encontrada en el norte de Israel y datada en el noveno milenio a. C., muestra la cabeza tallada de un «dios» cubierta por un casco rayado y portando una especie de «gafas».

Fig. 3.

Sin embargo, observando las cosas en su conjunto, sería más adecuado denominar a esta era que comienza en los alrededores del 11000 a. C. como la Edad de la Domesticación, más que como la Edad de Piedra Media. En el lapso de no más de 3600 años —una noche, para los lapsos temporales de ese comienzo interminable—, el Hombre se hizo agricultor, y se domesticó a las plantas y a los animales salvajes. Después, no podía ser de otro modo, vino una nueva era. Los eruditos la llaman la Edad de Piedra Nueva (Neolítico), pero el término es completamente inadecuado, pues el cambio principal que tuvo lugar alrededor del 7500 a. C. fue el de la aparición de la cerámica.

Por razones que todavía eluden nuestros eruditos —pero que se aclararán a medida que expongamos nuestro relato sobre sucesos prehistóricos—, la marcha del Hombre hacia la civilización se confinó, durante los primeros milenios a partir del 11 000 a. C., a las tierras altas de Oriente Próximo. El descubrimiento de los múltiples usos que se le podía dar a la arcilla tuvo lugar al mismo tiempo que el Hombre dejó sus moradas en las montañas para instalarse en los fangosos valles.

Sobre el séptimo milenio a. C., el arco de civilización de Oriente Próximo estaba inundado de culturas de la arcilla o la cerámica, que

elaboraban un gran número de utensilios, ornamentos y estatuillas. Hacia el 5000 a. C., en Oriente Próximo se estaban realizando objetos de arcilla y cerámica de excelente calidad y diseño.

Pero, una vez más, el progreso se ralentizó y, hacia el 4500 a. C., según indican las evidencias arqueológicas, hubo una nueva regresión. La cerámica se hizo más simple, y los utensilios de piedra —una reliquia de la Edad de Piedra— volvieron a predominar. Los lugares habitados revelan escasos restos. Algunos de los lugares que habían sido centros de la industria de la cerámica y la arcilla comenzaron a abandonarse, y la manufactura de la arcilla desapareció. «Hubo un empobrecimiento generalizado de la cultura», según James Melaart (*Earliest Civilizations of the Near East*), y algunos lugares llevan claramente la impronta de «una nueva época de necesidades».

El Hombre y su cultura estaban, claramente, en declive.

Después, súbita, inesperada e inexplicablemente, el Oriente Próximo presenció el florecimiento de la mayor civilización imaginable, una civilización en la cual estamos firmemente enraizados.

Una mano misteriosa sacó, una vez más, al Hombre de su declive, y lo elevó hasta un nivel de cultura, conocimientos y civilización aún mayor.

2

UNA CIVILIZACIÓN REPENTINA

Durante mucho tiempo, el hombre occidental ha creído que su civilización era el legado de Roma y Grecia, pero los mismos filósofos griegos dijeron en repetidas ocasiones que su saber lo habían extraído de fuentes aún más antiguas. Más tarde, los viajeros que volvían a Europa después de pasar por Egipto hablaban de imponentes pirámides y de ciudades-templo medio enterradas en la arena, custodiadas por extrañas bestias de piedra llamadas esfinges.

Cuando Napoleón llegó a Egipto en 1799, hizo venir a algunos de sus eruditos para que estudiaran y explicaran aquellos antiguos monumentos. Uno de sus oficiales encontró cerca de Rosetta una losa de piedra en la que había inscrito un edicto de 196 a. C. escrito en la antigua escritura pictográfica egipcia (jeroglíficos) así como en otros dos alfabetos diferentes.

El desciframiento de la escritura y la lengua del antiguo Egipto, junto con los esfuerzos arqueológicos que siguieron, desvelaron al hombre occidental que había existido una gran civilización en aquel lugar mucho antes del advenimiento de la civilización griega. Las anotaciones egipcias hablaban de dinastías reales que comenzaban alrededor del 3100 a. C., dos milenios antes del inicio de una civilización helénica que, alcanzando su madurez entre los siglos V y IV a. C., era más una advenediza de última hora que una engendradora de civilizaciones.

¿Acaso el origen de nuestra civilización se encontraba en Egipto?

Por lógica que pudiera parecer esta conclusión, los hechos militaban en contra. Los eruditos griegos hablaban de visitas a Egipto, pero las antiguas fuentes de conocimiento de las que hablaban se encontraban en algún otro lugar. Las culturas pre-helénicas del Egeo —la cultura minoica de la isla de Creta y la micénica de la Grecia continental— ofrecían evidencias de que había sido una cultura de Oriente Próximo, y no la egipcia, la cultura de donde habían bebido los griegos. Siria y Anatolia, y no Egipto, eran las principales avenidas a través de las cuales había llegado hasta los griegos una civilización aún más antigua.

Al darse cuenta de que la invasión dórica de Grecia y la invasión israelita de Canaán, que siguió al éxodo de Egipto, tuvieron lugar casi al mismo tiempo (alrededor del siglo XIII a. C.), los estudiosos comenzaron a descubrir cada vez más similitudes entre las civilizaciones semitas y helénica. El profesor Cyrus H. Gordon (*Forgotten Scripts; Evidence for the Minoan Language*) abrió nuevos horizontes a la investigación al demostrar que una primitiva escritura minoica, llamada Lineal A, parecía pertenecer a una lengua semita. Gordon llegó a la conclusión de que «el diseño (a diferencia del contenido) de las civilizaciones hebrea y minoica es, en gran medida, el mismo», y señaló que el nombre de la isla, Creta, deletreado en minoico como Ke-re-ta, era muy similar al de la palabra hebrea Ke-re-et («ciudad amurallada»), y tenía su homólogo en un relato semita de un rey de Keret.

Incluso el alfabeto griego, del cual derivan el alfabeto latino y el nuestro, proviene de Oriente Próximo. Los mismos historiadores griegos de la antigüedad escribieron que un fenicio llamado Cadmo («antiguo») trajo el alfabeto, que constaba del mismo número de letras, y en el mismo orden, que el alfabeto hebreo; aquel era el alfabeto griego que existía cuando tuvo lugar la Guerra de Troya. Más tarde, ya en el siglo V a. C., el poeta Simónides de Ceos elevó el número de letras a 26.

Se puede demostrar fácilmente que la escritura griega y la latina, y, por ende, los cimientos de la cultura occidental, provienen de Oriente Próximo sólo con que comparemos el orden, los nombres, los signos e, incluso, los

valores numéricos del alfabeto original de Oriente Próximo con los muy posteriores griego y latino.

Nombre hebreo	Cananeo-Fenicio	Griego primitivo	Griego posterior	Nombre griego	Latín
Aleph		A	A	Alpha	A
Beth		S	B	Beta	B
Gimel			Γ	Gamma	C G
Daleth		Δ	Δ	Delta	D
He			E	E(psilon)	E
Vau			F	Vau	F V
Zayin		I	I	Zeta	
Heth(1)				(H)eta	H
Teth		⊗	⊗	Theta	
Yod				Iota	I
Khaph			K	Kappa	
Lamed			Λ	Lambda	L
Mem			M	Mu	M
Nun			N	Nu	N
Samekh				Xi	X
Ayin		o	o	O(nicron)	O
Pe			Π	Pi	P
Şade(2)		M	M	San	
Koph		Φ	Q	Koppa	Q
Resh			P	Rho	R
Shin			Σ	Sigma	S
Tav		T	T	Tau	T

Fig. 4. Heth[1]. Sade[2]

Los estudiosos sabían, cómo no, de los contactos que tuvieron los griegos con Oriente Próximo en el primer milenio a. C., contactos que culminaron con la victoria de Alejandro Magno sobre los persas en 331 a. C. Las crónicas griegas contenían mucha información acerca de aquellos persas y de sus tierras (que más o menos se correspondían con las del Irán de hoy en día). A juzgar por los nombres de sus reyes —Ciro, Darío, Jerjes — y los nombres de sus deidades, que parecen pertenecer a la rama lingüística indoeuropea, los estudiosos llegaron a la conclusión de que

formaban parte del pueblo ario («señorial»), que apareció en algún lugar cercano al Mar Caspio a finales del segundo milenio a. C., y que se expandió por el oeste hasta Asia Menor, por el este hasta la India y por el sur hasta lo que el Antiguo Testamento llamó las «tierras de los medos y parsis».

Sin embargo, no todo era tan sencillo. A pesar del supuesto origen foráneo de los invasores, el Antiguo Testamento los trata como parte integrante de los sucesos bíblicos. Ciro, por ejemplo, estaba considerado como un «Ungido de Yahveh» —una relación bastante inusual entre el Dios hebreo y alguien no hebreo. Según el bíblico Libro de Ezra, Ciro era consciente de su misión en la reconstrucción del Templo de Jerusalén, y afirmaba que actuaba por orden de Yahveh, al cual llamaba «Dios del Cielo».

Ciro y el resto de reyes de su dinastía se llamaban a sí mismos aqueménidas, por el título adoptado por el fundador de la dinastía, Aquemenes (Hakham-Anish). Y este no era, precisamente, un título ario, sino uno completamente semita que significaba «hombre sabio». Por lo general, los estudiosos no han investigado los muchos lazos que podrían apuntar a similitudes entre el Dios hebreo Yahveh y la deidad de los aqueménidas llamada «Señor Sabio», al cual representaban cerniéndose en los cielos dentro de un Globo Alado, como se muestra en el sello real de Darío.

Fig. 5.

Se tiene por demostrado que las raíces culturales, religiosas e históricas de los antiguos persas se remontan a los primitivos imperios de Babilonia y Asiria, cuyo auge y caída están registrados en el Antiguo Testamento. Al principio, se tuvo por dibujos decorativos los símbolos que constituyen la escritura grabada en los monumentos y sellos aqueménidas. Engelbert Kampfer, que visitó Persépolis, la antigua capital persa, en 1686, describió los signos como «cuneados», o impresiones con forma de cuña. Desde entonces, se conoció a esta escritura como cuneiforme.

A medida que se fueron descifrando las inscripciones aqueménidas, se fue haciendo evidente que estaban escritas de la misma manera que las inscripciones encontradas en las antiguas obras y tablillas de Mesopotamia, las llanuras y las tierras altas que se extienden entre los ríos Tigris y Eufrates. Intrigado por tan dispersos descubrimientos, Paul Emile Botta se puso en camino en 1843 para dirigir la primera excavación arqueológica, tal como se entiende en nuestros días. Seleccionó un lugar en el norte de Mesopotamia, cerca de la actual Mosul, llamada ahora Jorsabad. Botta no tardó en establecer que las inscripciones cuneiformes nombraban a aquel lugar como Dur Sharru Kin. Eran inscripciones semitas, en una lengua hermana de la hebrea, y el nombre significaba «ciudad amurallada del rey justo». Nuestros libros de texto llaman a este rey Sargón II.

Esta ciudad, la capital del rey asirio, tenía como centro un magnífico palacio real cuyos muros estaban decorados con bajorrelieves; unos bajorrelieves que, si se hubieran puesto uno detrás de otro, se habrían extendido a lo largo de casi dos kilómetros. Dominando la ciudad y el recinto real, había una pirámide escalonada llamada zigurat, que servía como «escalera hacia el Cielo» para los dioses.

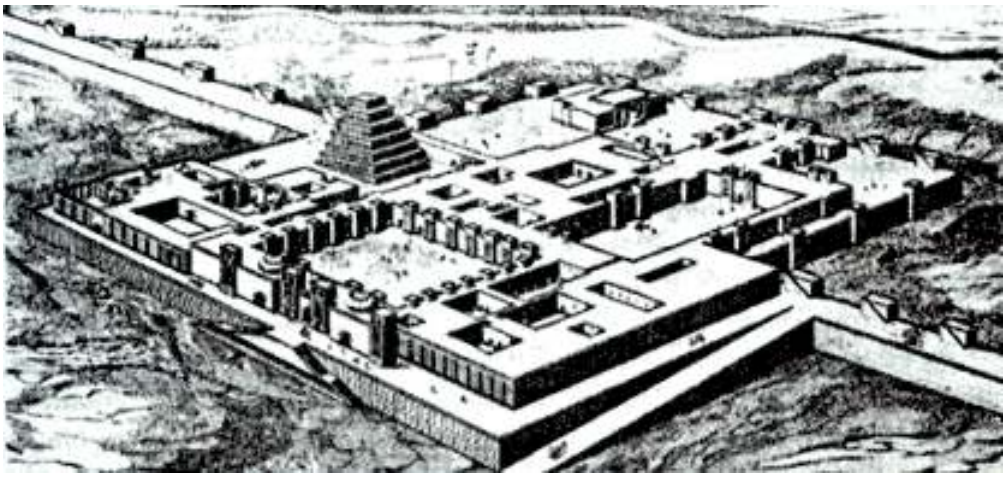


Fig. 6.

El diseño de la ciudad y de las esculturas retrataba una forma de vida de grandes magnitudes. Los palacios, los templos, las casas, los establos, los almacenes, las murallas, los pórticos, las columnas, los adornos, las estatuas, las obras de arte, las torres, las rampas, las terrazas, los jardines, todo, se terminó en sólo cinco años. Según Georges Contenau (*La Vie Quotidienne á Babylone et en Assyrié*), «la imaginación se tambalea ante la fuerza potencial de un imperio que pudo hacer tanto en tan breve lapso de tiempo», hace unos 3 000 años.

Para no ser menos que los franceses, los ingleses aparecieron en escena en la persona de *Sir* Austin Henry Layard, que estableció su lugar de trabajo Tigris abajo, a unos dieciséis kilómetros de Jorsabad. Los habitantes de la zona lo llamaban Kuyunjik; y resultó ser la capital asiria de Nínive.

Los nombres y los sucesos bíblicos comenzaban a recobrar vida. Nínive fue la capital real de Asiria bajo el mandato de sus tres últimos grandes soberanos: Senaquerib, Asaradón y Assurbanipal. «En el año catorce del rey Ezequías subió Senaquerib, rey de Asiria, contra todas las ciudades fortificadas de Judá», dice el Antiguo Testamento (II Reyes, 18:13), y cuando el Ángel del Señor acabó con su ejército, «Senaquerib partió y, volviéndose, se quedó en Nínive».

En los montículos en los que Senaquerib y Assurbanipal construyeron Nínive, se descubrieron palacios, templos y obras de arte que sobrepasaban a los de Sargón. Pero no se ha podido excavar la zona en la que se cree que se encuentran las ruinas de los palacios de Asaradón, dado que, en la

actualidad, se erige allí una mezquita musulmana donde se supone que está enterrado el profeta Jonás, aquel que fuera tragado por una ballena por negarse a llevar el mensaje de Yahveh a Nínive.

En las antiguas crónicas griegas, Layard había leído que un oficial del ejército de Alejandro había visto un «lugar de pirámides y ruinas de una antigua ciudad» —¡una ciudad que ya estaba enterrada en tiempos de Alejandro! Layard la desenterró también, y resultó ser Nimrud, el centro militar de Asiria. Fue allí donde Salmanasar II levantó un obelisco en memoria de sus expediciones y conquistas militares. En este obelisco, exhibido ahora en el Museo Británico, hay una lista de los reyes que fueron obligados a pagar tributo, entre los cuales figura «Jehú, hijo de Omri, rey de Israel».

¡Una vez más, las inscripciones mesopotámicas y los textos bíblicos se confirmaban entre sí!

Asombrados por las cada vez más frecuentes corroboraciones arqueológicas de los relatos bíblicos, los asiriólogos, que es como se acabó llamando a estos investigadores, se fijaron en el capítulo décimo del Libro del Génesis. En él, Nemrod, «un bravo cazador delante de Yahveh», es descrito como el fundador de todos los reinos de Mesopotamia.

Los comienzos de su reino fueron Babel, Erek y Acad, ciudades todas ellas en tierra de Senaar. De aquella tierra procedía Assur, que edificó Nínive, una ciudad de amplias calles, Kálaj y Resen, la gran ciudad que está entre Nínive y Kálaj.

Y lo cierto es que había montículos entre Nínive y Nimrud a los que los lugareños llamaban Calah. Entre 1903 y 1914, varios equipos dirigidos por W. Andrae excavaron la zona y descubrieron las ruinas de Assur, el centro religioso de los asirios, además de su capital más antigua. De todas las ciudades asirias mencionadas en la Biblia, sólo queda por ser descubierta Resen, cuyo nombre significa «brida de caballo»; quizás fuera el lugar donde se encontraban los establos reales de Asiria.

Más o menos por la misma época en la que estaba siendo excavada Assur, los equipos dirigidos por R. Koldewey estaban completando la excavación de Babilonia, la bíblica Babel, una vasta extensión de palacios, templos y jardines colgantes, con su inevitable zigurat. Y no pasó mucho tiempo antes de que algunos objetos e inscripciones desvelaran la historia

de los dos imperios que habían competido por el control de Mesopotamia: Babilonia y Asiria, uno en el sur y otro en el norte.

Con sus ascensos y caídas, con sus luchas y su coexistencia, ambas conformaron lo más elevado de la civilización a lo largo de unos 1500 años, surgiendo las dos a la luz alrededor del 1900 a. C. Assur y Nínive fueron finalmente capturadas y destruidas por los babilonios en 614 y 612 a. C. respectivamente. Y, tal como habían predicho los profetas, la misma Babilonia tuvo un infame final cuando Ciro el Aqueménida la conquistó en 539 a. C.

Aunque fueron rivales a lo largo de toda su historia, sería difícil destacar diferencias significativas entre Asiria y Babilonia, tanto en cuestiones culturales como materiales. Aun cuando Asiria llamaba a su dios supremo Assur, y Babilonia aclamaba a Marduk, los panteones eran, por lo demás, virtualmente iguales.

Muchos museos en el mundo tienen entre sus piezas más valiosas los pórticos ceremoniales, los toros alados, los bajorrelieves, las cuadrigas, herramientas, utensilios, joyas, estatuas y otros objetos hechos de todos los materiales imaginables que se han ido extrayendo de los montículos de Asiria y Babilonia. Pero los verdaderos tesoros de estos reinos fueron sus registros escritos: miles y miles de inscripciones en escritura cuneiforme entre las que hay cuentos cosmológicos, poemas épicos, historias de reyes, anotaciones de templos, contratos comerciales, registros de matrimonios y divorcios, tablas astronómicas, predicciones astrológicas, fórmulas matemáticas, listas geográficas, textos escolares de gramática y vocabulario, y los no menos importantes textos donde se habla de los nombres, la genealogía, los epítetos, las obras, poderes y deberes de los dioses.

El lenguaje común que formó el lazo cultural, histórico y religioso entre Asiria y Babilonia era el acadio, la primera lengua semita conocida; semejante, aunque anterior, al hebreo, el arameo, el fenicio y el cananeo.

Pero los asirios y los babilonios nunca afirmaron haber inventado su lengua o escritura; de hecho, en muchas de sus tablillas hay una nota final en la que se dice que ese texto es una copia de un original más antiguo.

Entonces, ¿quién inventó la escritura cuneiforme y desarrolló aquella lengua, con su precisa gramática y su rico vocabulario? ¿Quién escribió esos «originales más antiguos»? ¿Y por qué tanto asirios como babilonios llamaban a su idioma acadio?

La atención se concentró una vez más en el Libro del Génesis. «Los comienzos de su reino fueron Babel, Erek y Acad». ¡Acad! ¿De veras existió una capital real anterior a Babilonia y a Nínive?

Las ruinas de Mesopotamia han aportado evidencias concluyentes de que, realmente, hubo una vez un reino llamado Acad, establecido por un soberano mucho más antiguo que se llamaba a sí mismo sharrukin («soberano justo»). En sus inscripciones, decía que su imperio se extendía, por la gracia de su dios Enlil desde el Mar Inferior (el Golfo Pérsico) hasta el Mar Superior (se cree que se trata del Mediterráneo). Y alardeaba de que «en los muelles de Acad amarraban naves» de distantes tierras.

Los estudiosos se quedaron petrificados. ¡Se habían encontrado con un imperio mesopotámico en el tercer milenio a. C.!. Aquello significaba un salto —hacia atrás— de unos 2000 años, desde el Sargón asirio de Dur Sharrukin al Sargón de Acad Y, encima, los montículos que fueron excavados sacaron a la luz literatura y arte, ciencia y política, comercio y comunicaciones —toda una civilización— mucho antes de la aparición de Babilonia y Asiria. Obviamente, aquella era la civilización predecesora y origen de las posteriores civilizaciones mesopotámicas; Asiria y Babilonia no eran más que ramas del tronco acadio.

Pero el misterio de una civilización mesopotámica tan antigua se hizo aún más profundo cuando se encontraron unas inscripciones en las que se hablaba de los logros y la genealogía de Sargón de Acad. En ellas se decía que su título completo era «Rey de Acad, Rey de Kis», y se expresaba que, antes de ascender al trono, había sido consejero de los «soberanos de Kis».

¿Acaso hubo, pues —se preguntaron los estudiosos—, un reino, el de Kis, aún más antiguo que el de Acad? Y, una vez más, los versículos bíblicos fueron significativos.

Kus engendró a Nemrod, que fue el primero que se hizo prepotente en la tierra…
Los comienzos de su reino fueron Babel, Erek y Acad.

Muchos investigadores han especulado con la posibilidad de que Sargón de Acad fuera el bíblico Nimrod. Si, en los versículos de arriba, uno lee «Kis» en vez de «Kus», daría la impresión de que Nimrod habría sido precedido por Kis, que es lo que se dice de Sargón. Los estudiosos comenzaron entonces a aceptar literalmente el resto de las inscripciones: «Él derrotó a Uruk y echó abajo sus murallas… venció en la batalla con los habitantes de Ur… conquistó todo el territorio, desde Lagash hasta el mar».

¿No sería la bíblica Erek idéntica a la Uruk de las inscripciones de Sargón? Y, cuando se excavó un lugar llamado Warka en la actualidad, ese resultó ser el caso; y la Ur relacionada con Sargón, no era otra que la bíblica Ur, el mesopotámico lugar de nacimiento de Abraham.

Los descubrimientos arqueológicos no sólo reivindicaban las crónicas bíblicas, sino que también parecían asegurar que tenía que haber habido reinos, ciudades y civilizaciones en Mesopotamia aun antes del tercer milenio a. C. La única cuestión era la siguiente: ¿Hasta dónde tendría que remontarse uno para encontrar el primer reino civilizado?

La llave que abriría la puerta para la comprensión del enigma sería todavía otra lengua.

Los estudiosos se dieron cuenta de inmediato de que los nombres tenían un significado, no sólo en hebreo y en el Antiguo Testamento, sino en toda la zona de Oriente Próximo de la antigüedad. Todos los nombres acadios, babilonios y asirios de personas y de lugares tenían un significado. Pero los nombres de los soberanos que precedieron a Sargón de Acad no tenían ningún sentido: el rey en cuya corte Sargón fue consejero se llamaba Urzababa; el rey que gobernaba Erek se llamaba Lugalzagesi, etc.

En una conferencia ante la *Royal Asiatic Society* en 1853, *Sir* Henry Rawlinson señaló que estos nombres no eran ni semitas ni indoeuropeos; lo cierto es que, «parecían pertenecer a un grupo desconocido de lenguas o pueblos». Pero, si los nombres tenían un significado, ¿cuál era la misteriosa lengua en la cual tenían sentido?

Los investigadores le echaron otro vistazo a las inscripciones acadias. Básicamente, la escritura cuneiforme acadia era silábica: cada signo representaba una sílaba completa (ab, ba, bat, etc.). Sin embargo, la escritura hacía un uso más amplio de signos que no eran sílabas fonéticas,

sino que transmitían los significados de «dios», «ciudad», «campo» o «vida», «elevado», etc. La única explicación posible para este fenómeno era que esos signos fueran los remanentes de un sistema de escritura anterior que utilizara ideogramas. Así pues, el acadio debía de haber sido precedido por otra lengua que utilizaba un método de escritura similar al de los jeroglíficos egipcios.

No tardó en hacerse obvio que una lengua más antigua, y no sólo una forma de escritura más antigua, se hallaba implicada en todo aquello. Los estudiosos se encontraron con que las inscripciones y los textos acadios hacían amplio uso de palabras prestadas, palabras que habían tomado intactas de otra lengua (del mismo modo que otros idiomas modernos han tomado prestada la palabra inglesa stress). Y esto se hacía especialmente evidente en aquellos aspectos en los que había involucrada algún tipo de terminología científica o técnica, así como en asuntos relacionados con los dioses y con los cielos.

Uno de los mayores descubrimientos de textos acadios tuvo lugar en las ruinas de una biblioteca reunida por Assurbanipal en Nínive; Layard y sus colegas sacaron de aquel lugar más de 25 000 tablillas, muchas de las cuales eran descritas por los antiguos escribas como copias de «textos de antaño». Un grupo de 23 tablillas terminaba con la frase: «tablilla 23a: lengua de Shumer sin cambiar». Otro texto llevaba una enigmática frase del mismo Assurbanipal:

El dios de los escribas me ha concedido el don de conocer su arte.
He sido iniciado en los secretos de la escritura.
Puedo incluso leer las intrincadas tablillas en shumerio;
comprendo las enigmáticas palabras talladas en la piedra
de los días anteriores al Diluvio.

La afirmación de Assurbanipal de que podía leer las intrincadas tablillas en «shumerio» y comprender las palabras escritas en tablillas de «los días anteriores al Diluvio» sólo consiguió agudizar aún más el misterio. Pero en Enero de 1869, Jules Oppert sugirió ante la Sociedad Francesa de Numismática y Arqueología que había que reconocer la existencia de una lengua y un pueblo pre-acadio. Apuntando que los primeros soberanos de Mesopotamia proclamaban su legitimidad tomando el título de «Rey de

Sumer y Acad», Oppert sugirió que se llamara a aquel pueblo «sumerios» y a su tierra «Sumer».

Excepto por la mala pronunciación del nombre —debería de haber sido Shumer, y no Sumer—, Oppert tenía razón. Sumer no era una tierra misteriosa y distante, sino el nombre primitivo de las tierras del sur de Mesopotamia, tal como se establecía en el Libro del Génesis: Las ciudades reales de Babilonia, Acad y Erek estaban en «tierra de Senaar» (Senaar, o Shin'ar, era el nombre bíblico de Shumer).

En el momento en el que los estudiosos aceptaron estas conclusiones, se abrió paso a lo que tenía que suceder. Las referencias acadias a los «textos de antaño» tomaron pleno significado, y los estudiosos no tardaron en darse cuenta de que las tablillas con largas columnas de palabras no eran más que vocabularios y diccionarios acadio-sumerio preparados en Asiria y Babilonia para su propio estudio de la primera lengua escrita, el sumerio.

Sin estos antiquísimos diccionarios, aún estaríamos lejos de poder leer el sumerio. Y, con su auxilio, se abrió un vasto tesoro literario y cultural. También quedó claro que a la escritura sumeria, originalmente pictográfica y tallada en la piedra en columnas verticales, se le dio un trazado horizontal para, más tarde, estilizarla para escribirla con cuñas sobre suaves tablillas de arcilla, hasta convertirla en la escritura cuneiforme que adoptaron acadios, babilonios, asirios y otras naciones del Oriente Próximo de la antigüedad.

SUMERIO			CUNEIFORME		Pronunciación	Significado
Original	Vuelto	Arcaico	Común	Asirio		
					KI	Tierra Territorio
					KUR	Montaña
					LU	Doméstico hombre
					SAL MUNUZ	Vulva Mujer
					SAG	Cabeza
					A	Agua
					NAG	Beber
					DU	Ir
					HA	Pez
					GUD	Buey Toro Fuerte
					SHE	Cebada

Fig. 7.

Al descifrarse la lengua y la escritura sumerias, y al darse cuenta de que los sumerios y su cultura eran el origen de los logros acadio-babilonio-asirios, se le dio un gran impulso a las investigaciones arqueológicas en el sur de Mesopotamia. Todas las evidencias indicaban ahora que el comienzo se encontraba allí.

La primera excavación significativa de un lugar sumerio la comenzaron algunos arqueólogos franceses en 1877; y los descubrimientos en este lugar singular fueron tan ingentes que otros arqueólogos continuaron excavando allí hasta 1933 sin poder acabar el trabajo.

Aquel lugar, llamado por los lugareños Telloh («montículo»), resultó ser una primitiva ciudad sumeria, la auténtica Lagash de cuya conquista se jactaba Sargón de Acad. Ciertamente, era una ciudad real cuyos soberanos

llevaban el mismo título que Sargón había adoptado, excepto por el hecho de que era en lengua sumeria: EN.SI («soberano justo»). Esta dinastía había tenido sus inicios alrededor del 2900 a. C. y había durado casi 650 años. Durante este tiempo, 43 ensi's reinaron ininterrumpidamente en Lagash. Sus nombres, sus genealogías y la duración de sus reinados estaban pulcramente anotados. Las inscripciones proporcionaron gran cantidad de información. Súplicas a los dioses «para que brote el grano y crezca la cosecha para que la planta regada dé grano», atestiguan la existencia de la agricultura y la irrigación. Una copa inscrita en honor a una diosa por «el supervisor del granero» indicaba también que se almacenaba, se medía y se comerciaba con el grano.

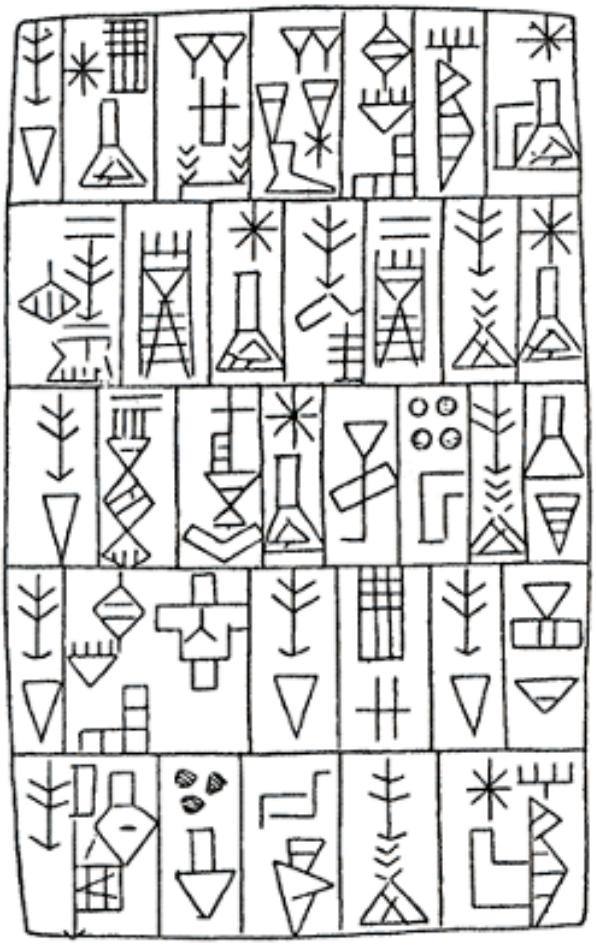


Fig. 8.

Un ensi llamado Eanatum dejó una inscripción en un ladrillo de arcilla que dice claramente que estos soberanos sumerios sólo podían asumir el

trono con la aprobación de los dioses. También anotó la conquista de otra ciudad, revelándonos la existencia de otras ciudades estado en Sumer a comienzos del tercer milenio a. C.

El sucesor de Eanatum, Entemena, escribió acerca de la construcción de un templo y de haberlo adornado con oro y plata, de haber plantado jardines y de haber ampliado los pozos de ladrillo. Alardeaba de haber construido una fortaleza con torres de vigilancia e instalaciones donde atracar las naves.

Uno de los soberanos mejor conocidos de Lagash fue Gudea. Se encontró una gran cantidad de estatuillas de él, mostrándole en todas ellas con una postura votiva, orando a sus dioses. Esta postura no era simulada: Gudea se había consagrado a la adoración de Ningirsu, su principal deidad, y a la construcción y la reconstrucción de templos.

Sus muchas inscripciones revelan que, en la búsqueda de exquisitos materiales de construcción, trajo oro de África y de Anatolia, plata de los Montes Taurus, cedros del Líbano, otras maderas poco comunes del Ararat, cobre de la cordillera de los Zagros, diorita de Egipto, cornalina de Etiopía, y otros materiales de tierras que los estudiosos no han conseguido identificar todavía.

Cuando Moisés construyó una «Residencia» para el Señor Dios en el desierto, lo hizo según unas instrucciones muy detalladas que le había dado este. Cuando el rey Salomón construyó el primer Templo de Jerusalén, lo hizo después de que el Señor le hubiera «dado su sabiduría». Al profeta Ezequiel se le mostraron unos planos muy detallados para el Segundo Templo «en una visión divina». Se los mostró «un hombre de aspecto semejante al del bronce», que «tenía en la mano una cuerda de lino y una vara de medir». Ur-Nammu, soberano de Ur, relató un milenio antes que su dios, al ordenarle que construyera para él un templo y al darle las instrucciones pertinentes, le había entregado una vara de medir y un rollo de cuerda para el trabajo.

Fig. 9.

Mil doscientos años antes que Moisés, Gudea contó lo mismo. Las instrucciones, que plasmó en una larguísima inscripción, le fueron dadas en una visión. «Un hombre que brillaba como el cielo», y a cuyo lado había «un pájaro divino», «me ordenó construir su templo». Este «hombre», que «desde la corona de su cabeza era, obviamente, un dios», fue identificado posteriormente como el dios Ningirsu. Con él había una diosa que «sujetaba en una mano la tablilla de su estrella favorable de los cielos»; en la otra mano, «sujetaba un estilo sagrado», con el cual le indicaba a Gudea «el planeta favorable». Un tercer hombre, dios también, sujetaba en sus manos una tablilla de piedra preciosa; «contenía el plano de un templo». Una de las estatuas de Gudea le muestra sentado, con esta tablilla sobre las rodillas; sobre la tablilla se puede observar con claridad el dibujo divino.

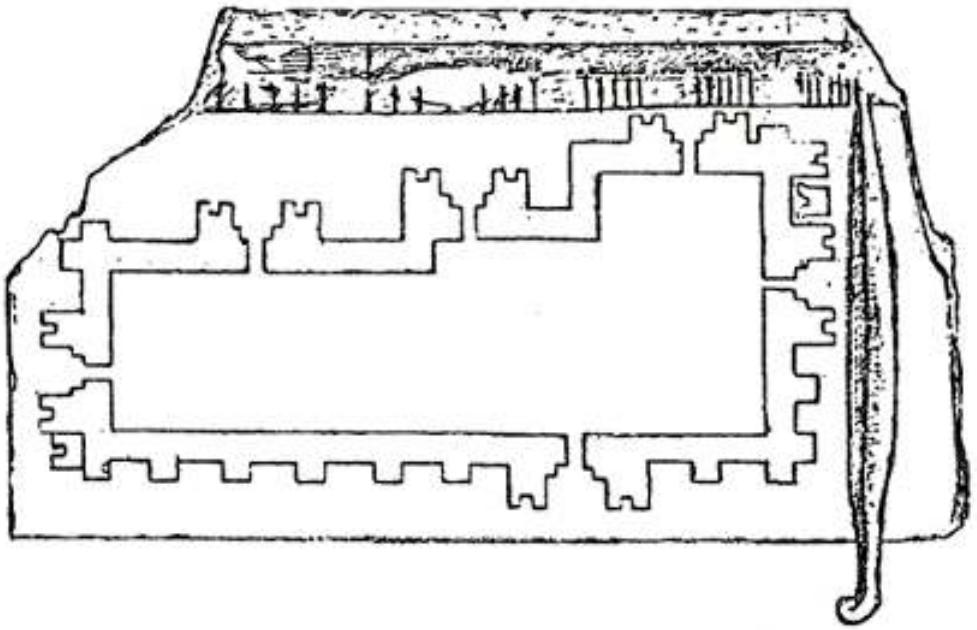


Fig. 10.

Aun siendo sabio, Gudea estaba desconcertado con aquellas instrucciones arquitectónicas, y solicitó el consejo de una diosa que pudiera interpretar los mensajes divinos. Ella le explicó el significado de las instrucciones, las medidas del plano, así como el tamaño y la forma de los ladrillos que había que utilizar. Después, Gudea empleó a un hombre «adivino, tomador de decisiones» y a una mujer «buscadora de secretos» para localizar el sitio, en las afueras de la ciudad, donde el dios deseaba que se construyera su templo. Después, reclutó a 216 000 personas para el trabajo de construcción.

El desconcierto de Gudea es fácilmente comprensible, pues se supone que el aparentemente sencillo «plano de planta» le tenía que dar la información necesaria para la construcción de un complejo zigurat que se tendría que elevar en siete fases. En 1900, en su libro *Der Alten Orient*, *A. Billerbeck* fue capaz de descifrar al menos una parte de las divinas instrucciones arquitectónicas. El antiguo dibujo, aun en la parcialmente deteriorada estatua, viene acompañado en la parte superior por grupos de líneas verticales cuyo número disminuye a medida que aumenta el espacio entre ellas. Parecería que los arquitectos divinos eran capaces de dar las instrucciones completas para la construcción de un templo con siete

elevaciones a partir de un sencillo plano de planta acompañado por siete escalas variables.

Se dice que la guerra espolea al Hombre para que avance tanto en lo científico como en lo material, pero parece que en el antiguo Sumer fue la construcción de un templo lo que espoleó a la gente y a sus soberanos a alcanzar un mayor desarrollo tecnológico, comercial, de transportes, arquitectónico y organizativo. La capacidad para llevar a cabo tan importante obra de construcción de acuerdo con unos planes arquitectónicos preparados, para organizar y alimentar a una ingente masa de trabajadores, para allanar la tierra y elevar montículos para hacer ladrillos y transportar piedras, para traer metales extraños y otros materiales desde tan lejos, para fundir metales y dar forma a utensilios y ornamentos, nos habla de una importante civilización, ya en pleno esplendor en el tercer milenio a. C.

Fig. 11.

Aún con la maestría que implica la construcción de hasta los más antiguos templos sumerios, estos no eran más que la punta del iceberg de las posibilidades y la riqueza de los logros materiales de la primera gran civilización que se conoce del Hombre.

Además de la invención y el desarrollo de la escritura, sin la cual una gran civilización no podría llegar a ser, a los sumerios también se les

atribuye la invención de la imprenta. Milenios antes que Johann Gutenberg «inventara» la imprenta a través de tipos movibles, los escribas sumerios utilizaban «tipos» prefabricados de los diferentes signos pictográficos, que utilizaban del mismo modo que nosotros utilizamos ahora un tampón de goma, imprimiendo la secuencia deseada de signos en la arcilla húmeda.

También inventaron al precursor de nuestras rotativas: el sello cilíndrico. Hecho de una piedra sumamente dura, era un pequeño cilindro en el cual se grababa el mensaje o el dibujo al revés; cuando se hacía rodar el cilindro sobre la arcilla húmeda, se creaba una impresión «en positivo». El sello también le permitía a uno certificar la autenticidad de los documentos; siempre se podía hacer una nueva impresión para compararla con la del documento en cuestión.

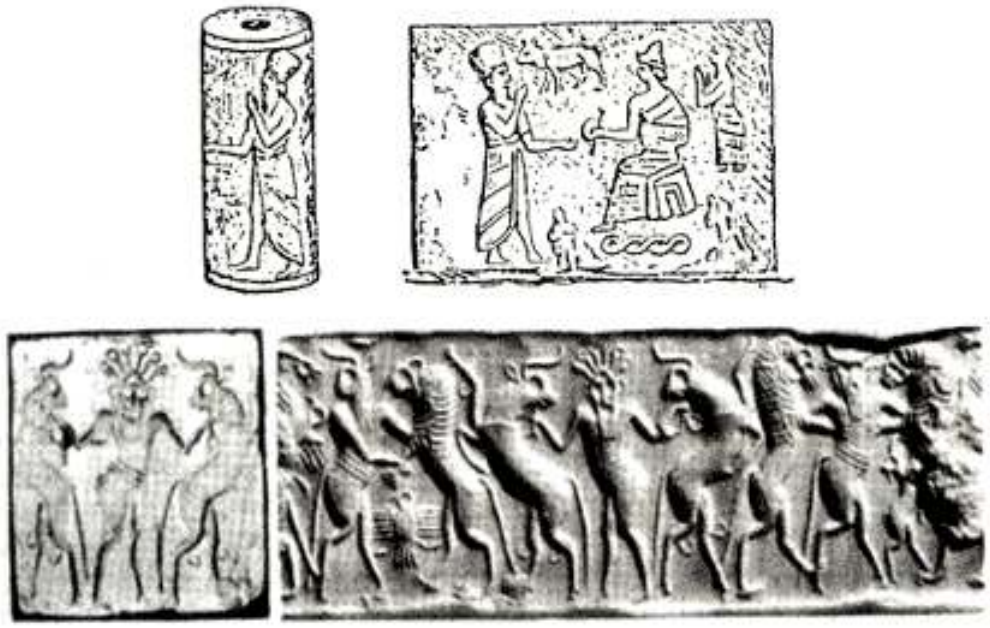


Fig. 12.

Muchos registros escritos sumerios y mesopotámicos no necesariamente estaban relacionados con lo divino o lo espiritual, sino con cosas tan cotidianas como el registro de las cosechas, la medida de campos y el cálculo de precios. Ciertamente, no es posible alcanzar determinados grados de civilización sin un avance paralelo de las matemáticas.

El sistema sumerio, llamado sexagesimal, combinaba el mundano 10 con el «celestial» 6 para obtener la cifra base de 60. En algunos aspectos,

este sistema es superior al nuestro actual; en cualquier caso, es incuestionablemente superior a los sistemas posteriores de los griegos y de los romanos. A los sumerios les permitía dividir en fracciones y multiplicar millones, calcular las raíces o elevar los números a varias potencias.

Este sistema no sólo fue el primer sistema matemático conocido, sino también el que nos dio el concepto de «posición numérica»; del mismo modo que, en el sistema decimal, 2 puede ser 2 o 20 o 200, dependiendo de la posición del dígito, también en el sistema sumerio el 2 significa 2 o 120 (2 x 60), y así sucesivamente, dependiendo de la «posición».

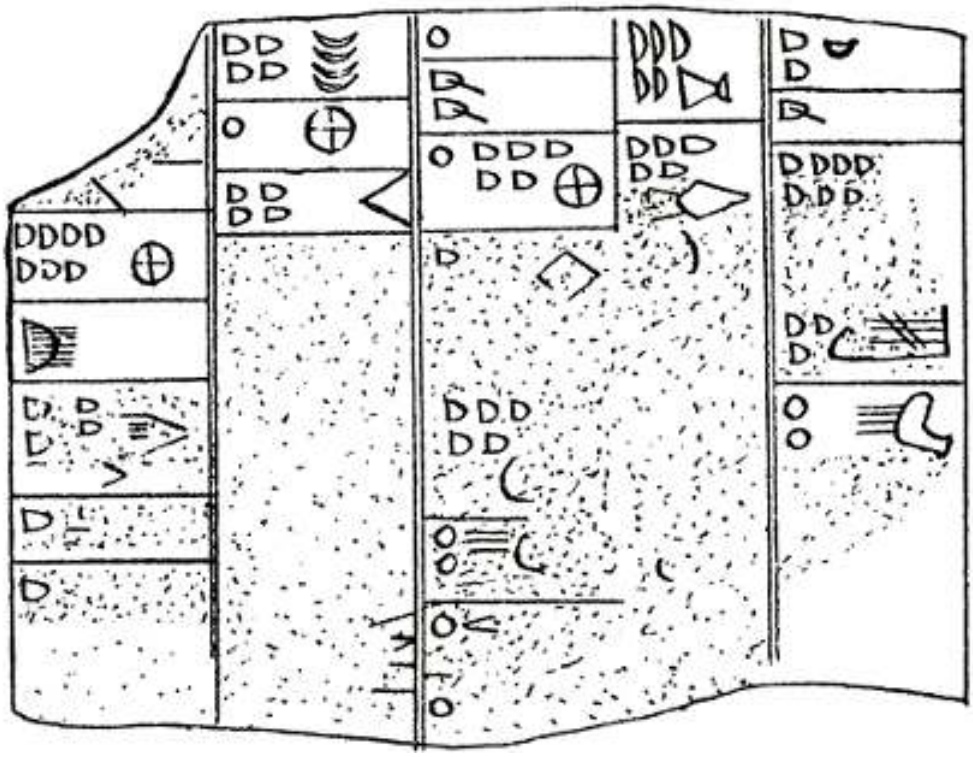


Fig. 13.

Los 360 grados del círculo, el pie y sus 12 pulgadas, y la «docena» como unidad no son más que unos cuantos ejemplos de los vestigios de las matemáticas sumerias que todavía podemos ver en nuestra vida cotidiana. Sus logros paralelos en astronomía, en el establecimiento del calendario y en otras hazañas matemático-celestiales de similar calibre recibirán un estudio mucho más preciso en capítulos posteriores.

Del mismo modo que todo nuestro sistema económico y social —libros, registros legales y económicos, contratos comerciales, certificados matrimoniales, etc.— dependen del papel, la vida sumeria/ mesopotámica dependía de la arcilla. Templos, tribunales y casas de comercio disponían de sus propios escribas, con sus tablillas de arcilla húmeda dispuestas para anotar decisiones, acuerdos o cartas, o para calcular precios, salarios, el área de un campo o el número de ladrillos necesarios en una construcción.

La arcilla también era la materia prima básica en la manufactura de utensilios de uso cotidiano y de recipientes para el almacenamiento y el transporte de bienes. También se utilizó para hacer ladrillos —otra cosa en la que los sumerios fueron los «primeros», algo que hizo posible la construcción de casas para el pueblo, de palacios para los reyes y de templos imponentes para los dioses.

A los sumerios se les atribuyen dos avances tecnológicos que hicieron posible combinar la ligereza con una fuerte resistencia en todos los objetos de arcilla: la armazón y la cocción. Los arquitectos modernos han descubierto que se puede hacer hormigón armado, un material de construcción sumamente fuerte, echando cemento en moldes con un entramado interior de varillas de hierro; pero hace mucho que los sumerios fueron capaces de dar a sus ladrillos una gran fortaleza mezclando la arcilla húmeda con trozos de carrizo o paja. También sabían que a los objetos de arcilla se les podía dar resistencia y durabilidad cociéndolos en el horno. Fue gracias a estos avances tecnológicos que se hizo posible la construcción de los primeros edificios y arcadas del mundo, así como la elaboración de la primera cerámica duradera.

La invención del horno —un lugar donde conseguir unas temperaturas intensas pero controladas, sin correr el riesgo de que los productos se llenen de polvo o cenizas— hizo posible un avance tecnológico aún mayor: la Edad de los Metales.

Se da por cierto que el hombre descubrió que podía dar formas útiles o agradables a algunas «piedras blandas» —pepitas de oro naturales, así como compuestos de cobre y de plata— en algún momento de los alrededores del 6000 a. C. Los primeros objetos de metal moldeado se encontraron en las tierras altas de los Montes Zagros y del Taurus. Sin embargo, como

señalaba R. J. Forbes (*The Birthplace of Oíd World Metallurgy*), «en el Oriente Próximo de la antigüedad, el suministro de cobre natural se agotaba con rapidez, y el minero tenía que recurrir a las minas». Esto precisaba del conocimiento y de la capacidad para encontrar y extraer el mineral metalífero, triturarlo, fundirlo y refinarlo, procesos que no se podrían haber llevado a cabo sin el horno y sin una tecnología mínimamente avanzada.

El arte de la metalurgia no tardó en abarcar también la habilidad para alear el cobre con otros metales, obteniendo como resultado un metal fundible, duro, pero maleable, al que llamamos bronce. La Edad del Bronce, nuestra primera época metalúrgica, fue también una contribución mesopotámica a la civilización moderna. En la antigüedad, gran parte del comercio se dedicaba al comercio de metales, y también se formó a partir de aquí la base para el desarrollo en Mesopotamia de la banca y de la primera moneda —el shekel («lingote pesado») de plata.

Del nivel que alcanzó la metalurgia en la antigua Mesopotamia nos hablan las muchas variedades de metales y aleaciones para los cuales se han encontrado nombres sumerios y acadios, así como su amplia terminología tecnológica. Esto desconcertó durante cierto tiempo a los estudiosos, ya que Sumer, en su territorio, carecía de minerales metalíferos; y, sin embargo, la mayor parte de la metalurgia comenzó indudablemente aquí.

La respuesta se encuentra en la energía. No se puede fundir, refinar y alear sin un abundante suministro de combustibles para alimentar hornos y crisoles. En Mesopotamia no había menas, pero había combustible en abundancia, de modo que el mineral metalífero fue llevado hasta los combustibles, lo cual explicaría muchas de las más antiguas inscripciones en las que se describe el transporte del mineral desde muy lejos.

Los combustibles que le dieron a Sumer la supremacía tecnológica fueron betunes y asfaltos, productos del petróleo que se filtraban de forma natural hasta la superficie en muchos lugares de Mesopotamia. R. J. Forbes (*Bitumen and Petroleum in Antiquity*) demuestra que los depósitos de superficie de Mesopotamia fueron las principales fuentes de combustible del mundo antiguo, desde los tiempos más primitivos hasta la época de Roma, y concluye que el uso tecnológico de estos productos del petróleo comenzó en Sumer alrededor del 3500 a. C. de hecho, dice que la

utilización y el conocimiento de los combustibles y de sus propiedades fueron mayores en tiempos de los sumerios que en las civilizaciones que les siguieron.

Tan amplio fue el uso de los productos del petróleo entre los sumerios —no sólo como combustibles, sino, también, como materiales para la construcción de caminos, para impermeabilizar, calafatear, pintar, cimentar, moldear—, que cuando los arqueólogos buscaban a la antigua Ur, la encontraron enterrada en un montículo que los árabes de la zona daban en llamar el «Montículo del Betún». Forbes demuestra que la lengua sumeria tiene términos para cada género y variante de las sustancias bituminosas encontradas en Mesopotamia. De hecho, los nombres de los materiales bituminosos y petrolíferos en otras lenguas —acadio, hebreo, egipcio, copto, griego, latín y sánscrito— remontan su origen hasta el sumerio; por ejemplo, el nombre más común del petróleo —naphta, nafta— se deriva de napatu («piedras que arden»).

La utilización de los productos del petróleo por parte de los sumerios fue también fundamental para el desarrollo de la química. No sólo podemos valorar el alto nivel de los conocimientos de los sumerios por la variedad de pinturas y pigmentos, y por procesos tales como el vidriado, sino también por la notoria producción artificial de piedras semipreciosas, entre las que se incluye un sustitutivo del lapislázuli.

También se utilizaron betunes en la medicina sumeria, otro campo donde los niveles también fueron impresionantemente altos. En centenares de textos acadios encontrados se emplean en gran medida frases y términos médicos sumerios, indicando con ello el origen sumerio de toda la medicina mesopotámica.

La biblioteca de Assurbanipal en Nínive disponía de una sección de medicina. Los textos se dividían en tres grupos: bultitu («terapia»), shipir bel imti («cirugía») y urti mashmashshe («órdenes y conjuros»). En los antiguos códigos legales había secciones que trataban de los honorarios que había que pagar a los cirujanos por las operaciones exitosas, y de las penas que se les imponían en caso de fracaso: como, por ejemplo, que, si al abrir la sien de un paciente con una lanceta, el cirujano destruía accidentalmente el ojo de aquel, se le condenaba a perder la mano.

Se han encontrado marcas inconfundibles de cirugía cerebral en algunos esqueletos encontrados en, tumbas de Mesopotamia, y un texto médico parcialmente roto habla de la extirpación quirúrgica de una «sombra que cubría el ojo de un hombre», probablemente un problema de cataratas; otro texto menciona el uso de un instrumento cortante, diciendo que «si la enfermedad ha alcanzado el interior del hueso, tendrás que rasparlo y quitarlo».

Los enfermos de los tiempos sumerios podían elegir entre un A.ZU («médico de agua») y un IA.ZU («médico de aceite»). Una tablilla encontrada en Ur, de cerca de 5000 años de antigüedad, nombra a un practicante de la medicina como «Lulu, el médico». También había veterinarios, conocidos como «médicos de bueyes» o bien como «médicos de asnos».

En un sello cilíndrico muy antiguo encontrado en Lagash se representa un par de tenazas quirúrgicas que pertenecieron a «Urlu-galedina, el médico». El sello muestra también a la serpiente en el árbol, símbolo de la medicina hasta nuestros días.

Fig. 14.

También se representaba con frecuencia un instrumento que utilizaban las comadronas para cortar el cordón umbilical.

Los textos médicos sumerios tratan del diagnóstico y de las recetas. No dejan lugar a dudas de que los médicos sumerios no recurrían a la magia o a la brujería. Recomendaban la higiene y la limpieza, los baños de agua

caliente y disolventes minerales, la aplicación de derivados vegetales y las fricciones con compuestos del petróleo.

Se hacían medicinas de plantas y compuestos minerales, y se mezclaban con líquidos o disolventes según el método de aplicación. Si era por vía oral, se mezclaban los polvos con vino, cerveza o miel; si «se vertían a través del recto» —si se administraban como enema—, se mezclaban con aceites vegetales. El alcohol, que jugaba un papel muy importante en la desinfección quirúrgica y como base de muchas medicinas, llegó hasta nuestros idiomas a través del árabe kohl, del acadio kuhlu.

Los modelos de hígado encontrados nos indican que se enseñaba medicina en algún tipo de escuelas médicas, con la ayuda de modelos de arcilla de los órganos humanos. Debieron de estar bastante avanzados en anatomía, pues los rituales religiosos nos hablan de elaboradas disecciones de los animales sacrificiales, sólo un escalón por debajo de un conocimiento comparable en anatomía humana.

En diversas representaciones sobre sellos cilíndricos o tablillas de arcilla se muestra a personas yaciendo sobre algún tipo de mesa quirúrgica, rodeadas por equipos de dioses o personas. Sabemos por la épica y por otros textos heroicos que los sumerios y sus sucesores en Mesopotamia estaban muy interesados en temas como la vida, la enfermedad y la muerte. Hombres como Gilgamesh, un rey de Erek, buscaban el «Árbol de la Vida» o algún mineral (una «piedra») que pudiera darles la eterna juventud. También existen referencias a esfuerzos por resucitar a los muertos, en especial si resultaban ser dioses:

Sobre el cadáver, colgado del poste,
ellos dirigieron el Pulso y el Resplandor;
Sesenta veces el Agua de la Vida,
Sesenta veces el Alimento de la Vida,
ellos rociaron sobre aquel;
E Inanna se levantó.

¿Se conocerían y utilizarían en estos intentos de resurrección algunos métodos ultra modernos de los que sólo podemos especular? El conocimiento y la utilización de materiales radiactivos en el tratamiento de determinadas dolencias queda, ciertamente, sugerido en una escena médica representada en un sello cilíndrico que data de los comienzos de la

civilización sumeria. En él, se muestra, sin ningún tipo de dudas, a un hombre yaciendo sobre una cama especial, con el rostro protegido con un máscara y recibiendo algún tipo de radiación.

Fig. 15.

Una de las consecuciones materiales más antiguas de Sumer fue el desarrollo de la industria textil y de la ropa.

Se considera que nuestra revolución industrial comenzó con la introducción de máquinas hiladoras y tejedoras en Inglaterra en la década de 1760, y la mayoría de las naciones en vías de desarrollo han venido aspirando desde entonces al despliegue de la industria textil como paso previo hacia la industrialización. Las evidencias muestran que este ha sido el proceso seguido, no sólo desde el siglo XVIII hasta aquí, sino desde la primera gran civilización del ser humano. El Hombre no pudo hacer tejidos antes de la aparición de la agricultura, que fue la que le proporcionó el lino, y de la domesticación de los animales, que le proveyeron de lana. Grace M. Crowfoot (*Textiles, Basketry and Mats in Antiquity*) expresaba el consenso académico al afirmar que el arte de tejer apareció en Mesopotamia alrededor del 3800 a. C.

Además, Sumer era famosa en la antigüedad no sólo por sus tejidos, sino también por su ropa. En el Libro de Josué (7:21) se dice que, durante el asalto a Jericó, cierta persona no pudo resistir la tentación de guardarse «un

hermoso manto de Senaar» que había encontrado en la ciudad, aun cuando el castigo era la muerte. Tan apreciadas eran las prendas de Senaar (Sumer), que la gente estaba dispuesta a arriesgar su vida con tal de hacerse con ellas.

Una rica terminología existía ya en tiempos sumerios para describir tanto a las prendas de vestir como a sus elaboradores. La prenda básica recibía el nombre de TUG —sin duda alguna, la precursora, tanto en estilo como en nombre, de la toga romana. Estas prendas eran TUG.TU.SHE, que en sumerio quiere decir «prenda que se lleva envuelta alrededor».

Fig. 16.

Las antiguas representaciones no sólo revelan una sorprendente variedad y opulencia en cuestión de ropa, sino también de elegancia, donde prevalecían el buen gusto y la combinación de prendas, peinados, tocados y joyas.

Fig. 17.

Fig. 18.

Otra importante consecución sumeria fue la agricultura. En una tierra en la que sólo se dan lluvias estacionales, los ríos eran los que proporcionaban el agua para hacer crecer cosechas a lo largo de todo el año por medio de un vasto sistema de canales de irrigación.

Mesopotamia —la Tierra Entre los Ríos— era, ciertamente, una cesta de alimentos en la antigüedad. El albaricoquero, que en español se llama damasco («árbol de Damasco»), lleva el nombre latino de armeniaca, una

palabra prestada del acadio, armanu. La cereza —kerasos en griego, kirsche en alemán— proviene de la acadia karshu. Todas las evidencias sugieren que estas y otras frutas y verduras llegaron a Europa desde Mesopotamia, al igual que muchas semillas y especias. Nuestra palabra azafrán viene del acadio azupiranu; croco, una variedad de azafrán, viene de kurkanu (a través de krokos, en griego), comino viene de kamanu, hisopo de zupu, mirra de murru. La lista es larga; y, en muchos casos, fue Grecia la que proporcionó el puente físico y etimológico a través del cual estos productos de la tierra llegaron a Europa. Cebollas, lentejas, judías, pepinos, coles y lechuga eran ingredientes habituales en la dieta sumeria.

Pero también impresiona mucho la amplitud y la variedad de los métodos de preparación de los alimentos en la antigua Mesopotamia, es decir, su cocina.

Textos y representaciones confirman que los sumerios sabían convertir los cereales que cultivaban en harina, de la que hacían gran variedad de panes, gachas, pastas, pasteles y bollos, con y sin levadura. También se fermentaba la cebada para hacer cerveza, y se han encontrado entre sus textos «manuales técnicos» para la producción de cerveza. Obtenían vino de la uva y de los dátiles, y leche de ovejas, cabras y vacas, que utilizaban para beber, cocinar y transformar en yogurt, mantequilla, nata y queso. El pescado también era habitual en la dieta. También disponían de carneros, y la carne de cerdo, animal que pastoreaban en grandes piaras, estaba considerada como un bocado exquisito. Gansos y patos pudieron estar reservados para las mesas de los dioses.

Los antiguos textos no dejan lugar a dudas sobre la alta cocina que desarrolló la antigua Mesopotamia en los templos y en el servicio de los dioses. Uno de estos textos prescribe la ofrenda a los dioses de «hogazas de pan de cebada… hogazas de pan de trigo silvestre; una pasta de miel y nata; dátiles, pastas… cerveza, vino, leche… savia de cedro, nata». También se ofrecía carne asada con libaciones de las «primicias de cerveza, vino y leche». Una parte concreta de toro se preparaba según una estricta receta en la que se precisaba de «harina fina… amasada con agua y con las primicias de la cerveza y el vino», y mezclada con grasas animales, «ingredientes aromáticos elaborados con el corazón de las plantas», nueces, malta y

especias. Las instrucciones para «el sacrificio diario a los dioses de la ciudad de Uruk» precisaban que había que servir cinco bebidas diferentes con las comidas, y especificaban lo que debían hacer «los molenderos en la cocina» y «el chef trabajando en la tabla de amasar».

Nuestra admiración por el arte culinario sumerio no puede dejar de crecer a la vista de los poemas que entonan sus alabanzas a los buenos alimentos. Y la verdad es que, ¿qué puede uno decir cuando lee una milenaria receta de «coq au vin»?

En el vino de la bebida,
en el agua perfumada,
en el óleo de la unción
el ave que he cocinado,
y he comido.

Una economía próspera, una sociedad con tan extensas empresas materiales, no se podría haber desarrollado sin un eficaz sistema de transportes. Los sumerios utilizaban sus dos grandes ríos y la red artificial de canales para el transporte por agua de personas, bienes y ganado. Algunas de las representaciones más antiguas que se tienen muestran lo que, sin ninguna duda, fueron las primeras embarcaciones del mundo.

Sabemos por muchos textos primitivos que los sumerios también se metieron en aventuras marineras de aguas profundas, usando diversos tipos de barcos para llegar a tierras lejanas en busca de metales, maderas y piedras preciosas y otros materiales que no podían conseguir en la propia Sumer. En un diccionario acadio de la lengua sumeria se encontró una sección sobre navegación en la que había una lista de 105 términos sumerios sobre diferentes barcos en función de su tamaño, destino o propósito (de carga, de pasajeros o para el uso exclusivo de ciertos dioses). Otros 69 términos sumerios, relacionados con el manejo y la construcción de barcos, fueron traducidos al acadio. Sólo una larga tradición marinera podría haber generado unas naves tan especializadas y una terminología tan técnica.

Para el transporte por tierra, fue en Sumer donde se utilizó por primera vez la rueda. Su invención y su introducción en la vida diaria hicieron posible la aparición de una amplia variedad de vehículos, desde los carros

de transporte hasta los de guerra, y no cabe duda de que también le concedió a Sumer la distinción de ser la primera en emplear la «energía bovina», así como la «energía caballar», en la locomoción.

Fig. 19.

En 1956, el profesor Samuel N. Kramer, uno de los grandes sumerólogos de nuestro tiempo, hizo una revisión del legado literario encontrado bajo los montículos de Sumer. Sólo el índice de *From the Tablets of Sumer* es ya, en sí, una joya, por cada uno de los 25 capítulos en los que se describe alguna de esas cosas en las que los sumerios fueron «los primeros», como en ser los que hicieron las primeras escuelas, el primer congreso bicameral, el primer historiador, la primera farmacopea, el primer «almanaque del agricultor», las primeras cosmogonía y cosmología, el primer «Job», los primeros proverbios y refranes, los primeros debates literarios, el primer «Noé», el primer catálogo de biblioteca, la primera Época Heroica del Hombre, su primer código legal y sus primeras reformas sociales, su primera medicina, su primera agricultura y su primera búsqueda de la paz y la armonía mundial.

Y esto no es una exageración.

Las primeras escuelas se crearon en Sumer como consecuencia directa de la invención y la introducción de la escritura. Las evidencias, tanto arqueológicas —se han encontrado edificios donde se ubicaban las escuelas—, como escritas —se han encontrado tablillas con ejercicios—, indican la existencia de un sistema educativo formal hacia comienzos del tercer

milenio a. C. Literalmente, había miles de escribas en Sumer, que iban desde los escribas subalternos hasta los altos escribas, escribas reales, escribas de los templos y escribas que asumían altos cargos del estado. Algunos hacían de maestros en las escuelas, y aún podemos leer sus ensayos sobre las escuelas, sus objetivos y metas, su currículo y sus métodos de enseñanza.

En las escuelas, no sólo se enseñaba la lengua y la escritura, sino también las ciencias de la época —botánica, zoología, geografía, matemáticas y teología. Se estudiaban y se copiaban las obras literarias del pasado, y se creaban obras nuevas.

Las escuelas estaban dirigidas por el ummia («profesor experto»), y entre el profesorado se incluía, invariablemente, no sólo un «hombre encargado del dibujo» y un «hombre encargado del sumerio», sino también un «hombre encargado del azote». Parece ser que la disciplina era estricta; un alumno escribió en una tablilla de arcilla que había sido azotado por no asistir a clase, por falta de higiene, por vago, por no guardar silencio, por mala conducta e, incluso, por su mala caligrafía.

Un poema épico que trata de la historia de Erek habla de la rivalidad entre Erek y la ciudad-estado de Kis. El texto épico narra cómo los enviados de Kis se acercan hasta Erek para ofrecer un acuerdo pacífico en su disputa. Pero el soberano de Erek en aquel momento, Gilgamesh, prefería luchar en vez de negociar. Lo que resulta interesante es que Gilgamesh tuvo que poner el asunto a votación en el Consejo de Ancianos, el «Senado» de Erek:

El señor Gilgamesh,
ante los ancianos de la ciudad expuso el asunto,
buscando una decisión:
«No nos vamos a rendir ante la casa de Kis,
la vamos a golpear con las armas».

Sin embargo, el Consejo de Ancianos estaba por las negociaciones. Impertérrito, Gilgamesh expuso el caso ante gente más joven, el Consejo de los Luchadores, que votaron por la guerra. Lo significativo de este cuento estriba en la revelación de que un soberano sumerio tenía que someter la

pregunta de guerra o paz ante el primer congreso bicameral, hace unos 5000 años.

El título de Primer Historiador se lo otorgó Kramer a Entemena, rey de Lagash, que registró en cilindros de arcilla su guerra contra la vecina Umma. Mientras que otros textos eran obras literarias o poemas épicos cuyos temas eran sucesos históricos, las inscripciones de Entemena eran de una prosa directa, escritas únicamente como un registro fáctico de la historia.

Debido a que las inscripciones asirias y babilonias fueron descifradas bastante antes que los textos sumerios, se creyó durante mucho tiempo que el primer código legal fue compilado y decretado por el rey babilonio Hammurabi, alrededor del 1900 a. C. Pero, a medida que se fue descubriendo la civilización de Sumer, fue quedando claro que «los primeros» en un sistema legal, en conceptos de orden social y en la administración de justicia fueron los sumerios.

Bastante antes que Hammurabi, un soberano sumerio de la ciudad-estado de Eshnunna (al noreste de Babilonia) hizo un código de leyes que establecía los precios máximos de los comestibles y del alquiler de carros y barcas, con el fin de que los pobres no fueran oprimidos. También hizo leyes que trataban de los agravios contra la persona y la propiedad, y regulaciones relativas a temas familiares y a las relaciones entre amo y sirviente.

Aún antes, Lipit-Ishtar, un soberano de Isin, promulgó un código del que sólo quedan legibles en la tablilla parcialmente preservada (copia de un original que fue grabado sobre una estela de piedra) 38 leyes, que tratan de las propiedades inmobiliarias, de esclavos y sirvientes, del matrimonio y la herencia, del contrato de embarcaciones, del alquiler de bueyes y de las penas por no pagar los impuestos. Tal como hizo Hammurabi tiempo después, Lipit-Ishtar explicaba en el prólogo de este código que actuaba por mandato de «los grandes dioses», que le habían ordenado «llevar el bienestar a los sumerios y los acadios».

Aún así, ni siquiera Lipit-Ishtar fue el primer sumerio en hacer un código legal. Se han encontrado fragmentos de tablillas en los que aparecen copias de un código promulgado por Urnammu, soberano de Ur en los

alrededores del 2350 a. C. —más de medio milenio antes que Hammurabi. Las leyes, promulgadas por mandato del dios Nannar, pretendían detener y castigar «a los que arrebatan los bueyes, las ovejas y los asnos a los ciudadanos», para que «los huérfanos no sean víctimas de los ricos, las viudas no sean víctimas de los poderosos, el hombre de un shekel no sea víctima del hombre de 60 shekels». Urnammu decretó también «pesos y medidas honestos e invariables». Pero el sistema legal sumerio y la aplicación de justicia se remontan aún más allá en el tiempo.

Hacia el 2600 a. C. ya tenían que haber sucedido demasiadas cosas en Sumer para que el ensi Urukagina tuviera que instituir reformas. Los estudiosos citan una larga inscripción suya como un testimonio precioso de la primera reforma social del hombre basada en el sentido de la libertad, la igualdad y la justicia —una «Revolución Francesa» impuesta por un rey 4400 años antes del 14 de Julio de 1789.

El reformador decreto de Urukagina hacía, en primer lugar, una lista de los males de su época para, después, hacer una relación de las reformas. Los males consistían principalmente en el uso indebido de los poderes asignados a los supervisores, poderes que utilizaban en beneficio propio; el abuso de la condición de funcionario; la extorsión que suponían los altos precios marcados por grupos monopolizadores.

Todas estas injusticias, y muchas más, fueron prohibidas por el reformador decreto de Urukagina. Un funcionario ya no podía poner el precio que le viniera en gana «por un buen asno o una casa». Un «hombre grande» ya no podría coaccionar a un ciudadano común. Se restablecieron los derechos de los ciegos, los pobres, las viudas y los huérfanos, y a cualquier mujer divorciada se le concedía la protección de la ley —hace casi 5000 años.

¿Durante cuánto tiempo venía existiendo ya la civilización sumeria para requerir tan importante reforma? Está claro que durante mucho tiempo, pues Urukagina afirmaba que había sido su dios Ningirsu el que le había convocado para «restablecer los decretos de los primeros días», una llamada implícita para volver a unos sistemas aún más antiguos y a unas leyes aún más lejanas en el tiempo.

Las leyes sumerias se apoyaban en un sistema judicial en el que los procedimientos y los juicios, así como los contratos, eran meticulosamente registrados y preservados. Los magistrados actuaban más como jurados que como jueces; el tribunal estaba compuesto normalmente por tres o cuatro jueces, uno de los cuales era un «juez real» profesional, mientras los demás eran extraídos de un grupo de 36 hombres.

Mientras que los babilonios se dedicaron a hacer reglas y regulaciones, los sumerios estaban más interesados en la justicia, pues creían que los dioses señalaban a los reyes, principalmente, para asegurar la justicia en la tierra.

Se puede establecer más de un paralelismo entre los conceptos de justicia y de moralidad que aparecen aquí y los del Antiguo Testamento. Aun antes de que los hebreos tuvieran reyes, fueron gobernados por jueces; los reyes no eran juzgados por sus conquistas o sus riquezas, sino por la medida en la cual «hacían lo que era justo». En la religión judía, el Año Nuevo marca un período de diez días durante el cual los hechos de los hombres se pesan y evalúan para determinar su destino en el año que comienza. Probablemente sea algo más que una coincidencia el hecho de que los sumerios creyeran en una deidad llamada Nanshe, que juzgaba a la Humanidad una vez al año del mismo modo; después de todo, el primer patriarca hebreo, Abraham, vino de la ciudad sumeria de Ur, la ciudad de Ur-Nammu y su código.

La preocupación sumeria por la justicia, o por la ausencia de esta, encuentra expresión también en lo que Kramer llamó «el primer "Job"». Emparejando fragmentos de tablillas de arcilla en el Museo de Antigüedades de Estambul, Kramer pudo leer buena parte de un poema sumerio que, como el bíblico Libro de Job, habla de los males de un hombre justo que, en vez de ser bendecido por los dioses, sufrió todo tipo de pérdidas y de ignominias. «Mi justa palabra se ha convertido en mentira», gritaba en su angustia.

En la segunda parte, el anónimo padecedor suplica a su dios de un modo muy similar a como se expresan algunos versos de los Salmos hebreos:

Dios mío, tú que eres mi padre,
que me engendraste, eleva mi rostro…

¿Por cuánto tiempo más me vas a tener abandonado,
me vas a tener desprotegido…
me vas a dejar sin tu guía?

Después, viene un final feliz. «Las palabras justas, las palabras puras que pronunció, fueron aceptadas por su dios; …su dios retiró la mano de la declaración del mal».

Precediendo en dos milenios al bíblico Libro de Eclesiástes, los proverbios sumerios expresaban muchos de los mismos conceptos e ideas.

Si estamos condenados a morir, gastemos;
si hemos de vivir una vida larga, ahorremos.

Cuando un hombre pobre muere, no intentes revivirlo.

Aquél que posee mucha plata, puede ser feliz.
Aquél que posee mucha cebada, puede ser feliz.
¡Pero el que no tiene nada de nada, puede dormir!

Hombre: para su placer: matrimonio;
cuando deja de pensar en ello: divorcio.

No es el corazón el que lleva a la enemistad;
es la lengua la que lleva a la enemistad.

En una ciudad donde no hay perros guardianes,
el zorro es el supervisor.

Los logros materiales y espirituales de la civilización sumeria vinieron acompañados también por un amplio desarrollo de las artes interpretativas. Un equipo de expertos de la Universidad de California en Berkeley se convirtió en noticia en Marzo de 1974, cuando anunciaron que habían descifrado la canción más antigua del mundo. Lo que consiguieron los profesores Richard L. Crocker, Anne D. Kilmer y Robert R. Brown fue leer e interpretar las notas musicales escritas en una tablilla cuneiforme de los alrededores del 1800 a. C. encontrada en Ugarit, en la costa mediterránea (actualmente en Siria).

«Sabíamos ya», explicó el equipo de Berkeley, «que hubo música en la primitiva civilización asirio-babilonia, pero hasta que desciframos esta canción no hemos sabido que aquella música utilizaba la misma escala heptatónica-diatónica característica de la música occidental contemporánea y de la música griega del primer milenio a. C.» Hasta entonces se creía que

la música occidental se había originado en Grecia; a partir de ahí, quedó demostrado que nuestra música, así como cualquier otra música de la civilización occidental, tuvo su origen en Mesopotamia. Esto no debería de sorprendernos, pues el erudito griego Filón ya dijo que los mesopotámicos fueron conocidos por «buscar el unísono y la armonía por todo el mundo a través de los tonos musicales».

No cabe duda de que la música y la canción hay que calificarlas como otro «primero» de los sumerios. De hecho, el profesor Crocker sólo pudo interpretar aquella antigua melodía después de construir una lira como las que se habían encontrado en las ruinas de Ur. Los textos del segundo milenio a. C. señalan la existencia de unos «números clave» musicales y de una teoría musical coherente; y la misma profesora Kilmer escribió tiempo después (*The Strings of Musical Instruments: Their Names, Numbers and Significance*) que había muchos textos de himnarios sumerios «que parecían llevar notaciones musicales en los márgenes». «Los sumerios y sus sucesores tenían una vida musical plena», concluyó. No sorprende, por tanto, que nos encontremos con una gran variedad de instrumentos musicales —así como con cantantes y bailarines en plena interpretación— representados en sellos cilíndricos y en tablillas de arcilla.

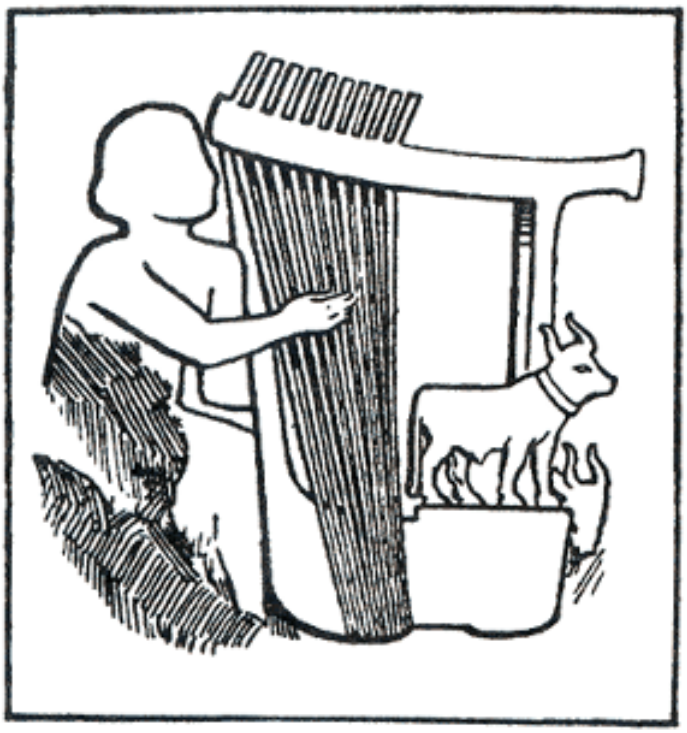


Fig. 20.

Como muchos otros logros sumerios, la música y la canción tuvieron su origen también en los templos. Pero, comenzando en el servicio de los dioses, estas artes interpretativas acabaron dominando también el exterior de los templos. Empleando el juego de palabras favorito de los sumerios, un refrán popular comentaba acerca de los honorarios que cobraban los cantantes: «Un cantante cuya voz no sea dulce es, ciertamente, un "pobre" cantante».

Se han encontrado muchas canciones de amor sumerias; indudablemente, se cantaban con acompañamiento musical. Sin embargo, la más conmovedora es una canción de cuna que una madre compuso y cantó a su hijo enfermo:

Ven, sueño; ven, sueño; ven a mi hijo.
Apresúrate, sueño, en venir hasta mi hijo;
haz dormir sus inquietos ojos…
Estás sufriendo, hijo mío;
estoy turbada, estoy atónita,
miro fijamente a las estrellas.
La luna nueva brilla en tu rostro;
tu sombra derramará lágrimas por ti.
Échate, échate en tu sueño…

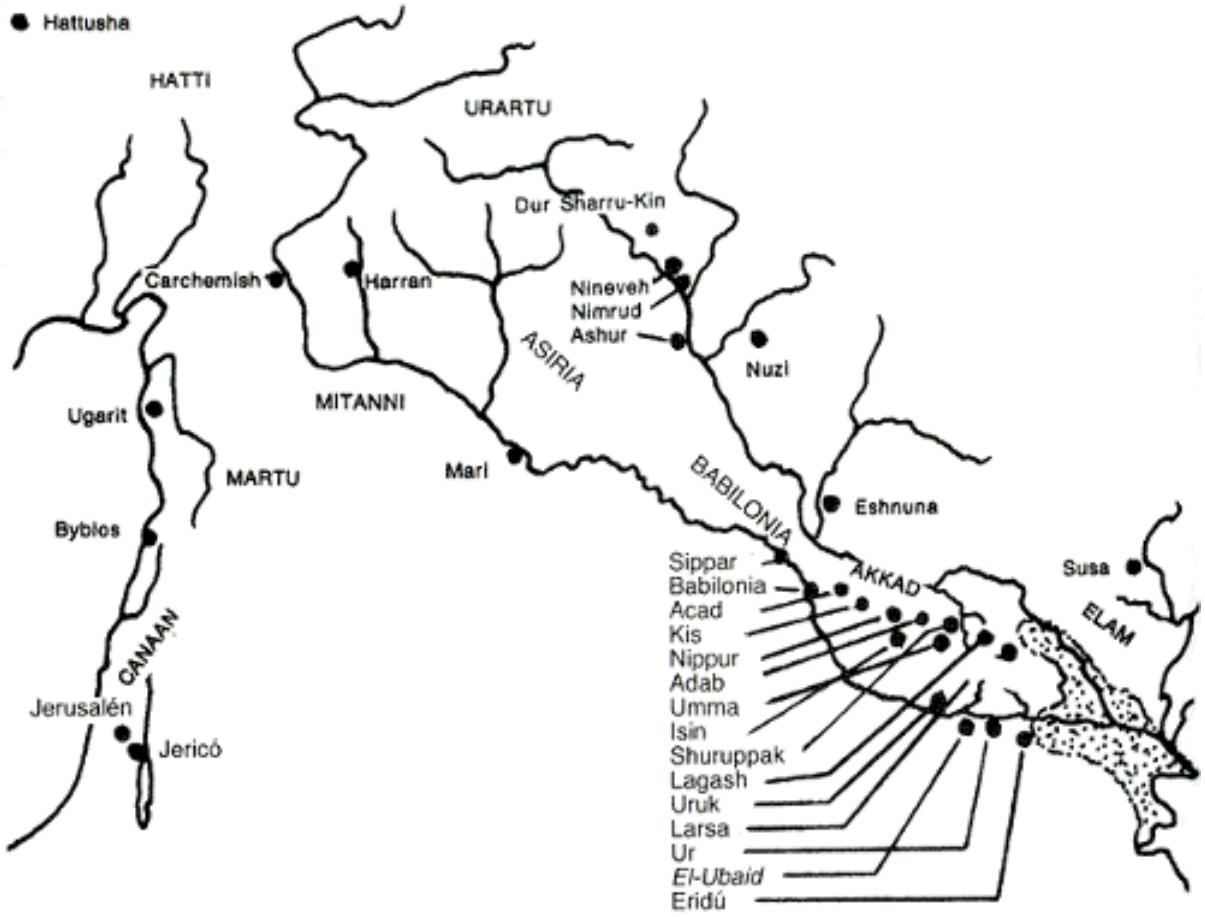
Que la diosa del crecimiento sea tu aliada;
que tengas un guardián elocuente en el cielo;
que alcances un reino de días felices…
Que una esposa te sirva de apoyo;
que un hijo sea tu suerte futura.

Lo que más impacta de la música y de las canciones sumerias no es sólo la conclusión de que Sumer fuera la fuente de la música occidental en su composición estructural y armónica. No menos significativo es el hecho de que, si leemos su música y escuchamos sus poemas, no nos suenen extraños o ajenos en absoluto, ni siquiera en lo más profundo de sus sensaciones y sus sentimientos. De hecho, al contemplar la gran civilización sumeria, no sólo nos encontramos con que nuestra moral, nuestro sentido de la justicia, nuestras leyes, nuestra arquitectura, nuestras artes y nuestra tecnología tienen sus raíces en Sumer, sino que, además, las instituciones sumerias nos resultan muy familiares, muy cercanas. Parecería que, en el fondo, todos fuéramos sumerios.

Después de excavar Lagash, la pala de los arqueólogos descubrió Nippur, la que, en otro tiempo, fuera centro religioso de Sumer y Acad. De los 30 000 textos encontrados allí, muchos siguen sin ser estudiados en nuestros días. En Shuruppak, se encontraron escuelas que databan del tercer milenio a. C. En Ur, los estudiosos encontraron magníficos floreros, joyas, armas, carros de batalla, cascos de oro plata, cobre y bronce, las ruinas de una fábrica de tejidos, registros judiciales, y un alto zigurat cuyas ruinas aún dominan el paisaje. En Eshnunna y Adab, los arqueólogos encontraron templos y artísticas estatuas de tiempos presargónicos. Umma produjo inscripciones que hablaban de antiguos imperios. En Kis, se desenterraron edificios monumentales y un zigurat de, al menos, el 3000 a. C.

Uruk (Erek) hizo remontarse a los arqueólogos hasta el cuarto milenio a. C. Allí encontraron la primera cerámica de colores cocida en horno, así como las evidencias de haber sido los primeros en usar la rueda de alfarero. Una calzada de bloques de caliza es la construcción de piedra más antigua encontrada hasta la fecha. En Uruk los arqueólogos encontraron también el primer zigurat —un inmenso montículo de fabricación humana en cuya cima se elevaban un templo blanco y un templo rojo.

Los primeros textos inscritos del mundo se encontraron también aquí, así como los primeros sellos cilíndricos. De estos últimos, Jack Finegan (*Light from the Ancient Past*) dijo: «La excelencia de los sellos en su primera aparición en el período de Uruk es sorprendente». Otros lugares del período de Uruk muestran evidencias del surgimiento de la Edad del Metal.



Mapa

En 1919, H. R. Hall encontró unas antiguas ruinas en una aldea llamada ahora El-Ubaid. El sitio daba su nombre a lo que los expertos consideran ahora como la primera fase de la civilización sumeria. Las ciudades sumerias de aquel período, que iban desde el norte de Mesopotamia hasta las estribaciones más meridionales de los Zagros, fueron las que utilizaron por primera vez ladrillos de arcilla, paredes enyesadas, mosaicos decorativos, cementerios con tumbas alineadas, objetos de cerámica pintados con diseños geométricos, espejos de cobre, cuentas de turquesas

importadas, pintura para los ojos, «tomahawks» de cobre, ropa, casas y, por encima de todo, templos monumentales.

Más al sur, los arqueólogos encontraron Eridú, la primera ciudad sumeria según los textos antiguos. A medida que las excavaciones iban avanzando, se encontraron con un templo dedicado a Enki, Dios del Conocimiento sumerio, que daba la impresión de haber sido construido y reconstruido una y otra vez. Los estratos hicieron remontarse a los expertos a los comienzos de la civilización sumeria: 2500 a. C., 2800 a. C., 3000 a. C., 3500 a. C.

Edades pasadas

Después, las palas se encontraron con los cimientos del primer templo dedicado a Enki. Por debajo de esto, se encontraba el suelo virgen. Nada se

había construido antes. La datación rondaba el 3800 a. C. Ahí es donde comenzó la civilización.

No sólo fue la primera civilización, en el sentido más veraz del término. También fue la civilización más vasta, omni-abarcante, más avanzada en muchos aspectos que las demás culturas de la antigüedad que la siguieron. Indudablemente, fue la civilización sobre la que se basa nuestra civilización.

Habiendo comenzado a utilizar piedras como herramientas unos 2 000 000 de años atrás, el Hombre consiguió esta civilización sin precedentes en Sumer en los alrededores del 3800 a. C. Y lo que más perplejidad provoca de todo esto es el hecho de que, hasta el día de hoy, los expertos no tengan ni la más remota idea de quiénes fueron los sumerios, de dónde vinieron, y cómo y por qué apareció su civilización.

Pues su aparición fue repentina, inesperada; aparecieron de la nada.

H. Frankfort (*Tell Uqair*) la calificó como de «asombrosa». Pierre Amiet (*Elam*), como de «extraordinaria». A. Parrot (*Sumer*) la describió como «una llama que se encendió de repente». Leo Oppenheim (*Ancient Mesopotamia*) remarcó «el asombrosamente corto período de tiempo» en el que apareció esta civilización. Joseph Campbell (*The Masks of God*) lo resumió de este modo:

> «De una forma pasmosamente súbita… aparece en este pequeño jardín de lodo sumerio… todo el síndrome cultural que, desde entonces, constituye la unidad germinal de todas las grandes civilizaciones del mundo».

3

DIOSES DEL CIELO Y DE LA TIERRA

¿Cómo pudo ser que, después de cientos de miles o millones de años de penosa y lenta evolución, todo cambiara de forma tan abrupta y completa, y, con tres empujones —alrededor de 11 000-7400-3800 a. C.—, los primitivos cazadores y recolectores nómadas se transformaran en agricultores y alfareros, en constructores de ciudades, ingenieros, matemáticos, astrónomos, metalúrgicos, comerciantes, músicos, jueces, médicos, escritores, bibliotecarios o sacerdotes? Se podría ir todavía más allá para hacer una pregunta aún más básica, magníficamente planteada por el profesor Robert J. Braidwood (*Prehistoric Men*): «Después de todo, ¿por qué ocurrió? ¿Por qué todos los seres humanos no estamos viviendo todavía como se vivía en el Mesolítico?».

Los sumerios, la gente por la cual vino a ser esta civilización tan repentina, tenían una respuesta preparada. La resumieron en una de las decenas de miles de inscripciones mesopotámicas encontradas: «Todo lo que se ve hermoso, lo hicimos por la gracia de los dioses».

Los dioses de Sumer. ¿Quiénes eran?

¿Eran los dioses sumerios como los dioses griegos, que vivían en una gran corte, de festín en el Gran Salón de Zeus en los cielos-Olimpo, cuyo homólogo en la tierra era el monte más alto de Grecia, el Monte Olimpo?

Los griegos ofrecían una imagen antropomórfica de sus dioses, con un aspecto físico similar al de los hombres y las mujeres mortales y con un

carácter humano. Podían mostrarse felices, irritados o celosos; hacían el amor, discutían y luchaban; y procreaban como seres humanos, teniendo descendencia a través de la relación sexual, entre ellos o con humanos.

Eran inalcanzables y, sin embargo, siempre se estaban mezclando en los asuntos humanos. Podían ir de aquí para allá a una velocidad de vértigo, aparecer y desaparecer; tenían armas poco comunes y de un inmenso poder. Cada uno tenía una función específica y, como consecuencia, cualquier actividad humana podía padecer o beneficiarse de la actitud del dios encargado de esa actividad en particular; por tanto, los rituales de culto y las ofrendas a los dioses estaban destinados a ganarse su favor.

La principal deidad de los griegos durante la civilización helénica fue Zeus, «Padre, de Dioses y Hombres», «Señor del Fuego Celestial». Su principal arma y símbolo era el rayo. Era un «rey» en la tierra que había descendido de los cielos; alguien que tomaba decisiones y dispensaba bien y mal a los mortales, pero cuyo ámbito original estaba en los cielos.

No fue ni el primer dios sobre la Tierra, ni tampoco el primero en haber estado en los cielos. Mezclando teología con cosmología para crear lo que los estudiosos llaman mitología, los griegos creían que en un principio fue el Caos; después, aparecieron Gea (la Tierra) y su consorte Urano (los cielos). Gea y Urano tuvieron doce hijos, los Titanes, seis varones y seis hembras. Aunque sus legendarias hazañas tuvieron lugar en la Tierra, se daba por cierto que tenían una contraparte astral.

Crono, el más joven de los titanes varones, emergió como figura principal en la mitología olímpica. Alcanzó la supremacía entre los titanes a través de la usurpación, después de castrar a su padre, Urano. Temiendo a los otros titanes, Crono los hizo prisioneros y los desterró. Por todo esto, su madre lo maldijo y lo condenó a sufrir el mismo destino que su padre, y a ser destronado por uno de sus propios hijos.

Crono se casó con su hermana Rea, con la que tuvo tres hijos y tres hijas: Hades, Poseidón y Zeus; Hestia, Deméter y Hera. Una vez más, el destino había marcado que el hijo más joven sería el que depondría a su padre, y la maldición de Gea se convirtió en realidad cuando Zeus derrocó a Crono, su padre.

Pero parece ser que el golpe de estado no estuvo exento de problemas. Durante muchos años hubo batallas entre los dioses, y se originó toda una hueste de seres monstruosos. La batalla decisiva fue entre Zeus y Tifón una deidad con forma de serpiente. Él combate alcanzó a grandes zonas, tanto de la Tierra como de los cielos. El lance final tuvo lugar en el Monte Casio, en los límites entre Egipto y Arabia, parece ser que en algún lugar de la Península del Sinaí.

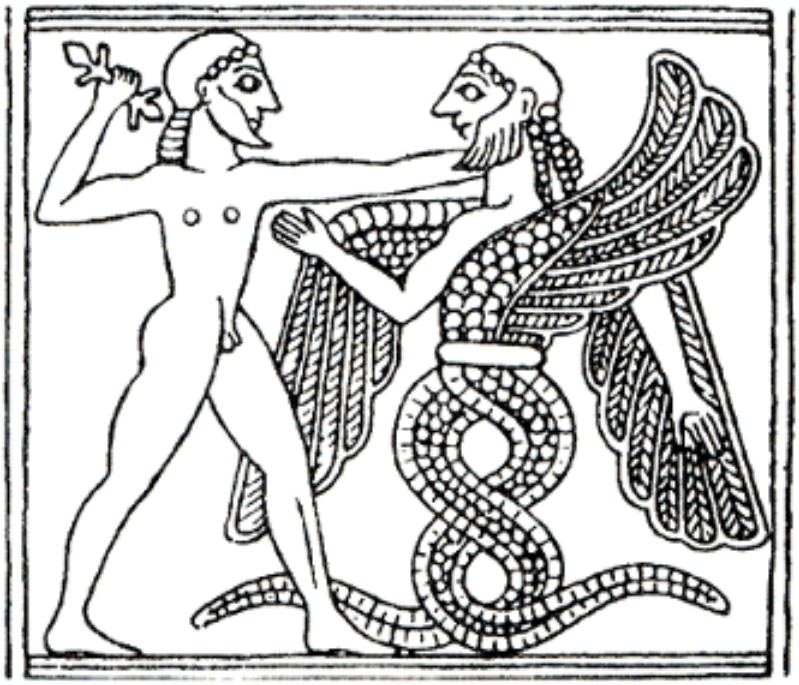


Fig. 21.

Tras su victoria, Zeus fue reconocido como dios supremo. Sin embargo, tenía que compartir el control con sus hermanos. Por elección (o, según otra versión, echándolo a suertes), a Zeus se le dio el control de los cielos; para el hermano mayor, Hades, se acordó el Mundo Inferior; y al mediano, Poseidón, se le dio el dominio de los mares.

Aunque, con el tiempo, Hades y su territorio se convirtieron en sinónimo del Infierno, su ambiente original era algún lugar «por allí abajo» que abarcaba tierras pantanosas, áreas desoladas y tierras regadas por enormes ríos. A Hades se le describía como «el invisible» —frío, distante, severo; impasible ante la oración o los sacrificios. Poseidón, por otra parte, se le veía con frecuencia aferrando su símbolo (el tridente). Aunque

soberano de los mares, se le tenía también por señor de las artes metalúrgicas y escultóricas, así como por un habilidoso mago o prestidigitador. Mientras que a Zeus se le representaba en la tradición griega y en la leyenda como a alguien muy estricto con la Humanidad —hasta el punto de que, en cierta ocasión, llegó a tramar la aniquilación del género humano—, a Poseidón se le tenía por un amigo de la Humanidad y un dios dispuesto a hacer lo imposible por ganarse las alabanzas de los mortales.

Los tres hermanos y sus tres hermanas, todos ellos hijos de Crono y de su hermana Rea, conformaron la parte más antigua del Círculo Olímpico, el grupo de los Doce Grandes Dioses. Los otros seis fueron todos descendientes de Zeus, y los relatos griegos trataban en gran medida de sus genealogías y relaciones.

Las deidades de ambos sexos que tenían por padre a Zeus tuvieron por madre a diferentes diosas. Casándose al principio con una diosa llamada Metis, Zeus tuvo una hija, la gran diosa Atenea. Ella era la encargada del sentido común y de la maniobra, de ahí que fuera la Diosa de la Sabiduría. Pero, además, al ser la única deidad principal que permaneció junto a Zeus durante su combate con Tifón (el resto de dioses había huido), Atenea adquirió también cualidades marciales y se convirtió en Diosa de la Guerra. Era la «perfecta doncella», y no se convirtió en esposa de nadie; pero algunos cuentos la relacionan frecuentemente con su tío Poseidón, y, aunque la consorte oficial de este era la diosa que fue Dama del Laberinto de la isla de Creta, su sobrina Atenea fue su amante.

Zeus se casó después con otras diosas, pero sus hijos no se cualificaron para entrar en el Círculo Olímpico. Cuando Zeus se puso a darle vueltas al serio asunto de tener un heredero varón, se empezó a fijar en sus hermanas. La mayor era Hestia. Según todos los relatos, era algo así como una reclusa; quizás demasiado vieja o demasiado enferma para ser objeto de actividades matrimoniales, por lo que Zeus no necesitó demasiadas excusas para dirigir su atención sobre Déméter, la mediana, Diosa de la Fertilidad. Pero, en vez de un hijo, Deméter le dio una hija, Perséfone, que acabaría convirtiéndose en esposa de su tío Hades, compartiendo con él su dominio sobre el Mundo Inferior.

Decepcionado por no tener un hijo varón, Zeus se volvió hacia otras diosas en busca de consuelo y de amor. Con Armonía tuvo nueve hijas. Después, Leto le dio una hija y un hijo, Ártemis y Apolo, que entraron inmediatamente en el grupo de las deidades principales.

Apolo, como primogénito de Zeus, era uno de los dioses más grandes del panteón helénico, temido tanto por hombres como por dioses. Era el intérprete de la voluntad de su padre Zeus ante los mortales y, de ahí, la máxima autoridad en materia de ley religiosa y de culto en el templo. Siendo el representante de la moral y de las leyes divinas, propugnaba la purificación y la perfección, tanto espiritual como física.

El segundo hijo varón de Zeus, nacido de la diosa Maya, fue Hermes, patrón de los pastores, guardián de rebaños y manadas. Menos importante y poderoso que su hermano Apolo, Hermes estaba más cerca de los asuntos humanos; cualquier golpe de buena suerte se le atribuía a él. Como Dador de Cosas Buenas, era el que se encargaba del comercio, patrón de mercaderes y viajeros. Pero su principal papel en el mito y en la épica fue el de heraldo de Zeus, Mensajero de los Dioses.

Impulsado por determinadas tradiciones dinásticas, Zeus todavía precisaba tener un hijo de una de sus hermanas, por lo que se fijó en la más joven, Hera. Al casarse con ella por los ritos del Sagrado Matrimonio, Zeus la proclamó Reina de los Dioses, es decir, Diosa Madre. Pero el matrimonio, bendecido con un hijo, Ares, y dos hijas, se vio zarandeado constantemente por las infidelidades de Zeus, así como por los rumores de infidelidad por parte de Hera, que arrojó algunas dudas acerca del verdadero parentesco de otro hijo, Hefesto.

Ares fue introducido inmediatamente en el Círculo Olímpico de los doce dioses principales, y se convirtió en el teniente jefe de Zeus, en un Dios de la Guerra. Se le representaba como el Espíritu de las Matanzas, aunque estaba lejos de ser invencible; combatiendo del lado de los troyanos en la Guerra de Troya, sufrió una herida que sólo Zeus pudo curar.

Hefesto, por otra parte, tuvo que esforzarse en su camino hasta la cima olímpica. Era el Dios de la Creatividad; a él se le atribuían el fuego de la forja y el arte de la metalurgia. Era el divino artífice, creador de objetos, tanto prácticos como mágicos, para hombres y dioses. Las leyendas dicen

que nació cojo, y que, por esto, su madre, Hera, lo rechazó enfurecida. Otra versión más creíble dice que fue Zeus el que desterró a Hefesto —por las dudas sobre su parentesco—, pero que Hefesto utilizó sus poderes creativos mágicos para obligar a Zeus a darle un asiento entre los Grandes Dioses.

Las leyendas dicen también que, en cierta ocasión, Hefesto hizo una red invisible para que cayera sobre el lecho de su esposa en caso de que calentara sus sábanas un amante intruso. Quizás necesitaba esta protección, dado que su esposa y consorte era Afrodita, Diosa del Amor y la Belleza. Era de lo más natural que muchos relatos de amor se construyeran en torno a ella; y, en muchos de estos cuentos, el seductor era Ares, hermano de Hefesto. (Uno de los hijos de este amor ilícito fue Eros, Dios del Amor).

Afrodita fue incluida en el Círculo Olímpico de los Doce, y las circunstancias de su admisión arrojan cierta luz sobre nuestro tema. Afrodita no era hermana de Zeus, ni tampoco su hija, y, sin embargo no se le pudo ignorar. Afrodita había venido de las costas asiáticas del Mediterráneo que miran a Grecia (según el poeta griego Hesiodo, llegó a través de Chipre); y reivindicando una gran antigüedad se le atribuyó su origen a los genitales de Urano. De este modo, y genealógicamente, iba una generación por delante de Zeus, siendo, por decirlo de algún modo, hermana de su padre, además de la personificación del castrado Progenitor de los Dioses.

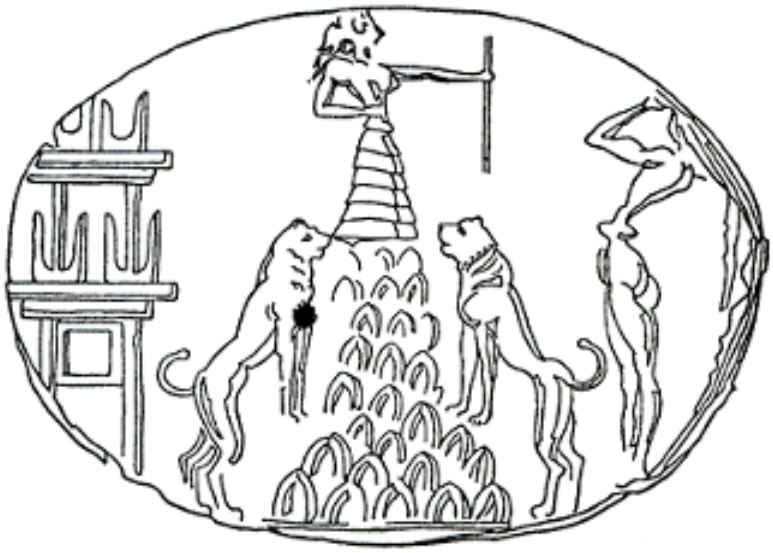


Fig. 22.

Por tanto, Afrodita tenía que ser incluida entre los dioses olímpicos. Pero su número total, doce, parece ser que no se podía sobrepasar. La solución fue ingeniosa: añadir uno dejando caer a uno. Dado que a Hades se le había dado potestad sobre el Mundo Inferior y no permanecía entre los Grandes Dioses del Monte Olimpo, se creó una plaza que, de un modo admirablemente práctico, permitió a Afrodita sentarse en el exclusivo Círculo de los Doce.

Parece también que el número doce era una exigencia que funcionaba de dos maneras: no podía haber más de doce olímpicos, pero tampoco menos de doce. Esto queda patente en las circunstancias que llevaron a la admisión de Dioniso en el Círculo Olímpico. Este era hijo de Zeus, nacido de la fecundación de su propia hija, Sémele. Con el fin de ocultarlo de la ira de Hera, Dioniso fue enviado a tierras muy lejanas (llegando incluso a la India), introduciendo el cultivo de la vid y la elaboración del vino allá donde iba. Mientras tanto, en el Olimpo quedó una plaza libre. Hestia, la hermana mayor de Zeus, débil y vieja, fue totalmente excluida del Círculo de los Doce. Fue entonces cuando Dioniso volvió a Grecia y se le permitió ocupar la plaza. Una vez más, había doce olímpicos.

Aunque la mitología griega no es muy clara en cuanto a los orígenes de la humanidad, las leyendas y las tradiciones proclamaban la ascendencia divina de héroes y reyes. Estos semidioses conformaban el lazo entre el destino humano —los afanes diarios, la dependencia de los elementos, las plagas, la enfermedad, la muerte— y un pasado dorado en el que sólo los dioses vagaban por la Tierra. Y, aunque muchos de los dioses habían nacido en la Tierra, el selecto Círculo de los Doce Olímpicos representaba el aspecto celestial de los dioses. En la Odisea, se decía que el Olimpo original se hallaba en el «puro aire superior». Los Doce Grandes Dioses originales eran Dioses del Cielo que habían bajado a la Tierra; y representaban a los doce cuerpos celestes de la «bóveda del Cielo».

Los nombres latinos de los Grandes Dioses, dados cuando los romanos adoptaron el panteón griego, aclaran sus asociaciones astrales: Gea era la Tierra; Hermes, Mercurio; Afrodita, Venus; Ares, Marte; Crono, Saturno; y Zeus, Júpiter. Siguiendo la tradición griega, los romanos vieron a Júpiter

como un dios del trueno cuya arma era el rayo; al igual que los griegos, los romanos lo asociaron con el toro.

Fig. 23.

En la actualidad, hay un acuerdo generalizado en que los cimientos de la civilización griega se pusieron en la isla de Creta, donde floreció la cultura minoica desde alrededor del 2700 a. C. hasta el 1400 a. C. Entre los mitos y las leyendas minoicos, destaca por su importancia el mito del minotauro. Este ser, medio hombre, medio toro, era hijo de Pasífae, la esposa del rey Minos, y de un toro. Los descubrimientos arqueológicos han confirmado el extenso culto minoico al toro, y en algunos sellos cilíndricos se representa a este como a un ser divino, acompañado por una cruz que, para algunos, sería una estrella o un planeta no identificados. De ahí que se haya conjeturado que el toro al que daban culto los minoicos no fuera una criatura terrestre común, sino un Toro Celestial —la constelación de Tauro —, en conmemoración de algunos sucesos ocurridos cuando, durante el equinoccio de primavera, el Sol apareció por esa constelación, alrededor del 4000 a. C.

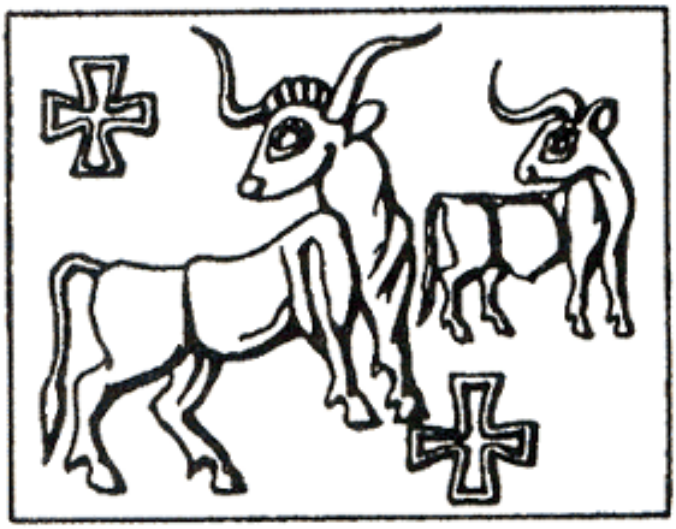


Fig. 24.

Según la tradición griega, Zeus llegó a la Grecia continental vía Creta, adonde había llegado en su huida (atravesando el Mediterráneo) tras el rapto de Europa, la hermosa hija del rey de la ciudad fenicia de Tiro. Lo cierto es que, cuando la inscripción minoica más antigua fue descifrada al fin por Cyrus H. Gordon, resultó ser «un dialecto semita de las costas orientales del Mediterráneo».

De hecho, los griegos nunca afirmaron que sus dioses olímpicos llegaran directamente a Grecia desde los cielos. Zeus llegó a través del Mediterráneo, vía Creta. Se decía que Afrodita había llegado por mar desde Oriente Próximo, vía Chipre. Poseidón (Neptuno para los romanos) trajo con él el caballo desde Asia Menor. Atenea trajo «el fértil olivo» a Grecia desde las tierras de la Biblia.

No cabe duda de que la religión y las tradiciones griegas llegaron a tierra firme griega desde Oriente Próximo, vía Asia Menor y las islas del Mediterráneo. Es ahí donde inserta las raíces su panteón; es ahí donde debemos buscar los orígenes de los dioses griegos, y su relación astral con el número doce.

El hinduismo, la antigua religión de la India, considera los Vedas —composiciones de himnos, fórmulas sacrificiales y otros dichos pertenecientes a los dioses— como escrituras sagradas, «de origen no humano». Los mismos dioses los escribieron, dice la tradición hindú, en la

era que precedió a la presente. Pero, con el paso del tiempo, un número cada vez mayor de los 100 000 versos originales, que iba pasando por transmisión oral de generación en generación, se fue perdiendo y confundiendo. Al final, un sabio escribió los versos que quedaban, dividiéndolos en cuatro libros y confiándoselos a cuatro de sus discípulos principales, para que preservara un Veda cada uno.

Cuando, durante el siglo XIX, se empezaron a descifrar y a comprender las lenguas muertas y a establecer conexiones entre ellas, los estudiosos se dieron cuenta de que los Vedas estaban escritos en un antiquísimo idioma indoeuropeo, predecesor de la lengua raíz india, el sánscrito, pero también del griego, el latín y otras lenguas europeas. Cuando al fin pudieron leer y analizar los Vedas, se sorprendieron al ver la extraña similitud que había entre los relatos de los dioses védicos y los de la antigua Grecia.

Los dioses, contaban los Vedas, eran todos miembros de una gran, pero no necesariamente pacífica, familia. En medio de relatos de ascensos a los cielos y descensos a la Tierra, de batallas aéreas, de portentosas armas, de amistades y rivalidades, matrimonios e infidelidades, parecía existir una preocupación básica por guardar un registro genealógico —un quién es el padre de quién y quién era el primogénito de quién. Los dioses de la Tierra tenían su origen en los cielos; y las principales deidades, incluso en la Tierra, seguían representando a los cuerpos celestes.

En épocas primitivas, los Rishis («los antiguos fluentes») «fluyeron» celestialmente, poseídos de unos poderes irresistibles. De ellos, siete fueron los Grandes Progenitores. Los dioses Rahu («demonio») y Ketu («desconectado») formaban una vez un único cuerpo celestial que intentaba unirse a los dioses sin permiso; pero el Dios de la Tormentas lanzó su arma flamígera contra él, partiéndolo en dos trozos: Rahu, la «Cabeza del Dragón», que atraviesa sin cesar los cielos en busca de venganza, y Ketu, la «Cola del Dragón». Mar-Ishi, ascendiente de la Dinastía Solar, dio a luz a Kash-Yapa («aquel que es el trono»). Los Vedas le describen como a alguien bastante prolífico; pero la sucesión dinástica sólo prosiguió a través de sus diez hijos con Prit-Hivi («madre celestial»).

Como cabeza de la dinastía, Kash-Yapa era también el jefe de los devas («los brillantes») y llevaba el título de Dyaus-Pitar («padre brillante»).

Junto con su consorte y sus diez hijos, la familia divina componía los doce Adityas, dioses que estaban asignados a un signo del zodiaco y a un cuerpo celeste cada uno.

El cuerpo celeste de Kash-Yapa era «la estrella brillante»; Prit-Hivi representaba a la Tierra. Después, estaban los dioses cuyos homólogos celestes eran el Sol, la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno.

Con el tiempo, el liderazgo del panteón de doce pasó a Varuna, el Dios de las Extensiones Celestiales. Varuna era omnipresente y omnisciente; uno de los himnos que se le entonaban a él se lee casi como un salmo bíblico:

Él es el que hace brillar al sol en los cielos,
y los vientos que soplan son su aliento.
Él ha ahuecado las cuencas de los ríos;
estos fluyen por su mandato.
Él ha hecho las profundidades de los mares.

Su reinado también llegó, más pronto o más tarde, a un fin. Indra, el dios que mató al «Dragón» celestial, reclamó el trono después de matar a su padre. Él era el nuevo Señor de los Cielos y Dios de las Tormentas. El rayo y el trueno eran sus armas, y tenía como epíteto el de Señor de los Ejércitos. Sin embargo, tuvo que compartir su dominio con sus dos hermanos. Uno era Vivashvat, que fue el progenitor de Manu, el primer Hombre. El otro era Agni («encendedor»), que trajo el fuego a la Tierra desde los cielos, para que la Humanidad pudiera usarlo industrialmente.

Las similitudes entre los panteones védico y griego son obvias. Los cuentos relativos a las principales deidades, así como los versos que tratan de multitud de otras deidades menores —hijos, esposas, hijas, amantes— son, evidentemente, duplicados (u originales) de los cuentos griegos. No cabe duda de que Dyaus acabó significando Zeus; Dyaus-Pitar, Júpiter; Varuna, Urano; y así sucesivamente. Y, en ambos casos, el Círculo de los Grandes Dioses era siempre de doce, no importa los cambios que tuvieran lugar en la sucesión divina.

¿Cómo pudo surgir tal similitud en dos zonas tan distantes, tanto en lo geográfico como en lo temporal?

Los expertos creen que, en algún momento durante el segundo milenio a. C., un pueblo que hablaba una lengua indoeuropea y que debía de estar

centrado en el norte de Irán o en la zona del Cáucaso, se embarcó en grandes migraciones. Un grupo fue hacia el sudeste, a la India. Los hindúes les llamaron arios («hombres nobles»). Trajeron con ellos los Vedas como relatos orales, alrededor del 1500 a. C. Otra oleada de esta migración indoeuropea fue hacia el oeste, hacia Europa. Algunos dieron la vuelta al Mar Negro y entraron en Europa a través de las estepas rusas. Pero la ruta principal que siguió este pueblo para, junto con sus tradiciones y su religión, llegar a Grecia fue la más corta: Asia Menor. De hecho, algunas de las más antiguas ciudades griegas no se encuentran precisamente en la Grecia continental, sino en el extremo occidental de Asia Menor.

Pero ¿quiénes eran estos indoeuropeos que eligieron Anatolia como hogar? Poco hay en el conocimiento occidental que pueda arrojar luz sobre este asunto.

Una vez más, la única fuente disponible —además de fiable— demostró ser el Antiguo Testamento. Ahí encontraron los expertos varias referencias a los «Hititas» como el pueblo que habitaba en las montañas de Anatolia. A diferencia de la enemistad que refleja el Antiguo Testamento por los cananeos y otros vecinos cuyas costumbres eran consideradas como una «abominación», a los hititas se les veía como amigos y aliados de Israel. Betsabé, deseada por el rey David, era la esposa de Urías el hitita, uno de los oficiales del ejército del rey David. El rey Salomón, que forjó alianzas casándose con las hijas de reyes extranjeros, tomó como esposas a las hijas de un faraón egipcio y de un rey hitita. En otro momento, un ejército sirio invasor emprende la huida al oír el rumor de que «el rey de Israel ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los hititas y a los reyes de los egipcios». Estas breves alusiones a los hititas revelan la alta estima en la que se tenían, entre otros pueblos de la zona, las habilidades militares de aquellos.

Cuando se descifraron los jeroglíficos egipcios y, posteriormente, cuando se descifraron las inscripciones mesopotámicas, los expertos se encontraron con numerosas referencias a una «Tierra de Hatti», que era un reino grande y poderoso de Anatolia. ¿Pudo no dejar ningún rastro un reino tan importante?

Escudándose en las claves proporcionadas por los textos egipcios y mesopotámicos, los estudiosos se embarcaron en una serie de excavaciones en antiguos lugares de las regiones montañosas de Anatolia. Y sus esfuerzos tuvieron recompensa: encontraron ciudades, palacios, tesoros reales, tumbas reales, templos, objetos religiosos, herramientas, armas y objetos artísticos de los hititas. Pero, por encima de todo, se encontraron con muchas inscripciones, tanto en escritura pictográfica como en cuneiforme. Los hititas bíblicos habían cobrado vida.

Un monumento único que nos legó el Oriente Próximo de la antigüedad es una talla en roca que hay en el exterior de la antigua capital hitita (el lugar se llama en la actualidad Yazilikaya, que en turco significa «roca inscrita»). Después de pasar a través de pórticos y santuarios, el antiguo devoto entraba en una galería abierta al aire libre, una abertura en medio de un semicírculo de rocas sobre las que estaban representados, en procesión, todos los dioses de los hititas.

Marchando desde la izquierda hay un largo desfile de deidades, principalmente masculinas, organizado claramente en «compañías» de doce. En el extremo izquierdo, es decir, al final de este asombroso desfile, hay doce deidades que parecen idénticas y que portan todas la misma arma.

Fig. 25.

En el grupo de doce que hay en la mitad, algunas deidades parecen más viejas, otras llevan diversas armas y hay dos que están señaladas por un símbolo divino.

Fig. 26.

El tercer grupo de doce (el de delante) está claramente constituido por las deidades masculinas y femeninas más importantes. Sus armas y emblemas son más variados; cuatro tienen el divino símbolo celestial por encima de ellos; dos tienen alas. En este grupo también hay participantes no divinos: dos toros que sostienen un globo, y el rey de los hititas, que lleva un casquete y que está de pie debajo del emblema del Disco Alado.

Fig. 27.

Desfilando desde la derecha había dos grupos de deidades femeninas; sin embargo, las tallas están demasiado mutiladas para poder estar seguros de su número original. Lo más probable es que no nos equivoquemos al suponer que ellas también formaban dos «compañías» de doce.

Ambas procesiones, la de la izquierda y la de la derecha, se encontraban en un panel central que representaba, con toda claridad, a los Grandes Dioses, pues a todos estos se les mostraba elevados, de pie encima de las montañas, de los animales, de los pájaros o, incluso, sobre los hombros de sus divinos asistentes.

Fig. 28.

Muchos esfuerzos invirtieron los expertos (por ejemplo, E. Laroche, *Le Panthéon de Yazilikaya*) para determinar los símbolos jeroglíficos de las representaciones, así como, de los textos parcialmente legibles y de los nombres de dioses que estaban tallados en las rocas, los nombres, títulos y papeles de las deidades que aparecían en la procesión. Pero está claro que el panteón hitita, también, estaba gobernado por los doce «olímpicos». Los dioses menores estaban organizados en grupos de doce, y los Grandes Dioses sobre la Tierra estaban asociados con doce cuerpos celestes.

Pero, que el panteón hitita estuviera gobernado por el «número sagrado» doce, queda confirmado por otro monumento de esta cultura, un santuario de piedra encontrado cerca de la actual Beit-Zehir. En él, se representa con toda claridad a la divina pareja rodeada por otros diez dioses, sumando doce en total.

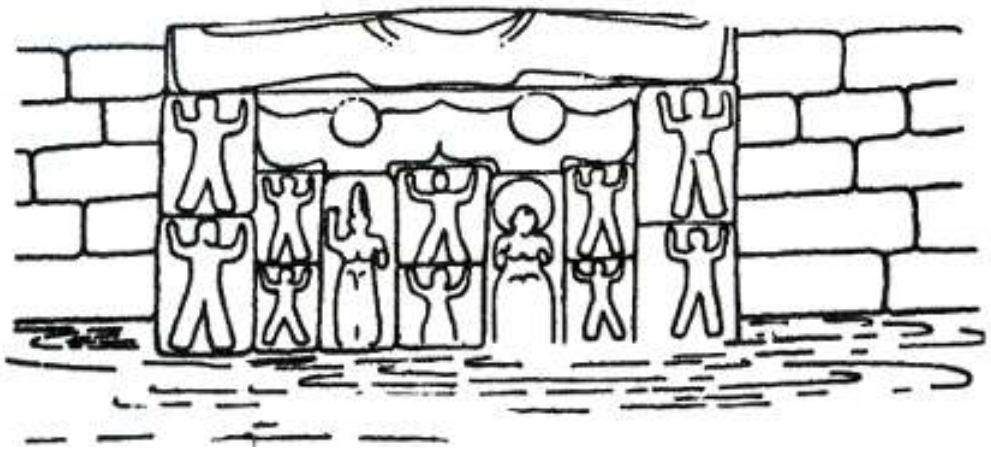


Fig. 29.

Los descubrimientos arqueológicos demuestran concluyentemente que los hititas adoraban a dioses que eran «del Cielo y de la Tierra», interrelacionados entre sí y organizados en una jerarquía genealógica. Unos eran grandes dioses «de antaño», que eran originariamente de los cielos. Su símbolo, que en la escritura pictográfica hitita significaba «divino» o «dios celestial», tenía el aspecto de un par de gafas de protección,

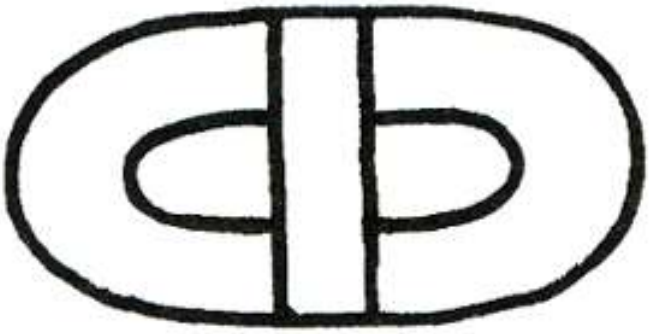


Fig. 30.

y solía aparecer sobre sellos redondos, como parte de un objeto parecido a un cohete.

Fig. 31.

Ciertamente, había otros dioses presentes, no sólo sobre la Tierra sino entre los hititas, actuando como soberanos supremos de la tierra, nombrando a los reyes humanos e instruyéndolos en cuestiones de guerra, tratados y otros temas internacionales.

Encabezando a los físicamente presentes dioses hititas había una deidad llamada Teshub, que significaba «el que sopla el viento». Era, por consiguiente, lo que los expertos llaman un Dios de las Tormentas, relacionado con los vientos, el trueno y el rayo. Se le apodaba también Taru («toro»). Al igual que los griegos, los hititas representaban también algún tipo de culto al toro; y, al igual que Júpiter más tarde, Teshub era representado como Dios del Trueno y del Rayo, montado sobre un toro.

Fig. 32.

Los textos hititas, como las posteriores leyendas griegas, relatan la batalla que tuvo que afrontar su deidad jefe con un monstruo para consolidar su supremacía. Un texto, llamado por los expertos «El Mito de la Muerte del Dragón», identifica al adversario de Teshub como el dios Yanka. No pudiendo derrotarle en la batalla, Teshub recurre a los otros dioses en busca de ayuda, pero sólo una diosa viene le presta asistencia, y se deshace de Yanka emborrachándolo en una fiesta.

Los expertos, reconociendo en estos cuentos los orígenes de la leyenda de San Jorge y el Dragón, se refieren al adversario herido por el dios «bueno» como «el dragón». Pero lo cierto es que Yanka significa «serpiente», y que los pueblos de la antigüedad representaban al dios «malo» de este modo —como se puede ver en este bajorrelieve hitita.

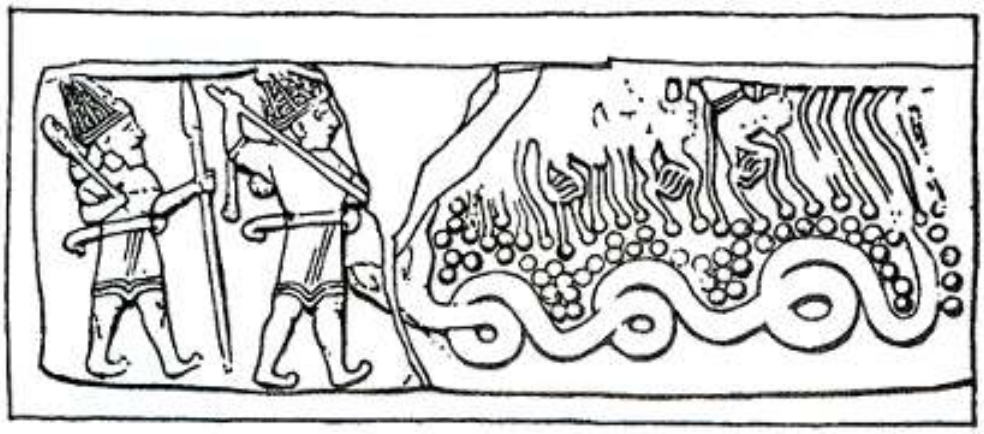


Fig. 33.

Como ya dijimos, Zeus también combatió no con un «dragón» sino con un dios-serpiente. Como mostraremos más adelante, a estas antiguas tradiciones sobre la lucha entre un dios de los vientos y una deidad serpentina se les atribuía un profundo significado. Aquí, sin embargo, sólo podemos recalcar que las batallas entre dioses por la divina corona se relataban en los textos antiguos como hechos que, incuestionablemente, habían tenido lugar.

Un largo y bien conservado relato épico hitita titulado «La Realeza del Cielo» trata de este tema, el del origen celeste de los dioses. El narrador de aquellos sucesos anteriores a los mortales invoca en primer lugar a los doce «poderosos dioses de antaño», para que escuchen su relato y sean testigos de su veracidad:

¡Que escuchen los dioses que están en el Cielo,
y aquellos que están sobre la oscura Tierra!
Que escuchen los poderosos dioses de antaño.

Quedando establecido así que los dioses de antaño eran tanto del Cielo como de la Tierra, la epopeya hace una lista de los doce «poderosos de

antaño», los antepasados de los dioses; y, una vez asegurada su atención, el narrador procede a relatar los sucesos que llevaron a que el dios que era «rey del Cielo» viniera a «la oscura Tierra»:

Antes, en los días antiguos, Alalu era rey del Cielo;
Él, Alalu, estaba sentado en el trono.
El poderoso Anu, el primero entre los dioses, de pie ante él,
se inclinaba ante sus pies, y ponía la copa en su mano.
Durante un total de nueve períodos, Alalu fue rey en el Cielo.
En el noveno período, Anu le dio batalla a Alalu.
Alalu fue derrotado, huyó ante Anu.
Descendió a la oscura Tierra.
Abajo, a la oscura Tierra fue;
en el trono se sentó Anu.

Así pues, la epopeya atribuye a la usurpación del trono la llegada de un «rey del Cielo» a la Tierra. Un dios llamado Alalu fue obligado a abandonar su trono (en algún lugar de los cielos), y a huir para salvar su vida, «descendió a la oscura Tierra». Pero ese no fue el final. El texto sigue relatando cómo Anu, a su vez, fue destronado por un dios llamado Kumarbi (hermano de Anu, según algunas interpretaciones).

No cabe duda de que esta epopeya, escrita mil años antes de que se crearan las leyendas griegas, fue la precursora del relato del destronamiento de Urano a manos de Crono, y del destronamiento de Crono a manos de Zeus. Incluso el detalle de la castración de Crono por parte de Zeus se encuentra en el texto hitita, pues eso es exactamente lo que Kumarbi le hizo a Anu:

Durante un total de nueve períodos, Anu fue rey en el Cielo;
En el noveno período, Anu tuvo que hacer batalla con Kumarbi.
Anu consiguió soltarse de Kumarbi y huyó.
Huyó Anu, elevándose hacia el cielo.
Kumarbi salió tras él, y lo agarró por los pies;
tiró de él hacia abajo desde los cielos.
Le mordió los genitales, y la «Virilidad» de Anu,
al combinarse con las tripas de Kumarbi, se fundió como el bronce.

Según este antiguo relato, la batalla no terminó con una victoria total. Aunque castrado, Anu se las apañó para huir hasta su Morada Celeste, dejando a Kumarbi con el control de la Tierra. Mientras tanto, la «Virilidad» de Anu produjo varias deidades en las tripas de Kumarbi,

deidades que, como Crono en las leyendas griegas, se vio obligado a liberar. Uno de estos dioses fue Teshub, el dios supremo de los hititas.

Sin embargo, iba a haber una batalla épica más antes de que Teshub pudiera reinar en paz.

Al saber de la aparición de un heredero de Anu en Kummiya («morada celestial»), Kumarbi preparó un plan para «crear un rival para el Dios de las Tormentas». «Tomó el báculo con la mano y se puso en los pies un calzado que le hacía rápido como los vientos», y fue desde su ciudad Ur-Kish hasta la morada de la Dama de la Gran Montaña. Cuando llegó,

Se le despertó el deseo;
durmió con la Dama Montaña;
su virilidad fluyó dentro de ella.
Cinco veces la tomó…
Diez veces la tomó.

¿Acaso Kumarbi era un rijoso? Tenemos razones para creer que había muchas más cosas implicadas en ello. Suponemos que las leyes sucesorias de los dioses eran de tal tipo que un hijo de Kumarbi con la Dama de la Gran Montaña se hubiera podido reivindicar como heredero legítimo al Trono Celestial; y eso explicaría que Kumarbi «tomara» a la diosa cinco y diez veces, con el fin de asegurar la concepción; como, de hecho, así fue, pues tuvo un hijo al que Kumarbi llamó simbólicamente Ulli-Kummi («supresor de Kummiya» —la morada de Teshub—).

Kumarbi preveía que la batalla por la sucesión se entablaría en los cielos. Al haber destinado a su hijo para eliminar a los de Kummiya, Kumarbi diría de él:

¡Que ascienda hasta el Cielo por su realeza!
¡Que venza a Kummiya, la hermosa ciudad!
¡Que ataque al Dios de las Tormentas
y lo haga pedazos, como a un mortal!
Que derribe a todos los dioses del cielo.

¿Acaso estas batallas de Teshub en la Tierra y en los cielos tuvieron lugar cuando comenzaba la Era de Tauro, alrededor del 4000 a. C.? ¿Era esta la razón por la cual al vencedor se le concedió la asociación con el

toro? Y, por último, ¿hubo alguna conexión entre estos sucesos y el comienzo, por la misma época, de la repentina civilización de Sumer?

No cabe duda de que el panteón y los relatos de los dioses hititas tienen sus raíces, ciertamente, en Sumer, en su civilización y en sus dioses.

La historia del desafío de Ulli-Kummi al Trono Divino prosigue con el relato heroico de batallas que, sin embargo, no resultan decisivas. Incluso se da el caso de que la esposa de Teshub, Hebat, intenta suicidarse ante el fracaso de su marido en derrotar a su adversario. Al final, se hace una llamada a las deidades para que medien en la disputa, y se convoca una Asamblea de Dioses, encabezada por un «dios de antaño» llamado Enlil, y otro «dios de antaño» llamado Ea que es convocado para que presente «las viejas tablillas con las palabras del destino», unos antiguos registros que, según parece, ayudarían a zanjar la disputa sobre la sucesión divina.

Pero estos registros no consiguen resolver el conflicto, y Enlil aconseja entonces otra batalla con el aspirante, si bien con la ayuda de algunas armas muy antiguas. «Escuchad, dioses de antaño, vosotros que conocéis las palabras de antaño», dice Enlil a sus seguidores:

¡Abrid los antiguos almacenes
de los padres y los abuelos!
Sacad la lanza de Cobre Viejo
con la que se separó el Cielo de la Tierra;
y que corten los pies de Ulli-Kummi.

¿Quiénes eran los «dioses de antaño»? La respuesta es obvia, pues todos ellos —Anu, Antu, Enlil, Ninlil, Ea, Ishkur— llevan nombres sumerios. Incluso el nombre de Teshub —así como los nombres de otros dioses hititas se solía escribir con escritura sumeria para denotar su identidad. Por otra parte, los nombres de algunos de los lugares citados en la acción eran también los de antiguos lugares sumerios.

Los estudiosos cayeron en la cuenta de que los hititas adoraban, de hecho, un panteón de origen sumerio, y de que el ruedo en el que se desarrollaban los relatos de los «dioses de antaño» era Sumer. Sin embargo, esto era sólo parte de un descubrimiento mucho mayor. No sólo resultaba que la lengua hitita estaba basada en diversos dialectos indoeuropeos, sino que también estaba sujeta a una sustancial influencia acadia, tanto en la

manera de hablarla como de escribirla. Dado que el acadio era el idioma internacional del mundo antiguo en el segundo milenio a. C., su influencia sobre el hitita se puede racionalizar de algún modo.

¡Pero lo que provocó un profundo asombro entre los expertos fue el descubrir, durante el transcurso de las labores de desciframiento del hitita, la amplia utilización de signos pictográficos, sílabas e, incluso, palabras completas sumerias! Además, resultaba obvio que el sumerio era el idioma que utilizaban para las enseñanzas superiores. El sumerio, en palabras de O. R. Gurney (*The Hittites*), «se estudiaba intensivamente en Hattu-Shash (la capital), donde se han encontrado diccionarios sumerio-hitita… Muchas de las sílabas asociadas con los signos cuneiformes en el período hitita son en realidad palabras sumerias de las que (los hititas) habían olvidado el significado… En los textos hititas, los escribas solían cambiar palabras comunes hititas por sus correspondientes sumerias o babilonias».

Ahora bien, cuando los hititas llegaron a Babilonia, en algún momento antes del 1600 a. C., hacía ya mucho que los sumerios habían desaparecido de la escena de Oriente Próximo. ¿Cómo, entonces, su lengua, su literatura y su religión pudieron dominar otro gran reino en otro milenio y en otra parte de Asia?

El puente, según han descubierto recientemente los expertos, lo estableció otro pueblo: los hurritas.

Citados en el Antiguo Testamento como horitas o joritas («pueblo libre»), dominaron los extensos territorios que se abren entre Sumer y Acad, en Mesopotamia, y el reino de los hititas, en Anatolia. En la parte norte de sus tierras estaban las antiguas «tierras de los cedros», de donde países limítrofes y lejanos obtenían sus mejores maderas. En el este, ocupaban los actuales campos petrolíferos de Iraq; sólo en una ciudad, Nuzi, los arqueólogos no sólo encontraron las habituales estructuras y construcciones, sino también miles de documentos legales y sociales de gran valor. En el oeste, la soberanía y la influencia de los hurritas se extendía hasta la costa mediterránea, y abarcaba a los grandes centros del comercio, la industria y la enseñanza de la época, como Carchemish y Alalakh.

Pero las sedes de su poder, los principales centros de las antiguas rutas comerciales y sus más venerados santuarios se encontraban en el corazón

que había «entre los dos ríos», en la bíblica Naharayim. Su capital más antigua (aún por descubrir) estaba en algún lugar a orillas del río Khabur. Su principal centro comercial, junto al río Balikh, era la bíblica Jarán, la ciudad en la que la familia del patriarca Abraham se estableció en su camino desde Ur, en el sur de Mesopotamia, hasta la Tierra de Canaán.

Documentos reales egipcios y mesopotámicos se referían al reino hurrita como Mitanni, y lo trataban en pie de igualdad, como una potencia cuya influencia iba más allá de sus fronteras inmediatas. Los hititas llamaban a sus vecinos hurritas «Hurri». Sin embargo, algunos expertos han señalado que esta palabra también se podría leer como «Har» y (como G. Contenau en *La Civilisation des Hittites et des Hurrites du Mitanni*) han sugerido la posibilidad de que, en el nombre «Harri», «uno ve el nombre "Ary" o arios de este pueblo».

No hay duda de que los hurritas eran de origen ario o indoeuropeo. En sus inscripciones, invocaban a varias de sus deidades por sus nombres védicos «arios», sus reyes llevaban nombres indoeuropeos y su terminología militar y caballeresca derivaba del indoeuropeo. B. Hrozny, que en la década de 1920 dirigió un trabajo para desentrañar los registros hititas y hurritas, fue incluso más lejos al llamar a los hurritas «los más antiguos de los hindúes».

Los hurritas dominaron cultural y religiosamente a los hititas. Los textos mitológicos hititas han resultado ser de procedencia hurrita, e incluso los relatos épicos de los héroes prehistóricos semidivinos eran de origen hurrita. Ya no existen dudas: los hititas adquirieron de los hurritas su cosmología, sus «mitos», sus dioses y su panteón de doce.

Esta triple conexión, la que hay entre los orígenes arios, el culto hitita y las fuentes hurritas de estas creencias, está notablemente bien documentada en la oración hitita de una mujer por la vida de su marido enfermo. Dirigiendo sus súplicas a la diosa Hebat, esposa de Teshub, la mujer rezaba:

Oh, diosa del Disco Naciente de Arynna,
mi Señora, Dueña de las Tierras de Hatti,
Reina del Cielo y de la Tierra…
En el país de Hatti, tu nombre es
«Diosa del Disco Naciente de Arynna»;
pero en la tierra que tú hiciste,
en la Tierra del Cedro,

portas el nombre de «Hebat».

Aún con todo esto, la cultura y la religión adoptada y transmitida por los hurritas no era indoeuropea. Ni siquiera su lengua era, realmente, indoeuropea. Indudablemente, había elementos acadios en la lengua, la cultura y las tradiciones hurritas. El nombre de su capital, Washugeni, era una variante del semita resh-eni («donde comienzan las aguas»). Al Tigris le llamaban Aranzakh, que, según creemos, procedería de la frase acadia «río de los cedros puros». Los dioses Shamash y Tashmetum se convirtieron en los hurritas Shimiki y Tashimmetish, y así con otras cosas.

Pero, dado que la cultura y la religión acadias no eran más que una evolución de las tradiciones y creencias originales sumerias, lo que los hurritas absorbieron y transmitieron, de hecho, fue la religión de Sumer. Que este fuera el caso, se hace evidente por el uso frecuente de nombres divinos, epítetos y signos escritos sumerios.

Los relatos épicos, ya ha quedado claro, eran los relatos de Sumer; los «lugares donde moraban» los dioses de antaño eran ciudades sumerias; la «lengua de antaño» era la lengua de Sumer. Incluso el arte hurrita era un duplicado del arte sumerio, tanto en formas como en temas y símbolos.

¿Cuándo y cómo «mutaron» los hurritas a causa del «gen» sumerio?

Las evidencias sugieren que los hurritas, que eran los vecinos septentrionales de Sumer y Acad en el segundo milenio a. C., se mezclaron en realidad con los sumerios durante el milenio anterior. Es un hecho demostrado que los hurritas estaban presentes y activos en Sumer en el tercer milenio a. C., y que tenían posiciones importantes en Sumer durante su último período de gloria, es decir, durante la tercera dinastía de Ur. Existen evidencias que indican que los hurritas dirigían y manejaban la industria del tejido por la cual Sumer (y, en especial, Ur) era famosa en la antigüedad. Los renombrados mercaderes de Ur debieron ser hurritas en su mayoría.

Durante el siglo XIII a. C., por la presión de vastas migraciones e invasiones (entre las que habría que incluir la de los israelitas desde Egipto hasta Canaán), los hurritas se retiraron a la zona septentrional de su reino, establecieron su nueva capital cerca del Lago Van y le pusieron a su reino el nombre de Urartu («Ararat»). Allí adoraron a un panteón encabezado por

Tesheba (Teshub), representándolo como a un dios vigoroso, con un casquete con cuernos, de pie sobre el símbolo de su culto, el toro.

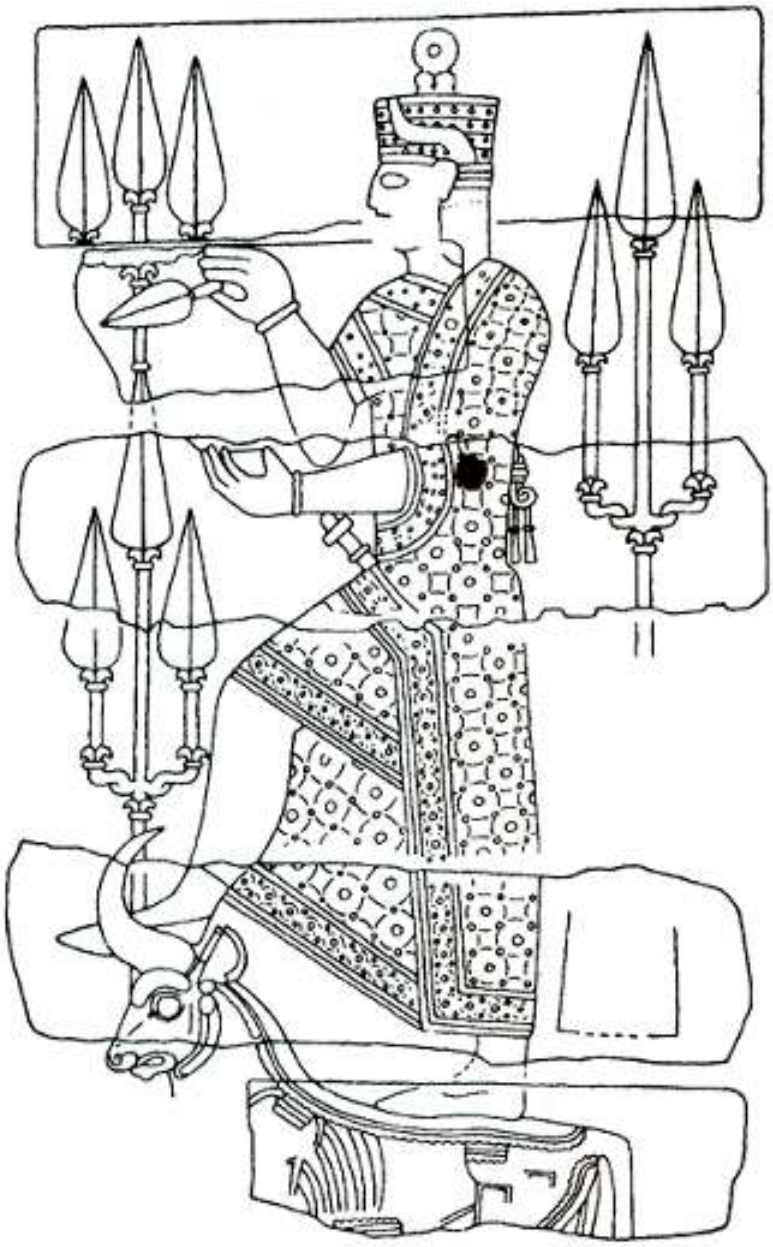


Fig. 34.

Su principal santuario tuvo por nombre Bitanu («casa de Anu») y se consagraron a construir su reino, «la fortaleza del valle de Anu».

Y Anu, como veremos, era el Padre de los Dioses sumerio.

¿Y qué hay de la otra avenida por la cual llegaron a Grecia los relatos y el culto de los dioses, la que llegó desde las costas orientales del

Mediterráneo, vía Creta y Chipre?

Las tierras que forman hoy Israel, Líbano y el sur de Siria, y que formaban la franja sudoeste del antiguo Creciente Fértil, estaban habitadas por pueblos que podríamos agrupar bajo el nombre de cananeos. Una vez más, todo lo que se sabía de ellos hasta hace poco aparecía en referencias (normalmente adversas) del Antiguo Testamento y de inscripciones fenicias dispersas. Los arqueólogos estaban empezando a conocer a los cananeos cuando, de pronto, dos descubrimientos salieron a la luz: ciertos textos egipcios de Luxor y Saqqara, y, mucho más importante, unos textos históricos, literarios y religiosos desenterrados en un importante centro cananeo. El lugar, llamado en la actualidad Ras Shamra, en la costa siria, era la antigua ciudad de Ugarit.

La lengua de las inscripciones de Ugarit, el cananeo, era lo que los expertos llaman el semita occidental, una rama del grupo de lenguas entre las que se incluyen el primitivo acadio y el actual hebreo. De hecho, cualquiera que conozca el hebreo puede leer las inscripciones cananeas con relativa facilidad. El lenguaje, el estilo literario y la terminología muestran reminiscencias del Antiguo Testamento, y la escritura es la misma que la del hebreo israelita.

El panteón que se revela en los textos cananeos tiene muchas similitudes con el posterior panteón griego. A la cabeza del panteón cananeo, cómo no, hay un dios supremo llamado El, una palabra que era, al mismo tiempo, el nombre personal del dios y el término genérico de «alta deidad». El era la autoridad última en todo tipo de asuntos, tanto humanos como divinos. Ab Adam («padre del hombre») era su título; el Bondadoso, el Misericordioso era su epíteto. Era el «creador de todo lo creado, y el único que podía conceder la realeza».

Los textos cananeos («mitos» para la mayoría de los expertos) representaban a El como a un sabio, un dios anciano que se mantenía al margen de los asuntos cotidianos. Su morada era remota, en la «cabecera de los dos ríos», el Tigris y el Eufrates. Allí debía de estar, sentado en su trono, recibiendo emisarios y contemplando los problemas y las disputas que los otros dioses le presentaban.

Una estela encontrada en Palestina representa a un dios anciano sentado en un trono al que una deidad más joven le sirve una bebida. El dios que está sentado lleva un tocado cónico adornado con cuernos —una marca de los dioses, como ya vimos, desde tiempos prehistóricos— y la escena está dominada por una figura simbólica, una estrella alada, un emblema omnipresente que nos vamos a ir encontrando cada vez más. En términos generales, los expertos aceptan que este relieve escultórico representa a El, el dios supremo cananeo.

Fig. 35.

Sin embargo, El no fue siempre un señor de antaño. Uno de sus epítetos era Tor (que significa «toro»), que, según creen los estudiosos, vendría a hablarnos de sus proezas sexuales y de su papel como Padre de los Dioses. Un poema cananeo titulado «El Nacimiento de los Dioses Benévolos» nos representa a El en la costa (probablemente desnudo), mientras dos mujeres están totalmente hechizadas por el tamaño de su pene. Después, mientras un

ave se asa en la playa, El mantiene relaciones sexuales con las dos mujeres. De este episodio nacen dos dioses, Shahar («amanecer») y Shalem («finalización» o «crepúsculo»).

Estos no fueron sus únicos hijos, ni siquiera los más importantes (de los que, parece ser, había siete). Su hijo principal fue Baal —una vez más, el nombre personal de la deidad, además del término general que significa «señor». Al igual que hacían los griegos en sus relatos, los cananeos hablaban de los desafíos que solía plantear el hijo a la autoridad y la soberanía de su padre. Al igual que El, su padre, Baal era lo que los estudiosos llaman un Dios de las Tormentas, un Dios del Trueno y del Rayo. El sobrenombre de Baal era Hadad («el agudo»). Sus armas eran el hacha de guerra y la lanza-rayo; su animal de culto, al igual que el de El, era el toro, y, también como El, se le representaba con un tocado cónico adornado con un par de cuernos.

A Baal también se le llamaba Elyon («supremo»), es decir, el príncipe reconocido, el evidente heredero. Pero no había conseguido este título sin luchar, en primer lugar con su hermano Yam («príncipe del mar»), y después con su hermano Mot. Un largo y conmovedor poema, recompuesto a partir de numerosos fragmentos de tablillas, comienza con la llamada al «Maestro Artesano» ante la morada de El «en las fuentes de las aguas, en medio de las cabeceras de los dos ríos»:

A través de los campos de El llega,
entra en el pabellón del Padre de los Años.
Ante los pies de El se inclina, cae,
se postra, rindiendo homenaje.

Se le ordena al Maestro Artesano que erija un palacio para Yam como señal de su ascenso al poder. Envalentonado con esto, Yam envía sus mensajeros a la asamblea de los dioses, para pedir que Baal se postre ante él. Yam da instrucciones a sus emisarios para que se muestren desafiantes y los dioses de la asamblea claudiquen. Hasta El acepta la nueva alineación entre sus hijos. «Ba’al es tu esclavo, Oh Yam», declara.

Sin embargo, la supremacía de Yam no iba a durar demasiado. Armado con dos «armas divinas», Baal lucha con él y lo derrota, para, inmediatamente, ser retado por Mot (su nombre significa «el que hiere»).

En este combate, Baal resulta vencido; pero su hermana Anat se niega a aceptar la muerte de Baal como final. «Ella agarró a Mot, el hijo de El, y con una espada lo hendió».

La destrucción de Mot lleva, según el relato cananeo, a la milagrosa resurrección de Baal. Los estudiosos han intentado racionalizar el hecho sugiriendo que el relato era sólo alegórico, que no representaba otra cosa que la lucha anual en Oriente Próximo entre los veranos cálidos y sin lluvias que resecan la vegetación y la llegada de la época de lluvias con el otoño, que revive o «resucita» la vegetación. Pero no hay duda de que el relato cananeo no estaba pensado como una alegoría, que narraba lo que, por aquel entonces, se tenía por hechos ciertos: de qué modo habían luchado entre ellos los hijos de la deidad suprema, y cómo uno de ellos, desafiando a la derrota, se convirtió en el heredero aceptado, provocando la alegría de El:

El, el bondadoso, el misericordioso, se alegra.
Pone los pies en el escabel.
Abre la garganta y ríe;
levanta la voz y grita:
«¡Me sentaré y me pondré cómodo,
reposará el alma en mi pecho;
pues Ba'al el poderoso esta vivo,
pues el Príncipe de la Tierra existe!».

Así pues, Anat, según las tradiciones cananeas, se pone del lado de su hermano el Señor (Baal) en su combate a vida o muerte con el malvado Mot. No deja de ser obvio el paralelismo entre este relato y el de la tradición griega de la diosa Atenea, al lado del dios supremo Zeus en su lucha a vida o muerte con Tifón. Como ya vimos, a Atenea se le llamó «la doncella perfecta», a pesar de haber tenido multitud de amoríos ilícitos.

Del mismo modo, las tradiciones cananeas (que precedieron a las griegas) empleaban el epíteto de «la Doncella Anat», y, a pesar de esto, también hablaban de sus diversos amoríos, en especial, el que mantenía con su propio hermano Baal. Uno de estos textos describe la llegada de Anat a la morada de Baal en el Monte Zafón, y cuenta cómo Baal se apresura en despedir a sus esposas para, después, echarse a los pies de su hermana; ambos se miran a los ojos; se ungen mutuamente los «cuernos»…

Él coge y se aferra a su matriz…
Ella coge y se aferra a sus «piedras»…
La doncella Anat… está hecha para concebir y dar a luz.

No resulta extraño, por tanto, que a Anat se la representara tan a menudo completamente desnuda, para remarcar sus atributos sexuales, como en la impresión de este sello, en el que vemos a Baal, con casco, combatiendo con otro dios.

Fig. 36.

Como en el caso de la religión griega y de sus precursoras directas, el panteón cananeo tiene también una Diosa Madre, consorte oficial del dios supremo. En este caso, se llamaba Ashera, en un evidente paralelismo con la griega Hera. Astarté (la bíblica Ashtoreth) era la homologa de Afrodita; su consorte frecuente era Athtar, que estaba relacionado con un brillante planeta, y que, probablemente, tenía su homólogo en Ares, el hermano de Afrodita. Había otras deidades jóvenes, masculinas y femeninas, cuyos paralelismos astrales o griegos son fácilmente conjeturables.

Pero, junto a estas deidades jóvenes, estaban los «dioses de antaño», alejados de los asuntos mundanos, pero accesibles cuando los mismos dioses se metían en problemas serios. Algunas de sus esculturas, aun estando parcialmente dañadas, los muestran con rasgos autoritarios, reconocibles como dioses por su tocado de cuernos.

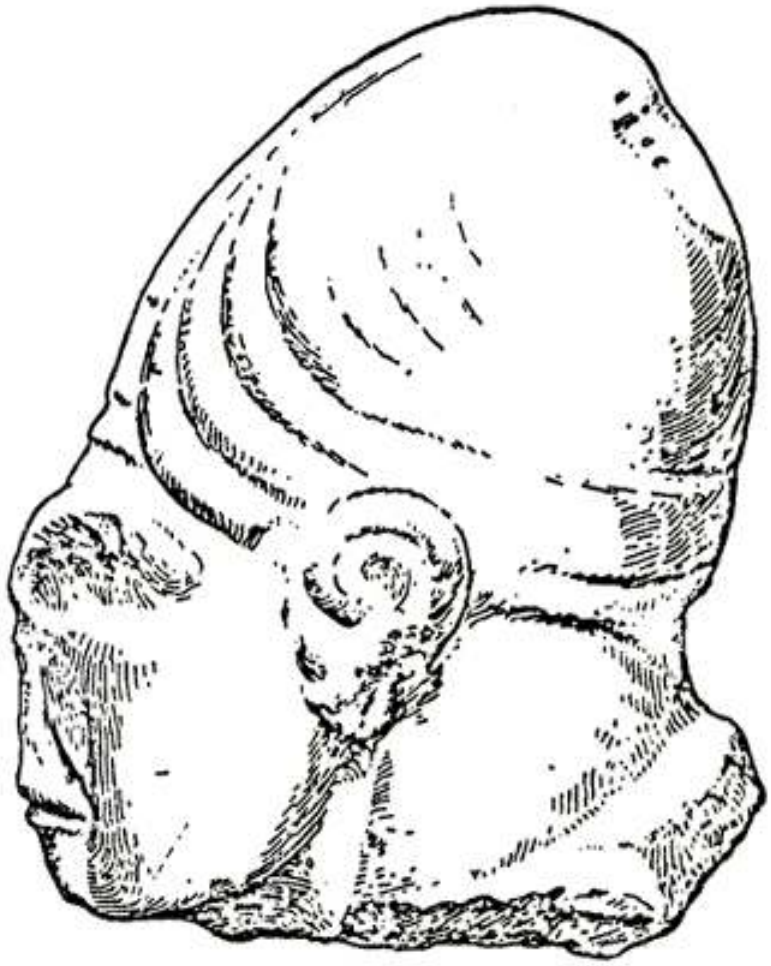


Fig. 37.

Pero ¿de dónde sacaron su religión y su cultura los cananeos?

El Antiguo Testamento los considera parte de la familia de naciones camitas, con raíces en las tierras cálidas (que es lo que cam significa) de África, hermanos de los egipcios. Los objetos y los registros escritos desenterrados por los arqueólogos confirman la estrecha afinidad entre ambos, así como las muchas similitudes entre las deidades cananeas y egipcias.

A primera vista, los dioses de Egipto dan la sensación de ser una incomprensible masa de actores sobre un escenario extraño, si nos atenemos a la multitud de dioses nacionales y locales, al ingente número de nombres y epítetos, y a la gran diversidad de sus roles, emblemas y mascotas animales. Pero, si miramos más de cerca, nos daremos cuenta de que, en

esencia, no se diferenciaban de los dioses de otras tierras del mundo antiguo.

Los egipcios creían en los Dioses del Cielo y de la Tierra, en Grandes Dioses que se distinguían fácilmente de las multitudes de deidades menores. G. A. Wainwright (*The Sky-Religion in Egypt*) resumió las evidencias al demostrar que la creencia de los egipcios en Dioses del Cielo que habían descendido a la Tierra era «sumamente antigua». Algunos de los epítetos de estos Grandes Dioses —el Más Grande de los Dioses, Toro del Cielo, Señor/Señora de las Montañas— resultan familiares.

Aunque los egipcios utilizaban el sistema decimal en sus cálculos, sus asuntos religiosos estaban gobernados por el sexagesimal sesenta sumerio, y los temas celestiales estaban sujetos al divino número doce. Los cielos fueron divididos en tres partes, con doce cuerpos celestiales en cada una de ellas. El más allá se dividió en doce partes. El día y la noche se dividieron en doce horas. Y todas estas divisiones se equipararon con «compañías» de perros que, a su vez, constaban de doce perros cada una.

A la cabeza del panteón egipcio estaba Ra («creador»), que presidía una Asamblea de Dioses que ascendía a doce. Él había llevado a cabo sus increíbles obras de creación en tiempos primitivos, creando a Geb («Tierra») y Nut («cielo»). Después, hizo que crecieran plantas en la Tierra, así como las criaturas que se arrastran; y, finalmente, hizo al Hombre. Ra era un dios celestial invisible que sólo se manifestaba de vez en cuando. Su manifestación era el Aten, el Disco Celestial, representado como un Globo Alado.

Fig. 38.

Según la tradición egipcia, la aparición y las actividades de Ra en la Tierra estaban directamente relacionadas con el trono. Según esta tradición, los primeros soberanos de Egipto no fueron hombres sino perros, y el primer dios que reinó en Egipto fue Ra. Después, Ra dividió el reino,

dándole el Bajo Egipto a su hijo Osiris y el Alto Egipto a su hijo Set. Pero Set hizo un plan para derrocar a Osiris y, al final, consiguió darle muerte. Isis, hermana y esposa de Osiris, recuperó el cuerpo mutilado de este y lo resucitó. Después, Osiris atravesó «las puertas secretas» y se unió a Ra en su sendero celestial; su lugar en el trono de Egipto lo ocupó su hijo Horus, al que, en ocasiones, se le representaba como un dios con alas y cuernos.

Fig. 39.

Aunque Ra era el más elevado en los cielos, en la Tierra era el hijo del dios Ptah («el que desarrolla», «el que forja las cosas»). Los egipcios creían que Ptah había elevado la tierra de Egipto desde debajo de las aguas haciendo diques en el punto donde el Nilo asciende. Decían que este Gran Dios había llegado a Egipto desde algún otro lugar, y que no sólo se estableció en Egipto, sino también en «la tierra montañosa y en la lejana tierra extranjera». De hecho, los egipcios tenían por cierto que todos sus «dioses de antaño» habían venido en barco desde el sur, y se han encontrado muchos dibujos prehistóricos en roca que muestran a estos dioses de antaño —a los que se les distingue por su tocado con cuernos— llegando a Egipto en un barco.

Fig. 40.

La única ruta marítima que llega a Egipto desde el sur es la que viene por el Mar Rojo, y resulta significativo que el nombre egipcio de este mar fuera el de Mar de Ur. En su expresión jeroglífica, el signo de Ur significa «la lejana tierra extranjera en el este», por lo que no se puede descartar que, en realidad, también se estuvieran refiriendo a la sumeria Ur, que se encontraba en esa misma dirección.

La palabra egipcia para «ser divino» o «dios» era NTR, que significa «el que vigila». Curiosamente, este es el significado exacto del nombre de Sumer: la tierra de «los que vigilan».

La antigua idea de que la civilización pudo haber comenzado en Egipto está descartada en la actualidad. En estos momentos, existen muchas evidencias que indican que la organizada sociedad y civilización egipcia, que comenzó medio milenio o más después de la sumeria, extrajo su cultura, su arquitectura, su tecnología, su escritura y otros muchos aspectos de una elevada civilización de Sumer. Y el peso de la evidencia demuestra también que los dioses de Egipto se originaron también en Sumer.

Los cananeos, parientes culturales y sanguíneos de los egipcios, compartieron con ellos los mismos dioses. Pero, situados en la franja de tierra que sirvió de puente entre Asia y África desde tiempos inmemoriales, los cananeos también se vieron sometidos a fuertes influencias semitas o mesopotámicas. Como los hititas en el norte, los hurritas en el nordeste y los egipcios en el sur, los cananeos no podían hacer alarde de un panteón

original. Ellos, también, adquirieron su cosmogonía, sus dioses y sus leyendas en otra parte. Sus contactos directos con la fuente sumeria fueron los amoritas.

La tierra de los amoritas se encuentra entre Mesopotamia y las tierras mediterráneas del occidente de Asia. Su nombre deriva de la acadia amurru y de la sumeria martu («occidentales»), y no se les trataba como a extraños, sino como a parientes que vivían en las provincias occidentales de Sumer y Acad.

En las listas de funcionarios de los templos en Sumer han aparecido nombres de origen amorita, y cuando Ur cayó ante los invasores elamitas en los alrededores del 2000 a. C., un martu llamado Ishbi-Irra restableció la monarquía sumeria en Larsa y se propuso, como primer objetivo, recuperar Ur y restaurar allí el gran santuario al dios Sin. «Jefes» amoritas establecieron la primera dinastía independiente en Asiria alrededor del 1900 a. C., y Hammurabi, que le dio grandeza a Babilonia en los alrededores del 1800 a. C., fue el sexto sucesor de la primera dinastía de Babilonia, que era amorita.

En la década de 1930, los arqueólogos se encontraron con la capital de los amoritas, conocida como Mari. En un meandro del Eufrates, donde la frontera de Siria corta el río en la actualidad, las excavadoras sacaron a la luz una importante ciudad cuyos edificios se habían construido y reconstruido una y otra vez entre el 3000 y el 2000 a. C., sobre cimientos que datan de siglos atrás. Entre las ruinas más antiguas había una pirámide escalonada y templos dedicados a las deidades sumerias Inanna, Ninhursag y Enlil.

El palacio de Mari, solo, ocupaba más dos hectáreas, y disponía de una sala del trono pintada con los más sorprendentes murales, de trescientas habitaciones diferentes, de cámaras de escribas y (lo más importante para un historiador) más de veinte mil tablillas en escritura cuneiforme, con asuntos que van desde la economía, el comercio, la política y la vida social de aquellos tiempos, hasta asuntos militares y de estado, así como, claro está, de la religión de la tierra y de sus gentes. Una de las pinturas murales del gran palacio de Mari representa la investidura del rey Zimri-Lim a manos de la diosa Inanna (a la que los amoritas llamaban Ishtar).

Fig. 41.

Como en el resto de panteones, la deidad suprema, físicamente presente entre los amurru, era un dios del clima o de las tormentas al que llamaban Adad —el equivalente del cananeo Baal («señor»)— y apodaban Hadad. Su símbolo, como sería de esperar, era el rayo.

En los textos cananeos, a Baal se le suele llamar el «Hijo del Dragón». Los textos de Mari hablan también de una deidad aún más antigua llamada Dagan, un «Señor de la Abundancia» que, al igual que El, se le tenía por un dios retirado, que se quejaba de cierta ocasión en que no se le había consultado cómo había que conducirse en determinada guerra.

Entre otros miembros del panteón estaban también el Dios Luna, al que los cananeos llamaban Yerah, los acadios Sin y los sumerios Nannar; el Dios Sol, comúnmente llamado Shamash; y otras deidades cuyas identidades no dejan lugar a dudas de que Mari fue un puente (geográfico y cronológico) que conectó las tierras y los pueblos del Mediterráneo oriental con las fuentes mesopotámicas.

Entre los descubrimientos hechos en Mari, como en cualquier otra parte de las tierras de Sumer, había docenas de estatuas de las mismas gentes: reyes, nobles, sacerdotes, cantantes.

Se les representaba invariablemente con las manos entrelazadas en oración y con la mirada, helada para siempre, dirigida hacia sus dioses.

Fig. 42.

¿Quiénes fueron esos Dioses del Cielo y de la Tierra, divinos y, sin embargo, humanos, encabezados siempre por un panteón o círculo interno de doce deidades?

Hemos entrado en los templos de los griegos y los arios, de los hititas y los hurritas, de cananeos, egipcios y amoritas. Hemos seguido senderos que nos han llevado a través de continentes y mares, y hemos seguido pistas que nos han llevado varios milenios atrás.

Y los corredores de todos los templos nos han llevado hasta una única fuente: Sumer.

4

SUMER: LA TIERRA DE LOS DIOSES

No hay duda de que las «palabras de antaño», que durante miles de años constituyeron la lengua de las enseñanzas superiores y las escrituras religiosas, era la lengua de Sumer. Y tampoco hay duda de que los «dioses de antaño» eran los dioses de Sumer; en ninguna parte se han encontrado registros, relatos, genealogías e historias de dioses más antiguos que los de Sumer.

Si nombramos y contamos a estos dioses (en sus formas originales sumerias o en las posteriores acadias, babilonias o asirias), la lista asciende a centenares. Pero, en el momento en que se les clasifica, queda claro que aquello no era un amasijo de divinidades. Estaban encabezados por un panteón de Grandes Dioses, gobernados por una Asamblea de Deidades, y estaban relacionados entre ellos. En el momento en que se excluye a sobrinas, sobrinos, nietos y demás, emerge un grupo de deidades mucho más pequeño y coherente donde cada una juega un papel, con determinados poderes y responsabilidades.

Los sumerios creían que había dioses que eran «de los cielos». Los textos que hablan de los tiempos de «antes de que las cosas fueran creadas» citan a algunos de estos dioses celestiales, como Apsu, Tiamat, Anshar, Kishar. En ningún momento se dice que estos dioses aparecieran nunca sobre la Tierra. Y, si miramos más de cerca a estos «dioses», que existieron antes de que se creara la Tierra, nos daremos cuenta de que eran los cuerpos

celestes que componen nuestro sistema solar; y, como demostraremos, los así llamados mitos sumerios referentes a estos seres celestes eran, de hecho, conceptos cosmológicos precisos y científicamente admisibles sobre la creación de nuestro sistema solar.

También hubo dioses menores que eran «de la Tierra». Sus centros de culto eran, en su mayor parte, ciudades de provincias; no eran más que deidades locales. En el mejor de los casos, estaban encargados de algunas operaciones limitadas —como, por ejemplo, la diosa NIN.KASHI («dama-cerveza»), que supervisaba la preparación de bebidas. De estas deidades no existe ningún relato heroico. No disponían de armas impresionantes, y los demás dioses no se estremecían ante sus órdenes. Le recuerdan a uno a aquel grupo de dioses jóvenes que desfilaban los últimos en la procesión pétrea de la hitita ciudad de Yazilikaya.

Entre los dos grupos estaban los Dioses del Cielo y de la Tierra, los llamados «dioses antiguos». Estos eran los «dioses de antaño» de los relatos épicos, y, según las creencias sumerias, habían bajado a la Tierra desde los cielos. No eran simples deidades locales. Eran dioses nacionales —o, mejor aún, dioses internacionales. Algunos de ellos estaban presentes y activos en la Tierra, aun antes de que hubiera Hombres en ella. De hecho, se estimaba que la existencia del Hombre había sido el resultado de una deliberada empresa creadora por parte de estos dioses. Eran poderosos, capaces de hazañas que estaban más allá de las capacidades o de la comprensión de los mortales. Y, sin embargo, estos dioses no sólo tenían aspecto humano, sino que, también, comían y bebían como ellos, y exhibían todo tipo de emociones humanas, desde el amor y el odio hasta la lealtad y la infidelidad.

Aunque los papeles y la posición jerárquica de algunos de los principales dioses pudo cambiar con los milenios, algunos de ellos nunca perdieron su encumbrada posición y su veneración nacional e internacional. A medida que observemos más de cerca este grupo central, veremos emerger una dinastía de dioses, una familia divina, estrechamente relacionados entre ellos y, sin embargo, amargamente divididos.

A la cabeza de esta familia de Dioses del Cielo y de la Tierra estaba AN (o Anu en los textos babilonios/asirios). Él era el Gran Padre de los Dioses,

el Rey de los Dioses. Su reino era la inmensidad de los cielos, y su símbolo era una estrella.

En la escritura pictográfica sumeria, el signo de una estrella tenía también el significado de An, de «cielos» y de «ser divino» o «dios» (descendiente de An). Este cuádruple significado del símbolo se mantuvo a través de las eras, a medida que la escritura pasó de su forma pictográfica sumeria hasta la cuneiforme acadia y la estilizada babilonia y asiría.

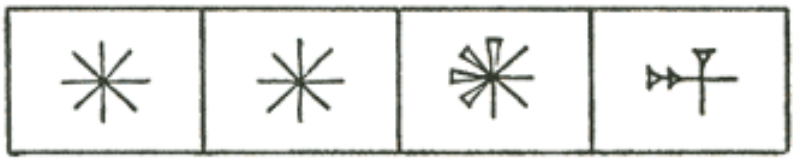


Fig. 43.

Desde los primeros tiempos hasta que la escritura cuneiforme se desvaneció —desde el cuarto milenio a. C. hasta casi la época de Cristo—, este símbolo precedía los nombres de los dioses, indicando que el nombre escrito en el texto no era el de un mortal, sino el de una deidad de origen celeste.

La morada de Anu, y la sede de su Realeza, estaba en los cielos. Ahí era adonde iban los otros Dioses del Cielo y de la Tierra cuando necesitaban consejos o favores personales, o donde se reunían en asamblea para zanjar disputas entre ellos mismos o para tomar decisiones importantes. Numerosos textos describen el palacio de Anu (cuyos pórticos estaban custodiados por un dios del Árbol de la Verdad y un dios del Árbol de la Vida), así como su trono, el modo en que los demás dioses se aproximaban a él y cómo se sentaban en su presencia.

Los textos sumerios también recogieron casos en que incluso a los mortales se les permitió subir a la morada de Anu, la mayoría de las veces con el objeto de escapar a la mortalidad. Uno de estos relatos es el de Adapa («modelo de Hombre»). Fue tan perfecto y tan leal al dios Ea, que le había creado, que Ea lo dispuso todo para que fuera llevado hasta Anu. Es en ese momento cuando Ea le describió a Adapa lo que se debía esperar.

Adapa,

vas a ir ante Anu, el Rey;
tendrás que tomar el camino hacia el Cielo.
Cuando hayas ascendido hasta el Cielo,
y te hayas acercado al pórtico de Anu,
el «Portador de Vida» y el «Cultivador de la Verdad»
estarán de pie en el pórtico de Anu.

Guiado por su creador, Adapa «hasta el Cielo fue… ascendió al Cielo y se acercó al pórtico de Anu». Pero cuando se le ofreció la posibilidad de hacerse inmortal, Adapa se negó a comer el Pan de la Vida, pensando que el enfurecido Anu le estaba ofreciendo alimentos envenenados. Así pues, se le devolvió a la Tierra como sacerdote ungido, pero todavía mortal.

La afirmación sumeria de que también los humanos podían ascender a la Morada Divina en los cielos encuentra su eco en los relatos del Antiguo Testamento sobre el ascenso a los cielos de Enoc y del profeta Elías.

Aunque Anu vivía en una Morada Celeste, los textos sumerios hablan de ocasiones en las que bajó a la Tierra —bien en tiempos de alguna crisis importante o con ocasión de visitas ceremoniales (en las que iba acompañado por su esposa ANTU), o bien (al menos, una vez) para celebrar los desposorios de su bisnieta IN.ANNA en la Tierra.

Dado que no vivía de forma permanente en la Tierra, no parecía necesario darle exclusividad a su propia ciudad o centro de culto; y la morada, o «alta casa» erigida para él se encontraba en Uruk (la bíblica Erek), dominio de la diosa Inanna. En la actualidad, en las ruinas de Uruk, hay un inmenso montículo artificial donde los arqueólogos han encontrado rastros de la construcción y reconstrucción de un gran templo, el templo de Anu; aquí se han descubierto no menos de dieciocho estratos o escalones distintos, lo cual habla de razones convincentes para mantener el templo en este sagrado lugar.

Al templo de Anu se le llamó E.ANNA («casa de An»). Pero este sencillo nombre se le aplicaba a una estructura que, al menos en algunos de sus niveles, bien merece que la contemplemos. Aquél era, según los textos sumerios, «el santo E-Anna, el santuario puro». Según la tradición, los mismos Grandes Dioses «habían dado forma a sus partes». «Su cornisa era como de cobre», «sus paredes tocaban las nubes —una noble morada»; «era una Casa de un encanto irresistible, con un atractivo infinito». Y los textos

también dejan claro el propósito del templo, pues lo llaman «la Casa para descender del Cielo».

Una tablilla que perteneció a un archivo de Uruk nos aporta luz sobre la pompa y el boato que acompañaban la llegada de Anu y de su esposa en una «visita de estado». Debido al deterioro de la tablilla, solamente podemos leer lo relativo a la segunda mitad de las ceremonias, cuando Anu y Antu estaban ya sentados en el patio del templo. Los dioses, «exactamente en el mismo orden que antes», formaban entonces una procesión delante y detrás del portador del cetro. Ahí, el protocolo daba las siguientes instrucciones:

La gente del País encenderá fuegos en sus casas,
y ofrecerá banquetes a todos los dioses…
Los guardianes de las ciudades encenderán fuegos
en las calles y en las plazas.

La partida de los dos Grandes Dioses también estaba planificada, no sólo al día sino también al minuto.

En el decimoséptimo día,
cuarenta minutos después de salir el sol,
se abrirá la puerta ante los dioses Anu y Antu,
llegando a su fin su estancia, tras pasar la noche.

Aunque el final de esta tablilla está roto, hay otro texto que describe con toda probabilidad la partida: la comida de la mañana, los ensalmos, los apretones de manos («agarrarse de las manos») de los otros dioses.

Después, los Grandes Dioses eran llevados a su punto de partida sobre literas con forma de tronos sobre los hombros de los funcionarios del templo. Existe una representación asiría de una procesión de dioses que, si bien es bastante posterior en el tiempo, nos puede dar una buena idea de la forma en la que Anu y Antu eran llevados durante su procesión en Uruk.

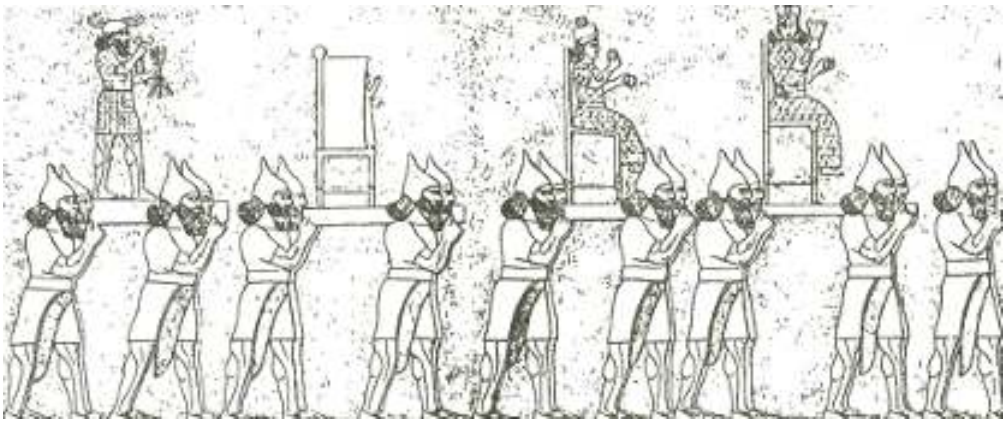


Fig. 44.

Se recitaban ensalmos especiales cuando la procesión atravesaba «la calle de los dioses»; luego, se cantaban otros salmos e himnos cuando se acercaban «al muelle sagrado» y cuando llegaban «al dique del barco de Anu». Se procedía a las despedidas y se recitaban y cantaban más ensalmos aún, «con gestos de levantar las manos».

Después, todos los sacerdotes y funcionarios del templo que habían llevado a los dioses, dirigidos por el sumo sacerdote, ofrecían una «oración de partida» especial. «¡Gran Anu, que el Cielo y la Tierra te bendigan!» entonaban siete veces. Oraban por la bendición de los siete dioses celestes e invocaban a los dioses que estaban en el Cielo y a los dioses que estaban en la Tierra. En conclusión, les daban la despedida a Anu y Antu de este modo:

¡Que los Dioses de lo Profundo
y los Dioses de la Morada Divina
os bendigan!
¡Que os bendigan a diario,
cada día, de cada mes, de cada año!

Entre las miles y miles de representaciones de los antiguos dioses que se han descubierto, ninguna parece representar a Anu. Y, sin embargo, nos observa desde cada estatua y cada retrato de cada rey que ha habido, desde la antigüedad hasta nuestros días. Pues Anu no era sólo el Gran Rey, Rey de los Dioses, sino también aquel por cuya gracia los demás podían ser coronados como reyes. Según la tradición sumeria, la soberanía emanaba de Anu; y el término para designar la «Realeza» era Anutu («Anu-eza»). Las

insignias de Anu eran la tiara (el divino tocado), el cetro (símbolo del poder) y el báculo (símbolo de la guía que proporciona el pastor).

En la actualidad, el báculo del pastor se puede encontrar más en manos de obispos que de reyes, pero la corona y el cetro los siguen llevando todos aquellos reyes que la Humanidad ha dejado en sus tronos.

La segunda deidad en poder del panteón sumerio era EN.LIL. Su nombre significa «señor del espacio aéreo», prototipo y padre de los posteriores Dioses de las Tormentas que encabezaban los panteones del mundo antiguo.

Era el hijo mayor de Anu, nacido en la Morada Celeste de su Padre. Pero, en algún momento de los tiempos más antiguos, descendió a la Tierra y se convirtió así en el principal Dios del Cielo y la Tierra. Cuando los dioses se reunían en asamblea en la Morada Celeste, Enlil presidía las reuniones en compañía de su padre. Cuando los dioses se reunían en asamblea en la Tierra, se encontraban en la corte de Enlil, en el recinto divino de Nippur, la ciudad dedicada a Enlil, además de ser el sitio donde se encontraba su principal templo, el E.KUR («casa que es como una montaña»).

No sólo los sumerios tenían a Enlil por supremo, sino también los dioses de Sumer. Éstos le llamaban Soberano de Todas las Tierras, y dejaban claro que «en el Cielo él es el Príncipe; En la Tierra él es el Jefe». Sus «palabras (mandatos), en las alturas, hacen temblar los Cielos; abajo, hacen que la Tierra se estremezca»:

Enlil,
cuyos mandatos llegan lejos;
cuya «palabra» es noble y santa;
cuyas declaraciones son invariables;
que decreta destinos hasta el distante futuro…
Los es de la Tierra se inclinan gustosamente ante él;
los dioses Celestiales que están en la Tierra
se humillan ante él;
Permanecen fielmente junto a él, según las instrucciones.

Enlil, según las creencias sumerias, llegó a la Tierra mucho antes de que la Tierra se adecuara y se civilizara. Un «Himno a Enlil, el Caritativo» narra los muchos aspectos de la sociedad y la civilización que no habrían llegado

a existir de no ser por las instrucciones de Enlil para «ejecutar sus órdenes en todas partes».

No se construirían ciudades, ni se fundarían poblados; no se construirían establos, ni se levantarían rediles; ni reyes serían coronados, ni sumos sacerdotes nacidos.

Los textos sumerios dicen también que Enlil llegó a la Tierra antes de que las «Gentes de Cabeza Negra» —el apodo sumerio para designar a la Humanidad— fueran creados. Durante estos tiempos previos a la Humanidad, Enlil levantó Nippur como centro particular suyo o «puesto de mando», al cual Cielo y Tierra estaban conectados a través de algún tipo de «enlace». Los textos sumerios llamaban a este enlace DUR.AN.KI («enlace cielo-tierra») y usaban el lenguaje poético para relatar las primeras acciones de Enlil en la Tierra:

Enlil,
cuando señalaste los poblados divinos en la Tierra,
Nippur levantaste como tu propia ciudad.
La Ciudad de la Tierra, la noble,
tu lugar puro cuya agua es dulce.
Fundaste el Dur-An-Ki
en el centro de las cuatro esquinas del mundo.

En aquellos primeros días, cuando sólo los dioses habitaban Nippur y el Hombre aún no había sido creado, Enlil conoció a la diosa que acabaría convirtiéndose en su esposa. Según una versión, Enlil vio a su futura novia mientras se estaba bañando en el riachuelo de Nippur —desnuda. Fue un amor a primera vista, pero no necesariamente con matrimonio en mente:

El pastor Enlil, que decreta los destinos,
el del Brillante Ojo, la vio.
El señor le habla a ella de relaciones sexuales;
ella no está dispuesta.
Enlil le habla a ella de relaciones sexuales;
ella no está dispuesta:
«Mi vagina es demasiado pequeña (dice ella),
no sabe de la cópula;
mis labios son demasiado pequeños,
no saben besar».

Pero Enlil no aceptó un no por respuesta. Le reveló a su chambelán Nusku su ardiente deseo por «la joven doncella», que se llamaba SUD («la niñera»), y que vivía con su madre en E.RESH («casa perfumada»). Nusku

le sugirió un paseo en barca y le trajo una barca. Enlil persuadió a Sud para salir a navegar con él y, una vez estuvieron en la barca, la violó.

El antiguo relato cuenta entonces que, aunque Enlil era el jefe de los dioses, estos se enfurecieron tanto por lo que había hecho que lo detuvieron y lo desterraron al Mundo Inferior. «¡Enlil, el inmoral!», le gritaban. «¡Vete de la ciudad!». En esta versión, Sud, embarazada con el hijo de Enlil, siguió a este y se casó con él. Otra versión dice que Enlil, arrepentido, buscó a la joven y envió a su chambelán para que le pidiera a su madre la mano de la hija. De un modo o de otro, Sud se convirtió en la esposa de Enlil, y este le otorgó el título de NIN.LIL («señora del espacio aéreo»).

Pero lo que no sabían ni él ni los dioses que le desterraron es que no fue Enlil el que sedujo a Ninlil, sino al revés. Lo cierto es que Ninlil se bañó desnuda en el riachuelo siguiendo las instrucciones de su madre, con la esperanza de que Enlil, que solía pasear junto al arroyo, se percatara de la presencia de Ninlil y deseara «abrazarte y besarte».

A pesar de la forma en la que se enamoraron, Ninlil fue tenida en muy alta estima a partir del momento en que Enlil le dio «la prenda de la señoría». Con una única excepción, que, según creemos, tuvo que ver con la sucesión dinástica, no se conocen más indiscreciones de Enlil. Una tablilla votiva encontrada en Nippur muestra a Enlil y a Ninlil en su templo mientras se les sirven alimentos y bebida. La tablilla fue encargada por Ur-Enlil, el «Criado de Enlil».

Fig. 45.

Además de ser jefe de los dioses, a Enlil se le tenía por supremo Señor de Sumer (a veces llamada, simplemente, «El País») y de las «Gentes de Cabeza Negra». Un salmo sumerio habla con veneración de su dios:

El Señor, que conoce el destino de El País,
digno de confianza en su profesión;
Enlil, que conoce el destino de Sumer,
digno de confianza en su profesión;
Padre Enlil,
Señor de todas las tierras;
Padre Enlil,
Señor del Mandato Justo;
Padre Enlil,
pastor de los Cabezas Negras…
de la Montaña del Amanecer
a la Montaña del Ocaso,
no hay otro Señor en la Tierra;
sólo tú eres Rey.

Los sumerios reverenciaban a Enlil tanto por temor como por gratitud. Era él el que se aseguraba de que las sentencias de la Asamblea en contra de la Humanidad se llevaran a efecto; era su «viento» el que soplaba tormentas devastadoras contra las ciudades ofensoras. Era él el que buscaba la destrucción de la Humanidad cuando el Diluvio, pero también el que,

cuando estaba en paz con el género humano, se convertía en un dios amable que concedía favores, según un texto sumerio, fue Enlil el que dio a la Humanidad el conocimiento de la agricultura, junto con el del arado y el pico.

Enlil elegía también a los reyes que tenían que gobernar a la Humanidad, no como soberanos, sino como servidores del dios a los que se les confiaba la administración de las leyes divinas de justicia. Así pues, los reyes sumerios, acadios y babilonios abrían sus inscripciones de auto adoración describiendo cómo Enlil les había llamado a la Realeza. Estas «llamadas» —promulgadas por Enlil en su propio nombre y en el de su padre, Anu— le concedían legitimidad al gobernante y delimitaban sus funciones. Incluso Hammurabi, que reconocía a Marduk como dios nacional de Babilonia, afirmó en el prefacio de su código legal que «Anu y Enlil me nombraron para promover el bienestar del pueblo… para hacer que la justicia prevalezca en la tierra».

Dios del Cielo y de la Tierra, Primogénito de Anu, Dispensador de Realeza, Jefe Ejecutivo de la Asamblea de Dioses, Padre de Dioses y Hombres, Dador de la Agricultura, Señor del Espacio Aéreo… estos eran algunos de los atributos de Enlil que hablaban de su grandeza y sus poderes. Sus «mandatos llegaban lejos», sus «declaraciones invariables»; él «decretaba los destinos». Disponía del «enlace cielo-tierra», y desde su «impresionante ciudad de Nippur» podía «elevar los rayos que buscan el corazón de todas las tierras», «ojos que pueden explorar todas las tierras».

Sin embargo, era tan humano como cualquier joven capaz de dejarse seducir por una belleza desnuda; sujeto a leyes morales impuestas por la comunidad de los dioses, transgresiones que se castigaban con el destierro; y ni siquiera era inmune a las quejas de los mortales. Al menos, que se sepa, consta un caso en la que un rey sumerio de Ur se quejó directamente a la Asamblea de los Dioses de que toda una serie de males que habían caído sobre Ur y sus gentes podían deberse al desafortunado hecho de que «Enlil le había dado la realeza a un hombre indigno… que no era de simiente sumeria».

A medida que avancemos, iremos viendo el papel fundamental que jugaba Enlil en los asuntos divinos y mortales de la Tierra, y cómo sus

distintos hijos combatieron entre ellos y con otros por la sucesión divina, dando así origen, sin duda, a relatos posteriores sobre batallas entre dioses.

El tercer Gran Dios de Sumer fue otro hijo de Anu; tenía dos nombres, E.A y EN.KI. Al igual que su hermano Enlil, Ea era, también, un Dios del Cielo y de la Tierra, una deidad de origen celeste que había bajado a la Tierra.

Su llegada a la Tierra está relacionada en los textos sumerios con una época en la que las aguas del Golfo Pérsico entraban en tierra firme mucho más allá de lo que vemos hoy en día, convirtiendo en pantanosa la parte sur del país. Ea (el nombre significa, literalmente, «casa-agua»), que era maestro en ingeniería, planificó y supervisó la construcción de canales, de diques en los ríos, así como el drenaje de los pantanos. Le encantaba salir a navegar por estos cursos de agua y, de modo especial, por los pantanos. Como su nombre indica, las aguas eran su hogar. Construyó su «gran casa» en la ciudad que fundó, al filo de las tierras pantanosas, una ciudad llamada HA.A.KI («lugar de los peces-agua»), aunque también fue conocida como E.RI.DU («hogar de ir desde lejos»).

Ea era «Señor de las Aguas Saladas», los mares y los océanos. Los textos sumerios hablan repetidamente de una época muy antigua en la que los tres Grandes Dioses se repartieron los reinos entre ellos. «Los mares se los dieron a Enki, el Príncipe de la Tierra», dándole así «el gobierno del Apsu» (lo «Profundo»). Como Señor de los Mares, Ea construyó barcos que navegaban hasta tierras lejanas, y, en especial, a lugares desde donde se traían metales preciosos y piedras semipreciosas.

Los sellos cilíndricos sumerios más antiguos representan a Ea como un dios rodeado de ríos fluentes en los que, a veces, se veían peces. Los sellos relacionaban a Ea, como se puede ver aquí, con la Luna (indicada por su creciente), una relación quizás basada en el hecho de que la Luna provoca las mareas. No hay duda, en lo referente a esta imagen astral, de que a Ea se le dio el epíteto de NIN.IGI.KU («señor brillo-ojo»).

Fig. 46.

Según los textos sumerios, entre los que se incluye una asombrosa autobiografía del mismo Ea, este nació en los cielos y vino a la Tierra antes de que hubiera ninguna población o civilización sobre la Tierra. «Cuando me acerqué al país, estaba inundado en gran parte», afirma. Después, procede a describir la serie de acciones que emprendió para hacer habitable la tierra: llenó el río Tigris con frescas «aguas dadoras de vida»; nombró a un dios para que supervisara la construcción de canales, para hacer navegables el Tigris y el Eufrates; y descongestionó las tierras pantanosas, llenándolas de peces y haciendo un refugio para aves de todos los tipos, y haciendo crecer allí carrizos que pudieran servir como material de construcción.

Centrándose después en la tierra seca, Ea decía que fue él quien «dirigió el arado y el yugo… abrió los sagrados surcos… construyó establos… levantó rediles». Después, el auto adulatorio texto (llamado por los expertos «Enki y la Ordenación del Mundo») dice que fue este dios el que trajo a la Tierra las artes de la elaboración de ladrillos, de la construcción de moradas y ciudades, de la metalurgia, etc.

Presentándolo como al mayor benefactor de la Humanidad, como al dios que trajo la civilización, muchos textos lo tienen también por el principal defensor de la Humanidad en los consejos de los dioses. En los textos sumerios y acadios sobre el Diluvio, donde se deben buscar los orígenes del relato bíblico, se dice que Ea fue el dios que, desafiando la

decisión de la Asamblea de Dioses, permitió escapar del desastre a un seguidor de confianza (el «Noé» mesopotámico).

De hecho, los textos sumerios y acadios, que, como el Antiguo Testamento, se adhieren a la creencia de que un dios o los dioses crearon al Hombre por medio de un acto consciente y deliberado, atribuyen a Ea un papel clave en todo esto. Como científico jefe de los dioses, fue él el que diseñó el método y el proceso por el cual debía ser creado el Hombre. Con tal afinidad con la «creación» o aparición del Hombre, no es de sorprender que fuera Ea el que guio a Adapa —el «hombre modelo» creado por la «sabiduría» de Ea— a la morada de Anu en los cielos, desafiando la determinación de los dioses de negarle la «vida eterna» a la Humanidad.

¿Se puso Ea del lado del Hombre simplemente porque tuvo que ver con su creación, o hubo algún otro motivo más subjetivo? A medida que exploremos los textos, nos encontraremos con que los constantes desafíos de Ea, tanto en temas humanos como divinos, tenían como objetivo principal el frustrar las decisiones o los planes que emanaban de Enlil.

Los archivos están repletos de alusiones a los abrasadores celos que sentía Ea por su hermano Enlil. De hecho, el otro nombre de Ea (y, quizás, el primero) era EN.KI («señor de la Tierra»), y los textos que hablan del reparto del mundo entre los tres dioses sugieren que Ea perdió el dominio de la Tierra en favor de su hermano Enlil por el simple método de echarlo a suertes.

Los dioses habían estrechado las manos,
habían repartido suertes y habían hecho las divisiones.
Entonces, Anu subió al Cielo;
a Enlil, la Tierra se le sometió.
Los mares, rodeados como con un lazo,
se le dieron a Enki, el Príncipe de la Tierra.

Aún con la amargura que pudo sentir Ea/Enki con aquel reparto, parece que esto no hacía más que alimentar un resentimiento mucho más profundo. La razón nos la da el mismo Enki en su autobiografía: era él, y no Enlil, el primogénito, según afirma Enki; era él, por tanto, y no Enlil, el que debía ser heredero de Anu:

«Mi padre, el rey del universo,
me puso delante en el universo…

Yo soy la semilla fértil,
engendrada por el Gran Toro Salvaje;
yo soy el hijo primogénito de Anu.
Yo soy el Gran Hermano de los dioses…
Yo soy el que nació
como primer hijo del divino Anu».

Si damos por supuesto que los códigos legales que regían la vida de los mortales en el antiguo Oriente Próximo fueron dados por los dioses, tendremos que convenir en que las leyes sociales y familiares que se aplicaban a los hombres eran una copia de aquellas otras que se aplicaban entre los dioses. Archivos judiciales y familiares encontrados en sitios como Mari y Nuzi confirman que las costumbres y las leyes bíblicas por las cuales se guiaban los patriarcas hebreos eran las mismas leyes a las que se sometían reyes y nobles por todo el Oriente Próximo de la antigüedad. Los problemas de sucesión que los patriarcas tuvieron que afrontar son, por tanto, sumamente esclarecedores.

Abraham, privado de sucesión por la aparente esterilidad de su esposa Sara, tuvo un primogénito con su criada. Sin embargo, este hijo (Ismael) fue excluido de la sucesión patriarcal tan pronto como Sara le dio a Abraham un hijo, Isaac.

La esposa de Isaac, Rebeca, quedó embarazada de gemelos. Técnicamente, el primero en nacer fue Esaú, un sujeto rudo y de cabello rojizo. Después, agarrando el talón de Esaú, salió Jacob, más refinado y preferido por Rebeca. Cuando Isaac, anciano y medio ciego, estaba a punto de anunciar su testamento, Rebeca utilizó un ardid para que la bendición de la sucesión recayera sobre Jacob en vez de sobre Esaú.

Por último, los problemas sucesorios de Jacob vinieron como resultado de que, aunque este sirvió a Labán durante veinte años para conseguir la mano de Raquel, Labán le obligó a casarse primero con la hermana mayor de Raquel, Lía. Fue esta la que le dio a Jacob su primer hijo, Rubén, y tuvo más hijos con ella —además de una hija— y con dos concubinas. Sin embargo, cuando por fin Raquel le dio su propio primogénito, José, este se convirtió en el preferido de Jacob.

A la vista de tales costumbres y leyes de sucesión, uno puede comprender las conflictivas relaciones entre Enlil y Ea/Enki. Enlil, según todos los archivos hijo de Anu y de su consorte oficial, Antu, era el

primogénito legal. Pero el angustioso lamento de Enki: «Yo soy la semilla fértil… Yo soy el primogénito de Anu», debió ser una declaración de hecho. ¿Quizás era hijo de Anu, pero de otra diosa que fuera una concubina? El relato de Isaac e Ismael, o la historia de Esaú y Jacob, pudieron tener un paralelismo previo en la Morada Celestial.

Aunque Enki parece haber aceptado las prerrogativas sucesorias de Enlil, algunos expertos ven las evidencias suficientes como para mostrar una insistente lucha por el poder entre los dos dioses. Samuel N. Kramer tituló uno de los antiguos textos como «Enki y su Complejo de Inferioridad». Como veremos más adelante, varios relatos bíblicos —el de Eva y la serpiente en el Jardín del Edén, o el del Diluvio— llevan implícitos, en sus versiones originales sumerias, los desafíos de Enki a los edictos de su hermano.

Parece que, en un momento determinado, Enki decidió que su lucha por el Trono Divino no tenía sentido, y puso todo su empeño en hacer que fuera un hijo suyo —en vez de un hijo de Enlil— el sucesor de la tercera generación. Y esto pretendía lograrlo, al menos en un principio, con la ayuda de su hermana NIN.HUR.SAG («dama de la cabeza de la montaña»).

Ella también era hija de Anu, pero, evidentemente, no de Antu, y ahí radica otra norma de la sucesión. Los estudiosos se han estado preguntando durante los últimos años por qué tanto Abraham como Isaac daban cuenta del hecho de que sus respectivas esposas eran también sus hermanas, una afirmación que provoca una enorme confusión, dada la prohibición bíblica de mantener relaciones sexuales con una hermana. Pero, a medida que se iban desenterrando documentos legales en Mari y Nuzi, fue quedando claro que un hombre sí que podía casarse con una hermanastra. Y lo que es más, a la hora de tomar en consideración a los hijos de todas las esposas, el hijo nacido de tal esposa, al tener un cincuenta por ciento más de «simiente pura» que el hijo de una esposa sin parentesco, era el heredero legal, tanto si era el primogénito como si no. Y esto fue, por cierto, lo que llevó (en Mari y en Nuzi) a la práctica de adoptar a la esposa preferida como «hermana», con el fin de hacer de su hijo el heredero legal indiscutible.

Fue con esta hermanastra, Ninhursag, con quien Enki buscó tener un hijo. Ella también era «de los cielos», habiendo llegado a la Tierra en

tiempos primitivos. Varios textos dicen que, cuando los dioses se estaban repartiendo la Tierra entre ellos, a ella le dieron la Tierra de Dilmun —«un lugar puro… una tierra pura… un lugar de lo más brillante». Un texto al que los estudiosos llaman «Enki y Ninhursag, un Mito del Paraíso» habla del viaje de Enki a Dilmun con intenciones conyugales. Ninhursag —el texto lo remarca una y otra vez— «estaba sola», es decir, soltera y sin compromiso. Aunque en épocas posteriores se la representaría como a una vieja matrona, debió de ser muy atractiva de joven, pues el texto nos informa sin ningún rubor de que, cuando Enki se acercó a ella, su sola visión «hizo que su pene regara sus represas».

Dando instrucciones para que se les dejara a solas, Enki «derramó el semen en la matriz de Ninhursag. Ella guardó el semen en su matriz, el semen de Enki»; y más tarde, «después de nueve meses de femineidad… ella dio a luz a la orilla de las aguas». Pero resultó ser una niña. Al no conseguir un heredero varón, Enki se decidió a hacer el amor con su propia hija. «La abrazó, la besó; Enki derramó su semen en la matriz». Pero ella, también, le dio una hija. Entonces, Enki fue a por su nieta y la dejó embarazada también; pero, una vez más, su descendencia fue femenina. Decidida a detener estos desmanes, Ninhursag echó una maldición sobre Enki por la cual este, tras comer unas plantas, cayó mortalmente enfermo. Sin embargo, los otros dioses obligaron a Ninhursag a levantar la maldición.

Mientras que estos hechos tenían mucho que ver con asuntos divinos, otros relatos de Enki y Ninhursag tienen que ver en gran medida con asuntos humanos; pues, según los textos sumerios, el Hombre fue creado por Ninhursag, siguiendo los procesos y las fórmulas que diseñó Enki. Ella fue la enfermera jefe, la encargada de los servicios médicos; fue por ese papel que la diosa recibió el nombre de NIN.KI («dama de la vida»).

Fig. 47.

Algunos expertos ven en Adapa (el «hombre modelo» de Enki) al bíblico Adama, o Adán. El doble significado del sumerio TI evoca también paralelismos bíblicos, pues TI podía significar tanto «vida» como «costilla», de manera que el nombre de Ninti podía significar tanto «dama de la vida» como «dama de la costilla». La bíblica Eva —cuyo nombre significa «vida»— fue creada a partir de una costilla de Adán, por lo que, también Eva, resultaba ser una «dama de la vida» y una «dama de la costilla».

Como dadora de vida de dioses y del Hombre, se habló de Ninhursag como de la Diosa Madre. Se le apodó «Mammu» —la precursora de «mamá»—, y su símbolo fue el «cortador», el instrumento Que usaban las comadronas en la antigüedad para cortar el cordón umbilical después del parto.

Fig. 48.

Enlil, el hermano y rival de Enki, tuvo la buena fortuna de conseguir ese «heredero legítimo» a través de su hermana Ninhursag. El más joven de los dioses en la Tierra que había nacido en los cielos, tenía por nombre NIN.UR.TA («señor que completa la fundación»). Fue «el heroico hijo de Enlil que partió con red y rayos de luz» para luchar por su padre; «el hijo vengador… que lanzaba rayos de luz».

Fig. 49.

Su esposa BA.U fue también enfermera o médico; su epíteto era el de «dama que a los muertos devuelve a la vida».

Las antiguas representaciones de Ninurta le muestran sujetando un arma única —sin duda, la que podía disparar «rayos de luz». Los textos antiguos lo aclaman como a un poderoso cazador, un dios luchador famoso por sus habilidades marciales. Pero su combate más heroico no lo entabló en nombre de su padre, sino en el suyo propio. Fue una batalla a gran escala con un dios malvado llamado ZU («sabio»), y que tenía como precio nada menos que el liderazgo de los dioses en la Tierra; pues Zu había capturado ilegalmente las insignias y los objetos que Enlil había ostentado como Jefe de los Dioses.

Las tablillas que describen estos sucesos están en los inicios del relato, y la narración sólo se hace legible a partir del punto en el que Zu llega al E-Kur, el templo de Enlil. Parece ser que es conocido y que debe de ostentar algún rango, pues Enlil le da la bienvenida, «confiándole la custodia de la

entrada a su santuario». Pero el «malvado Zu» iba a pagar su confianza con una traición, la de «la sustracción de la Enlildad» —la toma de posesión de los divinos poderes— «que él albergaba en su corazón».

Para ello, Zu tenía que tomar posesión de determinados objetos, incluida la mágica Tablilla de los Destinos. El astuto Zu dio con la oportunidad cuando Enlil se desvistió para meterse en la piscina en su baño diario, dejando descuidada toda aquella parafernalia.

A la entrada del santuario,
que él había estado observando,
Zu espera el comienzo del día.
Cuando Enlil se estaba lavando con agua pura,
habiéndose quitado la corona
y habiéndola depositado en el trono,
Zu cogió en sus manos la Tablilla de los Destinos,
se llevó la Enlildad.

Mientras Zu estaba huyendo en su MU (traducido «nombre», pero indica una máquina voladora) hasta un escondrijo lejano, las consecuencias de su audaz acción comenzaron a tener efecto.

Se suspendieron las Fórmulas Divinas;
la quietud se esparció por todas partes;
el silencio se impuso…
La brillantez del Santuario se desvaneció.

«El Padre Enlil enmudeció». «Los dioses de la tierra se fueron reuniendo uno a uno con las noticias». El asunto era tan grave que incluso se informó a Anu en su Morada Celestial. Anu analizó la situación y concluyó que Zu tenía que ser capturado para que devolviera las fórmulas. Volviéndose «a los dioses, sus hijos», Anu preguntó: «¿Cuál de los dioses castigará a Zu? ¡Su nombre será el más grande de todos!».

Varios dioses, conocidos por su valor, fueron convocados. Pero todos ellos señalaron que, habiéndose hecho con la Tablilla de los Destinos, Zu poseía ahora los mismo poderes que Enlil, de modo que «el que se le enfrente se convertirá en arcilla». Entonces, Ea tuvo una gran idea: ¿Por qué no llamar a Ninurta para que acepte tan desesperado combate?

Los dioses reunidos se percataron de la ingeniosa picardía de Ea. Estaba claro que las posibilidades de que la sucesión cayera en su propia descendencia se incrementarían si Zu era derrotado; pero también resultaría

beneficiado si Ninurta resultaba muerto en el proceso. Para sorpresa de los dioses, Ninhursag (en los textos llamada NIN.MAH —«gran dama») se mostró de acuerdo, y, dirigiéndose a su hijo Ninurta, le explicó que Zu no sólo le había robado a Enlil la Enlildad, sino también a él. «Con chillidos de dolor di a luz», gritó, y fue ella la que «aseguré para mi hermano y para Anu» la continuidad de la «Realeza del Cielo». Para que sus dolores no fueran en vano, Ninurta tenía que salir y luchar por la victoria:

Lanza tu ofensiva… captura al fugitivo Zu…
Que tu aterradora ofensiva se ensañe con él…
¡Córtale la garganta! ¡Vence a Zu!…
Que tus siete Vientos del mal vayan contra él…
Genera todo el Torbellino para atacarle…
Que tu Resplandor vaya contra él…
Que tus Vientos lleven sus Alas hasta un lugar secreto…
Que la soberanía vuelva a Ekur;
que las Fórmulas Divinas vuelvan
al padre que te engendró.

Las diversas versiones de este relato épico nos proporcionan, después, emocionantes descripciones de la batalla que vino a continuación. Ninurta le disparó «flechas» a Zu, pero «las flechas no se podían acercar al cuerpo de Zu… mientras llevara en la mano la Tablilla de los Destinos de los dioses». Las armas lanzadas «se detenían en mitad» de su vuelo. Pero, mientras se desarrollaba la incierta batalla, Ea le aconsejó a Ninurta que añadiera un til-lum a sus armas, y que le disparara en los «piñones», o pequeñas ruedas dentadas, de las «alas» de Zu. Siguiendo su consejo, y gritando «Ala con ala», Ninurta disparó el til-lum en los piñones de Zu. Así alcanzado, los piñones empezaron a desmontarse y las «alas» de Zu cayeron dando vueltas. Zu fue vencido, y las Tablillas del Destino volvieron a Enlil.

¿Quién era Zu? ¿Era, como algunos expertos sostienen, un «ave mitológica»? Evidentemente, podía volar, pero también puede hacerlo hoy en día cualquier persona que coja un avión, o cualquier astronauta que se suba a una nave espacial. También Ninurta podía volar, tan hábilmente como Zu (y, quizás, mejor). Pero él no era un ave de ninguna clase, como dejan patente muchas representaciones que han quedado de él, sólo o con su consorte BA.U (llamada también GULA). Más bien, volaba con la ayuda de

una extraordinaria «ave», que se guardaba en el recinto sagrado (el GIR.SU) de la ciudad de Lagash.

Zu no era un «ave»; parece ser que tenía a su disposición un «ave» en la que pudo huir para esconderse. Más bien, fue desde dentro de estas «aves» que los dioses se enfrentaron en su batalla en el cielo. Y no debería de haber duda en cuanto a la naturaleza del arma que, finalmente, hirió al «pájaro» de Zu. Llamada TIL en sumerio y til-lum en asirio, se escribía pictóricamente así: >--->-- , y debió significar entonces lo que til significa, hoy en día, en hebreo: «misil».

Así pues, Zu era un dios —uno de los dioses que intrigó para usurpar la Enlildad; un dios al que Ninurta, como legítimo sucesor, tenía todos los motivos para combatir.

¿Quién era Zu? ¿No sería MAR.DUK («hijo del montículo Puro»), el primogénito de Enki y de su esposa DAM.KI.NA, impaciente por apropiarse, mediante un ardid, de algo que no era legalmente suyo?

Existen razones para creer que, no habiendo podido tener un hijo con su hermana para generar así un contendiente legal para la Enlildad, Enki echó mano de su hijo Marduk. De hecho, cuando a comienzos del segundo milenio a. C. toda la zona de Oriente Próximo se vio sacudida por grandes agitaciones sociales y militares, Marduk fue elevado en Babilonia al estatus de dios nacional de Sumer y Acad. A Marduk se le proclamó Rey de los Dioses, en lugar de Enlil, y se requirió al resto de dioses que le prometieran fidelidad a él y que fueran a residir en Babilonia, donde sus actividades podrían ser fácilmente supervisables.

Fig. 50.

Esta usurpación de la Enlildad (mucho después del incidente con Zu) vino acompañada por un importante esfuerzo babilonio por falsificar los antiguos textos. Se reescribieron y se alteraron los textos más importantes para hacer aparecer a Marduk como Señor de los Cielos, el Creador, el Benefactor, el Héroe, en vez de Anu, Enlil o, incluso, Ninurta. Entre los textos alterados estaba el «Relato de Zu»; y, según la versión babilonia, fue Marduk (no Ninurta) el que luchó con Zu. En esta versión, Marduk alardeó: «Mahasti moh il Zu» («He aplastado el cráneo del dios Zu»). Así pues, Zu no pudo haber sido Marduk.

Ni tampoco hubiera tenido sentido que Enki, «Dios de las Ciencias», le hubiera dado indicaciones a Ninurta en cuanto a la elección y uso de la mejor arma, si el oponente hubiera sido su propio hijo, Marduk. Enki, a juzgar por su conducta, así como por su recomendación a Ninurta de «corta

la garganta de Zu», esperaba ganar algo con el combate, ya que no le importaba quién perdiera. La única conclusión lógica es que también Zu debía de ser, de algún modo, un contendiente legal para la Enlildad.

Esto sólo nos sugiere a un dios: Nannar, el primogénito de Enlil, el que tuvo con su consorte oficial, Ninlil. Pues, si Ninurta fuera eliminado, Nannar sería el siguiente en la línea sucesoria.

Nannar (diminutivo de NAN.NAR —«el brillante»—) nos resulta más conocido por su nombre acadio (o «semita»): Sin.

Como primogénito de Enlil, se le concedió la soberanía sobre la más conocida ciudad-estado de Sumer, UR («La Ciudad»). Su templo en Ur recibió el nombre de E.GISH.NU.GAL («casa de la semilla del trono»). Desde esa morada, Nannar y su consorte NIN.GAL («gran dama») llevaban los asuntos de la ciudad y sus gentes con gran benevolencia. El pueblo de Ur sentía un gran afecto por sus divinos soberanos, llamando amorosamente a su dios «Padre Nannar», así como con otros apodos cariñosos.

La gente atribuía la prosperidad de Ur a Nannar. Shulgi, un gobernante de Ur (por la gracia del dios) de finales del tercer milenio a. C., describía la «casa» de Nannar como «un gran establo henchido de abundancia», un «lugar opulento de ofrendas de pan», donde se multiplicaban las ovejas y se sacrificaban bueyes, un lugar de dulce música donde sonaban el pandero y el tambor.

Bajo la administración de su dios protector, Nannar, Ur se convirtió en el granero de Sumer, el suministrador de grano, así como de ovejas y ganado vacuno, de templos de todas partes. Un «Lamento por la Destrucción de Ur» nos informa, en negativo, de lo que pudo ser Ur antes de su hundimiento:

En los graneros de Nannar no había grano.
Las comidas nocturnas de los dioses se suprimieron;
en sus grandes comedores, se terminaron el vino y la miel…
En el noble horno del templo, ya no se preparaban bueyes y ovejas;
el rumor ha cesado en el gran Sitio de los Grilletes de Nannar:
la casa donde se gritaban las órdenes para el buey
su silencio es sobrecogedor…
El agobiante mortero y su mano yacen inertes…

Las barcas de las ofrendas ya no llevan ofrendas…
No llevan ofrendas de pan a Enlil en Nippur.
El río de Ur está vacío, ya no hay gabarras en él…

No hay pies que recorran sus riberas; grandes hierbas crecen allí.

Otro lamento, donde se duele por los «rebaños que han sido entregados al viento», por los abandonados establos, por los pastores y vaqueros que se fueron, es de lo más inusual: no fue escrito por la gente de Ur, sino por el mismo dios Nannar y su esposa Ningal. Estos y otros lamentos sobre la caída de Ur desvelan el trauma de un suceso inusual. Los textos sumerios nos informan que Nannar y Ningal dejaron la ciudad antes de que su ruina fuera completa. Fue una salida precipitada, descrita de forma conmovedora.

Nannar, que amaba su ciudad,
partió de la ciudad.
Sin, que amaba a Ur,
no pudo seguir en su Casa.
Ningal…
huyendo de su ciudad por territorio enemigo,
se puso precipitadamente un vestido,
partió de su Casa.

La caída de Ur y el exilio de sus dioses se explicó en los lamentos como la consecuencia de una decisión deliberada de Anu y Enlil. Fue a estos dos a los que Nannar apeló para que cesara el castigo.

Que Anu, el rey de los dioses,
pronuncie: «Es suficiente»;
Que Enlil, el rey de las tierras,
decrete un destino favorable.

Apelando directamente a Enlil, «Sin llevó su dolido corazón a su padre; hizo una reverencia ante Enlil, el padre que le engendró» y le imploró:

Oh, padre mío que me engendraste,
¿hasta cuándo verás con hostilidad
mi reparación?
¿Hasta cuándo?…
Sobre el corazón oprimido que tú has hecho
vacilar como una llama,
por favor, deposita una mirada amable.

En ninguna parte desvelan los lamentos la causa de la ira de Anu y de Enlil. Pero, si Nannar era Zu, el castigo habría justificado su crimen por usurpación. Pero, de verdad, ¿era Zu? Ciertamente, pudo haber sido Zu, porque Zu poseía algún tipo de máquina voladora —el «ave» en la cual

escapó y con la cual combatió a Ninurta. Los salmos sumerios hablan con adoración de su «Barco del Cielo».

Padre Nannar, Señor de Ur…
cuya gloria en el sagrado Barco del Cielo está…
Señor, hijo primogénito de Enlil.
Cuando en el Barco del Cielo asciendes,
tú eres glorioso.
Enlil ha adornado tu mano
con un cetro eterno
cuando, sobre Ur, en el Barco Sagrado te subes.

Existen evidencias adicionales. El otro nombre de Nannar, Sin, se deriva de SU.EN, que era otra forma de pronunciar ZU.EN. El mismo significado complejo de una palabra de dos sílabas se podía obtener poniendo las sílabas en cualquier orden: ZU.EN y EN.ZU eran palabras «espejo» una de otra. Nannar/Sin como ZU.EN no era otro que EN.ZU («señor Zu»). Así pues, tenemos que llegar a la conclusión de que fue él el que intentó hacerse con la Enlildad.

Ahora podemos comprender por qué, a pesar de la sugerencia de Ea, el señor Zu (Sin) fue castigado, no con la ejecución, sino con el exilio. Tanto los textos sumerios como las evidencias arqueológicas indican que Sin y su esposa huyeron a Jarán, la ciudad hurrita protegida por varios ríos y terrenos montañosos. Vale la pena apuntar que, cuando el clan de Abraham, dirigido por su padre, Téraj, dejó Ur, también se dirigieron a Jarán, donde estuvieron por muchos años en su camino hacia la Tierra Prometida.

Aunque Ur siguió siendo durante todo el tiempo una ciudad dedicada a Nannar/Sin, Jarán debió ser su residencia durante bastante tiempo, pues se hizo a semejanza de Ur; sus templos, sus edificios y sus calles eran casi exactamente iguales. André Parrot (*Abraham et son temps*) resume las similitudes diciendo que «todas las evidencias indican que el culto de Jarán no fue más que una réplica exacta del de Ur».

Cuando se descubrió el templo de Sin en Jarán —construido y reconstruido a lo largo del milenio—, durante unas excavaciones que duraron más de cincuenta años, se encontraron dos estelas (dos pilares de piedra conmemorativos) en los que sólo había una inscripción. Era un registro dictado por Adadguppi, una suma sacerdotisa de Sin, sobre cómo rezaba y organizaba el retorno de Sin, pues, algún tiempo antes,

Sin, el rey de todos los dioses,
se enfureció con su ciudad y su templo,
y subió al Cielo.

El hecho de que Sin, disgustado o desesperado, simplemente, «hiciera las maletas» y «subiera al Cielo» viene corroborado por otras inscripciones. En estas, se nos cuenta que el rey asirio Assurbanipal recobró de ciertos enemigos un sagrado «sello cilíndrico del más costoso jaspe» y que «lo mejoró dibujando sobre él una imagen de Sin». Después, inscribió sobre la sagrada piedra «un elogio a Sin, y lo colgó alrededor del cuello de la imagen de Sin». Ese sello pétreo de Sin debió de ser una reliquia de antaño, pues se dice más adelante que «es el sello en el cual su rostro fue dañado en aquellos días, durante la destrucción llevada a cabo por el enemigo».

Se cree que la suma sacerdotisa, que había nacido durante el reinado de Assurbanipal, era también de sangre real. En sus súplicas a Sin, le proponía un práctico «acuerdo»: restablecer los poderes de Sin sobre sus adversarios a cambio de ayudar al hijo de ella, Nabunaid, a convertirse en soberano de Sumer y Acad. Los archivos históricos confirman que, en el año 555 a. C., Nabunaid, entonces comandante de los ejércitos babilonios, fue nombrado por sus colegas militares para el trono. Para esto, se decía que había sido ayudado directamente por Sin. Sucedió, según nos dicen las inscripciones de Nabunaid, «en el primer día de su aparición» que Sin, utilizando «el arma de Anu», fue capaz de «tocar con un rayo de luz» los cielos y aplastar a los enemigos abajo en la Tierra.

Nabunaid mantuvo la promesa que su madre había hecho al dios. Reconstruyó el templo de Sin, el E.HUL.HUL («casa de la gran alegría»), y declaró a Sin como Dios Supremo. Es entonces cuando Sin pudo haber tomado en sus manos «el poder del cargo de Anu, esgrimir todo el poder del cargo de Enlil, asumir el poder del cargo de Ea, tomando así en sus propias manos todos los Poderes Celestiales». Así, derrotando al usurpador Marduk, incluso haciéndose con los poderes del padre de Marduk, Ea, Sin asumía el título de «Creciente Divino» y establecía su reputación como el llamado Dios Luna.

¿Cómo pudo Sin, del que se dice que había vuelto al Cielo disgustado, realizar tales hazañas de vuelta a la Tierra?

Nabunaid, al confirmar que Sin se había «olvidado de su ira… y había decidido volver al templo Ehulhul», confirmó el milagro. Un milagro «que no ha sucedido en el País desde los días de antaño» había tenido lugar: una deidad «ha bajado del Cielo».

Éste es el gran milagro de Sin,
que no ha sucedido en el País
desde los días de antaño;
Que la gente del País
no ha visto, ni ha escrito
sobre tablillas de arcilla, para conservarlo para siempre:
que Sin,
Señor de todos los dioses y diosas,
residiendo en el Cielo,
ha bajado desde el Cielo.

Lamentablemente, no se aportan detalles del lugar y la manera en la cual Sin aterrizó de regreso a la Tierra. Pero sabemos que fue en los campos que rodean Jarán que Jacob, en su viaje desde Canaán para encontrar una novia en el «viejo país», vio «una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles del Señor subían y bajaban por ella».

Al mismo tiempo que Nabunaid restauraba los poderes y los templos de Nannar/Sin, restauró también los templos y el culto de los hijos gemelos de Sin, IN.ANNA («dama de Anu») y UTU («el resplandeciente»).

Ambos eran hijos de Sin y de su esposa oficial, Ningal, siendo, así, por nacimiento, miembros de la Dinastía Divina. Inanna era, técnicamente, la primogénita, pero su hermano gemelo, Utu, era el hijo primogénito, y, por tanto, el heredero dinástico legal. A diferencia de la rivalidad que existía en el caso, similar, de Esaú y Jacob, los dos niños divinos crecieron muy unidos entre sí. Compartían experiencias y aventuras, se ayudaban mutuamente, y cuando Inanna tuvo que elegir marido entre dos dioses, fue a su hermano en busca de consejo.

Inanna y Utu habían nacido en tiempos inmemoriales, cuando sólo los dioses habitaban la Tierra. La ciudad-dominio de Utu, Sippar, estaba entre las primeras ciudades que habían establecido los dioses en Sumer. Nabunaid decía en una inscripción que, cuando emprendió la reconstrucción del templo de Utu, E.BABBARA («casa resplandeciente»), en Sippar:

Busqué su antigua plataforma-cimiento,
y profundicé dieciocho codos en el suelo.
Utu, el Gran Señor de Ebabbara…
me mostró personalmente la plataforma-cimiento
de Naram-Sin, hijo de Sargón, que durante 3200 años
ningún rey antes que yo había visto.

Cuando la civilización floreció en Sumer, y el Hombre se unió a los dioses en el País Entre los Ríos, Utu estaba relacionado, principalmente, con la ley y la justicia. Varios códigos legales primitivos, aparte de acogerse a Anu y a Enlil, se presentaron también en busca de aceptación y adhesión, porque fueron promulgados «de acuerdo con la palabra verdadera de Utu». El rey babilonio Hammurabi inscribió su código legal en una estela en cuya parte superior se le representó a él recibiendo las leyes de manos del dios.

Fig. 51.

Muchas tablillas descubiertas en Sippar atestiguan la reputación de la ciudad en tiempos antiguos como lugar de leyes justas y buenas. Algunos textos representan al mismo Utu juzgando a dioses y hombres; Sippar fue, de hecho, la sede del «tribunal supremo» de Sumer.

La justicia por la que abogaba Utu recuerda al Sermón de la Montaña que se registró en el Nuevo Testamento. Una «tablilla de sabiduría» sugería que el siguiente comportamiento complacía a Utu:

Ni siquiera hagas daño a tu oponente;
al que te haga mal recompénsale con bien.
Hasta a tu enemigo, que se haga justicia…
No dejes que tu corazón sea inducido a hacer el mal…
Al que pida limosna,
dale alimentos para comer, dale vino para beber…
Sé servicial; haz el bien.

Por garantizar la justicia e impedir la opresión —y, quizás, por otras razones, como veremos más adelante—, Utu fue considerado el protector de los viajeros. Sin embargo, los epítetos más habituales y duraderos que se le aplicaron a Utu tenían que ver con su resplandor. Desde tiempos muy antiguos, se le llamó Babbar («el resplandeciente»). Era «Utu, el que derrama una gran luz», el que «ilumina Cielo y Tierra».

Hammurabi, en su inscripción, llama al dios por su nombre acadio, Shamash, que en lenguas semitas significa «Sol». De ahí, que los expertos aceptaran que Utu/Shamash fuera el mesopotámico Dios Sol. Más adelante, mostraremos que, aunque a este dios se le asignara el Sol como homólogo celeste, hubo otro motivo para afirmar que «derramaba una brillante luz» cuando llevaba a cabo las tareas que le había asignado su abuelo Enlil.

Del mismo modo en que los códigos legales y los archivos judiciales son los certificados humanos de la presencia real entre las antiguas gentes de Mesopotamia de una deidad llamada Utu/Shamash, existen también innumerables inscripciones, textos, ensalmos, oráculos, oraciones y representaciones que atestiguan la existencia y la presencia física de la diosa Inanna, cuyo nombre acadio era Ishtar. Un rey de Mesopotamia del siglo XIII a. C. decía haber reconstruido su templo en la ciudad de su hermano, Sippar, sobre unos cimientos que, en aquel momento, tenían ochocientos años de antigüedad. Pero en su ciudad central, Uruk, los relatos sobre ella se remontaban a los tiempos de antaño.

Conocida por los romanos como Venus, por los griegos como Afrodita, Astarté para los cananeos y los hebreos, Ishtar o Eshdar para los asirios, babilonios, hititas y otros pueblos de la antigüedad, Inanna, Innin o Ninni

para los acadios y los sumerios, o por otros de sus muchos apodos o epítetos, ella fue, en todas las épocas, la Diosa de la Guerra y la Diosa del Amor, una mujer feroz y hermosa que, aun siendo nada más que la bisnieta de Anu, se ganó por sí misma y para sí misma un lugar importante entre los Grandes Dioses del Cielo y de la Tierra.

Como una diosa joven que era, al menos en apariencia, tenía asignado un dominio en una tierra lejana al este de Sumer, la Tierra de Aratta. Fue allí donde «la noble, Inanna, reina de todo el país», tuvo su «casa». Pero Inanna tenía ambiciones mayores. En la ciudad de Uruk se erguía el gran templo de Anu, ocupado por este sólo durante sus ocasionales visitas de estado a la Tierra; e Inanna puso sus ojos en esta sede del poder.

Las listas de reyes sumerios dicen que el primer soberano no divino de Uruk fue Meshkiaggasher, hijo del dios Utu a través de una madre humana. A él le sucedió su hijo Énmerkar, un gran rey sumerio Inanna, por tanto, era la tía abuela de Enmerkar; y no tuvo demasiadas dificultades para persuadir a su sobrino nieto de que ella debía ser en verdad la diosa de Uruk, más que de la remota Aratta.

Un largo y fascinante texto llamado «Enmerkar y el Señor de Aratta» dice que Enmerkar envió emisarios a Aratta, utilizando todos los argumentos posibles en una «guerra de nervios», para obligar a Aratta a someterse, porque «el señor Enmerkar, que es el servidor de Inanna, la hizo reina de la Casa de Anu». El poco claro final del relato épico insinúa un final feliz: aunque Inanna se mudó a Uruk, «no abandonó su Casa en Aratta». Que terminara convirtiéndose en una «diosa itinerante» tampoco sería improbable, pues Inanna/Ishtar se la conoce en otros textos por ser una arriesgada viajera.

La ocupación del templo de Anu en Uruk no podría haber tenido lugar sin el conocimiento y el consentimiento de este; y los textos nos dan unas marcadas pistas sobre cómo se obtuvo ese consentimiento. Inanna no tardó en ser conocida como «Anunitum», un apodo que significa «amada de Anu». A ella se refieren en los textos como «la sagrada amante de Anu»; y de todo esto se desprende que Inanna no sólo compartió el templo de Anu, sino también su cama —cada vez que venía a Uruk, o en las ocasiones en que ella subía a su Morada Celestial.

Después de maniobrar hasta conseguir la posición de diosa de Uruk y señora del templo de Anu, Ishtar recurrió al fraude para potenciar la posición de Uruk, así como sus propios poderes. Lejos, Eufrates abajo, estaba la antigua ciudad de Eridú —el centro de Enki. Siendo conocedora de los grandes conocimientos del dios en todo tipo de artes y ciencias de la civilización, Inanna tomó la decisión de rogar, pedir prestados o robar estos secretos. Intentando utilizar, obviamente, sus «encantos personales», Inanna se las ingenió para visitar a su tío abuelo, Enki, a solas. Este hecho no le pasó desapercibido a Enki, que instruyó a su maestresala para que preparara cena para dos.

Ven Isimud, mi maestresala, escucha mis instrucciones;
te he de decir algo, ten en cuenta mis palabras:
La doncella, completamente sola, ha dirigido sus pasos hacia el Abzu…
Que la doncella entre en el Abzu de Eridú,
dale de comer pasteles de cebada con mantequilla,
escánciale agua fría que refresque su corazón,
dale de beber cerveza…

Feliz y bebido, Enki estaba preparado para hacer cualquier cosa que le pidiese Inanna, y esta, audazmente, le pidió las fórmulas divinas, que eran la base de una elevada civilización. Enki le dio alrededor de un centenar de ellas, entre las que estaban las fórmulas divinas pertenecientes al señorío supremo, la Realeza, las funciones sacerdotales, las armas, los procedimientos legales, la escribanía, el trabajo de la madera e, incluso, el conocimiento de los instrumentos musicales y de la prostitución del templo. Para cuando Enki despertó y se dio cuenta de lo que había hecho, Inanna ya estaba volviendo a Uruk. Enki ordenó perseguirla con sus «terribles armas», pero fue en vano, pues Inanna se había ido a toda velocidad en su «Barco del Cielo».

Con bastante frecuencia, se representa a Ishtar como a una diosa desnuda; haciendo gala de su belleza, hay veces en que incluso se la representaba levantándose las faldas para mostrar las partes bajas de su anatomía.

Fig. 52.

Gilgamesh, soberano de Uruk alrededor del 2900 a. C., en parte humano y en parte divino, por ser hijo de hombre y diosa, también fue objeto de la seducción de Inanna, aun cuando, por aquel entonces, ella ya tenía un esposo oficial. Habiéndose lavado después de una batalla y habiéndose puesto «un manto con flecos, sujeto con una faja».

La gloriosa Ishtar posó sus ojos en su belleza.
«¡Ven, Gilgamesh, sé tu mi amante!
Ven, dame tu fruto.
Tú serás mi macho, yo seré tu hembra».

Pero Gilgamesh sabía con quién estaba tratando. «¿A cuál de tus amantes amaste para siempre?», le preguntó. «¿Cuál de tus acompañantes te complació en todo momento?». Y, recitando una larga lista de sus amoríos, Gilgamesh se negó a complacerla.

Con el transcurso del tiempo, a medida que asumía rangos más elevados en el panteón, y con la responsabilidad de los asuntos de estado, Inanna/Ishtar comenzó a mostrar más cualidades marciales, y a menudo se la representó como una Diosa de la Guerra, armada hasta los dientes.

Fig. 53.

Las inscripciones dejadas por los reyes asirios relatan cómo iban a la guerra por ella y bajo sus órdenes, cómo les aconsejaba directamente cuándo esperar y cuándo atacar, cómo, en ocasiones, marchaba a la cabeza de los ejércitos, y cómo, en al menos una ocasión, concedió una teofanía y se apareció ante todas las tropas. A cambio de su lealtad, ella les prometía a los reyes larga vida y éxito. «Desde una Cámara Dorada en los cielos te vigilaré», les aseguraba.

¿Acaso se convirtió en una amargada guerrera debido a que, también ella, pasó por malos momentos con el ascenso de Marduk a la supremacía? Nabunaid dice en una de sus inscripciones: «Inanna de Uruk, la exaltada princesa que moraba en una nao dorada, que montaba sobre un carro de batalla del cual tiraban siete leones —los habitantes de Uruk cambiaron su culto durante el gobierno del rey Erba-Marduk, quitaron su nao y soltaron su tiro». Inanna, según informaba Nabunaid, «tuvo que dejar, enfurecida, el E-Anna, y permaneció desde entonces en un lugar indecoroso» (que no nombra).

Fig. 54.

Buscando, quizás, combinar el amor con el poder, la muy cortejada Inanna eligió a su marido, DU.MU.ZI, un hijo menor de Enki. Muchos textos antiguos tratan de los amores y las peleas de ambos. Algunos de ellos son canciones de amor de gran belleza y vívida sexualidad. Otros nos cuentan cómo Ishtar, a la vuelta de uno de sus viajes, se encontró a Dumuzi divirtiéndose en su ausencia. Ella se las compuso para capturarlo y hacerlo desaparecer en el Mundo Inferior —un dominio gobernado por su hermana RESH.KLGAL y su consorte NER.GAL. Algunos de los textos sumerios y acadios más famosos tratan del viaje de Ishtar al Mundo Inferior en busca de su desterrado amado.

De los seis hijos conocidos de Enki, tres fueron protagonistas de distintos relatos sumerios: el primogénito Marduk, que, con el tiempo, usurpó la supremacía; Nergal, que se convirtió en soberano del Mundo Inferior; y Dumuzi, que se casó con Inanna/Ishtar.

Enlil también tuvo tres hijos que jugaron importantes papeles tanto en asuntos divinos como humanos: Ninurta, que, por ser hijo de Enlil y de su hermana Ninhursag, era su sucesor legal; Nannar/Sin, primogénito de Enlil con su esposa oficial Ninlil; y un hijo menor de Ninlil llamado ISH.KUR («montañoso», «lejana tierra montañosa»), al que, con más frecuencia, se le llamaba Adad («amado»).

Como hermano de Sin y tío de Utu e Inanna, Adad parece haberse sentido más en casa con ellos que en su propia casa. Los textos sumerios los sitúan juntos constantemente. En las ceremonias relacionadas con la visita de Anu a Uruk también se habla de los cuatro como un grupo. Un texto, en el que se describe la entrada en la corte de Anu, afirma que a la sala del trono se llegaba a través del «pórtico de Sin, Shamash, Adad e Ishtar». Otro texto, publicado por primera vez por V. K. Shileiko (Academia Rusa de la Historia de las Culturas), describe poéticamente a los cuatro mientras se retiran juntos por la noche.

Entre Adad e Ishtar parece haber habido la mayor de las afinidades, e incluso se les suele representar a los dos juntos, como en este relieve en el que se muestra a un soberano asirio que es bendecido por Adad (que sostiene el anillo y el rayo) y por Ishtar, que sujeta su arco. (La tercera deidad está demasiado mutilada como para ser identificada).

Fig. 55.

¿Fue esta «afinidad» algo más que una relación platónica, a la vista del «talante» de Ishtar? Conviene señalar que en el bíblico Cantar de los Cantares, la juguetona muchacha llama a su amante dod —palabra que significa tanto «amante» como «tío». Por tanto, ¿se le dio a Ishkur el nombre de Adad —una derivación de la palabra sumeria DA.DA— debido a que el tío era el amante?

Pero Ishkur no era sólo un playboy; era un dios poderoso, dotado por su padre Enlil con los poderes y prerrogativas de un dios de las tormentas. Como tal, se le reverenció como el hurrita/hitita Teshub y el urarteo Teshub («el que sopla el viento»), el amorita Ramanu («tronador»), el cananeo Ragimu («el que envía el granizo»), el indoeuropeo Buriash («hacedor de luz»), el semita Meir («el que ilumina» los cielos).

Fig. 56.

Una lista de dioses que se conserva en el Museo Británico, según Hans Schlobies (*Der Akkadische Wettergott in Mesopotamien*), aclara que Ishkur era, ciertamente, un señor divino en tierras muy lejanas de Sumer y Acad. Como los textos sumerios revelan, esto no fue un accidente. Parece ser que Enlil envió deliberadamente a su hijo menor para que se convirtiera en la «Deidad Residente» en las tierras montañosas del norte y el oeste de Mesopotamia.

¿Por qué Enlil alejó de Nippur a su hijo más joven y amado? Se han encontrado diversos relatos épicos sumerios en los que se habla de las discusiones e, incluso, de las sangrientas luchas entre los dioses más jóvenes. En muchos sellos cilíndricos se representan escenas de dioses combatiendo entre sí; da la impresión de que la rivalidad original entre Enki y Enlil siguió adelante y se intensificó entre sus hijos, con ocasionales enfrentamientos también entre hermanos —un relato divino de Caín y Abel.

Fig. 57.

Algunas de estas batallas se llevaron a cabo contra una deidad llamada Kur —con toda probabilidad, Ishkur/Adad. Esto podría explicar por qué Enlil estimó oportuno conceder a su hijo menor un lejano dominio, para mantenerle al margen de las peligrosas batallas sucesorias.

La posición de los hijos de Anu, Enlil y Enki, y de sus descendientes, en el linaje dinástico emerge con toda claridad a través de un dispositivo sumerio único: la asignación de un rango numérico a ciertos dioses. El descubrimiento de este sistema revela también la afinación en el Gran Círculo de Dioses del Cielo y de la Tierra en el momento del florecimiento de la civilización sumeria. Nos encontraremos con que este Panteón Supremo estaba compuesto por doce deidades.

La primera pista de que se estaba aplicando un sistema numérico criptográfico a los Grandes Dioses llegó con el descubrimiento de que los nombres de los dioses Sin, Shamash e Ishtar eran a veces sustituidos en los textos por los números 30,20 y 15 respectivamente. La unidad más alta del sistema sexagesimal sumerio —el 60— se le asignaba a Anu; Enlil «era» el 50; Enki, el 40; y Adad, el 10. El número 10 y sus seis múltiplos dentro del

número principal 60 se les asignaban a deidades masculinas, y parecería plausible que los números terminados en 5 se les asignaran a deidades femeninas. A partir de aquí, nos encontramos con la siguiente tabla criptográfica:

Masculino

60-Anu 50-Enlil 40-Ea/Enki 30-Nannar/Sin 20-Utu/Shamash 10-Ishkur/Adad

6 deidades masculinas

Femenino

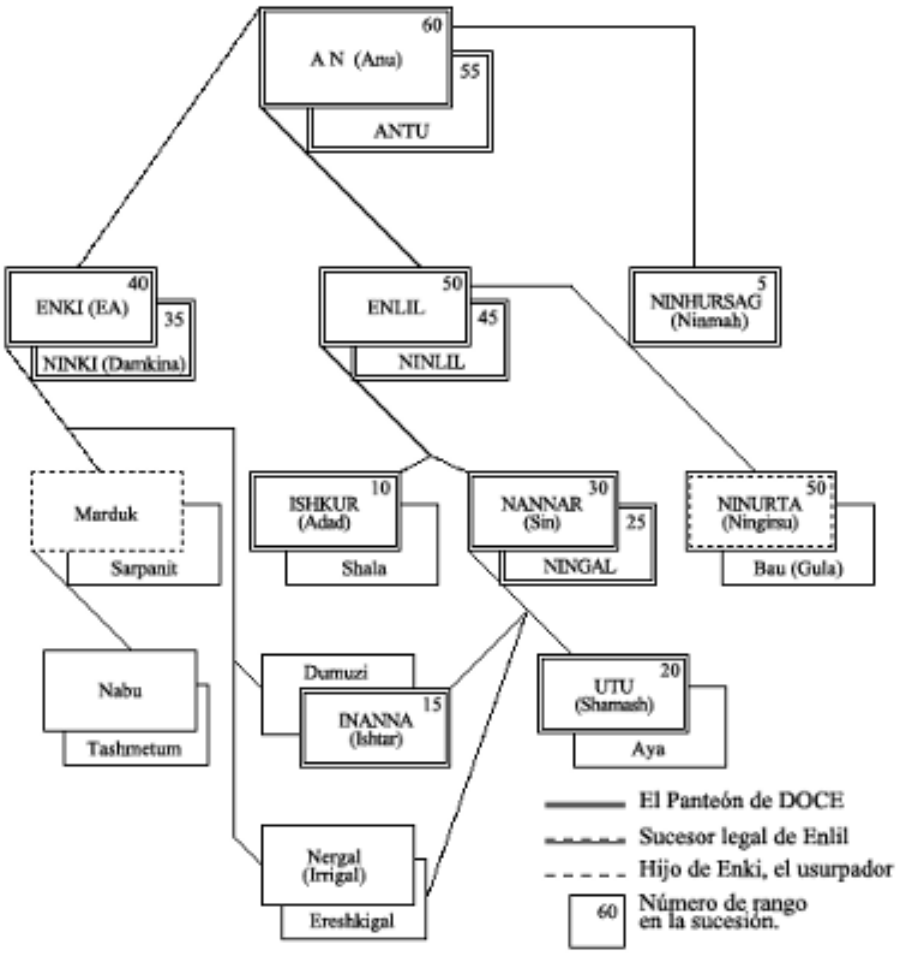
55-Antu 45-Ninlil 35-Ninki 25-Ningal 15-Inanna/Ishtar 5–Ninhursag

6 deidades femeninas

No debería de sorprendernos que a Ninurta se le asignara el número 50, como a su padre. En otras palabras, su rango dinástico se transmitía en un mensaje criptográfico: si Enlil se va, tú, Ninurta, ocupas su lugar; pero, hasta entonces, no eres uno de los Doce, pues el rango del «50» está ocupado.

Tampoco debería de sorprendernos saber que, cuando usurpó la Enlildad, Marduk insistiera en que los dioses le otorgaran «los cincuenta nombres», dando a entender que el rango del «50» ahora era suyo.

Hubo otros muchos dioses en Sumer —hijos, nietos, sobrinas y sobrinos de los Grandes Dioses. Hubo también varios centenares de dioses «de base», llamados anunnaki, a los que se les asignaban —por decirlo así— «tareas generales». Pero sólo doce componían el Gran Círculo. Ellos, sus relaciones familiares y, por encima de todo, la línea de sucesión dinástica se pueden consultar mejor si los observamos en un diagrama:


60
A N (Anu)
55
ANTU
40
ENKI (EA)
35
NINKI (Damkina)
50
ENLIL
45
NINLIL
5
NINHURSAG
(Ninmah)
Marduk
Sarpanit
10
ISHKUR
(Adad)
Shala
30
NANNAR
(Sin)
25
NINGAL
50
NINURTA
(Ninginsu)
Bau (Gula)
Nabu
Tashmetum
Dumuzi
15
INANNA
(Ishtar)
20
UTU
(Shamash)
Aya
Nergal
(Irrigal)
Ereshkigal
El Panteón de DOCE
Sucesor legal de Enlil
Hijo de Enki, el usurpador
60
Número de rango
en la sucesión.

5

LOS NEFILIM: EL PUEBLO DE LOS COHETES ÍGNEOS

Los textos sumerios y acadios no dejan lugar a dudas de que las gentes del Oriente Próximo de la antigüedad tenían por cierto que los Dioses del Cielo y de la Tierra eran capaces de elevarse en el aire y ascender a los cielos, así como de recorrer los cielos de la Tierra a voluntad.

En un texto que trata de la violación de Inanna/Ishtar por parte de alguien no identificado, este justifica su acción de este modo:

Un día mi Reina,
Inanna,
después de cruzar el cielo, de cruzar la tierra
después de cruzar Elam y Shubur,
después de cruzar…
La hieródula llegó cansada, se durmió.
La vi desde el extremo de mi jardín;
la besé, copulé con ella.

La misma Inanna, de la que se dice aquí que recorría los cielos de muchas y lejanas tierras —hazaña que sólo podría haber realizado volando —, habló en otra ocasión de su vuelo. En un texto que S. Langdon (en *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Oriéntale*) tituló «La Liturgia Clásica de Innini», la diosa lamenta su expulsión de la ciudad. Siguiendo las instrucciones de Enlil, un emisario, que «me trajo la palabra del Cielo»,

entró en la sala del trono de la reina, «sus sucias manos puso sobre mí» y, después de otras indignidades:

A mí, desde mi templo,
me obligaron a volar;
una Reina soy que, de mi ciudad,
como un pájaro me obligaron a volar.

Esta capacidad de Inanna, capacidad que también muestran otros de los principales dioses, solían reflejarla los antiguos artistas representando a los dioses —antropomórficos en todos los demás aspectos, como ya hemos visto— con alas. Las alas, tal como se puede ver en numerosas representaciones, no formaban parte del cuerpo —no eran alas naturales—, sino, más bien, un añadido decorativo de la vestimenta del dios.

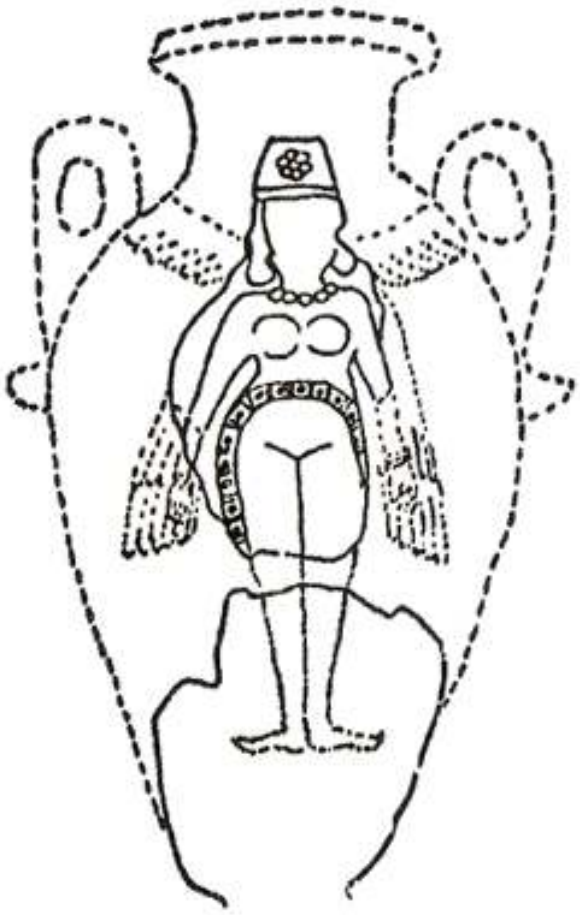


Fig. 58.

Inanna/Ishtar, cuyos viajes en pos de aventuras amorosas se mencionan en muchos textos antiguos, se trasladaba entre su primer y distante dominio en Aratta y su codiciada morada en Uruk. Visitaba a Enki en Eridú y a Enlil en Nippur, así como a su hermano Utu en su cuartel general de Sippar. Pero su viaje más famoso fue el que hizo al Mundo Inferior, a los dominios de su hermana Ereshkigal. Este viaje fue objeto no sólo de relatos épicos, sino también de representaciones artísticas sobre sellos cilíndricos, donde se mostraba a la diosa con alas, para remarcar el hecho de que fue volando desde Sumer hasta el Mundo Inferior.

Fig. 59.

Los textos que tratan de este arriesgado viaje dicen que Inanna se puso, meticulosamente, siete objetos antes de emprender el viaje, y cuenta que tuvo que entregarlos en los siete pórticos que tuvo que atravesar para llegar a la morada de su hermana. Estos siete objetos se mencionan también en otros textos que tratan de los viajes aéreos de Inanna:

1. El SHU.GAR.RA se lo puso en la cabeza.
2. «Pendientes medidores», en las orejas.
3. Cadenas de piedrecillas azules, alrededor del cuello.
4. «Piedras» gemelas, sobre los hombros.
5. Un cilindro dorado, en las manos.
6. Correas, que le abrazaban el pecho.
7. La vestimenta PALA, con la que vistió su cuerpo.

Aunque nadie ha sido capaz, todavía, de explicar la naturaleza y el significado de estos siete objetos, creemos que la respuesta la teníamos al alcance de la mano desde hace tiempo. En las excavaciones que realizaron entre 1903 y 1914 Walter Andrae y sus colegas en la capital asiria de Assur, se encontró en el Templo de Ishtar una estatua muy deteriorada de la diosa, donde se podían observar diversos «artilugios» sujetos al pecho y a la espalda. En 1934, los arqueólogos que excavaban en Mari se encontraron con una estatua similar, pero intacta, enterrada en el suelo. Era la representación a tamaño natural de una hermosa mujer. Su poco común tocado estaba adornado con un par de cuernos, señalando con ello que se trataba de una diosa. Estimando su antigüedad en unos 4000 años de edad, los arqueólogos se quedaron impresionados por el aspecto tan realista de la estatua (en una foto, resultaba difícil distinguirla de los hombres vivos). Le pusieron por nombre La Diosa del Vaso, porque sostenía en las manos un objeto cilíndrico.

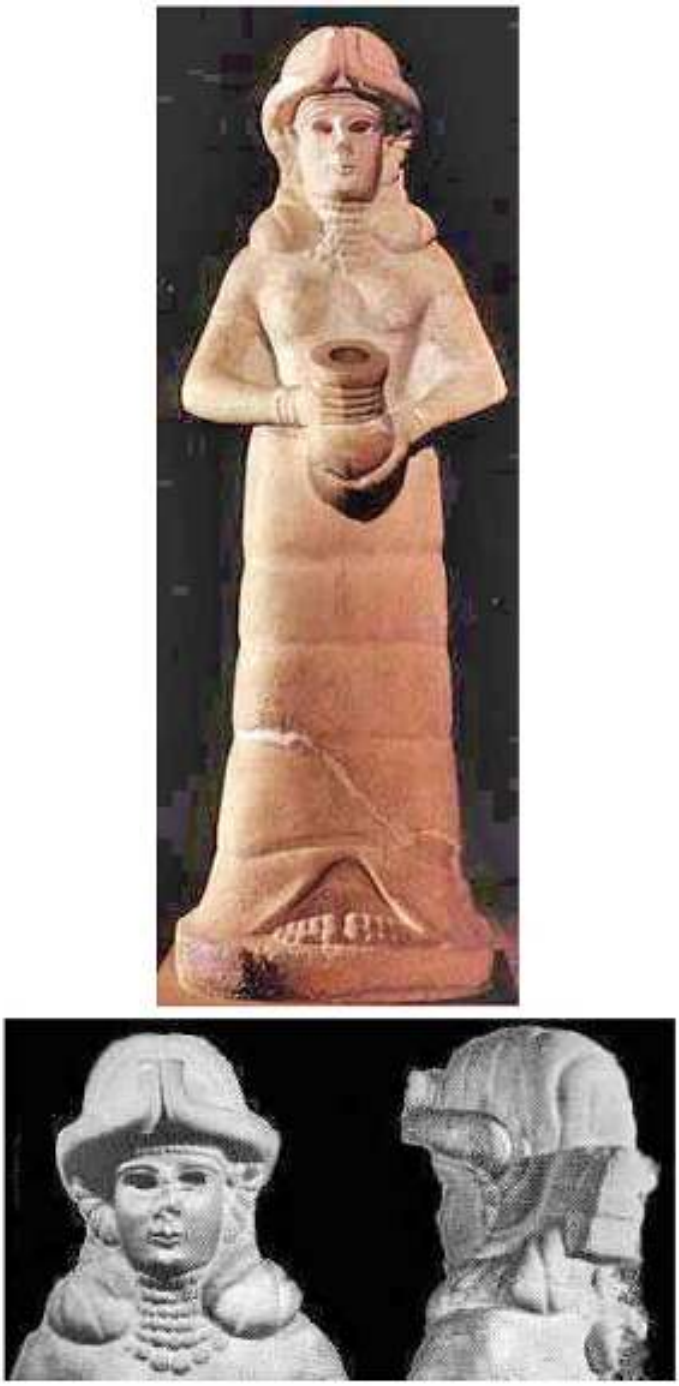


Fig. 60.

A diferencia de las tallas planas o de los bajorrelieves, esta representación tridimensional y a tamaño natural de la diosa revela interesantes rasgos de su atuendo. En la cabeza no lleva un sombrero de señora, sino un casco especial; sobresaliendo de él, a ambos lados, y adaptándose a las orejas, hay unos objetos que le recuerdan a uno los

auriculares de un piloto. En el cuello y sobre el pecho, la diosa lleva un collar de multitud de piedrecillas (probablemente preciosas); y en las manos sostiene un objeto cilíndrico que parece demasiado grueso y pesado como para ser un recipiente de agua.

Sobre una blusa semitransparente, dos correas le cruzan el pecho, llevando a la espalda, y sosteniendo en su lugar, una extraña caja de forma rectangular. La caja está estrechamente ceñida a la parte posterior del cuello de la diosa, firmemente sujeta al casco con una correa horizontal. Fuese lo que fuese lo que la caja llevase dentro, debió de ser algo pesado, pues el artilugio precisa del apoyo adicional de dos grandes hombreras. El peso de la caja debió de incrementarse con una manguera que está conectada a su base con una abrazadera circular. El equipo completo de instrumentos se sostiene en su lugar con la ayuda de dos series de correas que entrecruzan la espalda y el pecho de la diosa.

El paralelismo entre los siete objetos que necesitaba Inanna para sus viajes aéreos y el vestuario y los objetos que lleva la estatua de Mari (y, probablemente, también la otra mutilada que se encontró en el templo de Ishtar en Assur) es fácilmente demostrable. Vemos los «pendientes medidores» —los auriculares— en las orejas; las hileras o «cadenas» de piedrecillas alrededor del cuello; las «piedras gemelas» —las dos hombreras—, sobre los hombros; el «cilindro dorado» en las manos, y las correas que se entrecruzan en su pecho. Ciertamente, va vestida con una «vestimenta PALA» («vestimenta del soberano»), y en la cabeza lleva el casco SHU.GAR.RA, un término que, literalmente, significa «lo que hace ir lejos en el universo».

Todo esto nos sugiere que el atuendo de Inanna era el de un aeronauta o un astronauta.

El Antiguo Testamento llamaba a los «ángeles» del Señor malachim —literalmente, «emisarios», que llevaban los mensajes divinos y hacían cumplir los mandatos de Dios. Tal como se nos revela en multitud de casos, eran aviadores divinos: Jacob los vio subiendo una escalera celeste, a Agar (la concubina de Abraham) le hablaron desde el aire, y fueron ellos los que llevaron a cabo la destrucción aérea de Sodoma y Gomorra.

El relato bíblico de los sucesos que precedieron a la destrucción de las dos ciudades pecadoras ilustra el hecho de que estos emisarios eran, por una parte, antropomórficos en todos los aspectos, y, por otra, podían ser identificados como «ángeles» tan pronto se les observaba. Sabemos que su aparición era repentina. Abraham «levantó los ojos y, he aquí, que había tres individuos parados a su vera». Haciendo reverencias y diciéndoles «Mis Señores», les imploró, «no paséis de largo cerca de vuestro servidor», y los persuadió para que se lavaran los pies, descansaran y comieran.

Después de hacer lo que les pedía Abraham, dos de los ángeles (el tercer «hombre» resultó ser el mismo Señor) siguieron hasta Sodoma. Lot, el sobrino de Abraham, «estaba sentado a la puerta de Sodoma; al verlos, Lot se levantó a su encuentro y postrándose rostro en tierra, dijo: Ea, señores, por favor, desviaos hacia la casa de este servidor vuestro; hacéis noche, os laváis los pies y de madrugada seguís vuestro camino». Después, «él les preparó una comida, y comieron». Cuando la noticia de la llegada de los dos se difundió por la ciudad, «los sodomitas rodearon la casa, desde el mozo hasta el viejo, todo el pueblo sin excepción, llamaron a voces a Lot y le dijeron: ¿dónde están los hombres que han venido donde ti esta noche?».

¿Cómo eran estos hombres, que comían, bebían, dormían y se lavaban sus cansados pies, y que, no obstante, se les reconocía al instante como ángeles del Señor? La única explicación posible es que, lo que vestían —sus cascos o uniformes— o lo que portaban —sus armas—, les hacían reconocibles de inmediato. Ciertamente, es una posibilidad que llevaran unas armas muy características. Los dos «hombres» de Sodoma, a punto de ser linchados por la turba, «a los que estaban a la entrada de la casa les dejaron deslumbrados… y mal se vieron para encontrar la entrada». Y otro ángel, que en esta ocasión se le apareció a Gedeón, al haber sido elegido Juez en Israel, le dio una señal divina al tocar una roca con su bastón y hacer salir fuego de ella.

El equipo dirigido por Andrae aún descubrió otra representación atípica de Ishtar en su templo de Assur. Más como una escultura mural que como un relieve común, se veía a la diosa con un ajustado casco, con los «auriculares» extendidos, como si dispusieran de sus propias antenas planas, y llevando unas marcadas gafas que parecían formar parte del casco.

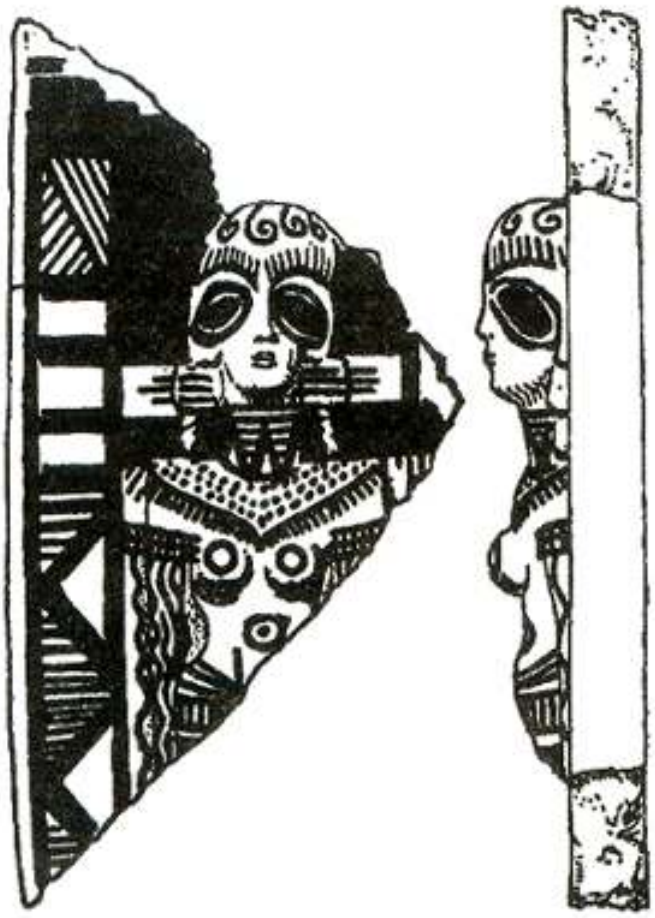


Fig. 61.

No hace falta decir que, cualquier hombre que viera a una persona —hombre o mujer— así vestida, se daría cuenta de inmediato de que se acababa de encontrar con un aeronauta divino.

Las figurillas de arcilla encontradas en lugares sumerios, y que se estima tienen 5000 años de antigüedad, bien podrían ser burdas representaciones de estos malachim con armas tipo varita mágica. En una de estas figurillas, se ve el rostro a través del visor del casco.

Fig. 62.

En otra, el «emisario» lleva el clásico tocado cónico divino y un uniforme tachonado de objetos circulares cuya función se desconoce.

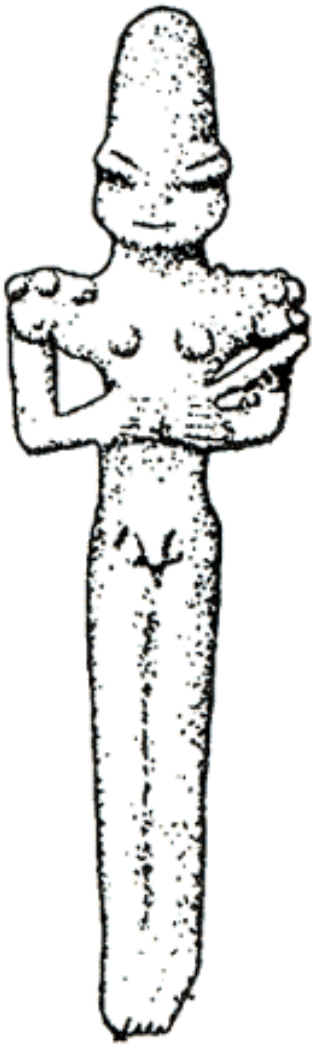


Fig. 63.

Los protectores oculares o «gafas» de las figurillas constituyen un detalle de lo más interesante, porque el Oriente Próximo del cuarto milenio a. C. estaba literalmente inundado de figurillas abarquilladas que representaban, de forma estilizada, la parte superior de las deidades, exagerando su rasgo más prominente: un casco cónico con visores o gafas elípticas.

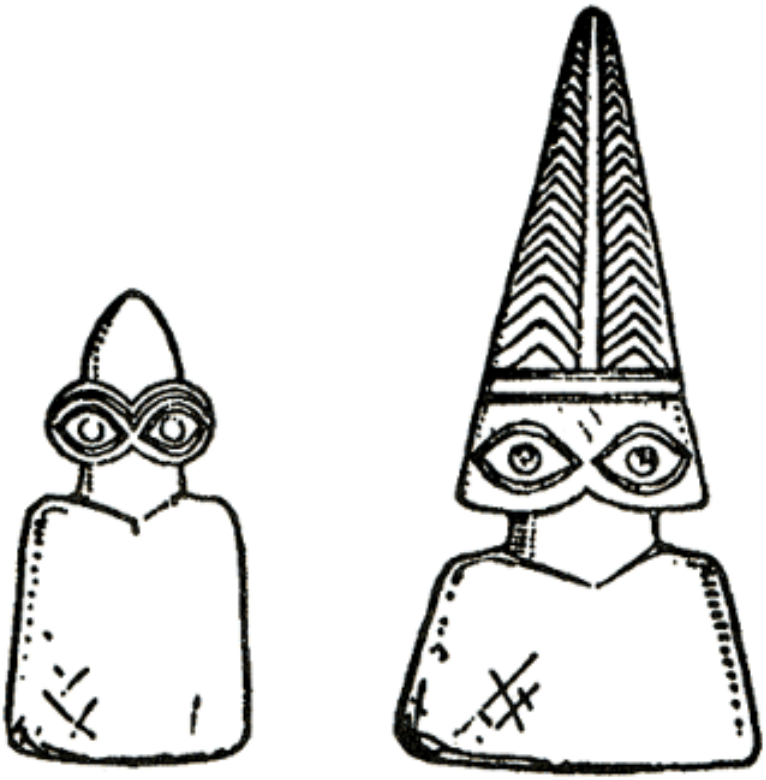


Fig. 64.

Se encontraron montones de figurillas como estas en Tell Brak, un lugar prehistórico situado a orillas del río Khabur, el río en cuyas riberas vio Ezequiel el carro divino milenios más tarde.

Indudablemente, no es una mera casualidad que los hititas, conectados con Sumer y Acad a través de la zona del Khabur, adoptaran como señal escrita para designar a los dioses el símbolo un préstamo claro de las figurillas «de los ojos». Tampoco resulta sorprendente que este símbolo o jeroglífico del «ser divino», expresado en estilos artísticos, llegara a dominar no sólo el arte de Asia Menor, sino también el de los primitivos griegos durante los períodos minoico y micénico.

Fig. 65.

Los textos antiguos indican que los dioses se ponían este atuendo especial no sólo para sus vuelos por los cielos terrestres, sino también para ascender a los distantes cielos. Hablando de sus ocasionales visitas a Anu en su Morada Celestial, la misma Inanna explicaba que podía llevar a cabo tales viajes porque «el mismo Enlil me abrochó el divino ME -atuendo- alrededor de mi cuerpo». En el texto, se citan las palabras de Enlil, que le dice a la diosa:

Has alzado los ME,
te has atado los ME a las manos,
te has ceñido los ME,
te has sujetado los ME al pecho…
Oh Reina de todos los ME, Oh luz radiante
que con la mano agarra los siete ME.

Un primitivo soberano sumerio, que fue invitado por los dioses para ascender a los cielos, recibió el nombre de EN.ME.DUR.AN.KI, que literalmente, significa «soberano cuyo "me" conecta Cielo y Tierra». Una inscripción de Nabucodonosor II, en la que se describe la reconstrucción de un pabellón especial para el «carro celeste» de Marduk, afirma que este formaba parte de la «casa fortificada de los siete me de Cielo y Tierra».

Los estudiosos tienen a los «me» por «objetos de poder divinos», sin embargo, literalmente, el término proviene del concepto de «nadar en las aguas celestiales». Inanna los describía como partes de la «vestimenta celestial» que ella se ponía para sus viajes en el Barco del Cielo. Así pues, los «me» eran partes del equipo especial que había que ponerse para volar por los cielos de la Tierra, así como por el espacio exterior.

En la leyenda griega de Ícaro, este intenta volar sujetando con cera unas alas a su cuerpo. Las evidencias del Próximo Oriente de la antigüedad muestran que, aunque quizás se representase a los dioses con alas para indicar sus capacidades voladoras —o, quizás, a veces, con uniformes alados—, nunca se pretendió decir con ello que usaran alas sujetas al cuerpo para volar. Más bien utilizaban vehículos en estos viajes.

El Antiguo Testamento nos cuenta que una noche en la que el Patriarca Jacob estaba en un campo de las cercanías de Jarán, este vio «una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos», en la que «los ángeles del

Señor» estaban muy ocupados subiendo y bajando. El mismo Señor estaba de pie en la cima de la escalera. Y el pasmado Jacob, «asustado, dijo»:

Así pues, un Dios está presente en este lugar,
y yo no lo sabía…
¡Qué temible es este lugar!
Ciertamente, esto no es otra cosa sino la Morada del Señor
y esta es la Puerta del Cielo.

En este relato hay dos puntos interesantes. El primero consiste en que los seres divinos que suben y bajan por esta «Puerta del Cielo» lo hacían utilizando un dispositivo mecánico: una «escalera». El segundo es que la visión toma a Jacob totalmente por sorpresa. La «Morada del Señor», la «escalera» y los «ángeles del Señor» que la utilizan no estaban allí cuando Jacob se echó a dormir en el campo. Tuvo la temible «visión» de repente. Y, por la mañana, la «Morada», la «escalera» y sus ocupantes se habían ido.

Podríamos llegar a la conclusión de que el equipo utilizado por los seres divinos era una especie de nave que podía aparecer sobre un lugar, cernerse por un rato y desaparecer de la vista una vez más.

El Antiguo Testamento nos informa también que el profeta Elías no murió en la Tierra, sino que «subió al Cielo en un Torbellino». Éste no fue un suceso repentino e inesperado: la ascensión de Elías a los cielos estaba prevista. Se le dijo que fuera a Beth-El («la casa del señor») un día determinado. Ya se habían difundido rumores entre sus discípulos al respecto de que estaba a punto de ser llevado a los cielos. Y, cuando le preguntaron a su discípulo más cercano si el rumor era cierto, este les confirmó que, de hecho, «el Señor arrebatará al Maestro hoy». Y después:

Apareció un carro de fuego,
y caballos de fuego…
Y Elías subió al Cielo
en un Torbellino.

Aún más famoso, y, ciertamente, mejor descrito, fue el carro celeste visto por el profeta Ezequiel, que vivió entre los deportados judíos de las riberas del río Khabur, en el norte de Mesopotamia.

Los Cielos se abrieron,
y yo vi las apariciones del Señor.

Lo que Ezequiel vio fue un ser de aspecto humano, envuelto en brillos y resplandor, sentado en un trono que descansaba sobre un «firmamento» de metal dentro del carro. El vehículo, que podía moverse en cualquier dirección con sus ruedas-dentro-de-ruedas y elevarse del suelo verticalmente, fue descrito por el profeta como un torbellino fulgurante.

Y vi
un Torbellino que venía desde el norte,
como una nube grande con destellos de fuego
y resplandores en torno.
Y dentro de él, en medio del fuego,
había un resplandor como el fulgor del halo.

En algunos estudios recientes sobre esta descripción bíblica (como el de Josef F. Blumrich, de la *Administración Nacional Aeronáutica y del Espacio de los Estados Unidos*, NASA), se ha llegado a la conclusión de que el «carro» que vio Ezequiel era una especie de helicóptero, compuesto de una cabina sobre cuatro ejes, cada uno equipado con alas rotatorias —es decir, un «torbellino».

Alrededor de dos milenios antes, cuando el soberano sumerio Gudea conmemoraba la construcción del templo de su dios, Ninurta, escribió que se le apareció «un hombre que brillaba como el Cielo… por el casco que llevaba en la cabeza, era un dios». Cuando Ninurta y dos acompañantes divinos se le aparecieron a Gudea, estaban de pie junto al «pájaro negro del viento divino» de Ninurta. Al final, resultó que el propósito principal para la construcción del templo fue el proporcionar una zona de seguridad, un recinto especial dentro de los terrenos del templo, para este «pájaro divino».

Gudea relató que, para la construcción de este recinto, se necesitaron enormes vigas y gigantescas piedras traídas de muy lejos, y la construcción del templo se dio por terminada sólo después de que el «pájaro divino» entrara en el recinto. Una vez allí, el «pájaro divino» «pudo agarrarse al cielo» y fue capaz de «reunir Cielo y Tierra». El objeto era tan importante —«sagrado»— que estaba permanentemente protegido por dos «armas divinas», el «cazador supremo» y el «asesino supremo» —armas que emitían rayos de luz y rayos que daban muerte.

La similitud entre las descripciones bíblicas y sumerias, tanto de los vehículos como de los seres en su interior, son obvias. La descripción de los

vehículos como de un «pájaro», un «pájaro de viento» y un «torbellino» que podía elevarse hacia el cielo mientras emitía un resplandor, no deja lugar a dudas de que se trataba de algún tipo de máquina voladora.

Unos murales enigmáticos descubiertos en Tell Ghassul, un lugar al este del Mar Muerto cuyo nombre antiguo nos resulta desconocido, pueden arrojar algo de luz sobre este tema. Estos murales, datados en los alrededores del 3500 a. C., representan una gran «brújula» de ocho puntas, la cabeza de una persona con casco dentro de una cámara con forma de campana y dos diseños de un aparato mecánico que bien podrían ser los «torbellinos» de la antigüedad.

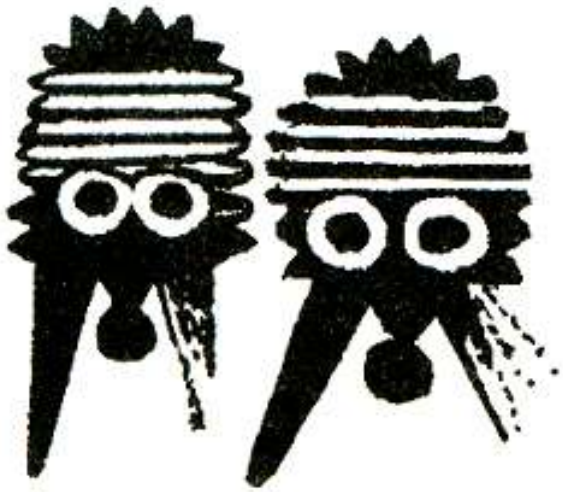


Fig. 66.

Los textos antiguos hablan también de algún vehículo utilizado para subir a los aeronautas a los cielos. Gudea afirmaba que, cuando el «pájaro divino» se elevaba para circundar las tierras, «hacía destellos sobre los ladrillos levantados». El recinto protegido era descrito como MU.NA.DA.TUR.TUR («lugar de descanso de piedra fuerte del MU»). Urukagina, que gobernó en Lagash, decía del «pájaro negro de viento divino»: «El MU que ilumina como un fuego alto y fuerte que hubiera hecho yo». De forma parecida, Lu-Utu, que gobernó en Umma en el tercer milenio a. C., construyó un lugar para un mu, «que sale en un fuego», para el dios Utu, «en el lugar señalado del interior de su templo».

El rey babilonio Nabucodonosor II, en sus anotaciones sobre la reconstrucción que hizo del recinto sagrado de Marduk, decía que dentro de los muros fortificados, hechos de ladrillo cocido y reluciente mármol ónice.

Levanté la cabeza del barco ID.GE.UL
el Carro principesco de Marduk;
El barco ZAG.MU.KU, cuya llegada se observa,
el viajero supremo entre Cielo y Tierra,
en medio del pabellón que yo construí,
apantallando sus costados.

ID.GE.UL, el primer epíteto empleado para describir a este «viajero supremo», o «Carro de Marduk», significa literalmente «alto hasta el cielo, brillante en la noche». ZAG.MU.KU, el segundo epíteto utilizado para describir al vehículo —sin duda, un «barco» resguardado en un pabellón especial— significa «el brillante MU que es para ir lejos».

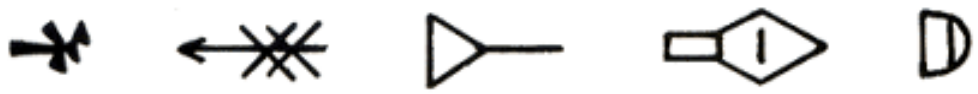
El que hubiera un mu —un objeto cónico con la parte superior ovalada — instalado de verdad en el interior del recinto sagrado de los templos de los Grandes Dioses del Cielo y de la Tierra es algo que, afortunadamente, se puede demostrar. En una antigua moneda encontrada en Biblos (la bíblica Gebal), en la costa mediterránea del actual Líbano, se representa el Gran Templo de Ishtar. Aunque aquí se muestra con la apariencia que tenía en el primer milenio a. C., los requisitos existentes para que los templos se construyeran y reconstruyeran en el mismo lugar y según el plano original hacen que lo que veamos ahora sean los elementos básicos del templo original de Biblos, diseñado milenios atrás.

La moneda retrata un templo con dos partes. En la parte frontal se encuentra la estructura principal del edificio, imponente con su pórtico columnado. Pero, detrás, hay un patio interior, o «zona sagrada», oculto y protegido por un enorme muro. Está claro que es una zona elevada, pues sólo se puede acceder a ella subiendo unas escaleras.

Fig. 67.

En el centro de esta zona sagrada hay como una plataforma que, por su entramado de vigas cruzadas, similar al de la Torre Eiffel, da la sensación de que fuera construida para soportar un gran peso. Y, de pie sobre la plataforma, se encuentra el objeto de toda esta seguridad y protección, un objeto que sólo puede ser un mu.

Como la mayoría de las palabras monosilábicas sumerias, mu tenía un significado principal; en el caso de mu, el significado era «aquello que se eleva recto». Entre sus treinta y tantos matices se incluyen los significados de «alturas», «fuego», «mandato», «período contado», así como (en tiempos posteriores) «aquello por lo cual se le recuerda a uno». Si, desde las estilizaciones asirias y babilonias del signo escrito de mu, nos remontamos hasta sus pictografías originales sumerias, nos encontraremos con la siguiente evidencia gráfica:



Vemos, claramente, una cámara cónica, sola o con una sección más estrecha añadida. «Desde una cámara-en-el-cielo dorada te vigilaré», prometía Inanna al rey asirio. ¿Acaso era este mu la «cámara celestial»?

En un himno a Inanna/Ishtar y sus viajes en el Barco del Cielo se indica, con toda claridad, que el mu era el vehículo en el cual recorrían los dioses el cielo:

Dama del Cielo:
Ella se pone la Vestimenta del Cielo;
valientemente asciende hacia el Cielo.
Sobre todas las tierras pobladas
vuela en su MU.
Dama, que en su MU
en las alturas del Cielo aletea gozosa.
Sobre todos los lugares de descanso
vuela en su MU.

Existen evidencias que demuestran que la gente del Mediterráneo oriental había visto estos objetos similares a cohetes no sólo en algún templo, sino volando de verdad. En los glifos hititas, por ejemplo, se pueden ver, contra un fondo de cielos estrellados, misiles que cruzan, cohetes montados sobre rampas de lanzamiento, y hasta un dios en el interior de una cámara radiante.

Fig. 68.

El profesor H. Frankfort (*Cylinder Seáis*), en su demostración sobre el modo en que se difundió por todo el mundo antiguo el arte de la elaboración de sellos cilíndricos, así como los temas representados en ellos, reproduce el diseño de un sello encontrado en Creta y datado en el siglo XIII a. C. Los grabados del sello representan, con toda claridad, un cohete que cruza el cielo propulsado por llamas que salen por su parte trasera.

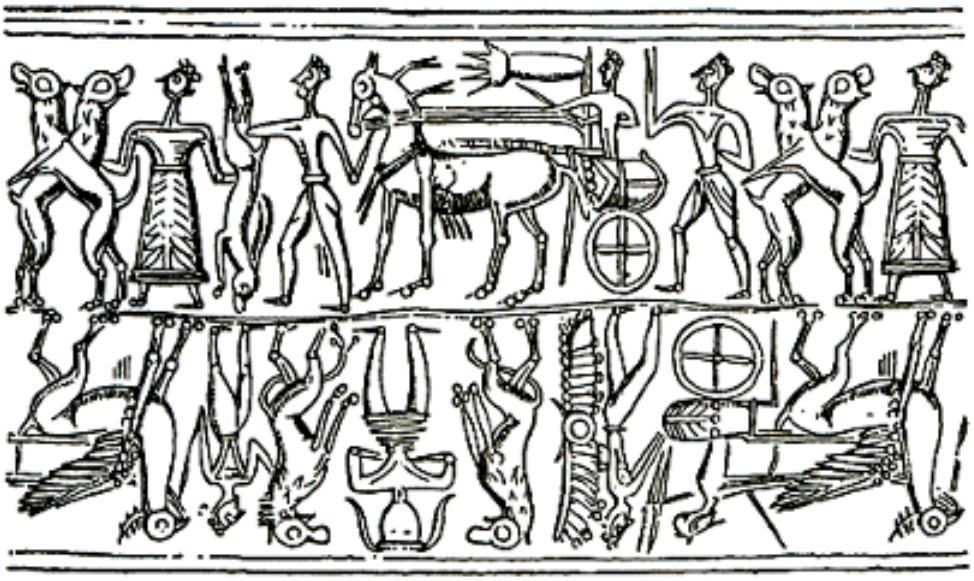


Fig. 69.

Los caballos alados, los animales entrecruzados, el globo celeste alado y la deidad con cuernos en su tocado son, todos ellos, conocidos temas mesopotámicos. Ciertamente, se puede aceptar que el cohete ígneo que aparece en el sello cretense era también un objeto familiar en todo el Oriente Próximo de la antigüedad.

De hecho, se puede ver un cohete con «alas» o aletas —alcanzable mediante una «escalera»— en una tablilla excavada en Gezer, una ciudad de la antigua Canaán, al oeste de Jerusalén. En la doble impresión del mismo sello se ve también un cohete descansando en el suelo, junto a una palmera. La naturaleza o el destino celeste de estos objetos viene confirmada por símbolos del Sol, la Luna y las constelaciones zodiacales que adornan el sello.

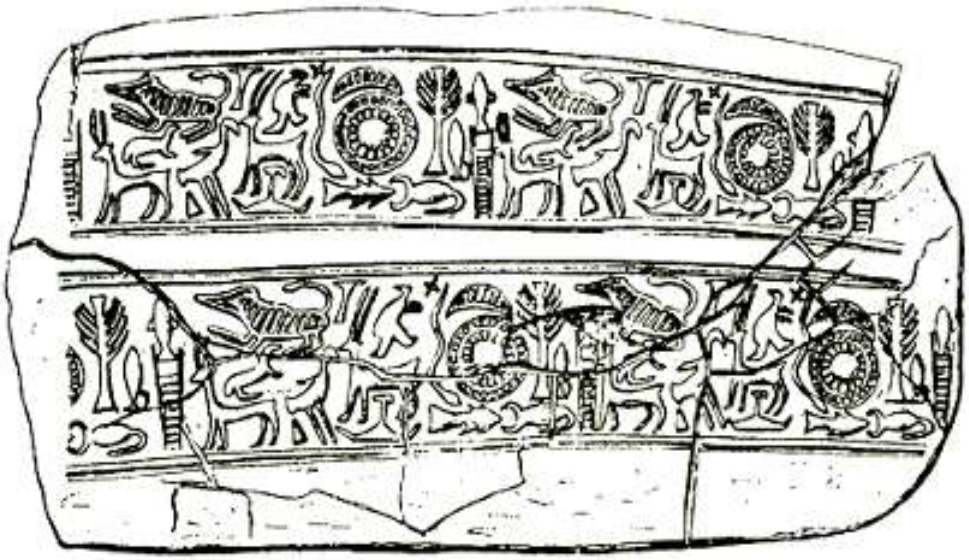


Fig. 70.

Los textos mesopotámicos en los que se habla de los recintos interiores de los templos, de los viajes celestes de los dioses o, incluso, de casos en los que algún mortal ascendió a los cielos, emplean el término sumerio mu o sus derivados semitas shu-mu («lo que es un mu»), sham o shem. Dado que el término tuvo también la connotación de «aquello por lo cual se le recuerda a uno», al final se le ha dado el significado de «nombre». Pero la aplicación universal de «nombre» a los textos más primitivos, en los que se habla de un objeto utilizado para volar, ha oscurecido el verdadero significado de los registros antiguos.

Así, G. A. Barton (*The Royal Inscriptions of Sumer and Akkad*) estableció la incuestionada traducción de la inscripción del templo de Gudea —que «Su MU abrazará las tierras, de horizonte a horizonte»— como «Su nombre cubrirá las tierras». En un himno a Ishkur, en el que se ensalza su «MU que despide rayos» que podían alcanzar las alturas del Cielo, se traduce asimismo: «Tu nombre es radiante, alcanza el cénit del Cielo». Sin embargo, teniendo la sensación de que mu o shem puede identificar a un objeto y no un «nombre», algunos estudiosos han tratado este término como un sufijo o fenómeno gramatical que no requiere traducción, y han optado por ignorarlo completamente.

No es demasiado difícil localizar la etimología del término, y la ruta por la cual la «cámara celeste» asumió el significado de «nombre». Se han

encontrado esculturas en las que se muestra a un dios dentro de una cámara con forma de cohete, como en este objeto antiquísimo (ahora en posesión del Museo de la Universidad de Filadelfia) donde la naturaleza celeste de la cámara viene confirmada por los doce globos que la decoran.

Fig. 71.

En muchos sellos se representa, del mismo modo, a un dios (a veces, dos) dentro de estas «cámaras divinas»; en la mayoría de los casos, estos dioses en el interior de sus óvalos sagrados eran representados como objetos de veneración.

Con el deseo de adorar a sus dioses en cualquier lugar, y no sólo en la «casa» oficial de cada deidad, los pueblos antiguos establecieron la costumbre de crear imitaciones del dios dentro de su divina «cámara celeste». En los sitios seleccionados se levantaron pilares de piedra

simulando la forma del vehículo oval, y se talló la imagen del dios en la piedra para indicar que estaba dentro del objeto.

Sólo era una cuestión de tiempo que reyes y gobernantes, relacionando estos pilares (llamados estelas) con la capacidad de ascender a la Morada Celeste, comenzaran a tallar sus propias imágenes en las estelas como una forma de asociarse a sí mismos con la Morada Eterna. Si no podían escapar al olvido físico, que al menos su «nombre» se recordara para siempre.

Fig. 72.

Y se puede apoyar la idea de que estos pilares de piedra conmemorativos pretendían simular a la nave celeste ígnea gracias al término por el cual se conocía en la antigüedad a estas estelas. Los sumerios las llamaban NA.RU («piedras que ascienden»). Los acadios, los babilonios

y los asirios las llamaban naru («objetos que despiden luz»). Los amurru las llamaron miras («objetos ígneos» —en hebreo, ner aún sigue significando un pilar que emite luz y, de ahí, su significado actual de «vela»—). En las lenguas indoeuropeas de los hurritas y los hititas, a las estelas se les llamaba hu-u-ashi («pájaro de fuego de piedra»).

Las referencias bíblicas indican cierta familiaridad con dos tipos de monumentos conmemorativos, el yad y el shem. El profeta Isaías transmitió a las sufrientes gentes de Judea la promesa del Señor de un futuro mejor y más seguro:

Y yo les daré,
en mi Casa y dentro de mis murallas,
un yad y un shem.

Si lo traducimos literalmente, lo que el Señor le estaría prometiendo a su pueblo sería la entrega de una «mano» y un «nombre». Afortunadamente, sin embargo, de los antiguos monumentos que reciben el nombre de yad y que todavía están en pie en Tierra Santa, sabemos que se les distinguía por tener la cúspide con forma piramidal. El shem, por otra parte, era un monumento con la cúspide oval. Ambos, parece evidente, comenzaron siendo simulaciones de la «cámara celeste», el vehículo que los dioses utilizaban para ascender a la Morada Eterna. De hecho, en el antiguo Egipto, los devotos peregrinaban a un templo de Heliópolis para ver y adorar el ben-ben, un objeto de forma piramidal en el que los dioses habían llegado a la Tierra en tiempos inmemoriales. Los faraones egipcios, cuando morían, pasaban por una ceremonia de «apertura de boca», en la cual se suponía que serían transportados por un yad similar o un shem hasta la divina Morada de la Vida Eterna.

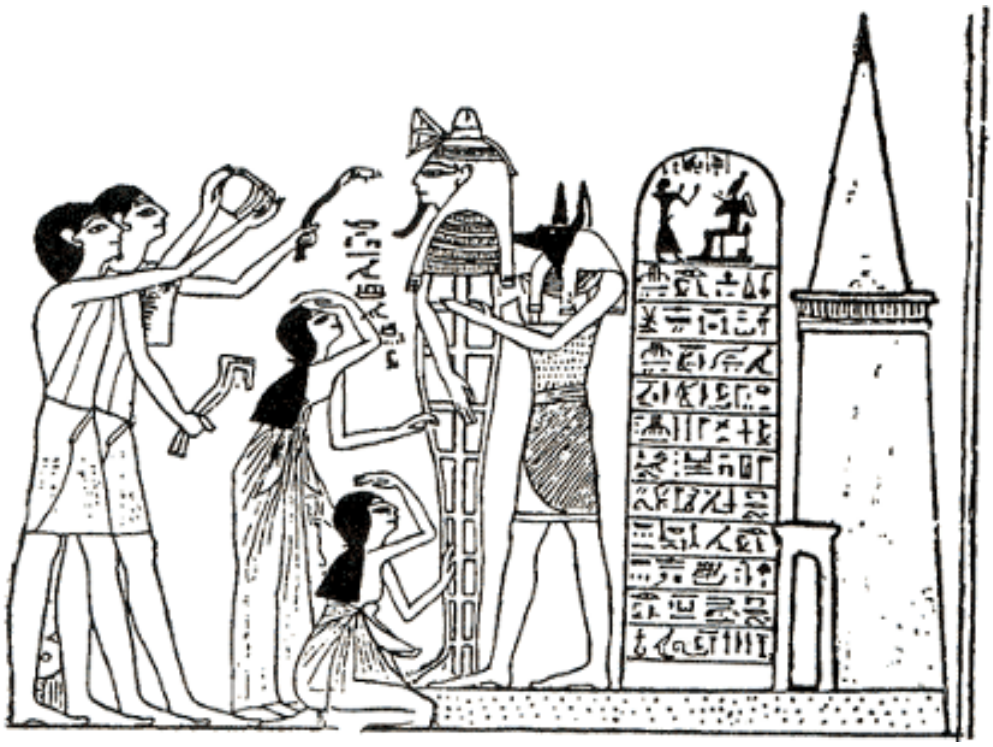


Fig. 73.

Los traductores bíblicos, al insistir en el empleo de «nombre» cada vez que se encuentran con *shem*, están ignorando un estudio que, con visión de futuro, publicó hace más de un siglo G. M. Redslob (en *Zeitschrift der Deutschen Morgenlandischen Gesellschafi*) en el cual señalaba, correctamente, que el término shem y el término sha-main («cielo») provienen de la raíz *shamah,* que significa «aquello que está hacia lo alto». Cuando en el Antiguo Testamento se dice que el rey David «hizo un shem» para conmemorar su victoria sobre los arameos, Redslob dice que el rey David no «hizo un nombre», sino que levantó un monumento que apuntaba hacia el cielo.

El darse cuenta de que, en muchos textos mesopotámicos, mu o *shem* no deben traducirse como «nombre» sino como «vehículo del cielo», permite abrir la puerta a la comprensión del verdadero significado de muchos relatos de la antigüedad, incluida la narración bíblica de la Torre de Babel.

El Libro del Génesis, en su capítulo 11, nos habla del empeño de los seres humanos de elevar un *shem*. El relato bíblico se nos ofrece con el lenguaje conciso (y preciso) de los hechos históricos, aunque generaciones de estudiosos y de traductores hayan pretendido darle al relato sólo un

significado alegórico, porque —tal como lo entendían— era un cuento que trataba del deseo de la Humanidad de «hacer un nombre». Con este enfoque se privó al relato de su verdadero significado, un significado basado en hechos reales. Nuestra conclusión en cuanto al verdadero significado de *shem* le da tanto sentido a la narración como debió tenerlo para las mismas gentes de la antigüedad.

El relato bíblico de la Torre de Babel trata de hechos que siguieron a la repoblación de la Tierra después del Diluvio, «al desplazarse la humanidad desde oriente, hallaron una vega en el país de Senaar, y allí se establecieron».

El País de Senaar es, como ya vimos, la Tierra de Sumer, en la vega que hay entre los dos ríos del sur de Mesopotamia. Y la gente, ya entendida en cuanto al arte de la elaboración de ladrillos y en el de la construcción de una civilización urbana, dijo:

«Vamos a edificarnos una ciudad,
y una torre cuya cúspide alcance los cielos;
y hagámonos un shem,
por si nos desperdigamos por toda la faz de la Tierra».

Pero los planes de estos humanos no eran del agrado de Dios.

Y el Señor bajó,
para ver la ciudad y la torre
que los Hijos de Adán habían erigido.
Y dijo: «He aquí
que todos son un pueblo con un mismo lenguaje
y esto es sólo el comienzo de sus empresas.
Ahora, nada de cuanto se propongan
les será imposible hacer».

Y el Señor dijo —a algunos colegas a los que el Antiguo Testamento no nombra:

«Ea, pues, bajemos,
y una vez allí confundamos su lenguaje,
para que no entienda cada cual el de su prójimo».
Y, desde allí, el Señor los desperdigó
por toda la faz de la Tierra,
y dejaron de edificar la ciudad.
Por eso se la llamó Babel,
porque allí embrolló el Señor la lengua de la Tierra.

La traducción tradicional de shem como «nombre» ha hecho que el relato resultará ininteligible durante generaciones. ¿Por qué los antiguos habitantes de Babel —Babilonia— se empeñaron en «hacerse un nombre»? ¿Por qué había que poner el «nombre» sobre «una torre cuya cúspide alcance los cielos»? ¿Y cómo el «hacerse un nombre» iba a contrarrestar los efectos de la dispersión de la Humanidad por toda la Tierra?

Si todo lo que aquellas gentes querían era hacerse (tal como explican los estudiosos) una «reputación», ¿por qué disgustó tanto este empeño al Señor? ¿Por qué la Deidad consideró el «hacerse un nombre» como una hazaña tras la cual «nada de cuanto se propongan les será imposible hacer»? Las explicaciones tradicionales son, indudablemente, insuficientes para aclarar por qué el Señor consideró necesario convocar a otras deidades que no se nombran para bajar y dar fin a este empeño humano.

Creemos que las respuestas a todas estas preguntas se hacen plausibles —incluso, obvias— si traducimos por «vehículo aéreo», en vez de «nombre», el término shem, que es la palabra empleada en el texto original hebreo de la Biblia. De este modo, el relato trataría de la preocupación de los seres humanos por no perder el contacto entre ellos a medida que las gentes se fueran esparciendo por la Tierra. Por esto decidieron construir un «vehículo aéreo» y levantar una torre de lanzamiento para este vehículo, con el fin de poder volar también ellos —como la diosa Ishtar, por ejemplo — en un mu «sobre todas las tierras pobladas».

Una parte del texto babilonio conocido como «La Epopeya de la Creación» cuenta que la primera «Puerta de los Dioses» la construyeron en Babilonia los mismos dioses. A los Anunnaki, los dioses de base, se les ordenó:

Construid la Puerta de los Dioses…
Que se elabore su enladrillado.
Su shem estará en el lugar designado.

Durante dos años, los Anunnaki trabajaron sin descanso —«aplicaron la herramienta… moldearon ladrillos»— hasta que «elevaron a las alturas la cúspide de Eshagila» («casa de los Grandes Dioses») y «construyeron la torre de la plataforma tan alta como el Alto Cielo».

Hubo cierto descaro por parte de la Humanidad al establecer su Propia torre de lanzamiento en un lugar utilizado originariamente por los dioses para este propósito, pues el nombre del lugar —Babili— significa literalmente «Puerta de los Dioses».

¿Existe alguna otra evidencia que corrobore el relato bíblico y nuestra interpretación de él?

El sacerdote e historiador babilonio Beroso, que en el siglo III a. C. compiló una historia de la Humanidad, dice que los «primeros habitantes de la tierra, regocijándose en su propia fortaleza… se propusieron levantar una torre cuya "cúspide" alcanzara el cielo». Pero los dioses y unos fuertes vientos la derrumbaron, «y los dioses introdujeron una gran diversidad de lenguas entre los hombres, que hasta aquel entonces hablaban todos el mismo lenguaje».

George Smith (*The Chaldean Account of Génesis*) encontró en los escritos del historiador griego Hesteo una reseña en la que se decía que, de acuerdo con «antiguas tradiciones», la gente que escapó al Diluvio llegó a Senaar en Babilonia, pero que fueron sacados de allí por una diversificación de lenguas. El historiador Alejandro Polihistor (siglo I a. C.) escribió que todos los hombres hablaban la misma lengua en un principio y que, después, algunos se propusieron levantar una enorme y noble torre con el fin de poder «trepar hasta el cielo», pero que el dios supremo confundió sus intenciones enviando un torbellino, y a cada tribu se le dio un lenguaje diferente. «La ciudad donde sucedió esto fue Babilonia».

En estos momentos, existen pocas dudas respecto al hecho de que los relatos bíblicos, así como las informaciones de historiadores griegos de hace 2000 años y de su predecesor Beroso, tengan todos un origen —sumerio— anterior. A. H. Sayce (*The Religion of the Babylonians*) dice que, en los fragmentos de una tablilla que hay en el Museo Británico, leyó «la versión babilonia de la construcción de la Torre de Babel». En todos los casos, el empeño por alcanzar los cielos y la subsiguiente confusión de lenguas son los elementos básicos de la versión. Existen otros textos sumerios que registran la deliberada confusión de la lengua del Hombre a cargo de un dios airado.

Presumiblemente, la Humanidad no poseía en aquel momento la tecnología necesaria para un proyecto aeroespacial de tal calibre; para ello, era esencial la guía y la colaboración de un dios entendido en el tema. ¿Hubo algún dios que desafiara a los demás ayudando a la Humanidad? En un sello sumerio se muestra una confrontación armada entre dioses, aparentemente, por la construcción humana de una torre plataforma.

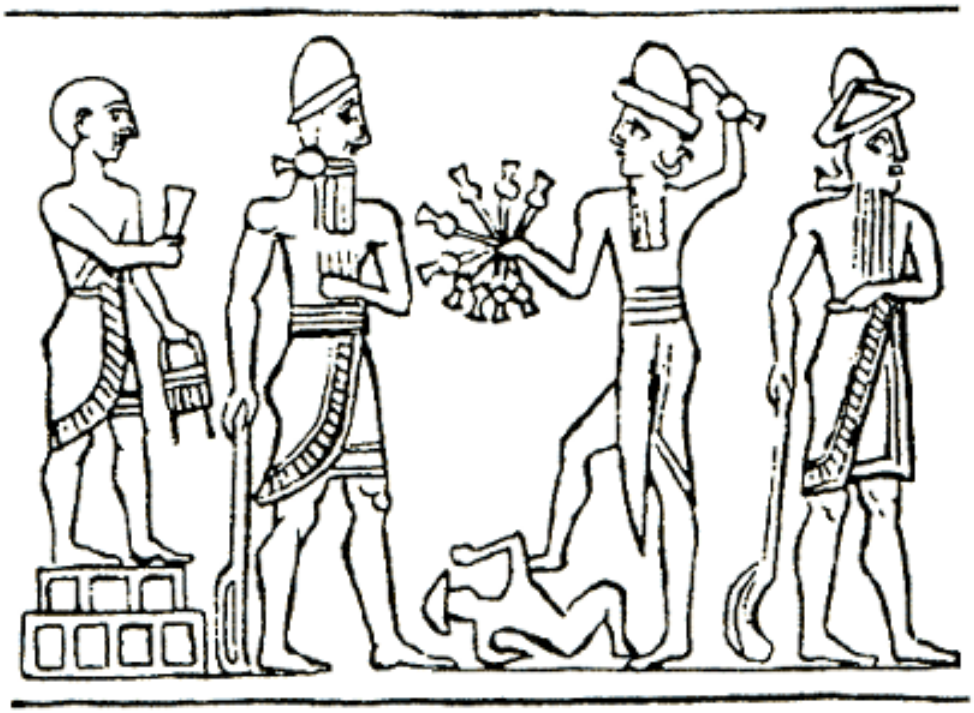


Fig. 74.

Una estela sumeria que se exhibe en el Louvre, en París, puede muy bien representar el incidente del que se habla en el Libro del Génesis. Fue erigida en los alrededores del 2300 a. C. por Naram-Sin, rey de Acad, y los expertos suponen que representa al victorioso rey sobre sus enemigos. Pero la gran figura central es la de una deidad y no la de un rey humano, pues lleva un casco adornado con cuernos, la marca de identidad exclusiva de los dioses. Además, esta figura central no parece ser el líder de los humanos, más pequeños en tamaño, sino que parece estar pasándoles por encima. Por su parte, los humanos no parecen estar metidos en ninguna actividad guerrera, sino que parecen estar marchando hacia, y adorando, el mismo objeto cónico grande sobre el cual tiene puesta su atención la deidad.

Armado con un arco y una lanza, la deidad parece ver el objeto más como algo amenazador que como un objeto de adoración.

Fig. 75.

El objeto cónico se muestra como alcanzando a tres cuerpos celestes. Por su tamaño, forma y propósito parece tratarse de un shem, por lo que la escena podría estar representando a un enfurecido dios, totalmente armado, atropellando a la gente que está celebrando la erección del shem.

Tanto los textos mesopotámicos como el relato bíblico ofrecen la misma moral: las máquinas voladoras son para los dioses y no para la Humanidad. Los hombres —afirman tanto los textos mesopotámicos como los bíblicos — podrían ascender a la Morada Celestial sólo bajo expreso deseo de los

dioses. Y precisamente en esto se basan muchos relatos de ascensos a los cielos e, incluso, de vuelos espaciales.

El Antiguo Testamento registra el ascenso a los cielos de varios seres mortales.

El primero fue Enoc, un patriarca antediluviano que entabló amistad con Dios y que «caminaba con el Señor». Fue el decimoséptimo patriarca en el linaje de Adán, además de bisabuelo de Noé, el héroe del Diluvio.

El quinto capítulo del Libro del Génesis hace una lista genealógica de todos estos patriarcas y dice las edades que tenían al morir, excepto en el caso de Enoc, que «desapareció porque Dios se lo llevó». Tanto por lo que se trasluce como por lo que dice la tradición, Dios se llevó a Enoc al cielo, para escapar de la muerte en la Tierra. El otro mortal fue el profeta Elías, que fue arrebatado de la Tierra y llevado al cielo en un «torbellino». Otra referencia en el Antiguo Testamento de un tercer mortal que visitó la Morada Divina y que fue dotado allí de una gran sabiduría. Se trata de un rey de Tiro (una ciudad fenicia de la costa oriental del Mediterráneo). En Ezequiel, 28 leemos que el Señor le encargó al profeta que le recordara al rey cómo, siendo perfecto y sabio, la Deidad le había permitido que fuera a ver a los dioses:

Fuiste moldeado según un plan,
lleno de sabiduría, perfecto en belleza.
Has estado en el Edén, el jardín de Dios;
toda suerte de piedras preciosas formaban tu manto…
Eras un Querubín ungido, protegido;
y yo te había puesto en el monte sagrado;
como un dios eras,
moviéndote entre las Piedras de Fuego.

Pronosticándole al rey de Tiro la muerte «de los incircuncisos» a manos de extranjeros, aun cuando les dijera «Soy un dios», el Señor pasa a explicarle a Ezequiel el motivo: después de haberle llevado a la Morada Divina y haberle dado acceso a toda clase de sabiduría y riquezas, su corazón «se hizo engreído», hizo un uso indebido de su sabiduría y profanó los templos.

Porque tu corazón se ha engreído, diciendo
«Soy un dios;
en la Morada de la Deidad me senté,

en mitad de las Aguas»;
Aunque eres un Hombre, no un dios,
equiparas tu corazón al de una Deidad.

Los textos sumerios hablan también de varios hombres que tuvieron el privilegio de ascender a los cielos. Uno fue Adapa el «hombre modelo» creado por Ea. A Adapa, Ea «le había dado sabiduría; la vida eterna no se la había dado». Con el transcurso de los años, Ea decidió evitar el fin mortal de Adapa proporcionándole un shem con el cual llegar a la Morada Celestial de Anu, para allí comer del Pan de la Vida y beber del Agua de la Vida. Cuando Adapa llegó a la Morada Celestial de Anu, este le exigió saber el nombre del que le había proporcionado el shem con el cual había llegado a este lugar celeste.

Existen varias pistas importantes, tanto en los relatos bíblicos como en los mesopotámicos, sobre los excepcionales ascensos de mortales a la Morada de los Dioses. Adapa, al igual que el rey de Tiro, fue hecho de un «molde» perfecto. Todos tenían que conseguir y emplear un shem —«piedra de fuego»— para llegar al celestial «Edén». Unos habían subido y habían vuelto a la Tierra; otros, como el héroe mesopotámico del Diluvio, se quedaron allí para disfrutar de la compañía de los dioses. Y fue para encontrar a este «Noé» mesopotámico, y para obtener de él el secreto del Árbol de la Vida, por lo que el Gilgamesh sumerio inició su aventura.

La inútil búsqueda del Árbol de la Vida por parte de un Hombre mortal es el tema de uno de los más largos y poderosos relatos épicos que la civilización sumeria legara a la cultura humana. Titulado por los eruditos modernos como «El Poema de Gilgamesh», este conmovedor relato trata del rey de Uruk, nacido de padre mortal y madre divina, a consecuencia de lo cual se le considera como «dos tercios de dios, un tercio humano», circunstancia que le induce a intentar escapar de la muerte, que era el destino de los mortales.

Gilgamesh se entera por la tradición de que uno de sus antepasados, Utnapistim —el héroe del Diluvio— había escapado de la muerte al ser llevado a la Morada Celestial junto con su esposa. Gilgamesh decide, entonces, encontrar ese lugar y obtener de su ancestro el secreto de la vida eterna.

Lo que definitivamente le impulsa a ir es lo que toma por una invitación de Anu. Los versos nos dejan ver algo así como una descripción de la caída a la Tierra de la fase usada de un cohete. Gilgamesh se lo escribe así a su madre, la diosa NIN.SUN:

Madre mía,
durante la noche me sentí contento
y me di un paseo entre mis nobles.
Las estrellas reunidas en los Cielos.
La obra de Anu descendió hacia mí.
Intenté levantarla; era demasiado pesada.
Intenté moverla; ¡moverla, no pude!
El pueblo de Uruk se reunió a su alrededor,
mientras los nobles besaban sus patas.
Cuando levanté la frente, ellos me apoyaron.
La elevé. A ti te la traigo.

La interpretación que hace la madre de Gilgamesh del incidente está mutilada en el texto y, por tanto, no queda clara. Pero, obviamente, la visión del objeto caído —«la obra de Anu»— anima a Gilgamesh a embarcarse en la aventura. En la introducción de este relato épico, el antiguo informador llama a Gilgamesh «el sabio, aquel que lo ha experimentado todo»:

Él ha visto cosas secretas,
conoce lo que está oculto al Hombre;
incluso trajo noticias
de un tiempo anterior al Diluvio.
Emprendió también el viaje distante,
fatigoso y lleno de dificultades;
Volvió, y grabó todos sus esfuerzos
en un pilar de piedra.

El «viaje distante» que Gilgamesh emprende no es otro que el viaje a la Morada de los Dioses, en el que le acompaña su camarada Enkidu. Su objetivo es el País de Tilmun pues allí Gilgamesh podría hacer ascender un shem para él. Las traducciones corrientes emplean el esperado «nombre» cada vez que aparece el sumerio mu o el acadio shumu en los antiguos textos; sin embargo, nosotros emplearemos shem, para que el verdadero significado del término —un «vehículo aéreo»— sobreviva:

El soberano Gilgamesh
dirigió su mente hacia el País de Tilmun.
Le dice a su compañero Enkidu:
«Oh, Enkidu…
Yo entraría en el País, haría subir a mi shem.

En los lugares donde los shem se elevan
yo elevaría mi shem».

Incapaz de disuadirle, tanto los ancianos de Uruk como los dioses a los que Gilgamesh consulta le aconsejan que consiga primero el consentimiento y la ayuda de Utu/Shamash. «Si entraras en el País, informa a Utu», le advierten. «El País está a cargo de Utu», le recalcan una y otra vez. Así advertido y aconsejado, Gilgamesh le suplica a Utu su permiso:

Déjame entrar en el País,
déjame que haga subir a mi shem.
En los lugares en los que los shem se elevan,
déjame elevar mi shem…
Llévame al lugar del desembarco en…
¡Pon sobre mí tu protección!

Una desgraciada fractura en la tablilla nos deja sin saber la situación del «lugar del desembarco». Pero, fuese donde fuese, Gilgamesh y su compañero alcanzan por fin sus inmediaciones. Era una «zona restringida», protegida por temibles guardianes. Cansados y con sueño, los dos amigos deciden descansar por la noche antes de continuar.

Tan pronto les vence el sueño, algo les sacude y les despierta de nuevo. «¿Me has despertado tú?», le pregunta Gilgamesh a su camarada. «¿Estoy despierto?» se pregunta, pues está presenciando algo inusual, algo tan impresionante que le hace preguntarse si está despierto o soñando. Entonces, Gilgamesh le dice a Enkidu:

En mi sueño, amigo mío, la tierra de arriba se vino abajo.
Me echó abajo, y me atrapó los pies…
¡El resplandor era irresistible!
Apareció un hombre;
el más perfecto de la tierra era él.
Su gracia…
De debajo de la tierra caída me sacó.
Me dio agua para beber; tranquilizó mi corazón.

¿Quién era este hombre, «el más perfecto de la tierra», que sacó a Gilgamesh de debajo de la tierra desprendida, que le dio agua y que «tranquilizó su corazón»? ¿Y qué era el «resplandor irresistible» que acompañó al inexplicable desprendimiento de tierra? Inseguro y confundido, Gilgamesh se duerme de nuevo, pero no por mucho tiempo.

En mitad de la noche su sueño se cortó.
Se incorporó, diciéndole a su amigo:
«Amigo mío, ¿me has llamado?
¿Por qué estoy despierto?
¿No me has tocado?
¿Por qué estoy asustado?
¿No habrá pasado algún dios?
¿Por qué tengo la carne entumecida?».

Así, volviéndose a despertar misteriosamente, Gilgamesh se pregunta quién le ha tocado. Si no ha sido su camarada, ¿habrá sido «algún dios» que pasaba? Una vez más, Gilgamesh se adormece, sólo para ser despertado por tercera vez. Y así le describe a su amigo la pavorosa aparición.

¡La visión que tuve fue absolutamente aterradora!
Los cielos gritaron, la tierra tronó;
Se fue la luz del día, llegó la oscuridad.
Un relámpago brilló, una llama se encendió.
Las nubes se hincharon, ¡llovió muerte!
Después, el fulgor se desvaneció; el fuego se apagó.
Y todo lo que había caído se había convertido en cenizas.

No hace falta demasiada imaginación para ver en estos pocos versos el antiguo relato de alguien que había presenciado el lanzamiento de un cohete. En primer lugar, el tremendo golpe seco de la ignición de los motores del cohete («los cielos gritaron»), acompañado por una fuerte sacudida de la tierra («la tierra tronó»). Nubes de humo y polvo envuelven el lugar del lanzamiento («se fue la luz del día, llegó la oscuridad»), para, después, entreverse el brillo de los motores encendidos («un relámpago brilló») y «encenderse una llama», a medida que el cohete empieza a subir en dirección al cielo. La nube de polvo y cenizas se «hincha» en todas direcciones para, después, caer («¡llovió muerte!»). Más tarde, el cohete se eleva en las alturas, como un rayo hacia el cielo («el fulgor se desvaneció, el fuego se apagó»). La nave desaparece ante su vista, y los restos «que habían caído se habían convertido en cenizas».

Sobrecogido por lo que había visto, y, pese a todo, decidido a alcanzar su destino, Gilgamesh apela una vez más a Shamash en busca de protección y de apoyo. Tras vencer a un «monstruoso guardián», llega a la montaña de Mashu, donde se puede ver a Shamash «elevarse hasta la bóveda del Cielo». Se encuentra ya cerca de su primer objetivo —el «lugar donde los

shem ascienden». Pero la entrada al lugar, que, al parecer, está en el interior de la montaña, está vigilada por feroces guardianes:

Su terror es pavoroso, en sus miradas está la muerte.
Con sus trémulas luces barren las montañas.
Vigilan Shamash,
cada vez que asciende y desciende.

El dibujo de un sello en el que se ve a Gilgamesh (el segundo por la izquierda) y a su compañero Enkidu (en el extremo derecho), parece representar la intercesión de un dios con uno de los guardianes de aspecto robótico, que quizás eran los que barrían la zona con luz y emitían rayos de muerte.

Fig. 76.

Esta descripción nos trae a la memoria la afirmación que aparece en el Libro del Génesis y que dice que Dios puso «la espada que gira» en la entrada del Jardín del Edén, para impedir el acceso a los humanos.

Cuando Gilgamesh explica sus orígenes parcialmente divinos, el propósito de su viaje («Acerca de la muerte y de la vida le quiero preguntar a Utnapistim») y el hecho de que lo realiza con el consentimiento de Utu/Shamash, los guardianes le permiten seguir adelante. Avanzando «a lo largo de la ruta de Shamash», Gilgamesh se encuentra en la más absoluta oscuridad; «sin ver nada delante ni detrás», grita asustado. Viajando durante muchos beru (una unidad de tiempo, distancia, o el arco de los cielos), sigue sumido en la oscuridad. Pero, al fin, «creció la luminosidad cuando alcanzó doce beru».

El texto, maltrecho y desdibujado, prosigue con la llegada de Gilgamesh a un magnífico jardín donde las frutas y los árboles tienen incrustadas piedras semipreciosas. Es ahí donde vive Utnapistim. Al plantearle el problema a su antepasado, Gilgamesh se encuentra con una respuesta decepcionante: el Hombre, dice Utnapistim, no puede escapar a su destino mortal. Sin embargo, le ofrece a Gilgamesh una forma de posponer la muerte, al revelarle dónde encontrar la Planta de la Juventud —«el Hombre se hace joven en la ancianidad», es su nombre. Triunfante, Gilgamesh obtiene la planta, pero, tal como lo quiere el destino, la pierde tontamente en su viaje de vuelta, y regresa a Uruk con las manos vacías.

Dejando a un lado los valores literarios y filosóficos de este relato épico, la historia de Gilgamesh nos interesa principalmente por sus aspectos «aeroespaciales». El shem que Gilgamesh necesitaba para llegar a la Morada de los Dioses era, indudablemente, una nave espacial, uno de cuyos lanzamientos tuvo ocasión de presenciar cuando se acercaba al «lugar de desembarco». Parece ser que estos cohetes estaban situados en el interior de una montaña, y los alrededores, bien vigilados, dan la impresión de ser una zona restringida.

Hasta ahora no ha salido a la luz ninguna representación gráfica de lo que vio Gilgamesh, pero, en un dibujo encontrado en la tumba de un gobernador egipcio de un lejano país, se puede ver la cabeza de un cohete por encima del suelo en un lugar donde crecen palmeras. El cuerpo del cohete está claramente almacenado bajo tierra, en un silo hecho por el hombre con segmentos tubulares y decorado con pieles de leopardo.

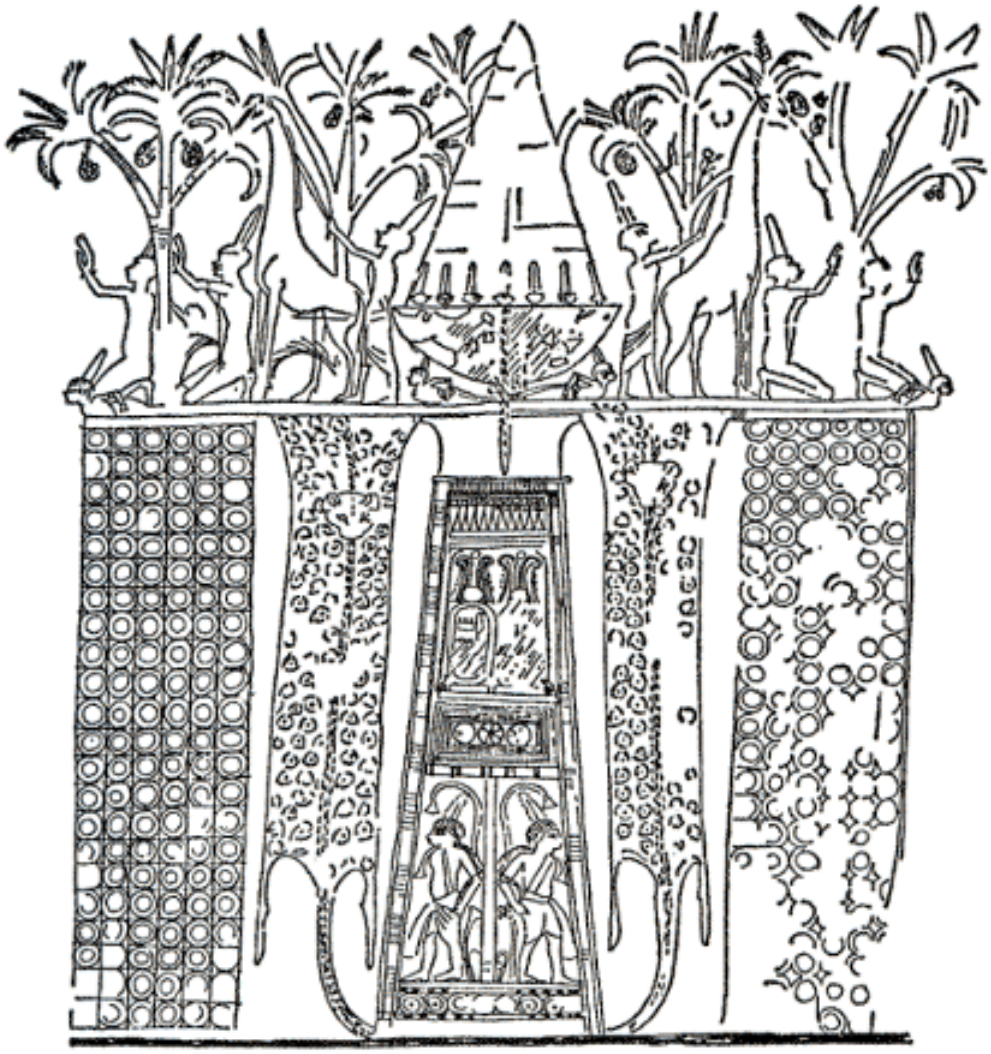


Fig. 77.

En un estilo muy similar al de los modernos delineantes, los antiguos artistas nos muestran una sección transversal del silo subterráneo. Podemos ver que el cohete tiene varios compartimentos. En el de abajo, se ve a dos hombres rodeados de tubos curvos. Por encima de ellos, hay tres paneles circulares. Comparando el tamaño de la cabeza del cohete —el ben-ben— con el de los dos hombres que hay en su interior y con la gente que hay en la superficie, es evidente que la cabeza del cohete —equivalente al sumerio mu, la «cámara celeste»— podía albergar fácilmente a uno o dos operadores o pasajeros.

TIL.MUN era el nombre del país al cual se dirigió Gilgamesh. Este nombre significa, literalmente, «país de los misiles». Era el país donde los

shem ascendían, un país bajo la autoridad de Utu/ Shamash, un lugar donde uno podía ver a este dios «ascender a la bóveda de los cielos».

Y, aunque el homólogo celeste de este miembro del Panteón de Doce fuera el Sol, sugerimos que este nombre no significa realmente «Sol», sino que era un epíteto que describía sus funciones y responsabilidades. Su nombre sumerio, Utu, significaba «el que entra con fulgor». Su nombre acadio derivado —Shem-Esh— era más explícito: Esh significa «fuego», y ya sabemos lo que significaba en sus orígenes shem.

Utu/Shamash era «el de las naves de fuego». Era él, nos atrevemos a sugerir, el comandante del espacio-puerto de los dioses.

La jefatura de Utu/Shamash en materia de viajes a la Morada Celeste de los Dioses, y las funciones llevadas a cabo por sus subordinados en conexión con ello, se revelan con mayor detalle aún en otro relato sumerio sobre el viaje de un mortal al cielo.

La lista de reyes sumerios nos dice que el decimotercer soberano de Kis fue Etana, «el que ascendió al Cielo». Esta afirmación no necesitaba demasiadas explicaciones, pues el relato del rey mortal que viajó a los cielos era bien conocido en todo el Oriente Próximo de la antigüedad y fue motivo de numerosas representaciones en sellos.

Se nos cuenta que Etana fue designado por los dioses para traer a la Humanidad la seguridad y la prosperidad que la Realeza —una civilización organizada— pretendía proporcionar. Pero parece ser que Etana no podía tener un hijo que diera continuidad a la dinastía. El único remedio conocido era cierta Planta del Nacimiento que Etana podría obtener sólo si se la bajaba de los cielos.

Como Gilgamesh tiempo después, Etana recurrió a Shamash en busca de permiso y ayuda, y, tal como se desarrolla el relato, queda claro que Etana ¡estaba pidiéndole a Shamash un shem!

¡Oh, Señor, que tu boca lo ordene!
¡Concédeme la Planta del Nacimiento!
¡Muéstrame la Planta del Nacimiento!
¡Quítame esta incapacidad!
¡Haz para mí un shem!

Halagado por la oración y cebado con el cordero sacrificial, Shamash le concedió a Etana el shem. Pero, en vez de hablar de un shem, Shamash le dice a Etana que un «águila» le llevará al deseado lugar celeste.

Tras indicar a Etana el camino hasta el foso donde estaba situada el Águila, Shamash le explicó a esta por anticipado la misión pretendida. Intercambiando mensajes crípticos con «Shamash, su señor», el Águila recibió las instrucciones: «Te enviaré a un hombre; se cogerá de tu mano… llévalo aquí… haz todo lo que él te diga… haz lo que te he dicho».

Al llegar a la montaña que le había indicado Shamash, «Etana vio el foso», y, dentro de él, «había un Águila». «Siguiendo las órdenes del valeroso Shamash», el Águila entró en comunicación con Etana. Una vez más, este explicó su propósito y su destino, tras lo cual, el Águila dio instrucciones a Etana sobre el procedimiento para «sacar al Águila de su foso». Los dos primeros intentos resultaron fallidos, pero, al tercero, el Águila fue exitosamente elevada. Al amanecer, el Águila le anunció a Etana: «¡Amigo mío… hasta el Cielo de Anu te voy a llevar!», y, explicándole cómo agarrarse, despegó y se elevó hasta las alturas con rapidez.

Como si se tratara del informe de un moderno astronauta viendo alejarse a la Tierra a medida que su cohete se eleva, el antiguo narrador dice que la Tierra se hacía cada vez más pequeña para Etana:

Cuando lo había subido a lo alto un beru,
el Águila le dijo a Etana:
«¡Mira, amigo mío, lo que parece la tierra!
Mira al mar, a los lados de la Casa Montaña:
la tierra se ha convertido en una simple colina,
el ancho mar es como una bañera».

Cuanto más ascendía el Águila, más pequeña parecía la Tierra. Cuando llegaron al segundo beru, el Águila dijo:

«¡Amigo mío,
echa un vistazo y observa la tierra!
La tierra se ha convertido en un surco…
El ancho mar es como un cesto de pan»…
Cuando lo subió al tercer beru,
el Águila le dijo a Etana:
«¡Mira, amigo mío, lo que parece la tierra!
¡La tierra se ha convertido en la zanja de un jardinero!».

Y, entonces, mientras seguían ascendiendo, la Tierra desapareció súbitamente de la vista.

Cuando miré a mi alrededor, la tierra había desaparecido,
y mis ojos ya no podían recrearse en el ancho mar.

Según una versión de este relato, el Águila y Etana llegaron al Cielo de Anu. Pero otra versión afirma que a Etana se le enfriaron los pies cuando dejo de ver la Tierra, y ordenó al Águila que diera la vuelta y se «zambullera» en la Tierra.

Una vez más, nos encontramos con un paralelo bíblico a tan inusual relato de ver la Tierra desde una gran altura. Ensalzando al Señor Yahveh, el profeta Isaías decía de él: «Es él el que se sienta sobre el círculo de la Tierra, y sus habitantes son como insectos».

El relato de Etana nos dice que, buscando un shem, Etana tuvo que comunicarse con un Águila en el interior de un foso. El grabado de un sello nos muestra una estructura alta, con alas (¿una torre de lanzamiento?) desde encima de la cual se eleva un águila.

Fig. 78.

¿Qué o quién era el Águila que llevó a Etana a los distantes cielos?

No podemos evitar asociar el antiguo texto con el mensaje enviado a la Tierra por Neil Armstrong, comandante de la nave espacial Apolo 11, en Julio de 1969: «¡Houston! Aquí Base Tranquilidad. ¡El Águila ha alunizado!».

Estaba informando del primer aterrizaje del Hombre en la Luna. «Base Tranquilidad» era el lugar del alunizaje; Águila era el nombre del módulo lunar que se separó de la nave espacial y llevó a los dos astronautas a la Luna (para luego volver a la nave madre). Cuando el módulo lunar se separó para volar por sí mismo en la órbita lunar, los astronautas informaron al Control de la Misión en Houston con estas palabras: «El Águila tiene alas».

Pero «Águila» también podía designar a los astronautas que tripulaban la nave espacial. En la misión Apolo 11, «Águila» era también el símbolo de los astronautas, que lo llevaban como emblema en sus trajes espaciales. Al igual que en el relato de Etana, ellos también eran «Águilas» que podían volar, hablar y comunicarse.

Fig. 79.

¿Cómo hubiera representado un artista de la antigüedad a los pilotos de las naves celestes de los dioses? ¿Los habría representado, por casualidad, como águilas?

Eso es exactamente lo que hemos descubierto. ¡El grabado de un sello asirio de alrededor del 1500 a. C. muestra a dos «hombres-águila» saludando a un shem!

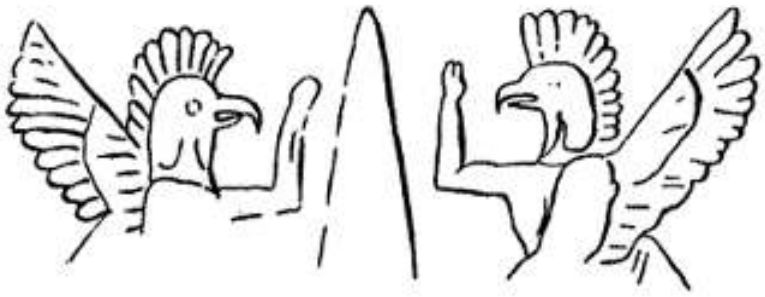


Fig. 80.

Se han encontrado numerosas representaciones de tales «Águilas» —los estudiosos les llaman «hombres-pájaro». En la mayoría de ellas se les muestra flanqueando el Árbol de la Vida, como para recalcar que ellos, con sus shem, establecen el vínculo con la Morada Celeste donde se encuentran el Pan de la Vida y el Agua de la Vida. De hecho, en la representación más común, se ve a las Águilas sosteniendo el Fruto de la Vida en una mano y, en la otra, el Agua de la Vida, en plena conformidad con los relatos de Adapa, Etana y Gilgamesh.

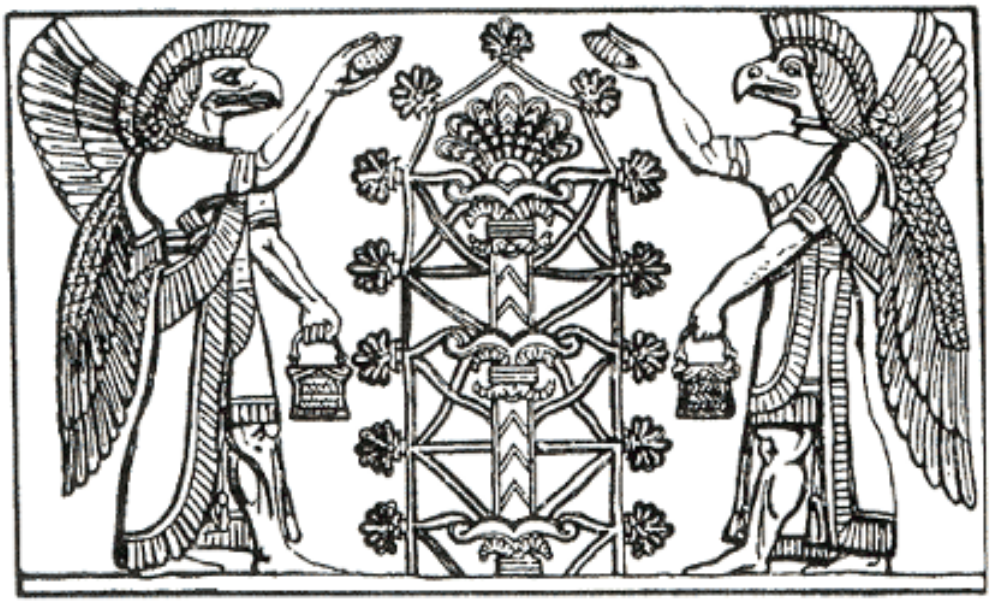


Fig. 81.

La mayoría de las representaciones de estas Águilas muestran, con toda claridad, que no eran monstruosos «hombres-pájaro», sino seres

antropomórficos que llevaban trajes o uniformes que les daban la apariencia de águilas.

En un relato hitita donde se habla de la desaparición del dios Telepinu, se nos dice que «los grandes dioses y los dioses menores se pusieron a buscar a Telepinu» y que «Shamash envió a una veloz Águila» para encontrarlo.

En el Libro del Éxodo, se dice que Dios les recordó a los Hijos e Israel, «Os he llevado sobre las alas de las Águilas, y os he traído hasta mí», confirmando, por lo que parece, que la forma de llegar a la Morada Divina era sobre las alas de Águilas —justo lo mismo que se dice en la narración de Etana.

En realidad, numerosos versículos bíblicos describen a la Deidad como a un ser alado. Booz le dio la bienvenida a Rut en la comunidad de Judea por «venir bajo las alas» del Dios Yahveh. El salmista buscaba seguridad «bajo la sombra de tus alas» y describía el descenso del Señor desde los cielos. «Montó en un querubín y se fue volando; Él remontó el vuelo sobre ventosas alas». Analizando las similitudes entre el bíblico El (empleado como título o término genérico de Deidad) y el cananeo El, S. Langdon (*Semitic Mythology*) demostró que a ambos se les representaba, tanto en los textos como en las monedas, como dioses alados.

Los textos mesopotámicos presentan invariablemente a Utu/Shamash como al dios que está a cargo del lugar de aterrizaje de los shem y de las Águilas. Y, al igual que a sus subordinados, se le muestra a veces llevando todos los elementos del traje de un Águila.

Fig. 82.

En calidad de responsable de los shem, es él el que podía conceder a los reyes el privilegio de «volar sobre las alas de los pájaros» y de «elevarse desde los cielos inferiores a los superiores». Y cuando se le lanzaba a las alturas en un cohete ígneo, era él «el que se desplazaba a distancias ignotas, por innumerables horas». No en vano, «su red era la Tierra, su cepo los cielos distantes».

La terminología sumeria para los objetos relacionados con el viaje celeste no se limitaba a los me que los dioses se ponían o a los mu, sus «carros» de forma cónica.

En unos textos sumerios que describen Sippar se cuenta que había una parte central, oculta y protegida por poderosos muros, en cuyo interior se levantaba el Templo de Utu, «una casa que es como una casa de los Cielos». En un patio interior de este templo, protegido también por altos muros, estaba «erguido hacia arriba, el poderoso APIN» («un objeto que surca», según los traductores).

En un dibujo encontrado en el montículo del templo de Anu en Uruk se ve uno de estos objetos. Hace unas cuantas décadas, habría sido difícil adivinar lo que era este objeto, pero, ahora, podemos reconocer en él un cohete espacial de varias etapas en cuya cúspide descansa el cónico mu o cabina de mando.

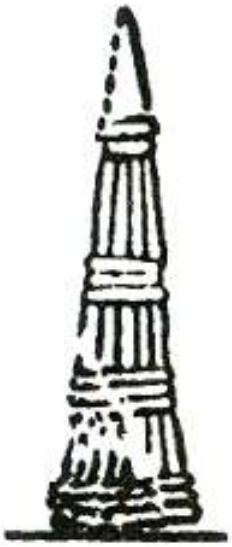


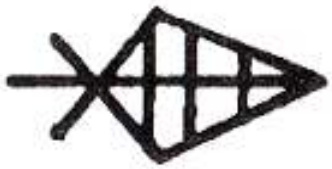
Fig. 83.

Las pruebas de que los dioses de Sumer poseían no sólo «cámaras voladoras» para recorrer los cielos de la Tierra sino también cohetes de varias etapas para ir al espacio, emergen del examen de los textos donde se describen los objetos sagrados del templo de Utu en Sippar. Se nos cuenta que a los testigos del tribunal supremo de Sumer se les hacía prestar juramento en un patio interior, junto a un pórtico a través del cual podían ver y enfrentarse a tres «objetos divinos», que tenían por nombres «la esfera dorada» (¿la cabina de la tripulación?), el GIR y el alikmahrati —un término que, literalmente, significaba «impulsor que hace ir a los navíos», o lo que nosotros llamaríamos «motor».

Lo que nos encontramos aquí es una referencia a un cohete de tres partes, con la cabina o módulo de comando en el extremo superior, los motores en el extremo inferior y el gir en el centro. Éste último es un término que se ha utilizado ampliamente en relación con el vuelo espacial.

A los guardianes que se encontró Gilgamesh en la entrada del sitio de aterrizaje de Shamash se les llamaba hombres-gir. En el templo de Ninurta, la zona interior sagrada o más vigilada recibía el nombre de GIR.SU («de donde surge el gir»).

Se admite en general que Gir era un término utilizado para describir a un objeto de bordes afilados. Una observación detenida del signo gráfico de gir nos permite comprender mejor la naturaleza «divina» de este término, pues lo que vemos es un objeto largo con forma de flecha, dividido en varias partes o compartimentos.

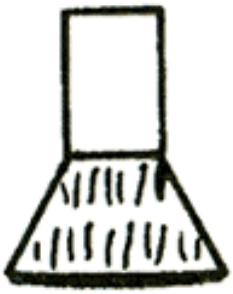


GIR

Que el mu pudiera cernerse por sí mismo sobre los cielos de la Tierra, o cruzar los continentes al ir sujeto a un gir, o convertirse en un módulo de mando en la cúspide de un apin de varias fases, es una prueba del alto nivel de ingeniería de los dioses de Sumer, los Dioses del Cielo y de la Tierra.

Un estudio detenido de los pictogramas e ideogramas sumerios no deja lugar a dudas acerca de que, quienquiera que fuese el que trazó esos signos, estaba familiarizado con las formas y el propósito de los cohetes con colas de fuego humeante, de los vehículos con forma de misil y de las «cabinas» celestes.

	KA.GIR («boca del cohete») mostraba a un gir dotado de aletas, o cohete, dentro de un recinto subterráneo parecido a un pozo.
	ESH («Morada Divina»), la cámara o módulo de mando de un vehículo espacial.

	
	ZIK («ascender»), ¿un módulo de mando despegando?

Por último, echemos un vistazo al pictograma de «dioses» en sumerio. Esta palabra estaba compuesta por dos sílabas: DIN.GIR. Ya hemos visto lo que era el símbolo GIR: un cohete de dos fases con aletas. DIN, la primera sílaba, significaba «justo», «puro», «brillante». Al ponerlas juntas, por tanto, DIN.GIR, es decir, «dioses» o «seres divinos», transmitía el significado de: «los justos de los objetos en punta brillantes», o, de forma más explícita, «los puros de los cohetes ardientes».

El pictograma de din era este: , que nos trae fácilmente a la memoria al potente motor de un reactor que arroja llamas por la parte posterior, y con el extremo frontal desconcertantemente abierto. Pero el desconcierto se convierte en asombro cuando «deletreamos» dingir combinando los dos pictogramas. ¡La cola del gir con aletas encaja a la perfección con la abertura frontal del din!

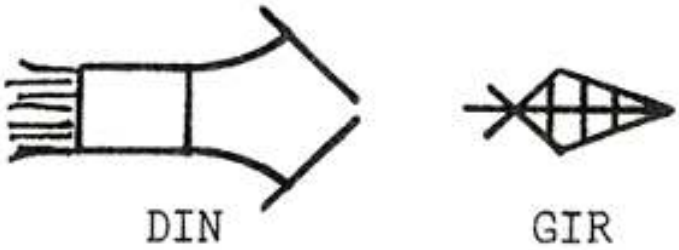


Fig. 84.

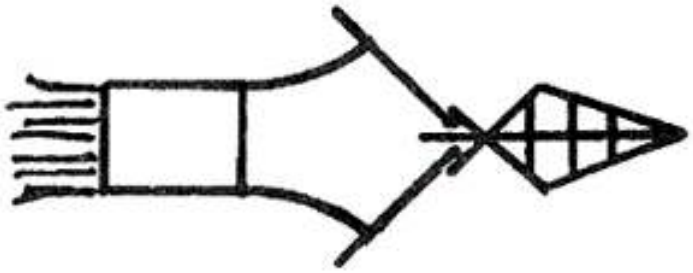


Fig. 85.

El asombroso resultado es la imagen de una nave espacial propulsada por un cohete, con un módulo de aterrizaje atracado a la perfección —¡de la misma manera que el módulo lunar atracaba en la nave espacial Apolo 11!

Es, ciertamente, un vehículo de tres fases o etapas, en la que cada parte encaja perfectamente en la otra: en la sección de propulsión estarían los motores, la sección media contendría los suministros y los equipos, y la «cámara celeste» cilíndrica que albergaría a los dingir, los dioses de la antigüedad, los astronautas de hace milenios.

¿Puede haber alguna duda de que los pueblos de la antigüedad, (al llamar a sus deidades, «Dioses del Cielo y de la Tierra», estaban queriendo decir, literalmente, que eran gentes de alguna parte que habían venido a la Tierra desde los cielos?

Las evidencias hasta ahora presentadas en lo referente a los antiguos dioses y sus vehículos no deberían dejar resquicios a la duda de que hubo una vez seres vivos de carne y hueso que, literalmente, bajaron a la Tierra desde los cielos.

Incluso los primeros recopiladores del Antiguo Testamento —que consagraron la Biblia a un único Dios consideraron necesario reconocer la presencia en la Tierra de estos seres divinos en la antigüedad.

La enigmática sección —a la que le tienen pánico tanto los traductores como los teólogos— es la que forma el comienzo del Capítulo 6 del Génesis. Ocupa el espacio que hay entre la reseña de la expansión de la Humanidad a lo largo de las generaciones después de Adán y el relato del desencanto divino con la Humanidad que precedió al Diluvio. Afirma, inequívocamente, que, en aquel tiempo,

los hijos de los dioses
vieron que las hijas de los hombres estaban bien;

y tomaron por esposas
a las que preferían de entre todas ellas.

Las connotaciones de estos versículos, y los paralelismos que hay con los relatos sumerios de los dioses, de sus hijos y nietos, y de la descendencia semidivina resultante de la cohabitación entre dioses y mortales, se acumula mientras seguimos leyendo los versículos bíblicos:

Los nefilim estaban sobre la Tierra,
en aquellos días y también después,
cuando los hijos de los dioses
cohabitaban con las hijas de los Adán,
y ellas les daban hijos.
Ellos fueron los poderosos de la Eternidad
El Pueblo del shem.

La traducción que figura aquí no es la traducción tradicional. Durante mucho tiempo, la expresión «Los nefilim estaban sobre la Tierra» se tradujo como «Había gigantes sobre la tierra»; pero los traductores modernos reconocen el error, optando al final por dejar intacto el término hebreo nefilim en la traducción. El versículo «El pueblo (gente) del shem», como sería de esperar, se tradujo como «la gente que tenía un nombre», y, de ahí, «los hombres famosos». Pero, como ya hemos dicho, el término shem se debe tomar en su sentido original —un cohete, una nave espacial.

Entonces, ¿qué significa el término nefilim? Derivado de la raíz semita NFL («ser lanzado abajo»), significa exactamente lo que significa: ¡aquellos que fueron arrojados a la Tierra!

Los teólogos contemporáneos y los eruditos bíblicos han preferido evitar estos molestos versículos, justificándolos alegóricamente o, simplemente, ignorándolos por completo. Pero los escritos judíos de la época del Segundo Templo reconocieron en estos versículos los ecos de antiguas tradiciones sobre los «ángeles caídos». Algunos de los más antiguos trabajos eruditos llegaron a mencionar los nombres de estos seres divinos «que cayeron del Cielo y estaban en la Tierra en aquellos días»: Sham-Hazzai («centinela del shem»), Uzza («poderoso») y Uzi-El («poder de Dios»).

Malbim, un destacado comentarista bíblico judío del siglo XIX, reconocía estas antiguas raíces y explicaba que «en la antigüedad, los

soberanos de los países eran los hijos de las deidades que llegaron a la Tierra desde los Cielos, y gobernaron la Tierra, y tomaron esposas de entre las hijas del Hombre; y entre su descendencia hubo héroes y poderosos, príncipes y soberanos». Estas historias, decía Malbim, eran de los dioses paganos, «hijos de las deidades que, en tiempos primitivos, cayeron desde los Cielos a la Tierra… esta es la razón por la que se llamaron a sí mismos "nefilim", i.e. Aquellos Que Cayeron».

Con independencia de las implicaciones teológicas, no se nos puede escapar el significado literal y original de los versículos: los hijos de los dioses que vinieron a la Tierra desde los cielos eran los nefilim. Y los nefilim eran el Pueblo del Shem —el Pueblo de las Naves Espaciales.

A partir de aquí, les seguiremos llamando por su nombre bíblico.

6

EL DUODÉCIMO PLANETA

La idea de que la Tierra pudiera haber sido visitada por seres inteligentes de algún otro lugar postula la existencia de otro cuerpo celeste sobre el cual estos seres inteligentes hubieran establecido una civilización más avanzada que la nuestra.

Las especulaciones con respecto a la posibilidad de que la Tierra fuera visitada por seres inteligentes de otro planeta se ha centrado hasta ahora en nuestros vecinos Marte o Venus como lugar de origen de estos seres. Sin embargo, ahora que ya se está dando por cierto que ninguno de estos planetas ha tenido vida inteligente, ni mucho menos una civilización avanzada, aquellos que creen en tales visitas a la Tierra están contemplando la posibilidad de otras galaxias u otras estrellas distantes como hogar de estos astronautas extraterrestres.

La ventaja de estas propuestas es que, aunque no se pueden demostrar, tampoco se pueden refutar. La desventaja estriba en que los «hogares» que sugieren están fantásticamente distantes de la Tierra, y requerirían un viaje de muchísimos años a la velocidad de la luz. Los autores de tales propuestas postulan, por tanto, la posibilidad de que hubieran hecho un viaje sólo de ida a la Tierra: un equipo de astronautas en una misión sin retorno, o, quizás, en una nave espacial perdida y sin control con la que hicieran un aterrizaje forzoso en la Tierra.

Pero esta no es, precisamente, la noción sumeria de la Morada Celeste de los Dioses.

Los sumerios aceptaban la existencia de tal «Morada Celeste», de un «lugar puro», de una «morada primigenia». Mientras que Enlil, Enki y Ninhursag iban a la Tierra y hacían su hogar en ella, su padre Anu permanecía en la Morada Celeste como su soberano. No sólo hay referencias esporádicas en diversos textos, sino que también existen «listas de dioses» detalladas donde se nombra a veintiuna parejas divinas de la dinastía, que precedieron a Anu en el trono del «lugar puro».

El mismo Anu reinaba en una corte extensa y de gran esplendor. Tal como contó Gilgamesh (y el Libro de Ezequiel lo confirma), era un lugar con un jardín artificial tachonado por completo de piedras semipreciosas. Allí residía Anu con su consorte oficial Antu y seis concubinas, ochenta descendientes (de los cuales catorce eran de Antu), un Primer Ministro, tres Comandantes a cargo de los mu (naves espaciales), dos Comandantes de Armas, dos Grandes Maestres del Conocimiento Escrito, un Ministro de la Bolsa, dos Justicias Jefes, dos «que impresionan con sonido», y dos Escribas Jefes con cinco Escribas Asistentes.

Los textos mesopotámicos se refieren con frecuencia a la magnificencia de la morada de Anu y a los dioses y armas que guardaban su puerta. El relato de Adapa nos cuenta que el dios Enki, después de proporcionarle a este un shem,

Le hizo tomar el camino hacia el Cielo,
y al Cielo subió.
Cuando llegó al Cielo,
se acercó a la Puerta de Anu.
Tamuz y Gizzida estaban allí de guardia
en la Puerta de Anu.

Custodiado por las armas divinas SHAR.UR («cazador real») y SHAR.GAZ («asesino real»), el salón del trono de Anu era el lugar de la Asamblea de los Dioses. En tales ocasiones, regía un estricto protocolo en el orden de entrada y en los asientos:

Enlil entra en el salón del trono de Anu,
se sienta en el lugar de la tiara derecha,
a la derecha de Anu.
Ea entra [en el salón del trono de Anu],

se sienta en el lugar de la tiara sagrada,
a la izquierda de Anu.

Los Dioses del Cielo y de la Tierra del antiguo Oriente Próximo no sólo tenían su origen en los cielos, sino que también podían volver a la Morada Celeste. Anu bajaba a la Tierra esporádicamente en visitas de estado; Ishtar subió a ver a Anu, al menos, en dos ocasiones. El centro de Enlil en Nippur estaba equipado con un «enlace cielo-tierra». Shamash era el encargado de las Águilas y el lugar de lanzamiento de las naves espaciales. Gilgamesh fue al Lugar de la Eternidad y volvió a Uruk; Adapa también hizo el viaje y volvió para contarlo; y lo mismo se puede decir del rey bíblico de Tiro.

Varios textos mesopotámicos tratan del Apkallu, un término acadio que proviene del sumerio AB.GAL («grande que dirige», o «maestro que indica el camino»). Gustav Guterbock determinó en un estudio (*Die Historische Tradition und Ihre Literarische Gestaltung bei Babylonier und Hethiten*) que estos eran los «hombres-pájaro» representados como las «Águilas» de las que ya hemos hablado. Los textos que hablaban de sus hazañas decían de uno de ellos que «derribó a Inanna del Cielo, para al templo E-Anna hacerla descender». Ésta y otras referencias indican que estos Apkallu eran los pilotos de las naves espaciales de los nefilim.

El viaje de ida y vuelta no sólo era posible sino que, además, es algo que se da por supuesto desde un principio, pues se nos dice que, tras decidir el establecimiento en Sumer de la Puerta de los Dioses (Babili), el líder de los dioses explicó:

Cuando a la Fuente Originaria
a la asamblea ascendáis,
habrá un sitio de descanso para la noche
para recibiros a todos.
Cuando desde los Cielos
a la asamblea descendáis,
habrá un sitio de descanso por la noche
para recibiros a todos.

Al darse cuenta de que el viaje de ida y vuelta entre la Tierra y la Morada Celeste no sólo se daba por hecho sino que se practicaba, la gente de Sumer no exilió a sus dioses a galaxias lejanas. La Morada de los Dioses, según revela su legado, estaba dentro de nuestro propio sistema solar.

Ya hemos visto a Shamash con su uniforme oficial como Comandante de las Águilas. En las muñecas, lleva algo parecido a sendos relojes de pulsera sujetos con cierres metálicos. En otras representaciones de las Águilas se puede observar que todos los importantes llevaban estos objetos. No sabemos si eran meramente decorativos o si tenían algún propósito útil. Pero todos los estudiosos están de acuerdo en que estos objetos representaban una roseta —un racimo circular de «pétalos» irradiando desde un punto central.

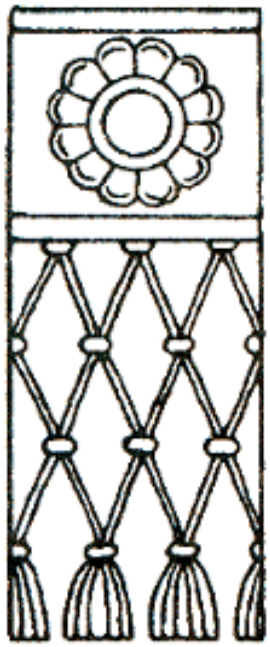


Fig. 86.

La roseta era el símbolo decorativo más común de los templos en todos los países de la antigüedad, predominante en Mesopotamia, Asia occidental, Anatolia, Chipre, Creta y Grecia. Se acepta en general la idea de que la roseta, como símbolo del templo, era la materialización o la estilización de un fenómeno celeste —un sol circundado por sus satélites. El hecho de que los antiguos astronautas llevaran este símbolo en las muñecas da credibilidad a esta idea.

Existe una representación de la Puerta de Anu en la Morada Celeste que viene a confirmar el conocimiento en la antigüedad de un sistema celeste como el de nuestro Sol y sus planetas.

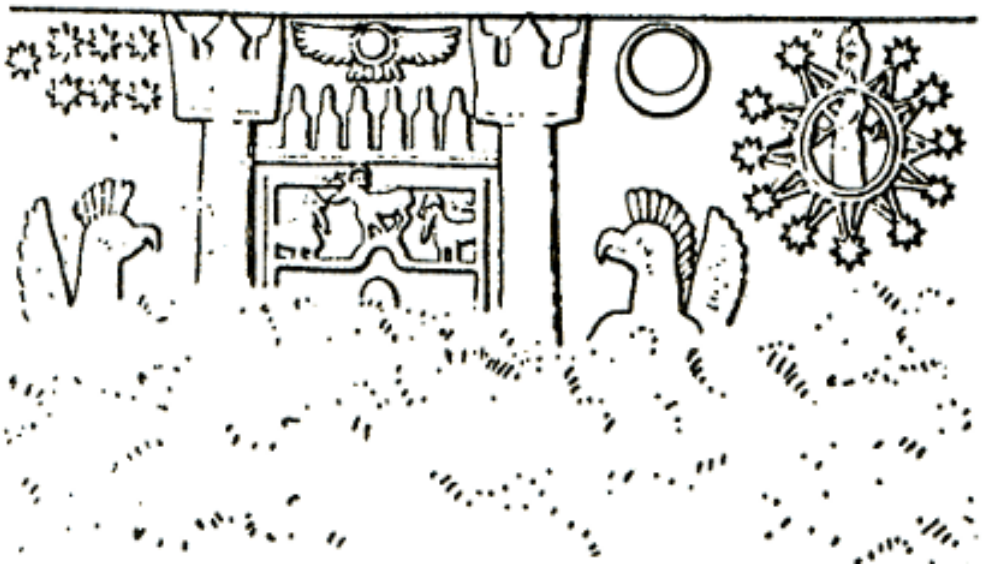


Fig. 87.

La puerta está flanqueada por dos Águilas —indicando con ello que sus servicios son necesarios para llegar a la Morada Celeste. El Globo Alado —el emblema de la suprema divinidad— corona la puerta. Está flanqueado por los símbolos celestes del número siete y el creciente, representando —creemos— a Anu flanqueado por Enlil y Enki.

¿Dónde están los cuerpos celestes que son representados por estos símbolos? ¿Dónde está la Morada Celeste? El antiguo artista responde aún con otra representación, la de una gran deidad que extiende sus rayos a once cuerpos celestes más pequeños que le circundan. Es la representación de un Sol, orbitado por once planetas.

No es esta una representación aislada, tal como sé puede ver en otros sellos cilíndricos, como este del Museo de Oriente Próximo de la Antigüedad, en Berlín.

Fig. 88.

Si ampliamos el dios o cuerpo celeste central del sello de Berlín, veremos que retrata a una gran estrella que emite rayos rodeada por once cuerpos celestes —planetas. Éstos, a su vez, descansan sobre una cadena de veinticuatro globos más pequeños. ¿Es sólo una casualidad que el número total de «lunas» o satélites de los planetas de nuestro sistema solar (los astrónomos excluyen los que tienen menos de 16 kilómetros de diámetro) sea, exactamente, de veinticuatro?

Fig. 89.

Así pues, tenemos un agarradero para afirmar que estas representaciones —del Sol y once planetas— reflejan nuestro sistema solar, pues los estudiosos nos dicen que el sistema planetario del cual la Tierra forma parte está compuesto por el Sol, la Tierra y la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. En total, tendríamos el Sol y sólo diez planetas (si se cuenta a la Luna como un planeta).

Pero esto no es lo que los sumerios decían. Los sumerios afirmaban que nuestro sistema estaba compuesto por el Sol y once planetas (contando la Luna), y tenían firmemente la opinión de que, además de los planetas que conocemos hoy en día, había un duodécimo miembro del sistema solar: el planeta madre de los nefilim. Le llamaremos el Duodécimo Planeta.

Antes de comprobar la precisión de la información sumeria, vamos a hacer una revisión de la historia de nuestro conocimiento de la Tierra y de los cielos que la circundan.

Hoy sabemos que más allá de los planetas gigantes Júpiter y Saturno, a distancias insignificantes en términos del universo, pero inmensas en términos humanos, existen dos planetas importantes más (Urano y Neptuno) y un tercero más pequeño (Plutón), que pertenecen a nuestro sistema solar. Pero este conocimiento es bastante reciente. Urano fue descubierto, gracias a la utilización de telescopios perfeccionados, en 1781.

Tras observarlo durante cincuenta años, algunos astrónomos llegaron a la conclusión de que su órbita revelaba la influencia de otro planeta más. Guiados por estos cálculos matemáticos, el planeta desaparecido —llamado Neptuno— fue localizado por los astrónomos en 1846. Después, a finales del siglo XIX, se hizo evidente que Neptuno también se veía influenciado por otra atracción gravitatoria desconocida. ¿Acaso había otro planeta en nuestro sistema solar? El desconcierto se resolvió en 1930, con la observación y localización de Plutón.

Así pues, hasta 1780, durante muchos siglos antes, la gente creía que había siete miembros en nuestro sistema solar: Sol, Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. La Tierra no contaba como planeta, porque se pensaba que todos estos cuerpos celestes le daban vueltas a la Tierra —el cuerpo celeste más importante creado por Dios, con la creación más importante de Dios, el Hombre, sobre ella.

En los libros de texto se dice que fue Nicolás Copérnico el que descubrió que la Tierra es sólo uno entre varios planetas de un sistema heliocéntrico (centrado en el Sol). Temiendo la ira de la Iglesia Católica por desafiar la postura de la posición central de la Tierra, Copérnico publicó su estudio (*De revolutionibus orbium coelestium*) estando ya en el lecho de muerte, en 1543.

Espoleado a reexaminar siglos de viejos conceptos astronómicos, debido, principalmente, a las necesidades de la navegación de la Era de los Descubrimientos, y por los descubrimientos de Colón (1492), Magallanes (1520) y otros de que la Tierra no era plana sino esférica, Copérnico se tuvo que basar en cálculos matemáticos y en la búsqueda de respuestas en

escritos antiguos. Uno de los pocos eclesiásticos que apoyó a Copérnico, el cardenal Schonberg, le escribió en 1536:

> «Me he enterado de que usted no sólo conoce los fundamentos de las antiguas doctrinas matemáticas, sino que, además, ha creado una nueva teoría… según la cual la Tierra está en movimiento y es el Sol el que ocupa la posición fundamental y, por tanto, cardinal».

Los conceptos que se sostenían por aquel entonces se basaban en las tradiciones griega y romana de que la Tierra, que era plana, estaba «abovedada» por los distantes cielos, en los cuales las estrellas estaban fijadas. Contra aquel cielo tachonado de estrellas se movían los planetas (de la palabra griega planetas, «errante») alrededor de la Tierra. Así pues, había siete cuerpos celestes, de donde tomaron su origen los siete días de la semana y sus nombres: el Sol (Sunday), la Luna (Lunes), Marte (Martes), Mercurio (Miércoles), Júpiter (Jueves), Venus (Viernes), Saturno (Saturday).

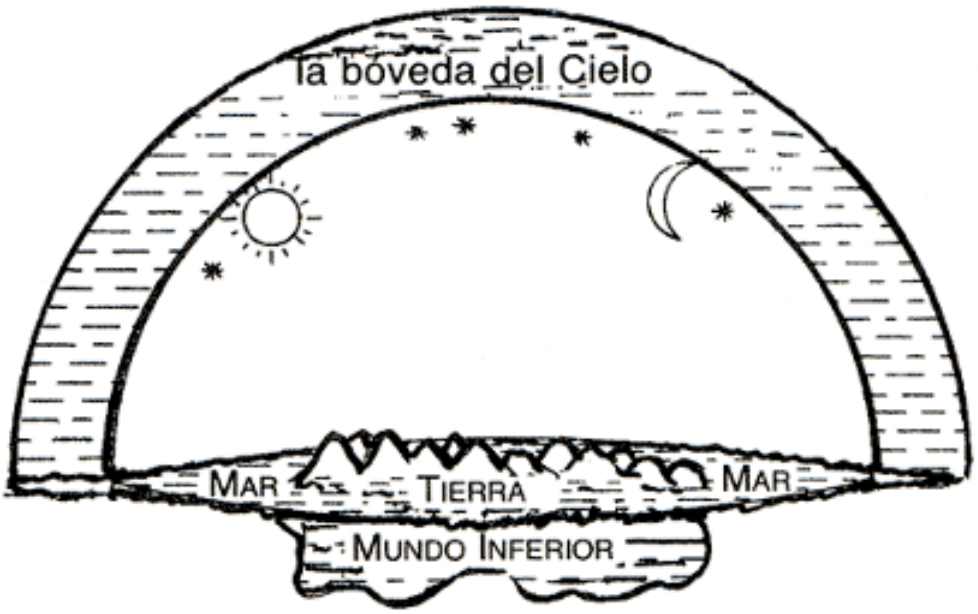


Fig. 90.

Estas nociones astronómicas provenían de las obras y codificaciones de Ptolomeo, un astrónomo de Alejandría, Egipto, del siglo II d. C. Sus tajantes

conclusiones eran que el Sol, la Luna y otros cinco planetas se movían en círculos alrededor de la Tierra. La astronomía ptolemaica imperó durante más de 1300 años, hasta que Copérnico puso al Sol en el centro.

Mientras que algunos hablan de Copérnico como del «Padre de la Astronomía Moderna», otros lo ven más como a un investigador y reconstructor de antiguas ideas. Lo cierto es que estudió concienzudamente los escritos de los astrónomos griegos que precedieron a Ptolomeo, como Hiparco y Aristarco de Samos. Éste último sugería, ya en el siglo III a. C., que los movimientos de los cuerpos celestes se podían explicar mejor si el Sol, y no la Tierra, ocupaba el centro del sistema. De hecho, 2000 años antes de Copérnico, los astrónomos griegos hicieron una lista de los planetas en su orden correcto desde el Sol, reconociendo así que el Sol, y no la Tierra, era el punto focal del sistema solar.

El concepto heliocéntrico sólo fue redescubierto por Copérnico, y lo interesante del caso es que los astrónomos sabían más en el 500 a. C. que en el 500 o 1500 d. C.

Lo cierto es que, en la actualidad, los expertos tienen un hueso duro de roer a la hora de explicar por qué, primero los griegos y luego los romanos, daban por hecho que la Tierra era plana, y que se elevaba por encima de una capa de aguas turbias bajo las cuales estaba el Hades o «Infierno», cuando algunas de las evidencias dejadas por los astrónomos griegos de los primeros tiempos indican que ya sabían que no era así.

Hiparco, que vivió en Asia Menor en el siglo II a. C., trató del «desplazamiento del signo en el solsticio y el equinoccio», un fenómeno llamado ahora precesión de los equinoccios. Pero este fenómeno sólo se puede explicar en términos de una «astronomía esférica», donde la Tierra está rodeada por otros cuerpos celestes como una esfera dentro de un universo esférico.

Entonces, ¿sabía Hiparco que la Tierra era un globo, e hizo sus cálculos en términos de una astronomía esférica? Pero aún hay otra pregunta igualmente importante. El fenómeno de la precesión se podía observar al relacionar la llegada de la primavera con la posición del Sol (visto desde la Tierra) en una constelación zodiacal dada. Pero el cambio de una casa zodiacal a otra requiere 2160 años Ciertamente, Hiparco no podía haber

vivido lo suficiente como para hacer esa observación astronómica. Así pues, ¿de dónde obtuvo esa información?

Eudoxo de Cnido, otro matemático y astrónomo griego que vivió en Asia Menor dos siglos antes que Hiparco, diseñó una esfera celeste, una copia de la cual fue erigida en Roma junto con la estatua de Atlas aguantando el mundo. Los dibujos de la esfera representaban las constelaciones zodiacales. Pero, si Eudoxo concibió los cielos como una esfera, ¿dónde estaba la Tierra con relación a los cielos? ¿Acaso pensaba que el globo celeste descansaba sobre una Tierra plana —una disposición de lo más torpe—, o es que sabía que la Tierra era esférica y pensaba que estaba rodeada por la esfera celeste?

Fig. 91.

Los trabajos de Eudoxo, cuyos originales se perdieron, nos han llegado gracias a los poemas de Arato, que, en el siglo III a. C., «tradujo» al lenguaje poético los hechos expuestos por el astrónomo. En este poema (que debió resultarle familiar a San Pablo, puesto que lo citó), se describen las constelaciones detalladamente, «trazadas por todo alrededor»; y remite su agrupación y denominación a una época muy remota. «Unos hombres de

antiguo una nomenclatura pensaron y diseñaron, y formas apropiadas encontraron».

¿Quiénes fueron los «hombres de antiguo» a los cuales atribuía Eudoxo la denominación de las constelaciones?

Basándose en ciertas pistas del poema, los astrónomos modernos creen que los versos griegos describen los cielos tal como se veían en Mesopotamia alrededor del 2200 a. C.

El hecho de que tanto Hiparco como Eudoxo vivieran en Asia Menor aumenta las probabilidades de que obtuvieran sus conocimientos de fuentes hititas. Quizás, incluso visitaron la capital hitita y vieron allí la divina procesión tallada en las rocas; pues entre los dioses que desfilan hay dos hombres-toro que sostienen un globo —una imagen que bien pudiera haber inspirado a Eudoxo para esculpir el Atlas y la esfera celeste.

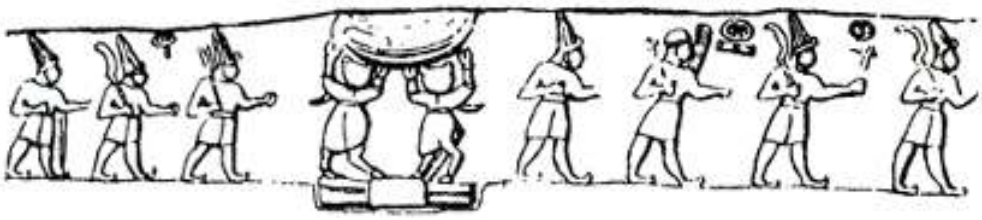


Fig. 92.

¿Estaban los primeros astrónomos griegos que vivían en Asia Menor mejor informados que sus sucesores debido a que pudieron beber de fuentes mesopotámicas?

Hiparco, de hecho, confirmó en sus escritos que sus estudios se basaron en un conocimiento acumulado y verificado durante milenios. Y nombró a sus mentores, «los astrónomos babilonios de Erek, Borsippa y Babilonia». Gemino de Rodas indicó a los «caldeos» (los antiguos babilonios) como los descubridores de los movimientos exactos de la Luna. El historiador Diodoro Sículo, en el siglo I a. C., confirmó la exactitud de la astronomía mesopotámica, y afirmó que «los caldeos dieron nombre a los planetas… en el centro de su sistema estaba el Sol, la luz más grande, del cual los planetas eran "descendientes", reflejando la posición y el brillo del Sol».

La fuente reconocida del conocimiento astronómico griego era, entonces, Caldea; invariablemente, aquellos primitivos caldeos poseían un

conocimiento mayor y más preciso que el de los pueblos que les siguieron. Durante generaciones, por todo el mundo antiguo, el nombre «caldeo» fue sinónimo de «observadores de estrellas», de astrónomos.

Dios le decía a Abraham, que salió de «Ur de los Caldeos», que mirara a las estrellas, cada vez que hablaba de las futuras generaciones hebreas. De hecho, el Antiguo Testamento está repleto de información astronómica. José se comparaba a sí mismo y a sus hermanos con doce cuerpos celestes, y el patriarca Jacob bendijo a sus doce hijos relacionándolos con las doce constelaciones del zodiaco. En los Salmos y en el Libro de Job se refieren una y otra vez a fenómenos celestes, a las constelaciones del zodiaco y a otros grupos de estrellas (como las Pléyades). Así pues, el conocimiento del zodiaco, la división científica de los cielos y otros datos astronómicos eran bien conocidos en el antiguo Oriente Próximo bastante antes de la época de la Grecia clásica.

El alcance de la astronomía mesopotámica, en la que se basaron los primitivos astrónomos griegos, debe haber sido enorme, pues, sólo con lo que los arqueólogos han encontrado, nos veríamos ante una avalancha de textos, inscripciones, impresiones de sellos, relieves, dibujos, listas de cuerpos celestes, presagios, calendarios, tablas horarias de amaneceres y puestas del Sol y los planetas, predicciones de eclipses…

Muchos de estos textos tardíos eran, ciertamente, más astrológicos que astronómicos por naturaleza. Los cielos y los movimientos de los cuerpos celestes parecían ser la principal preocupación de los poderosos reyes, de los sacerdotes de los templos y de la gente de la tierra en general; el objetivo de los observadores de estrellas parecía ser el de encontrar en los cielos la respuesta al curso de los asuntos en la Tierra: guerra, paz, abundancia, hambruna.

Compilando y analizando centenares de textos del primer milenio a. C., R. C. Thompson (*The Reports of the Magicians and Astrologers of Nineveh and Babylon*) pudo demostrar que estos observadores de estrellas estaban interesados en el destino de la tierra, de su gente y de su soberano desde un punto de vista nacional, y no se preocupaban del destino individual (como ocurre en la actualidad con la astrología «horoscópica»):

Si la Luna en el momento calculado no se ve,

habrá una invasión de una poderosa ciudad.
Si un cometa se cruza con el sendero del Sol,
el flujo del campo descenderá; un tumulto sucederá dos veces.
Si Júpiter va con Venus,
las oraciones de la tierra alcanzarán el corazón de los dioses.
Si el Sol se coloca en la posición de la Luna,
el rey de la tierra estará seguro en el trono.

Incluso esta astrología precisaba de un conocimiento astronómico amplio y preciso, conocimiento sin el cual no se hubieran podido hacer los presagios. Los mesopotámicos, en posesión de tales conocimientos, distinguían entre las estrellas «fijas» y los planetas «errantes», y sabían que el Sol y la Luna ni eran estrellas fijas ni planetas ordinarios. Estaban familiarizados con los cometas, los meteoritos y otros fenómenos celestes, y podían calcular las relaciones entre los movimientos del Sol, la Luna y la Tierra, y predecir eclipses. Seguían los movimientos de los cuerpos celestes y los relacionaban con la órbita de la Tierra y con la rotación a través del sistema helíaco —sistema que aún se utiliza hoy y que mide la salida y la puesta de las estrellas y los planetas en los cielos de la Tierra con relación al Sol.

Para seguir el rastro de los movimientos de los cuerpos celestes y sus posiciones en los cielos con relación a la Tierra y entre sí, los babilonios y los asirios disponían de unas precisas tablas de efemérides. En ellas se listaban y se predecían las posiciones futuras de los cuerpos celestes. El profesor George Sarton (*Chaldean Astronomy of the Last Three Centuries B.c.*) descubrió que las habían calculado según dos métodos: uno tardío, utilizado en Babilonia, y otro más antiguo, de Uruk. Pero el descubrimiento inesperado es que el más antiguo, el método de Uruk, era más sofisticado y preciso que el sistema tardío, y justificó esta sorprendente situación concluyendo que las erróneas nociones astronómicas de griegos y romanos vinieron como resultado del cambio a una filosofía que explicaba el mundo en términos geométricos, mientras que los sacerdotes astrónomos de Caldea seguían las fórmulas y las tradiciones prescritas de Sumer.

El descubrimiento de las civilizaciones mesopotámicas, realizado con las excavaciones efectuadas en los últimos cien años, no deja lugar a dudas de que, tanto en el campo de la astronomía como en otros muchos campos, las raíces de nuestro conocimiento están profundamente arraigadas en

Mesopotamia. También en este campo hemos recurrido a y continuamos el patrimonio de Sumer.

Las conclusiones de Sarton se han visto refrendadas por los extensos estudios del profesor O. Neugebauer (*Astronomical Cuneiform Texts*), que se quedó asombrado al descubrir que las efemérides, con lo precisas que eran, no se basaban en las observaciones de los astrónomos babilonios que las prepararon, puesto que estos las habían calculado «a partir de unos esquemas aritméticos fijos… que venían dados y que no debían trastocar» los astrónomos que los utilizaban.

Esta observancia automática de los «esquemas aritméticos» se realizaba con la ayuda de unos «textos de procedimiento» que acompañaban a las efemérides y que «daban las normas, paso a paso, para el cálculo de las efemérides», según una «estricta teoría matemática». Neugebauer llegó a la conclusión de que los astrónomos babilonios ignoraban las teorías sobre las que se basaban las efemérides y sus cálculos matemáticos, y admitió también que «el fundamento empírico y teórico» de estas precisas tablas se les escapa también, en gran medida, a los expertos modernos. Sin embargo, está convencido de que las antiguas teorías astronómicas «deben haber existido, porque es imposible diseñar unos esquemas de cálculo tan complicados sin un plan sumamente elaborado».

El profesor Alfred Jeremias (*Handbuch der Altorientalische Geistkultur*) llegó a la conclusión de que los astrónomos mesopotámicos estaban familiarizados con el fenómeno de la retrogradación, el aparente curso errático y serpentino de los planetas tal como se ven desde la Tierra, causado por el hecho de que la Tierra órbita al Sol con mayor rapidez o lentitud en relación con los otros planetas. La trascendencia de este conocimiento radica no sólo en el hecho de que la retrogradación es un fenómeno relacionado con las órbitas alrededor del Sol, sino también en el hecho de que se debió requerir de largos períodos de observación para dominarla y trazarla.

¿Dónde se desarrollaron estas complicadas teorías, y quién hizo esas observaciones sin las cuales jamás se habrían podido desarrollar? Neugebauer indica que «en los textos de procedimiento, nos encontramos con un gran número de términos técnicos de lectura totalmente

desconocida, si no de significado desconocido». Alguien, mucho antes de los babilonios, poseía un conocimiento astronómico y matemático muy superior al de las posteriores culturas de Babilonia, Asiria, Egipto, Grecia y Roma.

Los babilonios y los asirios consagraron una parte sustancial de sus esfuerzos astronómicos a mantener un calendario preciso. Al igual que el calendario judío actual, el suyo era un calendario solar-lunar en el que se vinculaba (se «intercalaba») el año solar de poco más de 365 días con un mes lunar de poco menos de 30 días. Aunque el calendario era importante para los negocios y otras necesidades mundanas, se requería que fuera preciso, principalmente, para determinar el día y el momento exactos del Año Nuevo y de otras celebraciones y cultos a los dioses.

Para medir y vincular los intrincados movimientos del Sol, la Tierra, la Luna y demás planetas, los sacerdotes-astrónomos mesopotámicos se basaban en una compleja astronomía esférica. La Tierra se tenía por una esfera con un ecuador y unos polos; también los cielos se dividían con unas imaginarias líneas ecuatoriales y polares. El paso de los cuerpos celestes se relacionaba con la eclíptica, la proyección del plano de la órbita de la Tierra alrededor del Sol sobre la esfera celeste; los equinoccios (los puntos y los momentos en los cuales el Sol, en su movimiento anual aparente, cruza al norte y al sur el ecuador celeste); y los solsticios (el momento en que el Sol, durante su movimiento anual aparente a lo largo de la eclíptica, se encuentra en su mayor declinación norte o sur). Todos estos conceptos astronómicos se vienen utilizando hasta el día de hoy.

Pero los babilonios y los asirios no inventaron el calendario ni los ingeniosos métodos para calcularlo. Sus calendarios —así como los nuestros— tuvieron su origen en Sumer. Los expertos han encontrado allí un calendario, en uso desde los tiempos más primitivos, que es la base de todos los calendarios posteriores. El principal calendario y modelo era el calendario de Nippur, sede y centro de Enlil. El calendario que usamos en la actualidad tiene como modelo el calendario nippuriano.

Los sumerios consideraban que el Año Nuevo comenzaba en el momento exacto en que el Sol cruzaba el equinoccio de primavera. El profesor Stephen Langdon (*Tablets from the Archives of Drehem*) descubrió

que en los archivos dejados por Dungi, un soberano de Ur de alrededor del 2400 a. C., se observa que para el calendario de Nippur se seleccionaba determinado cuerpo celeste que, al oponerlo con el ocaso, permitía determinar el momento exacto de la llegada del Año Nuevo. Y esto, concluyó Langdon, se hizo «quizás 2000 años antes de la época de Dungi», es decir, ¡alrededor del 4400 a. C.!

¿Acaso es posible que los sumerios, casi sin instrumental, tuvieran, no obstante, el sofisticado saber-hacer astronómico y matemático que requieren una geometría y una astronomía esféricas? Pues sí, lo tenían, y su lenguaje lo demuestra.

Tenían un término —DUB— que significaba (en astronomía) la «circunferencia del mundo» de 360 grados, en relación con la cual hablaban ellos de la curvatura o arco de los cielos. Para sus cálculos astronómicos y matemáticos, crearon el AN.UR, un «horizonte celeste» imaginario contra el cual podían calcular el orto y el ocaso de los cuerpos celestes. En perpendicular a este horizonte, extendieron una línea vertical imaginaria, el NU.BU.SAR.DA; con su ayuda obtenían el cénit, al que llamaban AN.PA. Trazaron las líneas a las que llamamos meridianos y las llamaban «los yugos graduados»; y a las líneas de latitud les llamaban «líneas medias del cielo». A la línea de latitud que marca el solsticio de verano, por ejemplo, la llamaban AN.BIL («punto ígneo de los cielos»).

Las obras maestras literarias acadias, hurritas, hititas y de otras culturas del antiguo Oriente Próximo, por ser traducciones o versiones de originales sumerios, estaban repletas de palabras prestadas del sumerio, muchas de las cuales tenían relación con fenómenos y cuerpos celestes. Los eruditos babilonios y asirios que hacían listas de estrellas o calculaban los movimientos planetarios solían anotar los originales sumerios en las tablillas que estaban copiando o traduciendo. Los 25 000 textos dedicados a la astronomía y a la astrología que se dice que había en la biblioteca de Assurbanipal en Nínive llevaban con frecuencia el reconocimiento de sus orígenes sumerios.

Los escribas de la principal serie astronómica, que los babilonios llamaban «El Día del Señor», declaraban haberla copiado de una tablilla sumeria escrita en la época de Sargón de Acad, en el tercer milenio a. C.

Una tablilla fechada en la tercera dinastía de Ur, también en el tercer milenio a. C., describe y hace una relación tan clara de los cuerpos celestes, que los expertos modernos tienen pocas dificultades en reconocer el texto como una clasificación de constelaciones, entre las que están la Osa Mayor, el Dragón, Lira, Cisne y Cefeo, y el Triángulo, en los cielos septentrionales; Orion, Can Mayor, Hidra, el Cuervo y el Centauro en los cielos meridionales; y las familiares constelaciones zodiacales en la banda celeste central.

En la antigua Mesopotamia, los secretos del conocimiento celeste se guardaban, se estudiaban y transmitían a través de una casta de sacerdotes-astrónomos. Fue así, quizás por aptitud, que los tres eruditos a los que se reconoce el mérito de habernos devuelto esta perdida ciencia «caldea» tuvieran que ser, también, sacerdotes, pero, en este caso, jesuitas: Joseph Epping, Johann Strassmaier y Franz X. Kugler. Kugler, en su obra maestra *Sternkunde und Sterndienst in Babel*, analizó, descifró, clasificó y explicó gran cantidad de textos y listas. En cierto caso, «volviendo hacia abajo los cielos» matemáticamente, fue capaz de demostrar que una lista de 33 cuerpos celestes de los cielos babilonios del 1800 a. C. ¡estaba hábilmente dispuesta de acuerdo con las agrupaciones que se hacen hoy en día!

Tras un enorme trabajo de decisión sobre cuáles eran los verdaderos grupos y cuáles eran, simplemente, subgrupos, la comunidad astronómica mundial acordó (en 1925) dividir los cielos, tal como se ven desde la Tierra, en tres regiones —septentrional, central y meridional— y agrupar las estrellas en ellos en 88 constelaciones. Al final, resultó que no había nada nuevo en esta disposición, ya que los sumerios habían sido los primeros en dividir los cielos en tres bandas o «caminos» —el «camino» septentrional, al que se le puso el nombre de Enlil; el meridional, al que se le puso el nombre de Ea; y la banda central, que fue el «Camino de Anu»— y en asignarles diversas constelaciones. La banda central de hoy en día, la banda de las doce constelaciones del zodiaco, se corresponde exactamente con el Camino de Anu, en el cual los sumerios agruparon las estrellas en doce casas.

En la antigüedad, al igual que hoy, el fenómeno estaba relacionado con el concepto del zodiaco. El gran círculo de la Tierra alrededor del Sol se

dividió en doce partes iguales, de treinta grados cada una. Las estrellas que se veían en cada uno de estos segmentos o «casas» se agruparon en una constelación, cada una de las cuales recibió un nombre en función de la forma que las estrellas del grupo parecían crear.

Debido a que las constelaciones y sus subdivisiones, e, incluso, las estrellas individuales dentro de las constelaciones, llegaron a la civilización occidental con nombres y representaciones completamente prestados de la mitología griega, el mundo occidental creyó durante casi dos milenios que habían sido los griegos los que habían conseguido este logro. Pero, en la actualidad, vemos claramente que los primitivos astrónomos griegos adaptaron a su lengua y a su mitología una astronomía ya construida por los sumerios. Ya hemos indicado de qué forma obtuvieron sus conocimientos Hiparco, Eudoxo y otros. Incluso Tales, el astrónomo griego de importancia más antiguo, del cual se dice que predijo el eclipse total de sol del 28 de Mayo de 585 a. C. que detuvo la guerra entre lidios y medas, admitió que las fuentes de su conocimiento eran de origen mesopotámico pre-semita, es decir, sumerio.

La palabra «zodiaco» proviene del griego zodiakos kyklos («círculo animal»), debido a que el diseño de los grupos de estrellas se asemejaban por su forma a un león, unos peces, etc. Pero esos nombres y formas imaginarias se originaron, realmente, en Sumer, donde a las doce constelaciones del zodiaco se les llamó UL.UE («rebaño brillante»):

1. GU.AN.NA («toro celeste»), Tauro.
2. MASH.TAB.BA («gemelos»), nuestro Géminis.
3. DUB («pinzas», «tenazas»), el Cangrejo o Cáncer.
4. UR.GULA («león»), al que llamamos Leo.
5. AB.SIN («el padre de ella era Sin»), la Doncella, Virgo.
6. ZI.BA.AN.NA («destino celeste»), la balanza o Libra.
7. GIR.TAB («lo que pinza y corta»), Escorpio.
8. PA.BIL («defensor»), el Arquero, Sagitario.
9. SUHUR.MASH («pez-cabra»), Capricornio.
10. GU («señor de las aguas»), el Aguador, Acuario.
11. SIM.MAH («peces»), Piscis.

12. KU.MAL («morador del campo»), el Carnero, Aries.

Las representaciones gráficas o signos del zodiaco, al igual que sus nombres, se han conservado virtualmente intactas desde su introducción en Sumer.

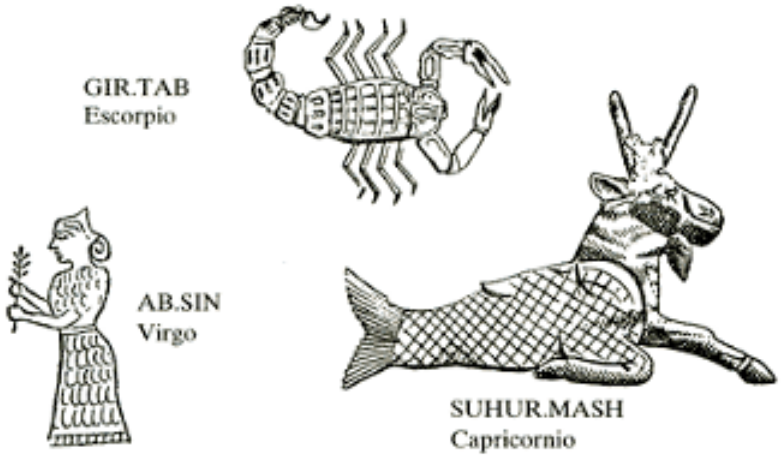


Fig. 93.

Hasta la aparición del telescopio, los astrónomos europeos aceptaban sólo las 19 constelaciones reconocidas por Ptolomeo en el hemisferio norte. Hacia 1925, cuando se acordó la clasificación actual, se habían reconocido 28 constelaciones en lo que los sumerios llamaban el Camino de Enlil. No debería de sorprendernos que, a diferencia de Ptolomeo, los primitivos sumerios reconocían, identificaban, nombraban y listaban ¡todas las constelaciones del hemisferio norte!

El Camino de Ea planteó serios problemas a los asiriólogos que asumieron la inmensa tarea de desentrañar el conocimiento astronómico antiguo no sólo en los términos del conocimiento moderno, sino también basándose en el aspecto que debían tener los cielos hace siglos o milenios. Observando los cielos meridionales desde Ur o Babilonia, los astrónomos mesopotámicos sólo podían ver poco más de la mitad de los cielos del hemisferio sur; el resto se encontraba por debajo del horizonte. Sin embargo, aunque correctamente identificadas, algunas de las constelaciones del Camino de Ea estaban por debajo del horizonte. Pero, para los expertos, aún se planteaba un problema mayor. Si, como suponían, los

mesopotámicos creían (como los griegos más tarde) que la tierra era una masa de tierra firme sobre la caótica oscuridad de un mundo inferior (el griego Hades) —un disco plano sobre el cual se arqueaban los cielos en semicírculo—, ¡no debería de haber absolutamente ningún cielo en el sur!

Limitados por la suposición de que los mesopotámicos sostenían la idea de una Tierra plana, los estudiosos modernos no podían permitir que sus conclusiones les llevaran muy por debajo de la línea ecuatorial que divide el norte del sur. Sin embargo, las evidencias demuestran que los tres «caminos» sumerios abarcaban todos los cielos del globo, no del plano, terrestre.

En 1900, T. G. Pinches informó en la *Royal Asiatic Society* que había reconstruido completamente un astrolabio (literalmente, «cogedor de estrellas») mesopotámico. Pinches les mostró un disco circular, dividido como una tarta en doce secciones y tres anillos concéntricos, dando como resultado un campo de 36 porciones. El diseño total tenía el aspecto de una roseta de doce «pétalos», cada uno de los cuales tenía el nombre de un mes escrito en él. Pinches los marcó del I al XII por conveniencia, comenzando con Nisannu, el primer mes del calendario mesopotámico.

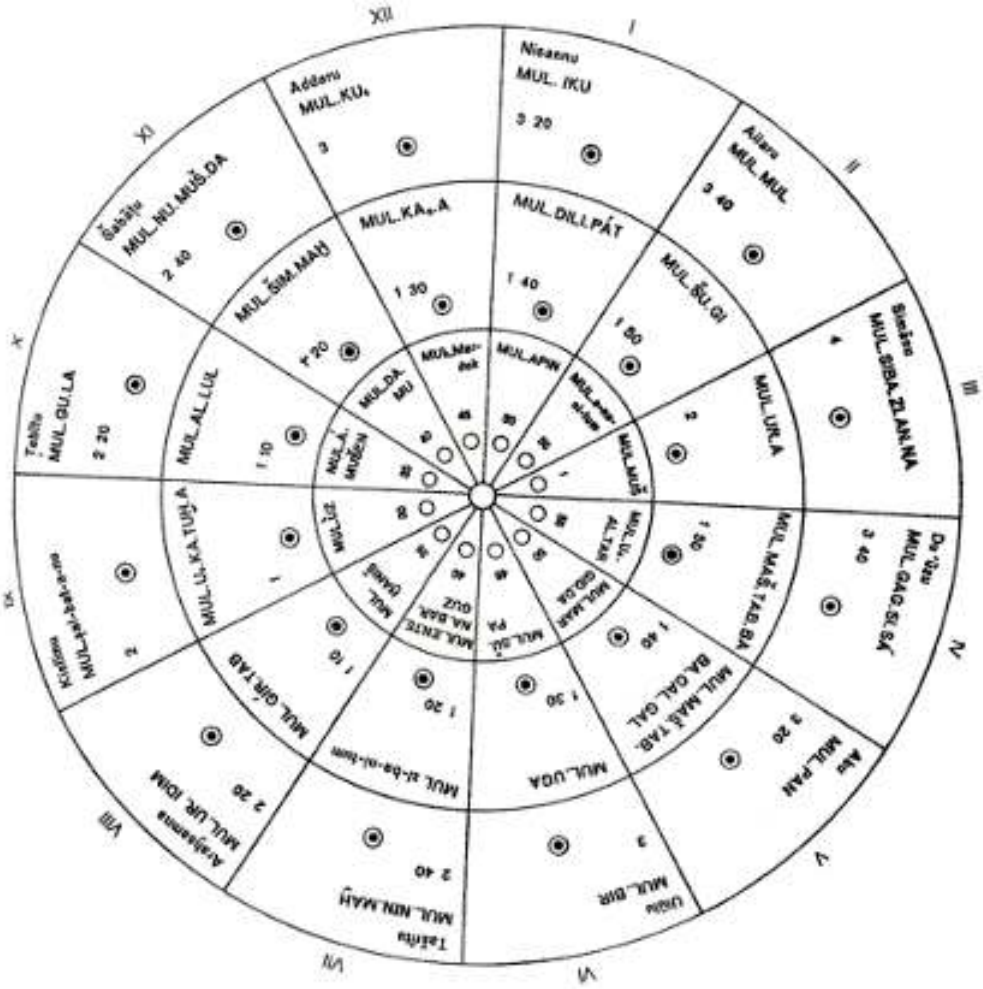


Fig. 94.

Cada una de las 36 secciones tenía también un nombre con un circulito debajo, dando a entender que era la denominación de un cuerpo celeste. Desde entonces, estos nombres se han encontrado en muchos textos y «listas de estrellas», e, indudablemente, son los nombres de constelaciones, estrellas o planetas.

Cada una de las 36 secciones tenía escrito también un número debajo del nombre del cuerpo celeste. En el anillo interior, los números iban del 30 al 60; en el anillo central, del 60 (escrito como «1») al 120 («2» en el sistema sexagesimal, que significa 2 x 60 = 120); y en el anillo exterior, del 120 al 240. ¿Qué representaban estos números?

Casi cincuenta años después de la presentación de Pinches, el astrónomo y asiriólogo O. Neugebauer (*A History of Ancient Astronomy: Problems and Methods*) sólo pudo decir que «la totalidad del texto

conforma una especie de mapa celeste esquemático… en cada uno de los 36 campos encontramos el nombre de una constelación y unos números sencillos cuyo significado aún no está claro». Un destacado experto en el tema, B. L. Van der Waerden (*Babylonian Astronomy: The Thirty-Six Stars*), reflexionando sobre el aparente ascenso y descenso de los números según un ritmo, sólo pudo sugerir que «los números tienen algo que ver con la duración de la luz diurna».

Creemos que el rompecabezas se puede resolver sólo con que descartemos la idea de que los mesopotámicos creían en una Tierra plana, y con que reconozcamos que sus conocimientos astronómicos eran tan buenos como los nuestros, no porque tuvieran mejores instrumentos de los que tenemos nosotros, sino porque sus fuentes de información provenían de los nefilim.

Sugerimos que los enigmáticos números representan grados del arco celeste, con el Polo Norte como punto de inicio, y que el astrolabio era un planisferio, la representación de una esfera sobre una superficie plana.

Mientras los números aumentan o decrecen, los de las secciones opuestas en el Camino de Enlil (como Nisannu-50, Tashritu-40) suman 90, en el Camino de Anu suman 180, y en el Camino de Ea suman 360 (como Nisannu 200, Tashritu 160). Estas cifras son demasiado familiares como para ser mal interpretadas; representan los segmentos de una circunferencia esférica completa: un cuarto del camino (90 grados), medio camino (180 grados) y el círculo total (360 grados).

Los números dados para el Camino de Enlil están emparejados así para mostrar que este segmento sumerio de los cielos septentrionales se extendía unos 60 grados desde el Polo Norte, bordeando el Camino de Anu en los 30 grados por encima del ecuador. El Camino de Anu era equidistante a ambos lados del ecuador, llegando a los 30 grados sur por debajo de este. Después, más al sur y en lo más alejado del Polo Norte, estaba el Camino de Ea, esa parte de la Tierra y del globo celeste que se encuentra entre los 30 grados sur y el Polo Sur.

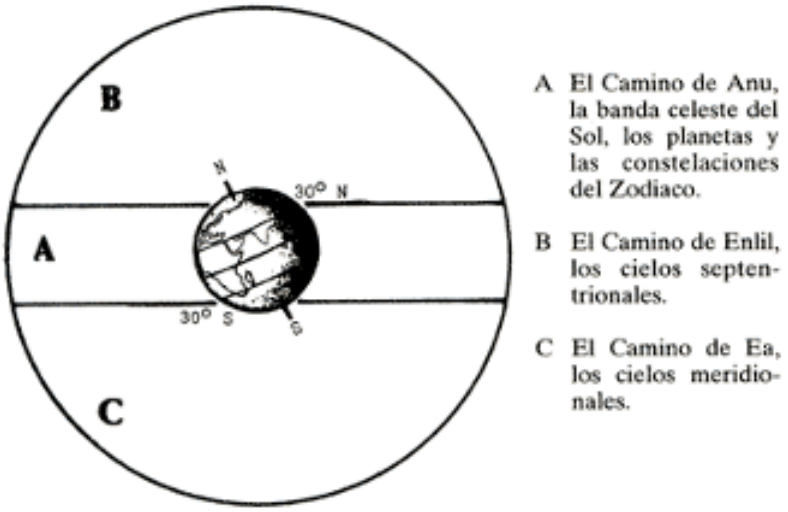


Fig. 95.

Los números de las secciones del Camino de Ea suman 180 grados en Addaru (Febrero-Marzo) y Ululu (Agosto-Septiembre). El único punto que está a 180 grados del Polo Norte, tanto si vas al sur por el este como si vas por el oeste, es el Polo Sur. Y esto sólo se puede sostener como cierto si uno está tratando con una esfera.

La precesión es un fenómeno que viene provocado por el bamboleo del eje norte-sur de la Tierra, y que lleva a que el Polo Norte (el que apunta a la Estrella Polar) y el Polo Sur tracen un gran círculo en los cielos. El aparente retardo de la Tierra contra las constelaciones de estrellas suma alrededor de 55 segundos de arco por año, o un grado cada 72 años. El gran círculo —el tiempo que le lleva al Polo Norte terrestre volver a apuntar a la Estrella Polar— emplea, por tanto, 25 920 años (72 por 360), y esto es lo que los astrónomos llaman el Gran Año o el Año Platónico (pues, según parece, Platón también sabía de este fenómeno).

El orto y el ocaso de diversas estrellas se tenía por importante en la antigüedad, y el cálculo preciso del equinoccio de primavera, que daba entrada al Año Nuevo, se relacionaba con la casa zodiacal en la cual tenía lugar. Debido a la precesión, el equinoccio de primavera y los demás fenómenos celestes, al retardarse de año en año, terminaba por retrasarse todo un signo zodiacal cada 2160 años. Nuestros astrónomos continúan empleando el «punto cero» («el primer punto de Aries»), que marcó el equinoccio de primavera alrededor del año 900 a. C., pero este punto se

encuentra ahora bien entrado en la casa de Piscis. En los alrededores del 2100 d. C., el equinoccio de primavera comenzará a ocupar la casa precedente, la de Acuario. Esto es lo que están queriendo decir los que afirman que estamos a punto de entrar en la Era de Acuario.

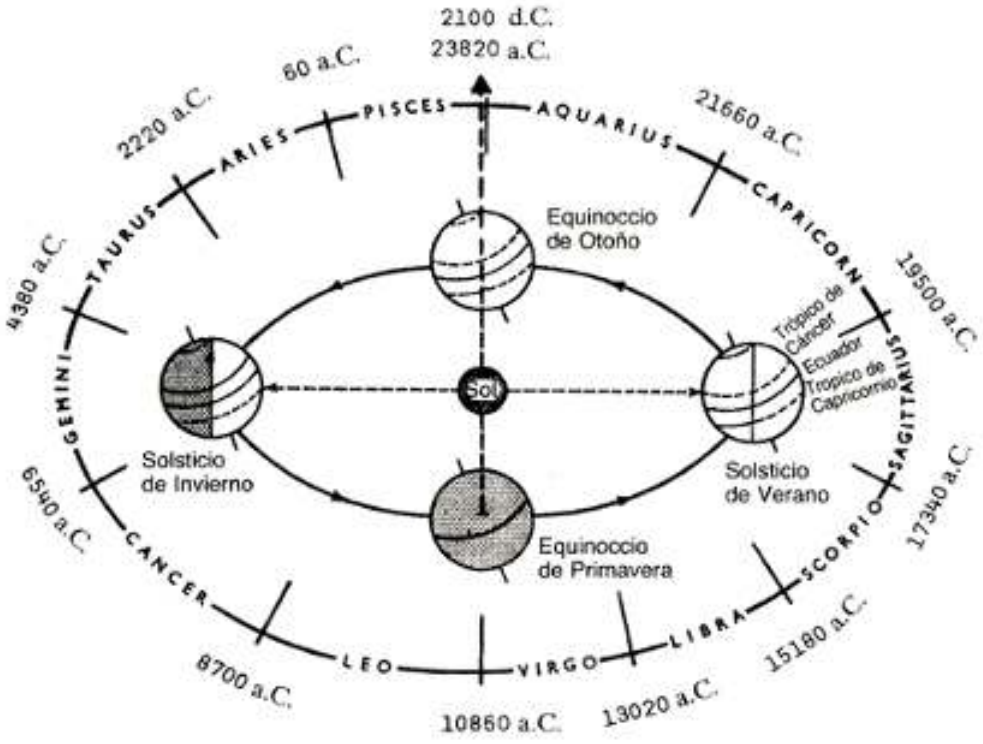


Fig. 96.

Debido a que el cambio de una casa zodiacal a otra lleva más de dos milenios, los expertos se preguntan cómo y dónde pudo enterarse Hiparco del tema de la precesión en el siglo II a. C. Ahora sabemos que su fuente fue sumeria. Los descubrimientos del profesor Langdon revelan que el calendario nippuriano, establecido alrededor del 4400 a. C., en la Era de Tauro, refleja el conocimiento de la precesión y el cambio de casas zodiacales que tuvo lugar 2160 años antes de ese.

El profesor Jeremías, que vinculó los textos astronómicos mesopotámicos con los textos astronómicos hititas, también era de la opinión de que las tablillas astronómicas más antiguas registraban el cambio de Tauro a Aries, y llegó a la conclusión de que los astrónomos mesopotámicos predijeron y anticiparon el cambio de Aries a Piscis.

Suscribiéndose a estas conclusiones, el profesor Willy Hartner (*The Earliest History of the Constellations in the Near East*) sugería que los sumerios dejaron abundantes evidencias gráficas a tal efecto. Cuando el equinoccio de primavera estaba en el signo de Tauro, el solsticio de verano tenía lugar en Leo. Hartner llamó la atención sobre el recurrente motivo del «combate» entre un toro y un león que aparece en las representaciones sumerias de las épocas más primitivas, y sugirió que estos motivos reflejaban las posiciones claves de las constelaciones de Tauro (Toro) y Leo (León) para un observador en los 30 grados norte (la posición de Ur) alrededor del 4000 a. C.

Fig. 97.

La mayoría de los expertos consideran que la insistencia de los sumerios en Tauro como su primera constelación no sólo es una evidencia de la antigüedad del zodiaco —fechado en los alrededores del 4000 a. C.—, sino también una prueba del momento en que la civilización sumeria tuvo sus repentinos comienzos. El profesor Jeremias (*The Old Testament in the Light of the Ancient East*) encontró evidencias que demostraban que el «punto cero» cronológico-zodiacal sumerio se puso precisamente entre el Toro y los Gemelos; por este y por otros datos, llegó a la conclusión de que el zodiaco se trazó en la Era de Géminis (los Gemelos), es decir, aún antes de que comenzara la civilización sumeria. Una tablilla sumeria que hay en el Museo de Berlín (VAT.7847) comienza la lista de constelaciones zodiacales

con la de Leo, con lo que nos remonta a los alrededores del 11 000 a. C., cuando el Hombre recién comenzaba a labrar la tierra.

Pero el profesor H. V. Hilprecht (*The Babylonian Expedition of the University of Pennsylvania*) fue aún más lejos. Estudiando miles de tablillas que llevaban tabulaciones matemáticas, llegó a la conclusión de que «todas las tablas de multiplicación y de división de las bibliotecas de los templos de Nippur y Sippar, y de la biblioteca de Assurbanipal [en Nínive] se basan en [el número] 12960000». Al analizar este número y su significado, Hilprecht concluyó que sólo podía estar relacionado con el fenómeno de la precesión, y que los sumerios conocían el Gran Año de 25 920 años.

Claro está que esta es una sofisticación astronómica fantástica en una época imposible.

Del mismo modo que es evidente que los astrónomos sumerios poseían un conocimiento que, posiblemente, no podían haber adquirido por sí mismos, también existen evidencias que demuestran que gran parte de su conocimiento no eran de uso práctico para ellos.

Esto no sólo tiene que ver con los sofisticadísimos métodos astronómicos que se utilizaban —¿quién en la antigua Sumer necesitaba realmente establecer un ecuador celeste, por ejemplo?—, sino también con la gran diversidad de textos elaborados que tratan de la medida de distancias entre las estrellas.

Uno de estos textos, conocido como AO.6478, hace una lista de 26 estrellas visibles importantes a lo largo de una línea que, en la actualidad, llamamos el Trópico de Cáncer, y da las distancias entre ellas, medidas de tres formas diferentes. El texto nos da primero las distancias entre estas estrellas en una unidad llamada mana shukultu («medido y pesado»). Se cree que este era un ingenioso dispositivo que establecía una relación entre el peso del agua que escapaba por paso de tiempo. Hacía posible la determinación de distancias entre dos estrellas en términos de tiempo.

La segunda columna de distancias estaba en términos de grados del arco de los cielos. El día total (día y noche) se dividía en doce horas. El arco de los cielos comprendía un círculo total de 360 grados. Así pues, un beru u «hora doble» representaba 30 grados del arco de los cielos. Con este

método, el paso del tiempo en la Tierra proporcionaba una medida de las distancias en grados entre los cuerpos celestes nombrados.

El tercer método de medida era el beru ina shame («longitud en los cielos»). F. Thureau-Dangin (*Distances entre Etoiles Fixes*) señaló que, mientras los dos primeros métodos estaban relacionados con otro fenómeno, el tercer método proporcionaba medidas absolutas. Un «beru celeste», según Thureau-Dangin y otros, era el equivalente a 10 692 metros de nuestros días. La «distancia en los cielos» entre las 26 estrellas se calculó en el texto sumando 655 200 «beru trazados en los cielos».

Disponer de tres métodos diferentes de medida de distancias entre estrellas indica la gran importancia que se le daba al tema. Sin embargo, ¿quién entre los hombres y las mujeres de Sumer necesitaba este conocimiento, y quién de ellos pudo diseñar estos métodos y utilizarlos de forma tan precisa? La única respuesta posible es que los nefilim disponían de ese conocimiento y precisaban de tan exactas medidas.

Capaces de hacer viajes espaciales, después de llegar a la Tierra desde otro planeta, y de recorrer los cielos de la Tierra, los nefilim eran los únicos que podían poseer y, de hecho, poseían, en los albores de la civilización humana, los sofisticados métodos, las matemáticas y los conceptos de una astronomía avanzada, así como la necesidad de enseñar a los escribas humanos a copiar y registrar meticulosamente tablas y más tablas de distancias en los cielos, órdenes de estrellas y grupos de estrellas, ortos y ocasos helíacos, un complejo calendario solar-lunar-terrestre y el resto de conocimientos notables tanto del Cielo como de la Tierra.

Ante este panorama, ¿se puede creer aún que los astrónomos mesopotámicos, dirigidos por los nefilim, no supieran de la existencia de planetas más allá de Saturno, que no conocieran Urano, Neptuno y Plutón? ¿Acaso sus conocimientos sobre la misma familia de la Tierra, el sistema solar, eran menos completos que los de las distantes estrellas, su orden y sus distancias?

La información astronómica de los tiempos antiguos se conservaba en centenares de textos detallados, de listas de cuerpos celestes, pulcramente dispuestas según el orden celeste, o según los dioses, los meses, las tierras o las constelaciones con las que estaban relacionados. A uno de estos textos,

analizado por Ernst F. Weidner (*Handbuch der Babylonischen Astronomie*), se le ha llegado a llamar «La Gran Lista de Estrellas». En él, se hace una relación en cinco columnas de decenas de cuerpos celestes en función de sus relaciones mutuas, de los meses, de los países y deidades. Otro texto lista correctamente las principales estrellas de las constelaciones zodiacales. Un texto indexado como B.M.86378 ordenaba (en su parte no deteriorada) 71 cuerpos celestes por su situación en los cielos; y acerca de textos así podríamos estar hablando una y otra y otra y otra vez.

Gran cantidad de expertos se esforzaron por dar sentido a esta legión de textos, y en particular por identificar correctamente los planetas de nuestro sistema solar, aunque sus resultados parecen ser confusos. Como ya sabemos, sus esfuerzos estaban condenados al fracaso debido a la incorrecta suposición de que los sumerios y sus sucesores no sabían que el sistema solar era heliocéntrico, que la Tierra no era más que otro planeta y que había más planetas más allá de Saturno.

Al pasar por alto la posibilidad de que algunos de los nombres de las listas de estrellas se le pudieran aplicar a la misma Tierra, y al intentar aplicar los otros muchos nombres y epítetos sólo a los cinco planetas que, según creían, conocían los sumerios, los expertos terminaron llegando a conclusiones conflictivas. Algunos de ellos llegaron a sugerir que la confusión no era suya, sino de los caldeos —por algún motivo desconocido, dicen, los caldeos intercambiaron los nombres de los cinco planetas «conocidos».

Los sumerios se referían a todos los cuerpos celestes (planetas, estrellas o constelaciones) como MUL («lo que brilla en las alturas»). El término acadio kakkab fue aplicado también por babilonios y asirios para designar a cualquier cuerpo celeste. Esta práctica acabó frustrando a los expertos que intentaban desentrañar los antiguos textos astronómicos. Pero algunos mul a los que se calificaba de LU.BAD designaban, claramente, a los planetas de nuestro sistema solar.

Sabiendo que el nombre griego para los planetas era «errantes», los expertos leyeron LU.BAD como «oveja errante», a partir de LU («aquello que se pastorea») y BAD («alto y muy lejos»). Pero, ahora que hemos mostrado que los sumerios eran plenamente conscientes de la verdadera

naturaleza de nuestro sistema solar, los otros significados del término bad («lo antiguo», «la fundación», «aquel donde está la muerte») asumen una importancia directa. Éstos últimos son epítetos adecuados para el Sol, de donde se sigue que, por lubad, los sumerios no entendían simplemente «oveja errante», sino «oveja» pastoreada por el Sol —los planetas de nuestro Sol.

La situación y las relaciones de los lubad entre ellos y con el Sol se describían en muchos textos astronómicos mesopotámicos. Había referencias a aquellos planetas que están «arriba» y a aquellos que están «debajo», y Kugler conjeturó acertadamente que el punto de referencia era la misma Tierra.

Pero, en su mayor parte, los planetas de los que se hablaba en el entramado de los textos astronómicos trataban de MUL.MUL —un término que tenía a los expertos en la incertidumbre. En ausencia de una solución mejor, la mayoría de los expertos acabaron coincidiendo en que el término mulmul identificaba a las Pléyades, un grupo de estrellas de la constelación de Tauro, y el único por el que pasaba el eje del equinoccio de primavera (tal como se veía desde Babilonia) en los alrededores del 2200 a. C. Los textos mesopotámicos solían indicar que el mulmul estaba compuesto por siete LU.MASH (siete «errantes que son familiares»), y los expertos asumieron que se trataba de los miembros más brillantes de las Pléyades, que se pueden ver con el ojo desnudo. El hecho de que, en función de la clasificación, el grupo tenga bien seis bien nueve de tales estrellas, y no siete, planteaba un problema; pero se dejó de lado por falta de una idea mejor sobre el significado de mulmul.

Franz Kugler (*Sternkunde und Sterndienst in Babel*) aceptó a regañadientes las Pléyades como solución, pero expresó su asombro cuando descubrió que en los textos mesopotámicos se afirmaba, sin ningún tipo de ambigüedad, que mulmul incluía no sólo a los «errantes» (planetas) sino también al Sol y a la Luna, con lo que la idea de las Pléyades se hacía insostenible. Kugler también se encontró con textos que afirmaban claramente que «mulmul ul-shu 12» («mulmul es un grupo de doce»), de los cuales diez formaban un grupo diferenciado.

Sugerimos que el término mulmul se refería al sistema solar, utilizando la repetición (MUL.MUL) para indicar el grupo como una totalidad, como «el cuerpo celeste que comprende todos los cuerpos celestes».

Charles Virolleaud (*L'Astrologie Chaldéenne*), transliteró un texto mesopotámico (K.3558) que describe a los miembros del grupo mulmul o kakkabu/kakkabu. La última línea del texto es explícita:

Kakkabu / kakkabu.
El número de sus cuerpos celestes es doce.
Las estaciones de sus cuerpos celestes doce.
Los meses completos de la Luna es doce.

Los textos no dejan lugar a dudas: el mulmul —nuestro sistema solar— estaba compuesto por doce miembros. Quizás no debería de sorprendernos, pues el erudito griego Diodoro, al explicar los tres «caminos» de los caldeos y el consiguiente listado de 36 cuerpos celestes, afirmaba que «de aquellos dioses celestes, doce poseen autoridad principal; a cada uno de estos, los caldeos les asignan un mes y un signo del zodiaco».

Ernst Weidner (*Der Tierkreis und die Wege am Himmel*) informó que, junto con el Camino de Anu y sus doce constelaciones zodiacales, algunos textos se referían también al «camino del Sol», que estaba compuesto también por doce cuerpos celestes: el Sol, la Luna, y diez más. La línea 20 de la llamada tablilla TE, dice: «naphar 12 shere-mesh ha.la sha kakkab.lu sha Sin u Shamash ina libbi ittiqu», que significa, «todo en todo, 12 miembros adonde la Luna y el Sol pertenecen, donde orbitan los planetas».

Ahora podemos comprender la importancia del número doce en el mundo antiguo. El Gran Círculo de dioses sumerios, y, por tanto, de los dioses olímpicos, estaba compuesto exactamente por doce miembros; los dioses más jóvenes sólo podían entrar en este círculo si se retiraban los dioses más viejos. Del mismo modo, cualquier puesto libre se tenía que ocupar para mantener el número divino de doce. El principal círculo celeste, el camino del Sol con sus doce miembros, establecía el modelo según el cual cualquier otra franja celeste se dividía en doce segmentos o se le asignaban doce cuerpos celestes de importancia. Por consiguiente, el año tenía doce meses y el día tenía doce horas dobles. A cada división de Sumer se le asignaban doce cuerpos celestes como medida de buena suerte.

Muchos estudios, como el de S. Langdon (*Babylonian Menologies and the Semitic Calendar*), muestran que la división del año en doce meses estaba relacionada, desde sus comienzos, con los doce Grandes Dioses. Fritz Hommel (*Die Astronomie der alten Chaldaer*) y otros después de él demostraron que los doce meses estaban estrechamente conectados con los doce signos zodiacales, y que ambos se derivaban de los doce cuerpos celestes principales. Charles F. Jean (*Lexicologie sumerienne*) reprodujo una lista sumeria de 24 cuerpos celestes que emparejaban a las doce constelaciones zodiacales con los doce miembros del sistema solar.

En un largo texto, identificado por F. Thureau-Dangin (*Rituels accadiens*) como el programa del templo para la Festividad de Año Nuevo en Babilonia, las evidencias para la consagración del doce como fenómeno celeste central son persuasivas. El gran templo, el Esagila, tenía doce puertas. Marduk se revestía de los poderes de todos los dioses celestes al recitarse doce veces la declaración «Mi Señor, no es Él mi Señor». Después, se invocaba la misericordia del dios doce veces, y la de su esposa doce veces. El total de 24 se emparejaba entonces con las doce constelaciones del zodiaco y los doce miembros del sistema solar.

En un mojón de piedra, tallado por un rey de Susa con los símbolos de los cuerpos celestes, se representan estos 24 signos: los doce signos familiares del zodiaco, y los símbolos que representan a los doce miembros del sistema solar. Éstos eran los doce dioses astrales de Mesopotamia, así como de los hurritas, los hititas, los griegos y todos los demás panteones de la antigüedad.

Fig. 98.

Aunque nuestra base de cálculo natural es el número diez, el número doce se impregnó en todos los temas celestes y divinos mucho antes de que los sumerios desaparecieran. Hubo doce Titanes griegos, doce Tribus de Israel, doce partes en el mágico pectoral del Sumo Sacerdote de Israel. El poder de este doce celeste se transmitió a los doce Apóstoles de Jesús, e incluso en nuestro sistema decimal (en Inglés) contamos del uno al doce, y sólo tras el doce volvemos al «diez y tres» (thirteen), «diez y cuatro», etc.

¿De dónde surgió, pues, este poderoso y decisivo número doce? De los cielos.

Pues el sistema solar —el mulmul— incluía también, además de todos los planetas que conocemos, el planeta de Anu, aquel cuyo símbolo —un

cuerpo celeste radiante— representaba en la escritura sumeria al dios Anu y a lo «divino». «El kakkab del Cetro Supremo es una de las ovejas en mulmul», explicaba un texto astronómico. Y, cuando Marduk usurpó la supremacía y sustituyó a Anu como el dios asociado a este planeta, los babilonios dijeron: «El planeta de Marduk dentro de mulmul aparece».

Al enseñarle a la humanidad la verdadera naturaleza de la Tierra y los cielos, los nefilim no sólo informaron a los antiguos sacerdotes-astrónomos de la existencia de los planetas más allá de Saturno, sino también de la existencia del planeta más importante, aquel del cual vinieron: EL DUODÉCIMO PLANETA.

7

LA EPOPEYA DE LA CREACIÓN

En la mayoría de los antiguos sellos cilíndricos que se han encontrado, los símbolos de determinados cuerpos celestes, miembros de nuestro sistema solar, aparecen por encima de las figuras de dioses o humanos.

Un sello acadio del tercer milenio a. C., ahora en el *Vorderasiatis-che Abteilung* del Museo del Estado de Berlín Este (catalogado VA/ 243), se aparta de la forma habitual de representar los cuerpos celestes. No los muestra individualmente, sino como un grupo de once globos que circundan a una estrella grande y con rayos. Evidentemente, es una representación del sistema solar, tal como lo conocían los sumerios: un sistema consistente en doce cuerpos celestes.

Fig. 99.

Normalmente, nosotros representamos el sistema solar de forma esquemática, como una línea de planetas que se aleja del Sol a distancias crecientes. Pero si representáramos los planetas, no en una línea, sino uno después de otro en un círculo (el más cercano, Mercurio, en primer lugar, después Venus, luego la Tierra, etc.), el resultado se parecería al de la Fig. 100 (todos los dibujos son esquemáticos y no a escala; las órbitas planetarias en los dibujos que siguen son circulares en vez de elípticas para facilitar la representación).

Si echamos un segundo vistazo a la ampliación del sistema solar representado en el sello cilíndrico VA/243, veremos que los «puntos» que circundan la estrella son, en realidad, globos cuyos tamaños y orden se adecúan al sistema solar representado en la Fig. 100.

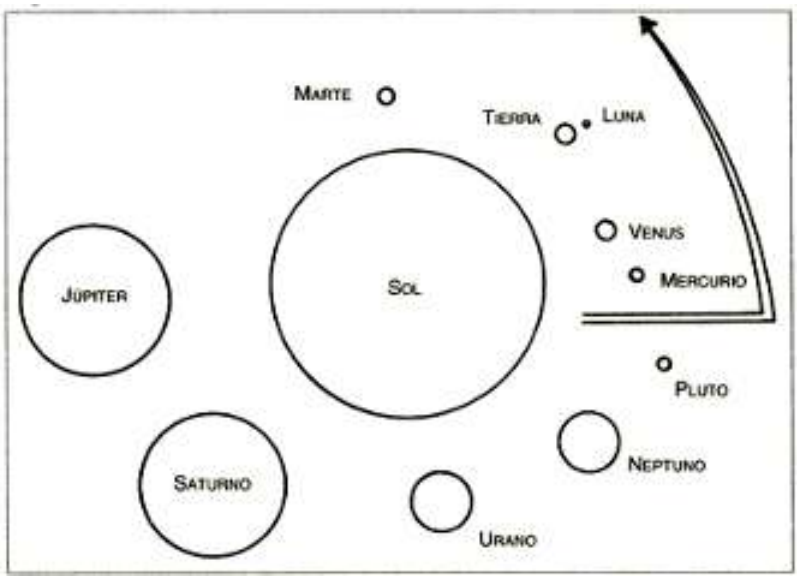


Fig. 100.

El Pequeño Mercurio viene seguido por un Venus más grande. La Tierra, con el mismo tamaño de Venus, está acompañada por la Pequeña Luna. A continuación, en el sentido contrario al de las agujas del reloj, Marte se muestra correctamente, algo más pequeño que la Tierra pero más grande que la Luna o Mercurio.

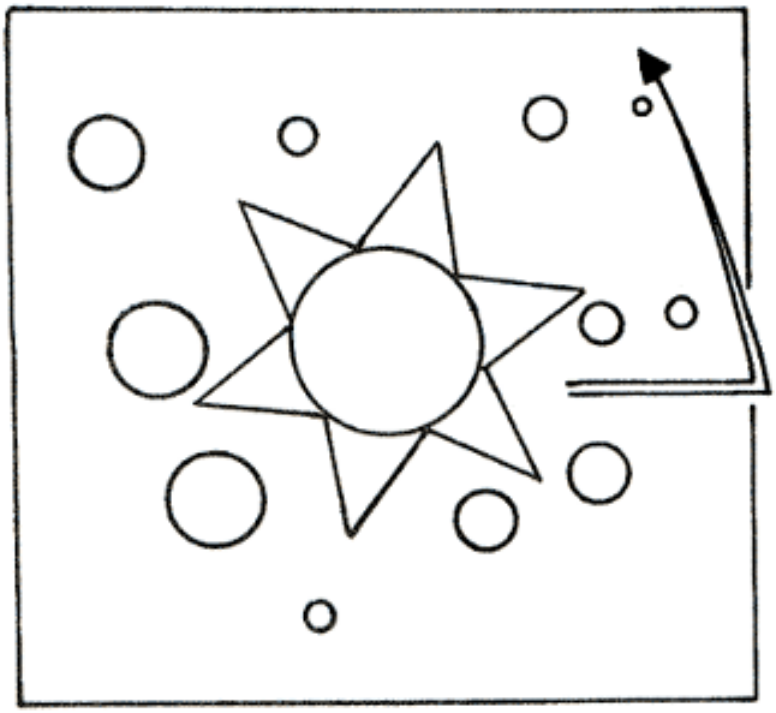


Fig. 101.

La antigua representación nos muestra después un planeta desconocido para nosotros, considerablemente más grande que la Tierra, aunque más pequeño que Júpiter y Saturno, que se ven con toda claridad a continuación. Aún más lejos, otro par se corresponde perfectamente a nuestros Urano y Neptuno. Por último, el pequeño Plutón está también ahí, pero no donde lo situamos nosotros ahora (después de Neptuno), sino entre Saturno y Urano.

Tratando a la Luna como a un cuerpo celeste más, esta representación sumeria da cuenta plena de todos los planetas que conocemos, los sitúa en el orden correcto (con la excepción de Plutón), y los muestra por tamaño.

Sin embargo, esta representación de 4500 años de edad insiste también en que había —o ha habido— otro planeta importante entre Marte y Júpiter. Como mostraremos después, este es el duodécimo planeta, el planeta de los nefilim.

Si este mapa celeste sumerio se hubiera descubierto y estudiado hace dos siglos, los astrónomos habrían pensado que los sumerios estaban totalmente desinformados, al imaginar, estúpidamente, que había más planetas después de Saturno. Ahora, no obstante, sabemos que Urano, Neptuno y Plutón están realmente ahí. ¿Imaginaron los sumerios las otras discrepancias, o estaban correctamente informados por los nefilim de que la Luna era un miembro del sistema solar por derecho propio, Plutón estaba situado cerca de Saturno y había un Duodécimo Planeta entre Marte y Júpiter?

La teoría largo tiempo sustentada de que la Luna no era más que «una pelota de golf helada» no se descartó hasta después de la conclusión de varias misiones Apolo a la Luna. Hasta aquel momento, las mejores conjeturas consistían en que la Luna era un trozo de materia que se había separado de la Tierra cuando esta era aún de material fundido y maleable. Si no hubiera sido por el impacto de millones de meteoritos, que dejaron cráteres en la superficie de la Luna, esta habría sido un trozo de materia sin rostro, sin vida y sin historia que se solidificó y sigue a la Tierra desde siempre.

Sin embargo, las observaciones hechas por satélites no tripulados han comenzado a poner en duda estas creencias tanto tiempo manejadas. Al

final, se llegó a la conclusión de que la composición química y mineral de la Luna era suficientemente diferente de la de la Tierra como para poner en duda la teoría de la «separación». Los experimentos realizados en la Luna por los astronautas norteamericanos, y el estudio y análisis del suelo y de las muestras de rocas que trajeron, han determinado, más allá de toda duda, que la Luna, aunque en la actualidad estéril, fue alguna vez un «planeta vivo». Al igual que la Tierra, tiene diferentes capas, lo que significa que se solidificó desde su propio estadio original de materia fundida. Al igual, que la Tierra, generaba calor, pero mientras que el calor de la Tierra proviene de sus materiales radiactivos, «cocidos» en el interior de la Tierra bajo una tremenda presión, el calor de la Luna proviene, según parece, de capas de materiales radiactivos que se encuentran muy cerca de la superficie. Sin embargo, estos materiales son demasiado pesados para haber ascendido hasta ahí. Entonces, ¿cómo se llegaron a depositar tan cerca de la superficie de la Luna?

El campo gravitatorio lunar parece ser errático, como si inmensos trozos de materias pesadas (como el hierro) no se hubieran hundido de modo uniforme hasta su centro, sino que estuvieran dispersos. Pero ¿podríamos preguntar a través de qué proceso o fuerza? Existen evidencias que indicarían que las antiguas rocas de la Luna estuvieron magnetizadas. También existen evidencias de que los campos magnéticos se cambiaron o invirtieron. ¿Ocurrió esto a través de algún proceso interno desconocido, o por medio de alguna influencia externa indeterminada?

Los astronautas del Apolo 16 descubrieron que las rocas lunares (llamadas brechas) eran el resultado de la destrucción de la roca sólida y su posterior soldadura gracias a un calor extremo y repentino. ¿Cuándo y cómo se hicieron añicos y se refundieron estas rocas? Otros materiales de la superficie de la Luna son ricos en los poco frecuentes potasio y fósforo radiactivos, materiales que en la Tierra se encuentran a grandes profundidades.

Reuniendo todos estos descubrimientos, los científicos afirman ahora que la Luna y la Tierra, formadas más o menos con los mismos elementos y más o menos por el mismo tiempo, evolucionaron como cuerpos celestes separados. En opinión de los científicos de la Administración Nacional de

la Aeronáutica y el Espacio de los Estados Unidos (N.A.S.A.), la Luna evolucionó «normalmente» durante sus primeros 500 millones de años. Luego, dijeron (tal como se informó en The New York Times), el período más catastrófico llegó hace 4000 millones de años, cuando cuerpos celestes del tamaño de grandes ciudades y pequeños países se estrellaron en la Luna y formaron sus inmensas cuencas y sus altísimas montañas.

Las ingentes cantidades de materiales radiactivos dejados por las colisiones comenzaron a calentar la roca por debajo de la superficie, fundiendo enormes cantidades de esta y forzando mares de lava a través de las grietas de la superficie.

El Apolo 15 encontró un deslizamiento de rocas en el cráter Tsiolovsky seis veces más grande que cualquier deslizamiento de rocas en la Tierra. El Apolo 16 descubrió que la colisión que creó el Mar de Néctar depositó escombros hasta a 1600 kilómetros de distancia.

El Apolo 17 alunizó cerca de un acantilado ocho veces más alto que cualquiera de la Tierra, lo que significa que se formó por un terremoto ocho veces más violento que cualquier otro terremoto en la historia de la Tierra. Las convulsiones que siguieron a este suceso cósmico continuaron durante unos 800 millones de años, de modo que la composición y la superficie de la Luna adoptaron por fin su forma helada hace alrededor de 3200 millones de años.

Así pues, los sumerios tenían razón al representar a la Luna como un cuerpo celeste por derecho propio. Y, como pronto veremos, también nos dejaron un texto que explica y describe la catástrofe cósmica a la que se refieren los expertos de la NASA.

Al planeta Plutón se le ha denominado «el enigma». Mientras que las órbitas de los demás planetas alrededor del Sol se desvían sólo un poco del círculo perfecto, la desviación («excentricidad») de Plutón es tal que tiene la órbita más extensa y elíptica del sistema solar. Mientras que los demás planetas orbitan al Sol más o menos dentro del mismo plano, la órbita de Plutón tiene una inclinación nada menos que de 17 grados. Debido a estos dos rasgos atípicos de su órbita, Plutón es el único planeta que corta la órbita de otro planeta, Neptuno.

En tamaño, Plutón se encuentra en realidad dentro de la clase «satélite». Su diámetro, 5800 kilómetros, no es mucho mayor que el de Tritón, un satélite de Neptuno, o Titán, uno de los diez satélites de Saturno. Debido a sus inhabituales características, se ha llegado a sugerir que este «inadaptado» podría haber comenzado su vida celeste como un satélite que, de algún modo, escapó a su dueño y tomó por sí mismo una órbita alrededor del Sol.

Y esto, como vamos a ver, es realmente lo que sucedió, según los textos sumerios.

Y ahora llegamos al clímax de nuestra búsqueda de respuestas a antiquísimos sucesos celestes: la existencia del Duodécimo Planeta.

Por asombroso que parezca, nuestros astrónomos han estado buscando evidencias que indiquen que, ciertamente, existió una vez un planeta entre Marte y Júpiter.

A finales del siglo XVIII, antes incluso del descubrimiento de Neptuno, varios astrónomos demostraron que «los planetas estaban situados a determinadas distancias del Sol, según una ley definida». Este planteamiento, que llegó a ser conocido como Ley de Bode, convenció a los astrónomos de que debió de haber un planeta dando vueltas en un lugar donde, hasta entonces, no se sabía que hubiera existido un planeta —es decir, entre las órbitas de Marte y Júpiter.

Animados por estos cálculos matemáticos, los astrónomos se pusieron a explorar los cielos en la zona en la que debería de estar «el planeta perdido». En el primer día del siglo XIX, el astrónomo italiano Giuseppe Piazzi descubrió, exactamente en la distancia indicada, un planeta muy pequeño (776 kilómetros de un extremo a otro) al que llamó Ceres. Hacia 1804, el número de asteroides («planetas pequeños») encontrados allí ascendía a cuatro; hasta la fecha, se han contado cerca de 3000 asteroides en órbita alrededor del Sol, en lo que ahora llamamos el cinturón de asteroides. Sin duda, son los restos de un planeta que se hizo añicos. Los astrónomos rusos le han llamado Faetón («cuadriga»).

Aunque los astrónomos están seguros de la existencia de tal planeta, no son capaces de explicar su desaparición. ¿Acaso estalló él solo? Pero, entonces, los pedazos habrían salido despedidos en todas direcciones y no

habrían conformado un simple cinturón. Si fue una colisión lo que destruyó al planeta desaparecido, ¿dónde está el cuerpo celeste responsable de tal colisión? ¿Se hizo añicos también? Pero los restos que siguen dando vueltas alrededor del Sol, si se suman, no son suficientes para formar ni siquiera un planeta, y mucho menos dos. Por otra parte, si los asteroides son los restos de dos planetas, deberían de haber conservado la revolución axial de los dos planetas. Pero todos los asteroides tienen la misma rotación axial, con lo que se indica que todos ellos provienen del mismo cuerpo celeste. Así pues, ¿cómo se hizo pedazos el planeta desaparecido, y qué fue lo que lo destruyó?

Las respuestas a estos misterios se nos han transmitido desde la antigüedad.

Hace cosa de un siglo, cuando se descifraron los textos encontrados en Mesopotamia, se tomó conciencia inesperadamente de que allí, en Mesopotamia, había textos que no sólo eran equiparables a algunas secciones de las Sagradas Escrituras, sino que también las precedían. En 1872, con *Die Keilschriften und das alten Testament,* Eberhard Schráder dio inicio a una avalancha de libros, artículos, conferencias y debates que se prolongaron durante medio siglo. ¿Hubo algún lazo, en alguna época ancestral, entre Babilonia y la Biblia? Los titulares afirmaban provocativamente: *BABEL UND BIBEL*.

Entre los textos descubiertos por Henry Layard en las ruinas de la biblioteca de Assurbanipal en Nínive, había uno que hacía un relato de la Creación no muy diferente del Libro del Génesis. Las tablillas rotas, las primeras que consiguió recomponer y publicar George Smith en 1876 (*The Chaldean Génesis*), demostraban concluyentemente que sí que había existido un texto acadio, escrito en el antiguo dialecto babilonio, que relataba cómo cierta deidad había creado el Cielo y la Tierra, y todo sobre la Tierra, incluido el Hombre.

En la actualidad, hay una vasta bibliografía que compara el texto mesopotámico con la narración bíblica. La deidad babilonia hizo su trabajo, si no en seis «días», sí, al menos, en lo que abarcan seis tablillas; y en paralelo al bíblico séptimo día de descanso de Dios, en el que disfrutó de su obra, la epopeya mesopotámica dedica una séptima tablilla a la exaltación

de la deidad babilonia y de sus logros. No en vano, L. W. King tituló su autorizada obra sobre el tema *The Seven Tablets of Creation*, Las Siete Tablillas de la Creación.

Conocido ahora como «La Epopeya de la Creación», este texto fue conocido en la antigüedad por las palabras con las que comienza, Enuma Elish («Cuando en las alturas»). El relato bíblico de la Creación comienza con la creación del Cielo y la Tierra; el relato mesopotámico es una verdadera cosmogonía, pues trata de los eventos previos y nos lleva hasta el comienzo de los tiempos:

Enuma elish la nabu shamamu
Cuando, en las alturas, el Cielo no había recibido nombre
Shaplitu ammatum shunta la zakrat
Y abajo, el suelo firme [la Tierra] no había sido llamado

Fue entonces, según nos cuenta la epopeya, cuando dos cuerpos celestes primigenios dieron a luz a una serie de «dioses» celestes. A medida que el número de seres celestes aumentaba, hacían más ruido y causaban más conmoción, perturbando al Padre Primigenio. Su fiel mensajero le urgió a que adoptara fuertes medidas disciplinarias con los dioses jóvenes, pero estos se confabularon contra él y le robaron sus poderes creadores. La Madre Primigenia intentó vengarse. El dios que dirigió la revuelta contra el Padre Primigenio tuvo una nueva idea: invitar a su joven hijo a unirse a la Asamblea de los Dioses y darle la supremacía, para que fuera a combatir así, sin ayuda, al «monstruo» en que se había convertido su madre.

Aceptada la supremacía, el joven dios —Marduk, según la versión babilonia— se enfrentó al monstruo y, tras un feroz combate, la venció y la partió en dos. Con una parte de ella hizo el Cielo, y con la otra la Tierra.

Después, proclamó un orden fijo en los cielos, asignando a cada dios celeste una posición permanente. En la Tierra, creó las montañas, los mares y los ríos, estableció las estaciones y la vegetación, y creó al Hombre. Babilonia y su altísimo templo se construyeron como un duplicado de la Morada Celeste en la Tierra. A dioses y a mortales se les dieron encargos, mandatos y rituales a seguir. Entonces, los dioses proclamaron a Marduk como la deidad suprema, y le concedieron los «cincuenta nombres» —las prerrogativas y el rango numérico de la Enlildad.

A medida que se iban encontrando y traduciendo más tablillas y fragmentos, se fue haciendo evidente que el texto no era una simple obra literaria, sino el relato épico histórico-religioso más sagrado de Babilonia, que se leía como parte de los rituales del Año Nuevo. La versión babilonia pretendía propagar la supremacía de Marduk al convertirle en el héroe del relato de la Creación. Sin embargo, esto no fue siempre así. Existen bastantes evidencias que indican que la versión babilonia de la epopeya fue una falsificación por motivos político-religiosos de una versión sumeria anterior en la que Anu, Enlil y Ninurta eran los héroes.

Sin embargo, a despecho del nombre de los actores de este drama celeste y divino, el relato es, ciertamente, tan antiguo como la civilización sumeria. La mayoría de los expertos lo ven como una obra filosófica —la versión más antigua de la eterna lucha entre el bien y el mal—, o como un cuento alegórico del invierno y el verano en la naturaleza, del amanecer y el ocaso, de la muerte y la resurrección.

Pero ¿por qué no tomarse literalmente este relato épico, ni más ni menos que como la declaración de hechos cosmológicos tal como los conocían los sumerios, tal como se los habían transmitido los nefilim? Si utilizamos este audaz enfoque, nos encontraremos con que «La Epopeya de la Creación» explica a la perfección los eventos que, probablemente, tuvieron lugar en nuestro sistema solar.

El escenario en el que se despliega el drama celeste de Enuma Elish es el universo primigenio. Los actores celestes son los que crean, así como los que son creados. Primer Acto:

Cuando, en las alturas, el Cielo no había recibido nombre,
y abajo, el suelo firme [la Tierra] no había sido llamado;
nada, salvo el primordial APSU, su Engendrador,
MUMMU y TIAMAT —la que les dio a luz a todos;
sus aguas se entremezclaron.

Ninguna caña se había formado aún,
ni tierra pantanosa había aparecido.
Ninguno de los dioses había sido traído al ser aún,
nadie llevaba un nombre, sus destinos eran inciertos;
fue entonces cuando se formaron los dioses en medio de ellos.

Con unos cuantos trazos hechos con el estilo de caña sobre la primera tablilla de arcilla —con nueve cortas líneas—, el antiguo cronista-poeta se

las ingenia para sentarnos en el centro de la primera fila, y, de forma audaz y dramática, sube el telón del espectáculo más majestuoso que se haya visto: la Creación de nuestro sistema solar.

En la inmensidad del espacio, los «dioses» —los planetas— estaban aún por aparecer, por ser nombrados, por tener sus «destinos» —sus órbitas— fijados. Sólo existían tres cuerpos: «el primordial AP.SU» («el que existe desde el principio»), MUM.MU («el que nació») y TIAMAT («la doncella de la vida»). Las «aguas» de Apsu y Tiamat se mezclaron, y el texto aclara que no se refiere a las aguas en las que crecen las cañas, sino más bien a las aguas primordiales, los elementos básicos generadores de vida del universo.

Apsu, por tanto, es el Sol, «el que existe desde el principio».

El más cercano a él es Mummu. El relato deja claro más adelante que Mummu era el ayudante de confianza y emisario de Apsu: una buena descripción de Mercurio, el pequeño planeta que gira con rapidez alrededor de su gigante señor. De hecho, esta era la idea que los antiguos griegos y romanos tenían del dios-planeta Mercurio: el rápido mensajero de los dioses.

Bastante más lejos estaba Tiamat. Ella era el «monstruo» que Marduk despedazaría más tarde, el «planeta desaparecido», Pero en los tiempos primordiales fue la verdadera Virgen Madre de la primera Trinidad Divina. El espacio entre ella y Apsu no estaba vacío; estaba henchido con los elementos primordiales de Apsu y Tiamat. Estas «aguas» «se entremezclaron», y se formaron dos dioses celestes —planetas— en el espacio entre Apsu y Tiamat.

Sus aguas se entremezclaron…
Los dioses se formaron en medio de ellos:
el dios LAHMU y el dios LAHAMU nacieron;
por su nombre se les llamó.

Etimológicamente, los nombres de estos dos planetas provienen de la raíz LH.M («hacer la guerra»). Los antiguos nos legaron la leyenda de que Marte era el Dios de la Guerra y Venus la Diosa tanto del Amor como de la Guerra. LAHMU y LAHAMU eran, de hecho, nombres masculino y femenino respectivamente, con lo que la identidad de los dos dioses de la epopeya y los planetas Marte y Venus se confirman tanto etimológica como

mitológicamente. También se confirma astronómicamente, dado que el «planeta desaparecido» Tiamat estaba situado más allá de Marte. Ciertamente, Marte y Venus están situados en el espacio que hay entre el Sol (Apsu) y «Tiamat». Podemos ilustrar esto siguiendo el mapa celeste sumerio.

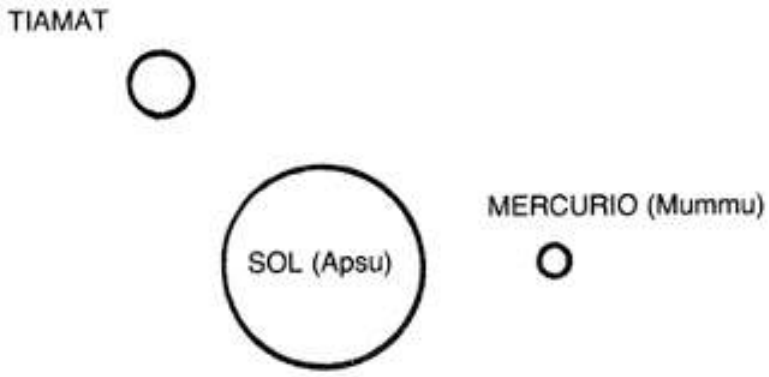


Fig. 102.

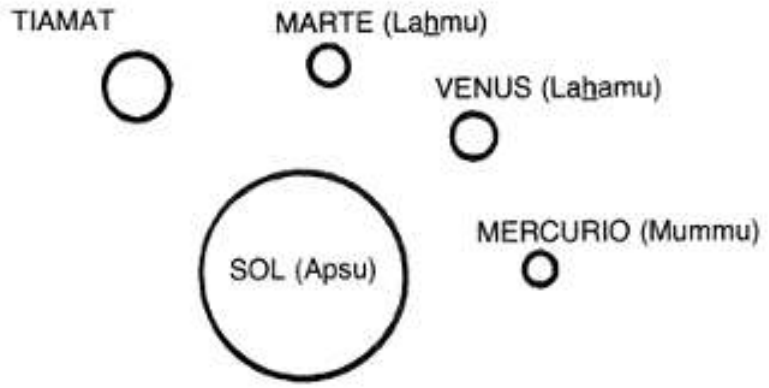


Fig. 103.

Después, prosiguió el proceso de formación del sistema solar. Lahmu y Lahamu —Marte y Venus— nacieron pero, incluso

Antes de que hubieran crecido en edad
y en estatura hasta el tamaño señalado,
el dios ANSHAR y el dios KISHAR fueron formados,
sobrepasándoles [en tamaño].
Cuando se alargaron los días y se multiplicaron los años,
el dios ANU se convirtió en su hijo —de sus antepasados un rival.
Entonces, el primogénito de Anshar, Anu,
como su igual y a su imagen engendró a NUDIMMUD.

Con una sequedad sólo igualada por la precisión narrativa, el Primer Acto de la epopeya de la Creación ha sido rápidamente representado ante nuestros ojos. Se nos ha informado que Marte y Venus iban a crecer sólo hasta un tamaño limitado; pero, incluso antes de que su formación se completara, otros dos planetas se formaron. Los dos eran planetas majestuosos, como lo evidencian sus nombres —AN.SHAR («príncipe, el primero de los cielos») y KI.SHAR («el primero de las tierras firmes»). Éstos aventajaban en tamaño al primer par, «sobrepasándoles» en estatura. La descripción, los epítetos y la situación de este segundo par los identifica fácilmente como Saturno y Júpiter.

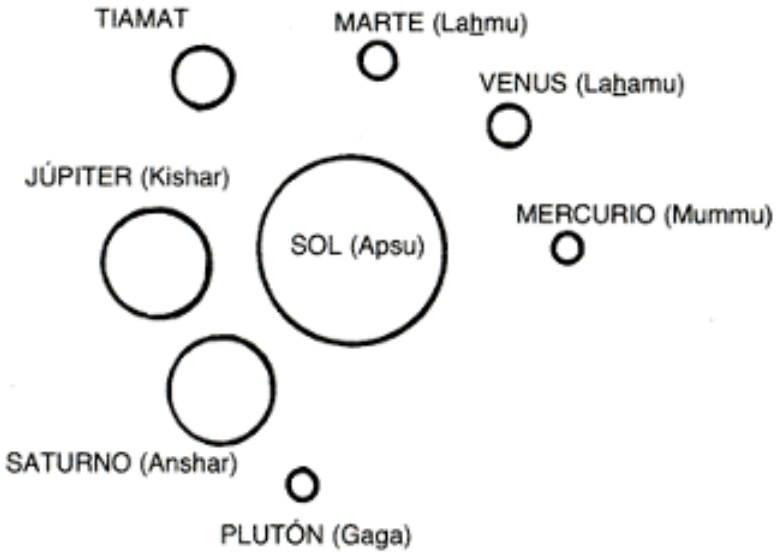


Fig. 104.

Después, pasó algún tiempo («se multiplicaron los años»), y nació un tercer par de planetas. Primero llegó ANU, más pequeño que Anshar y Kishar («su hijo»), pero mayor que los primeros planetas («de sus antepasados un rival» en tamaño). Después, Anu engendró, a su vez, a un planeta gemelo, «su igual y a su imagen». La versión babilonia nombra al planeta NUDIMMUD, un epíteto de Ea/Enki. Una vez más, las descripciones de tamaño y situación se adecúan al siguiente par de planetas de nuestro sistema solar, Urano y Neptuno.

Pero aún hubo otro planeta que se sumó a estos planetas exteriores, aquel al que llamamos Plutón. «La Epopeya de la Creación» ya se ha

referido a Anu como «primogénito de Anshar», dando a entender que aún había otro dios planetario «nacido» de Anshar/Saturno.

La epopeya alcanza a esta deidad celeste más adelante, cuando relata cómo Anshar envió a su emisario GAGA en varias misiones a otros planetas. En función y en estatura, Gaga tiene el aspecto del emisario de Apsu, Mummu; esto nos recuerda las muchas similitudes que hay entre Mercurio y Plutón. Gaga, por tanto, era Plutón; pero los sumerios, en su mapa celeste, no situaban a Plutón más allá de Neptuno, sino junto a Saturno, del que era su «emisario» o satélite.

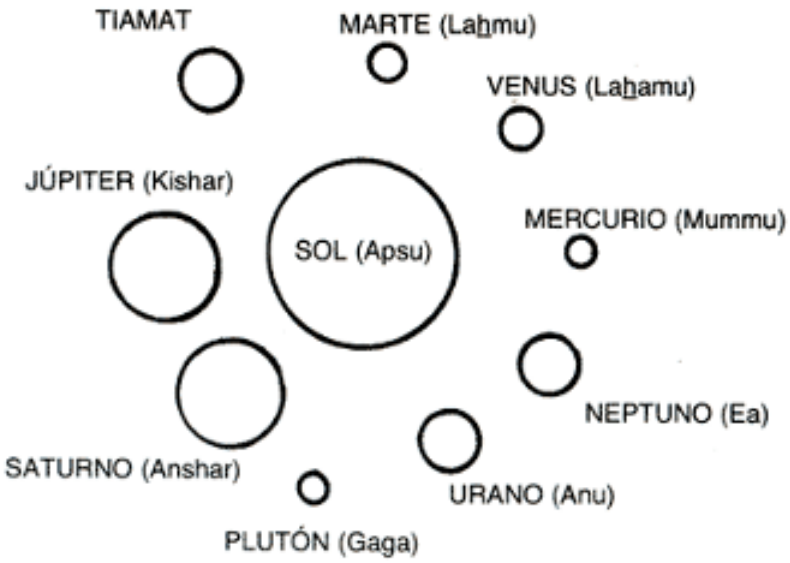


Fig. 105.

Cuando el Primer Acto de «La Epopeya de la Creación» tocaba a su fin, había un sistema solar compuesto por el Sol y nueve planetas:

- SOL-Apsu, «aquel que existía desde el principio».
- MERCURIO-Mummu, consejero y emisario de Apsu.
- VENUS-Lahamu, «dama de las batallas».
- MARTE-Lahmu, «deidad de la guerra».
- ¿?-Tiamat, «doncella que dio la vida».
- JÚPITER-Kishar, «el primero de las tierras firmes».
- SATURNO-Anshar, «el primero de los cielos».
- PLUTÓN-Gaga, consejero y emisario de Anshar.

- URANO-Anu, «él de los cielos»
- NEPTUNO-Nudimmud (Ea), «creador ingenioso».

¿Dónde estaban la Tierra y la Luna? Todavía tenían que crearse, como producto de una futura colisión cósmica.

Con el final del majestuoso drama del nacimiento de los planetas, los autores de la Creación épica suben el telón para el Segundo Acto, en un drama de confusión celeste. La recién creada familia de planetas estaba lejos aún de ser estable. Los planetas gravitaban entre sí; estaban convergiendo sobre Tiamat, alterando y poniendo en peligro los cuerpos primordiales.

Los hermanos divinos se agruparon;
perturbaban a Tiamat con sus avances y retiradas.
Alteraban el «vientre» de Tiamat
con sus cabriolas en las moradas del cielo.
Apsu no podía rebajar el clamor de ellos;
Tiamat había enmudecido con sus maneras.
Sus actos eran detestables…
Molestas eran sus maneras.

Nos encontramos aquí con referencias obvias a órbitas erráticas. Los nuevos planetas «avanzaban y se retiraban»; se acercaban demasiado entre ellos («se agruparon»); interferían con la órbita de Tiamat; se acercaban demasiado a su «vientre»; sus «maneras» eran molestas. Aunque era Tiamat la que estaba en mayor peligro, Apsu también encontró «detestables» las maneras de los planetas, y anunció su intención de «destruir, destrozar sus maneras». Se reunió con Mummu y consultó con él en secreto. Pero los dioses oyeron por casualidad «todo lo que habían tramado entre ellos», y el complot para destruirles les hizo enmudecer. El único que no perdió su ingenio fue Ea. Pensó en una estratagema para «verter el sueño en Apsu». A los otros dioses celestes les gustó el plan, y Ea «dibujo un mapa preciso del universo», lanzando un hechizo divino sobre las aguas primordiales del sistema solar.

¿En qué consistió este «hechizo» o fuerza ejercida por «Ea» (el planeta Neptuno) —entonces, el planeta más externo— mientras orbitaba al Sol y circundaba a todos los demás planetas? ¿Acaso su propia órbita alrededor del Sol afectó al magnetismo solar y, con ello, sus emisiones radiactivas?

¿O es que el mismo Neptuno emitió, al ser creado, ingentes radiaciones de energía? Fueran cuales fuesen los efectos, en la epopeya se les comparó con algo así como «verter el sueño» —un efecto calmante— en Apsu (el Sol). Incluso, «Mummu, el Consejero, fue incapaz de moverse».

Como en el relato bíblico de Sansón y Dalila, el héroe, vencido por el sueño, se convirtió en presa fácil y le robaron sus poderes. Ea se movió con rapidez para quitarle a Apsu su papel creador. Apagando, según parece, las ingentes emisiones de materia primordial del Sol, Ea/Neptuno «le arrancó la tiara a Apsu y le quitó el manto de su halo». Apsu fue «vencido». Mummu ya no pudo deambular. Fue «atado y abandonado», un planeta sin vida al lado de su señor.

Al privar al Sol de su creatividad —al detener el proceso de emisión de energía y materia para formar más planetas—, los dioses trajeron una paz temporal en el sistema solar. Más tarde, la victoria se simbolizó cambiando el significado y la situación del Apsu. A partir de entonces, este epíteto se le aplicó a la «Morada de Ea». Cualquier planeta adicional podría venir solamente a través del nuevo Apsu —desde «lo Profundo»— desde los lejanos reinos del espacio que vislumbraba el más lejano de los planetas.

¿Cuánto tiempo pasó antes de que la paz celeste se rompiera de nuevo? La epopeya no lo dice, pero prosigue, casi sin pausas, y sube el telón del Tercer Acto:

En la Cámara de los Hados, el lugar de los Destinos,
un dios fue engendrado, el más capaz y sabio de los dioses;
en el corazón de lo Profundo fue MARDUK creado.

Un nuevo «dios» celeste —un nuevo planeta— se une ahora al reparto. Se formó en lo Profundo, lejos, en el espacio, en una zona donde se le había conferido movimiento orbital —un «destino» de planeta. Fue atraído hasta el sistema solar por el planeta más lejano: «El que lo engendró fue Ea» (Neptuno). El nuevo planeta era digno de contemplar:

Su silueta era encantadora, brillante el gesto de sus ojos;
Nobles eran sus andares, dominantes como los de antaño…
Grandemente se le exaltó por encima de los dioses, rebasándolo todo.
Era el más noble de los dioses, el más alto;
sus miembros eran enormes, era excesivamente alto.

Surgiendo desde el espacio exterior, Marduk era aún un planeta recién nacido, que escupía fuego y emitía radiaciones. «Cuando movía los labios, estallaba el fuego».

A medida que Marduk se acercaba a los demás planetas, «estos lanzaban sobre él sus impresionantes relámpagos», y él brillaba con fuerza, «vestido con el halo de diez dioses». Su aproximación levantó emisiones eléctricas y de otros tipos de entre los otros miembros del sistema solar. Y una sola palabra aquí nos confirma el proceso de descifrado de la epopeya de la Creación: Diez cuerpos celestes le esperaban —el Sol y sólo nueve planetas.

El relato épico nos lleva ahora a lo largo de la veloz carrera de Marduk. En primer lugar, pasa cerca del planeta que le ha «engendrado», que ha tirado de él hacia el sistema solar, el planeta Ea/Neptuno. A medida que Marduk se acerca a Neptuno, la atracción gravitatoria de este sobre el recién llegado crece en intensidad. Neptuno tuerce el sendero de Marduk, «haciéndolo bueno para sus objetivos».

Marduk debía de estar todavía en una fase muy dúctil en aquella época. Cuando pasó junto a Ea/Neptuno, el tirón gravitatorio provocó una protuberancia en el costado de Marduk, como si tuviera «una segunda cabeza». No obstante, este fragmento de Marduk no se desgajó de la masa principal durante el tránsito; pero, cuando Marduk llegó a las inmediaciones de Anu/Urano, algunos trozos de materia se desprendieron de él, dando como resultado la formación de cuatro satélites de Marduk. «Anu extrajo y dio forma a los cuatro lados, relegando su poder al líder del grupo». Llamados «vientos», los cuatro fueron lanzados en una rápida órbita alrededor de Marduk, «arremolinándose como un torbellino».

El orden del tránsito —primero por Neptuno, después por Urano— indica que Marduk estaba entrando en el sistema solar no en la dirección orbital del sistema (en sentido contrario a las manecillas del reloj), sino en dirección opuesta, en el sentido de las manecillas del reloj. Siguiendo el nuevo sendero, el recién llegado no tardó en verse atrapado por las inmensas fuerzas gravitatorias y magnéticas del gigante Anshar/Saturno y, luego, de Kishar/Júpiter. Su sendero se curvó aún más hacia dentro, hacia el centro del sistema solar, hacia Tiamat.

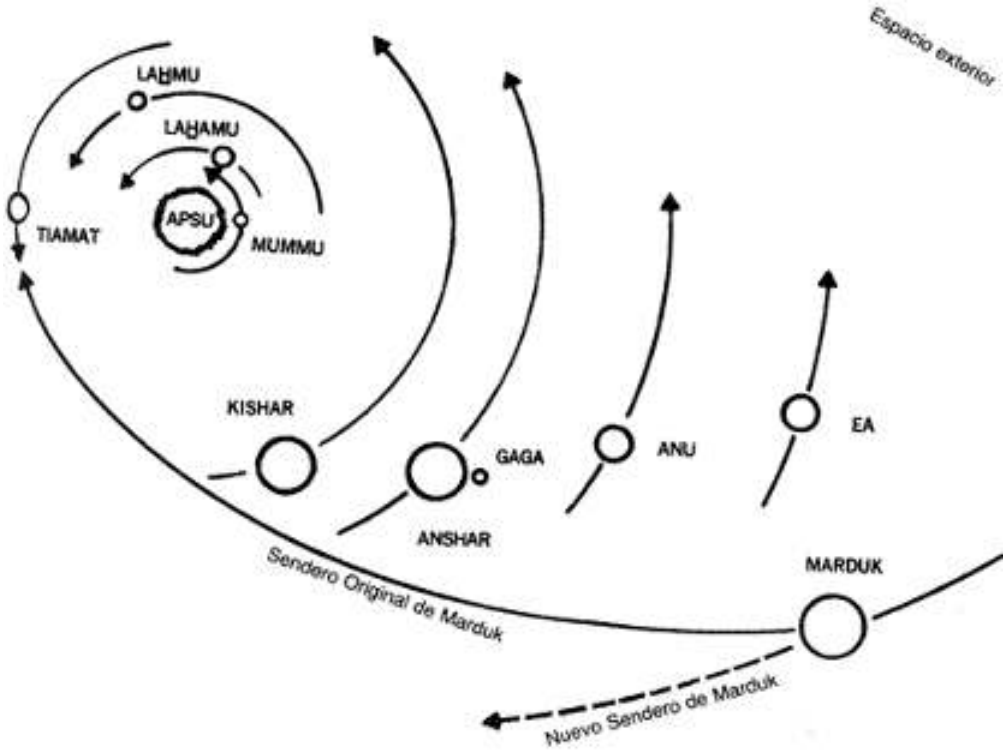


Fig. 106.

La aproximación de Marduk pronto comenzó a alterar a Tiamat y a los planetas interiores (Marte, Venus, Mercurio). «Él produjo corrientes, alteró a Tiamat; los dioses no descansaban, llevados como en una tormenta».

Aunque las líneas de este texto tan antiguo están parcialmente deterioradas en este punto, aún podemos leer que el planeta que se acercaba «diluyó las vitales de aquellos… pellizcó sus ojos». La misma Tiamat «iba de un lado a otro muy turbada» —su órbita, evidentemente, se alteró.

La atracción gravitatoria del gran planeta que se acercaba no tardó en despojar de trozos a Tiamat. De mitad de ella emergieron once «monstruos», un tropel «rugiente y furioso» de satélites que «se separaron» de su cuerpo y «marcharon junto a Tiamat». Preparándose para afrontar el embate de Marduk, Tiamat «los coronó con halos», dándoles el aspecto de «dioses» (planetas).

De especial importancia para la epopeya y la cosmogonía mesopotámica fue el principal satélite de Tiamat, que recibió el nombre de KINGU, «el primogénito entre los dioses que formaron la asamblea de ella».

Ella elevó a Kingu,

en medio de ellos lo hizo grande…
El alto mando en la batalla
confió a su mano.

Sujeto a las conflictivas fuerzas gravitatorias, este gran satélite de Tiamat comenzó a moverse hacia Marduk. El que se le concediera a Kingu una Tablilla de Destinos —un sendero planetario propio— es lo que más disgustó a los planetas exteriores. ¿Quién le había concedido a Tiamat el derecho de dar a luz nuevos planetas?, preguntó Ea. Él le llevó el problema a Anshar, el gigante Saturno.

Todo lo que Tiamat había conspirado, a él se lo repitió:
«… ella ha creado una Asamblea y ha montado en cólera…
les ha dado armas incomparables, ha dado a luz monstruos-dioses…
además once de esta clase ha dado a luz;
de entre los dioses que formaban su Asamblea,
ella ha elevado a Kingu, su primogénito, le ha hecho jefe…
le ha dado una tablilla de destinos, se la ha sujetado al pecho».

Volviéndose a Ea, Anshar le preguntó si podría ir a matar a Kingu. La respuesta se ha perdido debido a una rotura en las tablillas; pero parece ser que Ea no satisfizo a Anshar, pues lo siguiente que tenemos del relato nos muestra a Anshar dirigiéndose a Anu (Urano) para averiguar si él aceptaría «ir y enfrentarse a Tiamat». Pero Anu «fue incapaz de enfrentarla y se volvió».

En los agitados cielos, crece la confrontación; un dios después de otro se apartan a un lado. ¿Acaso nadie va a darle batalla a la furiosa Tiamat?

Marduk, después de pasar Neptuno y Urano, se acerca ahora a Anshar (Saturno) y sus amplios anillos. Esto le da a Anshar una idea: «Aquél que es potente será nuestro Vengador; aquel que es agudo en la batalla: ¡Marduk, el héroe!». Al ponerse al alcance de los anillos de Saturno («él besó los labios de Anshar»), Marduk responde:

«¡Si yo, realmente, como vuestro Vengador
he de vencer a Tiamat, he de salvar vuestras vidas,
convoca una Asamblea para proclamar mi Destino supremo!».

La condición era atrevida pero simple: Marduk y su «destino» —su órbita alrededor del Sol— debían tener la supremacía entre todos los dioses

celestes. Fue entonces cuando Gaga, el satélite de Anshar/Saturno —y futuro Plutón—, se desvió de su curso:

Anshar abrió la boca,
a Gaga, su Consejero, una palabra dirigió…
«Ponte en camino, Gaga,
toma tu puesto ante los dioses,
y lo que yo te cuente
repíteselo a ellos».

Acercándose a los otros dioses/planetas, Gaga les instó a «fijar su veredicto para Marduk». La decisión fue la que se preveía: lo único que ansiaban los dioses era que alguien diera la cara por ellos. «¡Marduk es rey!», gritaban, y le instaron a que no perdiera más tiempo: «¡Ve y acaba con la vida de Tiamat!».

El telón se levanta ahora para el Cuarto Acto, la batalla celeste.

Los dioses habían decretado el «destino» de Marduk; la combinación de fuerzas gravitatorias había determinado que el sendero orbital de Marduk no tuviera más que una salida: hacia la «batalla», una colisión con Tiamat.

Como corresponde a un guerrero, Marduk se preparó con diversas armas. Llenó su cuerpo con una «llama ardiente»; «construyó un arco… al que sujetó una flecha… frente a sí puso al rayo»; y «después hizo una red con la que envolver a Tiamat». Todo esto no eran más que nombres comunes para lo que sólo podían ser fenómenos celestes —las descargas eléctricas que se darían los planetas mientras convergían— o el tirón gravitatorio (una «red») de uno sobre otro.

Pero las principales armas de Marduk eran sus satélites, los cuatro «vientos» con los que Urano le proveyó cuando Marduk pasó junto a él: Viento Sur, Viento Norte, Viento Este, Viento Oeste. Al pasar junto a los gigantes, Saturno y Júpiter, y sujeto a sus tremendas fuerzas gravitatorias, Marduk «sacó» tres satélites más - Viento del Mal, Torbellino y Viento Incomparable.

Utilizando sus satélites como una «cuadriga tormenta», «lanzó los vientos que había hecho nacer, los siete». Los adversarios estaban dispuestos para la batalla.

El Señor salió, siguió su curso;
Hacia la furiosa Tiamat dirigió su rostro…

El Señor se acercó para explorar el lado interno de Tiamat
los planes de Kingu, su consorte, apreciar.

Pero a medida que los planetas se iban acercando entre sí, el curso de Marduk se hizo errático:

Mientras observaba, su curso se vio afectado,
su dirección se distrajo, sus actos eran confusos.
Incluso los satélites de Marduk comenzaron a virar fuera de curso:
Cuando los dioses, sus ayudantes,
que marchaban a su lado,
vieron al valiente Kingu, su visión se hizo borrosa.

¿Acaso los combatientes no iban a encontrarse después de todo?

Pero la suerte estaba echada, los cursos llevaban inevitablemente a la colisión. «Tiamat lanzó un rugido»… «el Señor levantó la desbordante tormenta, su poderosa arma». Cuando Marduk estuvo más cerca, la «furia» de Tiamat creció; «las raíces de sus piernas se sacudían adelante y atrás». Ella empezó a lanzar «hechizos» contra Marduk —el mismo tipo de ondas celestes que Ea había usado antes contra Apsu y Mummu. Pero Marduk siguió acercándose.

Tiamat y Marduk, los más sabios de los dioses,
avanzaban uno contra otro;
prosiguieron el singular combate,
se aproximaron para la batalla.

El relato nos lleva ahora a la descripción de la batalla celeste, en los momentos previos a la creación del Cielo y la Tierra.

El Señor extendió su red para atraparla;
el Viento del Mal, el de más atrás, se lo soltó en el rostro.
Cuando ella abrió la boca, Tiamat, para devorarlo
él le clavó el Viento del Mal para que no cerrara los labios.
Los feroces Vientos de tormenta cargaron entonces su vientre;
su cuerpo se dilató; la boca se le abrió aún más.
A través de ella le disparó él una flecha, le desgarró el vientre;
le cortó las tripas, le desgarró la matriz.
Teniéndola así sojuzgada, su aliento vital él extinguió.

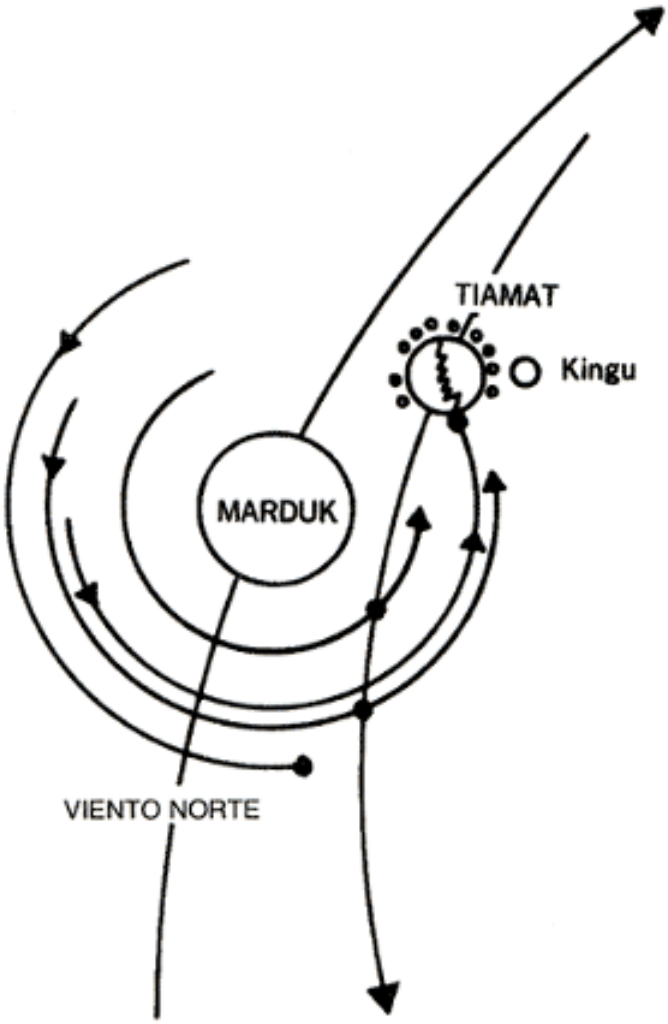


Fig. 107.

Aquí, por tanto, está la teoría más original para explicar los enigmas celestes con los que aún nos enfrentamos. Un sistema solar inestable, compuesto por el Sol y nueve planetas, fue invadido por un gran planeta del espacio exterior, Ea primer lugar, se encontró con Neptuno; al pasar junto a Urano, el gigante Saturno y Júpiter, su curso se desvió en gran medida en dirección hacia el centro del sistema solar, al tiempo que sacaba siete satélites. Y entró en un curso inalterable de colisión con Tiamat, el siguiente planeta en línea.

Pero los dos planetas no chocaron entre sí, un hecho de cardinal importancia astronómica: fueron los satélites de Marduk los que chocaron con Tiamat, y no el mismo Marduk. Ellos «dilataron» el cuerpo de Tiamat, haciéndole una amplia hendidura. A través de estas fisuras en Tiamat,

Marduk disparó una «flecha», un «rayo divino», una inmensa descarga eléctrica que saltó como una chispa desde el energéticamente cargado Marduk, el planeta que estaba «lleno de brillantez». Haciéndose camino hasta las tripas de Tiamat, este rayo «extinguió su aliento vital» —neutralizó las fuerzas y campos eléctricos y magnéticos de Tiamat y los «extinguió».

El primer encuentro entre Marduk y Tiamat dejó a esta resquebrajada y sin vida; pero su destino final estaba aún por determinar en futuros encuentros entre los dos. Kingu, líder de los satélites de Tiamat, se enfrentaría por separado. Pero el destino de los otros diez satélites más pequeños de Tiamat se determinó en aquel momento.

Después de matar a Tiamat, la líder,
su grupo fue destruido, su hueste hecha pedazos.
Los dioses, los auxiliares que marchaban al lado de ella,
temblando de miedo,
dieron la espalda para salvar y preservar sus vidas.

¿Acaso podemos identificar a esta hueste «destruida… rota» que temblaba y «daba la espalda», es decir, invertía sus direcciones?

Quizás así podamos ofrecer una explicación a otro misterio más de nuestro sistema solar: el fenómeno de los cometas. Pequeños globos de materia, los cometas vienen a ser los «miembros rebeldes» del sistema solar, pues no parecen obedecer a ninguna de las normas de circulación. Las órbitas de los planetas alrededor del Sol son (con la excepción de Plutón) casi circulares; las órbitas de los cometas están estiradas, y, en la mayoría de los casos, lo están mucho —hasta el punto de que algunos de ellos desaparecen de nuestra vista durante cientos o miles de años. Los planetas (con la excepción de Plutón) orbitan al Sol en el mismo plano general; las órbitas de los cometas se sitúan en muchos planos diferentes. Y lo más significativo es que, mientras que todos los planetas que conocemos circundan al Sol en la misma dirección (contraria a las manecillas del reloj), muchos cometas se mueven en sentido inverso.

Los astrónomos no pueden decirnos cuál fue la fuerza o cuál fue el suceso que creó a los cometas y los arrojó a sus inusuales órbitas.

Nuestra respuesta: Marduk. Barriendo en sentido inverso, en su propio plano orbital, despedazó, destruyó la hueste de Tiamat hasta convertirla en pequeños cometas, afectándoles con su campo gravitatorio, con la llamada red:

Al echarles la red, se encontraron atrapados…
A todo el grupo de demonios que había marchado junto a ella
les puso grilletes, sus manos ató…
Estrechamente rodeados, no podían escapar.

Después de acabar la batalla, Marduk le quitó a Kingu la Tablilla de los Destinos (la órbita independiente de Kingu) y se la puso en su propio pecho: su curso se había desviado hasta convertirse en una órbita solar permanente. De cuando en cuando, Marduk estaba obligado a volver al escenario de la batalla celeste.

Después de «vencer» a Tiamat, Marduk navegó por los cielos, en el espacio exterior, alrededor del Sol, para volver a pasar por los planetas exteriores: Ea/Neptuno, «cuyo deseo realizó Marduk», Anshar/Saturno, «cuyo triunfo estableció Marduk». Después, su nuevo sendero orbital devolvió a Marduk al escenario de su triunfo, «para afianzar su presa sobre los dioses vencidos», Tiamat y Kingu.

Cuando el telón está a punto de levantarse para el Quinto Acto es el momento en el cual el relato bíblico del Génesis se une al relato mesopotámico de «La Epopeya de la Creación» —aunque, hasta ahora, no se había tomado conciencia de ello; pues es justo en este punto donde comienza realmente el relato de la Creación de la Tierra y el Cielo.

Al completar su primera órbita alrededor del Sol, Marduk «volvió entonces a Tiamat, a la que había sometido».

El Señor se detuvo a ver su cuerpo sin vida.
Dividir al monstruo él, entonces, ingeniosamente planeó.
Después, como un mejillón, la desgarró en dos partes.

El mismo Marduk golpeó esta vez al derrotado planeta, partiendo en dos a Tiamat, separándole el «cráneo» o parte superior. Después, otro de los satélites de Marduk, el llamado Viento Norte, se estrelló contra la mitad separada. El fuerte golpe se llevó a esta parte destinada a convertirse en la Tierra, hasta una órbita donde ningún planeta había orbitado antes:

El Señor puso su pie sobre la parte posterior de Tiamat;
con su arma le separó el cráneo;
cercenó los canales de su sangre;
e hizo que el Viento Norte lo llevara
a lugares que habían sido desconocidos.

¡La Tierra había sido creada!

La parte inferior tuvo otra suerte: en la segunda órbita, Marduk golpeó convirtiéndola en pedazos.

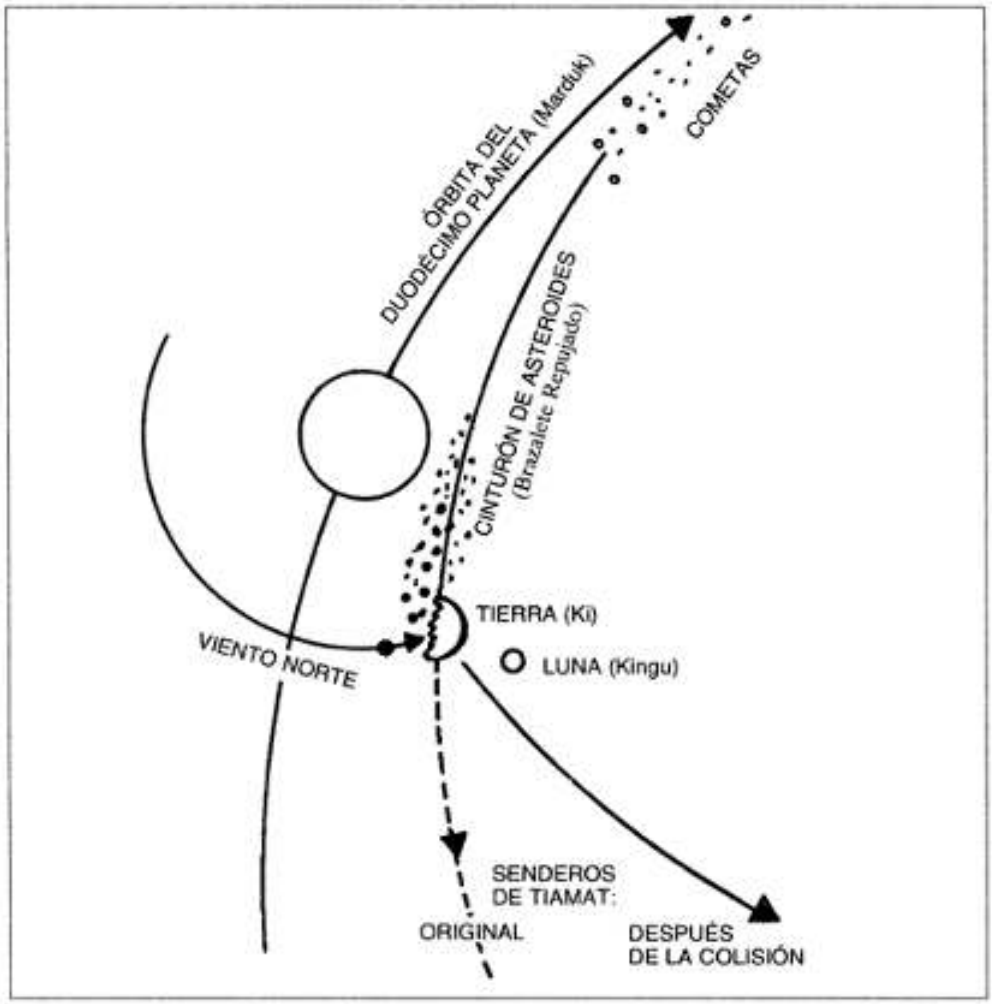


Fig. 108.

La [otra] mitad la levantó como pantalla para los cielos: encerrándolos juntos, como vigías los estacionó… Dobló la cola de Tiamat para formar la Gran Banda como un brazalete.

Los trozos de esta mitad rota fueron repujados hasta convertirlos en un «brazalete» en los cielos, actuando como una pantalla entre los planetas interiores y los exteriores. Se extendieron en una «gran banda». Se había creado el cinturón de asteroides.

Astrónomos y físicos reconocen la existencia de grandes diferencias entre los planetas interiores o «terrestres» (Mercurio, Venus, la Tierra y su Luna, y Marte) y los planetas exteriores (Júpiter, etc.), dos grupos separados por un cinturón de asteroides. También encontramos en la epopeya sumeria el antiquísimo reconocimiento de estos fenómenos.

Pero, además, se nos ofrece por primera vez una explicación cosmogónica-científica coherente de los acontecimientos celestes que llevaron a la desaparición del «planeta perdido» y a la resultante creación del cinturón de asteroides (además de los cometas) y de la Tierra. Después de que Marduk partiera a Tiamat en dos con sus satélites y sus descargas eléctricas, otro satélite le empujó la mitad superior a una nueva órbita, dando origen así a la Tierra; después, Marduk, en su segunda órbita, hizo pedazos la parte inferior y la esparció en una gran banda celeste.

Todos los enigmas que se han mencionado tienen respuesta en «La Epopeya de la Creación», descifrada de este modo. Además, también disponemos de respuesta a la pregunta de por qué los continentes de la Tierra se concentran en uno de sus lados mientras, en el lado opuesto, queda una enorme cavidad (el lecho del Océano Pacífico). Las referencias constantes a las «aguas» de Tiamat son también esclarecedoras. A ella se le llamó el Monstruo del Agua, y esto explicaría por qué la Tierra, como parte de Tiamat, fue dotada también con esta agua. De hecho, algunos estudiosos modernos denominan a la Tierra «Planeta Océano», pues es el único de los planetas conocidos del sistema solar que ha sido bendecido con estas aguas dadoras de vida.

Por novedosas que puedan parecer estas teorías cosmológicas, fueron hechos aceptados por los profetas y sabios cuyas palabras pueblan el Antiguo Testamento. El profeta Isaías recordó «los días de antaño» cuando el poder del Señor «partió a la Altiva, hizo dar vueltas al monstruo del agua, secó las agua de Tehom-Raba». Llamando al Señor Yahveh «mi rey de antaño», el salmista interpretó en unos cuantos versos la cosmogonía de la

epopeya de la Creación. «Por tu poder, las aguas tú dispersaste; al líder de los monstruos del agua quebraste».

Tiamat ha sido desgarrada: su mitad despedazada es el Cielo —el Cinturón de Asteroides—; la otra mitad, la Tierra, es empujada a una nueva órbita por el «Viento Norte», uno de los satélites de Marduk. El principal satélite de Tiamat, Kingu, se convierte en la Luna de la Tierra; el resto de satélites componen ahora los cometas.

Y Job rememoraba al Señor celestial cuando hirió a «los esbirros de la Altiva»; y, con una sofisticación agronómica impresionante, ensalzó al Señor, que:

El dosel repujado extendió en el lugar de Tehom,
la Tierra suspendió en el vacío…
Su poder detuvo las aguas,
su energía partió a la Altiva;
su Viento extendió el Brazalete Repujado;
su mano extinguió al sinuoso dragón.

Los expertos bíblicos reconocen ahora que el hebreo Tehom («profundidad del agua») proviene de Tiamat, que Tehom-Raba significa «gran Tiamat», y que la comprensión bíblica de los acontecimientos primitivos se basa en las épicas cosmológicas sumerias. Habría que aclarar también que, por encima de todos estos paralelos, se encuentran los primeros versículos del Libro del Génesis, donde se dice que el Viento del Señor se cernía sobre las aguas de Tehom, y que el relámpago del Señor (Marduk en la versión babilonia) iluminó la oscuridad del espacio al golpear y quebrar a Tiamat, creando a la Tierra y a Rakia (literalmente, «el brazalete repujado»). Esta banda celeste (hasta ahora traducida como «firmamento») recibe el nombre de «el Cielo».

El Libro del Génesis (1:8) afirma explícitamente que es a este «brazalete repujado» a lo que el Señor llamó «cielo» (shamaim). Los textos acadios también denominan a esta zona celeste «el brazalete repujado» (rakkis), y dicen que Marduk extendió la parte inferior de Tiamat hasta que junto los extremos, uniéndolos para formar un gran círculo permanente. Las fuentes sumerias no dejan lugar a dudas cuando hablan del «cielo», en concreto, como algo diferente del concepto general de cielos y espacio. Para ellos, el «cielo» era el cinturón de asteroides.

La Tierra y el cinturón de asteroides son «el Cielo y la Tierra» que aparecen tanto en las referencias bíblicas como mesopotámicas, creados cuando Tiamat fue desmembrada por el Señor celeste.

Tras el empujón que le dio a la Tierra el Viento Norte de Marduk para llevarla a su nueva posición celeste, la Tierra obtuvo su propia órbita alrededor del Sol (dando como resultado las estaciones) y recibió su rotación axial (dándonos el día y la noche). Los textos mesopotámicos afirman que una de las tareas de Marduk después de crear la Tierra fue que «asignó [a la Tierra] los días del Sol y estableció los recintos del día y la noche». El concepto bíblico es idéntico:

Y dijo Dios:
«Haya Luces en el Cielo repujado,
para dividir entre el Día y la Noche;
y que sean señales celestes
para las Estaciones, para los Días y para los Años».

En la actualidad, los expertos creen que, tras convertirse en un planeta, la Tierra era una esfera ardiente de volcanes en erupción que llenaban la atmósfera de brumas y nubes. Cuando la temperatura descendió, los vapores se convirtieron en agua, separando la faz de la Tierra en tierra seca y océanos.

La quinta tablilla del Enuma Elish, desgraciadamente mutilada, proporciona exactamente la misma información científica. Al describir los chorros de lava como la «saliva» de Tiamat, la epopeya de la Creación sitúa correctamente este fenómeno antes de la formación de la atmósfera, de los océanos de la Tierra y de los continentes. Después de que «las aguas de las nubes se reunieron», se formaron los océanos, y los «fundamentos» de la Tierra —los continentes— se elevaron.

Cuando tuvo lugar «la realización del frío» —la bajada de temperaturas —, aparecieron la lluvia y la niebla. Mientras tanto, la «saliva» seguía manando, «haciendo capas», conformando la topografía de la Tierra. Una vez más, el paralelismo bíblico es evidente:

Y dijo Dios:
«Que se reúnan las aguas bajo los cielos,
en un lugar, y que aparezca la tierra seca».
Y así fue.

La Tierra, con océanos, continentes y atmósfera, estaba preparada ahora para la formación de montañas, ríos, manantiales y valles. Atribuyendo la totalidad de la Creación al Señor Marduk, el Enuma Elish prosigue la narración:

Poniendo la cabeza de Tiamat [la Tierra] en posición,
él elevó las montañas encima.
Abrió manantiales, y torrentes para sacar el agua.
De los ojos de ella dejó salir el Tigris y el Eufrates.
Con sus ubres formó las altas montañas,
perforó manantiales para pozos, para sacar agua.

En perfecto acuerdo con los descubrimientos actuales, tanto el Libro del Génesis como el Enuma Elish, y otros textos mesopotámicos, sitúan el comienzo de la vida en las aguas, seguido por «criaturas vivientes que bullan» y «aves que vuelen».

No antes de esto aparecieron en la Tierra «criaturas vivientes de cada especie: ganado, cosas reptantes y bestias», culminando con la aparición del Hombre, el último acto de la creación.

Como parte del nuevo orden celeste sobre la Tierra, Marduk «hizo aparecer al divino Luna… nombrándolo para señalar la noche y definir los días cada mes».

¿Quién era este dios celeste? El texto le llama SHESH.KI («dios celeste que protege a la Tierra»). En la epopeya, no existe mención previa de un planeta con este nombre; no obstante, este dios está «dentro de su (de ella) presión celeste [campo gravitatorio]». ¿Y a quién se refiere ese «su»: a Tiamat o Tierra?

Los papeles de, y las referencias a, Tiamat y la Tierra parecen ser intercambiables. La Tierra es Tiamat reencarnada. De la Luna se dice que es el «protector» de la Tierra; que es exactamente el papel que le asignó Tiamat a Kingu, su satélite jefe. La epopeya de la Creación excluye concretamente a Kingu de la «hueste» de Tiamat que fue destruida y diseminada, poniéndolos en movimiento inverso alrededor del Sol como cometas. Tras completar su primera órbita y volver al escenario de la batalla, Marduk decretó la suerte de Kingu:

Y a Kingu, que había sido el principal entre ellos,
lo hizo encoger;

como al dios DUG.GA.E lo consideró.
Le quitó la Tablilla de los Destinos,
que no era legítimamente suya.

Marduk, por tanto, no destruyó a Kingu. Lo castigó quitándole su órbita independiente, órbita que Tiamat le había concedido cuando creció en tamaño. A pesar de ser encogido, empequeñecido, Kingu siguió siendo un «dios» —un miembro planetario del sistema solar. Sin una órbita, no podía hacer otra cosa que volver a ser satélite. Y nos atrevemos a sugerir que Kingu se fue en compañía de la parte superior de Tiamat cuando este fue arrojada a su nueva órbita (como el nuevo planeta Tierra). Así pues, creemos que la Luna es Kingu, el antiguo satélite de Tiamat.

Convertido en un duggae celeste, Kingu fue despojado de sus elementos «vitales» —atmósfera, aguas, materiales radiactivos—; encogió en tamaño y se convirtió en «una masa de arcilla sin vida». Estos términos sumerios describen a la perfección a la Luna, a su historia, recientemente descubierta, y a la suerte que recayó sobre este satélite que comenzó siendo KIN.GU («gran emisario») y terminó siendo DUG.GA.E («olla de plomo»).

L. W. King (*The Seven Tablets of Creation*) informó de la existencia de tres fragmentos de una tablilla astronómica-mitológica que ofrecían otra versión de la batalla de Marduk con Tiamat, y en los que había algunos versos que trataban del modo en que Marduk despachó a Kingu. «Kingu, su esposo, con un arma no de guerra cortó las Tablillas del Destino que Kingu cogió en sus manos». En una revisión y traducción posterior del texto, hecha por B. Landesberger (en 1923, en el *Archiv für Keilschriftforschung*), se demostró que los nombres Kingu/Ensu/Luna eran intercambiables.

Estos textos no sólo confirman nuestra conclusión de que el principal satélite de Tiamat se convirtió en la Luna; también explican los descubrimientos de la NASA referentes a una inmensa colisión en la que «cuerpos celestes del tamaño de grandes ciudades se estrellaron en la Luna». Tanto los descubrimientos de la NASA como el texto descubierto por L. W. King describen a la Luna como «el planeta que quedó desolado».

Se han encontrado también sellos cilíndricos que representan la batalla celeste, que muestran a Marduk luchando con una feroz deidad femenina. En una de tales representaciones se ve a Marduk disparando su relámpago a

Tiamat, con Kingu, claramente identificado como la Luna, intentando proteger a Tiamat, su creadora.

Fig. 109.

Esta evidencia gráfica de que la Luna y Kingu eran el mismo satélite se reforzó más tarde con el hecho etimológico de que el nombre del dios SIN, asociado en épocas tardías con la Luna, provenía de SU.EN («señor de la tierra desolada»).

Habiendo dispuesto de Tiamat y de Kingu, Marduk, una vez más, «cruzó los cielos e inspeccionó las regiones». Esta vez, su atención se centró en «la morada de Nudimmud» (Neptuno), para determinar un «destino» final a Gaga, el antiguo satélite de Anshar/Saturno que fue convertido en «emisario» para los demás planetas.

La epopeya nos informa que, como uno de sus últimos actos en los cielos, Marduk asignó a este dios celeste «a un lugar oculto», a una órbita desconocida hasta entonces que daba a «lo profundo» (el espacio exterior), y le confió «la consejería de la Profundidad de las Aguas». En la línea de su nueva posición, el planeta se renombró como US.MI («aquel que muestra el camino»), el planeta más exterior, nuestro Plutón.

Según la epopeya de la Creación, Marduk alardeó en cierto instante diciendo: «Los caminos de los dioses celestes voy a alterar ingeniosamente… en dos grupos se dividirán».

Y, ciertamente, lo hizo. Eliminó de los cielos a la primera pareja-en-la-Creación del Sol, Tiamat. Trajo a la existencia a la Tierra, llevándola a una nueva órbita, más cercana al Sol. Repujó un «brazalete» en los cielos —el cinturón de asteroides que separa al grupo de los planetas interiores del grupo de los planetas exteriores. Convirtió a la mayoría de los satélites de Tiamat en cometas, y a su satélite principal, Kingu, lo puso en órbita alrededor de la Tierra para convertirse en la Luna. Y cambió de lugar un satélite de Saturno, Gaga, para convertirlo en el planeta Plutón, confiriéndole algo de sus propias características orbitales (como la de su plano orbital diferente).

Los enigmas de nuestro sistema solar —las cavidades oceánicas de la Tierra, la devastación de la Luna, las órbitas inversas de los cometas, los misteriosos fenómenos de Plutón— son perfectamente explicables a través de la epopeya de la Creación mesopotámica, si la desciframos del modo en que lo hemos hecho aquí.

Así pues, habiendo «elaborado las posiciones» de los planetas, Marduk tomó para sí la «Posición Nibiru», y «cruzó los cielos e inspeccionó» el nuevo sistema solar. Ahora se componía de doce cuerpos celestes, con doce Grandes Dioses como homólogos.

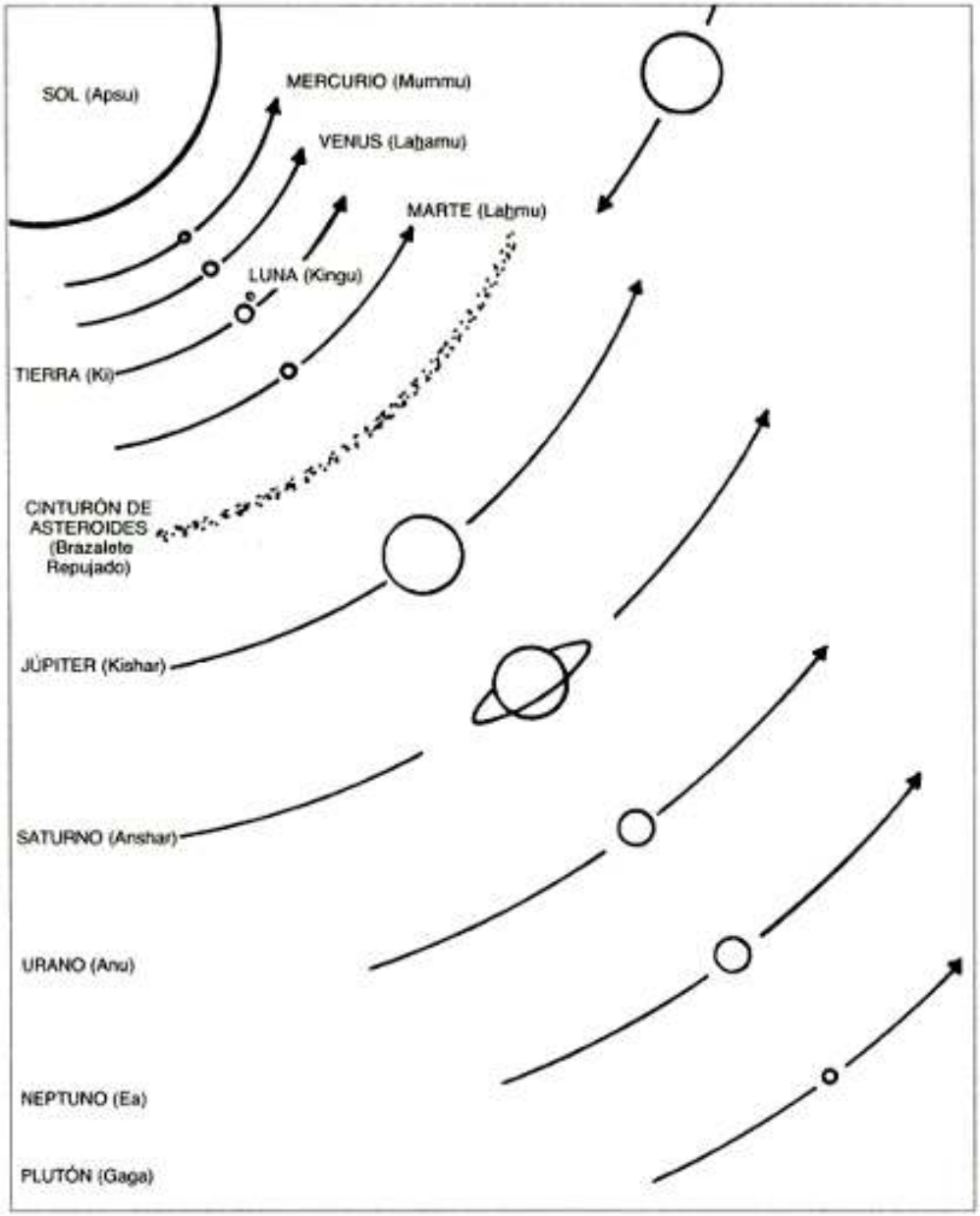

SOL (Apsu)
MERCURIO (Mummu)
VENUS (Lahamu)
MARTE (Lahmu)
LUNA (Kingu)
TIERRA (Ki)
CINTURÓN DE ASTEROIDES (Brazalete Repujado)
JÚPITER (Kishar)
SATURNO (Anshar)
URANO (Anu)
NEPTUNO (Ea)
PLUTÓN (Gaga)

Fig. 110.

8

EL REINO DEL CIELO

Los estudios hechos sobre «La Epopeya de la Creación» y otros textos paralelos (por ejemplo, el de S. Langdon, *The Babylonian Epic of Creation*) demuestran que, en algún momento después del 2000 a. C., Marduk, hijo de Enki, fue el vencedor de una contienda con Ninurta, hijo de Enlil, por la supremacía de los dioses. Los babilonios revisaron entonces el original sumerio de «La Epopeya de la Creación», y borraron de él todas las referencias a Ninurta y la mayoría de las referencias a Enlil, rebautizando al planeta invasor como Marduk.

El ascenso real de Marduk al estatus de «Rey de los Dioses» sobre la Tierra vino acompañado, así pues, por la asignación a él, como homólogo celeste, del planeta de los nefilim, el Duodécimo Planeta. Así pues, como «Señor de los Dioses Celestes [los planetas]», Marduk fue también «Rey de los Cielos».

Algunos expertos creyeron al principio que «Marduk» era la Estrella Polar, o bien alguna otra estrella brillante visible en los cielos mesopotámicos en la época del equinoccio de primavera, dado que al Marduk celeste se le describía como «un brillante cuerpo celeste». Pero Albert Schott (*Marduk und sein Stern*) y otros acabaron demostrando definitivamente que todos los textos astronómicos antiguos hablaban de Marduk como de un miembro del sistema solar.

Dado que otros epítetos describían a Marduk como «el Gran Cuerpo Celeste» y «Aquel Que Ilumina», se avanzó la teoría de que Marduk fuera un Dios Sol babilonio, similar al dios egipcio Ra, al cual los expertos consideraban también un Dios Sol. Los textos que describen a Marduk como el «que explora las alturas de los distantes cielos… llevando un halo cuyo resplandor inspira pavor» parecían apoyar esta teoría. Pero el mismo texto seguía diciendo que «inspecciona las tierras como Shamash [el Sol]». Si Marduk era en algunos aspectos semejante al Sol, no podía ser, claro está, el Sol.

Pero, si Marduk no era el Sol, entonces, ¿qué planeta era? Los antiguos textos astronómicos no conseguían ajustarse a ningún otro planeta. Basando sus teorías en determinados epítetos, tal como Hijo del Sol, algunos expertos indicaron a Saturno. La descripción de Marduk como un planeta rojizo hizo candidato también a Marte.

Pero los textos situaban a Marduk en markas shame («en el centro del Cielo»), y esto convenció a la mayoría de los estudiosos de que la identificación más adecuada sería la de Júpiter, que está situado en el centro de la línea de planetas:

Mercurio Venus Tierra Marte **Júpiter** Saturno Urano Neptuno Plutón

Pero en esta teoría había una contradicción. Los expertos que la habían planteado eran los mismos que sostenían la idea de que los caldeos no tenían noticia de los planetas que hay más allá de Saturno. Por otra parte, estos expertos contaban a la Tierra como un planeta, mientras afirmaban que los caldeos pensaban que la Tierra era el plano centro del sistema planetario, y omitían a la Luna, que los mesopotámicos contaban, con toda seguridad, entre los «dioses celestes». La identificación de Júpiter como Duodécimo Planeta, simplemente, no funcionaba.

«La Epopeya de la Creación» afirma, claramente, que Marduk era un invasor de fuera del sistema solar, que había pasado junto a los planetas exteriores (incluidos Júpiter y Saturno) antes de colisionar con Tiamat. Los

sumerios llamaron al planeta NIBIRU, «el planeta del cruce», y la versión babilonia de la epopeya conservó la siguiente información astronómica:

Planeta NIBIRU:
Las Encrucijadas del Cielo y la Tierra ocupará.
Por encima y por debajo, ellos no cruzarán;
deben esperarle.

Planeta NIBIRU:
Planeta que es brillante en los cielos.
Ocupa la posición central;
a él rendirán homenaje.

Planeta NIBIRU:
Él es el que, sin cansarse,
sigue cruzando por en medio de Tiamat.
Que «CRUZAR» sea su nombre.
Aquél que ocupa el medio.

Estas líneas nos proporcionan información adicional y concluyente que indica que, al dividir al resto de planetas en dos grupos iguales, el Duodécimo Planeta «sigue cruzando por en medio de Tiamat»: su órbita pasa una y otra vez por el lugar de la batalla celeste, donde Tiamat solía estar.

Descubrimos que los textos astronómicos que trataban, de un modo altamente sofisticado, de los períodos planetarios, así como las listas de planetas en su orden celeste, sugerían también que Marduk aparecía en algún lugar entre Júpiter y Marte.

Y, dado que los sumerios conocían todos los planetas, la aparición del Duodécimo Planeta en «la posición central» confirma nuestras conclusiones:

Mercurio Venus Luna Tierra Marte **Marduk** Júpiter Saturno Urano Neptuno Plutón

Si la órbita de Marduk pasa por donde estuvo Tiamat en otro tiempo, por un lugar relativamente cercano a nosotros (entre Marte y Júpiter), ¿por qué no hemos visto aún a este planeta que, supuestamente, es tan grande y brillante?

Los textos mesopotámicos dicen que Marduk llega a regiones desconocidas de los cielos, en la lejanía del universo. «Él explora los conocimientos ocultos… ve todos los rincones del universo». Se le describía como el «admonitor» de todos los planetas, aquel cuya órbita le permite circundar a todos los demás. «Los abraza en sus bandas [órbitas]», hace un «aro» a su alrededor. Su órbita era «más elevada» y «más grandiosa» que la de cualquier otro planeta. Se le ocurrió así a Franz Kugler (*Stemkunde und Sterndienst in Babylon*) que Marduk fuera un cuerpo celeste de movimiento rápido que orbitara en un gran sendero elíptico, al igual que un cometa.

Un recorrido elíptico de este tipo, sujeto al Sol como centro de gravedad, tiene un apogeo —el punto más distante del Sol, desde donde comienza el camino de vuelta— y un perigeo —el punto más cercano al Sol, desde donde comienza su retorno al espacio exterior.

Descubrimos que estas dos «bases» están, ciertamente, asociadas con Marduk en los textos mesopotámicos. Los textos sumerios decían que el planeta iba de AN.UR («la base del Cielo») a E.NUN («la morada elevada»). La epopeya de la Creación decía de Marduk:

Cruzó el Cielo e inspeccionó las regiones…
La estructura de lo Profundo midió entonces el Señor.
E-Shara él estableció como su morada prominente;
E-Shara como una gran morada en el Cielo estableció.

Una «morada» era, así pues, «prominente» —en las regiones profundas del espacio. La otra estaba en el «Cielo», dentro del cinturón de asteroides, entre Marte y Júpiter.

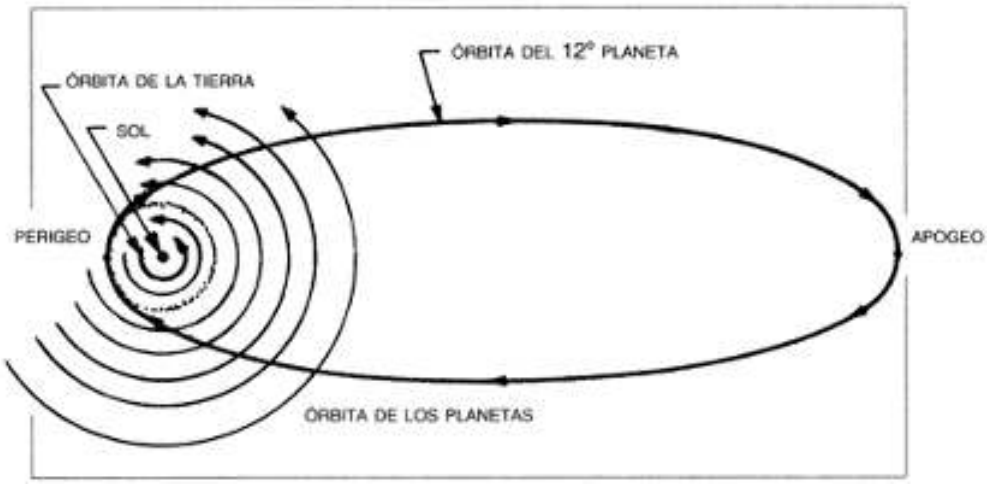


Fig. 111.

Siguiendo las enseñanzas de su antepasado sumerio, Abraham de Ur, los antiguos hebreos asociaron también a su deidad suprema con el planeta supremo. Al igual que los textos mesopotámicos, muchos libros del Antiguo Testamento dicen que el «Señor» tenía su morada en «las alturas del Cielo», desde donde «contemplaba los principales planetas mientras aparecían»; un Señor celestial que, invisible, «por los cielos se mueve en un círculo». El Libro de Job, después de describir la colisión celeste, ofrece estos significativos versículos que nos cuentan adónde ha ido el elevado planeta:

Hacia lo Profundo marcó una órbita;
donde la luz y la oscuridad [se mezclan]
está su límite más lejano.

No menos explícitos, los Salmos esbozan el majestuoso curso del planeta:

Los Cielos ensalzan la gloria del Señor;
el Brazalete Repujado proclama su obra…
Él sale como un novio del dosel;
como un atleta, se regocija en hacer su carrera.
Desde el fin de los cielos él emana,
y su circuito está donde estos terminan.

Reconocido como un gran viajero en los cielos, remontando el vuelo hasta las inmensas alturas de su apogeo, para, después, «bajar, curvándose en el Cielo» de su perigeo, se representó al planeta como un Globo Alado.

Dondequiera que los arqueólogos descubrieran restos de pueblos de Oriente Próximo, el símbolo del Globo Alado aparecía, dominando templos y palacios, tallado en las rocas, grabado en sellos cilíndricos, pintado en las paredes. Acompañaba a reyes y sacerdotes, se colocaba por encima de sus tronos, se «cernía» por encima de ellos en los escenarios de las batallas, se grababa en sus cuadrigas. Objetos de arcilla, metal, piedra y madera se adornaban con este símbolo. Los soberanos de Sumer y Acad, de Babilonia y Asiria, de Elam y Urartu, de Mari y Nuzi, de Mitanni y Canaán, todos, reverenciaban este símbolo. Reyes hititas, faraones egipcios, shar's persas, todos, proclamaban la supremacía del símbolo (y de lo que significaba). Y así fue durante milenios.

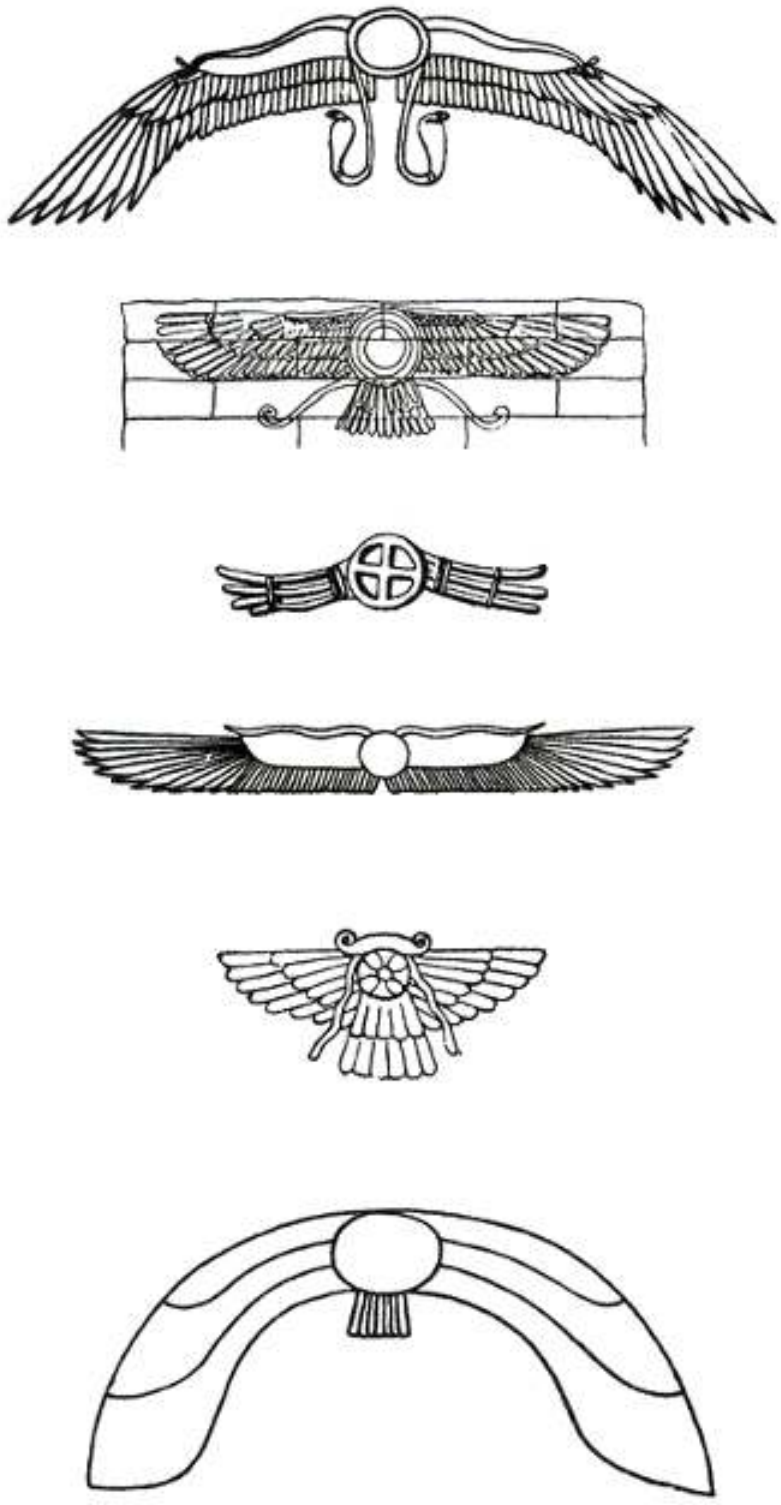


Fig. 112.

La convicción de que el Duodécimo Planeta, «el Planeta de los Dioses», seguía dentro del sistema solar, y que su gran órbita volvía a pasar

periódicamente por las cercanías de la Tierra, era el punto central de las creencias religiosas y de la astronomía del mundo antiguo. El signo pictográfico del Duodécimo Planeta, el «Planeta del Cruce», era una cruz.

Este signo cuneiforme, , que también significa «Anu» y «divino», evolucionó en las lenguas semitas hasta la letra *tav*, , que significaba «la señal».

Y, ciertamente, todos los pueblos del mundo antiguo consideraban la aproximación periódica del Duodécimo Planeta como una señal de trastornos, grandes cambios y nuevas eras. Los textos mesopotámicos hablaban de la aparición periódica del planeta como de un acontecimiento anticipado, predecible y observable:

El gran planeta:
en su aspecto, rojo oscuro.
El Cielo divide por la mitad
y se levanta como Nibiru.

Muchos de los textos que tratan de la llegada del planeta eran augurios que profetizaban el efecto que el acontecimiento tendría sobre la Tierra y la Humanidad. R. Campbell Thompson (*Reports of the Magicians and Astronomers of Nineveh and Babylon*) reprodujo varios de estos textos, que describen el avance del planeta mientras «bordeaba la posición de Júpiter» y llegaba al punto de cruce, Nibiru:

Si, desde la posición de Júpiter,
el Planeta pasa hacia el oeste,
habrá un tiempo para morar en la seguridad.
La amable paz descenderá sobre la tierra.
Si, desde la posición de Júpiter,
el Planeta aumenta en brillo
y en el Zodiaco de Cáncer se convierte en Nibiru,
Acad se desbordará de plenitud,
el rey de Acad crecerá poderoso.
Si Nibiru culmina…
las tierras habitarán con seguridad,
los reyes hostiles estarán en paz,
los dioses recibirán las oraciones y atenderán las súplicas.

No obstante, se esperaba que la aproximación del planeta provocara lluvias e inundaciones, debido a los fuertes efectos gravitatorios:

Cuando el Planeta del Trono del Cielo
crezca en brillo,

habrá inundaciones y lluvias…
Cuando Nibiru alcance su perigeo,
los dioses darán paz;
se resolverán los problemas,
las complicaciones se aclararán.
Lluvias e inundaciones vendrán.

Al igual que los sabios mesopotámicos, los profetas hebreos consideraban el tiempo de aproximación del planeta a la Tierra y el que se hiciera visible a la Humanidad como el preludio de una nueva era. Las similitudes entre los augurios mesopotámicos de paz y prosperidad que debían acompañar al Planeta del Trono del Cielo, y las profecías bíblicas de paz y justicia que se establecerían sobre la Tierra después del Día del Señor, se pueden expresar mejor en boca de Isaías:

Y sucederá en el Fin de los Días:
… el Señor juzgará entre las naciones
y reprobará a muchos pueblos.
Ellos convertirán sus espadas en arados
y sus lanzas en podaderas;
no levantará espada nación contra nación.

Contrastando con las bendiciones de la nueva era que seguirá al Día del Señor, el día mismo se describe en el Antiguo Testamento como un tiempo de lluvias, inundaciones y terremotos. Si vemos estos pasajes bíblicos, al igual que sus homólogos mesopotámicos, como los del tránsito en las cercanías de la Tierra de un gran planeta con una fuerte atracción gravitatoria, las palabras de Isaías se nos harán plenamente comprensibles:

Como el ruido de una multitud en las montañas,
un ruido tumultuoso como el de una gran cantidad de gente,
de reinos, de naciones, agrupadas;
es el Señor de los Ejércitos,
comandando una Hueste en la batalla.
De tierras lejanas vienen,
desde el confín del Cielo
el Señor y sus Armas de la ira
vienen a destruir toda la Tierra…
Por eso haré temblar el Cielo
y se moverá la Tierra de su lugar
cuando cruce el Señor de los Ejércitos,
el día de su ardiente cólera.

Mientras en la Tierra «las montañas se derretirán… los valles se agrietarán», la rotación de la Tierra se verá afectada. El profeta Amos

predijo explícitamente:

Sucederá en aquel Día,
dice el Señor Dios,
que haré ponerse el Sol al mediodía
y oscureceré la Tierra en mitad de la mañana.

Anunciando, «¡Mirad, el Día del Señor se acerca!», el profeta Zacarías avisó a las gentes que, en un solo día, se detendría el giro de la Tierra alrededor de su eje:

Y sucederá en aquel Día
que no habrá luz, sino frío y hielo.
Y habrá un día, conocido sólo del Señor,
que no habrá día ni noche,
cuando en la tarde habrá luz.

Sobre el Día del Señor, dijo el profeta Joel, «el Sol y la Luna se oscurecerán, las estrellas retraerán su fulgor»; «el Sol se volverá oscuridad, y la Luna será como de sangre roja».

Los textos mesopotámicos ensalzaban el fulgor del planeta, y sugerían que se podía ver incluso de día: «visible al amanecer, desapareciendo de la vista con el ocaso». En un sello cilíndrico encontrado en Nippur, se representa a un grupo de labradores mirando sobrecogidos al Duodécimo Planeta (simbolizado por la cruz), visible en los cielos.

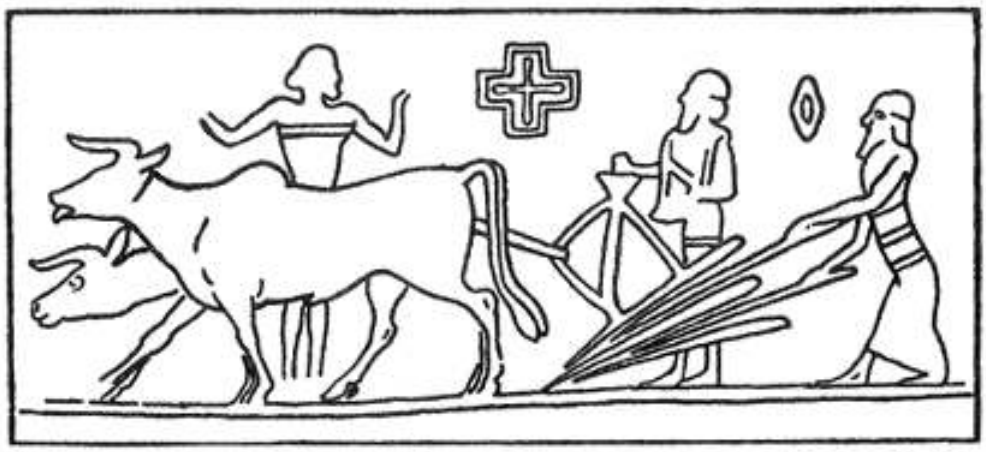


Fig. 113.

Los pueblos de la antigüedad no sólo esperaban la llegada periódica del Duodécimo Planeta, sino que seguían también su avance.

Diversos pasajes bíblicos —concretamente en Isaías, Amos y Job— relatan el movimiento del Señor celestial a través de varias constelaciones.

> «Solo, se extiende por los cielos y se remonta a las alturas de lo Profundo; llega a la Osa Mayor, a Orion y Sirio, y a las constelaciones del sur». O bien, «Su rostro sonríe sobre Tauro y Aries; de Tauro a Sagitario irá».

Estos versículos describen un planeta que no sólo cruza los más altos cielos, sino que también entra desde el sur y se mueve en el sentido de las agujas del reloj —exactamente lo que dedujimos por los datos mesopotámicos.

El profeta Habacuc afirmó, de forma muy explícita:

> «El Señor vendrá del sur… su gloria llenará la Tierra… y Venus será como luz, sus rayos, del Señor dados».

De entre los muchos textos mesopotámicos que tratan este tema, uno es bastante claro:

El Planeta del dios Marduk:
En su aparición: Mercurio.
Ascendiendo treinta grados del arco celeste: Júpiter.
Cuando se sitúe en el lugar de la batalla celeste:
Nibiru.

Como ilustra el diagrama esquemático de la Fig. 114, los textos citados hasta aquí no están dando, simplemente, diferentes nombres al Duodécimo Planeta, tal como los expertos han supuesto. Más bien se están refiriendo a los movimientos del planeta y a los tres puntos cruciales en los que su aparición se puede observar y seguir desde la Tierra.

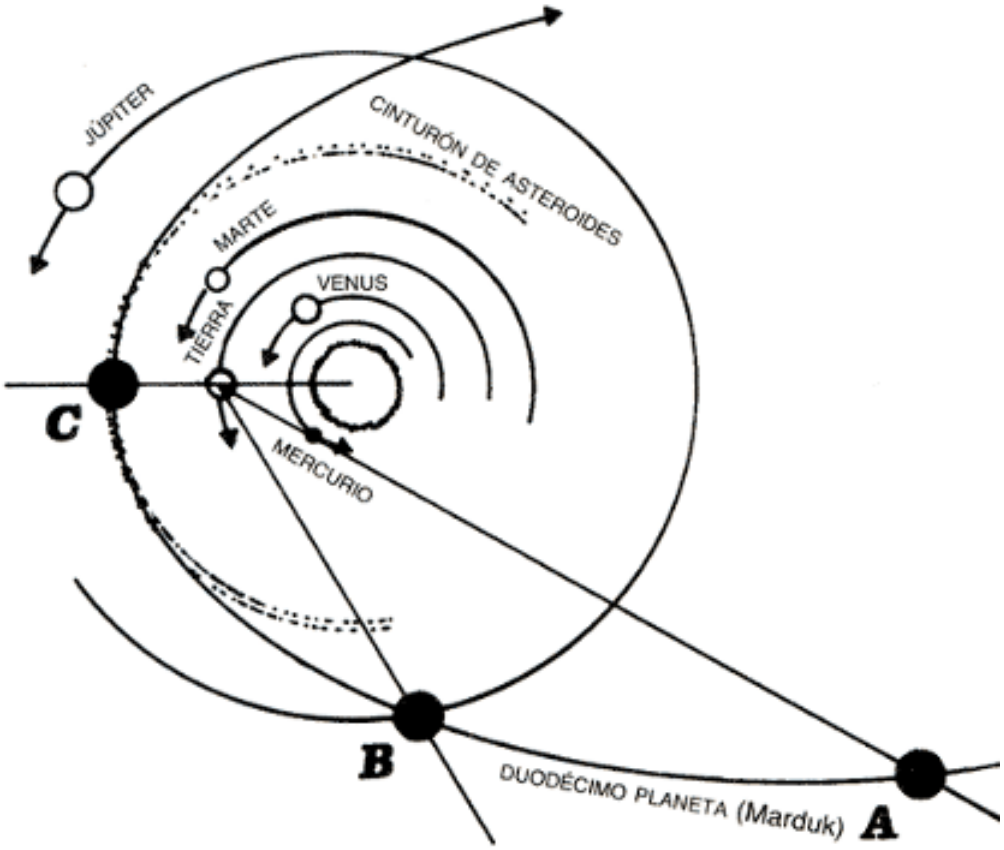


Fig. 114.

La primera ocasión para observar al Duodécimo Planeta en su regreso a las cercanías de la Tierra era, así pues, cuando se alineaba con Mercurio (punto A) —según nuestros cálculos— en un ángulo de 30 grados con respecto al imaginario eje celeste de Sol-Tierra-perigeo. Acercándose a la Tierra y, de ahí, dando la impresión de «ascender» más aún en los cielos terrestres (otros 30 grados, para ser exactos), el planeta cruzaba la órbita de Júpiter en el punto B. Por último, llegando al punto donde tuvo lugar la batalla celeste, el perigeo, o el Lugar del Cruce, el planeta es Nibiru, punto C. Trazando un eje imaginario entre el Sol, la Tierra y el perigeo de la órbita de Marduk, los observadores en la Tierra veían primero a Marduk alineado con Mercurio, en un ángulo de 30° (punto A). Progresando otros 30°, Marduk cruzaba la órbita de Júpiter en el punto B.

Después, en su perigeo (punto C), Marduk alcanzaba El Cruce, volvía al lugar de la Batalla Celeste, el punto más cercano a la Tierra, e iniciaba su órbita de regreso al espacio lejano.

La anticipación del Día del Señor en los antiguos escritos mesopotámicos y hebreos, que tuvo su eco en las expectativas de la llegada del Reino del Cielo en el Nuevo Testamento, se basaba, de este modo, en las experiencias reales de las gentes de la Tierra, en el hecho de haber presenciado el regreso periódico del Planeta del Reino a las cercanías de la Tierra.

La aparición y desaparición periódica del planeta confirma la suposición de su permanencia en órbita solar. En este aspecto, actúa como muchos cometas. Algunos de los cometas conocidos —como el Halley, que se acerca a la Tierra cada 75 años— desaparecían de la vista durante tanto tiempo, que a los astrónomos les resultaba difícil darse cuenta de que se trataba del mismo cometa. Otros de estos cuerpos celestes sólo se han visto en una ocasión para la memoria humana, y se supone que tienen períodos orbitales de miles de años. El cometa Kohoutek, por ejemplo, descubierto en Marzo de 1973, llegó hasta los 120 000 000 kilómetros de la Tierra en Enero de 1974, y desapareció por detrás del Sol poco después. Los astrónomos calculan que volverá a aparecer en algún momento entre los 7500 y los 75 000 años en el futuro.

La familiaridad que se observa en los textos con respecto a las apariciones y desapariciones del Duodécimo Planeta sugiere que su período orbital es más corto que el calculado para el Kohoutek. Si esto es así, ¿por qué nuestros astrónomos no son conscientes de la existencia de este planeta? Lo cierto es que, incluso una órbita que fuera la mitad de larga que la de la cifra más baja del Kohoutek, llevaría al Duodécimo Planeta a una distancia seis veces superior a la que nos separa de Plutón —una distancia que impediría que el planeta fuera visible desde la Tierra, dado que difícilmente podría reflejar la luz del Sol. De hecho, los planetas conocidos más allá de Saturno se descubrieron de forma matemática, no visual. Los astrónomos descubrieron que las órbitas de los planetas conocidos parecían estar afectadas por otros cuerpos celestes.

Quizás, este podría ser también el sistema para «descubrir» al Duodécimo Planeta. Ya se ha especulado sobre la existencia de un «Planeta X», que, aunque invisible, parece «sentirse» a través de sus efectos sobre las órbitas de determinados cometas. En 1972, Joseph L. Brady, del

Laboratorio Lawrence Livermore de la Universidad de California, descubrió que las discrepancias en la órbita del cometa Halley podían deberse a un planeta del tamaño de Júpiter que orbitara al Sol cada 1800 años. A una distancia estimada de 9 600 000 000 kilómetros, su presencia sólo se podría detectar matemáticamente.

Aunque tal período orbital no se puede descartar, las fuentes mesopotámicas y bíblicas ofrecen potentes evidencias de que el período orbital del Duodécimo Planeta es de 3600 años. El número 3600 se escribía en sumerio como un gran círculo. El epíteto del planeta —shar («soberano supremo»)— tenía también el significado de «un círculo perfecto», «un ciclo completo». También significaba el número 3600. Y la identidad entre los tres términos —planeta/órbita/3600— no puede ser una mera coincidencia.

Beroso, el erudito-sacerdote-astrónomo babilonio, hablaba de diez soberanos que reinaron en la Tierra antes del Diluvio. Resumiendo los escritos de Beroso, Alejandro Polihistor escribió: «En el segundo libro estaba la historia de los diez reyes de los caldeos, y los períodos de cada reinado, que sumaban en total 120 shar's, es decir, 432 000 años; para llegar a la época del Diluvio».

Abideno, un discípulo de Aristóteles, citó también a Beroso al respecto de los diez soberanos antediluvianos cuyo reinado sumaba en total 120 shar's, y aclaró que estos soberanos y sus ciudades se encontraban en la antigua Mesopotamia:

> Se dice que el primer rey del país fue Aloro… Éste reinó diez shar's. Un shar se estima que son tres mil seiscientos años… Después de él, Alapro reinó tres shar's; a este le sucedió Amilaro, de la ciudad de panti-Biblon, que reinó trece shar's… Después de este, Ammenon reinó doce shar's; él era de la ciudad de panti-Biblon. Después, Megaluro, del mismo lugar, dieciocho shar's. Más tarde, Daos, el Pastor, gobernó por el espacio de diez shar's… Hubo después otros Soberanos, y el último de todos fue Sisithros; de manera que, en total, la cifra asciende a diez reyes, y el término de sus reinados asciende a ciento veinte shar's.

También Apolodoro de Atenas hablaba de las revelaciones prehistóricas de Beroso en términos similares: diez soberanos reinaron durante un total de 120 shar's (432 000 años), y el reinado de cada uno de ellos se midió también en los 3600 años de las unidades shar.

Con la llegada de la Sumerología, los «textos de antaño» a los cuales se refería Beroso se encontraron y se descifraron; eran las listas de reyes sumerios que, según parece, transmitieron la tradición de los diez soberanos antediluvianos que gobernaron la Tierra desde los tiempos en que «el reino fue bajado del Cielo» hasta que «el Diluvio barrió la Tierra».

Una lista de reyes sumerios, conocida como el texto W-B/144, documenta los reinados divinos en cinco asentamientos o «ciudades». En la primera ciudad, Eridú, hubo dos soberanos. El texto prefija ambos nombres con el título silábico «A», que significa «progenitor».

Cuando el reino fue bajado del Cielo,
el reino estuvo primero en Eridú.
En Eridú,
A.LU.LIM se convirtió en rey; gobernó 28 800 años.
A.LAL.GAR gobernó 36 000 años.
Dos reyes la gobernaron 64 800 años.

El reino se transfirió después a otras sedes de gobierno, donde los soberanos recibieron el nombre de en, o «señor» (y, en un caso, el título divino de dirigir).

Dejo Eridú;
su reino se llevó a Bad-Tibira.
En Bad-Tibira,
EN.MEN.LU.AN.NA gobernó 43 200 años;
EN.MEN.GAL.AN.NA gobernó 28 800 años.
El divino DU.MU.ZI, Pastor, gobernó 36 000 años.
Tres reyes la gobernaron durante 108 000 años.

Después, la lista cita las ciudades que siguieron, Larak y Sippar, así como sus divinos soberanos; y, por último, la ciudad de Shuruppak, donde fue rey un humano de parentesco divino. Lo sorprendente del caso, en cuanto a las fantásticas duraciones de estos reinados, es que todas, sin excepción, son múltiplos de 3600:

Alulim	8 x 3600 = 28 800
Alalgar	10 x 3600 = 36 000

Enmenluanna	12 x 3600 = 43 200
Enmengalanna	8 x 3600 = 28 800
Dumuzi	10 x 3600 = 36 000
Ensipazianna	8 x 3600 = 28 800
Enmenduranna	6 x 3600 = 21 600
Ubar-Tutu	5 x 3600 = 18 000

Otro texto sumerio (W-B/62) añadió Larsa y sus dos soberanos divinos a la lista de reyes, y los períodos de reinado son también múltiplos perfectos del shar de 3600 años. Con la ayuda de otros textos, la conclusión es que, ciertamente, hubo diez soberanos en Sumer antes del Diluvio, que todos los reinados duraron demasiados shar's, y que, en total, duraron 120 shar's, tal como informó Beroso.

La conclusión que se sugiere es que estos shar's de reinado estaban relacionados con el período shar (3600 años) orbital del planeta «Shar», el «Planeta del Reino»; que Alulim reinó durante ocho órbitas del Duodécimo Planeta, Alalgar durante diez órbitas, etc.

Si estos soberanos antediluvianos eran, como sugerimos, nefilim que vinieron a la Tierra desde el Duodécimo Planeta, entonces no debería de sorprendernos que sus períodos de «reinado» en la Tierra guardaran relación con el período orbital del Duodécimo Planeta. Los períodos de tales mandatos o Reinados se prolongarían desde el momento del aterrizaje hasta el momento del despegue; cuando un comandante llegaba desde el Duodécimo Planeta, el mandato del otro terminaba. Dado que los aterrizajes y despegues debían guardar relación con la aproximación a la Tierra del Duodécimo Planeta, los mandatos sólo se podían medir en estos períodos orbitales, en shar's.

Cómo no, se podría preguntar si cualquiera de los nefilim, después de llegar a la Tierra, podía permanecer al mando, aquí, durante los pretendidos 28 800 o 36 000 años. No nos sorprende que los expertos digan que la duración de estos reinados es «legendaria».

Pero ¿qué es un año? Nuestro «año» es, simplemente, el tiempo que le lleva a la Tierra completar una órbita alrededor del Sol. Dado que la vida se desarrolló en la Tierra cuando ya estaba orbitando al Sol, la vida en la Tierra sigue el patrón de esta duración orbital. (Incluso un tiempo orbital

mucho menor, como el de la Luna, o el ciclo día-noche, tiene la fuerza suficiente como para afectar a casi todas las formas de vida en la Tierra). Vivimos tal cantidad de años porque nuestros relojes biológicos están ajustados a tal cantidad de órbitas de la Tierra alrededor del Sol.

Existen pocas dudas de que la vida en otro planeta se «temporizaría» en función de los ciclos de ese planeta. Si la trayectoria del Duodécimo Planeta alrededor del Sol tuviera tal extensión que una órbita suya se llevara a cabo en el mismo tiempo que a la Tierra le lleva hacer 100 órbitas, un año de los nefilim equivaldría a 100 años nuestros. Si su órbita fuera 1000 veces más larga que la nuestra, 1000 años de la Tierra equivaldrían a sólo un año de los nefilim.

¿Y qué ocurre si, como sugerimos, su órbita alrededor del Sol durara 3600 años? Entonces 3600 de nuestros años serían sólo uno en su calendario, y también un solo año en su vida. El tiempo de mandato (reinado) del que hablan los sumerios y Beroso no sería, de este modo, ni «legendario» ni fantástico: sólo habría durado cinco, ocho o diez años de los nefilim.

En capítulos previos hemos mencionado que la marcha de la Humanidad hacia la civilización —a través de la intervención de los nefilim — pasó por tres etapas, separadas por períodos de 3600 años: el período Neolítico (alrededor de 11 000 a. C.) la fase de la alfarería alrededor del 7400 a. C.) y la repentina civilización sumeria (alrededor del 3800 a. C.). No resulta improbable, por tanto, que los nefilim revisaran periódicamente (y tomaran la resolución de continuar) el progreso de la Humanidad, dado que podían reunirse en asamblea cada vez que el Duodécimo Planeta se acercaba a la Tierra.

Muchos estudiosos (por ejemplo, *Heinrich Zimmer en The Babylonian and Hebrew Génesis*) han indicado que el Antiguo Testamento transmitía también las tradiciones de los jefes antediluvianos o antepasados, y que, en la línea de Adán a Noé (el héroe del Diluvio), se enumeraba a diez soberanos. Viendo en perspectiva la situación previa al Diluvio, el Libro del Génesis (Capítulo 6) describe el desencanto divino con la Humanidad.

«Le pesó al Señor haber hecho al Hombre en la Tierra…
y el Señor dijo: Destruiré al Hombre, al que he creado».

Y el Señor dijo:
Mi espíritu no protegerá al Hombre para siempre;
después de errar, él no es más que carne.
Y sus días eran ciento veinte años.

Generaciones de eruditos han leído este versículo, «Que sus días sean ciento veinte años», como la concesión de Dios al hombre de un lapso vital de 120 años. Pero esto no tiene sentido.

Si el texto trata de la pretensión de Dios de destruir a la Humanidad, ¿por qué, en la misma frase, le iba a ofrecer al Hombre una larga vida? Y nos encontramos con que, tan pronto pasó el Diluvio, Noé vivió bastante más del supuesto límite de 120 años, al igual que sus descendientes, Sem (600), Arpaksad (438), Sélaj (433), etc.

Intentando aplicar el lapso de 120 años al Hombre, los eruditos ignoran el hecho de que el lenguaje bíblico no emplea un tiempo verbal futuro —«Sus días serán»— sino pasado —«Y sus días eran ciento veinte años». La pregunta obvia, por tanto, es la siguiente: ¿Al lapso de vida de quién se refieren aquí?

Nuestra conclusión es que la cantidad de 120 años se entendía que se aplicaba a la Deidad.

El fijar un acontecimiento trascendental en su adecuada perspectiva temporal es un rasgo común de los textos épicos sumerios y babilonios. «La Epopeya de la Creación» comienza con las palabras Enuma elish («cuando en las alturas»). El relato del encuentro del dios Enlil y la diosa Ninlil se sitúa en el tiempo «cuando el hombre aún no había sido creado», etc.

El lenguaje y el propósito del Capítulo 6 del Génesis tenían el mismo objetivo: situar los acontecimientos trascendentes de la gran Inundación en su correcta perspectiva temporal. La primera palabra del primer versículo del Capítulo 6 es cuando:

Cuando los terrestres
comenzaron a crecer en número
sobre la faz de la Tierra,
y les nacieron hijas.

Éste, prosigue la narración, fue el momento en que

Los hijos de los dioses
vieron que las hijas de los terrestres

eran compatibles;
y tomaron para sí
por esposas a las que eligieron.

Momento en el cual…

Los nefilim estaban en el país
en aquellos días, y también después;
cuando los hijos de los dioses
cohabitaron con las hijas de los terrestres
y concibieron.
Ellos fueron los Poderosos que eran de Olam,
el Pueblo del Shem.

Fue entonces, en aquellos días, cuando el Hombre estaba a punto de ser barrido de la faz de la Tierra por el Diluvio.

¿Cuándo fue exactamente eso?

El versículo 3 nos dice, inequívocamente: cuando su edad, la de la Deidad era de 120 años. Ciento veinte «años», no del Hombre ni de la Tierra, sino de los poderosos, el «Pueblo de los Cohetes», los nefilim. Y su año era el shar —3600 años terrestres.

Esta interpretación no sólo aclara los desconcertantes versículos del Génesis 6, sino que también demuestra de qué modo se ajusta a la información sumeria: 120 shar 432 000 años terrestres, habían pasado entre la llegada a la Tierra de los nefilim y el Diluvio.

Antes de volver a los antiguos documentos sobre los viajes de los nefilim a la Tierra y su asentamiento en ella, habría que responder a dos cuestiones básicas: ¿Podrían evolucionar en otro planeta unos seres que, obviamente, no son muy diferentes de nosotros? Y también, ¿dispusieron estos seres, hace medio millón de años, de la posibilidad del viaje interplanetario?

La primera pregunta nos lleva a otra aún más fundamental: ¿Existe vida, tal como la conocemos, en alguna otra parte además de en nuestro planeta? Los científicos saben ahora que existen innumerables galaxias como la nuestra, que tienen incontables estrellas como nuestro Sol, con cantidades astronómicas de planetas que pueden proporcionar todas las combinaciones imaginables de temperatura, atmósfera y componentes químicos, ofreciendo miles de millones de posibilidades para la Vida.

Los científicos también han descubierto que nuestro propio espacio interplanetario no está vacío. Por ejemplo, existen moléculas de agua en el espacio, los restos de lo que se cree que hayan sido nubes de cristales de hielo que, según parece, envolvían a las estrellas en sus primeros estadios de desarrollo. Este descubrimiento da apoyo a las insistentes referencias mesopotámicas a las aguas del Sol, que se mezclaron con las aguas de Tiamat.

También se han encontrado moléculas básicas de materia viva «flotando» en el espacio interplanetario, haciendo saltar en pedazos la creencia de que la vida sólo puede existir dentro de determinado rango de atmósferas o temperaturas. Además, también se ha descartado la idea de que la única fuente de energía y calor disponible para los organismos vivos es la que emite el Sol. Así, la nave espacial Pioneer 10 descubrió que Júpiter, a pesar de estar mucho más lejos del Sol que la Tierra, era tan cálido que debía de tener sus propias fuentes de energía y calor.

Un planeta con abundancia de elementos radiactivos en sus profundidades no sólo generaría su propio calor, sino que también experimentaría una sustancial actividad volcánica. Esta actividad volcánica proporciona una atmósfera. Si el planeta es lo suficientemente grande como para ejercer una fuerte atracción gravitatoria, podrá conservar su atmósfera casi indefinidamente. Esta atmósfera, a su vez, generará un efecto invernadero: protegerá al planeta del frío del espacio y evitará que el calor del planeta se disipe en el espacio —del mismo modo que la ropa nos mantiene calientes, al no dejar que el calor del cuerpo se disipe. Si tenemos esto en cuenta, las descripciones del Duodécimo Planeta en los textos antiguos en las que se dice que iba «vestido con un halo» asumen algo más que un significado poético. Siempre se refieren a él como a un planeta radiante —«el más radiante de los dioses es»— y en las representaciones gráficas se le muestra como un cuerpo que emite rayos. El Duodécimo Planeta podía generar su propio calor y retenerlo gracias a su capa atmosférica.

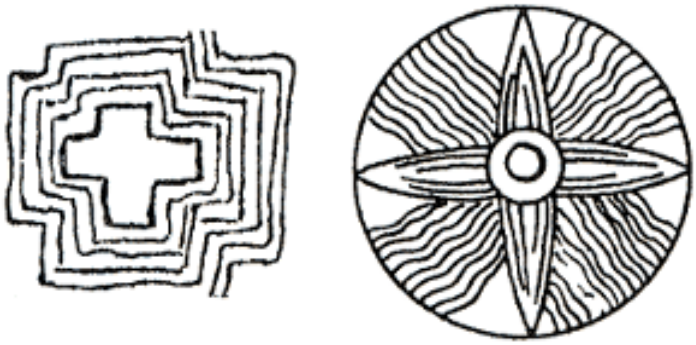


Fig. 115.

Los científicos han llegado también a la inesperada conclusión de que la vida no sólo evolucionó en los planetas exteriores (Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno), sino que, probablemente, evolucionó allí de hecho. Estos planetas están compuestos de los elementos más ligeros del sistema solar, tienen una composición más parecida a la del universo en general y ofrecen profusión de hidrógeno, helio, metano, amoniaco y, probablemente, neón y vapor de agua en sus atmósferas —todos los elementos necesarios para la producción de moléculas orgánicas.

Para el desarrollo de la vida, tal como la conocemos, es esencial el agua. Los textos mesopotámicos no ofrecen dudas al respecto de que el Duodécimo Planeta era un planeta acuoso. En «La Epopeya de la Creación», en la lista de los cincuenta nombres del planeta, aparece un grupo de ellos que ensalzan sus aspectos acuosos. Basándose en el epíteto A.SAR («rey acuoso»), «el que establece los niveles del agua», los nombres describen al planeta como A.SAR.U («rey acuoso noble y brillante»), A.SAR.U.LU.DU («rey acuoso noble y brillante cuya profundidad es abundante»), etc.

Los sumerios no dudaban de que el Duodécimo Planeta fuera un planeta verdoso de vida; de hecho, le llamaban NAM.TIL.LA.KU, «el dios que mantiene la vida». También era «el que concede el cultivo», «creador del grano y las hierbas que hacen que la vegetación crezca… que abre los pozos, repartiendo agua en abundancia» —el «irrigador del Cielo y la Tierra».

Los científicos han llegado a la conclusión de que la vida no evolucionó sobre los planetas terrestres, con sus pesados componentes químicos, sino

en los bordes exteriores del sistema solar. Desde ahí, el Duodécimo Planeta vino hasta el centro, un planeta rojizo, refulgente, que generaba e irradiaba su propio calor, ofreciendo en su propia atmósfera los ingredientes necesarios para la química de la vida.

Si existe un enigma, es el de la aparición de la vida sobre la Tierra. La Tierra se formó hace unos 4 500 000 000, y los científicos creen que las formas más simples de vida se encontraban ya presentes pocos centenares de millones de años después. Esto es, simplemente, demasiado pronto para conseguirlo. Según diversos indicios, las formas de vida más antiguas y sencillas, con más de 3000 millones de años de antigüedad, tenían moléculas de origen biológico, no no-biológico. Esto significa, dicho de otra manera, que la vida que había en la Tierra tan poco tiempo después de que el planeta naciera tenía que ser, necesariamente, descendiente de alguna forma de vida previa, y no el resultado de la combinación de elementos químicos y gases sin vida.

Lo que sugiere todo esto a los desconcertados científicos es que la vida, que no pudo evolucionar fácilmente en la Tierra, no evolucionó, de hecho, en la Tierra. En la revista científica *Ícaro* (Septiembre de 1973), el Premio Nobel Francis Crick y el Dr. Leslie Orgel avanzaron la teoría de que «la vida en la Tierra puede haber surgido a partir de minúsculos organismos de un planeta distante».

Ellos dieron a conocer sus estudios debido a la conocida incomodidad entre los científicos acerca de las teorías en curso sobre los orígenes de la vida en la Tierra. ¿Por qué hay sólo un código genético para toda la vida terrestre? Si la vida comenzó en un «caldo» de cultivo primigenio, como creen la mayoría de los biólogos, debería de haberse desarrollado cierta variedad de códigos genéticos. Y, también, ¿por qué el molibdeno juega un papel clave en las reacciones enzimáticas que son esenciales para la vida, siendo el molibdeno un elemento químico tan raro en la Tierra? ¿Por qué elementos tan abundantes en la Tierra, como el cromo o el níquel, son tan poco importantes en las reacciones bioquímicas?

Pero lo más singular de la teoría planteada por estos dos científicos, Crick y Orgel, no era sólo que toda la vida en la Tierra pudiera haber surgido de un organismo de otro planeta, sino que tal «inseminación» fuera

deliberada —que seres inteligentes de otro planeta lanzaran «la semilla de la vida» desde su planeta a la Tierra en una nave espacial, con el propósito expreso de comenzar la cadena de la vida en la Tierra.

Sin la ventaja de los datos que se proporcionan en este libro, estos dos eminentes científicos se acercaron mucho a la realidad. No hubo una inseminación «premeditada»; lo que hubo fue una colisión celeste. Un planeta portador de vida, el Duodécimo Planeta y sus satélites, colisionaron con Tiamat y la partieron en dos, «creando» la Tierra con una de sus mitades.

Durante esta colisión, el aire y el suelo portadores de vida del Duodécimo Planeta «inseminaron» la Tierra, dándole las primitivas y complejas formas de vida biológicas para cuya temprana aparición no existe otra explicación.

Sólo con que la vida en el Duodécimo Planeta comenzara un 1 por ciento antes que en la Tierra, habría comenzado unos 45 millones de años antes. Aún con este mínimo margen, seres tan desarrollados como el Hombre estarían viviendo ya sobre el Duodécimo Planeta cuando los primeros mamíferos acababan de aparecer sobre la Tierra.

Si aceptamos este comienzo anterior para la vida sobre el Duodécimo Planeta, pudo existir la posibilidad de que sus gentes fueran capaces de viajar por el espacio hace sólo 500 000 años.

9

ATERRIZAJE EN EL PLANETA TIERRA

Solamente hemos puesto el pie en la Luna y hemos explorado los planetas más cercanos a nosotros con naves no tripuladas. Más allá de nuestros relativamente cercanos vecinos, tanto el espacio interplanetario como el espacio exterior se encuentran aún fuera del alcance de hasta la más pequeña de las naves de exploración. Pero el propio planeta de los nefilim, con su inmensa órbita, ha hecho las veces de un observatorio móvil, llevándoles a través de las órbitas de todos los planetas exteriores y permitiéndoles observar de primera mano la mayor parte del sistema solar.

No es de extrañar, por tanto, que, cuando aterrizaron por vez primera sobre la Tierra, buena parte del conocimiento que traían con ellos tuviera que ver con la astronomía y con las matemáticas celestes. Los nefilim, «Dioses del Cielo» sobre la Tierra, le enseñaron al Hombre a mirar a los cielos —exactamente, lo que Yahveh le decía a Abraham que hiciera.

Tampoco resulta extraño que hasta las más primitivas y toscas esculturas y dibujos lleven símbolos celestes de constelaciones y planetas; y que, cuando había que representar o invocar a los dioses, sus símbolos celestes se utilizaran como una abreviatura gráfica. Al invocar los símbolos celestes («divinos»), el Hombre ya no estaba solo; los símbolos conectaban a los terrestres con los nefilim, a la Tierra con el Cielo, a la Humanidad con el universo.

Hay símbolos que, según creemos, transmiten también información que sólo podría estar relacionada con el viaje espacial hasta la Tierra.

Las fuentes antiguas proporcionan gran cantidad de textos y de listas que tratan de los cuerpos celestes y de sus relaciones con las distintas divinidades. El antiguo hábito de asignar varios epítetos tanto a los cuerpos celestes como a las divinidades ha hecho difícil la identificación. Aún en el caso de identificaciones establecidas, como la de Venus/Ishtar, el cuadro se confunde con los cambios en el panteón. Por ejemplo, en los primeros tiempos se asociaba a Venus con Ninhursag.

Pero algunos expertos han aclarado las cosas en gran medida, como E. D. Van Burén (*Symbols of the Gods in Mesopotamian Art*), que reunió y clasificó los más de ochenta símbolos —de dioses y cuerpos celestes— que se pueden encontrar en sellos cilíndricos, esculturas, estelas, relieves, murales y (con gran detalle y claridad) piedras de demarcación de territorios (kudurru en acadio). Cuando se observa la clasificación de los símbolos, se hace evidente que, además de representar a algunas de las constelaciones meridionales y septentrionales más conocidas (como la Serpiente de Mar para la constelación de la Hidra), los símbolos solían representar o bien a las doce constelaciones del zodiaco (por ejemplo, el Cangrejo por Escorpio), o a los doce Dioses del Cielo y la Tierra, o a los doce miembros del sistema solar. El kudurru erigido por Melishipak, rey de Susa (ver Fig. 98), muestra los doce símbolos del zodiaco y los símbolos de los doce dioses astrales.

Una estela, erigida por el rey asirio Asaradón, muestra al soberano sosteniendo una Copa de la Vida mientras da la cara a los doce Dioses del Cielo y de la Tierra principales. Vemos a cuatro dioses encima de animales, de los cuales Ishtar sobre el león y Adad sosteniendo el ramificado rayo se pueden identificar con claridad. A otros cuatro dioses se les representa con las herramientas de sus atributos específicos, como al dios guerrero Ninurta, con su maza de cabeza de león. Los otros cuatro dioses se muestran como cuerpos celestes —el Sol (Shamash), el Globo Alado (el Duodécimo Planeta, la morada de Anu), la Luna creciente y un símbolo consistente en siete puntos.

Aunque, en épocas posteriores, el dios Sin estuvo asociado con la Luna, identificada por el creciente, existen evidencias que nos inducen a pensar que en «los tiempos de antaño» el creciente era el símbolo de un dios anciano y con barba, uno de los verdaderos «dioses de antaño» de Sumer. Representado a menudo en medio de varias corrientes de agua, este dios era, indudablemente, Ea. El creciente estaba asociado también con la ciencia de la medida y el cálculo, de la cual Ea era el maestro divino. Por otra parte, resultaba adecuado asignar al Dios de los Mares y los Océanos, Ea, su homólogo celeste, la Luna, que provoca las mareas.

Pero ¿qué significaba el símbolo de los siete puntos?

Fig. 116.

Existen muchas pistas que no dejan la menor duda de que aquel era el símbolo celeste de Enlil. La representación de la Puerta de Anu (el Globo Alado) flanqueada por Ea y Enlil (ver Fig. 87), los simboliza a través del creciente y de los siete puntos. Algunas de las representaciones más claras de los símbolos celestes, que fueron meticulosamente copiadas por *Sir* Henry Rawlinson (*The Cuneiform Inscriptions of Western Asia*), asignan la

posición más prominente a un grupo de tres símbolos que significan a Anu flanqueado por sus dos hijos; aquí se demuestra que el símbolo de Enlil podía ser el de los siete puntos o el de una «estrella» de siete puntas. El elemento esencial en la representación celestial de Enlil era el número siete (la hija, Ninhursag, era incluida a veces, representada por el cortador umbilical).

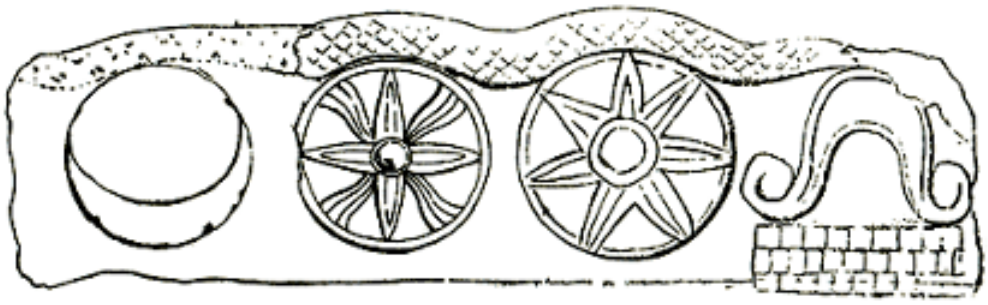


Fig. 117.

Los expertos no han podido comprender la afirmación de Gudea, rey de Lagash, de que «el 7 celeste es 50». Los intentos de solución aritmética — alguna fórmula según la cual el número siete se transformaba en cincuenta — fracasaron a la hora de revelar el significado de la afirmación de Gudea. Sin embargo, ahora vemos que la respuesta es sencilla: Gudea afirmaba que el cuerpo celeste que es «siete» simboliza al dios que es «cincuenta». El dios Enlil, cuyo rango numérico era cincuenta, tenía su homólogo celeste en el séptimo planeta.

Pero ¿cuál era el planeta de Enlil? Recordemos los textos que hablan de los tiempos primitivos, cuando los dioses llegaron a la Tierra, cuando Anu se quedó en el Duodécimo Planeta y sus dos hijos, que habían bajado a la Tierra, echaron suertes. A Ea se le dio la «soberanía de lo Profundo», y a Enlil «la Tierra se le dio para sus dominios». Y la respuesta al enigma aparece con toda su trascendencia:

El planeta de Enlil era la Tierra. Para los nefilim, la Tierra era el séptimo planeta.

En Febrero de 1971, los Estados Unidos lanzaron una nave espacial no tripulada hacia la misión más larga que se ha hecho hasta la fecha. Durante 21 meses viajó, más allá de Marte y del cinturón de asteroides, hasta un

encuentro, planificado a la perfección, con Júpiter. Después, tal como habían previsto los científicos de la NASA, la inmensa fuerza gravitatoria de Júpiter «agarró» a la nave espacial y la arrojó al espacio exterior.

Especulando con la posibilidad de que, algún día, el Pioneer 10 pudiera ser atraído por la fuerza gravitatoria de otro «sistema solar» y se estrellara en algún otro planeta del universo, los científicos pusieron en el Pioneer 10 una placa de aluminio grabada con un «mensaje».

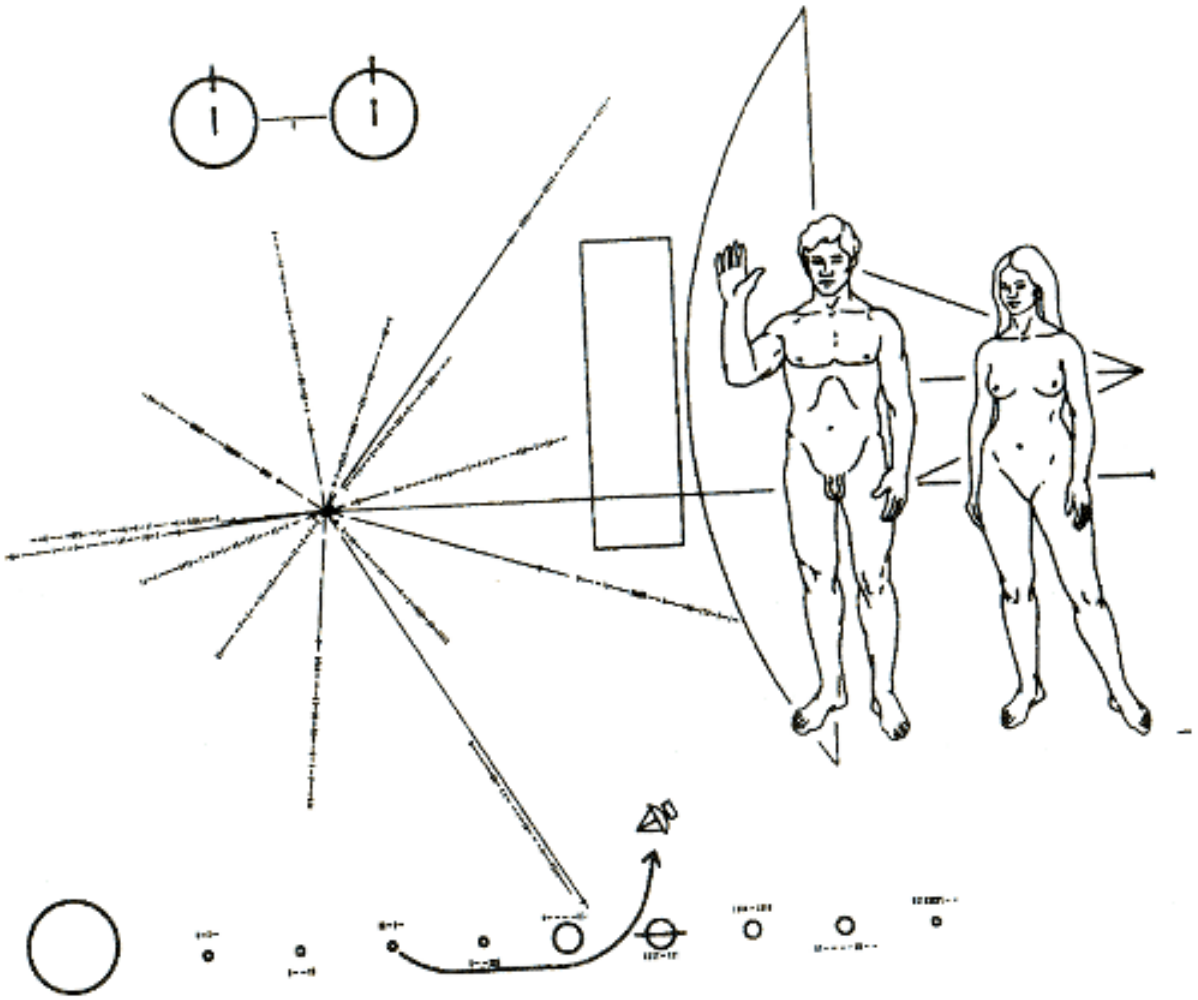


Fig. 118.

El mensaje emplea un lenguaje pictográfico —signos y símbolos— no demasiado diferentes de aquellos utilizados en la primera escritura pictográfica, la de Sumer. El mensaje pretende explicar a los que encuentren la placa que la Humanidad es varón y hembra, de un tamaño que se

relaciona con el tamaño y la forma de la nave espacial. Representa también a dos de los elementos químicos básicos de nuestro mundo, y nuestra situación, relacionada con determinada fuente interestelar de emisiones de radio. Y representa a nuestro sistema solar como un Sol y nueve planetas, diciéndole al que lo encuentre: «La nave que has encontrado viene del tercer planeta de este Sol».

Nuestra astronomía está orientada a la idea de que la Tierra es el tercer planeta, algo que es cierto si uno comienza a contar desde el centro del sistema, el Sol.

Pero, para alguien que se acerca a nuestro sistema solar desde el exterior, el primer planeta que se encontrará será Plutón, el segundo Neptuno, el tercero Urano —no la Tierra. El cuarto Saturno, el quinto Júpiter, el sexto Marte. Y la Tierra sería el séptimo.

Nadie, salvo los nefilim, llegando a la Tierra después de pasar Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter y Marte, habría considerado a la Tierra «el séptimo». Aún en el caso, por el bien de la discusión, de suponer que los habitantes de la antigua Mesopotamia —en vez de unos viajeros espaciales — hubieran tenido el conocimiento o la sabiduría de contar la posición de la Tierra desde el borde del sistema solar, y no desde el centro, desde el Sol, tendríamos que concluir que aquellos antiguos pueblos conocían la existencia de Plutón, Neptuno y Urano. Y, dado que no podían tener noticia de estos planetas exteriores por sí mismos, la información, necesariamente, se la habrían proporcionado los nefilim.

Cualquiera que sea la posición que se adopte como punto de inicio, la conclusión es la misma: sólo los nefilim podían saber que había planetas más allá de Saturno, y, por consiguiente, la Tierra —si contamos desde el exterior— es el séptimo planeta.

La Tierra no es el único planeta cuya posición numérica en el sistema solar se representaba simbólicamente. Existen muchas evidencias que muestran que a Venus se le representaba como una estrella de ocho puntas: Venus es el octavo planeta, el siguiente a la Tierra, si contamos desde el exterior. La estrella de ocho puntas representaba también a la diosa Ishtar, cuyo planeta era Venus.

Fig. 119.

Muchos sellos cilíndricos y otras reliquias gráficas representan a Marte como al sexto planeta. Un sello cilíndrico muestra al dios asociado con Marte (originalmente, Nergal, después, Nabu), sentado en un trono bajo una «estrella» de seis puntas como símbolo.

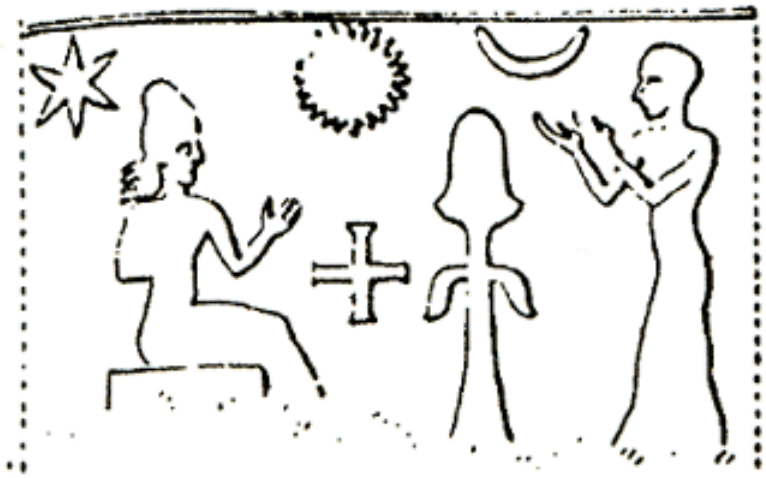


Fig. 120.

Otros símbolos en el sello muestran al Sol, en gran medida como lo representaríamos hoy en día, la Luna y la cruz, símbolo del «Planeta del Cruce», el Duodécimo Planeta.

En la época asiría, la «cuenta celeste» del planeta de un dios se solía indicar con el número correspondiente de símbolos de estrella colocado a lo largo del trono del dios. Así, una placa que representa al dios Ninurta ponía cuatro símbolos de estrella en su trono. Su planeta, Saturno, es el cuarto planeta, tal como los contaban los nefilim. Se han encontrado representaciones similares para la mayoría de los demás planetas.

El acontecimiento religioso más importante de la antigua Mesopotamia, los doce días de la Festividad del Año Nuevo, estaban repletos de un simbolismo que tenía que ver con la órbita del Duodécimo Planeta, la estructura del sistema solar y el viaje de los nefilim a la Tierra. Las mejor documentadas de estas «afirmaciones de fe» eran los rituales babilonios de Año Nuevo; pero las evidencias demuestran que los babilonios sólo copiaron tradiciones que se remontaban a los inicios de la civilización sumeria.

En Babilonia, la festividad seguía un ritual muy estricto y detallado; cada parte, acto y oración tenía un motivo basado en la tradición y un significado concreto. Las ceremonias comenzaban el primer día de Nisán —por tanto, en el primer mes del año— coincidiendo con el equinoccio de primavera. Durante once días, todos los dioses con estatus celeste se unían a Marduk según un orden prescrito. El duodécimo día, todos los dioses partían hacia su propia morada, y Marduk se quedaba solo, con todo su esplendor. El paralelismo con la aparición de Marduk dentro del sistema planetario, su «visita» a los otros once miembros del sistema solar y la separación en el duodécimo día —dejando al Duodécimo Dios seguir como Rey de los Dioses, pero aislado de ellos— es obvio.

Las ceremonias de la Festividad de Año Nuevo simbolizaban el recorrido del Duodécimo Planeta. Los primeros cuatro días, que representaban el paso de Marduk por los cuatro primeros planetas (Plutón, Neptuno, Urano y Saturno), eran días de preparación. Al término del cuarto día, los rituales representaban la aparición del planeta Iku (Júpiter) ante la vista de Marduk. El Marduk celeste se acercaba al lugar de la batalla; simbólicamente, el sumo sacerdote comenzaba a recitar «La Epopeya de la Creación» —el relato de la batalla celeste.

Se pasaba la noche en vela. Al terminar de recitar el relato de la batalla, y con el comienzo del quinto día, los rituales representaban la dodecuple proclamación de Marduk como «El Señor», afirmando que, con posterioridad a la batalla celeste, empezó a haber doce miembros en el sistema solar. Entonces, las recitaciones nombraban a los doce miembros del sistema solar y a las doce constelaciones del zodiaco.

También durante el quinto día, el dios Nabu —hijo y heredero de Marduk— llegaba en barco desde su centro de culto, Borsippa. Pero sólo podía entrar en el complejo del templo de Babilonia al día siguiente, el sexto, pues, por entonces, Nabu era miembro del panteón babilonio de doce y el planeta que tenía asignado era Marte, el sexto planeta.

El Libro del Génesis nos dice que en seis días «el Cielo, la Tierra y toda su hueste» se terminaron. Los rituales babilonios, que conmemoraban los acontecimientos celestes que trajeron como resultado la creación del cinturón de asteroides y la Tierra, se terminaban también en los primeros seis días de Nisán.

Durante el séptimo día, la fiesta centraba su atención en la Tierra. Aunque los detalles de los rituales del séptimo día son escasos, H. Frankfort (*Kingship and the Gods*) cree que, en ellos, los dioses, dirigidos por Nabu, promulgaban la liberación de Marduk de su prisión en «las Montañas de la Tierra Inferior». Dado que se han encontrado textos que hablan de las épicas luchas de Marduk con otros pretendientes a la soberanía de la Tierra, podemos conjeturar que los acontecimientos del séptimo día eran una representación de la lucha de Marduk por la supremacía en la Tierra (el «Séptimo»), sus derrotas iniciales y su victoria final y la usurpación de poderes.

Durante el octavo día de la Festividad del Año Nuevo en Babilonia, Marduk, victorioso en la Tierra, al igual que el falsificado Enuma Elish le había hecho en los cielos, recibía los supremos poderes de manos de los dioses para, después, en el noveno día, y acompañado por el rey y el populacho, se embarcaba en una procesión ritual que le llevaba desde su casa dentro del recinto sagrado de la ciudad hasta la «Casa de Akitu», que se encontraba en algún lugar en las afueras. Marduk y los once dioses visitantes permanecían en la casa hasta la undécima jornada para, al día

siguiente, en la duodécima, separarse y volver cada uno a su morada, dando por finalizada la celebración.

De los muchos aspectos de la festividad babilonia que revelan sus primitivos orígenes sumerios, uno de los más significativos era el que se refería a la Casa de Akitu. En varios estudios, como el de *The Babylonian Akitu Festival*, de S. A. Pallis, se ha demostrado que esta casa figuraba ya en las ceremonias religiosas de Sumer en una época tan temprana como el tercer milenio a. C. Lo esencial de la ceremonia consistía en una procesión sagrada en la que el dios reinante dejaba su morada o templo e iba, atravesando varias estaciones, hasta un lugar fuera de la ciudad. Para este propósito se utilizaba una embarcación especial, un «Barco Divino». Después, cuando el dios terminaba de hacer lo que fuera que hiciese en la Casa A.KI.TI, volvía al muelle de la ciudad con el mismo Barco Divino, y desandaba el recorrido de vuelta al templo en medio de la celebración y el regocijo del rey y del populacho.

El término sumerio A.KI.TI (del cual se deriva el babilonio akitu) significaba, literalmente, «fundar la vida en la Tierra». Esto, acompañado por diversos aspectos del misterioso viaje, nos lleva a la conclusión de que la procesión simbolizaba el arriesgado pero exitoso viaje de los nefilim desde su hogar hasta el séptimo planeta, la Tierra.

Las excavaciones dirigidas durante alrededor de 20 años en la antigua Babilonia, brillantemente correlacionadas con los textos de los rituales babilonios, permitieron a los equipos de expertos dirigidos por F. Wetzel y F. H. Weissbach (*Das Hauptheiligtum des Marduks in Babylon*) reconstruir el sagrado recinto de Marduk, los detalles arquitectónicos de su zigurat y el Camino Procesional, partes de los cuales se reconstruyeron después en el Museo del Antiguo Oriente Próximo de Berlín oriental.

Los nombres simbólicos de las siete estaciones y el epíteto de Marduk en cada una de ellas se daban tanto en acadio como en sumerio, atestiguando con ello no sólo su antigüedad, sino también los orígenes sumerios de la procesión y su simbolismo.

La primera estación de Marduk, en la que su epíteto era «Soberano de los Cielos», se llamaba «Casa de Santidad» en acadio y «Casa de las Aguas Brillantes» en sumerio. El epíteto del dios en la segunda estación es

ilegible; pero la estación se llamaba «Donde el Campo se Separa». El nombre, parcialmente mutilado, de la tercera estación comenzaba con las palabras «Situación frente al planeta…»; y el epíteto del dios cambiaba aquí a «Señor del Fuego Derramado».

La cuarta estación se llamaba «Lugar Santo de los Destinos» y Marduk recibía el nombre de «Señor de la Tormenta de las Aguas de An y Ki». La quinta estación parecía menos turbulenta. Se llamaba «La Calzada», y Marduk asumía el título de «Donde Aparece la Palabra del Pastor». También se indicaba una navegación tranquila en la sexta estación, llamada «La Nave del Viajero», donde el epíteto de Marduk cambiaba a «Dios de la Puerta Señalada».

La séptima estación era el Bit Akitu («casa de la fundación de la vida en la Tierra»). Allí, Marduk tomaba el título de «Dios de la Casa del Descanso».

En nuestra opinión, las siete estaciones de la procesión de Marduk representaban el viaje espacial de los nefilim desde su planeta hasta la Tierra; creemos que la primera estación, la «Casa de las Aguas Brillantes», representaba el paso por Plutón; la segunda («Donde el Campo se Separa»), era Neptuno; la tercera, Urano; la cuarta —un lugar de tormentas celestes— Saturno. La quinta, donde «La Calzada» se hacía clara, «donde aparece la palabra del pastor», era Júpiter. La sexta, donde el viaje cambiaba a «La Nave del Viajero», era Marte.

Y la séptima estación era la Tierra, el final del viaje, donde se le ofrecía a Marduk la «Casa del Descanso» («la casa de la fundación de la vida en la Tierra» del dios).

¿Cómo veía el sistema solar, en términos del vuelo espacial a la Tierra, la «Administración Aeronáutica y Espacial» de los nefilim? Lógicamente —y de hecho—, veían el sistema solar en dos partes. La zona uno era la zona de vuelo, que abarcaba el espacio ocupado por los siete planetas que se extienden desde Plutón a la Tierra. El segundo grupo, más allá de la zona de navegación, lo componían cuatro cuerpos celestes —la Luna, Venus, Mercurio y el Sol. Tanto en astronomía como en genealogía divina, los dos grupos se consideraban por separado.

Genealógicamente, Sin (la Luna) era la cabeza del grupo de los «Cuatro». Shamash (el Sol) era su hijo, e Ishtar (Venus), su hija. Adad, Mercurio, era el tío, el hermano de Sin, que siempre acompañaba a su sobrino Shamash y, en especial, a su sobrina Ishtar.

Los «Siete», por otra parte, aparecían juntos en textos que hablaban de los asuntos de dioses y hombres, y de acontecimientos celestes. Eran «los siete que juzgan», «siete emisarios de Anu, su rey», y fue por ellos que se consagró el número siete. Había «siete ciudades de antaño»; las ciudades tenían siete puertas; las puertas tenían siete cerrojos; las bendiciones pedían siete años de plenitud; las maldiciones, hambres y plagas durante siete años; los matrimonios divinos se celebraban con «siete días de relaciones sexuales»; y así sucesivamente.

Durante las ceremonias solemnes, como las que se realizaban durante las raras visitas de Anu y su consorte, las deidades que representaban a los Siete Planetas tenían asignadas determinadas posiciones y ropajes ceremoniales, mientras que los Cuatro eran tratados como un grupo aparte. Por ejemplo, las antiguas normas de protocolo decían: «Las deidades Adad, Sin, Shamash e Ishtar tendrán su sede en la corte hasta el amanecer».

En los cielos, se suponía que cada grupo estaba en su propia zona celeste, y los sumerios suponían que había una «barrera celeste» que mantenía a los dos grupos separados. «Un importante texto astralmitológico», según A. Jeremias (*The Old Testament in the Light of the Ancient Near East*), habla de un acontecimiento celeste excepcional, cuando los Siete «cruzaron al asalto la Barrera Celeste». En este altercado, que, según parece, fue una alineación inhabitual de los Siete Planetas, «estos se aliaron con el héroe Shamash [el Sol] y el valiente Adad [Mercurio]» —lo cual quizás signifique que todos ejercían su atracción gravitatoria en una única dirección. «Al mismo tiempo, Ishtar, buscando un glorioso lugar para vivir con Anu, pretendía convertirse en Reina del Cielo» —Venus estaba cambiando su situación, yendo a un «glorioso lugar para vivir». El mayor efecto lo Padeció Sin (la Luna). «Los siete, que no temían las leyes… al dador de Luz, Sin, asediaron violentamente». Según este texto, la aparición del Duodécimo Planeta salvó a la ensombrecida Luna y la hizo «brillar en los cielos» de nuevo.

Los Cuatro estaban situados en una zona celeste que los sumerios llamaban GIR.HE.A («aguas celestes donde los cohetes se confunden»), MU.HE («confusión de nave espacial»), o UL.HE («banda de confusión»). Estos desconcertantes términos adquieren sentido si asumimos que los nefilim consideraban los cielos del sistema solar en función del viaje espacial. Sólo recientemente, los ingenieros de la Comsat (*Communications Satellite Corporation*) han descubierto que el Sol y la Luna «engañan» a los satélites artificiales y los «hacen callar». Los satélites terrestres se pueden «confundir» a causa de las lluvias de partículas de las erupciones solares o de los cambios en el reflejo que hace la Luna de los rayos infrarrojos. Los nefilim también sabían que las naves espaciales entraban en una «zona de confusión» a partir del momento en que pasaban la Tierra y se acercaban a Venus, Mercurio y el Sol.

Separados de los Cuatro por una supuesta barrera, los Siete estaban en una zona celeste para la cual los sumerios utilizaban el término UB. El ub constaba de siete partes llamadas (en acadio) giparu («residencias nocturnas»). Existen pocas dudas acerca de que este fuera el origen de la creencias de Oriente Próximo sobre los «Siete Cielos».

Los siete «orbes» o «esferas» del ub comprendían el acadio kishshatu («la totalidad»). El origen del término se encontraba en el sumerio SHU, que implicaba también «esa parte que era la más importante», la Suprema. De ahí que a los Siete Planetas se les llamara a veces «los Siete Brillantes SHU.NU» —los Siete que «en la Parte Suprema descansan».

A los Siete se les trataba con mayores detalles técnicos que a los Cuatro. Las listas celestes sumerias, babilonias y asirias los describían con diversos epítetos, y los enumeraban en su orden correcto. La mayoría de los expertos, al suponer que los textos antiguos no podían hablar de los planetas que hay más allá de Saturno, han tenido dificultades para identificar correctamente los planetas descritos en los textos. Pero nuestros 142 descubrimientos han hecho que resulte relativamente fácil la identificación y la comprensión de los significados de los nombres.

El primer planeta con el que se encontraban los nefilim en su viaje de aproximación al sistema solar era Plutón. Las listas mesopotámicas le

llaman SHU.PA («supervisor del SHU»), el planeta que vigila la aproximación a la Parte Suprema del sistema solar.

Como veremos, los nefilim sólo podían aterrizar en la Tierra si sus naves espaciales eran lanzadas desde el Duodécimo Planeta bastante antes de llegar a las cercanías de la Tierra. Así pues, es posible que cruzaran la órbita de Plutón no sólo como habitantes del Duodécimo Planeta, sino también como astronautas a bordo de una nave espacial. Un texto astronómico decía que el planeta Shupa era aquel donde «la divinidad Enlil fijaba el destino del País» —donde el dios encargado de la nave espacial establecía el rumbo hacia el planeta Tierra y el País de Sumer.

Después de Shupa, estaba IRU («curva» o «rizo»). En Neptuno, la nave espacial de los nefilim comenzaba su amplia vuelta hacia su objetivo final. En otra lista se nombra al planeta como HUM.BA, que connota «vegetación de tierras cenagosas». Si algún día exploramos Neptuno, ¿descubriremos que su insistente asociación con las aguas se debe a las ciénagas que los nefilim veían en él?

A Urano se le llamaba Kakkab Shanamma («planeta que está repetido o que es el doble»). Y, ciertamente, Urano es el hermano gemelo de Neptuno, tanto en tamaño como en apariencia. Una lista sumeria le llama EN.TI.MASH.SIG («planeta de brillante vida verdosa»). ¿Acaso Urano es un planeta en el que abunda la vegetación pantanosa?

Más allá de Urano, aparecía Saturno, un planeta gigante (cerca de diez veces el tamaño de la Tierra) que se distinguía por sus anillos, que se extienden en la distancia más de dos veces el diámetro del planeta. Dotado de una tremenda atracción gravitatoria y con sus misteriosos anillos, Saturno debe haber representado muchos peligros para los nefilim y sus naves espaciales. Esto quizás explicaría por qué le llamaban TAR.GALLU («el gran destructor»). También se le llamaba KAK.SI.DI («arma de justicia») y SI.MUTU («aquel que por justicia mata»). En todo el Oriente Próximo de la antigüedad, Saturno representó al que castigaba al injusto. ¿Eran estos nombres una expresión de temor, o acaso hacían referencia a verdaderos accidentes espaciales?

Ya hemos visto que los rituales Akitu hacían referencia a «las tormentas de las aguas» entre An y Ki durante el cuarto día —cuando la nave espacial

estaba entre Anshar (Saturno) y Kishar (Júpiter).

Un texto sumerio muy antiguo, que desde su primera publicación en 1912 se supone que es «un texto mágico antiguo», registra muy posiblemente la pérdida de una nave espacial y de sus cincuenta tripulantes. Cuenta que Marduk, al llegar a Eridú, acudió rápidamente hasta su padre Ea con unas terribles noticias:

«Ha sido creado como un arma;
ha atacado como la muerte…
A los anunnaki, que eran cincuenta,
los ha destruido…
Al SHU.SAR, que vuela como un ave,
lo ha herido en el pecho».

El texto no identifica al destructor, sea quien sea, del SHU.SAR (el «cazador supremo» volante) y de sus cincuenta astronautas. Pero el temor del peligro celeste era evidente sólo en lo referente a Saturno.

Los nefilim debían sentir un gran alivio cuando pasaban Saturno y comenzaban a ver a Júpiter. Al quinto planeta le llamaban Barbaru («brillante»), así como SAG.ME.GAR («grande, donde se abrochan los trajes espaciales»). Otro nombre de Júpiter, SIB.ZI.AN.NA («guía verdadero en los cielos») describía también su probable papel en el viaje a la Tierra: era la señal para trazar una curva en el difícil paso entre Júpiter y Marte, y la entrada en la peligrosa zona del cinturón de asteroides. Por sus epítetos, parecería que este era el punto en el que los nefilim se ponían sus mes, sus trajes espaciales.

Marte recibía el nombre, por otra parte apropiado, de UTU.KA. GAB.A («luz establecida a la puerta de las aguas»), recordándonos las descripciones sumerias y bíblicas del cinturón de asteroides como del «brazalete» celeste que separa las «aguas superiores» de las «aguas inferiores» del sistema solar. Más precisamente, a Marte se le llamaba Shelibbu («uno cerca del centro» del sistema solar).

Un dibujo poco común de un sello cilíndrico sugiere que, al pasar Marte, la nave espacial nefilim que llegaba establecía comunicación permanente con el «Control de la Misión» en la Tierra.

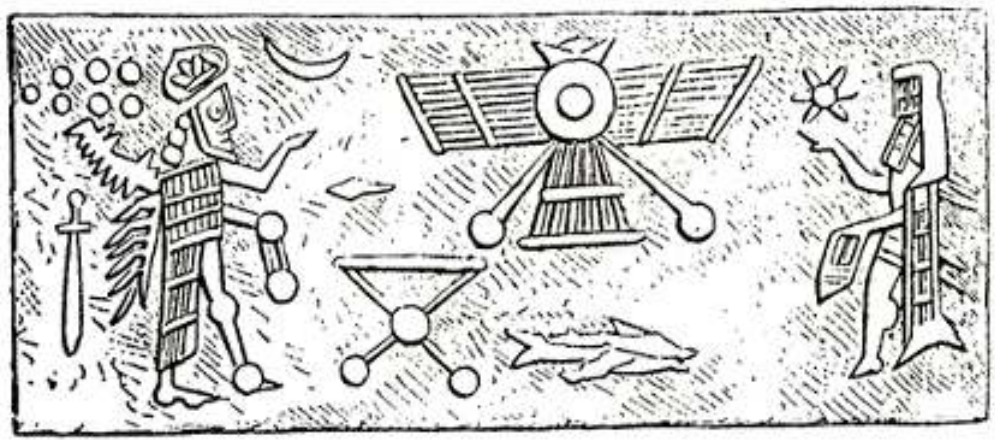


Fig. 121.

El objeto central de este antiguo dibujo simula el símbolo del Duodécimo Planeta, el Globo Alado. Sin embargo, parece diferente: es más mecánico, más manufacturado que natural. Sus «alas» parecen paneles solares de los que utilizan las naves espaciales norteamericanas para convertir la energía solar en electricidad. Las dos antenas no se prestan a error.

La nave circular, con su parte superior similar a una corona y sus alas y antenas extendidas, está situada en los cielos, entre Marte (la estrella de seis puntas) y la Tierra y la Luna. En la Tierra, una divinidad extiende su mano, recibiendo a un astronauta que está todavía en los cielos, cerca de Marte. Al astronauta se le muestra portando un casco con visor y una coraza.

La parte inferior de su traje es como la de un «hombre-pez» —quizás, un requisito ante un posible amerizaje de emergencia en el océano. En una mano sostiene un instrumento; con la otra parece responder al saludo de la Tierra.

Y, después, en la navegación, estaba la Tierra, el séptimo planeta. En la lista de los «Siete Dioses Celestes» se le llamaba SHU.GI («buen lugar de descanso de SHU»). También significaba «el país de la conclusión de SHU», de la Parte Suprema del sistema solar —el destino del largo viaje espacial.

Aunque en el Oriente Próximo de la antigüedad el sonido gi se transformaba a veces en el sonido, más familiar, de ki («Tierra», «país o tierra seca»), la pronunciación y la sílaba gi perduró hasta nuestros días en

su sentido original, exactamente en el sentido que tenía para los nefilim: geografía, geometría, geología.

En su forma pictográfica más antigua, el signo SHU.GI significaba también shibu («el séptimo»). Y los textos astronómicos decían:

Shar shadi il Enlil ana kakkab SHU.GI ikabbi
«El Señor de las Montañas, el divino Enlil, es idéntico al planeta Shugi».

Al igual que las siete estaciones del viaje de Marduk, los nombres de los planetas también nos hablan de un vuelo espacial. El destino final del viaje era el séptimo planeta, la Tierra.

Nunca sabremos si, dentro de quién sabe cuántos años o siglos, alguien, en otro planeta, encontrará y comprenderá el mensaje que se puso en la placa del Pioneer 10. Del mismo modo, quizás se considere absurdo esperar que encontremos en la Tierra una placa similar, pero al revés, una placa que diera información a los terrestres sobre la localización y el rumbo del Duodécimo Planeta.

Y, sin embargo, tan extraordinaria evidencia existe.

Esta evidencia está en una tablilla de arcilla que se encontró en las ruinas de la Biblioteca Real de Nínive. Como otras muchas tablillas, es, indudablemente, una copia asiria de una tablilla sumeria anterior. A diferencia de las demás, es un disco circular; y, aunque algunos signos cuneiformes que hay en ella se han conservado excelentemente bien, los pocos expertos que se tomaron el trabajo de descifrarla terminaron diciendo de ella que era «el más desconcertante documento mesopotámico».

En 1912, L. W. King, posteriormente conservador de las antigüedades asirias y babilonias del Museo Británico, hizo una meticulosa copia del disco, que está dividido en ocho segmentos. En las partes no deterioradas, aparecen formas geométricas que no se han visto en ningún otro objeto antiguo, diseñadas y dibujadas con considerable precisión. Entre ellas hay flechas, triángulos, líneas de intersección e, incluso, una elipse —una curva geométrico-matemática que, con anterioridad al descubrimiento, se creía que no conocían en la antigüedad.

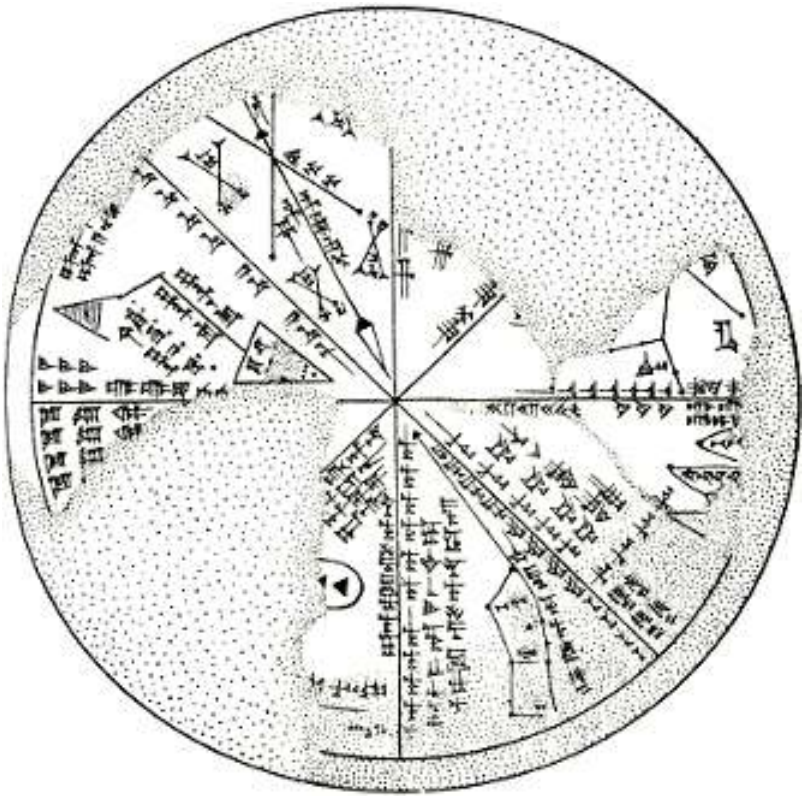


Fig. 122.

La inhabitual y desconcertante placa de arcilla se puso por primera vez ante la mirada de la comunidad científica en un informe presentado ante la *British Royal Astronomical Society* el 9 de Enero de 1880. R. H. M. Bosanquet y A. H. Sayce, en uno de los primeros discursos que se hicieron sobre «La Astronomía Babilonia», se refirieron a ella como un planisferio (la reproducción de una superficie esférica en una mapa plano), y anunciaron que algunos signos cuneiformes de la placa «sugieren medidas… parecen tener algún significado técnico».

Los muchos nombres de cuerpos celestes que aparecen en los ocho segmentos de la placa dejan claro su carácter astronómico. Pero Bosanquet y Sayce estaban especialmente intrigados con los siete «puntos» de uno de los segmentos. Decían que quizás representaran las fases de la Luna, si no fuera por el hecho de que los puntos aparecían a lo largo de una línea donde se citaba a «la estrella de estrellas» DIL.GAN y a un cuerpo celeste llamado APIN.

«No cabe duda de que esta enigmática figura es susceptible de una explicación sencilla», decían. Pero sus esfuerzos por dar esa explicación no fueron más allá de la lectura correcta de los valores fonéticos de los signos cuneiformes y la conclusión de que el disco era un planisferio celeste.

Cuando la *Royal Astronomical Society* publicó un esbozo del planisferio, J. Oppert y P. Jensen avanzaron algo más en la lectura de los nombres de alguna estrella o planeta. En 1891, el Dr. Fritz Hommel, en un artículo publicado en una revista alemana («*Die Astronomie der Alten Chaldaer*»), llamó la atención sobre el hecho de que cada uno de los ocho segmentos del planisferio formaba un ángulo de 45 grados, por lo que llegó a la conclusión de que en la tablilla se representaba un barrido total del firmamento —los 360 grados de los cielos. Y sugirió también que el punto focal marcaba alguna situación «en los cielos babilonios».

Así quedó el tema hasta que Ernst F. Weidner, en un artículo publicado en 1912 (Babyloniaca: «*Zur Babylonischen Astronomie*») primero, y después en su principal libro de texto *Handbuch der Babylonischen Astronomie* (1915), analizó exhaustivamente la tablilla, sólo para concluir que no tenía sentido.

Su desconcierto vino provocado por el hecho de que, mientras las formas geométricas y los nombres de las estrellas o planetas escritos dentro de los distintos segmentos eran legibles o inteligibles (aun cuando su significado y propósito no estuvieran claros), las inscripciones a lo largo de las líneas (que discurren en ángulos de 45 grados entre sí), simplemente, no tenían sentido. Constituían, invariablemente, una serie de sílabas repetidas en la lengua asiría de la tablilla. Iban, por ejemplo, así:

lu bur di . lu bur di . lu bur di
bat bat bat kash kash kash kash alu alu alu alu

Weidner llegó a la conclusión de que la placa era tanto astronómica como astrológica, utilizada como tablilla mágica para exorcismos, al igual que otros textos donde aparecían sílabas repetidas. Con esto, se perdió cualquier interés posterior en una tablilla única.

Pero las inscripciones de esta tablilla muestran un aspecto totalmente diferente si probamos a leerlas no como signos lingüísticos asirios, sino

como palabras silábicas sumerias; pues resulta difícil dudar de que esta tablilla es una copia asiria de un original sumerio anterior. Si observamos uno de los segmentos (al que podríamos dar el número I), sus sílabas sin sentido adquieren, literalmente, pleno significado si utilizamos el valor sumerio de estas palabras silábicas.

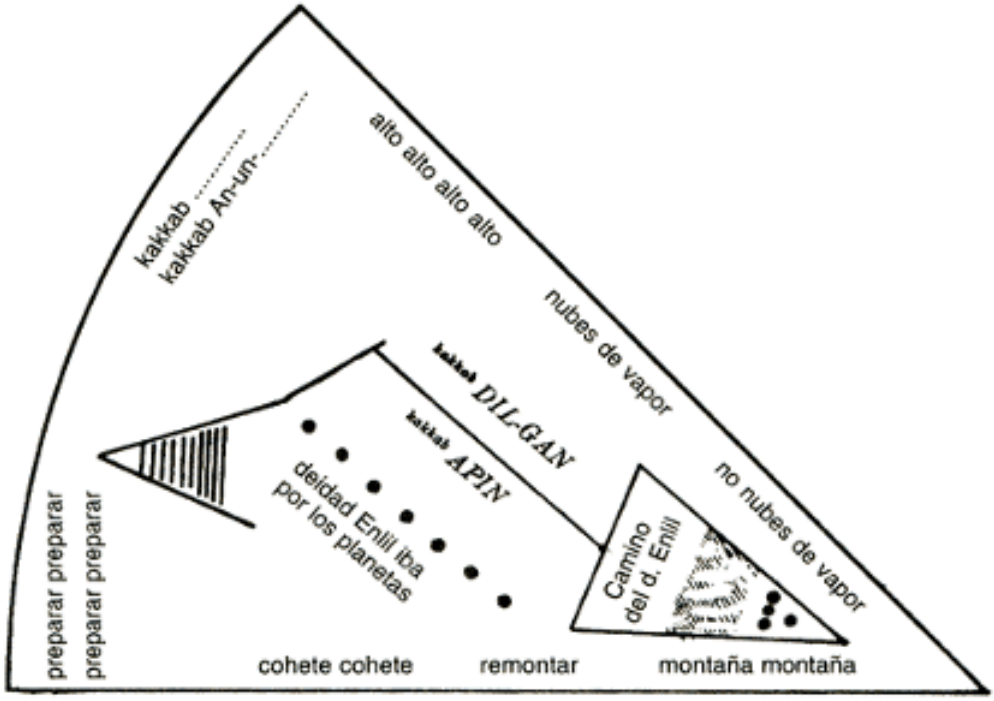


Fig. 123.

na na na na . a na . a na un (a lo largo de la línea descendente)
sha sha sha sha sha sha (a lo largo de la circunferencia)
sham sham bur kur Kur (a lo largo de la línea horizontal)

Lo que se nos revela aquí es un mapa de ruta que marca el camino por el cual el dios Enlil «iba por los planetas», acompañado por algunas instrucciones de funcionamiento. La línea inclinada a 45 grados parece indicar la línea de descenso de la nave espacial desde un punto que está «alto alto alto alto», a través de «nubes de vapor» y una zona inferior en la que no hay vapor, hacia el punto del horizonte, donde los cielos y el suelo se encuentran.

En los cielos cercanos a la línea horizontal, las instrucciones a los astronautas cobran sentido: se les dice «preparen preparen preparen» sus instrumentos para la aproximación final; después, cuando se acercan al

suelo, los «cohetes, cohetes» se encienden para detener la nave que, según parece, se elevaría («remontar») antes de alcanzar el punto de aterrizaje, dado que tenía que pasar por encima de terrenos altos o escabrosos («montaña montaña»).

La información que nos proporciona este segmento pertenece, claramente, a un viaje espacial del mismo Enlil. En este primer segmento, se nos da un esbozo geométrico preciso de dos triángulos conectados por una línea que gira en ángulo. La línea representa una ruta, pues la inscripción afirma con claridad que el esbozo muestra cómo «la deidad Enlil iba por los planetas».

El punto de salida es el triángulo de la izquierda, que representa las partes más alejadas del sistema solar; la zona objetivo está a la derecha, donde todos los segmentos convergen hacia el punto de aterrizaje.

El triángulo de la izquierda, que aparece con la base abierta, se parece a un conocido signo de la escritura pictográfica de Oriente Próximo; su significado se puede interpretar como «el dominio del soberano, el país montañoso». El triángulo de la derecha viene identificado por la inscripción shu-ut il Enlil («Camino del dios Enlil»); este término, como ya sabemos, identifica a los cielos septentrionales de la Tierra.

La línea angulada, por tanto, conecta lo que creemos que debió ser el Duodécimo Planeta —«el dominio del soberano, el país montañoso»— con los cielos de la Tierra. La ruta pasa entre dos cuerpos celestes —Dilgan y Apin.

Algunos expertos sostienen que estos eran los nombres de estrellas distantes o partes de constelaciones. Si las actuales naves espaciales, tripuladas y no tripuladas, navegan a través de situaciones «fijas» predeterminadas por brillantes estrellas, no se puede descartar que los nefilim utilizaran una técnica de navegación similar.

Sin embargo, la idea de que estos dos nombres se aplicaran a tales estrellas distantes no parece encajar con el significado de sus nombres: DIL.GAN significa, literalmente, «la primera estación», y APIN, «donde se establece el curso correcto».

Los significados de los nombres indican estaciones en el camino, puntos por los que hay que pasar. Estamos más de acuerdo con autoridades como

Thompson, Epping y Strassmaier, que identificaron a Apin con el planeta Marte. Si es así, el significado del esbozo se aclara: la ruta entre el Planeta del Reino y los cielos de la Tierra pasaba entre Júpiter («la primera estación») y Marte («donde se establece el curso correcto»).

Esta terminología, por la cual se relacionaban los nombres descriptivos de los planetas con su papel en el viaje espacial de los nefilim, se adecúa a los nombres y epítetos de las listas de los Siete Planetas Shu. Como si se hubiera hecho para confirmar nuestras conclusiones, la inscripción que afirma que esta era la ruta de Enlil aparece debajo de un fila de siete puntos —los Siete Planetas que hay entre Plutón y la Tierra.

No sorprende, por tanto, que los cuatro cuerpos celestes que restan, los de la «zona de confusión», se muestren por separado, más allá de los cielos septentrionales de la Tierra y de la banda celeste.

En el resto de segmentos no deteriorados de la tablilla, se hace evidente también que nos encontramos ante un mapa del espacio y un manual de vuelo. Siguiendo en la dirección opuesta a las manecillas del reloj, la parte legible del siguiente segmento lleva la inscripción: «tomar tomar tomar lanzar lanzar lanzar lanzar completar completar». En el tercer segmento, donde se ve una parte de la inusual forma elíptica, las inscripciones legibles son «kakkab SIB.ZI.AN.NA… enviado de AN.NA… divinidad ISH.TAR», y la intrigante sentencia: «Deidad NI.NI supervisor del descenso».

En el cuarto segmento, que tiene lo que parecen ser indicaciones sobre cómo establecer el destino de uno en función de cierto grupo de estrellas, la línea de descenso se identifica, concretamente, con la línea de horizonte: la palabra cielo se repite once veces bajo la línea.

¿Acaso este segmento no representará una fase del vuelo cercana a la Tierra, cercana al lugar de aterrizaje? Éste podría ser, de hecho, el sentido de la leyenda que aparece sobre la línea horizontal: «colinas colinas colinas colinas cima cima cima cima ciudad ciudad ciudad ciudad». La inscripción que hay en el centro dice: «kakkab MASH.TAB.BA [Géminis] cuyo encuentro está fijado; kakkab SIB.ZI.AN.NA [Júpiter] proporciona el conocimiento».

Si, como parece ser el caso, los segmentos se disponen en una secuencia de aproximación, uno casi puede compartir la excitación de los nefilim

cuando se acercaban al espaciopuerto de la Tierra. El siguiente segmento, que identifica de nuevo la línea de descenso como «cielo cielo cielo», dice también:

nuestra luz . nuestra luz . nuestra luz
cambio . cambio . cambio . cambio
observa el sendero y el alto suelo …tierra llana…

La línea horizontal tiene, por vez primera, cifras:

cohete . cohete cohete . ascenso
40 40 40.
40 40 20 22 22.
planear

La línea superior del siguiente segmento ya no dice «cielo cielo», sino «canal canal 100 100 100 100 100 100 100». Se puede discernir un patrón en este segmento, en gran medida deteriorado. A lo largo de una de las líneas, la inscripción dice: «Ashshur», que puede significar «El que ve» o «ver».

El séptimo segmento está demasiado deteriorado para poder examinarlo; las pocas sílabas discernibles que tiene significan «distante distante… avistar avistar», y las instrucciones dicen «presionar abajo». El octavo y último segmento, sin embargo, está casi completo. Las líneas direccionales, las flechas y las inscripciones marcan un sendero entre dos planetas. Las indicaciones de «remontar montaña montaña», muestran cuatro grupos con cruces, donde pone dos veces «combustible agua grano» y dos veces «vapor agua grano».

¿Sería en este segmento donde se hablaría de la preparación para el vuelo hacia la Tierra, o trataría del abastecimiento para el vuelo de regreso al Duodécimo Planeta? Quizás se tratase de lo último, pues la línea con la flecha puntiaguda que apunta hacia el lugar de aterrizaje en la Tierra tiene, en su otro extremo, otra «flecha» apuntando en dirección opuesta, y con la leyenda «Regreso».

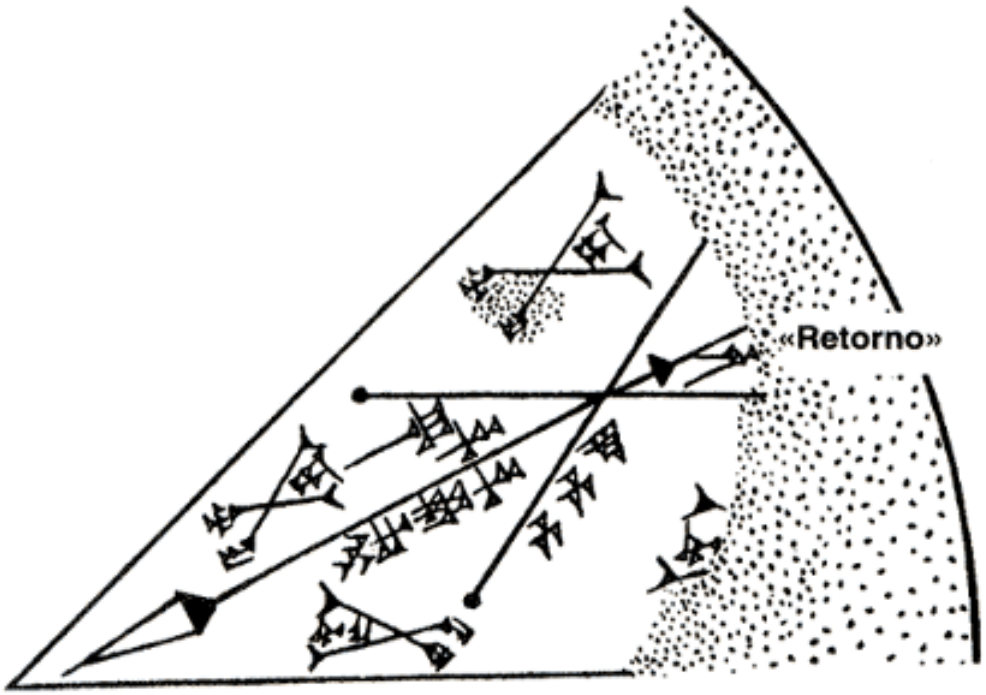


Fig. 124.

Cuando Ea se las ingenió para que el emisario de Anu «hiciera tomar a Adapa el camino del Cielo» y Anu descubrió el ardid, este exigió saber:

¿Por qué Ea, a un despreciable humano,
le había revelado el plano de Cielo-Tierra
y lo distinguió prestándole
un Shem para él?

En el planisferio que acabamos de descifrar vemos, realmente, este mapa de ruta, «un plano de Cielo-Tierra». Con el lenguaje de signos y con palabras, los nefilim nos esbozaron la ruta desde su planeta hasta el nuestro.

Textos que, por lo demás, son inexplicables y que ofrecen datos de distancias celestes, adquieren sentido también si los leemos en términos del viaje espacial desde el Duodécimo Planeta. Uno de tales textos, encontrado en las ruinas de Nippur y que se cree que tiene unos 4000 años de antigüedad, se conserva ahora en la Colección Hilprecht de la Universidad de Jena, en Alemania. O. Neugebauer (*The Exact Sciences in Antiquity*) afirmaba que la tablilla era, indudablemente, una copia «de una composición original más antigua»; en ella, se dan proporciones de

distancias celestes, comenzando por la distancia que hay entre la Luna y la Tierra, para después cruzar el espacio hasta otros seis planetas.

La segunda parte del texto parece haber proporcionado las fórmulas matemáticas para resolver cualquier problema interplanetario, planteando (según algunas lecturas):

40 4 20 6 40 x 9 es 6 40.
13 kasbu 10 ush mul SHU.PA
eli mul GIR sud
40 4 20 6 40 x 7 es 5 11 6 40.
10 kasbu 11 ush 61/2 gar 2 u mul GIR tab
eli mul SHU.PA sud

Los expertos nunca se han puesto del todo de acuerdo a la hora de leer las unidades de medida de esta parte del texto (el Dr. J. Oelsner, custodio de la *Colección Hilprecht de Jena*, nos sugirió una nueva lectura). Sin embargo, está claro que las distancias medidas en la segunda parte del texto son de SHU.PA (Plutón).

Sólo los nefilim, atravesando órbitas planetarias, podrían haber elaborado estas fórmulas, pues sólo ellos necesitaban estos datos.

Tomando en consideración que tanto su propio planeta como su objetivo, la Tierra, se encontraban en movimiento constante, los nefilim tenían que apuntar su nave no adonde la Tierra estaba en el momento del lanzamiento, sino adonde estaría en el momento de la llegada. Se puede suponer, sin riesgo de error, que los nefilim elaboraban sus trayectorias de forma muy similar a como los científicos actuales planifican las misiones a la Luna y a otros planetas.

Probablemente, la nave espacial de los nefilim se lanzaría en la dirección de la propia órbita del Duodécimo Planeta, pero bastante antes de su llegada a las cercanías de la Tierra. Basándonos en esto, y en una miríada de factores más, hemos elaborado, junto con Amnon Sitchin, doctor en aeronáutica e ingeniería, dos trayectorias alternativas para la nave espacial. La primera de ellas supondría el lanzamiento de la nave desde el Duodécimo Planeta antes de que alcanzara su apogeo (el punto más lejano de su órbita). Ciertamente, con pocas necesidades energéticas, la nave no tendría que cambiar tanto su curso como aminorar la velocidad. Mientras que el Duodécimo Planeta (un vehículo espacial, también, aun cuando fuera

enorme) continuaba en su vasta órbita elíptica, la nave espacial seguiría un rumbo elíptico mucho más corto, y alcanzaría la Tierra bastante antes que el Duodécimo Planeta. Esta alternativa puede haber tenido para los nefilim tanto ventajas como inconvenientes.

El período total de 3600 años terrestres, que se aplicaba al ejercicio de cargos y otras actividades de los nefilim en la Tierra, sugiere que, probablemente, prefirieran la segunda opción, la de un viaje corto y la estancia en los cielos de la Tierra coincidiendo con la llegada del Duodécimo Planeta mismo. Esto hubiera supuesto el lanzamiento de la nave espacial (C) cuando el Duodécimo Planeta se encontrara, más o menos, a mitad de camino de regreso desde su apogeo. Con la creciente velocidad del planeta, la nave espacial precisaría de potentes motores para adelantar a su planeta madre y alcanzar la Tierra (D) unos cuantos años antes que el Duodécimo Planeta.

Fig. 125.

Basándonos en complejos datos técnicos, así como en las pistas encontradas en los textos mesopotámicos, parece que los nefilim adoptaron para sus misiones a la Tierra el mismo enfoque que utilizó la NASA para sus misiones a la Luna: cuando la nave principal se acercaba al planeta de destino (la Tierra), se situaba en órbita alrededor de él sin llegar a aterrizar. Y era una nave más pequeña la que se liberaba desde la nave nodriza y realizaba el verdadero aterrizaje.

Por difíciles y precisos que tuvieran que ser los aterrizajes, los despegues desde la Tierra deben haber sido aún más complicados. La nave de aterrizaje tendría que reunirse con la nave madre, que, a su vez, tendría

que encender entonces sus motores y acelerar hasta velocidades altísimas para poder dar alcance al Duodécimo Planeta, que estaría atravesando entonces su perigeo entre Marte y Júpiter en su punto de máxima velocidad orbital. El Dr. Sitchin ha calculado que debían de haber tres puntos en la órbita de la nave espacial sobre la Tierra que les concederían la propulsión suficiente para alcanzar al Duodécimo Planeta. Estas tres alternativas les ofrecerían a los nefilim la posibilidad de alcanzar su planeta en el plazo de 1.1 a 1.6 años terrestres.

Precisarían de un territorio adecuado, de la buena dirección desde la Tierra y de una perfecta coordinación con el planeta madre para tener éxito en las llegadas, los aterrizajes, los despegues y las partidas desde nuestro planeta.

Como veremos, los nefilim cumplían con todos estos requisitos.

10

LAS CIUDADES DE LOS DIOSES

La historia del primer asentamiento en la Tierra de unos seres inteligentes es una impresionante saga no menos inspiradora que el descubrimiento de América o la circunnavegación de la Tierra. Y, ciertamente, fue algo de la máxima importancia, pues, gracias a esta aventura, nosotros y nuestras civilizaciones existimos hoy en día.

«La Epopeya de la Creación» nos dice que los «dioses» llegaron a la Tierra gracias a una decisión deliberada de su líder. La versión babilonia atribuye la decisión a Marduk, y explica que este dios esperó hasta que el suelo de la Tierra se secó y endureció lo suficiente como para permitir el aterrizaje y las operaciones de construcción.

Después, Marduk anunció su decisión al grupo de astronautas:

En lo profundo de Arriba,
donde habéis estado residiendo,
«La Regia Casa de Arriba» he levantado.
Ahora, una imagen de esta
voy a construir en El Abajo.

Entonces, Marduk explicó su propósito:

Cuando desde los Cielos
a la asamblea descendáis,
habrá un sitio de descanso por la noche
para recibiros a todos.
Lo llamaré «Babilonia»
La Puerta de los Dioses

Así pues, la Tierra no iba a ser, meramente, objeto de una visita o una breve estancia exploratoria; iba a ser «un hogar lejos del hogar» permanente.

Por viajar a bordo de un planeta que, en sí mismo, ya era una especie de nave espacial, cruzando los senderos de la mayoría de los demás planetas, no hay duda de que los nefilim explorarían los cielos, en primer lugar, desde la superficie de su propio planeta. A esto, le seguirían exploraciones no tripuladas y, más pronto o más tarde, lograrían la capacidad necesaria para enviar misiones tripuladas a otros planetas.

Dado que los nefilim buscaban un «hogar» adicional, debieron pensar que la Tierra era un lugar favorable. Sus tonos azules serían un indicio de que tenía agua y aire, sustentadores de vida; sus marrones revelaban tierra firme; sus verdes, vegetación y una base para la vida animal. Sin embargo, cuando los nefilim llegaron por fin a la Tierra, debió de parecerles un tanto diferente de lo que les hubiera parecido a unos astronautas en la actualidad, pues, cuando los nefilim llegaron aquí, la Tierra estaba en mitad de una época glacial, un período que se convertiría en una de las fases más congelantes y descongelantes del clima en la Tierra.

- Primer período glacial —comenzó hace unos 600 000 años.
- Primer calentamiento (período interglacial) —hace 550 000 años.
- Segundo período glacial —hace 480 000 a 430 000 años.

Cuando los nefilim llegaron a la Tierra, hace unos 450 000 años, alrededor de la tercera parte del suelo firme estaba cubierto de capas de hielo y glaciares. Con tantas aguas de la Tierra heladas, las lluvias eran escasas, pero no en todas partes. Debido a las peculiaridades de los patrones de viento y al terreno, entre otras cosas, algunas zonas de la tierra que en la actualidad están bien provistas de agua eran estériles entonces, y algunas zonas que en la actualidad sólo tienen lluvias estacionales, tenían lluvias durante todo el año por aquel entonces.

Los niveles del mar también eran más bajos, debido a la gran cantidad de agua capturada como hielo sobre las masas de tierra. Las evidencias indican que, durante las dos eras glaciales principales, los niveles del mar

estaban entre 180 y 215 metros más bajos que en la actualidad. De ahí, que hubiera tierra firme donde ahora hay mares y costas. Donde los ríos seguían corriendo, creaban profundas gargantas y cañones, si sus cursos les llevaban por terrenos rocosos; si sus lechos discurrían por terrenos blandos y arcillosos, llegaban a los mares glaciares a través de inmensas tierras pantanosas. Llegando a la Tierra en mitad de una situación climática y geográfica de este tipo, ¿dónde iban a establecer su primera morada los nefilim?

Sin duda, buscarían un lugar que tuviera un clima relativamente templado, donde unos simples refugios fueran suficientes, y donde se pudieran mover con ropas ligeras, y no con pesados trajes aislantes. También debieron buscar agua para beber, lavarse y otros propósitos industriales, así como para el sostenimiento de la vida vegetal y animal necesarias para la alimentación. Los ríos servirían tanto para facilitar la irrigación de grandes extensiones de tierra, como para proporcionar un medio de transporte adecuado.

Sólo una estrechísima zona templada de la Tierra reunía todos estos requisitos, así como ofrecía los grandes terrenos llanos necesarios para los aterrizajes. Así pues, los nefilim centraron su atención, como ahora sabemos, en los tres principales sistemas fluviales y en sus llanuras: el Nilo, el Indo y el Tigris-Eufrates. Cada una de estas cuencas fluviales reunía las condiciones necesarias para la primera colonización; con el tiempo, cada una de ellas se convertiría en el centro de una antigua civilización.

Los nefilim difícilmente habrían ignorado otra necesidad: una fuente de combustible y energía. En la Tierra, el petróleo ha sido una fuente versátil y abundante de energía, calor y luz, así como una materia prima vital en la elaboración de infinidad de bienes esenciales. Los nefilim, a juzgar por las prácticas y los registros sumerios, hicieron un amplio uso del petróleo y de sus derivados, y sería razonable pensar que, en su búsqueda del habitat más adecuado en la Tierra, los nefilim prefirieran un lugar rico en petróleo.

Con esto en mente, probablemente dejarían el valle del Indo como última elección. Al valle del Nilo le darían el segundo lugar; geológicamente, se encuentra en una importante zona rocosa sedimentaria, pero el petróleo de la zona se encuentra a cierta distancia del valle y

requiere de una profunda perforación. La Tierra de los Dos Ríos, Mesopotamia, era, sin duda, el lugar al que se le dio la primera posición. Uno de los campos petrolíferos más ricos del mundo se extiende desde el Golfo Pérsico hasta las montañas donde nacen el Tigris y el Eufrates. Y mientras que, en la mayoría de los lugares, uno tiene que perforar profundamente para sacar el crudo, en la antigua Sumer (ahora el sur de Iraq), los betunes, los alquitranes, las Peces y los asfaltos borboteaban o manaban en la superficie de forma natural.

(No por casualidad, los sumerios tenían nombres para todas las sustancias bituminosas —petróleo, crudos, asfaltos naturales, rocas asfálticas, alquitranes, asfaltos pirogénicos, masillas, ceras y peces. Tenían nueve nombres diferentes para los distintos betunes. En comparación, en la lengua de los antiguos egipcios sólo había dos de estos, y en sánscrito, tres.)

El Libro del Génesis describe la morada de Dios en la Tierra —el Edén — como un lugar de clima templado, cálido aunque aireado, pues Dios salía a pasear por las tardes para refrescarse con la brisa. Era un lugar con buena tierra, que se prestaba para la agricultura y la horticultura. Obtenía su agua de una red de cuatro ríos. «Y el nombre del tercer río [era] Hidekel [Tigris]; este es el que fluye hacia el este de Asiria; y el cuarto era el Eufrates».

En tanto que las opiniones referentes a la identidad de los dos primeros ríos, el Pishon («abundante») y el Gihon («el que mana») no son concluyentes, no existe duda con respecto a los otros dos, el Tigris y el Eufrates. Algunos estudiosos sitúan el Edén en el norte de Mesopotamia, donde tienen su origen los dos ríos y dos afluentes menores; otros (como E. A. Speiser, en *The Rivers of Paradisé*) creen que los cuatro ríos convergían en la cabecera del Golfo Pérsico, de manera que el Edén no estaba en el norte, sino en el sur de Mesopotamia.

El nombre bíblico Edén es de origen mesopotámico, y proviene del acadio edinu, que significa «llano». Recordemos que el título «divino» de los dioses antiguos era DIN.GIR («los justos de los cohetes»). Un nombre sumerio para la morada de los dioses, E.DIN, habría significado «hogar de los justos», algo que se habría adaptado perfectamente a la descripción.

La elección de Mesopotamia vendría probablemente motivada por, al menos, otra consideración importante. Aunque, con el tiempo, los nefilim

construyeron un espaciopuerto en tierra firme, hay algunas evidencias que sugieren que, al menos al principio, amerizaban en el interior de una cápsula herméticamente cerrada. Si este fue el caso, Mesopotamia ofrecía la proximidad no a uno, sino a dos mares —el Océano Índico al sur y el Mediterráneo al oeste— de modo que, en caso de emergencia, el amerizaje no habría dependido de una sola opción. Como veremos, también era esencial una buena bahía o un golfo desde donde poder emprender grandes viajes.

En textos y dibujos antiguos, a las naves de los nefilim se les llamaba inicialmente «barcos celestes». Uno puede imaginar que el aterrizaje de estos astronautas «marítimos» podría haberse descrito en los antiguos relatos épicos como la aparición de una especie de submarino de los cielos en el mar, del cual emergieran unos «hombres-pez» y desembarcaran.

De hecho, los textos mencionan que algunos de los AB.GAL que gobernaban las naves espaciales iban vestidos como un pez. En un texto que habla de los viajes divinos de Ishtar, se nos muestra a esta buscando al «Gran gallu» (navegante jefe), que se había ido en «un barco hundido». Beroso nos transmitió leyendas relativas a Oannes, el «Ser Dotado de Razón», un dios que apareció desde «el mar eritreo que bordeaba Babilonia», en el primer año del descenso del Reino del Cielo.

Beroso informó que, aunque Oannes parecía un pez, tenía una cabeza humana debajo de la cabeza de pez, y tenía pies humanos debajo de la cola de pez. «Su voz y su lengua también eran articulados y humanos».

Fig. 126.

Los tres historiadores griegos, a través de los cuales sabemos lo que Beroso escribió, decían que estos hombres-pez divinos aparecían periódicamente, llegaban a la costa desde el «mar eritreo» —la masa de agua que conocemos ahora como Mar Arábigo (la parte occidental del Océano Índico).

¿Por qué amerizaban los nefilim en el Océano Índico, a cientos de kilómetros del lugar elegido en Mesopotamia, en vez de en el Golfo Pérsico, que está mucho más cerca? Las crónicas antiguas confirman indirectamente nuestra conclusión de que los primeros aterrizajes tuvieron lugar durante, el segundo período glacial, cuando el Golfo. Pérsico de hoy no era un mar, sino una gran extensión de tierras pantanosas y lagos poco profundos, en los cuales era imposible el amerizaje.

Después de descender en el Mar Arábigo, los primeros seres inteligentes en la Tierra se trasladaron a Mesopotamia. Las tierras pantanosas se

extendían más allá de lo que en la actualidad es la costa. Y allí, al filo de los pantanos, establecieron su primer asentamiento en nuestro planeta.

Le llamaron E.RI.DU («casa construida en la lejanía»). ¡Qué nombre más apropiado!

Hasta el día de hoy, la palabra persa ordu significa «campamento». Es una palabra cuyo significado ha echado raíces en todos los idiomas: a la poblada Tierra se le llama Erde en alemán, Erda en antiguo alto alemán, Jórdh en islandés, Jord en danés, Airtha en gótico, Erthe en inglés medio; y volviendo, geográficamente y en el tiempo, «Tierra» —Earth en inglés— era Aratha o Ereds en arameo, Erd o Ertz en kurdo, y Eretz en hebreo.

En Eridú, en el sur de Mesopotamia, los nefilim establecieron la Estación Tierra 1, un solitario puesto avanzado en un planeta medio congelado.

UN SOLITARIO PUESTO AVANZADO EN UN PLANETA EXTRAÑO:

Asia, tal como debió verse desde el espacio en mitad de una fase glacial. El nivel de los mares, más bajo, significaría un litoral diferente al de hoy en día. El Golfo Pérsico y el sur de Mesopotamia eran zonas de lodazales, lagos y tierras pantanosas.

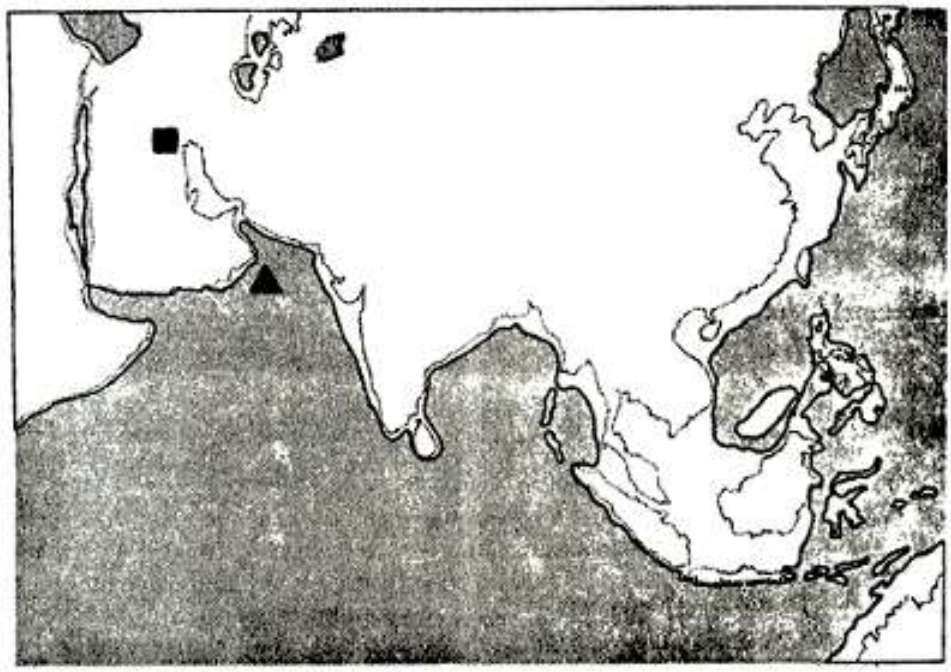


Fig. 127.

Los textos sumerios, confirmados por las posteriores traducciones acadias, hacen una relación de asentamientos originales o «ciudades» de los nefilim en el orden en el que se fundaron. Incluso, se nos dice a qué dios se puso al cargo de cada uno de estos asentamientos. Un texto sumerio, que se cree que fue el original del acadio «Las Tablillas del Diluvio», dice lo siguiente al respecto de cinco de las primeras siete ciudades:

Después de que el reino fuera bajado desde el cielo,
después de que la sublime corona, el trono del reino
fuera bajado desde el cielo,
él… perfeccionó los procedimientos,
las divinas ordenanzas…
Fundó cinco ciudades en lugares puros,
les dio sus nombres,
las dispuso como centros.

La primera de estas ciudades, ERIDÚ,
se la dio a Nudimmud, el líder.
La segunda, BAD-TIBIRA,
se la dio a Nugig.
La tercera, LARAK,
se la dio a Pabilsag.
La cuarta, SIPPAR,

se la dio al héroe Utu.
La quinta, SHURUPPAK,
se la dio a Sud.

El nombre del dios que bajó el Reino desde el Cielo, planificó el asentamiento de Eridú y de cuatro ciudades más, y nombró a sus gobernadores o comandantes, desgraciadamente, se ha perdido. No obstante, todos los textos concuerdan en que el dios que caminó por el agua hasta la orilla de los pantanos y dijo «Aquí nos instalaremos» fue Enki, apodado «Nudimmud» («aquel que hace cosas») en el texto.

Los dos nombres de este dios —EN.KI («señor del suelo firme») y E.A («cuya casa es el agua»)— eran de lo más apropiados. Eridú, que quedó como centro de culto y sede del poder de Enki a lo largo de toda la historia de Mesopotamia, se construyó sobre un terreno elevado artificialmente por encima de las aguas pantanosas. Las evidencias se encuentran en un texto llamado (por S. N. Kramer) «El Mito de Enki y Eridú»:

El señor de la profundidad acuosa, el rey Enki…
construyó su casa…
En Eridú construyó la Casa de la Ribera del Agua…
El rey Enki… ha construido una casa:
Eridú, como una montaña,
ha elevado desde la tierra;
en un buen lugar la ha construido.

Éste y otros textos, en su mayor parte fragmentarios, sugieren que una de las primeras preocupaciones de los «colonos» en la Tierra tuvo que ver con lagos poco profundos y ciénagas. «Él trajo…; estableció la limpieza de los ríos pequeños». El dragado de los lechos de riachuelos y afluentes para mejorar el flujo de las aguas se hizo con el propósito de drenar las ciénagas, conseguir agua limpia y potable, y poner en marcha un sistema de irrigación controlada. Las narraciones sumerias ofrecen indicios también del rellenado con tierra o de la construcción de diques para proteger las primeras casas de las omnipresentes aguas.

Hay un texto, llamado por los expertos el «mito» de «Enki y la Ordenación de la Tierra», que es uno de los poemas narrativos sumerios más largos y mejor preservados que se hayan descubierto. El texto se compone de 470 líneas, de las cuales 375 son perfectamente legibles. Desgraciadamente, el inicio (unas 50 líneas) está roto. Los versos que

siguen se dedican a la exaltación de Enki y al establecimiento de sus relaciones con Anu (su padre), la divinidad jefe, con Ninti (su hermana) y con Enlil (su hermano).

Después de estas introducciones, el mismo Enki «coge el micrófono». Por fantástico que pueda parecer, lo cierto es que el texto viene a ser un informe en primera persona en el que Enki relata su llegada a la Tierra.

«Cuando llegué a la Tierra,
estaba todo inundado.
Cuando llegué a sus verdes praderas,
montones y montículos se levantaron
bajo mis órdenes.
Construí mi casa en un lugar puro…
Mi casa
su sombra se extiende sobre el Pantano de la Serpiente…
las carpas agitan sus colas en él
entre los pequeños juncos gizi»

El poema pasa entonces a describir y registrar, en tercera persona, los logros de Enki. He aquí algunos versos seleccionados:

Él marcó el pantano,
puso en él carpa y… —pescado;
Marcó el matorral de cañas,
puso en él… —juncos y juncos verdes.
A Enbilulu, el Inspector de Canales,
lo puso al cargo de los pantanos.
Fue él el que puso la red para que no escaparan los peces,
de cuya trampa no… escapa,
de cuyo cepo ningún pájaro escapa,
… el hijo de… un dios al que le gustan los peces
Enki puso al cargo de los peces y los pájaros.

A Enkimdu, el de la zanja y el dique,
Enki lo puso al cargo de la zanja y el dique.
Él cuyo… molde dirige,
a Kulla, el hacedor de ladrillos del País,
Enki lo puso al cargo del molde y el ladrillo.

El poema enumera otros logros de Enki, entre los que se incluye la purificación de las aguas del Tigris y la unión (por medio de un canal) del Tigris y el Eufrates. Su casa, a la orilla del agua, tenía un embarcadero en el que podían amarrar embarcaciones y balsas de juncos, y desde el cual podía salir a navegar. No en vano, la casa se llamó E.ABZU («casa de lo

Profundo»). El recinto sagrado de Enki en Eridú se conoció por este nombre durante milenios.

No hay duda de que Enki y su grupo exploraron las tierras de alrededor de Eridú, pero parece que preferían viajar por el agua. La tierra pantanosa, dijo en uno de los textos, «es mi lugar preferido; extiende sus brazos hacia mí». En otros textos, se mostraba a Enki navegando por los pantanos en su embarcación, llamada MA.GUR (literalmente, «barco en el que se da una vuelta»), es decir, un barco de paseo. Él mismo nos cuenta que su tripulación «remaba al unísono». En momentos así, se confiesa, «los conjuros y las canciones sagradas henchían mi Profundidad Acuosa». Hasta se ha registrado un detalle menor, como el del nombre del capitán del barco de Enki.

Fig. 128.

La lista de reyes sumerios indica que Enki y su primer grupo de nefilim estuvieron solos en la Tierra durante bastante tiempo. Ocho shar’s (28 800 años) pasaron antes de que se nombrara al segundo comandante o «jefe de asentamiento».

Si examinamos las evidencias astronómicas, nos encontraremos con algunos aspectos interesantes sobre este asunto. Los expertos se han mostrado un tanto desconcertados ante la aparente «confusión» sumeria sobre cuál de los doce signos del zodiaco estaba asociado a Enki. El signo de la cabra-pez, que representa a la constelación de Capricornio, estaba relacionado, según parece, con Enki (y, de hecho, puede explicar el epíteto del fundador de Eridú, A.LU.LIM, que podría significar «cordero de las

aguas relucientes»). Sin embargo, a Ea/Enki se le solía representar sosteniendo ánforas de aguas fluentes —el original Portador del Agua, o Acuario— y, ciertamente, también era el Dios de los Peces, estando relacionado así con Piscis.

A los astrónomos les resulta difícil explicar cómo los antiguos observadores del cielo pudieron ver en un grupo de estrellas el contorno de, digamos, unos peces o de un acarreador de agua. La respuesta que nos viene a la mente es que los signos del zodiaco no recibieron sus nombres por la forma que pudiera adoptar un grupo de estrellas, sino por el epíteto o actividad principal de un dios que estaría relacionado con el momento en el que el equinoccio vernal estaba en una zona zodiacal concreta.

Si Enki llegó a la Tierra —como creemos— a finales de una Era de Piscis, presenció un cambio precesional a Acuario y permaneció durante un Gran Año (25 920 años) hasta el comienzo de una Era de Capricornio, entonces Enki fue, ciertamente, el único mando en la Tierra durante esos supuestos 28 800 años.

El lapso de tiempo del que se habla nos confirma también en la idea de que los nefilim llegaron a la Tierra en mitad de una era glacial. El duro trabajo de levantamiento de diques y de excavación de canales comenzó cuando las condiciones climáticas aún eran severas. Pero a los pocos shar’s de su aterrizaje, el período glacial comenzó a ceder terreno ante un clima más cálido y lluvioso (hace alrededor de 430 000 años). Fue entonces cuando los nefilim decidieron trasladarse tierra adentro y expandir sus asentamientos. Y, así, los anunnaki (los nefilim de base) nombraron al segundo comandante de Eridú, A.LAL.GAR («el que trajo descanso en tiempo de lluvia»).

Pero, mientras Enki estaba afrontando las adversidades de un pionero en la Tierra, Anu y su otro hijo, Enlil, estaban observando los movimientos desde el Duodécimo Planeta. Los textos mesopotámicos dejan claro que el que estaba realmente al cargo de la misión Tierra era Enlil; y tan pronto como se tomó la decisión de seguir adelante en la misión, Enlil descendió a la Tierra. Para él se construyó EN.KI.DU.NU («Enki cava profundo») una base o asentamiento especial llamado Larsa. Cuando Enki se hizo cargo,

personalmente, de la plaza, se le apodó ALIM («carnero»), coincidiendo con la «era» de la constelación zodiacal de Aries.

La fundación de Larsa dio inicio a una nueva fase en la colonización de la Tierra por parte de los nefilim. Aquello marcó la decisión de proceder con los trabajos para los cuales habían venido a la Tierra, algo que precisaba del envío a nuestro planeta de más «mano de obra», herramientas y equipo, y el retorno de valiosos cargamentos al Duodécimo Planeta.

Los amerizajes ya no resultaban adecuados para bajar cargas tan pesadas. Los cambios climáticos hicieron el interior más accesible; era el momento de llevar el lugar de aterrizaje al centro de Mesopotamia. En esta coyuntura, Enlil llegó a la Tierra y, desde Larsa, procedió a levantar un «Centro de Control de la Misión» —un sofisticado puesto de mando desde el cual los nefilim en la Tierra podrían coordinar los viajes espaciales a y desde su planeta materno, dirigir el aterrizaje de lanzaderas y perfeccionar sus despegues y atraques en la nave espacial que orbitaba la Tierra.

El lugar que eligió Enlil para este propósito, conocido durante milenios como Nippur, fue llamado por él NIBRU.KI («el cruce de la Tierra»). (Recordemos que al punto celeste de mayor proximidad del Duodécimo Planeta a la Tierra se le llamó «Lugar Celeste del Cruce»). Allí estableció Enlil el DUR.AN.KI, el «enlace Cielo-Tierra».

La tarea, como es lógico, era compleja y llevaba tiempo. Enlil se estableció en Larsa durante 6 shar’s (21 600 años) mientras Nippur estaba en construcción. La empresa nippuriana también resultó larga, como evidencian los apodos zodiacales de Enlil. Simbolizado por el Carnero (Aries) mientras estuvo en Larsa, se le asoció posteriormente con el Toro (Tauro). Nippur se fundó en la «era» de Tauro.

Un poema devocional compuesto como un «Himno a Enlil, el Bondadoso», y que glorifica a Enlil, a su consorte Ninlil, a su ciudad Nippur y a su «noble casa», el E.KUR, nos cuenta muchas cosas de Nippur. En primer lugar, Enlil tenía allí a su disposición algunos instrumentos altamente sofisticados: «un "ojo" elevado que explora la tierra», y «un rayo elevado que busca el corazón de toda la tierra». Nippur, nos dice el poema, estaba protegida con terribles armas: «Su sola visión inspira temor, pavor»; desde «su exterior, no se puede acercar ningún dios poderoso». Su «brazo»

era una «vasta red», y en medio de ella se agazapaba un «pájaro de paso veloz», un «pájaro» de cuya «mano» no podía escapar el malvado. ¿Acaso estaba protegido el lugar con un rayo de la muerte o con un campo de energía eléctrico? ¿Había en el centro una plataforma para helicópteros, un «pájaro» tan rápido que uno no podía escapar a su alcance?

En el centro de Nippur, en la cúspide de una plataforma elevada artificial, estaba el cuartel general de Enlil, el KI.UR («lugar de la raíz de la Tierra») —el lugar donde el «enlace entre el Cielo y la Tierra» se elevaba. Éste era el centro de comunicaciones del Control de la Misión, el lugar desde el cual los anunnaki de la Tierra se comunicaban con sus camaradas, los IGI.GI («los que dan la vuelta y ven») de la nave en órbita.

En este centro, dice el antiguo texto, había un «alto pilar que llegaba hasta el cielo». Este altísimo «pilar», firmemente asentado en el suelo «como una plataforma que no se puede derribar», era utilizado por Enlil para «pronunciar su palabra» hacia el cielo. Es esta una descripción muy sencilla de una torre de telecomunicaciones. Cuando la «palabra de Enlil» —sus órdenes— «llegaba al cielo, se derramaba abundancia en la Tierra». ¡Qué forma más sencilla de describir el flujo de materiales, alimentos especiales, medicinas y herramientas que bajaría la lanzadera, una vez se diera la «palabra» desde Nippur!

En este Centro de Control sobre una plataforma elevada, la «noble (elevada) casa» de Enlil, había una misteriosa cámara llamada DIR.GA:

Tan misteriosa como las Aguas distantes,
como el Cénit Celeste.
Entre sus… emblemas,
los emblemas de las estrellas.
El ME lo lleva hasta la perfección.
Sus palabras son para el pronunciamiento…
Sus palabras son graciosos oráculos.

¿Qué era la DIR.GA? Una fractura en la antigua tablilla nos ha privado de más datos, pero su nombre habla por sí mismo, pues significa «la oscura cámara con forma de corona», un lugar donde se conservaban los mapas de las estrellas, donde se hacían predicciones, donde el me (las comunicaciones de los astronautas) se recibían y se transmitían. La descripción nos recuerda al Control de la Misión en Houston, Texas,

monitorizando a los astronautas en sus misiones lunares, amplificando sus comunicaciones, siguiendo sus cursos en el cielo estrellado, dándoles «graciosos oráculos» de guía.

Podríamos recordar aquí el relato del dios Zu, que llegó al santuario de Enlil y se llevó la Tablilla de los Destinos, tras lo cual «se suspendió la emisión de órdenes… la sagrada cámara interior perdió su brillo… se extendió la quietud… el silencio se impuso».

En «La Epopeya de la Creación», los «destinos» de los dioses planetarios eran sus órbitas. Sería razonable suponer que la Tablilla de los Destinos, que resultaba tan vital para las funciones del «Centro de Control de la Misión» de Enlil, controlara también las órbitas y los planes de vuelo de las naves espaciales que mantenían el «enlace» entre el Cielo y la Tierra. Quizás fuera la vital «caja negra» que contenía los programas de ordenador que guiaban a las naves espaciales, y que, sin la cual, el contacto entre los nefilim en la Tierra y su conexión con el Planeta Madre se interrumpía.

La mayoría de los expertos toma el nombre de EN.LIL como «señor del viento», lo cual encaja con la teoría de que los antiguos «personificaban» los elementos de la naturaleza y asignaban a un dios la responsabilidad de los vientos y las tormentas. Sin embargo, algunos expertos han sugerido ya que, en este caso, el término LIL no significa viento tormentoso de la naturaleza, sino el «viento» que sale de la boca —un pronunciamiento, una orden, una comunicación hablada. Una vez más, los arcaicos pictogramas sumerios del término EN —concretamente, tal como se aplicaba en Enlil— y del término LIL arrojan luz sobre el tema, pues lo que vemos es una estructura con una alta torre de antenas que se eleva de ella, así como un artilugio que se parece mucho a las redes de un radar gigante de los que se construyen hoy para capturar y emitir señales —la «vasta red» descrita en los textos.

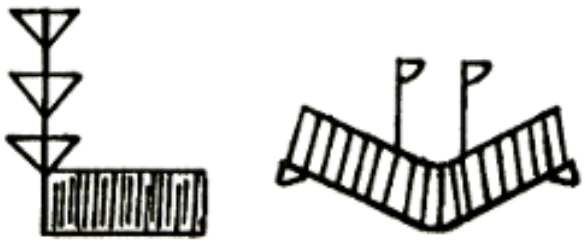


Fig. 129.

En Bad-Tibira, fundada como centro industrial, Enlil puso al mando a su hijo Nannar/Sin; los textos hablan de él en la lista de las ciudades como de NU.GIG («el del cielo nocturno»). Ahí, según creemos, nacieron los gemelos Inanna/Ishtar y Utu/Shamash —un acontecimiento señalado por asociar a su padre Nannar con la siguiente constelación zodiacal, Géminis (los Gemelos). Como dios entrenado en cohetería, a Shamash se le asignó la constelación GIR (que significa tanto «cohete» como la «pinza del cangrejo», o Cáncer), seguido por Ishtar y el León (Leo), sobre cuyo lomo se la solía representar.

De la hermana de Enlil y Enki, de «la enfermera» Ninhursag (SUD), tampoco se olvidaron. Enlil puso a su cargo Shuruppak, el centró médico de los nefilim —un acontecimiento marcado por la asignación de su constelación «La Doncella» (Virgo).

Mientras se fundaban estos centros, la finalización de Nippur vino seguida por la construcción del espaciopuerto de los nefilim en la Tierra. Los textos dejan claro que Nippur era el lugar donde las «palabras» —las órdenes— se pronunciaban; allí, cuando «Enlil ordenaba: "¡Hacia el cielo!"… al cual los brillos se elevaban como un cohete celeste». Pero la acción tenía lugar «donde Shamash se eleva», y ese lugar —el «Cabo Kennedy» de los nefilim— era Sippar, la ciudad de la que se encargaba el Jefe de las Águilas, donde los cohetes de varias fases se elevaban dentro de su enclave especial, dentro del «recinto sagrado».

Cuando Shamash maduró para tomar el mando de los Cohetes ígneos y, con el tiempo, convertirse también en el Dios de la Justicia, se le asignaron las constelaciones de Escorpio y de Libra (Balanza).

Completando la lista de las siete primeras Ciudades de los Dioses y su correspondencia con las doce constelaciones del zodiaco estaba Larak, donde Enlil puso al mando a su hijo Ninurta. Las listas de las ciudades le llaman PA.BIL.SAG («gran protector»), que es el mismo nombre que recibía la constelación de Sagitario.

Sería poco realista pensar que las siete primeras Ciudades de los Dioses se fundaron sin ton ni son. Estos «dioses», que eran capaces de viajar por el espacio, situaron los primeros asentamientos de acuerdo con un plan definido, sirviendo a una necesidad vital: poder aterrizar en la Tierra y poder abandonarla para volver a su planeta.

¿Cuál era el plan maestro?

Mientras buscamos una respuesta, nos haremos una pregunta: ¿Cuál es el origen del símbolo astronómico y astrológico de la Tierra, un círculo dividido en dos por una cruz en ángulo recto —el símbolo que utilizamos para identificar un «objetivo»—?

Este símbolo se remonta a los orígenes de la astronomía y la astrología en Sumer, y es idéntico al jeroglífico egipcio que significa «lugar»:

¿Es esto una coincidencia, o una evidencia significativa? ¿Aterrizaban los nefilim en la Tierra sobre imponiendo sobre su imagen o mapa algún tipo de «objetivo»?

Los nefilim eran forasteros en la Tierra. Mientras exploraban su superficie desde el espacio, debieron prestar especial atención a las montañas y a las cordilleras. Éstas debían representar cierto riesgo durante los aterrizajes y los despegues, pero también podían servir como puntos de referencia para la navegación. Si, mientras volaban por encima del Océano Índico, los nefilim miraban hacia la Tierra entre los ríos que habían elegido

para sus primeros esfuerzos colonizadores, verían un punto de referencia incontestable: el Monte Ararat.

Un macizo volcánico extinto, el Ararat domina la meseta de Armenia, donde, en la actualidad, se encuentran las fronteras de Turquía, Irán y Armenia. Se eleva en los lados este y norte hasta los 900 metros de altitud, y en el noroeste hasta los 1 500 metros. El macizo tiene unos cuarenta kilómetros de diámetro, un inmenso torreón que emerge de la superficie de la Tierra.

Otros rasgos lo hacen resaltar no sólo en el horizonte, sino también desde la altura, desde los cielos. En primer lugar, está situado casi a mitad de camino entre dos lagos, el Lago Van y el Lago Sevan. En segundo lugar, dos picos se elevan desde el alto macizo: el Pequeño Ararat (3 900 metros de altitud) y el Gran Ararat (5100 metros —más de 5 kilómetros de alto—). Ninguna otra montaña rivaliza con las solitarias alturas de estos dos picos, que están permanentemente cubiertos de nieve. Son como dos brillantes balizas entre los dos lagos que, a la luz del día, actúan como reflectores gigantes.

Tenemos razones para creer que los nefilim eligieron su lugar de aterrizaje coordinando un meridiano norte-sur con un punto de referencia inequívoco y una conveniente situación fluvial. En el norte de Mesopotamia, los fácilmente identificables picos gemelos del Ararat serían un punto de referencia obvio. Un meridiano trazado a través del centro del doble Ararat cortaría por la mitad el Eufrates. Ese era el objetivo —el lugar seleccionado para el espaciopuerto. ¿Se podría aterrizar y despegar fácilmente de allí?

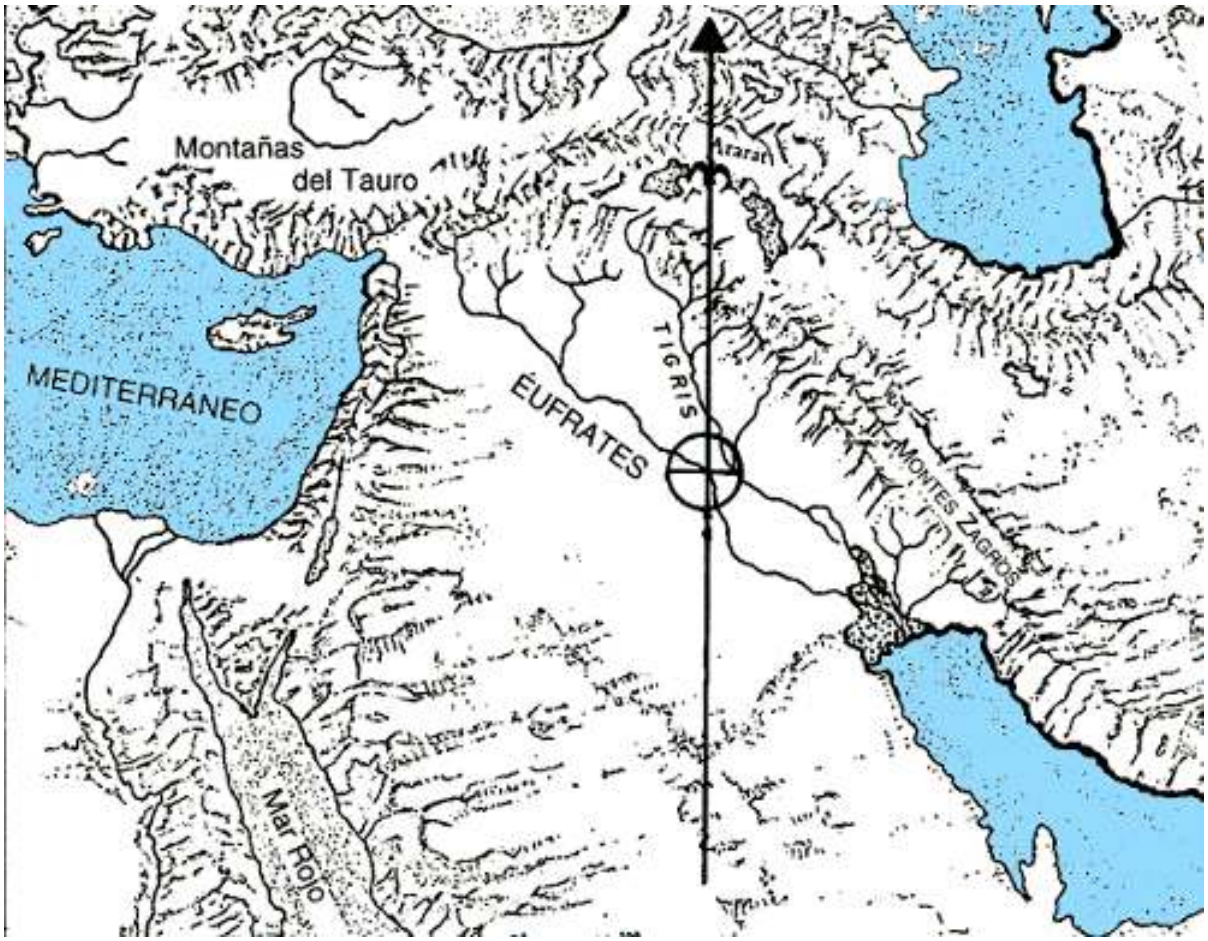


Fig. 130.

La respuesta es Sí. El lugar elegido se encuentra en una llanura; las cordilleras que rodean Mesopotamia se encuentran a una distancia sustancial. Las más altas (al este, al nordeste y al norte) no interferirían con una lanzadera espacial que entrase desde el sudeste.

¿Era accesible el lugar? Es decir, ¿se podían sacar de allí astronautas y materiales sin demasiadas complicaciones?

Y, lo más importante: ¿Había en las cercanías alguna fuente de energía, de combustible que permitiera disponer de luz y de fuerza? La respuesta es un enfático Sí. La curva del río Eufrates donde se estableció Sippar era una de las fuentes más ricas de la antigüedad en betunes de superficie, productos del petróleo que manaban a través de pozos naturales y que se podían recoger de la superficie sin tener que cavar o perforar.

Podemos imaginarnos a Enlil, rodeado por sus tenientes en el puesto de mando de la nave espacial, trazando la cruz dentro del círculo en un mapa.

Quizás preguntara «¿Qué nombre le daremos al lugar?».

«¿Por qué no Sippar?», podría haber respondido alguien.

En los idiomas de Oriente Próximo, este nombre significa «ave». Sippar era el lugar donde las Águilas volvían al nido.

¿Cómo tomarían tierra en Sippar las lanzaderas espaciales?

Podemos visualizar a uno de aquellos navegantes del espacio anotando la mejor ruta. A la izquierda tenían el Eufrates, y la meseta montañosa al oeste de él; a la derecha, el Tigris, y los montes Zagros al este de él. Si la nave tenía que aproximarse a Sippar con un fácil ángulo de 45 grados con respecto al meridiano del Ararat, su rumbo le llevaría sin ningún tipo de complicación entre estas dos peligrosas áreas. Además, llegando a tierra con este ángulo, pasaría, más al sur, por encima de la punta rocosa de Arabia, aunque a gran altitud, y comenzaría a planear en sus maniobras de aproximación sobre las aguas del Golfo Pérsico. Tanto al ir como al venir, la nave se vería libre de todo tipo de obstáculos, tanto en su campo de visión como en sus comunicaciones con el Control de la Misión en Nippur.

El teniente de Enlil podría hacer entonces un rápido esbozo —un triángulo de aguas y montañas a cada lado, apuntando como una flecha hacia Sippar. Una «X» marcaría Nippur, en el centro.

Fig. 131.

Por increíble que parezca, este esbozo no lo hicimos nosotros; este dibujo estaba grabado en un objeto de cerámica desenterrado en Susa, en un estrato datado en los alrededores del 3200 a. C. Nos trae a la mente el planisferio que describía la ruta y el plan de vuelo, que estaba basado en segmentos de 45 grados.

El establecimiento de asentamientos en la Tierra no es algo que los nefilim hicieran a la buena de Dios. Se estudiaron todas las alternativas, se evaluaron todos los recursos, se tuvieron en cuenta todos los riesgos; por otra parte, los mismos planos de cada asentamiento se trazaron con sumo cuidado para que todo se adaptara al patrón final, cuyo objetivo era perfilar el rumbo para la toma de tierra en Sippar.

Nadie ha intentado ver con anterioridad un plan maestro en la dispersión de los asentamientos sumerios. Pero, si echamos un vistazo a las siete primeras ciudades que se fundaron, nos encontraremos con que Bad-Tibira, Shuruppak y Nippur están en una línea que corre, precisamente, en un ángulo de 45 grados con respecto al meridiano de Ararat, ¡y que la línea

cruzaba el meridiano exactamente en Sippar! Las otras dos ciudades cuyos emplazamientos conocemos, Eridú y Larsa, se encuentran también en otra línea recta que cruza a la primera línea y al meridiano del Ararat, también en Sippar.

Guiándonos por el antiguo esbozo, que hacía de Nippur el centro de un círculo, y dibujando círculos concéntricos desde Nippur a través de las distintas ciudades, nos encontramos con que otra antigua población sumeria, Lagash, estaba situada exactamente en uno de estos círculos —en una línea equidistante de la línea de los 45 grados, como la línea Eridú-Larsa-Sippar. La posición de Lagash es un reflejo simétrico de la de Larsa.

Aunque la posición de LA.RA.AK («viendo el halo brillante») sigue siendo desconocida, el lugar lógico para ella estaría en el Punto 5, dado que, lógicamente, tuvo que haber allí una Ciudad de los Dioses, para completar la serie de ciudades en la ruta de vuelo central a intervalos de seis beru: Bad-Tibira, Shuruppak, Nippur, Larak, Sippar.

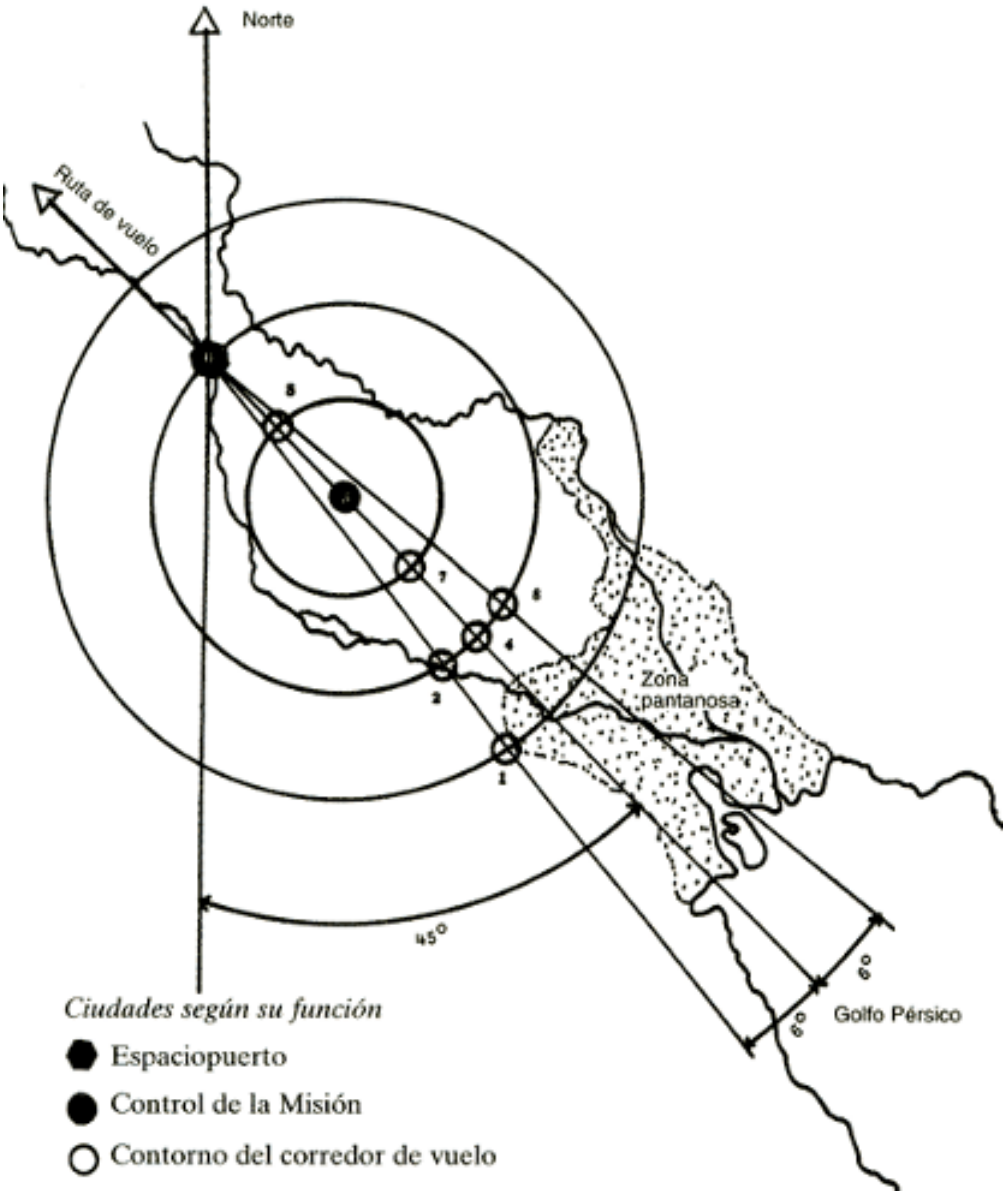


Fig. 132.

Las dos líneas exteriores que flanquean la línea central que atraviesa Nippur, se desvían 6 grados a cada lado de esta, actuando como bordes sudoeste y nordeste de la ruta de vuelo central. No por casualidad, el nombre de LA.AR.SA significaba «viendo la luz roja», y LA.AG.ASH significaba «viendo el halo en seis». Las ciudades que se encontraban a lo largo de cada línea estaban, de hecho, a seis beru (aproximadamente, sesenta kilómetros) de distancia entre ellas.

Creemos que este era el plan maestro de los nefilim. Después de elegir la mejor situación para su espaciopuerto (Sippar), situaron el resto de asentamientos según un patrón que perfilaba la ruta de vuelo para llegar a él. En el centro, pusieron Nippur, donde estaba situado el «enlace Cielo-Tierra».

El hombre no podrá volver a ver ni las Ciudades de los Dioses originales ni sus ruinas, pues fueron destruidas por el Diluvio que barrería la Tierra tiempo después. Pero podemos saber mucho de ellas gracias a que el deber sagrado de los reyes mesopotámicos era reconstruir una y otra vez los recintos sagrados, exactamente en el mismo lugar y según los planos originales. Los reconstructores subrayaron su escrupulosa observancia de los planos originales en las dedicatorias inscritas, como se puede ver en una de ellas, (descubierta por Layard):

El imperecedero plano del terreno,
aquel al cual, para el futuro,
la construcción determinó
[he seguido].
Es el que lleva
los dibujos de los Tiempos de Antaño
y las anotaciones del Cielo Superior.

Si, como sugerimos, Lagash era una de las ciudades que sirvieron como baliza de aterrizaje, gran parte de la información que nos proporciona Gudea desde el tercer milenio a. C. tendrá sentido. Gudea escribió que, cuando Ninurta le dio instrucciones para reconstruir el sagrado recinto, otro dios que le acompañaba le dio los planos arquitectónicos (dibujados en una tablilla de arcilla), y una diosa (que había «viajado entre el Cielo y la Tierra» en su «cámara») le mostró un mapa celeste y le dio instrucciones sobre los alineamientos astronómicos de la estructura.

Además del «pájaro negro divino», en el recinto sagrado se instaló también «el ojo terrible» del dios («el gran rayo que somete al mundo a su poder») y el «controlador del mundo» (cuyo sonido podía «reverberar en todas partes»). Por último, cuando se terminó la estructura, se elevó sobre ella el «emblema de Utu», mirando «hacia el lugar elevado de Utu» —hacia el espaciopuerto de Sippar. Todos estos objetos brillantes eran importantes

para las operaciones del espaciopuerto, pues el mismo Utu «apareció muy contento» para inspeccionar las instalaciones cuando estuvieron terminadas.

Las representaciones sumerias primitivas suelen mostrar enormes estructuras, construidas en las épocas más primitivas con juncos y madera, que se levantaban en los campos entre el ganado que pastaba. La suposición común de que esas estructuras debían ser establos para el ganado se contradice con los pilares que, invariablemente, se ven sobresaliendo de los tejados de las estructuras.

El propósito de estos pilares, como se puede ver, era el de dar soporte a uno o más pares de «anillos», cuya función se desconoce. Pero, aunque estas estructuras se levantaran en los campos, habría que preguntarse si en realidad se hicieron para alojar ganado. Los pictogramas sumerios representan la palabra DUR, o TUR (que significa «morada», «lugar de reunión») dibujando lo que, sin ninguna duda, representa a las mismas estructuras que se muestran en los sellos cilíndricos, pero dejando claro que el principal rasgo de la estructura no era el «cobertizo», sino las antenas.

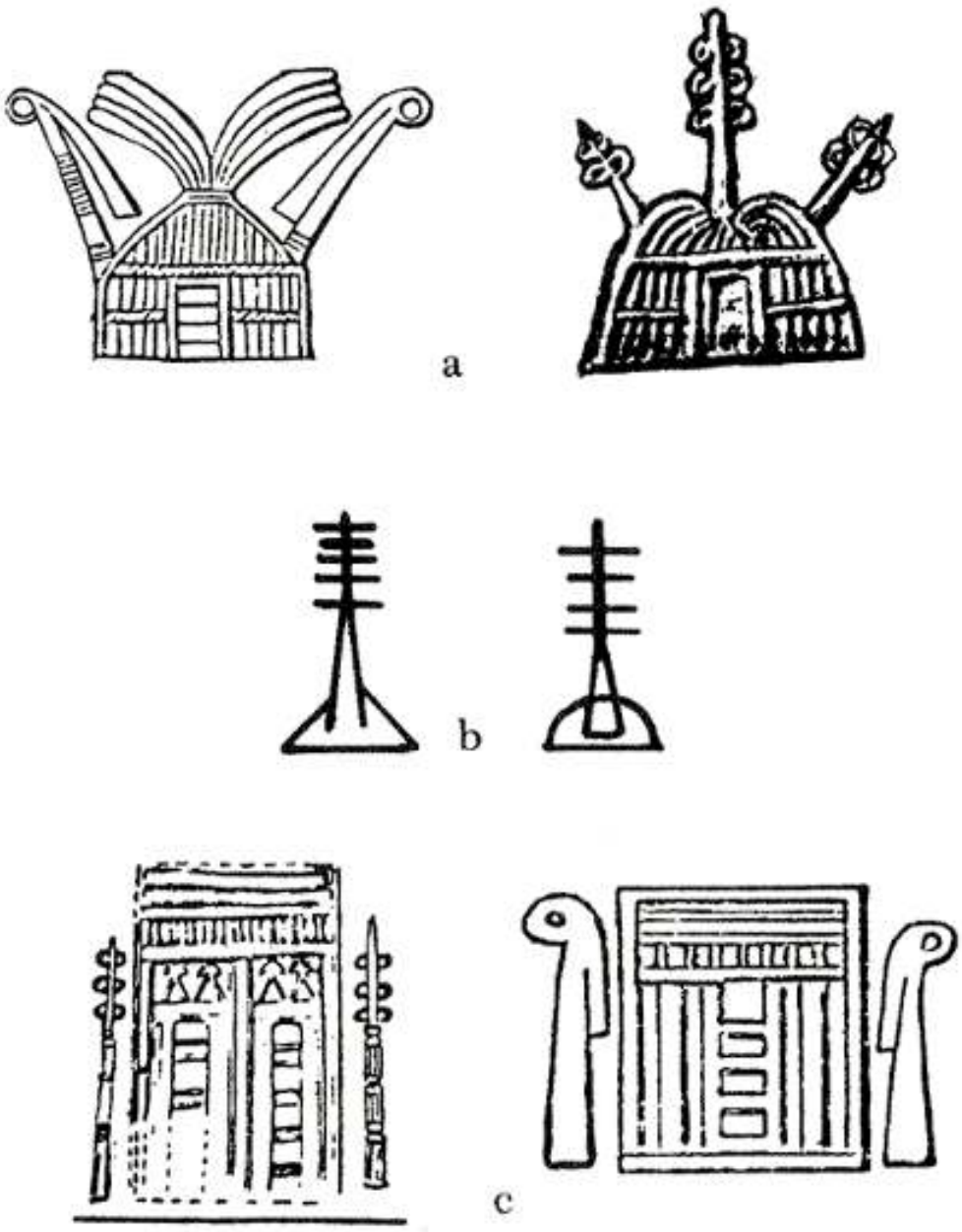


Fig. 133.

En la entrada de los templos y dentro del recinto sagrado de los dioses también se ponían pilares con «anillos». Así pues, no era esta una costumbre exclusiva del campo.

¿No serían estos objetos antenas conectadas a un equipo emisor? ¿No serían los anillos emisores de radar, situados en los campos para guiar a la lanzadera que llegaba? ¿Y no serían dispositivos de escáner aquellos pilares

con algo parecido a un ojo, los «ojos que todo lo ven» de los dioses de los que muchos textos hablaban?

Sabemos que el equipo al que todos estos dispositivos estaban conectados era transportable, pues en algunos sellos sumerios se representan «objetos divinos» con forma de caja que son llevados en embarcaciones o montados en animales de carga que, es de suponer, llevarían esos objetos tierra adentro después de la descarga de los barcos.

Fig. 134.

Estas «cajas negras», por su aspecto, nos traen a la mente el Arca de la Alianza que construyera Moisés siguiendo las instrucciones de Dios. El cofre estaba hecho de madera, revestida de oro por ambos lados —dos superficies conductoras de la electricidad aisladas por la madera que había entre ellas. El kapporeth, también de oro, se colocaba encima del cofre y se sostenía con dos querubines de oro macizo. No está clara la naturaleza del kapporeth (que, según especulan los expertos, significaría «cubierta»), pero este versículo del Éxodo sugiere su propósito: «Me dirigiré a ti desde arriba del Kapporeth, de entre los dos querubines».

La idea de que el Arca de la Alianza fuera, principalmente, una caja de comunicaciones alimentada eléctricamente, se fortalece de las instrucciones dadas en lo relativo a su transporte. Había que llevarla con dos largas varas de madera que debían pasar a través de cuatro anillos de oro. Nadie debía tocar el cofre en sí, y en cierta ocasión en que un israelita lo hizo, cayó muerto al instante —como si hubiera sido fulminado por una descarga eléctrica de alto voltaje.

Es lógico que un equipo tan aparentemente sobrenatural —pues permitía comunicarse con la divinidad aunque la divinidad estuviera en algún otro lugar— se convirtiera en objeto de veneración, en un «símbolo de culto sagrado». Los templos de Lagash, Ur, Mari y de-otros lugares antiguos tenían, entre sus objetos devocionales, unos «ídolos ojo». El ejemplo más sobresaliente se encontraba en el «templo del ojo» de Tell Brak, en el noroeste de Mesopotamia. Este templo del cuarto milenio a. C. recibió este nombre no sólo por los centenares de símbolos del «ojo» que se desenterraron allí, sino, principalmente, porque en el lugar más sagrado del templo sólo había un altar sobre el que se exponía una enorme piedra con un «doble-ojo» simbólico.

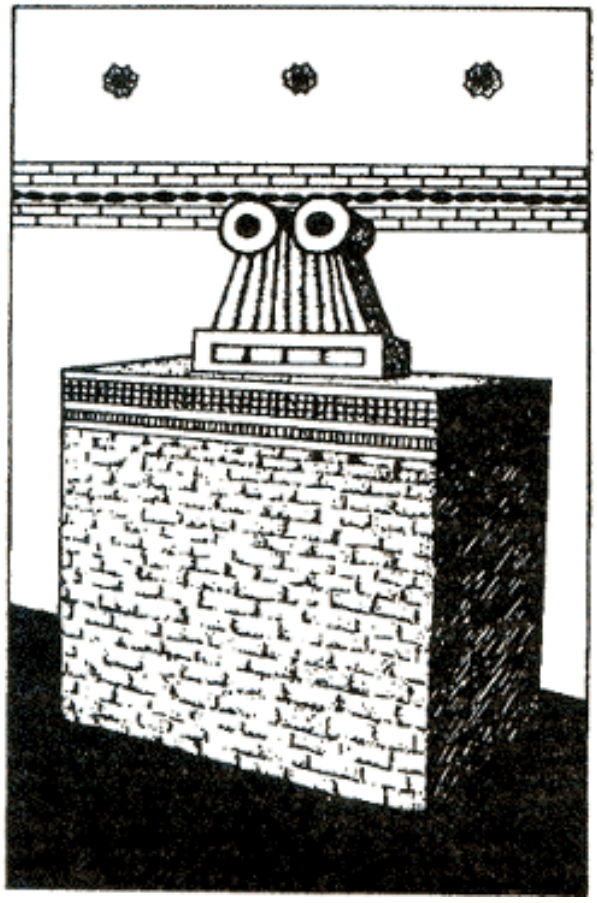


Fig. 135.

Muy probablemente, debía ser una simulación del verdadero objeto divino —el «terrible ojo» de Ninurta—, o el del Centro de Control de la

Misión de Enlil en Nippur, acerca del cual un antiguo escriba dijo: «Su elevado Ojo explora la tierra… Su elevado Rayo busca por la tierra».

La llanura de Mesopotamia necesitaba, según parece, la elevación de plataformas sobre las cuales colocar el equipo relacionado con el espacio. Ni los textos ni las representaciones artísticas dejan duda de que las estructuras iban desde las más primitivas cabañas de campo hasta las posteriores plataformas de varios niveles a las que había que subir por escaleras o rampas que llevaban desde un amplio nivel inferior hasta un estrecho nivel superior, etc. En la cúspide del zigurat se construía la verdadera residencia del dios, rodeada por un amplio patio amurallado donde se albergaban su «pájaro» y sus «armas». En un zigurat que se representó en un sello cilíndrico no sólo se muestra la habitual construcción escalonada, sino también dos «antenas de anillo» con una altura similar a la de tres niveles.

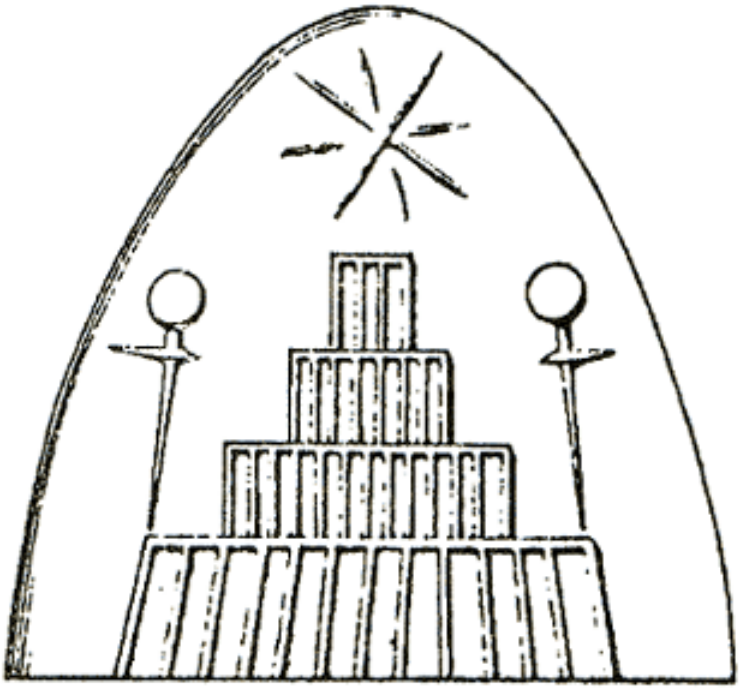


Fig. 136.

Marduk afirmaba que el zigurat y el recinto del templo de Babilonia (el E.SAG.IL) se habían construido siguiendo sus instrucciones, de acuerdo también con «la escritura del Cielo Superior». En una tablilla (conocida

como la Tablilla de Smith), analizada por André Parrot (*Ziggurats et Tour de Babel*), se decía que el zigurat de siete niveles era un cuadrado perfecto, en el que su primer nivel o base tenía lados de 15 gar cada uno. Cada nivel era más pequeño en área y en altura, excepto el último nivel (la residencia del dios), que era de gran altura. Sin embargo, la altura total era otra vez de 15 gar, de modo que no sólo la estructura, al completo, era un cuadrado perfecto, sino también un cubo perfecto.

El gar empleado en estas medidas era el equivalente a 12 cortos codos —aproximadamente 6 metros. Dos expertos, H. G. Wood y L. C. Stecchini, han demostrado que la base sexagesimal sumeria, el número 60, determinaba la totalidad de las principales medidas de los zigurats mesopotámicos. Así, cada lado medía 3 por 60 codos en su base, y el total era de 60 gar.

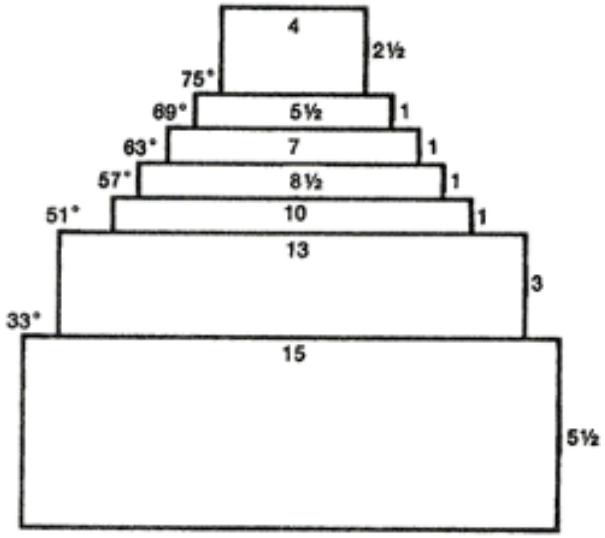


Fig. 137.

Pero ¿qué factor determinaba la altura de cada nivel?

Stecchini descubrió que, si se multiplicaba la altura del primer nivel (5.5 gar) por codos dobles, el resultado era de 33, es decir, la latitud aproximada de Babilonia (32.5 grados Norte). Calculando del mismo modo, el segundo nivel elevaba el ángulo de observación a los 51 grados, y cada uno de los cuatro niveles siguientes lo elevaba otros 6 grados más. El séptimo nivel se levantaba, así, sobre la cima de una plataforma elevada a 75 grados por encima del horizonte de la latitud geográfica de Babilonia. Este último nivel

añadía 15 grados más, permitiéndole al observador un ángulo de 90 grados. Stecchini llegó a la conclusión de que cada nivel actuaba como la plataforma de un observatorio astronómico, con una elevación predeterminada en función del arco del cielo.

Claro está que pudieron haber más consideraciones «ocultas» en estas medidas. Aunque la elevación de 33 grados no era demasiado precisa para Babilonia, sí que lo era para Sippar. ¿Había alguna relación entre los 6 grados de elevación de cada uno de los cuatro niveles y los 6 beru de las distancias entre las Ciudades de los Dioses? ¿Había alguna relación entre los siete niveles y la situación de los siete primeros asentamientos, o con la posición de la Tierra como el séptimo planeta?

G. Martiny (*Astronomisches zur babylonischen Tumi*) demostró que estas características de los zigurats los adecuaban para las observaciones celestes, y que el nivel más alto del zigurat de Esagila estaba orientado hacia el planeta Shupa (que nosotros hemos identificado con Plutón) y la constelación de Aries.

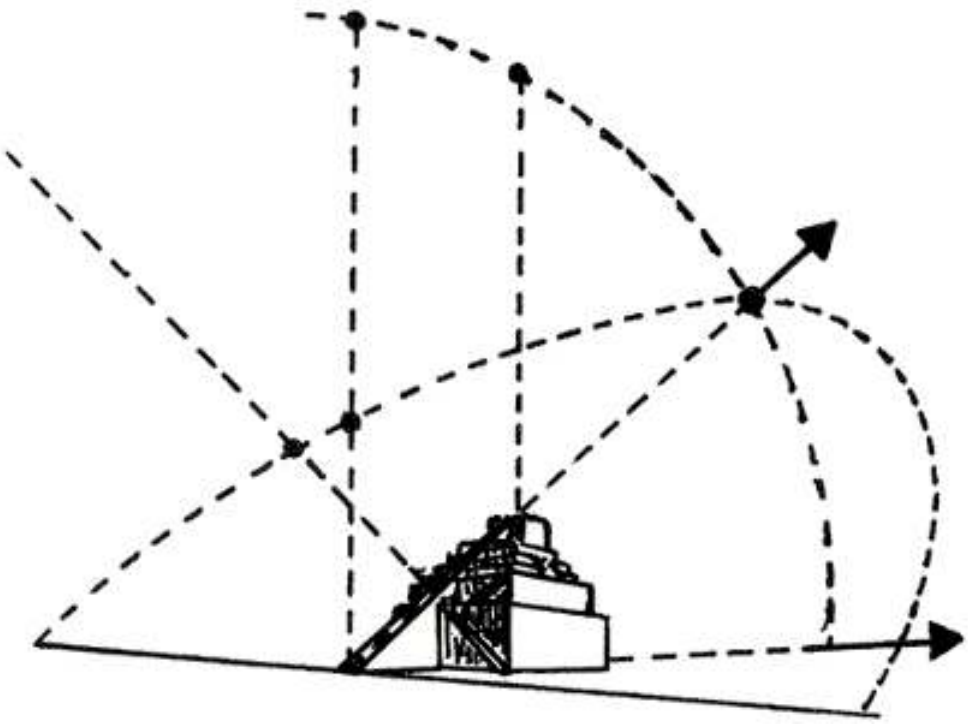


Fig. 138.

Pero ¿solamente se construyeron zigurats para observar las estrellas y los planetas, o también estaban pensados para servir a las naves espaciales de los nefilim? Todos los zigurats estaban orientados de modo que sus esquinas apuntaban exactamente al norte, al sur, al este y al oeste. Así pues, sus lados corrían precisamente en ángulos de 45 grados con respecto a las cuatro direcciones cardinales. Esto significa que una lanzadera espacial que llegara para tomar tierra podría seguir ciertos lados de los zigurats a lo largo, exactamente, de la ruta de vuelo —¡y alcanzar Sippar sin dificultad!

El nombre acadio/babilonio de estas estructuras, zukiratu, significaba «tubo del espíritu divino». Los sumerios les llamaban ESH; este término significaba «supremo» o «lo más alto» —algo que, de hecho, sí que eran estas estructuras. También podía significar una entidad numérica relacionada con el aspecto «mensurable» de los zigurats. Y también significaba «una fuente de calor» («fuego» en acadio y hebreo).

Ni siquiera los expertos que han tratado el tema sin nuestra interpretación «espacial» pueden evitar la conclusión de que los zigurats tenían algún propósito más que el de hacer un edificio de muchos pisos como morada para un dios. Samuel N. Kramer resumió el consenso académico así:

> «El zigurat, la torre escalonada, que se convirtió en el sello distintivo de la arquitectura sagrada de Mesopotamia… pretendía servir de enlace, tanto en un sentido real como simbólico, entre los dioses en el cielo y los mortales en la tierra».

Sin embargo, nosotros hemos demostrado que la verdadera función de estas estructuras era conectar a los dioses en el Cielo con los dioses —no los mortales— en la Tierra.

11

EL MOTÍN DE LOS ANUNNAKI

Después de que Enlil llegara a la Tierra en persona, el «Mando de la Tierra» fue transferido de Enki a Enlil. Es probable que fuera entonces cuando el epíteto o nombre de Enki se cambió por el de E.A («señor aguas»), en vez del de «señor tierra».

Los textos sumerios explican que en época tan temprana como la de la llegada de los dioses a la Tierra, se acordó una separación de poderes: Anu permanecería en los cielos y gobernaría el Duodécimo Planeta, Enlil mandaría en las tierras y Enki se haría cargo del AB.ZU (apsu en acadio). Dejándose llevar por el «acuoso» significado del nombre E.A, los expertos tradujeron AB.ZU como «profundidad acuosa», suponiendo que, al igual que en la mitología griega, Enlil representaba al descomunal Zeus y Ea era el prototipo de Poseidón, Dios de los Océanos.

En otros casos, se hacía referencia a los dominios de Enlil como los del Mundo Superior, y los de Ea como los del Mundo Inferior; una vez más, los expertos supusieron que Enlil controlaba la atmósfera de la Tierra, mientras que Ea era el soberano de las «aguas subterráneas» —el Hades griego en el que se supone que creían los mesopotámicos. El mismo término abismo (que se deriva de apsu) nos trae la idea de las aguas profundas, oscuras y peligrosas en las que uno se puede hundir y desaparecer.

Así, a medida que se iban encontrando textos mesopotámicos que hablaban del Mundo Inferior, los expertos los iban traduciendo con el

término Unterwelt («mundo subterráneo») o Totenwelt («mundo de los muertos»).

Ha sido sólo en los últimos tiempos cuando los sumerólogos han mitigado de algún modo la ominosa connotación, traduciendo aquel término por la palabra netherworld.

Los textos mesopotámicos que mayor responsabilidad tuvieron en esta mala interpretación fueron los que constituyeron la serie de liturgias que lamentaban la desaparición de Dumuzi, mejor conocido como el dios Tamuz de los textos bíblicos y cananeos. Fue con él con quien Inanna/Ishtar tuvo su amorío más famoso y, cuando desapareció, al que fue a buscar en el Mundo Inferior.

El enorme *Tammuz-Liturgien und Verwandtes* de P. Maurus Witzel, una obra maestra sobre los «textos de Tamuz» sumerios y acadios, sólo ayudó a perpetuar el error. Los relatos épicos de la búsqueda de Ishtar se tomaron por un viaje «al reino de los muertos, y su posterior retorno a la tierra de los vivos».

Los textos sumerios y acadios que describen el descenso de Inanna/Ishtar al Mundo Inferior nos dicen que la diosa decidió hacer una visita a su hermana Ereshkigal, señora del lugar. Ishtar no fue allí ni muerta ni contra su voluntad; fue viva y sin que la invitaran, abriéndose paso ante el guardián a base de amenazas:

Si no abres el pórtico para que pueda entrar,
haré pedazos la puerta, destrozaré el cerrojo,
haré pedazos las jambas, arrancaré las puertas.

Una a una, Ishtar abrió las siete puertas que llevaban a la morada de Ereshkigal y, cuando por fin llegó y Ereshkigal la vio, literalmente, montó en cólera (el texto acadio dice, «estalló en su presencia»). El texto sumerio, vago en cuanto al propósito del viaje o en cuanto a las causas de la ira de Ereshkigal, revela que Inanna esperaba este recibimiento, pues se esforzó por notificar su viaje con antelación al resto de divinidades principales, y se aseguró de que harían por rescatarla en caso de que fuera hecha prisionera en el «Gran Abajo».

El esposo de Ereshkigal —y Señor del Mundo Inferior— era Nergal, El modo por el cual llegó al Gran Abajo y se convirtió en su señor no sólo

ofrece luz sobre la naturaleza humana de los «dioses», sino que también nos demuestra que este mundo podía ser cualquier cosa menos un «mundo de los muertos».

El relato, del cual se han encontrado varias versiones, comenzaba con un banquete en el cual los invitados de honor eran Anu, Enlü y Ea. El banquete se celebraba «en los cielos», pero no en la morada de Anu en el Duodécimo Planeta. Quizás tenía lugar a bordo de una nave orbital, pues cuando Ereshkigal no pudo ascender a reunirse con ellos, los dioses le enviaron un mensajero que «descendió la larga escalera de los cielos, llegó a la puerta de Ereshkigal». Tras recibir la invitación, Ereshkigal dio instrucciones a su consejero, Namtar:

«Asciende, Namtar, la larga escalera de los cielos;
coge el plato de la mesa, toma mi parte;
todo lo que Anu te dé, tráemelo a mí».

Cuando Namtar entró en la sala del banquete, todos los dioses, excepto «un dios calvo, sentado en la parte de atrás», se levantaron para darle la bienvenida. Luego, cuando volvió al Mundo Inferior, Namtar informó del incidente a Ereshkigal. Ella y todos los dioses menores de sus dominios se sintieron insultados, y la diosa pidió que se le enviara al dios ofensor para castigarlo.

Sin embargo, el ofensor era Nergal, hijo del gran Ea. Tras ser severamente reprendido por su padre, Nergal recibió instrucciones para que hiciera el viaje solo, armado nada más con un montón de consejos paternos sobre cómo comportarse. Cuando Nergal llegó a la puerta, Namtar lo reconoció y lo condujo al «amplio patio de Ereshkigal», donde fue sometido a varias pruebas. Más pronto o más tarde, Ereshkigal fue a tomar su baño diario.

… ella mostró su cuerpo.
Lo que es normal para hombre y mujer,
él… en su corazón …
… se abrazaron,
apasionadamente yacieron en la cama.

Durante siete días y siete noches hicieron el amor. En el Mundo Superior, había saltado la alarma por el desaparecido Nergal. «Déjame ir»,

le dijo a Ereshkigal. «Iré y volveré», le prometió. Pero, tan pronto partió, Namtar fue a Ereshkigal y acusó a Nergal de no tener intención de volver. Una vez más, Namtar fue enviado arriba hasta Anu. El mensaje de Ereshkigal era claro:

Yo, tu hija, era joven;
no he conocido el juego de las doncellas…
Ese dios al que enviaste,
y que ha tenido relaciones sexuales conmigo.
Envíamelo, para que pueda ser mi marido,
para que viva conmigo.

Sin tener en mente todavía la idea de casarse, Nergal organizó una expedición militar y asaltó las puertas de Ereshkigal, con la intención de «cortarle la cabeza». Pero Ereshkigal declaró:

«Sé mi marido y seré tu esposa.
Te concederé el dominio
sobre la amplia Tierra Interior.
Pondré la Tablilla de la Sabiduría en tus manos.
Tú serás Señor, yo seré Señora».

Y, entonces, llegó el final feliz:

Cuando Nergal escuchó sus palabras,
tomó su mano y se la besó,
enjugando sus lágrimas:
«Lo que tú has deseado para mí
desde hace meses ¡sea ahora!».

Los acontecimientos relatados no sugieren, en modo alguno, una Tierra de los Muertos. Todo lo contrario: era un lugar donde los dioses podían entrar e irse, un lugar donde se podía hacer el amor, un lugar lo suficientemente importante como para confiárselo, a una nieta de Enlil y a un hijo de Enki. Reconociendo que los hechos no apoyan la idea primitiva de una región sombría, W. F. Albright (*Mesopotamian Elements in Canaanite Eschatology*) sugirió que la morada de Dumuzi en el Mundo Inferior era «un hogar brillante y fértil en el paraíso subterráneo llamado "la boca de los ríos", el cual estaba estrechamente asociado con el hogar de Ea en el Apsu».

Era un lugar lejano y difícil de alcanzar, para poder estar seguro, una especie de «zona restringida», pero no era, ciertamente, un «lugar sin

retorno». Al igual que Inanna, otras divinidades importantes también fueron a, y volvieron de, ese Mundo Inferior. Enlil fue desterrado al Abzu por un tiempo, después de violar a Ninlil. Y Ea se trasladaba constantemente entre Eridú en Sumer y el Abzu, llevando al Abzu «la artesanía de Eridú» y haciendo allí «un noble santuario» para sí mismo.

Lejos de ser un lugar oscuro y desolado, fue descrito como un lugar brillante de aguas fluentes.

Una tierra rica, amada por Enki;
rebosante de riquezas, perfecta en plenitud…
Cuyo poderoso río recorre la tierra.

Hemos visto las muchas representaciones que hay de Ea como Dios de las Aguas Fluentes. En los textos sumerios se ve que estas aguas fluentes existieron realmente —no en Sumer y en sus llanuras, sino en el Gran Abajo. W. F. Albright llamó la atención sobre un texto que trata del Mundo Inferior como del País de UT.TU —«en el oeste» de Sumer. En él, se habla de un viaje de Enki al Apsu:

A ti, Apsu, tierra pura,
donde fluyen con rapidez grandes aguas,
a la Morada de las Aguas Fluentes
el Señor acude…
La Morada de las Aguas Fluentes
Enki en las aguas puras se estableció;
en medio del Apsu,
un gran santuario estableció.

A decir de todos, el lugar se encontraba más allá del mar. En un lamento por «el hijo puro», el joven Dumuzi, se dice que fue llevado al Mundo Inferior en un barco. Un «Lamento sobre la Destrucción de Sumer» cuenta que Inanna se las ingenió para subir furtivamente en un barco. «De sus posesiones partió. Descendió al Mundo Inferior».

Un largo texto, poco comprendido por causa de no haberse encontrado una versión intacta, trata de un gran conflicto entre Ira (título de Nergal como Señor del Mundo Inferior) y su hermano Marduk. Durante el transcurso del conflicto, Nergal dejó sus dominios y se enfrentó a Marduk en Babilonia; Marduk, por otra parte, le amenazó: «Al Apsu descenderé, a vigilar a los anunnaki… mis armas furiosas contra ellos levantaré». Para

llegar al Apsu, Marduk dejó la Tierra de Mesopotamia y viajó sobre «aguas que se elevaban». Su destino era Arali, en el «basamento» de la Tierra, y los textos ofrecen una pista muy precisa sobre el lugar donde estaba este «basamento»:

En el distante mar,
100 beru de agua [en la distancia]…
El suelo de Arali [está] …
Está donde las Piedras Azules hacen enfermar,
adonde el artesano de Anu
lleva el Hacha de Plata, que brilla como el día.

El beru, tanto en su aspecto de unidad de medida terrestre como en el de cálculo de tiempo, se utilizaba, probablemente, en esta última faceta cuando se trataba de viajar por el agua. Como tal, consistía en una hora doble, de manera que cien beru significaría doscientas horas de navegación. No tenemos forma de determinar la velocidad de navegación media o supuesta que se empleaba en aquellos antiguos cálculos de distancias, pero no hay duda de que se podía alcanzar una tierra verdaderamente distante después de un viaje por mar de tres, cuatro o cinco mil kilómetros.

Los textos indican que Arali estaba situada al oeste y al sur de Sumer. Un barco que viajara cuatro o cinco mil kilómetros en dirección sudoeste desde el Golfo Pérsico sólo podía tener un destino: las costas del sur de, África.

Sólo una conclusión así puede explicar los términos de Mundo Inferior, dando a entender el hemisferio sur, donde se encontraba la Tierra de Arali; a diferencia del Mundo Superior, o hemisferio norte, donde estaba Sumer Esta división de los hemisferios terrestres entre Enlil (norte) y Ea (sur) se correspondería con la designación de los cielos septentrionales como el Camino de Enlil y los meridionales como el Camino de Ea.

La habilidad de los Nefilim para emprender viajes interplanetarios, orbitar la Tierra y aterrizar en ella debería de obviar la cuestión de si pudieron haber conocido el sur de África, además de Mesopotamia. Muchos sellos cilíndricos, en los que se ven animales propios de la zona (como la cebra o el avestruz), escenas de la jungla o soberanos que llevan pieles de leopardo en la tradición africana, atestiguan una «conexión africana».

¿Qué interés podrían tener los nefilim en esta parte de África, capaz de atraer el genio científico de Ea y de conceder a los importantes dioses encargados de la zona una única «Tablilla de la Sabiduría»?

El término sumerio AB.ZU, que los expertos aceptan como «profundidad acuosa», precisa de un nuevo análisis crítico. Literalmente, el término significa «fuente profunda primitiva» —no necesariamente de aguas. Según las reglas gramaticales sumerias, cualquiera de las dos sílabas de cualquier término podía preceder a la otra sin cambiar el significado de la palabra, con lo que AB.ZU y ZU.AB significarían los mismo. Pero este término sumerio, en esta ultima forma, nos permite identificar su paralelo en las lenguas semitas, pues za-ab siempre significó y sigue significando «metal precioso», concretamente «oro», en hebreo y en sus lenguas hermanas.

El pictograma sumerio para AB.ZU era el de una profunda excavación en la Tierra, con un pozo encima. Así, Ea no era el señor de una indefinida «profundidad acuosa», ¡sino el dios encargado de la explotación de los minerales de la Tierra!

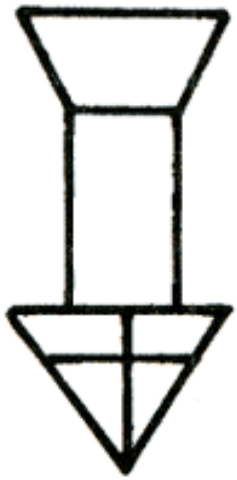


Fig. 139.

De hecho, el griego abyssos, adoptado del acadio apsu, significa también un agujero sumamente profundo en el suelo. Los libros de texto acadios explicaban que «apsu es nikbu»; el significado de esta palabra, y el de su equivalente hebrea nikba, es muy preciso: un corte o perforación muy profunda en el suelo, hecha por el hombre.

P. Jensen (*Die Kosmologie der Babylonier*) ya observó en 1890 que el término acadio Bit Nimiku no debería de traducirse como «casa de sabiduría», sino como «casa de profundidad». Jensen citaba un texto (V.R.30,49-50ab) que decía: «Es de Bit Nimiku de donde el oro y la plata vienen». Otro texto (III.R.57, 35ab), explicaba, según Jensen, que el nombre acadio «Diosa Shala de Nimiki» era la traducción del epíteto sumerio «Diosa Que Entrega el Brillante Bronce». El término acadio nimiku, que se ha traducido como «sabiduría», concluyó Jensen, «tiene que ver con los metales». Pero por qué, simplemente admitió, «no lo sé».

Algunos himnos mesopotámicos a Ea lo ensalzan como Bel Nimiki, traducido «señor de la sabiduría»; pero la traducción correcta debería de ser, indudablemente, «señor de la minería». Del mismo modo que la Tablilla de los Destinos de Nippur contenía datos orbitales, la Tablilla de la Sabiduría confiada a Nergal y a Ereshkigal era, de hecho, una «Tablilla de la Minería», un «banco de datos» sobre las operaciones mineras de los nefilim.

Como Señor del Abzu, Ea estaba asistido por otro dios, su hijo GI.BIL («el que quema el suelo»), que estaba a cargo del fuego y de la fundición. Al Herrero de la Tierra se le suele representar como a un dios joven cuyos hombros emiten rayos rojos y calientes o incluso chispas de fuego, un joven dios que emerge del suelo o está a punto de sumergirse en él. Los textos dicen que Ea remojó a Gibil en «sabiduría», queriendo decir en realidad que Ea le enseñó las técnicas de la minería.

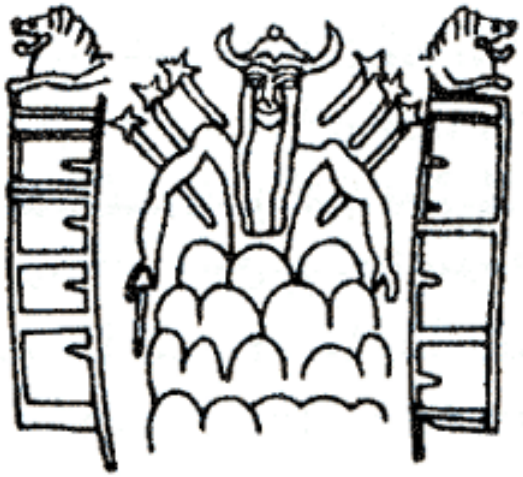


Fig. 140.

Él mineral de metal que los nefilim extraían en el sudeste de África era transportado hasta Mesopotamia en barcos de carga específicamente diseñados que recibían el nombre de MA.GUR UR.NU AB.ZU («barco para mineral del Mundo Inferior»). Desde allí, el mineral se llevaba hasta Bad-Tibira, cuyo nombre significa, literalmente, «la fundación de metalurgia». Fundido y refinado, el metal se vertía en lingotes que no cambiaron de forma durante milenios. Se han encontrado lingotes de estos en varias excavaciones de Oriente Próximo, confirmando la fiabilidad de los pictogramas sumerios como representaciones verdaderas de los objetos que plasmaban «por escrito»; el signo sumerio para el término ZAG («precioso purificado») era la imagen de un lingote. En épocas primitivas, parece ser que tenían un agujero que los recorría longitudinalmente, y por el cual se insertaba una vara.

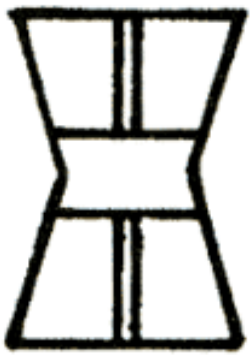


Fig. 141.

Varias representaciones de un Dios de las Aguas Fluentes le muestran flanqueado por porteadores de estos lingotes de metal precioso, indicando que era también el Señor de la Minería.

Fig. 142.

Los diversos nombres y epítetos de la africana Tierra de las Minas de Ea están repletos de pistas sobre su localización y naturaleza. Fue conocida como A.RA.LI («lugar de las vetas brillantes»), la tierra de la que viene el mineral metalífero. Inanna, mientras estaba planeando su descenso al hemisferio sur, se refirió al lugar como la tierra donde «el metal precioso está cubierto de suelo» —está bajo tierra. Un texto del que informó Erica Reiner, en el que se hace una relación de montañas y ríos del mundo sumerio, dice: «Monte Arali: hogar del oro»; y en un texto fragmentario descrito por H. Radau, se confirma que Arali fue la tierra de la que dependía Bad-Tibira para seguir con sus trabajos.

Los textos mesopotámicos hablan de la Tierra de las Minas como de una tierra montañosa, con mesetas y llanuras cubiertas de hierba, y con una exuberante vegetación. En los textos sumerios, se dice que la capital de Ereshkigal en aquella tierra estaba en el GAB.KUR.RA («en el pecho de las montañas»), tierra adentro. En la versión acadia del viaje de Ishtar, el guardián le da la bienvenida:

Entra mi señora,
que Kutu se alegre por ti;
que el palacio de la tierra de Nugia
se alegre con tu presencia.

El término KU.TU, que en acadio transmite la idea de «aquello que está en el corazón de la tierra», tiene, en su origen sumerio, el significado de

«las brillantes tierras altas». Era una tierra, todos los textos lo sugieren, con días brillantes, plenos de sol. Los términos sumerios para indicar el oro (KU.GI —«brillante fuera de la tierra»—) y la plata (KU. BABBAR —«oro brillante»—) conservaron la asociación original de los metales preciosos con los brillantes (ku) dominios de Ereshkigal.

Los signos pictográficos empleados en la primera escritura sumeria no sólo muestran una gran familiaridad con los distintos procesos metalúrgicos, sino también con el hecho de que el origen de los metales se encontraba en las minas que se hundían en la tierra. Los términos del cobre y del bronce («piedra bella y brillante»), del oro («el metal supremo de la mina») o de «refinado» («purificado-brillante») eran, todos ellos, variantes pictóricas del pozo de la mina («abertura/boca para el rojo-oscuro» metal).

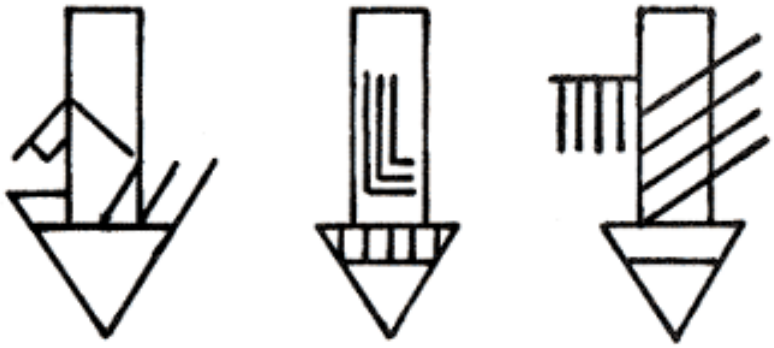


Fig. 143.

El nombre de la tierra —Arali— también se podía escribir como una variante del pictograma de «rojo-oscuro» (suelo), de Kush («rojo-oscuro», para, con el tiempo, significar «negro»), o de los metales que se extraían allí; los pictogramas siempre mostraban variantes del pozo de una mina.

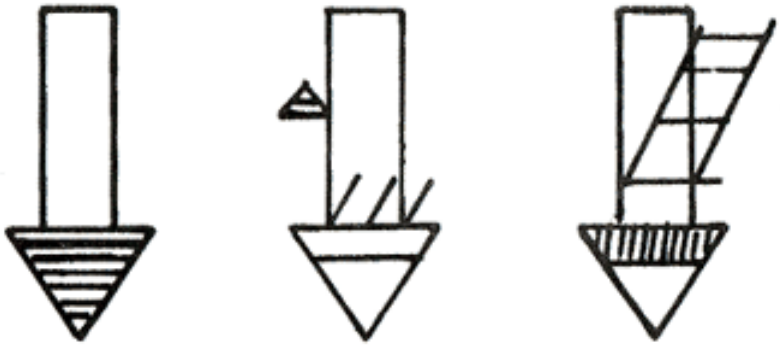


Fig. 144.

Las amplias referencias al oro y a otros metales en los textos antiguos sugieren cierta familiaridad con la metalurgia en tiempos primitivos. Ya existía un animado comercio de metales en los mismos inicios de la civilización, consecuencia del conocimiento que la Humanidad heredó de los dioses, que, según dicen los textos, ya estaban involucrados en la minería y en la metalurgia bastante antes de la aparición del Hombre. Muchos estudios en los que se vinculan los relatos divinos mesopotámicos con la lista bíblica de patriarcas antediluvianos señalan que, según la Biblia, Túbal Caín fue un «artífice del oro, el cobre y el hierro» mucho antes del Diluvio.

En el Antiguo Testamento se habla de la tierra de Ofir, que estaba probablemente en algún lugar de África, como de una fuente de oro en la antigüedad. Los convoyes de barcos del rey Salomón partían de Esyón Guéber (la actual Elat) para atravesar el Mar Rojo. «E iban a Ofir y traían desde allí oro». Intentando evitar las demoras en la construcción del Templo del Señor en Jerusalén, Salomón llegó a un acuerdo con su aliado, Jiram, rey de Tiro, para mandar una segunda flota a Ofir por una ruta alternativa:

Y el rey tenía una flota de Tarsis en el mar
con la flota de Jiram.
Y cada tres años venía la flota de Tarsis,
trayendo oro, plata, marfil, simios y monos.

A la flota de Tarsis le llevaba tres años completar el viaje. Contando con el tiempo necesario para cargar en Ofir, el viaje en cada dirección debió de durar algo más de un año. Esto sugiere una ruta mucho más indirecta que la ruta directa a través del Mar Rojo y el Océano Índico —una ruta alrededor de África.

Fig. 145.

La mayoría de los estudiosos sitúan Tarsis al oeste del Mediterráneo, posiblemente en o cerca del actual Estrecho de Gibraltar. Éste habría sido un lugar idóneo desde el cual embarcarse en un viaje alrededor del continente africano. Algunos creen que el nombre de Tarsis significaba «fundición».

Muchos eruditos bíblicos han sugerido que habría que buscar Ofir en la actual Rhodesia. Z. Hermán (*Peoples, Seas, Ships*) reunió evidencias que demostraban que, en épocas primitivas, los egipcios obtenían diversos minerales en Rhodesia. En su búsqueda de oro, los ingenieros de minas de Rhodesia, al igual que los de Sudáfrica, han recurrido en muchas ocasiones a la búsqueda de evidencias de minería prehistórica.

¿Cómo se llegaba a la morada que Ereshkigal tenía tierra adentro? ¿Cómo se transportaba el mineral desde el «corazón de la tierra» hasta los puertos de la costa? Conociendo la querencia de los nefilim por la navegación fluvial, no debería de sorprendernos que encontraran un río grande y navegable en el Mundo Inferior. El relato de «Enlil y Ninlil» nos dice que Enlil fue enviado al exilio en el Mundo Inferior. Y dice también que, cuando llegó allí, fue transportado en barco por un ancho río.

En un texto babilonio que trata de los orígenes y el destino de la Humanidad, se nombra al río del Mundo Inferior como Río Habur, el «Río de los Peces y los Pájaros», y algunos textos sumerios apodan al País de Ereshkigal como «el País Pradera de HA.BUR».

De los cuatro grandes ríos de África, uno, el Nilo, fluye hacia el Norte, hasta el Mediterráneo; el Congo y el Níger desembocan en el Atlántico, por el oeste; y el Zambeze corre desde el corazón de África haciendo un semicírculo en dirección este hasta desembocar en la costa oriental. Tiene un amplio delta, con buenos puntos portuarios; es navegable tierra adentro a lo largo de varios centenares de kilómetros.

¿Fue el Zambeze el «Río de los Peces y los Pájaros» del Mundo Inferior? ¿Fueron las majestuosas Cataratas Victoria las que se mencionan en un texto en el que se habla de la capital de Ereshkigal?

Conscientes de que muchas minas prometedoras, «recientemente descubiertas» en el sur de África, habían sido puntos mineros en la antigüedad, la *Anglo-American Corporation* contrató a varios equipos de arqueólogos para examinar los lugares antes de que las modernas máquinas excavadoras barrieran con todos los rastros de antiguas obras. Dando cuenta de sus descubrimientos en la revista Óptima, Adrián Boshier y Peter Beaumont decían haberse encontrado con capas y más capas de actividades mineras antiguas y prehistóricas, así como de restos humanos. La datación por radiocarbono realizada en la Universidad de Yale (Estados Unidos) y en la Universidad de Groningen (Holanda) estableció la edad de los objetos en un rango que iba desde los plausibles 2000 a. C. hasta los asombrosos 7690 a. C.

Intrigados por la inesperada antigüedad de los descubrimientos, el equipo de arqueólogos amplió su área de trabajo. En la base de un

despeñadero de las escabrosas vertientes occidentales del Pico del León, una losa de cinco toneladas de hematites bloqueaba el acceso a una caverna. Los restos de carbón dataron las operaciones mineras en el interior de la caverna entre el 20 000 y el 26 000 a. C.

¿Acaso era posible la minería de metales durante la Edad de Piedra Antigua, durante el Paleolítico? Incrédulos, los expertos excavaron un pozo en un punto donde, aparentemente, los antiguos mineros habían comenzado sus operaciones. Se envió una muestra de carbón encontrada allí al laboratorio de Groningen. ¡La datación se remontó al 41 250 a. C., con un margen de error de más o menos 1600 años!

Los científicos sudafricanos se pusieron a investigar entonces en los lugares mineros prehistóricos del sur de Swazilandia. Fue entonces cuando en el interior de las cavernas mineras descubiertas, encontraron ramitas, hojas, hierbas e incluso plumas —todo ello llevado allí, presumiblemente, por los antiguos mineros para hacerse un lecho. En el nivel del 35 000 a. C., encontraron huesos con muescas, lo cual «indica la habilidad del hombre para contar en un período tan remoto». Otros restos remontaron la edad de los objetos hasta los alrededores del 50 000 a. C.

Creyendo que «la verdadera edad de comienzo de la minería en Swazilandia es más probable que esté en el orden del 70 000-80 000 a. C.», los dos científicos sugirieron que «el sur de África… bien pudo estar a la vanguardia de la invención y la innovación tecnológica durante gran parte del período posterior al 100 000 a. C.»

Comentando los descubrimientos, el Dr. Kenneth Oakley, antiguo antropólogo jefe del Museo de Historia Natural de Londres, le dio una trascendencia diferente a los descubrimientos. «Esto arroja una luz importante sobre los orígenes del Hombre… es posible que el sur de África fuera el hogar evolutivo del Hombre», el «lugar de nacimiento» del Homo sapiens.

Como veremos, fue ciertamente allí donde apareció el Hombre moderno en la Tierra, a través de una cadena de acontecimientos que se desencadenó con la búsqueda de metales por parte de los dioses.

Tanto los serios científicos como los escritores de ciencia-ficción han sugerido que una buena razón para el establecimiento de asentamientos en

otros planetas o asteroides sería la disponibilidad de minerales poco comunes en esos cuerpos celestes, minerales que podrían ser muy escasos o demasiado costosos de extraer en la Tierra. ¿Pudo ser este el propósito de los nefilim al colonizar la Tierra?

Los estudiosos modernos dividen las actividades del Hombre en la Tierra en Edad de Piedra, Edad del Bronce, Edad del Hierro, etc.; sin embargo, en la antigüedad, el poeta griego Hesiodo, por ejemplo, hizo una lista de cinco edades —Dorada, Plata, Bronce, Heroica y del Hierro. Excepto por la Edad Heroica, todas las tradiciones de la antigüedad aceptaban la secuencia oro-plata-cobre-hierro. El profeta Daniel tuvo una visión en la cual vio «una gran imagen» con la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre de latón, las piernas de hierro y los pies de arcilla.

En el mito y el folklore abundan los recuerdos vagos de una Edad de Oro, asociada a una época en la que los dioses vagaban por la Tierra, seguida por una Edad de Plata y, después, por las edades en las que dioses y hombres compartían la Tierra —la Edad de los Héroes, del Cobre, del Bronce y del Hierro. ¿No serán estas leyendas recuerdos vagos de acontecimientos reales ocurridos en la Tierra?

El oro, la plata y el cobre son elementos que pertenecen al grupo del oro. Están en la misma familia en la tabla periódica, por número y peso atómico; tienen propiedades cristalográficas, químicas y físicas similares —todos son suaves, maleables y dúctiles. De todos los elementos conocidos, estos son los mejores conductores del calor y la electricidad.

De los tres, el oro es el más duradero, virtualmente indestructible. Aunque se le conoce mejor por su utilización en forma de dinero, en joyería o en objetos finos, es casi inestimable en la industria electrónica. Una sociedad sofisticada necesita oro para sus montajes en microelectrónica, circuitos y «cerebros» computarizados.

El capricho del Hombre por el oro se remonta a los comienzos de la civilización y de la religión —a sus contactos con los antiguos dioses. Los dioses de Sumer exigían que se les sirvieran los alimentos en bandejas de oro, el agua y el vino en vasos de oro, y que se les vistiera con vestidos dorados. Aunque los israelitas dejaron Egipto con tal premura que no

tuvieron tiempo para coger su levadura de pan, sí que se les ordenó que pidieran a los egipcios todo tipo de objetos de plata y oro. Este mandato, como veremos más tarde, preveía la necesidad que de estos materiales tendrían a la hora de construir el Tabernáculo y sus pertrechos electrónicos.

El oro, al que podemos llamar metal regio, era, de hecho, el metal de los dioses. Dirigiéndose al profeta Ageo, el Señor dejó claro, hablando de su retorno para juzgar a las naciones: «Mía es la plata y mío el oro».

Las evidencias sugieren que el capricho del Hombre por estos metales tiene sus raíces en la gran necesidad de oro que tenían los nefilim. Éstos, según parece, vinieron a la Tierra por oro y sus metales asociados. También puede que vinieran en busca de otros metales poco comunes, como el platino (abundante en el sur de África), que potencia las pilas de combustible de una forma extraordinaria. Y tampoco se puede descartar la posibilidad de que vinieran a la Tierra en busca de fuentes de minerales radiactivos, como el uranio o el cobalto —las «piedras azules que hacen enfermar» del Mundo Inferior, de las que se hace mención en algunos textos. En muchas representaciones se ve a Ea —como Dios de la Minería — emitiendo tan poderosos rayos al salir de una mina que los dioses que le asisten tienen que usar pantallas protectoras; en todas estas representaciones, se muestra a Ea sosteniendo una sierra de roca de minero.

Fig. 146.

Aunque Enki estaba al cargo del primer grupo que aterrizó y del desarrollo del Abzu, los méritos de lo conseguido —como en el caso de cualquier general— no se le deben atribuir sólo a él. Los que realmente hicieron el trabajo, día a día, fueron los miembros de menor grado del grupo que aterrizó, los anunnaki.

Un texto sumerio describe' la construcción del centro de Enlil en Nippur. «Los Annuna, dioses del cielo y la tierra, están trabajando. En las manos sostienen la piqueta y la cesta porteadora, con las que hacen los cimientos de las ciudades».

Los textos antiguos describían a los anunnaki como los dioses de base que se habían involucrado en la colonización de la Tierra, los dioses «que hacían los trabajos». En «La Epopeya de la Creación» se dice que fue Marduk el que les asignó a los anunnaki sus tareas. (Podemos suponer, sin riesgo a equivocarnos, que en el original sumerio se cita a Enlil como al dios que comandó a estos astronautas).

Asignados a Anu, para seguir sus instrucciones,
trescientos en los cielos estacionó como guardia;
los caminos de la Tierra para definir desde el Cielo;
y sobre la Tierra,
a seiscientos hizo residir.
Después de ordenarles a todos sus instrucciones,
a los Anunnaki del Cielo y de la Tierra
él les asignó sus tareas.

Los textos revelan que trescientos de ellos —de los «Anunnaki del Cielo» o Igigi— eran, ciertamente, astronautas que permanecían a bordo de las naves espaciales sin llegar a aterrizar en la Tierra. En órbita alrededor de la Tierra, estas naves espaciales lanzaban y recibían las lanzaderas hacia y desde la Tierra.

Como jefe de las «Águilas», Shamash era bienvenido como un invitado heroico a bordo de la «poderosa gran cámara en el cielo» de los igigi. En un «Himno a Shamash» se describe cómo veían los igigi a Shamash mientras este se aproximaba en su lanzadera:

Con tu aparición, todos los príncipes se alegran;
todos los Igigi se regocijan contigo…
Ante el brillo de tu luz, su sendero…
Ellos buscan constantemente tu resplandor
Abierta de par en par está la puerta, enteramente…
Las ofrendas de pan de todos los Igigi [te esperan].

Al estar allí arriba, parece ser que la Humanidad nunca se encontró con los igigi. En varios textos se dice que estos estaban «demasiado altos para la Humanidad» y, como consecuencia de ello, «no se preocupaban por la

gente». Por otra parte, los anunnaki, que aterrizaron y se quedaron en la Tierra, fueron conocidos y reverenciados por la Humanidad. Los textos que dicen que «los Anunnaki del Cielo… eran 300» afirman también que «los Anunnaki de la Tierra… eran 600». No obstante, muchos textos insisten en hablar de los Anunnaki como de los «cincuenta grandes príncipes». La ortografía normal de su nombre en acadio, An-nun-na-ki, muestra claramente el significado de «los cincuenta que vinieron del Cielo a la Tierra». ¿Existe algún modo de conciliar esta aparente contradicción?

Recordemos el texto donde se cuenta que Marduk fue apresuradamente a ver a su padre Ea para informarle de la pérdida de una nave que llevaba «a los Anunnaki que eran cincuenta» cuando pasaban por las cercanías de Saturno. El texto de un exorcismo que data de la tercera dinastía de Ur nos habla de los anunna eridu ninnubi («los cincuenta Anunnaki de la ciudad de Eridú»). Esto nos da a entender que el grupo de nefilim que fundó Eridú bajo el mando de Enki sumaban cincuenta. ¿No sería, pues, cincuenta el número de nefilim que llegaba en cada grupo de aterrizaje?

Resulta, según creemos, bastante concebible que los nefilim llegaran a la Tierra en grupos de cincuenta. A medida que las visitas a la Tierra se hicieran regulares, coincidiendo con las oportunas épocas de lanzamiento desde el Duodécimo Planeta, irían llegando más nefilim. En cada ocasión, algunos de los que habían llegado primero ascenderían en un módulo terrestre y se reunirían en la nave espacial para un viaje a casa. Pero, con el tiempo, iría aumentando el número de nefilim que permanecía en la Tierra, y el número de astronautas del Duodécimo Planeta que se quedaba para colonizar la Tierra iría creciendo desde el grupo inicial de cincuenta hasta los «600 que en la Tierra se establecieron».

¿Cómo iban a llevar a cabo su misión los nefilim —es decir, extraer los minerales deseados de la Tierra y enviar los lingotes al Duodécimo Planeta — con tan pequeño número de manos?

Indudablemente, contaban con sus conocimientos científicos. Es ahí donde todo el valor de Enki se pone de manifiesto, el motivo para que fuera él, en vez de Enlil, el primero en aterrizar, y el motivo para que se le asignara a él el Abzu.

Un famoso sello, que se exhibe ahora en el Museo del Louvre, muestra a Ea con sus habituales aguas fluentes, pero, en este caso, las aguas parecen manar, o filtrarse a través, de una serie de matraces de laboratorio.

Fig. 147.

Esta antigua interpretación de la asociación de Ea con las aguas plantea la posibilidad de que los nefilim esperaran, en un primer momento, obtener sus minerales del mar. Las aguas del océano contienen enormes cantidades de oro y otros minerales vitales, pero están tan diluidos que se necesitarían técnicas sumamente sofisticadas y baratas para justificar ésa «minería acuática». Se sabe también que los fondos marinos contienen inmensas cantidades de minerales en forma de nódulos del tamaño de ciruelas —sólo disponibles si uno puede llegar hasta esas profundidades y recogerlos.

Los textos antiguos hablan repetidamente de un tipo de barco que utilizaban los dioses y al que llamaban elippu tebiti («barco hundido» —lo que llamaríamos ahora un submarino). Ya hemos visto a los «hombres-pez» que tenía asignados Ea. ¿Serán acaso evidencias de los esfuerzos por sumergirse en las profundidades del océano con el fin de extraer sus riquezas minerales? Al País de las Minas, ya lo hemos dicho, se le llamó primero A.RA.LI —«lugar de las aguas de las vetas brillantes». Quizás significara una tierra donde el oro se pudiera cribar en los ríos; aunque también se podría referir a la obtención del oro en los mares.

Si estos fueron los planes de los nefilim, parece ser que fracasaron, pues, poco después de haber establecido sus primeros asentamientos, a esos pocos cientos de anunnaki se les dio una tarea inesperada y mucho más ardua: la de bajar a las profundidades de la tierra de África y extraer los minerales necesarios de allí.

En muchos sellos cilíndricos se han encontrado representaciones en las que se ve a los dioses en lo que parecen ser entradas a minas o pozos mineros; en una de ellas, se ve a Ea en un lugar donde Gibil está por encima del suelo y otro dios trabaja bajo el suelo agachado.

Fig. 148.

En épocas posteriores, según nos desvelan los textos babilonios y asirios, los hombres —jóvenes y viejos— eran condenados a trabajar en las minas del Mundo Inferior. Trabajando en la oscuridad y comiendo tierra, estaban condenados a no volver nunca más a su hogar. Éste es el motivo por el cual el epíteto sumerio de aquel país —KUR. UN.GI.A— adquirió la interpretación de «país sin retorno»; su significado literal era «país donde los dioses-que-trabajan, en profundos túneles amontonan [los minerales]». Todas las fuentes antiguas atestiguan que el Hombre no estaba aún en la Tierra en la época en la que los nefilim se establecieron en ella; y, al no haber Humanidad, los pocos anunnaki que había en el planeta tenían que trabajar en las minas. Ishtar, cuando bajó al Mundo Inferior, comentó que

los atareados anunnaki comían sus alimentos mezclados con barro y bebían agua enfangada.

Con esta panorámica, no nos costará comprender un texto épico titulado (por el versículo con el que comienza, como era la costumbre), «Cuando los dioses, al igual, que los hombres, tenían que trabajar».

Recomponiendo gran cantidad de fragmentos de versiones babilonias y asirias, W. G. Lambert y A. R. Millard (*Atra-Hasis: The Babylonian Story of the Flood*) pudieron ofrecer un texto continuo. Estos investigadores llegaron a la conclusión de que el relato se basaba en versiones sumerias más antiguas y, posiblemente, en una tradición oral aún más primitiva sobre la llegada de los dioses a la Tierra, la creación del Hombre y su destrucción con el Diluvio.

Muchos de los versículos sólo tienen valor literario para sus traductores, pero para nosotros resultan altamente significativos, pues corroboran los descubrimientos y conclusiones que hemos expuesto en los capítulos precedentes. Por otra parte, explican también las circunstancias que llevaron al motín de los anunnaki.

La historia comienza cuando sólo los dioses vivían en la Tierra:

Cuando los dioses, al igual que los hombres,
tenían que trabajar y sufrir la labor
la labor de los dioses era grande,
el trabajo era pesado,
la aflicción era mucha.

En aquel tiempo, relata la epopeya, las divinidades principales se habían repartido ya los mandos entre ellos.

Anu, padre de los Anunnaki, era su Rey Celestial;
su Lord Canciller era el guerrero Enlil.
Su Oficial Jefe era Ninurta,
y su Alguacil era Ennugi.
Los dioses habían unido sus manos,
habían echado suertes y habían dividido.
Anu se había vuelto al cielo,
[dejó] la tierra a sus súbditos.
Los mares, encerrados como con un lazo,
se los habían dado a Enki, el príncipe.

Se establecieron siete ciudades, y el texto hace referencia a siete anunnaki que fueron comandantes de ciudad. La disciplina debió ser

estricta, pues el texto nos cuenta que «Los siete Grandes Anunnaki fueron los que hicieron que los dioses menores sufrieran el trabajo».

De todas las tareas que se les encomendaron, parece ser que la más común, la más ardua y la más aborrecida fue la de cavar. Los dioses menores cavaron los lechos de los ríos para hacerlos navegables, cavaron canales para la irrigación y cavaron en el Apsu para sacar minerales de la Tierra. Aunque disponían, indudablemente, de algunas herramientas sofisticadas —los textos hablan del «hacha de plata que brilla como el día», incluso bajo tierra— el trabajo era demasiado exigente. Durante mucho tiempo —durante cuarenta «períodos», para ser exactos— los anunnaki «sufrieron la labor»; y, después, gritaron: ¡Basta!

Ellos se quejaban, murmuraban,
refunfuñaban en las excavaciones.

La oportunidad para el motín se les presentó, según parece, durante una visita de Enlil a la zona minera. No desperdiciaron la ocasión, y los anunnaki se dijeron unos a otros:

Hagamos frente a nuestro… el Oficial Jefe,
que nos libere de nuestro pesado trabajo.
Al rey de los dioses, al héroe Enlil,
¡vamos a enervarle en su morada!

No tardaron en encontrar a un líder u organizador del motín. Era el «oficial jefe antiguo», que guardaba rencor contra el actual oficial jefe. Su nombre, por desgracia, está roto; pero su arenga está bastante clara:

«Así pues, proclamad la guerra;
vamos a combinar las hostilidades y la batalla».

La descripción del motín es tan vívida que le recuerda a uno las (escenas de la toma de la Bastilla:

Los dioses siguieron sus palabras.
Prendieron fuego a sus herramientas;
fuego a sus hachas prendieron;
llevaron a mal traer al dios de la minería en los túneles;
lo atraparon mientras iban
a la puerta del héroe Enlil.

El drama y la tensión de los acontecimientos que se exponen recobran la vida en las palabras del antiguo poeta:

Era de noche, en mitad de la guardia.
Su casa estaba rodeada, pero el dios Enlil, no lo sabía.
Kalkal [entonces] observó algo, estaba inquieto.
Pasó el cerrojo y vigiló…

Kalkal despertó a Nusku;
escucharon el ruido de…
Nusku despertó a su señor,
le hizo salir de la cama, [diciendo]:
«Mi señor, la casa está rodeada,
la batalla ha llegado hasta la puerta».

La primera reacción de Enlil fue la de tomar las armas contra los amotinados. Pero Nusku, su canciller, le sugirió un Consejo de los Dioses:

«Transmite un mensaje para que Anu baje;
que traigan a Enki a tu presencia».
Él transmitió y Anu bajó;
Enki también fue traído a su presencia.
Con el gran Anunnaki presente,
Enlil apareció… abrió su boca
y se dirigió a los grandes dioses.

Haciéndose cargo personalmente del motín, Enlil exigió saber:

«¿Es contra mí contra quien se hace?
¿Debo entablar hostilidades…?
¿Qué han visto mis propios ojos?
¡La batalla ha llegado hasta mi propia puerta!».

Anu sugirió que se llevara a cabo una investigación. Revestido con la autoridad de Anu y de otros comandantes, Nusku fue hasta los amotinados, que estaban acampados. «¿Quién es el instigador de la batalla?», preguntó. «¿Quién es el provocador de las hostilidades?».

Los anunnaki se pronunciaron a una:

«¡Cada uno de nosotros ha declarado la guerra!
Tenemos nuestro… en las excavaciones;
el exceso de fatigas nos ha matado,
nuestro trabajo era pesado, la aflicción mucha».

Cuando Enlil escuchó de Nusku la relación de quejas, «le corrieron las lágrimas». Enlil presentó un ultimátum: o se ejecutaba al líder de los

amotinados o él dimitía. «Coge el cargo, recupera tu poder», le dijo a Anu, «te seguiré al cielo». Pero Anu, que había bajado del Cielo, se puso del lado de los anunnaki:

«¿De qué los estamos acusando?
¡Su trabajo era pesado, su aflicción era mucha!
Cada día…
El lamento era pesado, podríamos escuchar la queja».

Animado por las palabras de su padre, Ea también «abrió la boca» y repitió el resumen de Anu. Pero tenía una solución que ofrecer: ¡que se cree un lulu, un «Trabajador Primitivo»!

«Mientras la Diosa del Nacimiento esté presente
que cree un Trabajador Primitivo;
que lleve él el yugo.
¡Que cargue él con el duro trabajo de los dioses!».

La sugerencia de que se creara un «Trabajador Primitivo» para que asumiera la carga del trabajo de los anunnaki se aceptó con rapidez. Los dioses votaron, unánimemente, crear «El Trabajador». «"Hombre" será su nombre», dijeron:

Convocaron a la diosa y le preguntaron,
la comadrona de los dioses, la sabia Mami,
[y le dijeron:]
«Tú eres la Diosa del Nacimiento, ¡crea Trabajadores!
¡Crea un Trabajador Primitivo,
que pueda llevar el yugo!
Que lleve el yugo encomendado por Enlil,
¡Que El Trabajador cargue con el trabajo duro de los dioses!».

Mami, la Madre de los Dioses, dijo que necesitaría la ayuda de Ea, «con el cual se halla la habilidad». En la Casa de Shimti, algo parecido a un hospital, los dioses esperaban. Ea ayudó a preparar la mezcla de la que la Diosa Madre procedería a forjar al «Hombre». Las diosas del nacimiento estaban presentes. La Diosa Madre siguió trabajando mientras se recitaban ensalmos incesantemente. Al final, gritó triunfante:

«¡He creado!
¡Mis manos lo han hecho!».

Ella «convocó a los anunnaki, a los Grandes Dioses… abrió su boca, se dirigió a los Grandes Dioses»:

«Me mandasteis una tarea
La he terminado…
Os he quitado el duro trabajo
he impuesto vuestra labor a El Trabajador, "Hombre".
Levantasteis un grito por un Trabajador:
He soltado el yugo,
os he dado la libertad».

Los anunnaki recibieron su anuncio con entusiasmo.

«Ellos corrieron y le besaron los pies».

A partir de entonces sería el Trabajador Primitivo —el Hombre— «el que llevaría el yugo».

Los nefilim, después de llegar a la Tierra para establecer sus colonias, crearon su propio estilo de esclavitud, no con esclavos importados de otro continente, sino con Trabajadores Primitivos forjados por ellos mismos.

Un motín de los dioses había llevado a la creación del Hombre.

12

LA CREACIÓN DEL HOMBRE

La afirmación, registrada y transmitida por los sumerios, de que el «Hombre» fue creado por los nefilim, parece entrar en conflicto, a primera vista, tanto con la teoría de la evolución como con los dogmas judeo-cristianos basados en la Biblia.

Pero, de hecho, la información contenida en los textos sumerios —y sólo esa información— puede afirmar tanto la validez de la teoría de la evolución como la verdad del relato bíblico, y demostrar que, en realidad, no existe conflicto alguno entre ambas.

En la epopeya «Cuando los dioses como hombres», en otros textos concretos y en referencias de pasada, los sumerios describieron al Hombre no sólo como una creación deliberada de los dioses, sino también como un eslabón en la cadena evolutiva que comenzó con los acontecimientos celestes descritos en «La Epopeya de la Creación». Sosteniendo la firme creencia de que la creación del Hombre fue precedida por una era durante la cual sólo los nefilim estaban en la Tierra, los textos sumerios registraron, caso por caso (por ejemplo, el incidente entre Enlil y Ninlil), los acontecimientos que tuvieron lugar «cuando el Hombre aún no había sido creado, cuando Nippur estaba habitado sólo por los dioses». Al mismo tiempo, los textos también describieron la creación de la Tierra y la evolución de la vida de plantas y animales en ella, y lo hicieron en unos términos que se conforman a las actuales teorías evolucionistas.

Los textos sumerios afirman que, cuando llegaron los nefilim a la Tierra, aún no se habían extendido por esta las artes del cultivo de cereales y frutales, así como la del cuidado del ganado. Del mismo modo, el relato bíblico sitúa la creación del Hombre en el sexto «día» o fase del proceso evolutivo. El Libro del Génesis afirma también que, en un estadio evolutivo anterior:

Ninguna planta de campo abierto había aún sobre la Tierra,
ninguna hierba que es plantada había germinado todavía…
Y el Hombre no estaba todavía allí para trabajar el suelo.

Todos los textos sumerios afirman que los dioses crearon al Hombre para que hiciera el trabajo de ellos. Explicado en boca de Marduk, la epopeya de la Creación da cuenta de la decisión:

Engendraré un Primitivo humilde;
«Hombre» será su nombre.
Crearé un Trabajador Primitivo;
él se hará cargo del servicio de los dioses,
para que ellos puedan estar cómodos.

Los términos que sumerios y acadios utilizaban para designar al «Hombre» hablan a las claras de su estatus y de su propósito: el Hombre era un Mu (primitivo), un Mu amelu (trabajador primitivo), un awilum (obrero). Que el Hombre hubiera sido creado para servir a los dioses no resultaba en absoluto una idea chocante o extraña para los pueblos antiguos. En los tiempos bíblicos, la divinidad era «Señor», «Soberano», «Rey», «Amo». La palabra que, normalmente, se traduce como «culto» era, en realidad, avod (trabajo). El Hombre antiguo y bíblico no daba «culto» a su dios; trabajaba para él.

Pero, en cuanto la deidad bíblica (al igual que los dioses de los relatos sumerios) creó al Hombre, plantó un jardín y puso al Hombre a trabajar en él:

Y el Señor Dios tomó al «Hombre»
y lo puso en el Jardín del Edén
para que lo labrase y cuidase.

Más adelante, la Biblia describe a la Divinidad «paseando por el jardín a la hora de la brisa», ahora que el nuevo ser estaba allí para cuidar del Jardín

del Edén. ¿Tan lejos se encuentra esta versión de aquello que dicen los textos sumerios acerca de que los dioses exigieron trabajadores para, así, poder ellos descansar y relajarse?

En las versiones sumerias, la decisión de crear al Hombre se, adoptó en la Asamblea de los dioses. De manera significativa, el libro del Génesis, que, supuestamente, ensalza los logros de una sola Deidad, utiliza el plural Elohim (literalmente «deidades») para denotar a «Dios», y nos hace un sorprendente comentario:

Y Elohim dijo:
«Hagamos al Hombre a nuestra imagen,
como semejanza nuestra».

¿De quiénes está hablando no la singular, sino la plural deidad, y quiénes eran esos «nosotros» en cuya plural imagen y plural semejanza había que hacer al Hombre? El libro del Génesis no nos da la respuesta. Después, cuando Adán y Eva comieron del fruto del Árbol del Conocimiento, Elohim hace una advertencia a los mismos colegas anónimos: «He aquí que el Hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal».

Dado que el relato bíblico de la Creación, al igual que otros relatos de los comienzos en el Génesis, proviene de fuentes sumerias, la respuesta es obvia. Al condensar los muchos dioses en una única Deidad Suprema, el relato bíblico no es más que una versión revisada de los informes sumerios sobre las discusiones en la Asamblea de los Dioses.

El Antiguo Testamento se esfuerza por dejar claro que el Hombre no era un dios ni era de los cielos. «Los Cielos son los Cielos del Señor, a la Humanidad la Tierra Él le ha dado». El nuevo ser fue llamado «el Adán» porque fue creado del adama, de la tierra, del suelo de la Tierra. En otras palabras, el Adán era «el Terrestre».

Careciendo sólo de cierto «conocimiento», así como de un período de vida divino, el Adán fue creado en todos los demás aspectos a imagen (selem) y semejanza (dmut) de su(s) Creador(es). El uso de ambos términos en el texto se hizo para no dejar duda de que el Hombre era similar a (los) Dios(es) tanto en lo físico como en lo emocional, en lo externo y en lo interno.

En todas las antiguas representaciones artísticas de dioses y hombres, la semejanza física es evidente. Aunque la advertencia bíblica en contra de la adoración de imágenes paganas diera pie a la idea de que el Dios hebreo no tenía imagen ni semejanza, el Génesis, al igual que otros informes bíblicos, atestigua todo lo contrario. El Dios de los antiguos hebreos se podía ver cara a cara, se podía luchar con él, se le podía escuchar y hablar; tenía cabeza y pies, manos y dedos, incluso cintura. El Dios bíblico y sus emisarios parecían hombres y actuaban como hombres, porque los hombres fueron creados a semejanza de los dioses y actuaban como los dioses.

Pero en esta cosa tan simple subyace un gran misterio. ¿De qué manera una nueva criatura pudo ser, física, mental y emocionalmente, una réplica virtual de los nefilim? Realmente, ¿cómo fue creado el Hombre?

El mundo occidental hacía tiempo que estaba entregado a la idea de que, creado deliberadamente, el Hombre había sido puesto en la Tierra para someterla y ejercer su dominio sobre todas las demás criaturas. Después, en noviembre de 1859, un naturalista inglés llamado Charles Darwin publicó un tratado llamado *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. Resumiendo cerca de treinta años de investigación, el libro añadía, a los conceptos previos sobre la evolución natural, la idea de una selección natural como consecuencia de la lucha de todas las especies —tanto de plantas como de animales— por la existencia.

El mundo cristiano ya se había llevado un golpe cuando, desde 1788 en adelante, destacados geólogos habían comenzado a expresar su creencia de que la Tierra tenía una gran antigüedad, mucho mayor que la de los más o menos 5500 años del calendario hebreo. Pero lo explosivo del caso no fue el concepto de evolución como tal; estudiosos anteriores ya habían observado este proceso, y los eruditos griegos del siglo IV a. C. ya habían recopilado datos sobre la evolución de la vida animal y vegetal.

El terrible bombazo de Darwin consistió en la conclusión de que todos los seres vivos —incluido el Hombre— eran producto de la evolución. El Hombre, en contra de la creencia sostenida entonces, no había sido generado espontáneamente.

La reacción inicial de la Iglesia fue violenta. Pero, a medida que los hechos científicos concernientes a la verdadera edad de la Tierra, la evolución, la genética y otros estudios biológicos y antropológicos salían a la luz, las críticas de la Iglesia iban enmudeciendo. Parecía que, al final, las mismísimas palabras del Antiguo Testamento hacían indefendible el relato del Antiguo Testamento; pues, ¿cómo iba a decir un Dios que no tiene cuerpo y que está universalmente solo: «Hagamos al Hombre a nuestra imagen, como semejanza nuestra»?

Pero, realmente, ¿no somos más que «simios desnudos»? ¿Es que el mono no está más allá de la distancia de un brazo, evolutivamente hablando? ¿Es que la musaraña arborícola es un ser humano que aún no se pone de pie ni ha perdido la cola?

Como ya mostramos al comienzo de este libro, los científicos modernos van a tener que cuestionarse las teorías simples. La evolución puede explicar el curso general de los acontecimientos que han hecho que la vida y las formas de vida se desarrollen en la Tierra, desde la más simple criatura unicelular hasta el Hombre. Pero la evolución no puede dar cuenta de la aparición del Homo sapiens, que tuvo lugar de la noche a la mañana, en los términos de millones de años que la evolución requiere, y sin ninguna evidencia de estadios previos que pudieran indicar un cambio gradual desde el Homo erectus.

El homínido del género Homo es un producto de la evolución. Pero el Homo sapiens es el producto de un acontecimiento repentino, revolucionario. Apareció inexplicablemente hace unos 300 000 años, millones de años demasiado pronto. Los expertos no tienen explicación para esto. Pero nosotros sí. Los textos sumerios y babilonios sí que la tienen. Y el Antiguo Testamento también.

El Homo sapiens —el Hombre moderno— fue creado por los antiguos dioses.

Afortunadamente, los textos mesopotámicos hacen una clara exposición del momento en que fue creado el Hombre. El relato de las fatigas y el posterior motín de los anunnaki nos dice que «durante 40 períodos sufrieron el trabajo, día y noche»; los largos años de su duro trabajo los dramatizó el poeta con la repetición de versos.

Durante 10 períodos sufrieron el duro trabajo;
durante 20 períodos sufrieron el duro trabajo;
durante 30 períodos sufrieron el duro trabajo;
durante 40 períodos sufrieron el duro trabajo.

El antiguo texto usa el término ma para decir «período», y la mayoría de los expertos lo han traducido por «año». Pero el término connotaba «algo que se completa y, después, se repite». Para los hombres de la Tierra, un año equivale a una órbita completa de la Tierra alrededor del Sol. Pero, como ya hemos demostrado, la órbita del planeta de los nefilim equivalía a un shar, o 3600 años terrestres.

Cuarenta shar, o 144 000 años terrestres, después de su, llegada, fue cuando los anunnaki dijeron: «¡Basta!». Si los nefilim llegaron a la Tierra, tal como hemos concluido, hace alrededor de 450 000 años, ¡la creación del Hombre debió tener lugar hace unos 300 000 años!

Los nefilim no crearon a los mamíferos, a los primates o a los homínidos. «El Adán» de la Biblia no era el género Homo, sino el ser que es nuestro antepasado, el primer Homo sapiens. Lo que los nefilim crearon es el Hombre moderno, tal como lo conocemos.

La clave para comprender este hecho crucial se encuentra en el relato en el que despiertan a Enki para informarle que los dioses han decidido formar un adamu, y que su tarea consiste en buscar la forma de hacerlo. A todo esto, responde Enki:

«La criatura cuyo nombre pronunciáis
¡EXISTE!»

y añade: «Sujetad sobre ella» —sobre la criatura que ya existe— «la imagen de los dioses».

Aquí, por tanto, se encuentra la respuesta al enigma: los nefilim no «crearon» al Hombre de la nada; más bien, tomaron una criatura que ya existía y la manipularon para «sujetar sobre ella» la «imagen de los dioses».

No hay ningún conflicto entre la evolución y los relatos de la creación del Hombre de Oriente Próximo. Más bien, se explican y se complementan uno a otro. Pues, sin la creatividad de los nefilim, el hombre moderno se encontraría aún a millones de años de distancia en su árbol evolutivo.

Remontémonos en el tiempo e intentemos visualizar las circunstancias y los acontecimientos, tal como se revelaron.

La gran etapa interglacial, que comenzó hace alrededor de 435 000 años, y su clima cálido hicieron que proliferara el alimento y los animales. También aceleró la aparición y la expansión de un avanzado simio de aspecto humano el Homo erectus.

Cuando los nefilim observaran toda esta fauna, no sólo verían a los mamíferos predominantes sino también a los primates, entre los cuales estarían esos simios de aspecto humano. Y existe la indudable posibilidad de que algunas de esas bandas de Homo erectus que iban de aquí para allí se sintieran fascinadas y se acercaran a observar los objetos ígneos que se elevaban en el cielo. Incluso es muy posible que los nefilim observaran, encontraran e, incluso, capturaran a algunos de estos interesantes primates.

Que los nefilim y los simios de aspecto humano se conocieron es algo que viene atestiguado por varios textos antiguos. Un relato sumerio, que trata de los tiempos primordiales, afirma:

Cuando la Humanidad fue creada,
no sabían nada sobre comer pan,
no sabían nada sobre ponerse prendas de vestir;
comían plantas con la boca, como la oveja;
bebían agua de una zanja.

En La Epopeya de Gilgamesh se describe también a este ser «humano» medio animal. Aquí se nos dice el aspecto que tenía Enkidu, el «nacido en las estepas», antes de civilizarse:

Peludo es todo su cuerpo,
dotado en la cabeza con una melena como la de una mujer…
No sabe nada de gente ni de tierra;
su atuendo es como el de uno de los campos verdes;
come hierba con las gacelas; con las bestias salvajes se codea
en el abrevadero;
con las prolíficas criaturas en el agua
su corazón se deleita.

El texto acadio no sólo describe a un hombre de aspecto animal; también habla de un encuentro con tal ser:

Entonces, un cazador, uno que pone trampas,
se puso frente a él en el abrevadero.

Cuando el cazador lo vio,
su cara se quedó inmóvil…
La inquietud tocó su corazón, su rostro se ensombreció,
pues la angustia había entrado en su vientre.

En el cazador había algo más que temor, tras contemplar «al salvaje», a ese «bárbaro de las profundidades de la estepa»; pues ese «salvaje» se entrometía también en los asuntos del cazador:

Él rellenaba los hoyos que yo había cavado,
desmontaba las trampas que yo había puesto;
las bestias y las criaturas de la estepa
había hecho que se me escaparan de entre las manos.

No podemos pedir una descripción mejor de un hombre-simio: un nómada vagabundo peludo que «ni sabe de gente ni de tierra», vestido con hojas, «como uno de los campos verdes», comiendo hierba y viviendo entre animales. Sin embargo, no carece de cierta inteligencia, pues sabe cómo desmontar las trampas y rellenar los hoyos del cazador. En otras palabras, protegía a sus amigos animales, evitaba que fueran capturados por los cazadores alienígenas. Se han encontrado muchos sellos cilíndricos que representan a este hombre-simio peludo entre sus amigos animales.

Fig. 149.

Entonces, ante la necesidad de mano de obra, y resueltos a conseguir un Trabajador Primitivo, los nefilim pensaron en una solución a la medida:

domesticar al animal adecuado.

El «animal» estaba disponible, pero el Homo erectus planteaba un problema. Por una parte, era demasiado inteligente y salvaje como para convertirse, así, por las buenas, en una dócil bestia de trabajo. Por otra parte, no se adecuaba realmente al trabajo requerido. Precisaría de algunos cambios físicos. Tenía que ser capaz de agarrar y usar las herramientas de los nefilim, caminar y doblarse como ellos para poder sustituir a los dioses en campos y minas. Tenía que disponer de un «cerebro» mejor —no como el de los dioses, pero sí lo suficientemente bueno como para comprender las palabras, las órdenes y las tareas que se le asignaran. Necesitaba la suficiente inteligencia y comprensión como para ser un obediente y útil amelu —un siervo.

Si, como las evidencias de la antigüedad y la ciencia moderna parecen confirmar, la vida en la Tierra germinó de la vida en el Duodécimo Planeta, la evolución en la Tierra debió avanzar del mismo modo en que lo hizo en el Duodécimo Planeta. Indudablemente, tuvo que haber mutaciones, variaciones, aceleraciones y retrasos provocados por las diferentes situaciones locales; pero los mismos códigos genéticos, la misma «química de la vida» que se encuentra en todos los seres vivos de la Tierra tuvo que guiar el desarrollo de las formas de vida terrestres en la misma dirección general que siguió en el Duodécimo Planeta.

Al observar las distintas formas de vida de la Tierra, los nefilim y su científico jefe, Ea, no debieron tardar demasiado en darse cuenta de lo que sucedía: durante la colisión celeste, su planeta había inseminado la Tierra con su propia vida. De ahí, que el ser que pretendían convertir en trabajador era, ciertamente, similar a los nefilim, aunque en una forma menos evolucionada.

Lo que necesitaban no era un proceso gradual de domesticación a través de generaciones de cría y selección, sino un proceso rápido que permitiera la «producción masiva» de nuevos trabajadores. Así pues, se le planteó el problema a Ea, que vio la respuesta de inmediato: «imprimir» la imagen de los dioses sobre el ser que ya existía.

El proceso que Ea recomendó para conseguir un avance evolutivo rápido del Homo erectus era, según creemos, la manipulación genética.

Ahora sabemos que el complejo proceso biológico por el cual un organismo vivo se reproduce, creando una progenie que se parece a sus padres, se realiza a través del código genético. Todos los organismos vivos —desde la lombriz hasta el helecho arborescente o el Hombre— disponen, en el interior de cada célula, de una serie de cromosomas, unos cuerpecillos diminutos con forma de vara, que conservan toda la información hereditaria de ese organismo en particular. Cuando la célula masculina (el polen, el esperma) fertiliza la célula femenina, los dos grupos de cromosomas se combinan y, luego, se dividen para formar nuevas células que tienen todas las características hereditarias de las células de los dos progenitores.

En la actualidad, es posible la inseminación artificial, incluso la de un huevo humano femenino. Pero el desafío se encuentra en la fertilización cruzada entre diferentes familias dentro de la misma especie, e, incluso, entre especies diferentes. La ciencia moderna ha hecho un largo camino desde el desarrollo de los primeros cereales híbridos, el cruce de perros de Alaska con lobos o la «creación» de la mula (el apareamiento artificial de una yegua con un burro), hasta la capacidad para manipular la propia reproducción del Hombre.

El proceso llamado clonación (del griego klon —ramita—) aplica a los animales el mismo principio que se sigue cuando se corta uno de los tallos de una planta para, con él, reproducir otras plantas similares. Esta técnica, aplicada a los animales, se demostró viable por primera vez en Inglaterra, cuando el Dr. John Gordon sustituyó el núcleo de un huevo fertilizado de rana por el material nuclear de otra célula de la misma rana. La generación de renacuajos normales demostró que el huevo procedía a desarrollar, subdividir y crear progenie sin importar de dónde se obtuviera el grupo de cromosomas a emparejar.

Los experimentos del *Institute of Society, Ethics and Life Sciences* de Hastings-on-Hudson, Nueva York, han demostrado que ya se dispone de las técnicas necesarias para la clonación de seres humanos. En estos momentos, es posible tomar el material nuclear de cualquier célula humana (no necesariamente de los órganos sexuales) e, introduciendo sus 23 pares de cromosomas completos en el óvulo femenino, concebir y dar a luz a una persona «predeterminada». En la concepción normal, los cromosomas del

«padre» y de la «madre» se mezclan para, después, dividirse y concluir en los 23 pares de cromosomas, en un proceso de combinaciones fortuitas. Pero, en la clonación, la descendencia es una réplica exacta de un grupo de cromosomas que no se ha dividido. Poseemos ya, según el Dr. W. Gaylin, «el tremendo conocimiento para hacer copias exactas de seres humanos» —un número ilimitado de Hitlers, Mozarts o Einsteins (si hubiéramos preservado sus núcleos celulares).

Pero el arte de la ingeniería genética no se limita a un proceso. Investigadores de muchos países han perfeccionado un proceso llamado «fusión celular» que hace posible fundir células en vez de combinar cromosomas dentro de una única célula. Como resultado de este proceso, células de diferentes procedencias se pueden fundir en una «supercélula», conservando dentro de sí misma los dos núcleos y una doble serie de cromosomas emparejados. Cuando esta célula se divide, la mezcla de núcleos y cromosomas se puede escindir según un modelo diferente al de cada célula antes de la fusión. El resultado puede ser el de dos nuevas células, cada una de ellas genéticamente completa, pero cada una con una nueva serie de códigos genéticos, completamente trastocados con relación a los que había en las células de los progenitores.

Esto significa que las células de lo que, hasta ahora, eran organismos vivos incompatibles —por ejemplo, las de un pollo y las de un ratón— se pueden fundir para formar células nuevas con nuevas mezclas genéticas que producirán animales nuevos, que no serán ni pollos ni ratones, tal como los conocemos. Aún más refinado, el proceso nos puede permitir también la selección de las características o rasgos de una forma de vida que se pretenden impartir a la célula combinada o «fusionada».

Esto está llevando al desarrollo del amplio campo de los «trasplantes genéticos». Ahora es posible extraer de determinadas bacterias un gen específico e introducirlo en una célula animal o humana, dándole a la descendencia una característica añadida.

Deberíamos suponer que los nefilim, que eran capaces de realizar viajes espaciales hace 450 000 años, debían de estar igualmente avanzados en el campo de las ciencias de la vida, si comparamos su situación con la nuestra de hoy en día. También deberíamos suponer que conocían las distintas

alternativas por las cuales combinar dos grupos de cromosomas preseleccionados para obtener un resultado genético predeterminado; y que, si los procesos eran similares a la clonación, a la fusión celular, al trasplante genético u otro método desconocido para nosotros todavía, ellos debían conocer estos procesos y podrían llevarlos a cabo no sólo en la probeta del laboratorio, sino también en organismos vivos.

Existe una referencia a estas mezclas de dos fuentes de vida en los textos antiguos. Según Beroso, la deidad Belo (señor) —llamado también Deo (dios)— engendró a varios «Seres espantosos, que fueron generados a partir de un principio doble».

Aparecían hombres con dos alas, algunos con cuatro y dos caras. Tenían un cuerpo, pero dos cabezas, una de hombre, otra de mujer. Del mismo modo, tenían tanto órganos masculinos como femeninos.

Otras figuras humanas se veían con patas y cuernos de cabra. Unos tenían pies de caballo; otros tenían extremidades de caballo detrás, pero por delante tenían forma como de hombres, pareciendo hipocentauros. Del mismo modo, se creaban allí toros con cabeza de hombre; y perros con cuerpos cuádruples, y colas de peces. También caballos con cabeza de perro; hombres también, y otros animales, con cabeza y cuerpo de caballo y cola de pez. En resumen, había criaturas con extremidades de cada una de las especies animales…

De todo esto se conservaron imágenes en el templo de Belo en Babilonia.

Los desconcertantes detalles de este relato pueden conservar una importante verdad. Es bastante probable que, antes de recurrir a la creación de un ser con su propia imagen, los nefilim intentaran resolver el problema con un «sirviente manufacturado», experimentando con otras alternativas, como la creación de un híbrido animal-hombre-simio. Algunas de estas criaturas artificiales quizás sobrevivieron por un tiempo, pero, ciertamente, debieron ser incapaces de reproducirse. Es posible que los enigmáticos hombres-toro y hombres-león (esfinges) que adornaban los templos del Oriente Próximo de la antigüedad no fueran sólo el producto de la imaginación de un artista, sino criaturas reales que salieran de los

laboratorios biológicos de los nefilim —experimentos fallidos, conmemorados en el arte y en forma de estatuas.

Fig. 150.

Los textos sumerios también hablan de seres humanos deformes creados por Enki y la Diosa Madre (Ninhursag) durante el transcurso de sus esfuerzos por dar forma a un Trabajador Primitivo perfecto. En uno de los textos se dice que Ninhursag, cuya tarea era «sujetar sobre la mezcla el molde de los dioses», se emborrachó y «fue a ver a Enki»,

«¿Cuán bueno y cuán malo es el cuerpo del Hombre?
Según me dicta el corazón,
puedo hacer su destino bueno o malo».

Entonces, pícaramente, según este texto —pero, probablemente, sin poderlo evitar, como parte del proceso de ensayo-error—, Ninhursag creó a un Hombre que no podía retener la orina, una mujer que no podía tener hijos, un ser que no tenía órganos masculinos ni femeninos. En conjunto, Ninhursag engendró seis seres humanos deformes o deficientes. A Enki se le consideró responsable de la creación imperfecta de un hombre de ojos débiles y manos temblorosas, enfermo del hígado y con deficiencias cardiacas; así como de otro con enfermedades relacionadas con la vejez, etc.

Pero, por fin, se logró el Hombre perfecto —al que Enki llamó Adapa; la Biblia, Adán; y nuestros expertos, Homo sapiens. Este ser era tan similar a los dioses que, en un texto, se llega incluso al punto de decir que la Diosa Madre le dio a su criatura, el Hombre, «una piel como la piel de un dios» —un cuerpo suave y sin pelo, bastante diferente del peludo hombre-simio.

Con este producto final, los nefilim fueron genéticamente compatibles con las hijas del Hombre, y pudieron casarse con ellas y tener hijos de ellas. Pero tal compatibilidad sólo podría darse si el Hombre se hubiera desarrollado a partir de la misma «simiente de vida», como los nefilim. Y, ciertamente, esto es lo que los antiguos textos intentaban decir.

El Hombre, tanto en el concepto mesopotámico como en el bíblico, estaba hecho de la mezcla de un elemento divino —la sangre de un dios o la «esencia» de su sangre— y de la «arcilla» de la Tierra. Y la verdad es que el término lulu que se le aplicaba al Hombre, aunque llevando el sentido de «primitivo», significaba literalmente «aquel que ha sido mezclado».

Habiéndole pedido que diera forma a un hombre, la Diosa Madre «se lavó las manos, tomó un pellizco de arcilla, lo mezcló en la estepa». (Resulta fascinante observar aquí las precauciones higiénicas que tomó la diosa. «Se lavó las manos». Nos encontramos también estos procedimientos clínicos en otros textos de la creación).

El uso de «arcilla» terrestre mezclada con «sangre» divina para crear el prototipo del Hombre está firmemente establecido en los textos mesopotámicos. En uno de ellos, donde se cuenta cómo se le pidió a Enki que «efectuara una gran obra de Sabiduría» —de «saber hacer» científico —, afirma que Enki no tuvo grandes problemas en llevar a cabo la tarea de «elaborar servidores para los dioses». «¡Se Puede hacer!», anunció. Y, después, dio estas instrucciones a la Diosa Madre:

«Mezcla a un corazón la arcilla
del Fundamento de la Tierra,
—justo por encima del Abzu—
y dale la forma de un corazón.
Yo proporcionaré buenos e inteligentes dioses jóvenes
que llevarán esa arcilla hasta el estado adecuado».

El segundo capítulo del Génesis ofrece esta versión técnica:

Y Yahveh, Elohim, formó el Adán
de la arcilla del suelo;
y Él sopló en sus narices el aliento de vida,
y el Adán se convirtió en una Alma viviente.

El término hebreo que se traduce, normalmente, como «alma» es nephesh, ese esquivo «espíritu» que anima a la criatura viva y que parece

que la abandone cuando muere. No por casualidad, el Pentateuco (los cinco primeros libros del Antiguo Testamento) exhorta una y otra vez contra el derramamiento de sangre humana y la ingestión de sangre animal «porque la sangre es el nephesh». La versiones bíblicas de la creación del Hombre equiparan, de este modo, nephesh («espíritu», «alma») y sangre.

El Antiguo Testamento ofrece otra pista sobre el papel de la sangre en la creación del Hombre. El término adama (del cual proviene el nombre de Adán) significa, originalmente, no sólo cualquier tierra o suelo, sino, específicamente, suelo rojo oscuro. Al igual que la palabra acadia homologa adamatu («tierra roja oscura»), el término hebreo adama y el nombre hebreo del color rojo (adom) provienen de las palabras empleadas para designar la sangre: adatnu, dam. Cuando el libro del Génesis nombra al ser creado por Dios «el Adán», emplea un juego de doble significado muy habitual en la lingüística sumeria. «El Adán» podía significar «el de la tierra» (terrestre), «el hecho de suelo rojo oscuro», y «el hecho de sangre».

La misma relación entre el elemento esencial de las criaturas vivas y la sangre existe en los relatos mesopotámicos de la creación del Hombre. Esa especie de hospital donde Ea y la Diosa Madre engendraron al Hombre recibía el nombre de Casa de Shimti. La mayoría de los expertos lo traducen como «la casa donde se determinan los destinos». Pero el término Shimti proviene, inequívocamente, del sumerio SHI.IM.TI, que, tomado sílaba a sílaba, significa «respirar-viento-vida». Así pues, Bit Shimti significaría, literalmente, «la casa donde el viento de la vida se insufla», lo cual es, virtualmente, idéntico a la afirmación bíblica.

Lo cierto es que la palabra acadia que se empleó en Mesopotamia para traducir el sumerio SHI.IM.TI fue napishtu —el homólogo exacto del término bíblico nephesh. Y el nephesh o napishtu era un «algo» esquivo en la sangre.

Aunque el Antiguo Testamento no ofrecía demasiadas pistas, los textos mesopotámicos eran bastante explícitos en el tema. No sólo afirmaban que hacía falta sangre para la mezcla de la cual se elaboró el Hombre, sino que también especificaban que tenía que ser la sangre de un dios, sangre divina.

Cuando los dioses decidieron crear al Hombre, su líder anunció: «Sangre amasaré, huesos nacerán». Sugiriendo que la sangre se tomaría de

un dios específico, «Que los primitivos se forjen según su [de él] modelo», dijo Ea. Al elegir al dios,

De su [de él] sangre, ellos forjarán a la Humanidad;
imponiéndole el servicio, que libere a los dioses…
Fue un trabajo más allá de la comprensión.

Según el relato épico «Cuando los dioses», los dioses llamaron entonces a la Diosa del Nacimiento (la Diosa Madre, Ninhursag) y le pidieron que realizara el trabajo:

Mientras la Diosa del Nacimiento esté presente,
que la Diosa del Nacimiento forje una descendencia.
Mientras la Madre de los Dioses esté presente,
que la Diosa del Nacimiento forje un Lulu;
que el trabajador lleve la carga de los dioses.
Que cree un Lulu Amelu,
que él lleve el yugo.

En un antiguo texto babilonio llamado «La Creación del Hombre por la Diosa Madre», los dioses llaman a «La Comadrona de los dioses, la Hábil Mari» y le dicen:

Tú eres el útero-madre,
la que puede crear a la Humanidad.
¡Crea, pues, a Lulu, que lleve él el yugo!

En este punto, el texto de «Cuando los dioses» y otros textos paralelos se sumergen en una detallada descripción de la creación real del Hombre. Tras aceptar el «empleo», la diosa (llamada aquí NIN.TI —«dama que da vida») estableció unos cuantos requisitos, entre los que había algunos productos químicos («betunes del Abzu»), para usar en la «purificación», y «la arcilla del Abzu».

Fuesen lo que fuesen estos materiales, Ea no tuvo problemas en comprender los requisitos, y, aceptando, le dijo:

«Prepararé un baño purificador,
que un dios sea sangrado…
De su [de él] carne y sangre,
que Ninti mezcle la arcilla».

Pero, para dar forma al hombre a partir de la arcilla mezclada, también era necesaria alguna ayuda femenina, algo relativo al embarazo y al parto. Enki ofreció los servicios de su propia esposa:

Ninki, mi esposa-diosa
será la que afronte el parto.
Siete diosas-del-nacimiento
estarán cerca, para asistir.

Después de mezclar la «sangre» y la «arcilla», la fase de embarazo y parto completaría la dádiva de la «impresión» divina sobre la criatura.

El destino del recién nacido tú pronunciarás;
Ninki fijará sobre él la imagen de los dioses;
y lo que será él es «Hombre».

Algunas representaciones en sellos asirios bien pueden haberse inspirado en estos textos, mostrando a la Diosa Madre (su símbolo era el cortador del cordón umbilical) y a Ea (cuyo símbolo original era el creciente) mientras preparan las mezclas, recitan los ensalmos y se animan el uno al otro a proseguir.

Fig. 151.

Fig. 152.

La implicación de la esposa de Enki, Ninki, en la creación del primer espécimen no defectuoso del Hombre nos recuerda el relato de Adapa, del que ya hablamos en un capítulo anterior:

En aquellos días, en aquellos años,
el Sabio de Eridú, Ea,
lo creó como un modelo de hombres.

Los expertos han conjeturado que las referencias a Adapa como «hijo» de Ea implicaban que el dios amaba a este ser humano hasta el punto de adoptarlo. Pero, en el mismo texto, Anu se refiere a Adapa como «la descendencia humana de Enki». Parece que la implicación de la esposa de Enki en el proceso de creación de Adapa, el «Adán modelo», generó algún tipo de relación genealógica entre el nuevo Hombre y su dios: ¡pero era Ninki la que estaba embarazada de Adapa!

Ninti bendijo al nuevo ser y se lo presentó a Ea. Algunos sellos muestran a la diosa, flanqueada por el Árbol de la Vida y matraces de laboratorio, sosteniendo al ser recién nacido.

Fig. 153.

El ser así engendrado, al cual se refieren una y otra vez en los textos mesopotámicos como un «Hombre modelo» o un «molde», era, al parecer, la criatura adecuada, pues los dioses comenzaron entonces a exigir duplicados. Sin embargo, este detalle, que parece no tener importancia, no sólo arroja luz sobre el proceso mediante el cual se «creó» a la Humanidad, sino también sobre la información, de otro modo conflictiva, que aparece en la Biblia.

Según el primer capítulo del Génesis:

Elohim creó el Adán a Su imagen,
a la imagen de Elohim Él lo creó.
Macho y hembra Él los creó.

El capítulo 5, al cual se le llama el Libro de las Genealogías de Adán, afirma que:

El día en que Elohim creó a Adán,
a semejanza de Elohim Él lo hizo.
Macho y hembra Él los creó,
y los bendijo, y los llamó «Adán»
en el mismo día de su creación.

En la misma frase, se nos dice que la Deidad creó, a su imagen y semejanza, sólo un único ser, «el Adán», y luego se nos dice, en aparente contradicción, que ambos, macho y hembra, fueron creados simultáneamente. Y las contradicciones parecen agudizarse más en el

segundo capítulo del Génesis, que es el que, concretamente, nos cuenta que Adán estuvo sólo por un tiempo, hasta que la Deidad lo hizo dormir y elaboró una Mujer a partir de su costilla.

Esta contradicción, que ha confundido a eruditos y teólogos a lo largo de siglos, desaparece en el momento en que nos damos cuenta de que los textos bíblicos eran una condensación de las fuentes originales sumerias. Estas fuentes nos informan de que, después de intentar forjar un Trabajador Primitivo «mezclando» homínidos con animales, los dioses llegaron a la conclusión de que la única mezcla que funcionaría sería la de los homínidos con los mismos nefilim. Después de varios intentos infructuosos, se hizo un «modelo» —Adapa/Adán. Al principio, sólo había un Adán.

En el momento en que Adapa/Adán demostró ser la criatura adecuada, se le utilizó como modelo genético o «molde» para la creación de duplicados, y aquellos duplicados no eran sólo machos, sino machos y hembras. Como ya dijimos, la «costilla» bíblica de la cual se forjó la Mujer era un juego de palabras sobre el término sumerio TI («costilla» y «vida») —confirmando que Eva fue hecha a partir de la «esencia vital» de Adán.

Los textos mesopotámicos nos proporcionan el informe de un testigo ocular acerca de la primera producción de los duplicados de Adán.

Se siguieron las instrucciones de Enki. En la Casa de Shimti —donde el aliento de la vida «se insuflaba»—, Enki, la Diosa Madre y catorce diosas del nacimiento se reunieron. Se obtuvo la «esencia» de un dios, se preparó el «baño purificador». «Ea limpió la arcilla en presencia de ella; él siguió recitando el ensalmo».

El dios que purifica el Napishtu, Ea, habló en voz alta.
Sentado delante de ella, él le daba indicaciones a ella.
Después de recitar su ensalmo,
ella quitó la mano de la arcilla.

Y ahora nos ponemos al tanto del detallado proceso de creación en masa del Hombre. Con catorce diosas del nacimiento presentes,

Ninti pellizcó catorce trozos de arcilla;
depositó siete a la derecha,
depositó siete a la izquierda.
Entre ellos puso el molde.
… el vello ella…
… el cortador del cordón umbilical.

Es evidente que las diosas del nacimiento se dividieron en dos grupos. «El Sabio y erudito, a dos veces siete diosas del nacimiento había reunido», sigue explicando el texto. En sus úteros la Diosa Madre depositó la «arcilla mezclada». Hay atisbos de una intervención quirúrgica —la eliminación o afeitado del vello, la preparación de un instrumento quirúrgico, un cortador. Ahora, no había más que esperar:

Las diosas del nacimiento se mantuvieron juntas.
Ninti se sentó a contar los meses.
El fatídico 10.º mes se acercaba;
el 10.º mes llegó;
el período para que se abriera el útero había transcurrido.
El rostro de ella irradiaba comprensión:
se cubrió la cabeza, llevó a cabo la obstetricia.
Se ciñó la cintura, pronunció la bendición.
Ella sacó una forma; en el molde había vida.

Parece ser que el drama de la creación del Hombre se compuso con un nacimiento posterior. La «mezcla» de «arcilla» y «sangre» se utilizó para provocar sendos embarazos en catorce diosas del nacimiento. Pero pasaron los nueve meses y el décimo mes comenzó. «El período para que se abriera el útero había transcurrido». Comprendiendo lo que había que hacer, la Diosa Madre «llevó a cabo la obstetricia». En un texto paralelo (a pesar de estar fragmentado) se ve con más claridad que la Diosa Madre tuvo que recurrir a algún tipo de operación quirúrgica:

Ninti… cuenta los meses…
Al destinado 10.º mes llamaron;
la Dama Cuya Mano Abre llegó.
Con el… ella abrió el útero.
Su rostro brilló de alegría.
Su cabeza fue cubierta;
… hizo una abertura;
lo que estaba en el útero salió.

Abrumada de alegría, la Diosa Madre dejó escapar un grito.

«¡Yo he creado!
¡Mis manos lo han hecho!»

¿Cómo se logró la creación del Hombre?

En el texto de «Cuando los dioses» hay un pasaje cuyo objetivo era explicar por qué la «sangre» de un dios tenía que mezclarse con la «arcilla».

El «divino» elemento requerido no era la goteante sangre de un dios, sino algo más básico y duradero. El dios que fue seleccionado, nos cuentan, tenía TE.E.MA —un término que las destacadas autoridades sobre este texto (W. G. Lambert y A. R. Millard de la Universidad de Oxford) traducen como «personalidad». Pero el término antiguo es mucho más específico, pues significa, literalmente, «aquello que alberga eso que ata la memoria». Y, lo que es más, el mismo término aparece en la versión acadia como etemu, que se traduce como «espíritu».

En ambos casos, se trata de «algo» en la sangre del dios que era el repositorio de su individualidad. Tenemos la certidumbre de que todo esto no eran más que distintas maneras de decir que lo que buscaba Ea, cuando sometió la sangre del dios a una serie de «baños purifica-dores», eran los genes del dios.

También se nos explica el propósito de la mezcla del elemento divino con el terrestre:

En la arcilla, el dios y el Hombre se atarán,
a la unidad llevados juntos;
de manera que, hasta el final de los días,
la Carne y el Alma
que en un dios ha madurado,
esa Alma en un parentesco de sangre está atada;
como su Señal la vida proclamará.
De manera que esto no se olvide,
que el «Alma» en un parentesco de sangre está atada.

Son palabras mayores, pero poco comprendidas por los estudiosos. El texto afirma que la sangre del dios se mezcló en la arcilla de manera que ató al dios y al Hombre genéticamente «hasta el final de los días», de modo que la carne («imagen») y el alma («semejanza») de los dioses quedaría impresa sobre el Hombre en un parentesco de sangre que nunca se podrá romper.

«La Epopeya de Gilgamesh» dice que, cuando los dioses decidieron crear un doble para el en parte divino Gilgamesh, la Diosa Madre mezcló «arcilla» con la «esencia» del dios Ninurta. Más tarde, en el texto, la mítica fuerza de Enkidu se atribuye a que tiene en él la «esencia de Anu», un elemento que adquirió a través de Ninurta, nieto de Anu.

La palabra acadia kisir se refiere a una «esencia», una «concentración» que poseían los dioses de los cielos. E. Ebeling resumió sus esfuerzos por

comprender el significado exacto de kisir afirmando que como «esencia, o algún otro matiz del término, podía aplicarse bien a las deidades, así como a los proyectiles del Cielo». E. A. Speiser se mostró de acuerdo con que la palabra implicaba también «algo que bajó del Cielo», y dijo que llevaba una connotación «como si estuviese indicado utilizar el término en contextos relacionados con la medicina».

Volvemos a una simple y única palabra en la traducción: gen.

Las evidencias de los textos antiguos, tanto mesopotámicos como bíblicos, sugieren que el proceso adoptado para mezclar las dos series de genes —los de un dios y los del Homo erectus— implicaba el uso de genes masculinos como elemento divino y de genes femeninos como elemento terrestre.

Después de repetir una vez más que la Deidad creó a Adán a su imagen y semejanza, el Libro del Génesis relata después el nacimiento de Set, el hijo de Adán, con las siguientes palabras:

Y Adán vivió ciento treinta años,
y tuvo un descendiente
a su semejanza y según su imagen;
y le puso por nombre Set.

La terminología es idéntica a la usada para describir la creación de Adán por la Deidad. Pero Set fue, ciertamente, hijo de Adán según un proceso biológico —la fertilización de un huevo femenino con el esperma masculino de Adán, con la consiguiente concepción, embarazo y parto. Una terminología idéntica habla de un proceso idéntico, y la única conclusión plausible es que también Adán fuera engendrado por la Deidad a través del proceso de fertilización de un huevo femenino con el esperma de un dios.

Si la «arcilla», en la cual se mezcló el elemento divino, era un elemento terrestre —como todos los textos dicen—, entonces, la única conclusión posible es que el esperma masculino de un dios —su material genético— ¡se insertó en el ovulo de una mujer simio!

El termino acadio para la «arcilla» —o, más bien, «arcilla de moldear»— es tit. Pero su ortografía original era TI.IT («aquello que está con vida»). En hebreo, tit significa «barro»; pero su sinónimo es be, que comparte raíz con bia («pantano») y bea («huevo»).

La historia de la Creación está repleta de juegos de palabras. Ya hemos visto el doble y el triple significado de Adán-adama-adamtu-dam. El epíteto para la Diosa Madre, NIN.TI, que significa tanto «dama de la vida» como «dama de la costilla». ¿Por qué no, entonces, bo-bia-bea («arcilla-barro-huevo») como un juego de palabras para el óvulo femenino?

El óvulo de una hembra de Horno erectus, fertilizado con los genes de un dios, se implantó posteriormente en el útero de la esposa de Ea; y, después de obtenido el «modelo», se implantaron duplicados de esto en los úteros de las diosas del nacimiento, para someterse al proceso de embarazo y parto.

El Sabio y erudito,
a dos veces siete diosas del nacimiento había reunido;
siete engendraron varones,
siete engendraron hembras.
La Diosa del Nacimiento engendró
el Viento del Aliento de Vida.
En pares fueron completados,
en pares fueron completados en presencia de ella.
Las criaturas eran Personas.
Criaturas de la Diosa Madre.

El Homo sapiens había sido creado.

Las leyendas y los mitos antiguos, la información bíblica y la ciencia moderna también son compatibles en un aspecto más. Al igual que los descubrimientos de los antropólogos modernos —de que el Hombre evolucionó y emergió en el sudeste de África—, los textos mesopotámicos sugieren que la creación del Hombre tuvo lugar en el Apsu, en el Mundo Inferior, donde se encontraba el País de las Minas. Junto con Adapa, el «modelo» del Hombre, algunos textos mencionan a la «sagrada Amama, la mujer de la Tierra», cuya morada estaba en el Apsu.

En el texto de «La Creación del Hombre», Enki le da las siguientes instrucciones a la Diosa Madre: «Mezcla a un corazón la arcilla del Fundamento de la Tierra, justo por encima del Abzu». En un himno a las creaciones de Ea, que «el Apsu modeló como su morada», se dice:

El divino Ea en el Apsu
tomó un pellizco de arcilla,
creó a Kulla para restaurar los templos.

El himno prosigue haciendo una relación de los especialistas en la construcción, así como de los encargados de «los abundantes productos de la montaña y el mar» que fueron creados por Ea —todos, se infiere, a partir de trozos de «arcilla» pellizcadas en el Abzu— el País de las Minas, en el Mundo Inferior.

Los textos dejan suficientemente claro que, aunque Ea construyó una casa de ladrillo junto al agua en Eridú, en el Abzu construyó una casa adornada con plata y piedras preciosas. Fue allí donde su criatura, el Hombre, tuvo su origen:

El Señor del AB.ZU, el rey Enki…
construyó su casa de plata y lapislázuli;
de plata y lapislázuli, como luz centelleante,
el Padre forjó convenientemente en el AB.ZU.
Las Criaturas de semblante brillante,
surgiendo del AB.ZU,
puso en pie por todas partes el Señor Nudimmud.

Uno puede llegar a la conclusión, a partir de los distintos textos, de que la creación del Hombre provocó una escisión entre los dioses. Parece que, al menos al principio, los nuevos Trabajadores Primitivos se restringieron al País de las Minas. Como consecuencia de ello, a los anunnaki que estaban trabajando duramente en la misma Sumer se les negaron los beneficios de la nueva mano de obra. Un desconcertante texto al que estudiosos llaman «El Mito de la Piqueta» es, de hecho, la crónica de los acontecimientos por los cuales los anunnaki que estaban en Sumer bajo el mando de Enlil consiguieron su justa parte de Gente de Cabeza Negra.

Intentando restablecer «el orden normal», Enlil tomó una decisión extrema: la de cortar los contactos entre el «Cielo» (el Duodécimo Planeta o las naves espaciales) y la Tierra, y lanzó una acción drástica contra el lugar «donde la carne brotaba».

El Señor,
lo que es apropiado hizo que sucediera.
El Señor Enlil,
cuyas decisiones eran inalterables,
verdaderamente se apresuró a separar el Cielo de la Tierra
para que los Creados pudieran salir;
verdaderamente se apresuró a separar la Tierra del Cielo.
En el «Enlace Cielo-Tierra» hizo un corte,
para que los Creados pudieran subir

desde el Lugar-Donde-Carne-Brotaba.

Contra el «País de la Piqueta y la Cesta», Enlil forjó un arma maravillosa llamada AL.A.NI («hacha que genera poder»). Esta arma tenía un «diente» que, «como un buey de un solo cuerno», podía atacar y destruir grandes murallas. Según las descripciones, debió ser una especie de taladradora gigante, montada sobre una especie de bulldozer, que aplastaba todo lo que se le ponía por delante:

La casa que se rebela contra el Señor,
la casa que no se somete al Señor,
el AL.A.NI la hace someterse al Señor.
Del mal…, las cabezas de sus plantas aplasta;
arranca hasta la raíz, rompe hasta la cúspide.

Armando su artefacto con un «rasgador de tierra», Enlil lanzó su ataque:

El Señor hizo sacar el AL.A.NI, le dio sus órdenes.
Puso el Rasgador de Tierra como corona en la cabeza,
y lo metió en el Lugar-Donde-Carne-Brotaba.
En el agujero estaba la cabeza de un hombre;
desde el suelo, la gente se abría paso hacia Enlil.
Él miró a sus Cabezas Negras con aspecto resuelto.

Agradecidos, los anunnaki hicieron sus solicitudes ante la llegada de los Trabajadores Primitivos y no perdieron tiempo en ponerlos a trabajar:

Los Anunnaki subieron hacia él,
levantaron las manos recibiéndolo,
aplacaron el corazón de Enlil con oraciones.
Cabezas Negras le pedían.
A las personas de Cabeza Negra,
les hicieron coger la piqueta.

Del mismo modo, el Libro del Génesis transmite la información de que «el Adán» fue creado en algún lugar al oeste de Mesopotamia para, después, ser llevado al este, a Mesopotamia, para trabajar en el jardín del Edén:

Y la Deidad Yahveh
plantó un huerto en Edén, en el este…
y tomó al Adán
y lo puso en el Jardín del Edén
para que lo trabajara y lo cuidara.

13

EL FIN DE TODA CARNE

La insistente creencia del Hombre de que hubo una Edad Dorada en su prehistoria no se puede basar en recuerdos humanos, pues el acontecimiento había tenido lugar hacía demasiado tiempo y el Hombre era demasiado primitivo como para conservar cualquier información para generaciones futuras.

Si la Humanidad retuvo de algún modo una sensación subconsciente de haber vivido en aquellos tempranos días en una era de tranquilidad y felicidad se debe, simplemente, a que el Hombre no conocía nada mejor. También se debe a que los relatos de ésa era no se los contaron a la Humanidad los hombres que les precedieron, sino los mismos nefilim.

El único relato completo de los acontecimientos que le acaecieron al Hombre después de su traslado a la Morada de los Dioses en Mesopotamia es el relato bíblico de Adán y Eva en el Jardín del Edén:

Y la Deidad Yahveh plantó un huerto
en Edén, en el este;
y puso allí al Adán
al cual había creado.
Y la Deidad Yahveh
hizo crecer del suelo
todo árbol que es agradable a la vista
y bueno para comer;
Y el Árbol de la Vida estaba en el huerto
y el Árbol del Conocimiento del bien y del mal…

Y la Deidad Yahveh tomó a Adán

y lo puso en el Jardín del Edén
para que lo trabajara y lo cuidara.
Y la Deidad Yahveh
mandó al Adán, diciendo:
«De cualquier árbol del huerto comerás;
pero del Árbol del Conocimiento del bien y del mal
no comerás de él;
pues a partir del día en que comas
sin duda morirás».

Aunque se podía disponer de dos frutos vitales, los terrestres tenían prohibido tomar el fruto del Árbol del Conocimiento. Hasta ese momento, a la Deidad no parecía preocuparle que el Hombre pudiera probar el Fruto de la Vida. Sin embargo, el Hombre no pudo respetar siquiera una prohibición tan sencilla, y devino la tragedia.

La idílica imagen no tardó en dar paso a unos acontecimientos dramáticos, que los eruditos bíblicos y los teólogos llaman la Caída del Hombre. Es un relato de mandatos divinos desobedecidos, de mentiras divinas, de una astuta (aunque veraz) Serpiente, del castigo y el exilio.

Apareciendo no se sabe de dónde, la Serpiente desafió las solemnes advertencias de Dios:

Y la Serpiente… dijo a la mujer:
«¿De verdad la Deidad os ha dicho
"No comáis de ningún árbol del huerto"?»
Y la mujer le dijo a la Serpiente:
«De los frutos de los árboles del huerto
podemos comer;
es del fruto del árbol que hay
en mitad del huerto que la Deidad ha dicho:
"No comeréis de él, ni lo tocaréis,
no sea que muráis"».
Y la Serpiente le dijo a la mujer:
«De ningún modo, sin duda no moriréis;
es que la Deidad sabe bien
que el día que comiereis
los ojos se os abrirán
y seríais como la Deidad,
conocedores del bien y el mal».
Y la mujer vio que el árbol era bueno para comer
y que era apetecible de contemplar;
y el árbol era deseable para lograr sabiduría;
y tomó de su fruto y comió,
y dio también a su pareja, y él comió.
Y los ojos de ambos se abrieron,
y supieron que estaban desnudos;
y cosieron hojas de higuera,
y se hicieron taparrabos.

Leyendo y releyendo el conciso, aunque preciso, relato, uno no puede evitar preguntarse de qué iba todo este asunto. A pesar de la prohibición, bajo amenaza de muerte, de tocar siquiera el Fruto del Conocimiento, los dos terrestres son persuadidos para dar el paso y comerse aquello que les permitiría «conocer» como la Deidad. Y, sin embargo, todo lo que sucedió fue que, repentinamente, se dieron cuenta de que estaban desnudos.

De hecho, el estado de desnudez es un aspecto importante en todo este incidente. El relato bíblico de Adán y Eva en el Jardín del Edén se inicia con la afirmación: «Y ambos estaban desnudos, el Adán y su compañera, y no estaban avergonzados». Tenemos que comprender que ambos estaban en un estadio del desarrollo humano inferior al de unos seres humanos plenamente desarrollados: no sólo estaban desnudos, sino que no eran conscientes de las implicaciones de tal desnudez.

Un examen ulterior del relato bíblico sugiere que el tema tratado aquí es el de la adquisición del Hombre de alguna proeza sexual. El «conocimiento» que se le impedía al Hombre no era algún tipo de información científica, sino algo relacionado con el sexo masculino y femenino; pues, tan pronto como el Hombre y su compañera adquirieron el «conocimiento», «supieron que estaban desnudos» y se cubrieron los órganos genitales.

Lo que aparece a continuación en la narración bíblica confirma la conexión entre la desnudez y la falta de conocimiento, pues la Deidad no se demora nada en asociar una cosa con otra:

Y ellos oyeron el sonido de la Deidad Yahveh
caminando en el huerto con la brisa del día,
y el Adán y su compañera se escondieron
de la Deidad Yahveh entre los árboles del huerto.
Y la Deidad Yahveh llamó al Adán
y dijo: «¿Dónde estás?».
Y él respondió:
«Tu sonido oí en el huerto
y tuve miedo, pues estoy desnudo;
y me escondí».
Y Él dijo:
«¿Quién te ha dicho que estás desnudo?
¿Acaso has comido del árbol
del que te mandé que no comieras?».

Admitiendo la verdad, el Trabajador Primitivo echó la culpa a su compañera, quien, a su vez, culpó a la Serpiente. Enormemente enojado, la Deidad maldijo a la Serpiente y a los dos terrestres. Después —sorprendentemente— «la Deidad Yahveh hizo para Adán y su mujer prendas de pieles, y los vistió».

No se puede suponer, con un mínimo de seriedad, que el propósito de todo el incidente —que llevó a la expulsión de los terrestres del Jardín del Edén— fuera explicar de una forma dramática de qué forma acabó por vestirse el Hombre. Ponerse ropa no era más que una manifestación externa del nuevo «conocimiento». La adquisición de tal «conocimiento», y los intentos de la Deidad por privar al Hombre de él, son los temas centrales de los acontecimientos.

Aunque no se ha encontrado todavía ningún homólogo mesopotámico del relato bíblico, poca duda puede haber de que el relato, como todo el material bíblico relativo a la Creación y a la prehistoria del Hombre, tenía un origen sumerio. Tenemos el emplazamiento: la Morada de los Dioses en Mesopotamia. Tenemos el revelador juego de palabras en el nombre de va («ella de vida», «ella de costilla»). Y tenemos dos árboles importantes, el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida, como en la morada de Anu.

Incluso las palabras de la Deidad reflejan un origen sumerio, pues la Deidad hebrea única se vuelve a deslizar en el plural, dirigiéndose a colegas divinos que no aparecen en la Biblia, sino en los textos sumerios:

Entonces dijo la Deidad Yahveh:
«He aquí, el Adán ha venido a ser como uno de nosotros,
a conocer el bien y el mal.
Y ahora, ¿no podría alargar la mano
y tomar parte también del Árbol de la Vida,
y comer, y vivir para siempre?».
Y la Deidad Yahveh expulsó al Adán
del huerto del Edén.

Como se puede ver en muchas representaciones sumerias primitivas, hubo un tiempo en que el Hombre, como Trabajador Primitivo, servía a sus dioses en cueros. Estaba desnudo, tanto si servía a los dioses su comida y su bebida, como si trabajaba en los campos o en labores de construcción.

Fig. 154.

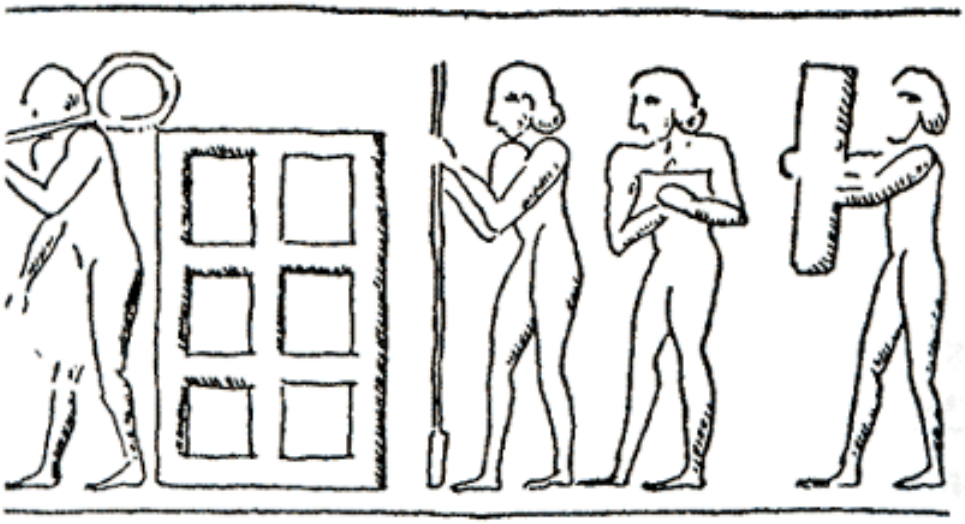


Fig. 155.

La implicación clara es que el estatus del Hombre con relación a los dioses no era muy diferente del de los animales domésticos. Los dioses no habían hecho más que mejorar un animal existente para satisfacer sus necesidades. ¿Acaso la falta de «conocimiento» no significaría que, desnudo como un animal, el recién creado ser se dedicaba al sexo como, o

con, los animales? Algunas representaciones primitivas indican que este pudo ser el caso.

Fig. 156.

Textos sumerios como «La Epopeya de Gilgamesh» sugieren que el comportamiento en la relación sexual era lo que marcaba la distinción entre el Hombre-salvaje y el Hombre-humano. Cuando el pueblo de Uruk quiso civilizar al salvaje Enkidu —«el bárbaro de las profundidades de las estepas»— se hicieron con los servicios de una «chica de placer» y la enviaron para que se encontrara con Enkidu en el hoyo de agua en el que solía entablar amistad con otros animales, para ofrecerle allí su «madurez».

El texto da a entender que el punto crucial del proceso de «civilización» de Enkidu fue el que los animales con los que había entablado amistad le rechazaran a él. El pueblo de Uruk le dijo a la chica que lo importante era que no dejara de invitarlo a aquel «trabajo de mujer» hasta que «las bestias salvajes que crecían en su estepa lo rechazaran». El prerrequisito para considerar que Enkidu se había hecho humano era que dejara la sodomía.

La muchacha liberó sus bestias, se desnudó el busto,
y él tomó posesión de la madurez de ella…
Ella invitó al salvaje a un trabajo de mujer.

Aparentemente, la estratagema funcionó. Después de seis días y siete noches, «después de que él se llenara de los encantos de ella», se acordó de

sus antiguos compañeros de juegos.

Se volvió hacia sus bestias salvajes; pero,
al verlo, las gacelas huyeron.
Las bestias salvajes de la estepa
se alejaron de su cuerpo.

La afirmación es explícita. La relación sexual humana provocó un cambio tan profundo en Enkidu que los animales con los que tenía amistad «se alejaron de su cuerpo». No sólo huyeron, sino que también rehuyeron el contacto físico con él. Asombrado, Enkidu se quedó inmóvil durante un rato, «pues sus animales salvajes se habían ido». Pero no lamentó el cambio, pues, como explica el antiguo texto:

Ahora tenía visión, una comprensión más amplia…
La prostituta le dice a él, a Enkidu:
«Tienes conocimiento, Enkidu;
¡te has hecho como un dios!».

Las palabras en este texto mesopotámico son casi idénticas a las del relato bíblico de Adán y Eva. Tal como había predicho la Serpiente, al comer del Árbol del Conocimiento, se habían hecho —en materia sexual— «como la Deidad —conocedores del bien y el mal».

Si esto tan sólo significa que el Hombre había llegado a reconocer que tener relaciones sexuales con animales era incivilizado o malo, ¿por qué Adán y Eva fueron castigados por abandonar la sodomía? El Antiguo Testamento está repleto de admoniciones contra la sodomía, y es inconcebible que el aprendizaje de una virtud pudiera provocar la cólera divina.

El «conocimiento» que el Hombre obtuvo en contra de los deseos de la Deidad —o de una de las deidades— debe haber sido de una naturaleza más profunda. Era algo bueno para el Hombre, pero algo que sus creadores no deseaban que tuviera. Hemos leído detenidamente entre líneas la maldición contra Eva para captar el significado del acontecimiento:

Y a la mujer le dijo:
«Multiplicaré enormemente tus sufrimientos
por tu embarazo.
Sufriendo tendrás los hijos,
pero para tu compañero será tu deseo»…
Y el Adán llamó a su mujer «Eva»,

pues ella fue la madre de todos los vivientes.

Éste es, ciertamente, el acontecimiento trascendental que se nos transmite en el relato bíblico; mientras Adán y Eva carecieron de «conocimiento», vivieron en el Jardín del Edén sin descendencia. Al obtener el «conocimiento», Eva consiguió la capacidad (y el dolor de quedarse embarazada y tener hijos. Sólo después de que la pareja hubiera adquirido este «conocimiento», «Adán conoció a Eva, su mujer, y ella concibió y dio a luz a Caín».

A lo largo de todo el Antiguo Testamento, el término «conocer» se utiliza para significar la relación sexual, normalmente entre un hombre y su esposa, con el propósito de tener hijos. El relato de Adán y Eva en el Jardín del Edén es la historia de un paso crucial en el desarrollo del Hombre: la adquisición de la capacidad de procrear.

No debería de sorprendernos que los primeros representantes del Homo sapiens no fueran capaces de reproducirse. Fuera cual fuera el método que utilizaran los nefilim para infundir su material genético en la estructura biológica de los homínidos que seleccionaran para este objetivo, el nuevo ser no dejaría de ser un híbrido, un cruce entre dos especies que, aunque emparentadas, eran diferentes. Al igual que la mula (un cruce de yegua y asno), los mamíferos híbridos son estériles. A través de la inseminación artificial e, incluso, de métodos más sofisticados de ingeniería biológica, podemos producir tantas mulas como deseemos, incluso sin la relación sexual entre asno y yegua; pero ninguna mula puede procrear y engendrar otra mula.

¿No será que, al principio, los nefilim se dedicaban simplemente a producir «mulas humanas» para satisfacer sus requerimientos?

En las montañas del sur de Elam, se encontró una roca tallada en la que hay una escena que nos despierta la curiosidad. En ella, hay una deidad sentada que sostiene un matraz «de laboratorio» del cual fluye un líquido —una representación familiar de Enki. Junto a él, hay una Gran Diosa también sentada, postura que indica que se trata de una colaboradora más que de una esposa; no podía ser otra que Ninti, la Diosa Madre o Diosa del Nacimiento. Ambos están flanqueados por diosas menores —una reminiscencia de las diosas del nacimiento de los relatos de la Creación.

Delante de estos creadores del Hombre hay filas y filas de seres humanos, cuyo rasgo más notable es que todos ellos parecen iguales —como hechos en un mismo molde.

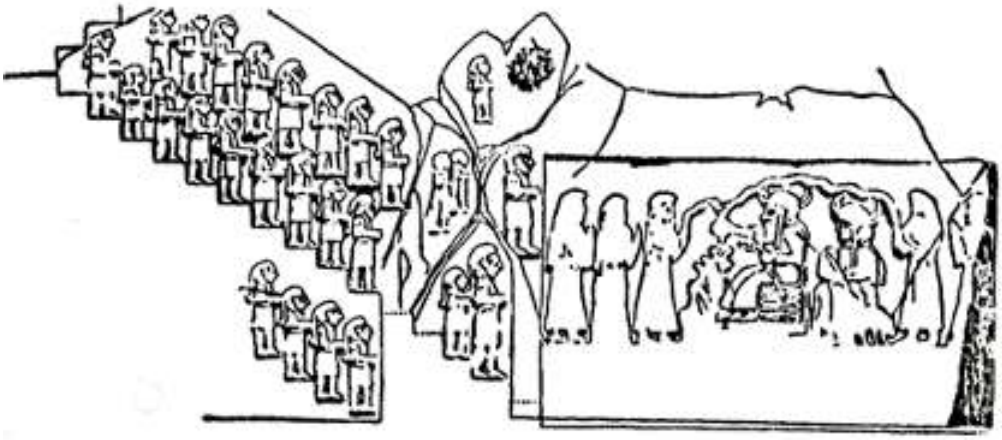


Fig. 157.

Un relato sumerio atrae, una vez más, nuestra atención. Es el relato de los machos y las hembras imperfectos que engendraron en sus inicios Enki y la Diosa Madre, seres que o bien no tenían sexo o eran sexualmente incompletos. ¿Estará recordando este texto la primera fase de la existencia del híbrido Hombre, un ser a imagen y semejanza de los dioses, pero sexualmente incompleto, carente de «conocimiento»?

Después de que Enki se las ingeniara para hacer un «modelo perfecto» —Adapa/Adán—, en los textos sumerios se describen técnicas de «producción en masa»: la implantación de óvulos genéticamente tratados en una «producción en línea» de diosas del nacimiento, sabiendo de antemano que la mitad engendrarían varones y la otra mitad hembras. Esto no sólo está hablando de la técnica por la cual el híbrido Hombre fue «manufacturado»; también implica que el Hombre quizás no procreara por sí mismo.

Se ha descubierto recientemente que la incapacidad de los híbridos para procrear proviene de un déficit en las células reproductoras. Aunque todas las células contienen sólo una serie de cromosomas hereditarios, el Hombre y otros mamíferos pueden reproducirse porque tienen dos series de cromosomas en sus células sexuales (el esperma masculino y el óvulo femenino). Pero los híbridos carecen de este rasgo único. En la actualidad,

se están haciendo pruebas en ingeniería genética para proporcionar a los híbridos una doble serie de cromosomas en sus células reproductoras, con el fin de hacerlos sexualmente «normales».

¿Fue eso lo que el dios cuyo epíteto era «La Serpiente» hizo con la Humanidad?

La Serpiente bíblica no era, claro está, una humilde y literal serpiente, pues pudo conversar con Eva, sabía la verdad acerca del tema del «conocimiento» y debía tener la suficiente categoría como para no vacilar en dejar por mentiroso a la deidad. Recordemos que, en todas las tradiciones de la antigüedad, la deidad jefe combatía con un adversario Serpiente —un cuento cuyas raíces se remontan, indudablemente, a los dioses sumerios.

El relato bíblico revela muchas pistas de su origen sumerio, incluía la presencia de otras deidades: «El Adán se ha hecho como uno de nosotros». La posibilidad de que los antagonistas bíblicos —la Deidad y la Serpiente— sean Enlil y Enki se nos antoja del todo posible.

Como hemos descubierto, su antagonismo se origina en el momento de la transferencia del mando de la Tierra a Enlil, aunque Enki había sido el verdadero pionero. Mientras Enlil estaba en el confortable Centro de Control de la Misión de Nippur, Enki fue enviado a organizar las operaciones mineras del Mundo Inferior. El motín de los anunnaki fue dirigido contra Enlil y contra su hijo, Ninurta; el dios que habló a favor de los amotinados fue Enki. También fue Enki el que sugirió, y llevó a cabo, la creación de los Trabajadores Primitivos; Enlil tuvo que usar la fuerza para obtener algunas de estas maravillosas criaturas. A medida que los textos sumerios van tomando nota del curso de los acontecimientos humanos, Enki emerge, por regla general, como el protagonista de la Humanidad, mientras que Enlil es el que le impone disciplina a los nuevos seres, cuando no se convierte en su claro antagonista. El papel de una deidad que desea mantener a los nuevos seres humanos sexualmente reprimidos, y el de una deidad que desea y es capaz de ofrecerle a la Humanidad el fruto del «conocimiento», les encajan a la perfección a Enlil y a Enki respectivamente.

Una vez más, los juegos de palabras sumerios y bíblicos vienen en nuestra ayuda. La palabra bíblica para «Serpiente» es nahash. Pero esta palabra proviene de la raíz NHSH, que significa «descifrar, descubrir»; de manera que nahash también podría significar «el que puede descifrar, el que descubre cosas», un epíteto correspondiente a Enki, el científico jefe, el Dios del Conocimiento de los nefilim.

Trazando paralelismos entre el relato mesopotámico de Adapa (que obtuvo el «conocimiento», pero fracasó en conseguir la vida eterna) y el destino de Adán, S. Langdon (*Semitic Mythology*) reprodujo una imagen descubierta en Mesopotamia que trasluce fuertemente el relato bíblico: una serpiente enroscada en un árbol, señalando su fruto. Los símbolos celestes son significativos: en lo alto está el Planeta del Cruce, que simboliza a Anu; cerca de la serpiente esta el creciente de la Luna, que simboliza a Enki.

Fig. 158.

Más relevante para nuestros descubrimientos es el hecho de que, en los textos mesopotámicos, el dios que finalmente concedía el «conocimiento» a Adapa no era otro más que Enki:

Una considerable comprensión perfeccionó para él…
La sabiduría [le había dado]…
A él le había dado Conocimiento;
La Vida Eterna no se la había dado.

Existe una historia ilustrada, grabada en un sello cilíndrico encontrado en Mari, que es muy posible que represente una antigua versión mesopotámica del relato del Génesis. El grabado muestra a un gran dios sentado en un terreno elevado que emerge de las aguas —una representación obvia de Enki. Unas serpientes que echan chorros de agua salen de ambos lados del «trono».

Flanqueando a esta figura central, hay dos dioses con aspecto de árbol. El de la derecha, que tiene ramas que terminan con forma de pene, sostiene un cuenco donde, presumiblemente, se encuentra el Fruto de la Vida. El de la izquierda, cuyas ramas terminan en forma de vagina, ofrece ramas cargadas de fruto, representando al Árbol del «Conocimiento» —el don de la procreación dado por el dios.

Al lado de esta figura, de pie, hay otro Gran Dios; creemos que se trata de Enlil. Su enfado con Enki es obvio.

Fig. 159.

Nunca sabremos lo que provocó este «conflicto en el Jardín del Edén». Pero, fueran cuales fueran los motivos de Enki, consiguió perfeccionar al Trabajador Primitivo y crear al Homo sapiens, que, a partir de entonces, tendría su propia descendencia.

Después de que el Hombre adquiriera el «conocimiento», el Antiguo Testamento deja de referirse a él como «el Adán», y toma al sujeto, Adán, una persona concreta, como el primer patriarca de la línea del pueblo del que se ocupa la Biblia. Pero esta mayoría de edad de la Humanidad marcó también un cisma entre Dios y el Hombre.

La separación de caminos, donde el Hombre ya no era un siervo mudo de los dioses, sino una persona que se cuidaba de sí misma, no se atribuye en el Libro del Génesis a una decisión del Hombre mismo, sino a la imposición de un castigo por parte de la Deidad: para que el terrestre no consiga escapar de la mortalidad, se le expulsará del Jardín del Edén. Según estas fuentes, la existencia independiente del Hombre no comenzó en el sur de Mesopotamia, donde los nefilim habían establecido sus ciudades y huertos, sino en el este, en los Montes Zagros: «Y expulsó al Adán y le hizo vivir al este del Jardín del Edén».

Así pues, una vez más, la información bíblica se acopla a los descubrimientos científicos: la cultura humana comenzó en las zonas montañosas que bordean la llanura mesopotámica. ¡Qué lástima que la narración bíblica sea tan breve, pues trata de lo que fue la primera vida civilizada del Hombre en la Tierra!

Arrojado de la Morada de los Dioses, condenado a una vida mortal, pero capaz de procrear, el Hombre se dedicó precisamente a eso. El primer Adán de cuyas generaciones se ocupa el Antiguo Testamento «conoció» a su mujer Eva, y tuvieron un hijo, Caín, que labraba la tierra. Después, Eva tuvo a Abel, que era pastor. Insinuando a la homosexualidad como causa, la Biblia dice que «Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató».

Temiendo por su vida, la Deidad le dio una señal protectora a Caín y le ordenó que se fuera más hacia el este. Al principio, llevó una vida nómada hasta que, finalmente, se estableció en «el País de la Emigración, bastante al este de Edén». Allí tuvo un hijo al que llamó Henoc («inauguración»), «y construyó una ciudad, y le puso por nombre a la ciudad el nombre de su

hijo». Henoc, a su vez, tuvo hijos, nietos y bisnietos. En la sexta generación después de Caín, nació Lámek; a sus tres hijos se les considera en la Biblia como los portadores de la civilización: Yabal «fue el padre de los que habitan en tiendas y crían ganado»; Yubal «fue el padre de los que tocan la lira y el arpa»; Túbal Caín fue el primer herrero.

Pero Lámek, al igual que su antepasado Caín, también se vio involucrado en el asesinato —esta vez de un hombre y de un muchacho. Se puede afirmar con seguridad que las víctimas no eran unos humildes extraños, pues el Libro del Génesis le da vueltas al incidente y lo considera un punto crucial en el linaje de Adán. La Biblia dice que Lámek llamó a sus dos esposas, madres de sus tres hijos, y les confesó el doble asesinato, diciendo: «Si Caín es siete veces vengado, Lámek será setenta y siete veces». Habría que aceptar que esta poco comprendida afirmación tenía que ver con la sucesión; Lámek parece admitir ante sus esposas que la esperanza de que la maldición de Caín quedará redimida con la séptima generación (la generación de sus hijos) se ha quedado en nada. Ahora, una nueva maldición, una maldición mucho más duradera, se le ha impuesto a la casa de Lámek.

Para confirmar que el acontecimiento tenía que ver con la línea de sucesión, los versículos siguientes nos informan del establecimiento inmediato de un nuevo linaje, de un linaje puro:

Y Adán conoció a su mujer de nuevo
y ella dio a luz un hijo
y le puso por nombre Set [«fundación»],
pues la Deidad ha fundado para mí
otra semilla en lugar de Abel, al que mató Caín.

A partir de aquí, el Antiguo Testamento pierde todo el interés en la corrompida línea de Caín y de Lámek. El relato en curso de los acontecimientos humanos se fija, a partir de entonces, en el linaje de Adán a través de su hijo Set y el primogénito de Set, Enós, cuyo nombre ha adquirido en hebreo la connotación genérica de «ser humano». «Fue entonces», nos dice el Génesis, «cuando se comenzó a invocar el nombre de la Deidad».

Esta enigmática afirmación ha desconcertado a los eruditos bíblicos y a los teólogos a lo largo de los siglos. Viene seguido por un capítulo en que se da la genealogía de Adán a través de Set y Enós a lo largo de diez generaciones y finalizando con Noé, el héroe del Diluvio.

Los textos sumerios, que describen los tiempos primitivos, cuando los dioses estaban solos en Sumer, describen con igual precisión la vida de los humanos en Sumer en un tiempo posterior, pero antes del Diluvio. El relato sumerio (el original) del Diluvio tiene por «Noé» a un «Hombre de Shuruppak», la séptima ciudad fundada por los nefilim cuando llegaron a la Tierra.

Así pues, en algún momento, a los seres humanos —desterrados del Edén— se les permitió volver a Mesopotamia para vivir junto a los dioses, para servirles y adorarles. Según interpretamos la afirmación bíblica, esto debió suceder en tiempos de Enós. Debió de ser entonces cuando los dioses permitieron a la Humanidad volver a Mesopotamia, para servir a los dioses «e invocar el nombre de la deidad».

Ansiando entrar en el siguiente acontecimiento épico de la saga humana, el Diluvio, el Libro del Génesis nos da poca información, aparte de los nombres, de los patriarcas que siguieron a Enós. Pero el significado del nombre de cada patriarca puede darnos algún atisbo de los acontecimientos que tuvieron lugar durante el tiempo que vivieron.

El hijo de Enós, a través del cual continuó el linaje puro, fue Cainán («pequeño Caín»); algunos estudiosos traducen el nombre por «herrero del metal». El hijo de Cainán fue Mahalalel («el que alaba a dios»). Éste fue seguido por Jared («el que descendió»); su hijo fue Henoc («el consagrado»), que a la edad de 365 años se lo llevó la Deidad. Pero trescientos años antes, a la edad de 65 años, Henoc tuvo un hijo llamado Methuselah; muchos expertos, siguiendo a Lettia D. Jeffreys (*Ancient Hebrew Names: Their Significance and Historical Value*), traducen Methuselah como «hombre del proyectil», «del misil».

El hijo de Methuselah se llamó Lámek, que significa «el que se humilló». Y Lámek engendró a Noah («respiro»), diciendo:

«Que este nos consuele de nuestro trabajo y del sufrimiento de nuestras manos por causa de la tierra que maldijo la deidad».

Parece ser que la Humanidad estaba pasando por grandes privaciones cuando nació Noé. Los afanes y el duro trabajo no llevaban a ninguna parte, pues la Tierra, que tenía que alimentarles, estaba maldita. El escenario del Diluvio estaba montado —el trascendental acontecimiento que iba a borrar de la faz de la Tierra no sólo a la raza humana sino a toda la vida en la tierra y en los cielos.

Y la Deidad vio que la maldad del Hombre
era grande en la tierra,
y que todo deseo que ideaba su corazón
era sólo mal, todos los días.
Y la Deidad se arrepintió de haber hecho al Hombre
sobre la tierra, y Su corazón se apenó.
Y la Deidad dijo:
«Exterminaré al terrestre que he creado
de la faz de la tierra».

Son, estas, graves acusaciones, presentadas como justificación para unas drásticas medidas que tenían que llevar al «fin de toda carne». Pero carecen de especificidad, y ni estudiosos ni teólogos encuentran respuestas satisfactorias en lo referente a los pecados o «violaciones» que pudieran haber disgustado tanto a la Deidad.

El uso insistente del término carne, tanto en los versículos acusatorios como en las proclamaciones del juicio, sugiere, claro está, que las corrupciones y las violaciones tenían que ver con la carne. La Divinidad estaba apenada por el mal «deseo que ideaba el Hombre». Parece ser que el Hombre había descubierto el sexo, y se había convertido en un maníaco sexual.

Pero resulta difícil de aceptar que la Divinidad decidiera barrer a la Humanidad de la faz de la Tierra, simplemente, porque los hombres hacían demasiado el amor con sus esposas. Los textos mesopotámicos hablan libre y elocuentemente del sexo y del acto sexual entre los dioses.

Hay textos en los que se describe el tierno amor entre los dioses y sus consortes, el amor ilícito entre una doncella y su amante, o el amor violento (como cuando Enlil violó a Ninlil). En muchísimos textos se habla del acto sexual y de la relación sexual entre los dioses, con sus consortes oficiales o con concubinas no oficiales, con sus hermanas, con sus hijas e, incluso, con sus nietas (hacer el amor con estas últimas era el pasatiempo favorito de

Enki). Los dioses difícilmente se habrían vuelto contra la Humanidad por comportarse como ellos mismos se comportaban.

Nos da la impresión de que el móvil de la Deidad no era meramente una cuestión de moral humana. La mayor parte del disgusto venía provocada porque la corrupción se estaba difundiendo entre los mismos dioses. Visto bajo esta luz, el significado de los desconcertantes versículos iniciales del capítulo 6 del Génesis quedaría claro:

Y sucedió,
cuando los terrestres comenzaron a crecer en número
sobre la faz de la Tierra,
y les nacieron hijas,
que los hijos de los dioses
vieron que las hijas de los terrestres
eran compatibles;
y tomaron para sí
por esposas a las que eligieron.

Estos versículos dejan claro que, cuando los hijos de los dioses empezaron a relacionarse sexualmente con la descendencia de los terrestres, fue cuando la Deidad grito: «¡Basta!».

Y la Deidad dijo:

«Mi espíritu no protegerá al Hombre para siempre;
después de extraviarse, él no es más que carne».

Esta frase ha sido un enigma durante milenios. Pero, leída a la luz de nuestras conclusiones, referentes a la manipulación genética que puso en marcha la creación del Hombre, estos versículos traen un mensaje para nuestros propios científicos. El «espíritu» de los dioses —su perfeccionamiento genético de la Humanidad— estaba empezando a deteriorarse. La Humanidad se había «extraviado», volviendo a ser, de este modo, «nada más que carne» —más cerca de sus orígenes animales, simios.

Ahora podemos comprender el énfasis que pone el Antiguo Testamento en la distinción entre Noé, «un hombre justo… puro en sus genealogías», y «toda la tierra que estaba corrupta». Al casarse con hombres y mujeres de pureza genética decreciente, los dioses estaban cayendo también en el deterioro. Al señalar que sólo Noé seguía siendo genéticamente puro, el relato bíblico justifica la contradicción de la Deidad: después de decidir

borrar toda vida de la faz de la Tierra, decidió salvar a Noé y a sus descendientes, y a «todo animal puro», y otras bestias y aves, «para que sobreviva la simiente de toda la faz de la tierra».

El plan de la Divinidad para frustrar su propio objetivo inicial consistió en avisar a Noé de la llegada de la catástrofe, y dirigirle en la construcción de un arca que portara a la gente y a las criaturas que había que salvar. La noticia se le dio a Noé siete días antes y, de algún modo, se las apañó para construir el arca e impermeabilizarla, recoger a todas las criaturas y subirlas a bordo, junto con su familia, y para aprovisionar el arca en el tiempo previsto. «Y sucedió, después de siete días, que las aguas del Diluvio vinieron sobre la tierra». Lo que sucedió lo describe mejor la Biblia con sus propias palabras:

Aquel día,
reventaron todas las fuentes del gran abismo,
y las compuertas de los cielos se abrieron…
Y el Diluvio estuvo cuarenta días sobre la Tierra,
y las aguas crecieron y levantaron el arca,
y se elevó por encima de la tierra.
Y las aguas se hicieron más fuertes
y crecieron enormemente sobre la tierra,
y el arca flotó sobre las aguas.
Y las aguas se hicieron excesivamente fuertes sobre la
tierra y todas las montañas altas fueron cubiertas,
aquellas que están bajo todos los cielos:
quince codos por encima de ellas imperó el agua,
y las montañas fueron cubiertas.
Y toda carne pereció…
desde el hombre hasta los ganados y hasta las cosas reptantes
y las aves del cielo
fueron barridos de la Tierra;
y sólo quedó Noé,
y los que estaban con él en el arca.

Las aguas imperaron sobre la Tierra 150 días cuando la Divinidad…

hizo pasar un viento sobre la Tierra,
y las aguas se calmaron.
Y las fuentes del abismo se cerraron,
al igual que las compuertas de los cielos;
y la lluvia del cielo cesó.
Y las aguas comenzaron a retroceder sobre la Tierra,
yendo y viniendo.
Y después de ciento cincuenta días,
las aguas habían menguado;
y el arca descansaba sobre los Montes de Ararat.

Según la versión bíblica, la ordalía de la Humanidad comenzó «en el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, en el decimoséptimo día del mes». El arca descansó sobre los Montes de Ararat «en el séptimo mes, en el decimoséptimo día del mes». El aumento de las aguas y su gradual «retroceso» —lo suficiente como para que el descenso de nivel permitiera que el arca se posara sobre los picos de Ararat— llevó, por tanto, cinco meses enteros. Después, «las aguas siguieron bajando, hasta que los picos de las montañas» —y no sólo los altísimos Ararats— «pudieron verse en el undécimo día del décimo mes», casi tres meses después.

Noé esperó otros cuarenta días. Después, soltó un cuervo y una paloma «para ver si las aguas habían menguado de la superficie terrestre». En el tercer intento, la paloma volvió con una rama de olivo en la boca, indicando que las aguas habían retrocedido lo suficiente como para que se pudieran ver las copas de los árboles. Pocos días después, Noé soltó a la paloma una vez más, «pero ya no volvió». El Diluvio había terminado.

Y Noé retiró la cubierta del Arca
y miró, y he aquí:
la superficie del suelo estaba seca.

«En el segundo mes, en el vigésimo séptimo día del mes, quedó seca la tierra». Noé tenía 601 años. La ordalía había durado un año y diez días.

Después, Noé y todos los que estaban con él en el arca salieron. Y Noé construyó un altar y ofreció holocaustos a la Deidad.

Y la Deidad aspiró el tentador aroma
y dijo en su corazón:
«Nunca más maldeciré a la tierra seca
por causa del terrestre;
pues el deseo de su corazón es malo desde su juventud».

El «final feliz» es un cúmulo de contradicciones, al igual que la misma historia del Diluvio. Comienza con una larga acusación a la Humanidad por distintas abominaciones, entre las que habría que incluir la corrupción de la pureza de los jóvenes dioses. Se llega a la trascendente decisión de exterminar toda carne y parece plenamente justificada. Después, la misma Deidad se apresura en no más de siete días para asegurarse de que la semilla de la Humanidad y otras criaturas no perecerán. Y, luego, cuando el trauma

ha terminado, la Deidad se apacigua con el aroma de la carne asada y, olvidando su determinación original de poner fin a la Humanidad, deja de lado todo el asunto con una excusa, culpando a los malos deseos del Hombre en su juventud.

Estas fastidiosas dudas acerca de la veracidad de la historia se disuelven, no obstante, cuando nos damos cuenta de que el relato bíblico es una versión reducida del relato original sumerio. Como en otros casos, la Biblia monoteísta ha comprimido en una sola Deidad los papeles representados por varios dioses que no siempre estaban de acuerdo.

La historia bíblica del Diluvio estuvo aislada hasta que se hicieron los descubrimientos arqueológicos de la civilización mesopotámica y se pudieron descifrar los textos de la literatura acadia y sumeria. Hasta ese momento, sólo se había visto refrendada por primitivas leyendas dispersas por todo el mundo. El descubrimiento de «La Epopeya de Gilgamesh» le dio al Diluvio del Génesis una compañía más antigua y venerable, fortalecida más tarde con otros descubrimientos de textos y fragmentos, aún más antiguos, pertenecientes a la versión original sumeria.

El héroe del Diluvio mesopotámico era Ziusudra, en sumerio (Utnapistim en acadio), que, después del Diluvio, fue llevado a la Morada Celeste de los Dioses para vivir allí felizmente para siempre. Cuando, en su búsqueda de la inmortalidad, Gilgamesh llegó por fin al lugar, pidió consejo a Utnapistim sobre el tema de la vida y la muerte. Y Utnapistim le desveló a Gilgamesh —y, a través de él, a toda la Humanidad postdiluviana— el secreto de su supervivencia, «una materia oculta, un secreto de los dioses» —la verdadera historia (se podría decir) de la Gran Inundación.

El secreto revelado por Utnapistim fue que, antes de la acometida del Diluvio, los dioses tuvieron una asamblea y votaron sobre la destrucción de la Humanidad. El voto y la decisión se mantuvieron en secreto, pero Enki buscó a Utnapistim, el soberano de Shuruppak, para informarle de la inminente calamidad. De forma clandestina, Enki le habló a Utnapistim desde detrás de un biombo de junco. Al principio, sus revelaciones fueron crípticas. Después, su advertencia y su consejo se especificaron con claridad:

Hombre de Shuruppak, hijo de Ubar-Tutu:

¡Echa abajo la casa, construye un barco!
¡Renuncia a las posesiones, salva tu vida!
¡Abjura de tus pertenencias, salva tu alma!
Lleva a bordo la simiente de todas las cosas vivas;
el barco que has de construir,
sus dimensiones se habrán de medir.

El paralelismo con la historia bíblica es obvio: un Diluvio está a punto de llegar; a un Hombre se le advierte; tiene que salvarse construyendo un barco especial; ha de llevar con él y salvar «la simiente de todas las cosas vivas». Sin embargo, la versión babilónica es más plausible. La decisión de destruir y el esfuerzo por salvar no son los actos contradictorios de una misma y única Divinidad, sino los actos de diferentes deidades. Además, la decisión de advertir y salvar la semilla del Hombre es el desafiante acto de un dios (Enki), que actúa en secreto y en contra de la decisión conjunta de los otros Grandes Dioses.

¿Por qué se arriesgó Enki a desafiar al resto de dioses? ¿Fue él el único implicado en la conservación de sus «asombrosas obras de arte», o habría que encuadrar su acto en el marco de la creciente rivalidad y enemistad entre él y su hermano mayor Enlil?

La existencia de un conflicto de este tipo entre ambos hermanos destaca en la historia del Diluvio.

Utnapistim le hizo a Enki la pregunta obvia: ¿Cómo iba él, Utnapistim, a explicar al resto de ciudadanos de Shuruppak la construcción de una embarcación tan extraña y el abandono de todas sus posesiones? Enki le aconsejó:

Así les debes hablar a ellos:
«He sabido que Enlil me es hostil,
de manera que ya no puedo residir en vuestra ciudad,
ni poner mis pies en territorio de Enlil.
Por tanto, al Apsu bajaré,
para morar con mi Señor Ea».

Así pues, la excusa fue que, como seguidor de Enki, Utnapistim no podía seguir viviendo en Mesopotamia, y que estaba construyendo un barco con el que pretendía ir hasta el Mundo Inferior (el sur de África, según nuestros descubrimientos) para vivir allí con su Señor, Ea/Enki. Los versos que vienen a continuación sugieren que la zona estaba padeciendo una

sequía o una hambruna; Utnapistim (siguiendo el consejo de Enki) fue a asegurar a los residentes de la ciudad que, si Enlil le veía partir, «la tierra se volverá a llenar de ricas cosechas». Esta excusa tenía sentido para los otros habitantes de la ciudad.

Así engañada, la gente de la ciudad no hizo preguntas, sino que hasta llegó a echar una mano en la construcción del arca. Matando y sirviéndoles bueyes y ovejas «todos los días», y prodigándose en «mosto, vino tinto, aceite y vino blanco», Utnapistim los animó a trabajar más rápido. Hasta los niños llevaban betunes para impermeabilizar la nave.

«Al séptimo día, el barco estaba terminado. La botadura fue muy dificultosa, de modo que tuvieron que mover los tablones del suelo arriba y abajo, hasta dos tercios de la estructura tenía que entrar en el agua» del Eufrates. Después, Utnapistim subió a bordo a toda su familia y parientes, junto con «todo lo que yo tenía de todas las criaturas vivas», así como «los animales del campo, las bestias salvajes del campo».

La similitud con el relato bíblico —incluso en los siete días de la construcción— es clara. No obstante, yendo un paso más allá que Noé, Utnapistim también subió a escondidas a todos los artesanos que le habían ayudado en la construcción del barco.

Él también tenía que subir a bordo, pero cuando se diera cierta señal; una señal cuya naturaleza Enki le había revelado también: el «momento indicado» lo marcaría Shamash, la deidad encargada de los cohetes ígneos. Ésta fue la orden de Enki:

«¡Cuando Shamash, que da la orden del temblor al anochecer,
haga caer una lluvia de erupciones,
sube a bordo de tu barco y atranca la entrada!».

Y nos quedamos dándole vueltas a la conexión entre lo que parece el encendido de un cohete espacial por parte de Shamash y la llegada del momento en que Utnapistim se meta en el arca y selle la entrada. Pero el momento llegó; el cohete provocó un «temblor al anochecer», hubo una lluvia de erupciones y Utnapistim «atrancó todo el barco» y «entregó la estructura junto con su contenido» a «Puzur-Amurri, el Barquero».

Llegó la tormenta «con las primeras luces del alba». Hubo estremecedores truenos. Una nube negra se levantó desde el horizonte. La

tormenta arrancó los postes de las construcciones y los muelles; después, los diques cedieron. A continuación, llegó la oscuridad, «convirtiendo en negrura todo lo que había sido luminoso»; y «la ancha tierra se hizo añicos como una olla».

Durante seis días y seis noches sopló la «tormenta-sur».

Ganando velocidad mientras soplaba,
sumergiendo las montañas,
sorprendiendo a la gente como en una batalla…
Cuando llegó el séptimo día,
la tormenta-sur que llevaba la inundación
amainó en la batalla
que había entablado como un ejército.
El mar calló,
la tempestad se sosegó,
la inundación cesó.
Tantee el tiempo.
Se había instalado la tranquilidad.
Y toda la Humanidad había vuelto al barro.

Se había hecho la voluntad de Enlil y de la Asamblea de los Dioses. Pero, sin saberlo ellos, el plan de Enki había funcionado. Flotando en las turbulentas aguas, había una embarcación que llevaba hombres, mujeres, niños y otras criaturas vivas.

Finalizada la tormenta, Utnapistim dice: «Abrí una ventanilla; la luz cayó sobre mi rostro». Miró alrededor; «El paisaje era tan liso como un tejado plano». Y, agachándose, se sentó y sollozó, «las lágrimas corrían por mi cara». Buscó una costa en la inmensidad del mar, pero no vio nada. Después…

Emergió una región montañosa;
sobre el Monte de la Salvación se detuvo el barco;
el Monte Nisir [«salvación»] sujetó al barco con firmeza,
sin dejar que se moviera.

Durante seis días, Utnapistim estuvo vigilando desde el arca inmóvil, cautiva en los picos del Monte de la Salvación —los picos bíblicos de Ararat.

Después, al igual que Noé, soltó una paloma para que buscara un lugar de descanso, pero volvió. Una golondrina también salió, y volvió. Después, soltó a un cuervo —y huyó, encontrando un lugar de descanso. Entonces, Utnapistim soltó a todas las aves y animales que estaban con él, y salió él

también. Construyó un altar «y ofrendó un sacrificio» —lo mismo que hizo Noé.

Pero aquí, una vez más, la diferencia entre Deidad-única y Deidad-múltiple vuelve a aparecer. Cuando Noé ofreció el holocausto, «Yahveh aspiró el tentador aroma»; pero cuando Utnapistim ofreció el sacrificio, «los dioses aspiraron el perfume, los dioses aspiraron el dulce perfume. Los dioses acudieron como moscas hasta el que había hecho el sacrificio».

En la versión del Génesis, fue Yahveh el que prometió que nunca más destruiría a la Humanidad. En la versión babilónica fue la Gran Diosa la que prometió: «No olvidaré… Seré consciente de estos días, nunca los olvidaré».

Sin embargo, ese no era el problema inmediato. Pues, cuando Enlil llegó finalmente al lugar de la escena, no pensaba demasiado en la comida. Estaba echando chispas de ver que alguien había sobrevivido. «¿Acaso alguna alma viviente ha escapado? ¡Ningún hombre tenía que sobrevivir a la destrucción!».

Ninurta, su hijo y heredero, apuntó inmediatamente su dedo acusador hacia Enki. «¿Quién, sino Ea, puede diseñar un plan así?. Sólo Ea sabe de qué va todo». Lejos de negar la acusación, Enki lanzó uno de los discursos de la defensa más elocuentes del mundo. Elogiando a Enlil por su sabiduría, y sugiriendo que, posiblemente, Enlil no podía ser «poco razonable» —realista—, Enki mezcló una negación con una confesión. «No fui yo el que descubrió el secreto de los dioses»; simplemente dejé que un Hombre, uno «extremadamente sabio», percibiera por su propio saber el secreto de los dioses. Y si, como parece, este terrestre es tan sabio, Enki le sugirió a Enlil, no vayamos a ignorar sus capacidades. «Así pues, ¡déjate aconsejar en cuanto a él!».

Todo esto, nos relata «La Epopeya de Gilgamesh», era el «secreto de los dioses» que Utnapistim le contó a Gilgamesh. Y, después, le contó el acontecimiento final. Dejándose influir por el argumento de Enki,

Acto seguido, Enlil subió a bordo del barco.
Me cogió de la mano y me llevó a bordo.
Llevó a mi mujer a bordo,
la hizo arrodillarse a mi lado.
Y él, de pie entre nosotros,
tocó nuestras frentes para bendecirnos:

«Hasta ahora, Utnapistim no has sido más que humano;
en lo sucesivo, Utnapistim y su esposa
serán para nosotros como dioses.
¡Utnapistim residirá en la Lejanía,
en la Boca de las Aguas!».

Y Utnapistim terminó de contar su historia a Gilgamesh. Después de ser llevado a vivir en la Lejanía, Anu y Enlil…

Le dieron vida, como a un dios,
lo elevaron a la vida eterna, como a un dios.

Pero ¿qué sucedió con la Humanidad en general? El relato bíblico termina diciendo que la Deidad permitió y bendijo a la Humanidad con un «sed fecundos y multiplicaos». Las versiones mesopotámicas de la historia del Diluvio también terminan con unos versículos que tratan de la procreación de la Humanidad. Los textos, en parte mutilados, hablan del establecimiento de «categorías» humanas:

… Que haya una tercera categoría entre los Humanos:
que haya entre los Humanos
mujeres que den a luz y mujeres que no den a luz.

Parece ser que se establecieron nuevas directrices para la relación sexual:

Normas para la raza humana:
Que el varón… a la joven doncella…
Que la joven doncella…
El hombre joven a la joven doncella…
Cuando el lecho esté puesto,
que la esposa y su marido yazgan juntos.

Enlil fue estratégicamente superado. La Humanidad se salvó y se le permitió procrear. Los dioses abrieron la Tierra al Hombre.

14

CUANDO LOS DIOSES HUYERON DE LA TIERRA

¿Qué fue aquel Diluvio, cuyas furiosas aguas barrieron la Tierra?

Algunos lo explican en términos de las inundaciones anuales de la llanura Tigris-Eufrates. Conjeturan que una de tales inundaciones pudo ser especialmente severa. Campos y ciudades, hombres y animales fueron barridos por la crecida de las aguas, y los pueblos primitivos, viendo el acontecimiento como un castigo de los dioses, propagaron la leyenda del Diluvio.

En uno de sus libros, *Excavations at Ur*, *Sir* Leonard Woolley relata que, en 1929, cuando los trabajos en el Cementerio Real de Ur estaban tocando a su fin, los trabajadores hicieron un pequeño pozo en un montículo cercano, cavando a través de una masa de cerámica rota y de cascotes de ladrillo. Casi un metro más abajo, llegaron a un nivel de barro endurecido, algo que, habitualmente, marca el punto donde una civilización ha comenzado. Pero ¿es que milenios de vida urbana sólo habían dejado un metro de estratos arqueológicos?

Sir Leonard les pidió a los trabajadores que cavaran todavía más. Entonces profundizaron otro metro y, luego, metro y medio más. Seguían sacando «suelo virgen» —barro sin rastros de habitación humana. Pero, después de cavar a través de casi tres metros y medio de cieno y barro seco,

los trabajadores llegaron a un estrato en el que empezaron ya a encontrarse trozos de cerámica verde e instrumentos de sílex. ¡Una civilización más antigua había sido enterrada bajo tres metros y medio de bario!

Sir Leonard se metió en el hoyo de un salto y examinó la excavación. Llamó a sus ayudantes, en busca de opiniones. Nadie tenía una teoría plausible. Después, la esposa de *Sir* Leonard dijo casi por casualidad: «¡Pero, si está claro, es el Diluvio!».

Sin embargo, otras delegaciones arqueológicas en Mesopotamia dudaron de esta maravillosa intuición. El estrato de barro donde no había rastros de habitación indicaba, efectivamente, una inundación. Pero, mientras los depósitos de Ur y al-Ubaid sugerían la inundación entre el 3500 y el 4000 a. C., un depósito similar descubierto posteriormente en Kis se estimó que se había formado en los alrededores del 2800 a. C. La misma fecha (2800 a. C.) se estimó para unos estratos de barro encontrados en Erek y en Shuruppak, la ciudad del Noé sumerio. En Nínive, los excavadores encontraron, a una profundidad de 18 metros, nada menos que trece estratos alternos de barro y arena ribereña, datados entre el 4000 y el 3000 a. C.

Por tanto, la mayoría de los estudiosos creen que lo que Woolley encontró fueron los rastros de varias inundaciones locales, algo frecuente en Mesopotamia, donde las ocasionales lluvias torrenciales y las crecidas de los dos grandes ríos y sus frecuentes cambios de curso causan tales estragos. En cuanto a los diferentes estratos de barro, los expertos han llegado a la conclusión de que no pertenecen a una gran calamidad, como debió ser el monumental acontecimiento prehistórico que conocemos como el Diluvio.

El Antiguo Testamento es una obra maestra de brevedad y precisión. Las palabras siempre están muy bien elegidas para expresar los significados precisos; los versículos, relevantes; su orden, intencionado; su longitud, la necesaria. La totalidad de la historia de la Creación hasta la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén se cuenta en 80 versículos. La relación completa de Adán y su linaje, aún con el relato diferenciado de Caín y su linaje, y Set, Enós y su linaje, se trata en 58 versículos. Pero el relato de la Gran Inundación mereció nada menos que 87 versículos. Era, bajo

cualquier criterio editorial, la «historia principal». No era un mero acontecimiento local, fue una catástrofe que afectó a toda la Tierra, a toda la Humanidad. Los textos mesopotámicos afirman con claridad que «los cuatro rincones de la Tierra» se vieron afectados.

Como tal, fue un punto crucial en la prehistoria de Mesopotamia. Estaban los acontecimientos, las ciudades y la gente de antes del Diluvio, y los acontecimientos, las ciudades y la gente de después del Diluvio. Estaban todos los hechos de los dioses y el Reino que habían hecho descender del Cielo antes de la Gran Inundación, y el curso de los acontecimientos humanos y divinos cuando el Reino fue bajado de nuevo a la Tierra después de la Gran Inundación. Era la gran divisoria del tiempo.

No sólo las largas listas de reyes, sino también los textos relativos a reyes individuales y a su ascendencia hacían mención al Diluvio. En uno, por ejemplo, perteneciente a Ur-Ninurta, se recordaba el Diluvio como un acontecimiento remoto en el tiempo:

En aquel día, en aquel remoto día,
en aquella noche, en aquella remota noche,
en aquel año, en aquel remoto año
cuando el Diluvio tuvo lugar.

El rey asirio Assurbanipal, un mecenas de las ciencias que amasó una inmensa biblioteca de tablillas de arcilla en Nínive, declaró en una de sus inscripciones conmemorativas que él había encontrado y había sido capaz de leer «inscripciones en piedra de antes del Diluvio». En un texto acadio, en el que se habla de los nombres y su origen, se explica que hay una lista de nombres «de reyes de después del Diluvio». Un rey era ensalzado por ser «de simiente preservada desde antes del Diluvio». Y diversos textos científicos citan como fuente «los sabios de antaño, de antes del Diluvio».

No, el Diluvio no fue un acontecimiento local o una inundación periódica. Fue, según todos los relatos, un acontecimiento de una magnitud sin precedentes que sacudió la Tierra, una catástrofe que ni el Hombre ni los dioses habían experimentado hasta entonces, ni han experimentado después.

Los textos bíblicos y mesopotámicos que hemos examinado hasta ahora dejan unos cuantos misterios por resolver. ¿Qué terrible experiencia sufrió la Humanidad, que hizo que a Noé se le llamará «Respiro», con la

esperanza de que su nacimiento señalara el fin de las penurias? ¿Cuál era el «secreto» que los dioses juraron guardar, y del que se acusó a Enki de haberlo desvelado? ¿Por qué el lanzamiento de un vehículo espacial desde Sippar fue la señal para que Utnapistim entrara y sellara el arca? ¿Dónde estuvieron los dioses mientras las aguas cubrían hasta la más alta de las montañas? ¿Y por qué valoraron tanto el sacrificio de carne asada que hizo Noé/Utnapistim?

A medida que vayamos descubriendo las respuestas a estas y otras preguntas, veremos que el Diluvio no fue un castigo premeditado, producido por los dioses por voluntad propia. Descubriremos que, aunque el Diluvio fue un acontecimiento previsible, también fue inevitable, una calamidad natural en la cual los dioses no representaron un papel activo, sino pasivo. También mostraremos que el secreto que los dioses juraron no revelar era una conspiración contra la Humanidad, consistente en reservarse la información que tenían respecto a la próxima avalancha de agua, de modo que, mientras los nefilim se salvaban, la Humanidad pereciera.

Gran parte de los conocimientos que tenemos ahora sobre el Diluvio y los acontecimientos que lo precedieron provienen del texto «Cuando los dioses». En él, el héroe del Diluvio se llama Atra-Hasis. En el fragmento sobre el Diluvio que hay en «La Epopeya de Gilgamesh», Enki llama a Utnapistim «extremadamente sabio», que es lo que, en acadio, significa atra-hasis.

Los expertos tenían la teoría de que los textos en los que Atra-Hasis es el héroe podían formar parte de una historia anterior del Diluvio, concretamente sumeria. Con el tiempo, se descubrieron las suficientes tablillas babilonias, asirias, cananeas e, incluso, sumerias originales como para permitir un importante reensamblaje de la epopeya de Atra-Hasis, un trabajo maestro cuyos principales artífices fueron W. G. Lambert y A. R. Millard (*Atra-Hasis: The Babylonian Story of the Flood*).

Tras describir el duro trabajo de los anunnaki, su motín y la subsiguiente creación del Trabajador Primitivo, la epopeya relata cómo comenzó el Hombre a procrear y a multiplicarse (cosa que también sabemos por la versión bíblica). Con el tiempo, la Humanidad empezó a disgustar a Enlil.

La tierra se extendía, la gente se multiplicaba;
en la tierra, como toros salvajes yacían.
El dios se molestó con sus uniones;
el dios Enlil oía sus declaraciones,
y dijo a los grandes dioses:
«Las declaraciones de la Humanidad se han hecho agobiantes;
sus uniones no me dejan dormir».

Entonces, Enlil —una vez más, en el papel de perseguidor de la Humanidad— ordenó un castigo. Ahora, uno esperaría leer algo sobre la llegada del Diluvio, pero no. Sorprendentemente, Enlil no llegaba siquiera a mencionar un Diluvio ni ninguna ordalía acuática similar. En vez de esto, pidió que se diezmara a la Humanidad con la peste y otras enfermedades.

Las versiones acadia y asiria de la epopeya hablan de los «dolores, mareos, resfriados, fiebre», así como de las «enfermedades, plagas y peste» que afligieron a la Humanidad y a su ganado después de la petición de Enlil de un castigo. Pero los planes de Enlil no funcionaron. Resultó que «el que era extremadamente sabio» —Atra-Hasis— era alguien especialmente cercano al dios Enki. Contando su propia historia en algunas de las versiones, dice: «Yo soy Atra-Hasis; vivía en el templo de Ea, mi señor». Con «su mente atenta a su Señor Enki», Atra-Hasis apeló a él para que desmontara el plan de su hermano Enlil:

«Ea, Oh Señor, la Humanidad gime;
la furia de los dioses consume la tierra.
¡Y, sin embargo, tú eres el que nos ha creado!
¡Que cesen los dolores, los mareos,
los resfriados, la fiebre!».

Hasta que no se encontraron más tablillas rotas, no supimos cuál había sido el consejo de Enki. Éste dijo algo de «… que aparezca en la tierra». Fuera lo que fuera, funcionó. Poco después, Enlil se quejó amargamente a los dioses de que «la población no ha disminuido; ¡son más numerosos que antes!».

Entonces, se puso a esbozar el exterminio de la Humanidad a través del hambre. «¡Que se le corten los suministros a la gente; que sus vientres carezcan de frutas y vegetales!». La hambruna tenía que acaecer a través de las fuerzas de la naturaleza, por escasez de lluvia y falta de irrigación.

Que las lluvias del dios de la lluvia se retengan arriba;

abajo, que las aguas no salgan de sus fuentes.
Que el viento sople y reseque el suelo;
que las nubes se espesen, pero que retengan su aguacero.

Incluso las fuentes de alimentación marinas tenían que desaparecer. A Enki se le ordenó que «pasara el cerrojo y atrancara el mar», y que «guardara» sus alimentos lejos de la gente.

La sequía no tardó en difundir la devastación.

Desde arriba, el calor no era…
Abajo, las aguas no surgían de sus fuentes.
La matriz de la Tierra no daba frutos;
la vegetación no crecía…
Los negros campos se hicieron blancos;
la amplia llanura se asfixió con sal.

La hambruna resultante causó estragos entre la gente, y la situación fue empeorando con el paso del tiempo. Los textos mesopotámicos hablan de una devastación creciente a lo largo de seis sha-at-tam's —un término que algunos traducen como «años», pero que literalmente significa «pasos»—, y, como la versión asiria aclara, «un año de Anu»:

Durante un sha-at-tam ellos comieron la hierba de la tierra.
Durante el segundo sha-at-tam sufrieron la venganza.
El tercer sha-at-tam llegó;
sus rasgos se vieron alterados por el hambre,
sus rostros estaban incrustados…
estaban viviendo al borde de la muerte.
Cuando el cuarto sha-at-tam llegó,
sus rostros parecían verdes;
caminaban encorvados por las calles;
su ancho [¿hombros?] se hizo estrecho.

Para el quinto «paso», la vida humana comenzó a deteriorarse. Las madres cerraban las puertas a sus propias hijas hambrientas. Las hijas espiaban a sus madres para ver si ocultaban comida. Para el sexto «paso», había un canibalismo desenfrenado.

Cuando el sexto sha-at-tam llegó
se preparaban a la hija para la comida;
al hijo se preparaban como alimento…
Una casa devoraba a la otra.

Los textos hablan de la insistente intercesión de Atra-Hasis ante su dios Enki. «En la casa de su dios… puso el pie;… todos los días lloraba,

trayendo oblaciones por la mañana… invocaba el nombre de su dios», buscando la ayuda de Enki para detener la hambruna.

Sin embargo, Enki debía sentirse ligado a la decisión de las otras deidades, pues, en un primer momento, no respondió. Es bastante posible que, incluso, se ocultara de su fiel adorador, que dejara el templo y saliera a navegar por sus amados pantanos. «Cuando el pueblo estaba viviendo al filo de la muerte», Atra-Hasis «puso su lecho de cara al río». Pero no hubo respuesta.

La visión de una Humanidad hambrienta y desintegrada, de padres que se comían a sus propios hijos, trajo finalmente lo inevitable: otro enfrentamiento entre Enki y Enlil. En el séptimo «paso», cuando los hombres y las mujeres que quedaban eran «como fantasmas de los muertos», recibieron un mensaje de Enki. «Haced un gran ruido en la tierra», dijo. Enviad heraldos que ordenen a toda la gente: «No veneréis a vuestros dioses, no recéis a vuestras diosas». ¡Que haya desobediencia total!

Bajo la tapadera de este alboroto, Enki planeaba una acción más concreta. Los textos, bastante fragmentados en este punto, desvelan que Enki convocó una asamblea secreta de «ancianos» en su templo. «Ellos entraron… tomaron consejo en la Casa de Enki». En primer lugar, Enki se exoneró contándoles lo mucho que se había opuesto a los actos de los demás dioses. Después, esbozó un plan de acción que, de algún modo, tenía que ver con su mando sobre los mares y el Mundo Inferior.

Podemos recoger los detalles clandestinos del plan a partir de unos versículos fragmentarios: «Por la noche… después de que él…» alguien tenía que estar «a la orilla del río» a determinada hora, quizás para esperar el regreso de Enki desde el Mundo Inferior. De allí, Enki «trajo a los guerreros del agua» —quizás también algunos de los terrestres que eran Trabajadores Primitivos en las minas. En el momento acordado, se cursaron las órdenes: «¡Vamos!… la orden…».

A pesar de todas las líneas que se han perdido, podemos suponer lo que sucedió a partir de la reacción de Enlil. «Estaba lleno de ira». Convocó la Asamblea de Dioses y envió a su alguacil para que trajera a Enki. Después,

se levantó y acusó a su hermano de romper los planes de vigilancia y contención:

Todos nosotros, Grandes Anunnaki,
llegamos juntos a una decisión…
Ordené que, en el Pájaro del Cielo,
Adad vigilaría las regiones superiores;
que Sin y Nergal vigilarían
las regiones medias de la Tierra;
que el cerrojo, la barrera del mar,
tú [Enki] vigilarías con tus cohetes.
¡Pero tú has dejado pasar provisiones para la gente!

Enlil acusó a su hermano de romper el «cerrojo del mar». Pero Enki negó que aquello hubiera ocurrido con su consentimiento:

El cerrojo, la barrera del mar,
guardé con mis cohetes.
[Pero] cuando… escapó de mí…
una miríada de pescado… desapareció;
ellos rompieron el cerrojo…
ellos mataron a los guardianes del mar.

Enki afirmó que había capturado a los culpables y que los había castigado, pero Enlil no se dio por satisfecho. Pidió que Enki «dejara de alimentar a su gente», que ya no suministrara «raciones de cereales con las que la gente rebosa de salud». La reacción de Enki fue asombrosa:

El dios se hartó de la sesión;
en la Asamblea de los Dioses,
la risa le venció.

Podemos imaginarnos el pandemónium que se organizó. Enlil estaba furioso. Hubo acalorados intercambios con Enki y gritos «¡no deja de calumniar!». Cuando la Asamblea recuperó por fin el orden, Enlil recuperó la palabra de nuevo. Les recordó a sus colegas y subordinados que había sido una decisión unánime. Hizo un repaso de los acontecimientos que habían llevado a la creación del Trabajador Primitivo, y recordó las muchas veces que Enki había «roto la norma».

Pero, dijo, aún había una posibilidad para condenar a la Humanidad. Una «inundación exterminadora» estaba al caer. La catástrofe que se avecinaba debía mantenerse en secreto, a resguardo del pueblo. Pidió a los

miembros de la Asamblea que se comprometieran a guardar el secreto y, lo que es más importante, que «el príncipe Enki se comprometa con un juramento».

Enlil abrió la boca para hablar
y se dirigió a la Asamblea de todos los dioses:
«¡Vamos, todos, y prestemos juramento
sobre la Inundación Exterminadora!».
Anu juró primero;
Enlil juró; sus hijos juraron con él.

Al principio, Enki se negó a prestar juramento. «¿Por qué me quieres comprometer con un juramento?», preguntó. «¿Acaso voy a levantar mis manos contra mis propios humanos?». Pero, al final, fue obligado a pronunciar el juramento. Uno de los textos dice, específicamente, «Anu, Enlil, Enki y Ninhursag, los dioses del Cielo y la Tierra, han prestado juramento». La suerte estaba echada.

¿Cuál fue el juramento al que se comprometió Enki? Tal como decidió interpretarlo, Enki juró que no revelaría al pueblo el secreto del Diluvio que se avecinaba; pero ¿acaso no podía contárselo a una pared? Hizo que Atra-Hasis fuera al templo, e hizo que se pusiera detrás de un biombo. Después, Enki fingió que hablaba con el biombo, no con su devoto terrestre. «Biombo de junco», dijo:

«Presta atención a mis instrucciones.
En todos los lugares habitados, sobre las ciudades,
una tormenta asolará.
Ésa será la destrucción de la simiente de la Humanidad…
Éste es el último fallo,
la palabra de la Asamblea de los dioses,
la palabra dicha por Anu, Enlil y Ninhursag».

(Este subterfugio explica el argumento que expondría Enki más tarde, cuando se descubrió que Noé/Utnapistim había sobrevivido, al decir que él no había roto su juramento —al decir que aquel terrestre «extremadamente sabio», (atra-hasis), había descubierto el secreto del Diluvio por sí mismo, a través de la correcta interpretación de los signos). Existen sellos en los que se ve a un asistente sosteniendo el biombo mientras Ea —como Dios Serpiente— revela el secreto a Atra-Hasis.

Fig. 160.

El consejo que le dio Enki a su fiel sirviente fue que construyera una nave, pero este le dijo: «Yo nunca he construido un barco… hazme un plano en el suelo para que pueda verlo», y entonces Enki le dio las instrucciones precisas sobre las medidas que debía tener y sobre su construcción. Acostumbrados a las historias bíblicas, nos imaginamos el «arca» como un barco muy grande, con cubiertas y superestructuras. Pero el término bíblico teba proviene de la raíz «hundido», por lo que hay que llegar a la conclusión de que Enki le dio instrucciones a su Noe para que construyera un barco sumergible, un submarino.

El texto acadio dice que Enki hablaba de un barco «techado por encima y por debajo», herméticamente sellado con «brea dura». No tenían que haber cubiertas ni aberturas, «de modo que el sol no viera el interior». Tenía que ser un barco «como un barco del Apsu», un Sulili; y este es el término que se utiliza en la actualidad, en hebreo, Soleleth, para identificar un submarino.

«Que el barco», dijo Enki, «sea un MA.GUR.GUR» —«un barco que pueda darse la vuelta y caer». Lo cierto es que sólo un barco así podía haber sobrevivido a una avalancha de aguas tan arrolladora.

La versión de Atra-Hasis, al igual que las demás, reitera que, aunque la calamidad estaba a siete días vista, la gente no era consciente de lo que se avecinaba. Atra-Hasis utilizó la excusa de que la «nave del Apsu» que estaba construyendo le iba a permitir ir a la morada de Enki, evitando así la

ira de Enlil. Y la excusa fue aceptada sin más, pues las cosas estaban realmente mal. El padre de Noé había tenido la esperanza de que su nacimiento señalara el fin del largo tiempo de sufrimiento que habían padecido. El problema del pueblo era la sequía —la ausencia de lluvia, la escasez de agua. ¿Quién, en su sano juicio, habría pensado que estaba a punto de perecer en una avalancha de agua?

No obstante, aunque los seres humanos no podían leer las señales, los nefilim sí que podían. Para ellos, el Diluvio no era un acontecimiento repentino; aunque era inevitable, ellos detectaron su llegada. El plan de los dioses para destruir a la Humanidad ya no descansaba en un papel activo, sino pasivo. Ellos no provocaron el Diluvio; ellos, simplemente, se confabularon para que los terrestres no se enteraran de su llegada.

Sin embargo, conscientes de la inminente calamidad y de su impacto global, los nefilim tomaron las medidas oportunas para poner a salvo sus pellejos. Estando la Tierra a punto de ser engullida por las aguas, no tenían más que una dirección de salida: hacia el cielo. Cuando la tormenta que precedió al Diluvio comenzó a rugir, los nefilim se subieron a su lanzadera y permanecieron en órbita terrestre hasta que las aguas comenzaron a descender.

El día del Diluvio, como mostraremos ahora, fue el día en que los dioses huyeron de la Tierra.

La señal que tenía que esperar Utnapistim para reunirse con los demás en el arca y sellarla era esta:

Cuando Shamash,
que da la orden del temblor al anochecer,
haga caer una lluvia de erupciones,
¡sube a bordo del barco
y atranca la entrada!

Como sabemos, Shamash tenía a su cargo el espaciopuerto de Sippar. No nos cabe la menor duda de que Enki dio instrucciones a Utnapistim para que vigilara la primera señal de lanzamientos espaciales en Sippar. Shuruppak, que es donde vivía Utnapistim, estaba sólo a 18 beru (unos 180 kilómetros) al sur de Sippar. Dado que los lanzamientos debían tener lugar

al anochecer, no habría problemas para ver la «lluvia de erupciones» que harían «caer» las naves espaciales.

Aunque los nefilim estaban preparados para el Diluvio, su llegada fue una experiencia aterradora. «El ruido del Diluvio… hizo temblar a los dioses». Pero, cuando llegó el momento de dejar la Tierra, los dioses, «dando la vuelta, ascendieron a los cielos de Anu». La versión asiría de Atra-Hasis dice que los dioses utilizaron el rukub ilani («carro de los dioses») para escapar de la Tierra. «Los Anunnaki elevaron» sus naves espaciales, como antorchas, «iluminando la tierra con su resplandor».

En órbita alrededor de la Tierra, los nefilim vieron una escena de la destrucción que les afectó profundamente. Los textos del Gilgamesh nos cuentan que, cuando la tormenta creció en intensidad, no sólo «uno no podía ver a su compañero», sino que «tampoco se podía reconocer a la gente desde los cielos». Apiñados en su nave espacial, los dioses se esforzaban por ver lo que estaba sucediendo en el planeta del cual acababan de despegar.

Los dioses se encogieron como perros,
se agacharon contra la pared exterior.
Ishtar gritó como una mujer de parto:
«Los días de antaño se han convertido en barro»…
Los dioses anunnaki lloraban con ella.
Los dioses, abatidos todos, se sentaron y lloraron;
tenían los labios apretados… uno y todos.

Los textos de Atra-Hasis repiten el mismo tema. Los dioses, mientras huían, pudieron ver la destrucción también. Pero la situación dentro de sus propias naves tampoco era muy estimulante. Parece ser que tuvieron que repartirse entre varias naves espaciales; la Tablilla III de la epopeya de Atra-Hasis describe las condiciones a bordo de una nave donde los anunnaki compartían alojamiento con la Diosa Madre.

Los Anunnaki, grandes dioses,
se fueron sentando sedientos, hambrientos…
Ninti lloró y dejó salir sus emociones;
lloraba y aliviaba sus sentimientos.
Los dioses lloraban con ella por la tierra.
Ella estaba abrumada por el dolor,
tenía sed de cerveza.
Donde ella se había sentado, se sentaron los dioses llorando;
amontonándose como ovejas en un abrevadero.

Tenían los labios febriles por la sed,
y sufrían retortijones a causa del hambre.

La misma Diosa Madre, Ninhursag, estaba conmocionada por tan completa devastación, y se lamentaba por lo que estaba viendo:

La Diosa vio y lloró…
tenía los labios cubiertos de calenturas…
«Mis criaturas se han convertido como en moscas,
llenan los ríos como libélulas, el retumbante mar se ha llevado su paternidad».

Pero ¿cómo podía salvar su propia vida mientras la Humanidad, la que había ayudado a crear, estaba muriendo? ¿Cómo podía haber dejado la Tierra?, se preguntaba.

«¿Debo ascender al Cielo,
para residir en la Casa de las Ofrendas,
donde Anu, el Señor, me ha ordenado ir?»

Las órdenes de los nefilim eran claras: abandonad la Tierra, «ascended al Cielo». Fue la vez en la que el Duodécimo Planeta estuvo más cerca de la Tierra, dentro del cinturón de asteroides (el «Cielo»), como lo sugiere el hecho de que Anu fuera capaz de asistir personalmente a las cruciales conversaciones que tuvieron lugar poco antes del Diluvio.

Enlil y Ninurta —acompañados quizás por la élite de los anunnaki, aquellos que habían ocupado Nippur— estaban en una nave espacial, planeando, sin duda, volver a encontrarse con la nave principal. Pero los demás dioses no estaban tan resueltos. Obligados a abandonar la Tierra, se habían dado cuenta, de pronto, del apego que habían llegado a sentir por el planeta y por sus habitantes. En una nave, Ninhursag y su grupo de anunnaki debatían los méritos de las órdenes que había dado Anu. En otra, Ishtar gritaba: «Los días de antaño se han convertido en barro»; los anunnaki que estaban en su nave «lloraban con ella».

Enki, obviamente, estaba también en otra nave o, de lo contrario, habría descubierto a los demás que se las había ingeniado para salvar la simiente de la Humanidad. Sin duda, tenía motivos para sentirse menos pesimista, pues las evidencias sugieren que también había planeado el encuentro en el Ararat.

Las versiones antiguas parecen dar a entender que, simplemente, el arca fue llevada hasta la región del Ararat por las aguas torrenciales, que la «tormenta-sur» habría llevado al barco hacia el norte. Pero los textos mesopotámicos reiteran que Atra-Hasis/Utnapistim llevó consigo un «Barquero» llamado Puzur-Amurri («occidental que conoce los secretos»). A él, el Noé mesopotámico «le cedió la estructura, junto con su contenido» en cuanto se desató la tormenta. ¿Para qué necesitaba a un experimentado navegante, a menos que fuera para llevar el arca hasta un destino concreto?

Como ya hemos visto, los nefilim utilizaban los picos de Ararat como puntos de referencia desde el principio. Siendo las cumbres más altas en esa parte del globo, esperarían que fuera lo primero en reaparecer sobre el manto de agua. Y, dado que Enki, «El Sabio, el Omnisciente», podía suponer esto, nos atrevemos a conjeturar que dio instrucciones a su sirviente para llevar el arca hacia el Ararat, planeando el encuentro desde un principio.

La versión del Diluvio de Beroso, según la cuenta el griego Abideno, dice: «Cronos le reveló a Sisithros que iba a haber un Diluvio en el decimoquinto día de Daisios [el segundo mes], y le ordenó que ocultase en Sippar, la ciudad de Shamash, todos los escritos que pudiera. Sisithros llevó a cabo lo que se le dijo, inmediatamente después salió navegando en dirección a Armenia y, acto seguido, sucedió lo que el dios había anunciado».

Beroso repite los detalles referentes a la liberación de las aves. Cuando Sisithros (que es atra-hasis al revés) iba a ser llevado por los dioses a su morada, explicó al resto de la gente del arca que se encontraban en ese momento «en Armenia» y que tenían que volver (a pie) a Babilonia. En esta versión, no sólo nos encontramos con la relación con Sippar, el espaciopuerto, sino también con la confirmación de que Sisithros recibió instrucciones para «navegar inmediatamente hasta Armenia» —al país del Ararat.

Tan pronto como Atra-Hasis tocó tierra, sacrificó algunos animales y los asó al fuego. No es de sorprender que los exhaustos y hambrientos dioses «acudieron como moscas a la ofrenda». De pronto, se dieron cuenta de que el Hombre, el alimento que este cultivaba y el ganado que criaba eran

esenciales. «Cuando, por fin, Enlil llegó y vio el arca, montó en cólera». Pero la lógica de la situación y la persuasión de Enki prevalecieron; Enlil hizo las paces con los restos de la Humanidad y se llevó a Atra-Hasis/Utnapistim en su nave a la Morada Eterna de los Dioses.

Otro factor que pudo pesar en la rápida decisión de hacer las paces con la Humanidad pudo ser la progresiva retirada de las aguas del Diluvio y la aparición de tierra seca y de vegetación sobre ella. Ya hemos visto que los nefilim supieron con antelación que se aproximaba una calamidad; pero aquello era tan singular en su experiencia que temieron que la Tierra quedara inhabitable para siempre. Cuando aterrizaron en el Ararat, vieron que este no era el caso. La Tierra seguía siendo habitable y, para vivir en ella, necesitarían al hombre.

¿Qué fue aquella catástrofe, previsible pero inevitable? Una clave importante para desentrañar el misterio del Diluvio es darse cuenta de que no fue un acontecimiento único y repentino, sino la culminación de una cadena de acontecimientos.

Unas atípicas plagas afectaron a hombres y animales, y una grave sequía precedió a la ordalía de agua; un proceso que duró, según las fuentes mesopotámicas, siete «pasos», o shar’s. Estos fenómenos sólo podrían estar justificados por importantes cambios climáticos. Estos cambios habían estado relacionados con las periódicas glaciaciones y épocas interglaciales que habían dominado el pasado inmediato del planeta. La reducción de las precipitaciones, el descenso del nivel del agua en mares y lagos, y la desecación de las fuentes de agua subterránea eran las señales de identidad de una glaciación inminente. Dado que el Diluvio, que terminó abruptamente con estos trastornos, vino seguido por la civilización sumeria y el actual período postglacial, la glaciación en cuestión sólo pudo ser la última.

Nuestra conclusión es que los acontecimientos del Diluvio nos hablan del último período glacial de la Tierra y de su catastrófico final.

Perforando las cubiertas de hielo del Ártico y el Antártico, los científicos han podido medir el oxígeno atrapado en las distintas capas y han podido valorar, a partir de ello, el clima que ha imperado en los últimos milenios. Las muestras recogidas del fondo de los mares, como, por

ejemplo, las recogidas en el Golfo de México, en las que se mide la proliferación o la disminución de vida marina, les permite estimar también las temperaturas de las distintas épocas del pasado. Basándose en estos descubrimientos, los científicos aseguran ahora que el último período glacial comenzó hace unos 75 000 años y experimentó un minicalentamiento hace unos 40 000 años. Hace alrededor de 38 000 años, sobrevino un período más duro, más frío y seco. Y después, hace unos 13 000 años, el período glacial terminó abruptamente, dando entrada a nuestro actual clima suave.

Poniendo en línea la información bíblica y sumeria, nos encontramos con que los momentos duros, la «maldición de la Tierra», comenzó en la época del padre de Noé, Lámek. Su esperanza en que el nacimiento de Noé («respiro») marcara el fin de las penurias se cumplió de un modo inesperado, a través del catastrófico Diluvio.

Muchos estudiosos creen que los diez patriarcas bíblicos antediluvianos (desde Adán hasta Noé) son, de algún modo, homólogos de /los diez soberanos antediluvianos de las listas de reyes sumerios. Estas listas no le aplican los títulos divinos de DIN.GIR o EN a los dos últimos de esos diez, y tratan a Ziusundra/Utnapistim y a su padre, Ubar-Tutu, como hombres. Los dos últimos son los homólogos de Noé y de su padre, Lámek; y, según las listas sumerias, entre los dos reinaron un total de 64 800 años, hasta que tuvo lugar el Diluvio. El último período glacial, desde hace 75 000 hasta hace 13 000 años, duró 62 000 años. Dado que las penurias comenzaron cuando Ubar-Tutu/Lámek ya estaba reinando, esos 62 000 encajan perfectamente con los 64 800.

Además, las condiciones más duras se prolongaron, según la epopeya de Atra-Hasis, durante siete shar’s, es decir, 25 200 años. Los científicos han descubierto evidencias de un período extremadamente duro entre hace 38 000 y 13 000 años, es decir, un lapso de 25 000 años. Una vez más, las evidencias mesopotámicas y los descubrimientos de los científicos actuales se corroboran entre sí.

Nuestro esfuerzo por desentrañar el misterio del Diluvio, por tanto, se concentra en los cambios climáticos de la Tierra y, en particular, en el colapso abrupto del período glacial que tuvo lugar hace unos 13 000 años.

¿Qué pudo causar un repentino cambio climático de tal magnitud?

De las muchas teorías que han avanzado los científicos, nos intriga la sugerida por el Dr. John T. Hollín, de la Universidad de Maine. El Dr. Hollin sostiene que la capa de hielo de la Antártida se rompe periódicamente y se desliza en el mar, ¡creando una repentina y gigantesca marea!

Esta hipótesis —aceptada y ampliada por otros— sugiere que, a medida que la capa de hielo se va haciendo más y más gruesa, no sólo atrapa más calor de la Tierra debajo de la capa de hielo, sino que también crea en su fondo (debido a la presión y a la fricción) una capa medio derretida y, de ahí, resbaladiza, que actúa como un lubricante entre la gruesa capa de hielo de arriba y la tierra sólida de abajo, provocando que la primera se deslice, más pronto o más tarde, en el océano circundante.

Hollin calculó que, sólo con que la mitad de la actual capa de hielo de la Antártida (que, en promedio, tiene más de kilómetro y medio de grosor) se deslizara en los mares del sur, la inmensa marea que provocaría elevaría el nivel de todos los mares del globo en unos 18 metros, inundando ciudades costeras y tierras bajas.

En 1964, A. T. Wilson, de la Universidad Victoria, en Nueva Zelanda, ofreció la teoría de que los períodos glaciales terminaron abruptamente con deslizamientos como estos sucedidos no sólo en el Antártico, sino también en el Ártico. Creemos que los distintos textos y los hechos reunidos justifican la conclusión de que el Diluvio fue el resultado del deslizamiento en las aguas del Antártico de miles de millones de toneladas de hielo, trayendo con ello el fin repentino de la última glaciación.

El súbito acontecimiento desencadenó una inmensa marea. Comenzando con las aguas del Antártico, se extendió hacia el norte por los océanos Atlántico, Pacífico e Índico. El abrupto cambio de temperatura debió crear unas violentas tormentas acompañadas por torrentes de lluvia. Moviéndose más rápido que las aguas, las tormentas, las nubes y el oscurecimiento de los cielos debieron anunciar la avalancha de agua que se aproximaba.

Ése es exactamente el fenómeno que se describe en los textos antiguos.

Tal como le había ordenado Enki, Atra-Hasis hizo subir a todos al arca mientras él se quedaba fuera para esperar la señal para subir a bordo y sellar la nave. Dándonos un detalle de «interés humano», el antiguo texto nos cuenta que Atra-Hasis, a pesar de habérsele ordenado quedarse fuera de la nave, «entraba y salía; no podía estar sentado, no podía agacharse… su corazón estaba roto; estuvo vomitando bilis». Pero entonces,

… la Luna desapareció…
El aspecto del tiempo cambió;
las lluvias rugieron en las nubes…
Los vientos se hicieron salvajes…
… el Diluvio estaba en camino,
su fuerza cayó sobre la gente como una batalla;
Una persona no veía a otra,
no eran reconocibles en la destrucción.
El Diluvio bramó como un toro;
los vientos gimieron como un asno salvaje.
La oscuridad era densa;
no se podía ver el Sol.

«La Epopeya de Gilgamesh» es muy específica en lo relativo a la dirección de la cual vino la tormenta: vino del sur. Nubes, vientos, lluvia y oscuridad precedieron, sin duda, a la marea que echó abajo, en primer lugar, «los puestos de Nergal» en el Mundo Inferior:

Con el fulgor de la aurora
una nube negra se elevó en el horizonte;
en su interior, el dios de las tormentas tronaba.
Todo lo que había sido luminoso
se tornó oscuridad.
Durante un día sopló la tormenta del sur,
ganando velocidad mientras soplaba, sumergiendo las montañas…
Seis días y seis noches sopló el viento
mientras la Tormenta del Sur barría la tierra.
Cuando llegó el séptimo día,
el Diluvio de la Tormenta del Sur amainó.

Las referencias a la «tormenta del sur», al «viento del sur», indican con claridad la dirección desde la cual llegó el Diluvio, sus nubes y vientos, los «heraldos de la tormenta», moviéndose «sobre colinas y llanuras» hasta alcanzar Mesopotamia. Ciertamente, una tormenta y una avalancha de agua originadas en el Antártico alcanzarían Mesopotamia a través del Océano Índico después de engullir las colinas de Arabia, inundando más tarde la llanura del Tigris y el Eufrates. «La Epopeya de Gilgamesh» nos dice

también que, antes de que la gente y la tierra quedaran sumergidos, las «represas de la tierra seca» y sus diques fueron «destrozados»: el litoral continental resultó arrollado y barrido.

La versión bíblica del Diluvio dice que saltaron «las fuentes del Gran Abismo» antes de que se abrieran «las compuertas del cielo». En primer lugar, las aguas del «Gran Abismo» (qué nombre más descriptivo para los mares más meridionales, los mares helados del Antártico) se liberaron de su gélida reclusión; sólo entonces comenzaron las lluvias a caer del cielo.

Esta confirmación de nuestra manera de entender el Diluvio se repite, al revés, cuando el Diluvio amaina. En primer lugar, las «Fuentes del Abismo [se] cerraron»; después, la lluvia «fue arrestada de los cielos».

Tras la primera y gigantesca marea, las aguas aún «iban y venían» en inmensas olas. Después, las aguas comenzaron a «retroceder», y «fueron menos» después de 150 días, cuando el arca se posó entre los picos del Ararat. La avalancha de agua, viniendo desde los mares del sur, volvió a los mares del sur.

¿Cómo pudieron predecir los nefilim cuándo se iba a desencadenar el Diluvio en la Antártida?

Sabemos que los textos mesopotámicos relacionan el Diluvio y los cambios climáticos que lo precedieron con siete «pasos», algo que, indudablemente, tiene que ver con el tránsito periódico del Duodécimo Planeta por las inmediaciones de la Tierra. Sabemos que, incluso la Luna, el pequeño satélite de la Tierra, ejerce la suficiente atracción gravitatoria como para provocar las mareas. Tanto los textos mesopotámicos como los bíblicos describían de qué forma se sacudía la Tierra cada vez que el Señor Celestial pasaba por sus inmediaciones. ¿Pudo suceder que los nefilim, al observar los cambios climáticos y la inestabilidad de la capa de hielo antártica, se dieran cuenta de que, con el siguiente «paso» del Duodécimo Planeta, se desencadenaría la inevitable catástrofe?

Los antiguos textos demuestran que así fue como sucedió.

El más extraordinario de esos textos es uno que tiene unas treinta líneas inscritas, con una escritura cuneiforme en miniatura, en ambos lados de una tablilla de arcilla de poco más de dos centímetros de larga. Fue desenterrada en Assur, pero la profusión de palabras sumerias en el texto acadio no deja

lugar a dudas sobre su origen sumerio. El Dr. Erich Ebeling determinó que era un himno que se recitaba en la Casa de los Muertos, de ahí que incluyera este texto en su obra maestra (*Tod und Leben*) sobre la muerte y la resurrección en la antigua Mesopotamia.

Sin embargo, un minucioso examen nos demuestra que la composición «invocaba los nombres» del Señor Celestial, el Duodécimo Planeta. En él, se elabora el significado de los distintos epítetos, relacionándolos con el paso del planeta por el lugar de la batalla con Tiamat —¡un tránsito que provoca el Diluvio!

El texto comienza anunciando que, a pesar de todo su poder y tamaño, el planeta («el héroe»), no obstante, orbita al Sol. El Diluvio era el «arma» de este planeta.

Su arma es el Diluvio;
Dios cuya Arma trae la muerte a los malvados.
Supremo, Supremo, Ungido…
Quien, como el Sol, cruza las tierras;
el Sol, su dios, él teme.

Pronunciando el «primer nombre» del planeta —que, desgraciadamente, es ilegible— el texto describe su paso cerca de Júpiter, hacia el lugar de la batalla con Tiamat:

Primer Nombre:…
el que repujó la banda circular;
el que partió en dos a la Ocupadora, echándola.
Señor, que en el tiempo de Akiti
dentro del lugar de la batalla de Tiamat reposa…
Cuya simiente son los hijos de Babilonia;
que no puede ser perturbado por el planeta Júpiter;
que por su fulgor creará.

Al acercarse, al Duodécimo Planeta se le llama SHILIG.LU.DIG («líder poderoso de los jubilosos planetas»). Se encuentra ahora muy cerca de Marte: «Con el brillo del dios [planeta] Anu dios [planeta] Lahmu se viste». Entonces, soltó el Diluvio sobre la Tierra:

Éste es el nombre del Señor
que desde el segundo mes hasta el mes de Addar
las aguas ha espoleado.

La elaboración de los dos nombres del texto ofrece una importante información en cuanto al calendario. El Duodécimo Planeta pasó por Júpiter y se acercó a la Tierra «en el tiempo de Akiti», cuando comenzaba el Año Nuevo mesopotámico. Durante el segundo mes estuvo muy cerca de Marte. Después, «desde el segundo mes hasta el mes de Addar» (el duodécimo mes), soltó el Diluvio sobre la Tierra.

Esto está perfectamente de acuerdo con el relato bíblico, que dice que «las fuentes del gran abismo saltaron» en el decimoséptimo día del segundo mes. El arca descansó en el Ararat en el séptimo mes; otra tierra seca era visible en el décimo mes; y el Diluvio terminó en el duodécimo mes —pues fue en «el primer día del primer mes» del siguiente año cuando Noé abrió la ventanilla del arca.

Al pasar a la segunda fase del Diluvio, cuando las aguas comenzaron a descender, el texto llama al planeta SHUL.PA.KUN.E.

Héroe, Señor Vigilante,
que reúnes las aguas;
que manando aguas
purificas al justo y al malvado;
que en la montaña de los picos gemelos
detuviste el…
… pez, río, río; la inundación se detuvo.
En la tierra montañosa, sobre un árbol, el ave descansó.
Día que… dijo.

A pesar de que algunas líneas son ilegibles por estar deteriorada la tablilla, los paralelismos con los relatos del Diluvio bíblico y los mesopotámicos son evidentes: la inundación había cesado, el arca se había «detenido» en la montaña de los picos gemelos; los ríos comenzaron a fluir de nuevo desde las cimas de las montañas y a llevar agua hacia el océano; se veían peces; se soltó un ave del arca. La ordalía había pasado.

El Duodécimo Planeta había pasado su «cruce». Se había acercado a la Tierra y se alejaba, acompañado por sus satélites:

Cuando el sabio grite: «¡Inundación!»,
es el dios Nibiru [«Planeta del Cruce»];
es el Héroe, el planeta de cuatro cabezas.
El dios, cuya arma es la Tormenta de la Inundación, volverá;
a su lugar de descanso bajará él mismo.

(El planeta, alejándose, afirma el texto, volvió a cruzar el sendero de Saturno en el mes de Ululu, el sexto mes del año).

El Antiguo Testamento se refiere con frecuencia al momento en que el Señor hizo que la Tierra se cubriera con las aguas del abismo. El Salmo 29 describe la «visita» así como el «retorno» de las «grandes aguas» por el Señor:

Al Señor, vosotros hijos de los dioses,
dad la gloria, reconoced el poder…
El sonido del Señor está sobre las aguas;
el Dios de gloria, el Señor,
tronó sobre las grandes aguas…
El sonido del Señor es poderoso,
el sonido del Señor es majestuoso;
el sonido del Señor partió los cedros…
Hace bailar como un novillo al [Monte del] Líbano,
y hace brincar al [Monte] Sirión como un toro joven.
El sonido del Señor enciende llamaradas;
el sonido del Señor sacudió el desierto…
El Señor al Diluvio [dijo]: «¡Vuelve!».
El Señor, como rey, está en el trono para siempre.

En el grandioso Salmo 77 —«Mi voz hacia Dios yo clamo»—, el salmista recuerda la aparición y la desaparición del Señor en tiempos primitivos:

He calculado los Días de Antaño,
los años de Olam…
Recordaré las gestas del Señor,
recuerdo tus maravillas en la antigüedad…
Tu curso, Oh Señor, está determinado;
ningún dios es tan grande como el Señor…
Las aguas te vieron, Oh Señor, y se estremecieron;
tus raudas chispas salieron.
El sonido de tu trueno retumbaba;
los relámpagos iluminaron el mundo;
la Tierra se agitaba y temblaba.
[Entonces] en las aguas iba tu camino,
tus senderos en las aguas profundas;
y tus huellas desaparecieron, desconocidas.

El Salmo 104, que ensalza las gestas del Señor Celestial, recordaba el momento en que los océanos arrasaron los continentes y se les hizo retroceder:

Fijaste la Tierra en constancia,
inconmovible para siempre jamás.

Con los océanos, como vestido, la cubriste;
sobre los montes persistía el agua.
Al reprenderlas tú, las aguas huyeron;
con el sonido de tu trueno, se alejaron raudas.
Saltaron las montañas, bajaron a los valles
hasta el lugar que tú les habías asignado.
Les pusiste un límite, para que no lo pasaran;
para que no vuelvan a cubrir la Tierra.

Las palabras del profeta Amós son aún más explícitas:

Ay de los que ansían el Día del Señor;
¿qué creéis que es?
Pues el Día del Señor es oscuridad y no luz…
La mañana se convirtió en la sombra de la muerte,
el día se hizo oscuro como la noche;
las aguas del mar se salieron
y se derramaron sobre la faz de la Tierra.

Éstos, por tanto, fueron los acontecimientos que tuvieron lugar «en los días de antaño». El «Día del Señor» fue el día del Diluvio.

Ya hemos visto que, después de aterrizar en la Tierra, los nefilim asociaron los primeros reinados en las primeras ciudades con los signos del Zodiaco —dando a los signos los epítetos de los distintos dioses con los que estaban relacionados. Ahora, veremos que el texto descubierto por Ebeling no sólo proporcionaba información a los hombres, sino también a los nefilim. El Diluvio, nos dice, ocurrió en la «Era de la constelación del León»:

Supremo, Supremo, Ungido;
Señor cuya corona radiante con terror se carga.
Planeta supremo: un asiento él ha erigido
de cara a la limitada órbita del rojo planeta [Marte].
A diario, dentro del León él está ardiendo;
su luz, su brillo declara reinos sobre las tierras.

También podemos comprender ahora un enigmático versículo de los rituales de Año Nuevo, que dice que fue «la constelación del León la que midió las aguas del abismo». Estas afirmaciones sitúan el tiempo del Diluvio dentro de un marco definido, pues, aunque los astrónomos de hoy en día no pueden determinar con precisión dónde establecían los sumerios el inicio de una casa zodiacal, la siguiente tabla de la eras se considera exacta.

60 a. C. a	2100 d. C.	Era de Piscis
2220 a. C. a	60 a. C.	Era de Aries
4380 a. C. a	2220 a. C.	Era de Tauro
6540 a. C. a	4380 a. C.	Era de Géminis
8700 a. C. a	6540 a. C.	Era de Cáncer
10 860 a. C. a	8700 a. C.	Era de Leo

Si el Diluvio acaeció en la Era de Leo o, lo que es lo mismo, en algún momento entre el 10860 a. C. y el 8700 a. C., la fecha del Diluvio coincide con nuestra tabla temporal: según la ciencia moderna, la última glaciación terminó abruptamente en el hemisferio sur hace doce o trece mil años, y en el hemisferio norte uno o dos mil años después.

El fenómeno zodiacal de la precesión nos ofrece una corroboración aún más amplia de nuestras conclusiones. Habíamos concluido antes que los nefilim llegaron a la Tierra 432 000 años (120 shar’s) antes del Diluvio, en la Era de Piscis. En los términos del ciclo precesional, 432 000 años comprenden 16 ciclos completos, o Grandes Años, y más de medio de otro Gran Año, dentro de la «era» de la constelación de Leo.

Podemos reconstruir ahora la tabla temporal completa para los acontecimientos de los que se ocupan nuestros descubrimientos.

HACE/AÑOS	ACONTECIMIENTO
445 000	Los nefilim, liderados por Enki, llegan a la Tierra desde el Duodécimo Planeta. Se funda Eridú —Estación Tierra I— en el sur de Mesopotamia.
430 000	Las grandes placas de hielo comienzan a retroceder. El clima se hace benigno en Oriente Próximo.
415 000	Enki se traslada tierra adentro y funda Larsa.
400 000	El gran período interglacial se expande por todo el globo. Enlil llega a la Tierra, funda Nippur como Centro de Control de la Misión. Enki establece rutas marítimas hacia el sur de África y organiza operaciones mineras de extracción de oro.
360 000	Los nefilim fundan Bad-Tibira como centro metalúrgico de fundición y refinado. Se construye Sippar, el espaciopuerto, así como otras ciudades de los dioses.

300 000	El motín de los anunnaki. Enki y Ninhursag crean al Hombre —el «Trabajador Primitivo».
250 000	El «Homo sapiens primitivo» se multiplica y se propaga por otros continentes.
200 000	La vida en la Tierra se retrae durante un nuevo período glacial.
100 000	El clima se caldea de nuevo. Los hijos de los dioses toman a las hijas del Hombre por esposas.
77 000	Ubar-Tutu/Lámek, un humano de parentesco divino, asume la corona en Shuruppak bajo el patrocinio de Ninhursag.
75 000	Comienza la «maldición de la Tierra» —una nueva glaciación. Tipos regresivos de Hombre vagan por la Tierra.
49 000	Comienza el reinado de Ziusudra («Noé»), «fiel servidor» de Enki.
38 000	El duro período climático de los «siete pasos» empieza a diezmar a la Humanidad. El Hombre de Neanderthal desaparece en Europa; sólo sobrevive el Hombre de Cro-Magnon (establecido en Oriente Próximo). Enlil, desencantado con la Humanidad, busca su exterminio.
13 000	Los nefilim, al tanto de la inminente inundación que se desencadenará con la aproximación del Duodécimo Planeta, se conjuran para dejar perecer a la Humanidad. El Diluvio arrasa la Tierra, dando fin súbitamente a la glaciación.

15

EL REINO EN LA TIERRA

El Diluvio, una experiencia traumática para la Humanidad, no lo fue menos para los «dioses», los nefilim.

Tal como decían las listas de reyes sumerios, «el Diluvio había arrasado», y el esfuerzo de 120 shar's había desaparecido de la noche a la mañana. Las minas del sur de África, las ciudades en Mesopotamia, el centro de control de Nippur, el espaciopuerto de Sippar; todo estaba enterrado bajo el agua y el lodo. Cerniéndose en sus lanzaderas por encima de la ahora devastada Tierra, los nefilim esperaban pacientemente a que las aguas se apaciguaran para poder poner el pie de nuevo en tierra firme.

¿Cómo iban a vivir en la Tierra a partir de ahora, cuando ciudades e instalaciones habían desaparecido, incluso cuando la mano de obra —la Humanidad— había sido totalmente destruida?

Cuando los asustados, exhaustos y hambrientos grupos de nefilim aterrizaron por fin en los picos del «Monte de la Salvación», debieron sentir cierto alivio al descubrir que el Hombre, así como los animales, no habían perecido por completo. Incluso Enlil, enfurecido al principio al descubrir que sus objetivos se habían frustrado en parte, no tardó en cambiar de opinión.

La decisión de la deidad era una decisión práctica. Enfrentados con su propia situación extrema, los nefilim dejaron a un lado sus inhibiciones con respecto al Hombre, se arremangaron y se pusieron de inmediato a enseñar

al Hombre las artes del cultivo de la tierra y de la cría del ganado. Dado que la supervivencia, claro está, dependía de la rapidez con la cual se desarrollaran la agricultura y la domesticación de animales para sustentar a los nefilim y a una Humanidad que se iba a multiplicar rápidamente, los nefilim pusieron su avanzado conocimiento científico en el empeño.

Sin ser conscientes de la información que se podía recoger de los textos bíblicos y sumerios, muchos científicos que han estudiado los orígenes de la agricultura han llegado a la conclusión de que esta se «descubrió» hace unos 13 000 años gracias al clima neotérmico («nuevamente cálido») que siguió al fin de la última glaciación. Sin embargo, mucho antes que los expertos modernos, la Biblia ya había situado los comienzos de la agricultura inmediatamente después del Diluvio.

«Sementera y Siega» se citan en el Génesis como dones divinos concedidos a Noé y a sus descendientes como parte de la alianza posterior al Diluvio entre la Deidad y la Humanidad:

Mientras haya días en la Tierra,
no cesarán
Sementera y Siega,
Frío y Calor,
Verano e Invierno,
Día y Noche.

Después de ser concedido el conocimiento de la agricultura, «Noé se dedicó a la labranza y plantó una viña»; es decir, se convirtió en el primer labrador postdiluviano que se involucró en la deliberada y complicada labor agrícola.

Los textos sumerios también atribuyen a los dioses la concesión de la agricultura y de la domesticación de animales a la Humanidad.

Siguiendo el rastro de los comienzos de la agricultura, los expertos modernos han descubierto que esta apareció en Oriente Próximo, pero no en los fértiles llanos y valles de fácil cultivo, sino en las montañas que bordean en semicírculo las llanuras bajas. ¿Por qué aquellos primitivos agricultores evitaron los llanos y limitaron sus labores a los difíciles terrenos montañosos?

La única respuesta plausible es que las tierras bajas eran, en el momento en el que comenzó la agricultura, inhabitables. Hace 13 000 años, después

del Diluvio, las zonas bajas aún no estaban suficientemente secas. Pasaron milenios antes de que llanos y valles se secaran lo suficiente como para permitir que la gente bajara de las montañas que rodean Mesopotamia y se establecieran en las llanuras. Y esto es, ciertamente, lo que nos cuenta el Libro del Génesis: muchas generaciones después del Diluvio, la gente llegó «desde oriente» —desde las zonas montañosas al este de Mesopotamia— «hallaron una vega en el país de Senaar [Sumer] y allí se establecieron».

Los textos sumerios dicen que Enlil fue el primero en sembrar cereales «en los terrenos de las colinas» —en las montañas, no en los llanos— y que hizo posible el cultivo en las montañas manteniendo a distancia las aguas de la inundación. «Él cerró el paso a las montañas como con una puerta». El nombre de esta tierra montañosa al oriente de Sumer, E.LAM, significaba «casa donde germinó la vegetación». Después, dos de los ayudantes de Enlil, los dioses Ninazu y Ninmada, extendieron el cultivo de cereales a las llanuras para que, con el tiempo, «Sumer, el país que no conocía el grano, conociera el grano».

Los expertos, que han dejado establecido que la agricultura comenzó con la domesticación de una variedad silvestre de trigo —el Triticum dicoccum— como origen del trigo y la cebada, no pueden explicar cómo puede ser que los cereales más antiguos (como aquellos encontrados en cueva de Shanidar) fueran ya uniformes y estuvieran altamente especializados. Se necesitan miles de generaciones de selección genética a través de la naturaleza para conseguir siquiera un modesto grado de sofisticación. Sin embargo, el período, el tiempo o el lugar en el cual pudo tener lugar un proceso tan gradual y prolongado no se encuentra por ninguna parte en la Tierra. No existe explicación para este milagro botánico-genético, a menos que el proceso no fuera de selección natural, sino de manipulación artificial.

En la escanda, una clase de trigo de grano duro, hay un misterio aún mayor, pues resulta ser el producto de «una mezcla inusual de genes botánicos», no del desarrollo de una fuente genética ni de la mutación de una fuente. Es, con toda seguridad, el resultado de la mezcla de genes de varias plantas. Y, por otra parte, también resulta cuestionable la idea de que el Hombre, en unos cuantos miles de años, pudiera transformar a los

animales a través de la domesticación. Los expertos no tienen respuestas para estos misterios, ni tampoco para la pregunta general de por qué el semicírculo montañoso de Oriente Próximo se convirtió en una fuente constante de nuevas variedades de cereales, plantas, árboles, frutas, verduras y animales domesticados.

Los sumerios conocían la respuesta. Ellos decían que las semillas fueron un regalo de Anu a la Tierra desde su Morada Celeste. El trigo, la cebada y el cáñamo bajaron a la Tierra desde el Duodécimo planeta. La agricultura y la domesticación de animales fueron regalos que Enlil y Enki, respectivamente, hicieron a la Humanidad.

No sólo la presencia de los nefilim, sino también las llegadas periódicas del Duodécimo Planeta parecen encontrarse detrás de las tres fases cruciales de la civilización postdiluviana del Hombre: la agricultura, alrededor del 11000 a. C.; la cultura neolítica, alrededor del 7500 a. C.; y la repentina civilización del 3800 a. C., todas tuvieron lugar con intervalos de 3600 años.

Parece que los nefilim le pasaron conocimiento al Hombre en dosis medidas, según intervalos que se corresponden con los periódicos retornos del Duodécimo Planeta a las inmediaciones de la Tierra. Era como si una inspección sobre el terreno, una consulta cara a cara, sólo posible durante el período de «ventana» que permitía los aterrizajes y los despegues entre la Tierra y el Duodécimo Planeta, hubiera tenido lugar entre los «dioses» antes de que se diera otro «empujón».

«La Epopeya de Etana» proporciona una vislumbre de las deliberaciones que tenían lugar. En los días que siguieron al Diluvio, dice:

Los grandes Anunnaki que decretaban el destino
se sentaron para intercambiar opiniones respecto a la tierra.
Ellos, que habían creado las cuatro regiones,
que levantaron los asentamientos, que supervisaron la tierra,
eran demasiado elevados para la Humanidad.

Ya hemos dicho que los nefilim llegaron a la conclusión de que necesitaban un intermediario entre ellos y las masas de seres humanos. Ellos eran, así lo decidieron, los dioses —elu en acadio, que significa «los nobles», «los elevados». Así pues, como puente entre ellos, los señores, y la

Humanidad, introdujeron la «Realeza», el «Reino» en la Tierra, nombrando un soberano humano que asegurara el servicio de la Humanidad a los dioses y canalizara las enseñanzas y las leyes desde los dioses hasta el pueblo.

Hay un texto que trata de este tema y que describe la situación antes siquiera que tiara o corona alguna se hubieran puesto sobre cabeza humana, o cetro se hubiera transmitido; todos estos símbolos de la Realeza —más el cayado del pastor, símbolo de la justicia— «estaban puestos delante de Anu en el Cielo». Sin embargo, cuando los dioses tomaron la decisión, «el Reino descendió desde el Cielo» a la Tierra.

Tanto los textos sumerios como los acadios dicen que los nefilim retuvieron el «señorío» sobre las tierras, e hicieron que la Humanidad reconstruyera primero las ciudades antediluvianas exactamente donde habían estado originalmente, y tal como habían sido planificadas: «Que los ladrillos de todas las ciudades se pongan en los lugares que les corresponden, que todos [los ladrillos] descansen en lugares sagrados». Eridú, por tanto, fue la primera en ser reconstruida.

Después, los nefilim ayudaron a los humanos a planificar y construir la primera ciudad real, y la bendijeron. «Que la ciudad sea el nido, el lugar donde la Humanidad repose. Que el Rey sea un Pastor».

La primera ciudad real del Hombre, nos dicen los textos sumerios, fue Kis. «Cuando el Reino volvió a bajar del Cielo, el Reino estuvo en Kis». Desgraciadamente, las listas de reyes sumerios están mutiladas, precisamente, en el lugar donde estaba inscrito el nombre del primer rey humano. Sin embargo, sabemos que aquel hombre dio inicio a un largo linaje de dinastías cuya sede real cambió de Kis a Uruk, Ur, Awan, Hamazi, Aksak, Acad y, más tarde, a Assur, Babilonia y otras capitales más recientes.

La bíblica «Tabla de las Naciones» listaba del mismo modo a Nemrod —el patriarca de los reinos en Uruk, Acad, Babilonia y Asiria— como descendiente de Kis, y documenta la propagación de la Humanidad, de sus tierras y Reinos, con la expansión de las tres ramas en las que se dividió el género humano después del Diluvio. Estas tres ramas las compusieron los descendientes de los tres hijos de Noé: los pueblos y las tierras de Sem, que habitaron Mesopotamia y las tierras de Oriente Próximo; los de Cam, que

habitaron África y parte de Arabia; y los de Jafet, los indoeuropeos de Asia Menor, Irán, India y Europa.

Estas tres grandes agrupaciones fueron, sin lugar a dudas, tres de las «regiones» sobre cuyo asentamiento discutieron los grandes anunnaki. A cada una de las tres se le asignó una de las divinidades principales. Una de estas fue, cómo no, la misma Sumer, la región de los pueblos semitas, el lugar donde surgió la primera gran civilización del Hombre.

Las otras dos también se convirtieron en focos de civilizaciones florecientes. Alrededor del 3200 a. C. —unos quinientos años después del surgimiento de la civilización sumeria— estado, Reino y civilización hicieron su primera aparición en el valle del Nilo, que llevaría, con el tiempo, a la gran civilización de Egipto.

Hasta hace unos cincuenta años, no se sabía nada de la primera civilización indoeuropea importante. Pero, en estos momentos, está plenamente aceptado que, en tiempos muy antiguos, hubo una avanzada civilización en el valle del Indo, con grandes ciudades, una agricultura desarrollada y un floreciente comercio. Según creen los expertos, esta civilización apareció unos mil años después del comienzo de la civilización sumeria.

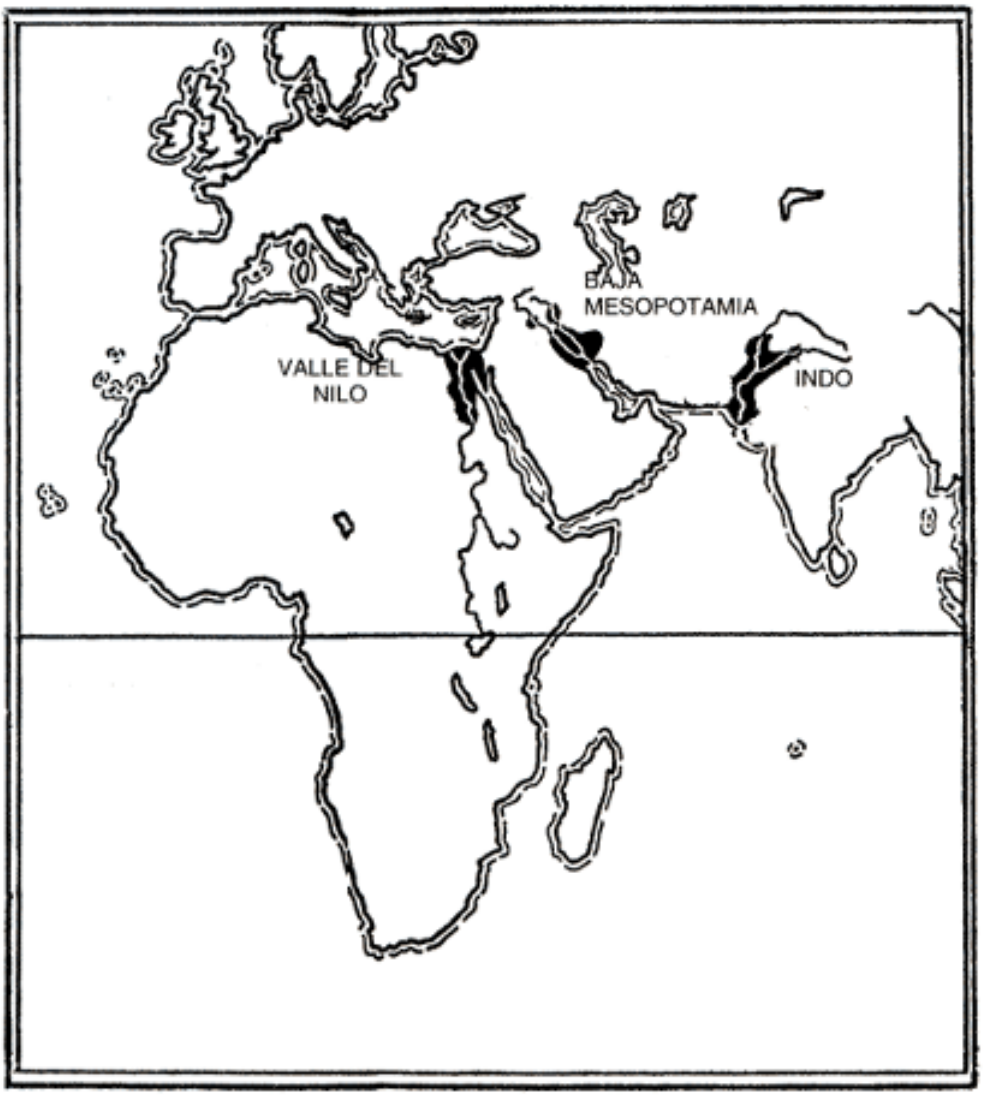


Fig. 161.

Tanto los textos antiguos como las evidencias arqueológicas atestiguan los estrechos lazos culturales y económicos que había entre estas dos civilizaciones de valles fluviales por una parte y la civilización sumeria por otra. Además, existen evidencias, tanto directas como circunstanciales, que han convencido a muchos expertos de que las civilizaciones del Nilo y el Indo no sólo estaban conectadas entre sí, sino que eran, además, descendientes de la civilización más antigua, la mesopotámica.

Se ha descubierto que los monumentos más impresionantes de Egipto, las pirámides, son, por debajo de su «piel» de piedra, imitaciones de los zigurats mesopotámicos, y existen razones para creer que el ingenioso

arquitecto que diseñó los planos de las grandes pirámides y supervisó su construcción era un sumerio al que se veneraba como un dios.

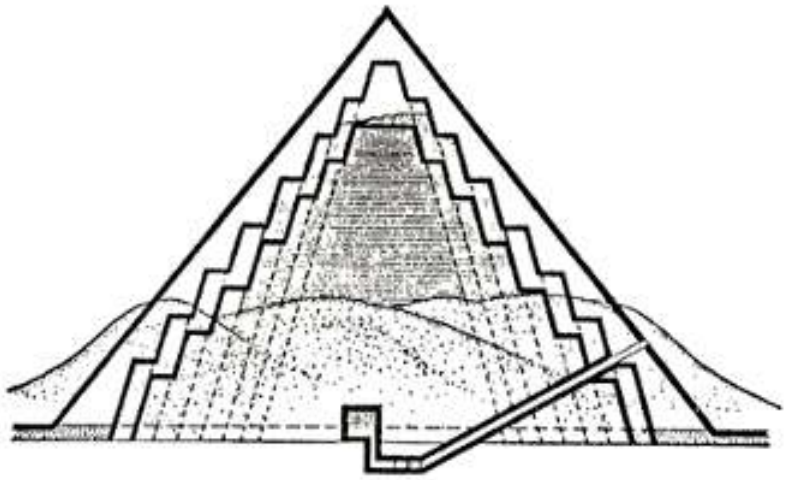


Fig. 162.

El antiguo nombre de Egipto en su propio idioma era el de «Tierra Levantada» y en su memoria prehistórica se afirmaba que «un dios muy grande apareció en tiempos antiguos» y encontró aquella tierra bajo el agua y el lodo. Este dios llevó a cabo grandes obras de restauración, levantando literalmente a Egipto desde debajo de las aguas. La «leyenda» describe con pulcritud el bajo valle del Nilo después del Diluvio; este dios de antaño, se puede demostrar, no fue otro que Enki, el ingeniero jefe de los nefilim.

Aunque se sabe aún relativamente poco de la civilización del valle del Indo, sabemos que ellos también veneraban el doce como número divino supremo, que representaban a sus dioses como seres de aspecto humano que llevaban tocados con cuernos, y que reverenciaban el símbolo de la cruz — el signo del Duodécimo Planeta.

Fig. 163.

Fig. 164.

Si estas dos civilizaciones eran de origen sumerio, ¿por qué son diferentes sus lenguajes escritos? La respuesta de los científicos es que los lenguajes no son diferentes. Esto se reconoció ya en 1852, cuando el reverendo Charles Foster (*The One Primeval Language*) demostró hábilmente que todas las lenguas antiguas descifradas entonces, incluido el chino primitivo y otras lenguas del lejano oriente, provenían de una única fuente primitiva —que, después, resultaría ser el sumerio.

Los pictogramas similares no sólo tenían significados similares, lo cual podría ser una coincidencia lógica, sino que también compartían los mismos significados múltiples y los mismos sonidos fonéticos —cosa que sugiere un origen común. Recientemente, los expertos han demostrado que las primeras inscripciones egipcias empleaban un lenguaje que indicaba una elaboración escrita previa; y el único lugar donde se había desarrollado previamente un lenguaje escrito era Sumer.

Así pues, tenemos un único lenguaje escrito que, por algún motivo, se diferenció en tres lenguas: mesopotámica, egipcia/camita e indoeuropea. Es posible que esta diferenciación acaeciera por sí misma con él tiempo, la distancia y la separación geográfica, pero los textos sumerios afirman que ocurrió como consecuencia de una decisión deliberada de los dioses; una decisión auspiciada, una vez más, por Enlil. Las historias sumerias sobre el tema se corresponden con la bien conocida historia bíblica de la Torre de Babel, en la cual se nos cuenta «que toda la Tierra era de un mismo lenguaje y de las mismas palabras». Pero, después de que la gente se estableciera en Sumer, de que aprendiera el arte de hacer ladrillos, de construir ciudades y de levantar altas torres (zigurats), planearon hacerse un shem y una torre para lanzarlo. De ahí que «el Señor embrollara la lengua de la Tierra».

La deliberada elevación de Egipto desde debajo de las fangosas aguas, las evidencias lingüísticas y los textos bíblicos y sumerios apoyan nuestras conclusiones de que las dos civilizaciones satélites no se desarrollaron por casualidad. Al contrario, fueron planificadas y puestas en marcha de forma deliberada por los nefilim.

Temiendo, evidentemente, una especie humana unificada en cultura y objetivos, los nefilim adoptaron una política imperialista: «Divide y vencerás». Pues, mientras la Humanidad alcanzaba niveles culturales entre los que se daban, incluso, los esfuerzos aeronáuticos —tras lo cual «nada de cuanto se propongan les será imposible»—, los nefilim eran un grupo en declive. Hacia el tercer milenio a. C., hijos y nietos, por no decir nada de los humanos de parentesco divino, se aglomeraban entre los grandes dioses de antaño.

La agria rivalidad entre Enlil y Enki la heredaron sus hijos principales, y con ello sobrevinieron feroces luchas por la supremacía. Hasta los hijos de Enlil —como vimos en capítulos anteriores— luchaban entre sí, al igual que los hijos de Enki. Al igual que sucediera en la historia humana que conocemos, los señores intentaban mantener la paz entre sus hijos dividiendo la tierra entre sus herederos, y, en al menos un caso conocido, un hijo de Enlil (Ishkur/Adad) fue apartado deliberadamente por su padre de aquel ambiente enrarecido enviándolo como deidad local al País de la Montaña.

Con el transcurso del tiempo, los dioses se convirtieron en señores, guardando celosamente cada uno de ellos el territorio, la industria o la profesión sobre la cual se les había dado dominio. Los reyes humanos eran los intermediarios entre los dioses y una humanidad que seguía creciendo y expandiéndose. Las demandas de los antiguos reyes para que fueran a la guerra, conquistaran nuevas tierras o sojuzgaran a pueblos distantes «por orden de mi dios» no se podían tomar a la ligera. Los dioses conservaban los poderes para dirigir los asuntos exteriores, pues estos asuntos involucraban a otros dioses en otros territorios, de modo que tenían la última palabra en materias de guerra o paz.

Con la proliferación de pueblos, estados, ciudades y villas, se hizo necesario encontrar fórmulas para recordarle al pueblo quién era su señor o «elevado» particular. En el Antiguo Testamento resuena el problema de hacer que la gente se adhiera a su dios y no «se prostituya con otros dioses». La solución consistió en establecer muchos lugares de culto, y en poner en cada uno de ellos los símbolos y la semejanza de los dioses «correctos». La era del paganismo había comenzado.

Los textos sumerios nos dicen que, después del Diluvio, los nefilim sostuvieron prolongadas reuniones para sopesar el futuro de los dioses y del Hombre en la Tierra. Como resultado de estas reuniones, «crearon cuatro regiones». En tres de ellas —Mesopotamia, el valle del Nilo y el valle del Indo— se instaló el Hombre.

La cuarta región era «sagrada» —un término cuyo significado literal original era «dedicado, restringido». Dedicado sólo a los dioses, era una «tierra pura», una zona a la que sólo se podía acceder con autorización;

entrar en ella sin permiso podía llevar rápidamente a la muerte, propiciada por fieros guardianes con «armas terroríficas». A esta tierra o región se le llamó TIL.MUN (literalmente, «el lugar de los misiles»). Era la zona restringida donde los nefilim habían vuelto a construir su base espacial después de que la de Sippar hubiera sido arrasada por el Diluvio.

Una vez más, la zona se puso bajo el mando de Utu/Shamash, el dios encargado de los cohetes ígneos. Los héroes de la antigüedad, como Gilgamesh, se esforzaron por encontrar este País de Vida, para ser llevados en un shem o un Águila hasta la Morada Celeste de los Dioses. Recordemos la súplica de Gilgamesh a Shamash:

Déjame entrar en el País, deja que me eleve en mi Shem…
Por la vida de mi madre diosa que me dio a luz,
del puro y fiel rey, mi padre, ¡dirige mis pasos hacia el País!

Los relatos antiguos —incluso la historia escrita— recuerdan los incesantes esfuerzos de los hombres por «alcanzar la tierra», por encontrar la «Planta de la Vida», por lograr la dicha eterna entre los Dioses del Cielo y la Tierra. Es este un anhelo que se encuentra en el núcleo de todas las religiones cuyas raíces se encuentran en Sumer: la esperanza en que el ejercicio de la justicia en la Tierra vendrá seguido por una «vida después de la vida» en una Divina Morada Celeste.

Pero ¿dónde se encontraba esta esquiva tierra del contacto divino?

Se puede responder a esta pregunta. Las pistas están allí. Pero, más allá, aparecen otras preguntas. ¿Se ha vuelto a encontrar a los nefilim desde entonces? ¿Qué sucederá cuando se les vuelva a encontrar?

Y, si los nefilim fueron los «dioses» que «crearon» al Hombre en la Tierra, ¿fue solamente la evolución en el Duodécimo Planeta la que creó a los nefilim?

FUENTES

I. PRINCIPALES FUENTES PARA LOS TEXTOS BÍBLICOS

- Del Génesis al Deuteronomio: *The Five Books of Moses*, nueva edición, revisada por Dr. M. Stern, Star Hebrew Book Company, sin fecha.
- Para la última traducción e interpretación basadas en los descubrimientos sumerios y acadios: «Génesis», de *The Anchor Bible*, trad. de E. A. Speiser, Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1964.
- Para dar un toque «arcaico»: *The Holy Bible*, King James Versión, Cleveland y Nueva York: The World Publishing Co., sin fecha.
- Para la verificación de interpretaciones recientes de los versículos bíblicos: *The Torah*, nueva traducción de las Sagradas Escrituras según el texto masorético, Nueva York: Jewish Publication Society of America, 1962; *The New American Bible*, traducción de los miembros de la Asociación Bíblica Católica de América, Nueva York: P. J. Kennedy & Sons, 1970; y *The New English Bible*, diseñada y dirigida por la Iglesia de Inglaterra, Oxford: Oxford University Press; Cambridge: Cambridge University Press, 1970.
- Para referencias sobre ayudas de uso en comparación y traducción: *Veteris Testamenti Concordantiae Hebraicae Atque Chaldaicae* de Salomón Mandelkern, Jerusalén: Schocken Books, Inc., 1962; *Encyclopedic Dictionary of the Bible*, una traducción y adaptación de la obra de A. van der Born, de la Asociación Bíblica Católica de América, Nueva York: McGraw-Hill Book Co., Inc., 1963; y *Millon-*

Hatanach (hebreo), Hebreo-Arameo de Jushua Steinberg, Tel Aviv: Izreel Publishing House Ltd., 1961.

II. PRINCIPALES FUENTES PARA TEXTOS DE ORIENTE PRÓXIMO

- BARTON, George A. *The Royal Inscriptions of Sumer and Akkad*.1929.
- BORGER, Riekele. *Babylonisch-Assyrisch Lesestücke*. 1963.
- BUDGE, E. A. WALLIS. *The Gods of the Egyptians*. 1904.
- BUDGE, E. A. W., y KING, L. W. *Annals of the Kings of Assyria*. 1902.
- CHIERA, Edward. *Sumerian Religious Texts*. 1924.
- EBELING, E.; MEISSNER, B.; y WEIDNER, E. (eds.). *Reallexikon der Assyrologie und Vorderasiatischen Archaology*. 1932-1957.
- EBELING, Erich. *Enuma Elish: die Siebente Tafel des Akkadische Weltschópfungsliedes*. 1939.
  ----.*Tod und Leben nach den Vorstellungen der Babylonier*. 1931.
- FALKENSTEIN, Adam, y W. VON SODEN. *Sumerische und Akkadische Hymnen und Gebete*. 1953.
- FOSSEY, Charles. *La Magie Syrienne*. 1902.
- FRANKFORT, Henri. *Kingship and the Gods*. 1948.
- GRAY, John. *The Cananites*. 1964.
- GORDON, Cyrus H. «Canaanite Mythology» en *Mythologies of the Ancient World*. 1961.
- GROSSMAN, Hugo. *The Development of the Idea of God in the Old Testament*. 1926.
  ----. *Altorientalische Texte und Bilder zum alten Testamente*. 1909.
- GÜTERBOCK, Hans G. «Hittite Mythology» en *Mythologies of the Ancient World*. 1961.
- HEIDEL, Alexander. *The Babylonian Génesis*. 1969.
- HILPRECHT, Hermán V. (ed.). *Reports of the Babylonian Expedition: Cuneiform Texts*. 1893-1914.

- JACOBSEN, Thorkild. «Mesopotamia» en *The Intellectual Adventure of the Ancient Man*. 1946.
- JASTROW, Morris. *Die Religión Bábyloniens und Assyriens*. 1905-12.
- JEAN, Charles-F. *La religion sumerienne*. 1931.
- JENSEN, P. *Texte zur assyrisch-babylonischen Religion*. 1915.
  ----. *Die Kosmologie der Babylonier*. 1890.
- JEREMÍAS, Alfred. *The Old Testament in the Light of the Ancient Near East*. 1911.
  ----. *Das Alter der babylonischen Astronomie*. 1908.
- ----. *Handbuch der Altorientalische Geistkultur*.
- JEREMÍAS, Alfred, y WINCKLER, Hugo. *Im Kampfe um den alten Orient*.
- KING, Leonard W. *Babylonian Magic and Sorcery, being «The Prayers of the Lifting of the Hand»*, 1896.
  -----. *The Assirian Language*. 1901.
  -----. *The Seven Tablets of Creation*. 1902.
  -----. *Babylonian Religión and Mythology*. 1899.
- KRAMER, Samuel N. *The Sumerians*. 1963.
  -----. (ed.): *Mythologies of the Ancient World*. 1961.
  -----. *History Begins at Sumer*. 1959.
  -----. *Enmerkar and the Lord of Aratta*. 1952.
  -----. *From the Tablets of Sumer*. 1956.
  -----. *Sumerian Mythology*. 1961.
- KUGLER, Franz Xaver. *Sternkunde und Sterndienst in Babylon*. 1907-1913.
- LAMBERT, W. G., Y MILLARD, A. R. *Atra-Hasis, the Babylonian Story of the Flood*. 1970.
- LANGDON, Stephen. *Sumerian and Babylonian Psalms*. 1909.
  -----. *Tammuz and Ishtar*. 1914.
  -----. (ed.): *Oxford Editions of Cuneiform Texts*. 1923 ff.
  -----. «Semitic Mythology» en *The Mythology of All Races*. 1964.
  -----. *Enuma Elish: The Babylonian Epic of Creation*. 1923.
  -----. *Babylonian Penitential Psalms*. 1927.

-----. *Die Neu-Babylonischen Kónigsinschriften*. 1912.
- LUCKENBILL, David D. *Ancient Records of Assyria and Babylonia*, 1926-27.
- NEUGEBAUER, O. *Astronomical Cuneiform Texts*. 1955.
- PINCHES, Theophilus G. «Some Mathematical Tablets in the British Museum», en *Hilprecht Anniversary Volume*. 1909.
- PRITCHARD, James B. (ed.). *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*. 1969.
- RAWLINSON, Henry C. *The Cuneiform Inscriptions of Western Asia*. 1861-84.
- SAYCE, A. H. *The Religion of the Babylonians*. 1888.
- SMITH, George. *The Chaldean Account of Génesis*. 1876.
- THOMAS, D. Winton (ed.). *Documents from Old Testament Times*. 1961.
- THOMPSON, R. Campbell. *The Reports of the Magicians and Astrologers of Nineveh and Babylon*. 1900.
- THUREAU-DANGIN, Francois. *Les Inscriptions de Sumer et Akkad*. 1905.

  -----. *Die sumerischen und akkadische Kónigsinschriften*. 1907.

  -----. *Rituels accadiens*. 1921.
- VIROLLEAUD, Charles. *L'Astronomie Chaldéenne*. 1903-1908.
- WEIDNER, Ernst F. *Alter und Bedeutung der Babylonischen Astronomie und Astrallehre*. 1914.

  -----. *Handbuch der Babylonischen Astronomie*. 1915.
- WITZEL, P. Maurus. *Tammuz-Liturgien und Verwandtes*. 1935.

III. ESTUDIOS Y ARTÍCULOS CONSULTADOS EN VARIOS NÚMEROS DE LAS SIGUIENTES REVISTAS

- Der Alten Orient (Leipzig)
- American Journal of Archeology (Concord, Mass.)
- American Journal of Semitic Languages and Literatures (Chicago)
- Annual of the American Schools of Oriental Research (New Haven)

- Archiv für Keilschriftforschung (Berlín)
- Archiv für Orientforschung (Berlín)
- Archiv Orientalni (Praga)
- Assyrologische Bibliothek (Leipzig)
- Assyrological Studies (Chicago) Das Ausland (Berlín)
- Babyloniaca (París)
- Beitrage zur Assyrologie und semitischen Sprachwissenschaft (Leipzig)
- Berliner Beitrage zur Keilschriftforschung (Berlín)
- Bibliotheca Orientalis (Leíden)
- Bulletin of the American Schools of Oriental Research (Jerusalén y Bagdad)
- Deutsches Morgenlandischen Gesellschaft, Abhandlungen (Leipzig)
- Harvard Semitic Series (Cambridge, Mass.)
- Hebrew Union College Annual (Cincinnati)
- Journal Asiatique (París)
- Journal of the American Oriental Society (New Haven)
- Journal of Biblical Liter ature and Exegesis (Middletown)
- Journal of Cuneiform Studies (New Haven)
- Journal of Near Eastern Studies (Chicago)
- Journal of the Roy al Asiatic Society (Londres)
- Journal of the Society of Oriental Research (Chicago)
- Journal of Semitic Studies (Manchester)
- Keilinschriftliche Bibliothek (Berlín)
- Kónigliche Museen zu Berlín: Mitteilungen aus der Orientalischen
- Sammlungen (Berlín) Leipziger Semitische Studien (Leipzig)
- Mitteilungen der altorientalischen Gesellschaft (Leipzig)
- Mitteilungen des Instituts für Orientforschung (Berlín)
- Orientalia (Roma)
- Orientalische Literaturzeitung (Berlín)
- Proceedings of the American Philosophical Society (Filadelfía)
- Proceedings of the Society of Biblical Archeology (Londres)
- Revue d'Assyrologie et d'archéologie oriéntale (París)

- Revue biblique (París)
- Sacra Scriptura Antiquitatibus Orientalibus Illustrata (Vaticano)
- Studia Orientalia (Helsinki)
- Transactions of the Society of Biblical Archeology (Londres)
- Untersuchungen zur Veróffentlichungen der deutschen Orient-Gesellschaft (Berlín)
- Vorderasiatische Bibliothek (Leipzig) Die Welt des Orients (Gottingen)
- Wissenschaftliche Veróffentlichungen der deutschen Orient-Gesellschaft (Berlín)
- Zeitschrift für Assyrologie und verwandte Gebiete (Leipzig)
- Zeitschrift fur die alttestamentliche Wissenschaft (Berlín, Gissen)
- Zeitschrift der deutschen morgenlandischen Gesellschaft (Leipzig)
- Zeitschrift für Keilschriftforschung (Leipzig)

ZECHARIA SITCHIN. (Bakú, Azerbaiyán, 11 de julio de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 9 de octubre de 2010). Fue un escritor, historiador y lingüista autodidacta, autor de una serie de libros, calificados por varios académicos como pseudocientíficos, que promueven la «teoría de los antiguos astronautas», el supuesto origen extraterrestre de la humanidad, la cual atribuye la creación de la cultura sumeria a los Anunnaki (o Nefilim) que proceden del planeta llamado Nibiru en el sistema solar.

BIBLIOGRAFÍA.

Serie *Crónicas de la Tierra*:

- El duodécimo planeta, 2002.
- La escalera al cielo, 2002.
- La guerra de los dioses y los hombres, 2002.
- Los reinos perdidos, 2002.

- Al principio de los tiempos, 2002.
- El código cósmico, 2003.
- El final de los tiempos, 2007.

Volúmenes complementarios:

- El libro perdido de Enki, 2003.
- El Génesis revisado, 2006.
- Encuentros divinos, 2006.
- Las expediciones de *Las Crónicas de la Tierra*, 2006.
- Viajes al pasado mítico, 2010.
- ¿Hubo gigantes en la Tierra?, 2010.
- El Rey que rehusó a morir: Los Anunnaki y la búsqueda de la inmortalidad.

Notas

[1] «H» transliterado normalmente como «H» por hacerlo más sencillo, se pronuncia, en lenguas sumerias y semita, como «CH» en el escocés o alemán «loch». <<

[2] «S» transliterado normalmente como «S» por hacerlo más sencillo, se pronuncia, en lenguas sumerias y semita, como «TS» <<